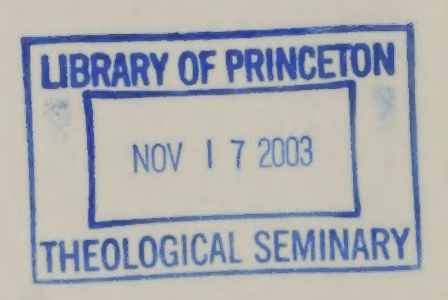
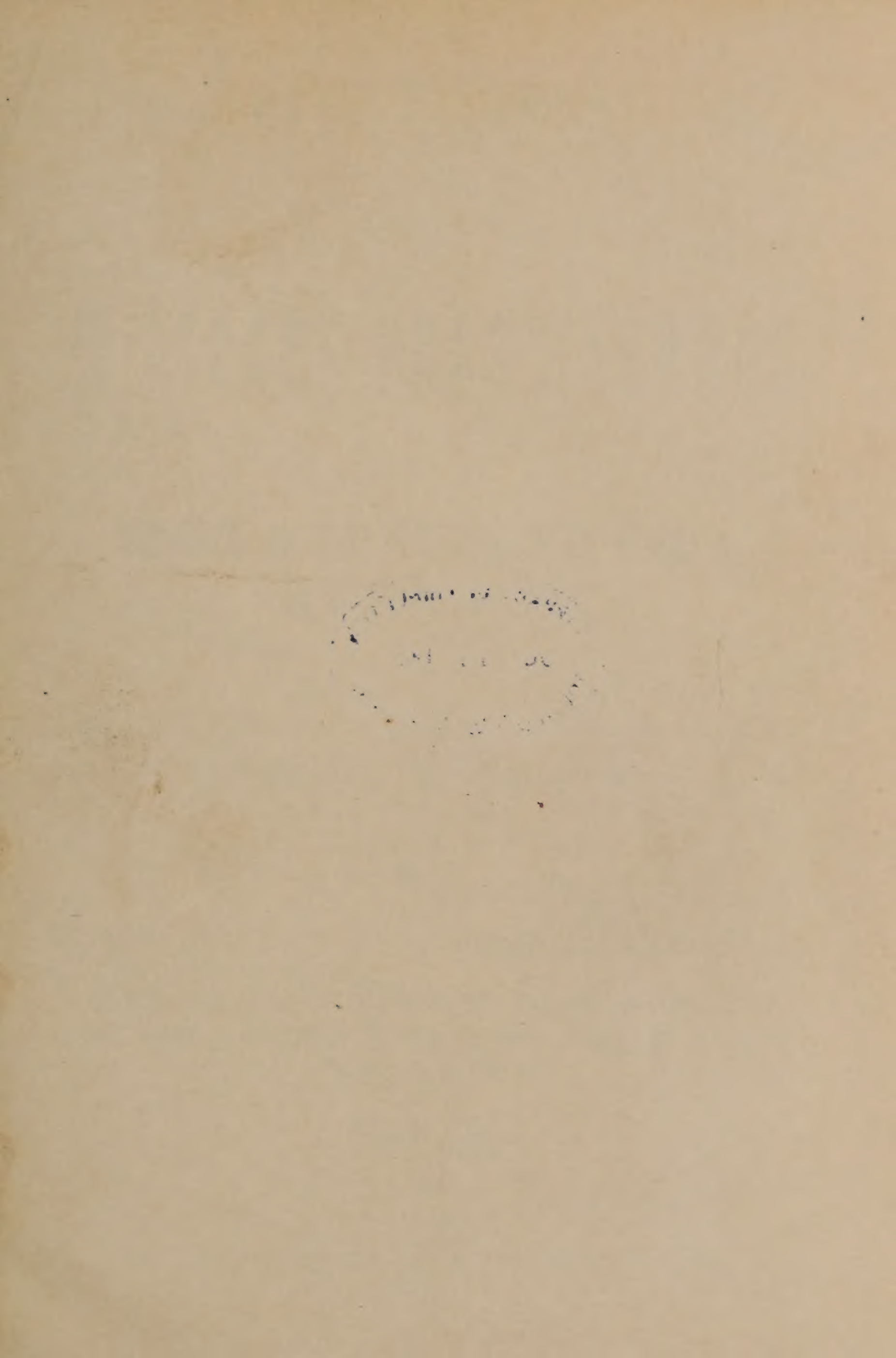






HISTORIA

DE LAS

MISIONES FRANCISCANAS

Y

NARRACION DE LOS PROGRESOS DE LA GEOGRAFIA EN EL ORIENTE DEL PERU

RELATOS ORIGINALES Y PRODUCCIONES EN LENGUAS INDIGENAS DE VARIOS MISIONEROS

POR EL

PADRE FRAY BERNARDINO IZAGUIRRE ISPIZUA

De la Provincia de San Francisco Solano en el Perú, Misionero franciscano, Lector general de la Orden, ex-Ministro Provincial y Miembro de la Sociedad Geográfica de Lima

1619--1921

LIMA
TALLERES TIPOGRÁFICOS DE LA PENITENCIARÍA
1926

HISTORIA

DE LAS

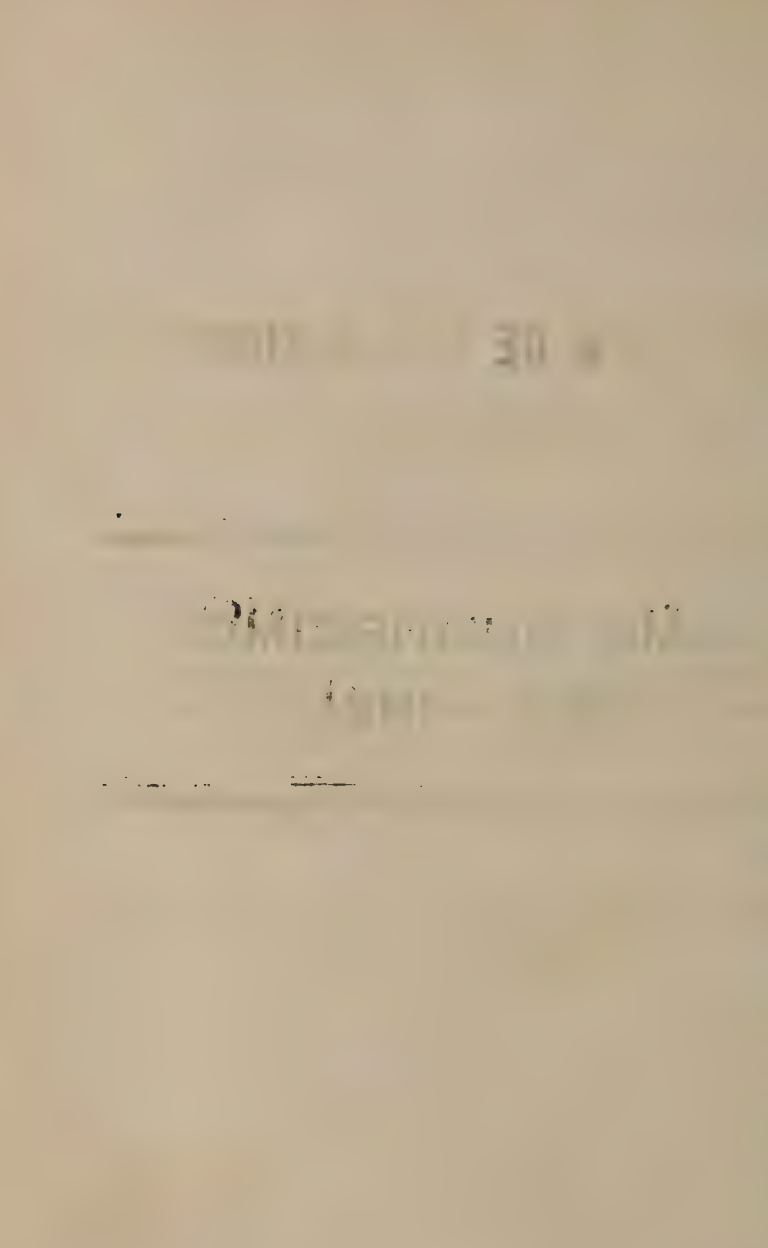
Misiones Franciscanas y narración de los progresos de la geografía en el Oriente del Perú

1619-1921



TOMO DUODECIMO

1883 — 1921



HISTORIA DE LAS MISIONES

Bajo el regimen de los Padres Prefectos

FRAY GABRIEL SALA, FRAY TOMAS E. HERNANDEZ
FRAY ANTONIO BATLLE, FRAY AGUSTIN ALEMANY
FRAY BERNARDO IRASTORZA Y
FRAY FRANCISCO IRAZOLA

Conversiones de San Luis de Shuaro, Sogormo, Requena, Puerto Bermudez, Aporoquiali, Pangoa, Satipo, Quimpitiriqui, Aina y San Ramón.

Mi escursión al Oriente en 1910, en compañía del padre Fray Manuel Navarro.

Indicaciones climatológicas e higiénicas sobre la montaña oriental·

1883–1921

LIBRO PRIMERO

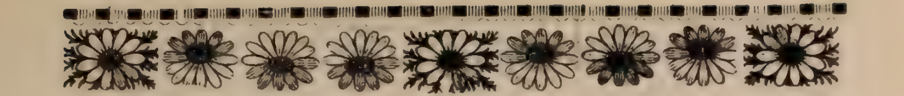
ACTUACION BRILLANTE DEL PADRE PREFECTO FRAY GABRIEL SALA EN LAS MISIONES DEL ORIENTE: FUNDACION DE SAN LUIS DS SHUARO Y SOGORMO NUEVAS EXPLORACIONES

1883-1898

MISIONEROS QUE INTERVINIERON: Gabriel Sala, Antonio Batlle, José Hermaeche, Carlos Lange, Diego Gutiérrez, Juan Pallás, José Magret, José Potestá, Francisco Montes, Tomás Hernández.



Padre Fray Gabriel Sala



CAPITULO PRIMERO

Antecedentes de la fundación de Shuaro

1883-1885

SUMARIO:—1.—Ilación histórica. 2.—El Padre Prefecto Sala viaja de Ocopa a Quillasú por Huachón. 3.—En Quillasú. 4.— De Quillasú al Cerro de la Sal y Ocopa. 5.—Los Amueshas.

1.—La relación histórica de los hechos acaecidos en las misiones de nuestro Oriente, quedó suspendida en el tomo noveno, correspondiendo los últimos acontecimientos allí consignados al año de 1883.

Después de aquel tomo se han incluído en un volumen las expediciones de los padres Sabaté, González y Sala, por cierta analogía que guardaban en la materia y forma sus viajes de exploración y sus trabajos, aunque realizados en teatros algo diversos y en circunstancias distintas.

Se han publicado también en el tomo anterior los esfuerzos empleados por los padres Vidal y Torra para dar comienzo a la Misión de Zamora, afluente del Santiago.

Con lo cual queda expedito el camino para llevar a su término la presente narración, empezándola en el mencionado año de 1883, para continuarla hasta nuestros días; y coronar con este último tomo, en su parte narrativa, la obra que habíamos emprendido.

Cuando consignamos los hechos referentes al pe-

ríodo que corre del año 1881 al 83, aparecía abrumado de oscuras nubes el horizonte de nuestras misiones, señaladamente la zona del Ucayali: los obstáculos que presentaban allí hombres mal intencionados a la obra de los misioneros, eran superiores a la voluntad mejor templada y al ánimo más constante. De ahí el abandono, virtual a lo menos, que se hizo de la región del Ucayali.



La Merced, antiguo Quimirí

La acendrada virtud del padre Prefecto de Misiones fray Juan Pallás y sus buenos cooperadores no bastaban a restablecer en el Ucayali las florecientes conversiones de épocas anteriores; resultando que en la fecha a que nos referimos, el centro mejor cimentado y más atendido por los misioneros era Quillasú u Oxapampa contigua al valle de Huancabamba.

2.—En 1885, cuando el padre Pallás terminaba su período de superior de las misiones, fue elegido en Ocopa para sucederle el padre Fray Gabriel Sala, del principado de Cataluña como el padre Pallás y que había ejercido ya en Ocopa el honroso cargo de guardián.

Era el padre Sala el hombre que necesitaban a la

sazón las misiones: en la plenitud de la vida, emprendedor hasta el exceso, jovial dentro del marco de su profesión evangélica, amigable y conciliador, héroe con apariencias de persona casi vulgar, que no veía imposibles en las obras más arduas y arraigadas, organizador, viajero incansable, explorador avisado, escritor, músico, fotógrafo, pintor, escultor y lingüista: todo esto simultáneamente era el padre Sala en la época que fue nombrado prefecto de misiones.

Por noviembre de aquel año de 1885 emprendió el mencionado padre su viaje desde Ocopa al centro de las misiones, esto es, a Nuestra Señora de la Asunción de Quillasú, acompañado del hermano donado Diego Gutiérrez y un peón; y dejó escritas de su pluma las circunstancias del viaje, atravesando las Pampas de Junín, pasando la Cordillera de Huachón, cubierta de nieve perpétua, y bajando a Huancabamba.

Descritas las penalidades a que se vieron sujetos en tres noches que pasaron en tres pueblos, antes de llegar a Huachón, agrega luego el padre Sala: "Saliendo de Huachón empezamos a subir para trasmontar la Cordillera nevada. En esa cuesta se nos cansaron rudamente las bestias. Pasado aquel malísimo trecho de la Cordillera, ya se respira un aire un poco más suave aunque los trabajos no se acaban (1)".

De Chilache donde comienza el valle de Huancabamba pasó el padre Sala a Ranchería, donde moraba un hombre emprendedor y práctico, Enrique Bottger, antíguo conocido del misionero, de quien mereció las más finas atenciones. De aquí a Quillasú es un trayecto fácil, de terreno casi llano: aquí tuvo el padre Sala el más a-

(1). Manuscrito de puño y letra del padre Sala (Archivo de la Provincia de San Francisco Solano).

gradable encuentro con el padre Pallás. Y aunque eran las doce del día solemne de Navidad, cuando llegó a Quillasú, el incansable viajero celebró en ayunas la santa misa, antes de sentarse a la mesa.

3.—Instalado en Quillasú, consideró el padre Sala lo incómodo del camino de Huachón y la dificultad de trasportar por aquella vía los elementos necesarios para consolidar una fundación; y dió en discurrir si habría una ruta más corta y menos incómoda. Consultado el punto con los indígenas Amueshas, le dijeron: "Que pasando por el Cerro de la Sal, se salía luego a Chanchamayo, lugar muy poblado, desde donde se salía a Tarma, sin pasar nada de frío ni cordillera."

Esta noticia, dice el padre Sala, me llenó de entusiasmo y no vi la hora de acabar los trabajos de reconstrucción del conventillo de Quillasú, para salirme cuanto antes por Chanchamayo, sin volver más por Huancabamba ni Huachón; cuyo camino nos tenía muy aburridos por su soledad, por su falta de recursos, y por su frío tan exorbitante."

"Dicho y hecho, agrega el padre Sala, en menos de tres meses acabé la nueva capilla de tapial, la hospedería y escuela a estilo de los alemanes (1)."

Después de realizado lo antedicho, el padre prefecto organizó la expedición que debía pasar por las alturas hoy llamadas de Santa Cruz, por el Cerro de la Sal y Chanchamayo, para volver a Ocopa pasando por la ciudad de Tarma. El padre Sala iba a seguir en esta ocasión las huellas del primitivo misionero de aquellas re

(1). Un buen número de colonos alemanes del Pozuzo tuvo la acertada idea de abandonar los estrechos y poco sanos terrenos del Pozuzo y pasar al hermoso valle de Oxapampa, donde aún permanecen a la sombra de nuestra misión de Quillasú.



Vista del río Paucartambo

giones, fray Jerónimo Jiménez, que también pasó de Huancabamba al Cerro de la Sal y a Quimirí en Chanchamayo, sito en el terreno que hoy ocupa La Merced.

4.—Llegamos al Cerro de la Sal, escribe el padre Sala, y nos hospedamos en casa de un chuncho (1), llamado Maximiliano, que estaba a la orilla del río Paucartambo (2). Este joven tenía muchos hermanos, todos casados y con familia, creo que eran siete matrimonios; al momento se juntaron muchas personas, y después de habernos saludado semisalvajemente, les pregunté si les gustaría que hiciéramos allí cerca un pueblo o Misión; y me respondieron con mucha gritería que sí. Entonces yo les dije que me pasaría a Ocopa cuanto más antes y allí contrataría bastantes operarios para regresarnos con ellos y fundar un pueblo en el Cerro de la Sal, o en sus inmediaciones, en el lugar que viese ser más aparente. Todos quedaron contentísimos, y hasta se ofrecieron a ayudarnos a trabajar, inclusive el mismo Capitán Huanchú."

"Estuvimos un día en casa de Maximiliano, como descansando, y también para preparar las balsas en que debíamos pasar el río Paucartambo, para dirigirnos a Chanchamayo. Aquí noté un fenómeno tan propio de los indios de la sierra (3), como fastidioso para un resuelto explorador, quiere decir la aversión, el miedo y horror que tienen los cholos para pasar los ríos. Hacía tres me

---

(1). Esta palabra equivale a indio de la montaña peruana y de preferencia se aplica al salvaje.

(2). No debe confundirse este río Paucartambo con el que corre en la zona del Cuzco y contribuye a formar el Urubamba.

(3). El territorio peruano se divide en tres grandes zonas de diversas condiciones climatológicas y de distintas costumbres: costa, sierra y bosques orientales.

ses que habíamos salido de Ocopa, y durante este tiempo, subiendo Cordilleras y bajando quebradas, viviendo en el monte y durmiendo en despoblado, padeciendo hambre, frío, sudor y cansancio, con mil picaduras de insectos, y nadie se había quejado ni espantado. Pero ahora que vieron estos mismos serranos que debíamos embarcarnos y pasar sobre balsas un río tan grande y correntoso; todos desfallecieron, llorando como criaturas y arrepintiéndose de haberme acompañado (1). ¡Qué miseria! Querían desertarse volviéndose por Huancabamba y Cerro de Pasco, formando un rodeo de doce días en lugar de los cuatro o cinco que nos faltaban yéndo por Chanchamayo y Tarma. Les prediqué, los animé, y me ofrecí a pasar primero y delante de todos, para que viesen que el agua no nos tragaba, como ellos se imaginaban".

"Así fue: al día siguiente a las diez de la mañana me embarqué delante de todos, y luego que comenzó a mecerse la balsa, comenzaron también de nuevo los llantos; se arrodillaron todos pidiendo a gritos misericordia, mientras los salvajes, hombres y mujeres, se reían de este espectáculo."

"Pasamos todos sin novedad, y al cabo de dos días llegamos a Chanchamayo; de aquí pasamos a Tarma y de Tarma a Ocopa".

5.—La fundación de Quillasú que recibía su última mano con la visita del padre Sala y con la mejora material que había experimentado la residencia, resultaba en beneficio de la tribu Amuesha. El padre Sala ha dejado una descripción bastante cabal del estado de decadencia

---

(1). El padre Sala consignó en su narración manuscrita que había salido de Ocopa con el hermano Gutiérrez y un peón; de lo cual se deduce que los serranos de quien habla se le agregaron en el camino.

en que se hallaba a la sazón aquella tribu indolente, expresando además sobre su filiación un dictamen propio. "Esta tribu, dice, llamada **amueixa, o amage, panatahua o lorenzos,** es una ramificación de la de los Campas. Consta esto claramente, tanto por sus hábitos y costumbres, como por su idioma, que viene a ser un campa corrompido, mezclado además con muchas palabras **quichuas,** acomodadas a la inflexión o forma **amueixa**. Lo que prueba además que esa tribu consta de elementos heterogéneos de distintas razas y naciones; ni es esto extraño atendida su proximidad a la sierra y su comunicación y comercio con los civilizados más inmediatos a las montañas".



Indios Amueshas pasando el Paucartambo

"El carácter de esa tribu es bastante tratable: son los más mansos y cariñosos que se ven entre todas las demás tribus; muy poco inclinados al trabajo y al progreso; enemigos de vivir juntos, llenos de supersticiones e idolatrías, que mezcladas con un tinte de cristianismo mal entendido y mal arraigado, forman un obstáculo no pequeño para la civilización y el Evangelio".

"Reina entre ellos la poligamia; sin embargo respetan algunos grados de parentesco en cuanto a sus enlaces matrimoniales".



Iglesia de la Misión de Quillasú

"El número total de indios de esta tribu, creo que no pasará de 2.000. En lugar de aumentar, se ve que va disminuyendo por causa de las enfermedades de viruelas y muchas supersticiones. Una de ellas atrocísima e infernal consiste en que cuando una persona muy querida, como padre, madre, esposo, esposa, hijo, etc., se halla gra-

vemente enfermo; después que se han probado todos los remedios ordinarios sin efecto, se consulta al brujo o adivino, para ver lo que se debe hacer, a fin de salvar la vida del enfermo. Dicho brujo o curandero se constituye en casa del enfermo: aquí después de tomar su chicha, después de haber mascado coca y chupado esencia de tabaco, después de haber dicho oraciones, evocaciones etc.; se fija en alguno de los miembros de la familia (por lo común en uno de los niños y niñas más simpáticos y perspicaces), afirma que aquel muchacho o muchacha tiene la culpa y es causa de la enfermedad grave del pariente. Entonces queda resuelto el martirio de aquella inocente criatura".

"Esto que vamos a decir sería casi increíble, si no lo hubiéramos presenciado muchas veces. Pues bien: el mismo padre o madre, esposo o esposa, hermano o hermana, desempeñarán el papel de verdugo, solamente porque el **corneichá,** el brujo, adivino o curandero así lo ha insinuado. ¡Qué horror! ¡Qué impiedad!".

"Pasemos adelante: el niño o niña condenados a estas pruebas son por de pronto separados del resto de la familia: se les sube a los altos de la casa o choza después de haberlos castigado cruelmente; allí tienen que guardar un riguroso ayuno, pues no se les permite más alimento que el suficiente para no morir de hambre. Además de esto, de propósito queman debajo de su habitación yerbas, maderas, trapos y otras cosas hediondas, para que con su humo insoportable, no pueda la triste criatura cerrar los ojos día ni noche; sino que tiene que estar continuamente tosiendo".

"Ni basta esto, sino que cada día deberá por lo menos una vez descender de aquella región tenebrosa, y después de haber escuchado mil palabras mortificantes, acompañadas de muchos golpes, comienza a escarbar la tierra del primer piso con un cuchillo. Aquí van

recogiendo todos los huesecitos, espinas, carbones y otras torpezas que encuentren enterradas y lo van amontonando. Estos objetos inútiles y asquerosos son tenidos como otros tantos maleficios, que constituyen el cuerpo del delito del inocente condenado, sin embargo de que todos los miembros de la familia saben muy bien que ellos mismos los han puesto en el lugar en donde hoy se encuentran".



Casa Misión de San Luis deShn aro

"Así prosiguen por muchos días; y si con todo esto no mejora lo salud del enfermo, sino que va empeorándose; entonces el infeliz muchacho o muchacha, que por los malos tratamientos está ya como un esqueleto, es irremediablemente condenado a muerte. Se le lleva a la orilla del río, y aquí, después de haberle dado un garrotazo a la nuca, o un hachazo a la cabeza, se le arroja al río".

"De este modo perecen anualmente una multitud de criaturas inocentes, y a veces personas grandes; pues hemos visto ahorcarse una mujer que había sido condenada a sufrir aquella serie de tormentos, por orden del brujo o curandero: la cual para abreviar tanto martirio y otros mil insultos a su pudor, tomó un bejuco y se colgó de un árbol."



San Luis de Shuaro: Vista general

"Cuando los Reverendos Padres misioneros tienen conocimiento de alguno de estos hechos horrorosos, procuran impedirlo a todo riesgo, aún con peligro de sus propias vidas: pero los salvajes son tan cautelosos en ocultarlos, que muchas veces no sabemos nada, hasta mu-

chos días después que ya se ha efectuado el impío sacrificio".

"De esta manera se explica como esa tribu y casi todas las demás de infieles, lejos de aumentarse, va disminuyendo diariamente. Si a esto se añade la enfermedad de las viruelas, contra la cual no tienen ni quieren admitir ningún remedio; entonces nos acabaremos de convencer de la próxima extinción de los chunchos en nuestras montañas".

A las reflexiones del padre Sala, agregaremos nosotros la observación de la semejanza que hay entre los errores supersticiosos y procedimientos salvajes de las diversas tribus del Oriente; pues lo descrito aquí por el padre Sala, guarda perfecta analogía con lo narrado por los P.P. Vidal y Torra, relativo a los Jívaros de Zamora, en casos semejantes de enfermedad e intervención del brujo o corneixá.



CAPITULO SEGUNDO

Fundación de San Luis de Shuaro

1896

SUMARIO: 1—De Ocopa a Shuaro. 2—Fertilidad en este paraje. 3—Trabajos de la fundación. 4—Antigüedades en el subsuelo. 5—Movimiento hacia San Luis. 6—Expansiones del padre Sala.

1—Tan pronto como llegó a Ocopa el padre Sala, reunió veinticinco operarios, entre albañiles, carpinteros y peones; los contrató para dos meses y les adelantó el salario. Juntó también cierto número de chunchos para talar los árboles del bosque y abrir caminos. Se proveyó de herramientas, pañuelos, espejos, cuchillos, hachas y dinamita; y sin pérdida de tiempo se puso en marcha para Chanchamayo, con toda su gente, que emprendió y continuó la marcha contento y alegre.

"La primera hacienda en que nos hospedamos, dice el padre Sala, fué la de los señores Santa María, llamada "Huacará", a cuyos dueños D. Pablo y Eloisa Santa María les debo eterna gratitud. La segunda fué San Carlos, cuyo patrón Mr. Heeren ha sido para mí, y para todos los exploradores del interior, el mejor apoyo, el mejor amigo y bienhechor. Sigue después el señor Prugue, y por último el noble asiático Juan Tchang, en la confluencia del Paucartambo con el Chanchamayo".

"Desde aqui comenzó mi trabajo en dirección al Cerro de la Sal, buscando el lugar más apropósito para la fundación del pueblo que hoy se llama San Luis de Shua-

ro. La distancia que hay desde la confluencia del Paucartambo hasta el verdadero Cerro de la Sal es de unas 2 leguas y media hacia el N. O. Mandé una orden al Capitán Huanchú, para que viniera con toda la gente amiga, a ayudarnos a abrir camino, según nos había ofrecido en el mes anterior, y él vino al momento con muchos salvajes, todos dispuestos a trabajar. Ante todo les regalé varias cositas a ellos y a sus mujeres; prometiéndoles mejor paga al cabo de la semana: con esto, la comida y el traguito, era una fiesta aquel trabajo. Tanto más que yo había traído una pequeña banda de música. y procurábamos hacerlo todo a son de trompeta, especialmente por las noches tocábamos y cantábamos hasta cansarnos."

"A mediados de Mayo comenzamos a abrir camino desde la casa de Juan Tchang en la confluencia del Paucartambo hacia el Cerro de la Sal; y el día 21 de Junio, llegamos todos a un lugar muy hermoso, con terrenos llanos, regados de varios riachuelos cristalinos, cuyo diámetro, por los cuatro vientos es de una legua poco más o menos. A este lugar llaman los chunchos Shuaro, y nosotros le llamamos San Luis, por haber arribado allí el día de San Luis Gonzaga".

2—"San Luis está situado a 2,000 pies sobre el nivel del mar (1), su temperamento es por lo regular de 20 a 30º según las horas del día y el estado de la atmósfera: se encuentra a los 10º.55m. lat. sur y 77º.37 m. long. meridional de París, al lado occidental del río Paucartambo. Este río es caudaloso y cría muy buena pesca; al principio de habernos acampado en San Luis fui muchas veces a pescar con torpedo a fin de tomar algo más que

---

(1). J. Capelo, en su obrita "La Vía Central del Perú", señala a San Luis de Shuaro la altura de 861 metros; Villarreal en "Coordinadas Geográficas", no le da sino 756.

conservas, y me sucedió más de una vez con un solo tiro de dinamita sacar un quintal de peces, de dos y tres libras cada uno. Ahora ya no abunda tanto la pesca, por



San Luis de Shuaro: Iglesia y torre

lo mucho que se la persigue, especialmente los chinos, no hay día que no echen varios torpedos. Los terrenos son excelentes para toda clase de producciones, especialmente las propias de montaña, como son café, caña, coca y cacao: asi mismo se desarrollan de un modo pasmoso las plantas y árboles frutales. Planté una parra de uva

de Italia y noté que los sarmientos crecían un metro cada mes. Planté una ramita de higuera de Tarma, y al cabo de un año empezó a dar higos en todos los meses sin parar saliendo cada día mayores y más sabrosos".

"Sembré tomates con semilla de Europa, y dieron con tanta fuerza que por tres años contínuos no dejaron las plantas de producir; noté sin embargo que abandonándolas a sí mismas, sin cuidarlas ni podarlas, se volvían como silvesetres, saliendo cada vez más chiquitas. Nada diré del platanal y piñal formados por el R. P. Fr. Juan Pallás; pues el primero al medio año de plantado, ya daba unos racimos de tres arrobas de peso; y el segundo daba piñas de siete libras, olorosas y sabrosas; y esto en todos los meses del año. Sin embago se notaba que la cosecha más general era por el mes de Agosto. Y ¿qué diré de la cría de las gallinas? Salí al viaje del Ucayali que por lo común dura cuatro meses; el padre Pallás quedó en mi lugar en San Luis recién fundado. No teníamos todavía ningún animal; pero él se buscó entre los chunchos quien le diera de limosna dos pollitas y un gallo. ¿Quién lo creyera? Al cabo de cuatro meses regresé y aquellos tres animalitos se habían aumentado ya hasta el número de sesenta. Después de esto ya no nos cuidábamos de contar las gallinas, sino de matarlas siempre que se nos antojaba, o venía algún expedicionario, lo que era muy frecuente".

3—"Una vez acampados en San Luis dividí los operarios; unos se ocuparon en aserrar maderas, y otros prosiguieron en abrir el camino, hasta llegar al mismo Cerro de la Sal. Mientras unos y otros cumplían con sus respectivas tareas, yo me ocupaba en explorar el terreno en todas direcciones. Unas veces me acompañaba D. Félix Palomino (de Huancayo), otras el vice-cónsul suizo Mr. Rufino. Un día venía conmigo el italiano Juan Bogo, otro día el joven Luis Arce (fotógrafo). Con este pu-

de observar satisfactoriamente todas las quebradas y pampas que rodean el famoso Cero de la Sal, y al fin me convencí que para la formación de un pueblo un poco numeroso, ningún lugar reunía tantas y tan buenas condiciones, como el que hoy se llama San Luis de Shuaro, distante apenas cinco leguas de la Merced en Chanchamayo, hacia el N. E."

"Resolvimos pues todos empezar con empeño la obra de la fundación del pueblo y Misión: y aquí comienza lo más lindo y variado de nuestras ocupaciones. Aquello era una realidad. A fin de poder atender mejor a tan diversos trabajos, mandé venir de Quillasú al R. P. Pallás y a Fr. José Magret. Con estos éramos ya cuatro religiosos; y a veces a medida que iban llegando del Ucayali, nos juntábamos hasta seis. Todos de buen humor, medio músicos, medio artistas".

"El P. Pallás lo primero en que pensó fué en formar una buena **chacra**, para sembrar yuca, maiz, frijol, etc., ¡Qué cuadro tan inocente ver al referido religioso dar vueltas alrededor de su chacra con la cabeza descubierta y tocando la flauta para que los frijolitos creciesen con más placer! Fr. José Magret se deja ver cada día por muchas horas sobre unos andamios naturales, sudando a torrentes al compás de los chirridos de una grande sierra. El se ponía arriba y dos peones abajo, para llevar bien el hilo y adelantar más el trabajo. El hermano Diego Gutierrez y el padre Hernández hacían barro, y el padre Sala remangado el hábito a la cintura y el pantalón hasta la rodilla estaba en el molde tirando adobes por la mañana y por la tarde en medio de la plaza con un sol abrasador. Los peones seguían abriendo caminos y cortando palos, esperando el toque de la corneta para venir a comer y descender. ¡Qué hambre, qué sudor, qué sed! ¡Cuántos mosquitos! Cada uno toma su mate **(plato vegetal)**, y vaciándolo con la mayor velocidad, comienza a

contar a los demás lo que en aquel día le ha acontecido. Unos han visto una gran culebra y a piedras o con el machete la han muerto, dejándola colgada de unas ramas. Otros han encontrado un venado y pensando que era tigre empezaron a gritar y pedir un rifle para matarlo: lo rodearon y con la gritería lo atontaron hasta el extremo de dejarse coger con las manos: era grande y muy hermoso; nos lo comimos. Unos habían visto chunchos pintados, y otros manifestaban gran temor de encontrarse con ellos en medio del monte, pensando que podían flecharlos".



Jeroglíficos sobre un monolito: río Paucartambo

4—"Este hermoso lugar que hoy llamamos San Luis, tiene indicios de haber sido en un tiempo muy poblado y por gente mucho más inteligente que la raza actual de los amueixas. En efecto: después que hubimos cortado los árboles grandazos que ocupaban la plataforma en que se halla el convento y Capilla, empezamos a formar

grandes hoyos en el suelo para sacar tierra, tanto para hacer adobes como para hacer tapiales. Y a tres capas de tierra distinta encontramos restos de platos, ollas y porongos (1), con dibujos muy curiosos y muchas hachitas de piedra de diferentes tamaños; unos y otros desconocidos de los salvajes que actualmente moraban allí. También encontramos los cimientos de grandes ladrillos de una fundición de fierro, con muchos pedazos de escoria y otras coriosidades. En el cerrito o pajonal que está junto al pueblo y Convento, encontré varios boquerones muy profundos, que parecen haberse hecho con intento de buscar alguna veta de metal. Es cierto que muy cerca de San Luis hay una mina de acero muy bueno de la cual sacan los chunchos material para todas sus fundiciones que son muchas: aunque en el día de hoy poco las usan por razón de los muchos regalos que reciben de la gente civilizada en hachas, machetes, cuchillos y escopetas."

5—"Luego que nos fijamos en este paraje, vinieron varias personas de Chanchamayo, Tarma y aún de Lima a visitarnos. Muchos se enamoraron del lugar, y empezaron a hacer sus chacras y casas. El primero fué D. Antonio Rosas (portugués) y juntamente con él, un joven alemán llamado Federico Hennings, a quien bauticé y casé con una chunchita, viviendo hasta hoy muy bien y religiosamente. Después se han introducido gentes de todos lugares y naciones, especialmente los chinos se multiplican extraordinariamente. Así es que el pueblo de San Luis ya no se puede considerar como una reunión de chunchos sino más bien como una pequeña colonia de gente civilizada. Los indios naturales que viven en el mismo pueblo y lugares circunvecinos apenas llegan a 40 o 50; los cuales van desapareciendo, ya por la aversión na-

(1). Cántaros de barro.

tural que tienen a la gente civilizada, ya también por no convertirse en criados y peones de los mismos colonos europeos que allí se han establecido. Así es que el padre misionero de San Luis, más bien desempeña el papel de un párroco que no el de conversor o catequista de infieles. Su permanencia sin embargo es de muy grande importancia tanto para los salvajes de diferentes tribus, como para las necesidades y buen orden entre la gente de diferentes nacionalidades que allí se han establecido. Pues como el padre misionero no es francés, italiano, inglés ni español, sino solamente ministro de Dios; se considera como padre y amigo de todos; y de hecho todos acuden a él en sus distintas necesidades, como que fuese el protector y bienhechor universal de todos. Por otra parte como aquel lugar es el más concurrido de la mayor parte de los infieles del interior, por razón de la sal que encuentran allí, es un punto altamente estratégico para un celoso misionero católico, pues con poco trabajo puede comunicar la noticia del Cristianismo y de la civilización, a personas y tribus muy remotas, a las cua les sería muy difícil visitar personalmente. Inmediatamente a San Luis en la parte oriental del río Paucartambo se ha establecido la colonia inglesa conducida por la Peruvian Corporation. No es fácil definir si esta clase de gente será útil o perjudicial al adelantamiento de las Misiones, y verdadero progreso de la montaña".

6—"Pero dejemos esto, y no queramos penetrar tanto los secretos del porvenir, mejor que hablen los hechos. Es la montaña el campo de las ilusiones, lugar de expansión y trabajos: contempla uno las argentadas olas de los ríos, y parece que con ellas se embarca para descender mansamente a las regiones del Eden. Mira los árboles rectos y frondosos, y parece que lo dicen: Aquí todos somos libres e independientes, no reconocemos mas dueño que a Dios. Levanta los ojos al cielo y ya lo vea

tachonado de estrellas, o caldeado por el sol, dice: ¡Qué hermoso eres! ¡quien pudiera siempre descansar debajo de este pabellón! Ora retumbe el monte o los árboles se arranquen por furibunda tempestad: sea que las nubes se derritan o que el iris aparezca con toda su majestad: el morador de la selva canta y rie; y dice: Todo esto indica vida, progreso, gloria y felicidad. Es una especie de



San Luis de Shuaro

éxtasis lo que allí pasa. El inglés se olvida de Inglaterra; el francés de su nación; el español o italiano están siempre de buen humor; y si el alemán con su cachimba (1) se arraiga con amor, en cambio el pobre chino siempre piensa en su Kantong".

(1). Pipa de fumar.

¡Oh Dios mío! ¿qué hago yo. Nunca fuí poeta, pero con solo pensar en la montaña, estoy botando versos por los cinco dedos! Tan prodigiosa fertilidad y vegetación reina en aquellas partes, que una vez escupí en el suelo, y al día siguiente noté que de la saliva salían varias varitas blancas, como que fuera algo vegetal. Otra vez me hice una silleta de esterilla, y noté al cabo de pocos días que los cuatro barrotes principales de dicha silleta retoñaban hermosamente por todos sus nudos. Entonces me vino el pensamiento de formar un sillón de fantasía y mandarlo al Presidente de Lima, encargándole que lo regara con una lluvia suave y artificial, para que experimentasen los limeños un fenómeno o maravilla que en la montaña se encuentra a cada paso y que nunca deja de agradar".

"La variedad de flores y animales son un entretenimiento deliciosísimo, para todo hombre que sepa contemplar el gran cuadro de la naturaleza. Al ver la variedad innumerable de las hormigas, de todos tamaños y colores, quise formar con ellas el escudo del Perú, pero mientras preparaba el cuadro cruzaron por mis ojos multitud de mariposas, mucho más encantadoras e inocentes que las hormigas Entonces mudé de tema, y empecé a formar con ellas el monograma del nombre de Jesús, mandándoselo después al benemérito señor Carvallo, Prefecto de Junín, que se hallaba en Tarma. Teniendo a mi disposición varios pájaros y monos y otros animalitos curiosos, quise valerme de ellos para hacer un extraño regalo a uno de mis más distinguidos amigos. Al efecto desollé un mono de color de plomo; de su piel formé una gorrita como birrete: su ruedo lo formaban variedad de plumas de loritos, cicuangas, chihuaces y siete colores: del medio salía una cola de vardilla de cuyo extremo pendían en forma de borla siete pajaritos pequeñísimos llamados picaflores, de muy vistosos colores. Esta gorra



Grupo de Amueshas pasando el Paucartambo

mandé a Mr. Heeren quien la recibió con mucha estimación".

"Por lo dicho en este capítulo consta que el pueblecito de San Luis ha sido fundado por los padres misioneros de Ocopa en el año 1886, siendo Presidente de la República el Excmo. General Cáceres, Prefecto de Junín señor Rizo Patrón, y Gobernador de Chanchamayo el señor Dn. Adrián Zapatero. Todos nos ayudaron mucho, pero Mr. Heeren más que todos Lo digo por un deber de gratitud".



CAPITULO TERCERO

Expansiones del padre Sala: recuerda entusiasmado los antecedentes del Cerro de la Sal.

Mayo de 1887.

SUMARIO. 1—Impresiones por la belleza del panorama. 2—Las conquistas del Cerro de la Sal. 3.—Santos Atahualpa. 4—Una cita del padre Sobreviela. 5—Otras expediciones. 6—La nueva fundación.

1—Llevada a buen término la fundación de San Luis de Shuaro, era natural que su fundador el padre Sala sintiera verdadera satisfacción del éxito obtenido; rememorando al mismo tiempo las vicisitudes por las que había pasado en siglos anteriores aquella región del Chanchamayo y del Cerro de la Sal, cuya posesión pacífica había sido el blanco de las más ardientes aspiraciones del misionero, y no menos del industrial y comerciante del Perú colonial.

El padre Sala, con la jovialidad que le acompañaba siempre y en estilo epistolar dejó escrito lo siguiente:

"Muy distinguido amigo: Cuando el astro del día acaba de derramar sus apreciables rayos sobre esta florida región; y la luna con toda su belleza se ostenta en lo más alto del firmamento para templar las melancólicas sombras de la noche; estando el mes de mayo en lo más suave de sus aromas, es a la verdad el tiempo oportuno de tomar la pluma, y describir con sinceridad y dulzura lo que más de una vez ha apetecido su noble curiosidad".

"En el momento en que todos los habitantes de San Luis disfrutan las dulzuras del primer sueño: en este día (9 de Mayo) en que el cielo y la tierra se disputan los resplandores y lozanía; en este lugar, debajo de un techo de tablitas, y entre cuatro paredes o rejados pintorescos compuestos de cañas y bejucos, aquí es donde el hombre puede desahogar sus afectos, y tratar aunque de tan lejos con el más fino de sus amigos y compañero de sus trabajos".

"No importa: el espacio no separa los corazones, ni el tiempo malogra los años".

"El que ama puede amar siempre, y el que hace mal no siempre lo consigue. Una alma llena de fé, un pecho lleno de vida, un deseo ardiente de obrar el bien, pueden transformar la tierra en cielo, al hombre en ángel, y a este asimilarlo al mismo Dios".

"Era el monte Gargano silvestre como los demás, y sin embargo el príncipe de la celestial milicia quiso que allí se le rindieran adoraciones. El monte celebérrimo llamado de la Sal en nada se diferencia del resto de la montaña y no obstante, ya sea por el mineral referido, ya por ser un lugar estratégico para apoderarse y dominar toda la gentilidad, ya por las esperanzas bien fundadas de nuevos y preciosos descubrimientos; este monte, repito, ha sido siempre el objeto de las aspiraciones religiosas y políticas, así de los peruanos como de los españoles. Una fuerza secreta los arrastra allá y un númen divino los hace presentir un porvenir venturoso. ¿Y qué hacer? Hay ciertos vientos que levantan las pajas, y hay otros que se lo llevan todo hasta los árboles. Si acaso el designio que he formado, y que gracias al cielo se va realizando de formar un pueblo católico en el Cerro de la Sal, fuese exclusivamente mío, podría mirarse como una de tantas veleidades que visitan de vez en cuando el corazón humano, y de las cuales no está exento aún

el claustro más sagrado. Pero si mi idea es la misma que movía a un Francisco de San José, a un padre Sobreviela, al Excelentísimo señor Virrey y al actual Presidente del Perú, entonces debo estar tranquilo".

2—"Ahora bien; si se lee con atención la historia de la montaña, se verá cuántas veces ha sido este lugar conquistado; y qué esfuerzos se han hecho para tener aquí un centro de civilización y de fuerza para dominar la región del Ucayali".

"En el año 1635 Fr. Gerónimo, religioso francisca no, pasó desde el pueblo y valle de Huancabamba al Cerro de la Sal, en donde levantó una capilla con el nombre de San Francisco de las Salinas. De aquí pasó a Quimirí en donde fundó otro pueblo con el título de Buenaventura. Queriendo conquistar a los infieles Campas que habitan en las orillas del Perené y Tambo, se embarcó con 28 españoles, y todos juntos murieron flechados por aquellos el año de 1637."

"Año de 1640. Deseando el R. P. Fr. José de Santa María y Fr. Cristóbal Mesa recuperar lo que se había perdido por la muerte del P. Jiménez, entraron con el mayor fervor a proseguir aquella magnífica obra, y fueron tan afortunados, que en este mismo año ya tenían 7 capillas, entre el Cerro de la Sal y el río Perené".

"Nadie debe extrañarse de un número semejante de capillas, erigidas en tan breve tiempo; pues en estas mantañas los edificios se hacen y deshacen con mucha facilidad. Con 9 palos, 1,000 cañas 500 ramas de palma y un puñado de Sachahuasca o bejucos, se puede hacer una casa o capilla bien capaz".

"Deseando algunos españoles aprovecharse de los sacrificios y buena intención de los padres misioneros, quisieron por ese tiempo visitar el Cerro de la Sal; para ver si podrían por esta vía saciar su hambre de riquezas con el hallazgo de alguna mina de oro, que se dice ha-

ber muchas por esta región. Pero lo que hallaron fué la desconfianza de los infieles y una muerte horrorosa para sí y los pobres religiosos que los acompañaban. No sería esta la primera vez que la avaricia supo abusar de todo el desprendimiento de un fraile de San Francisco".

"Año de 1671. El R. P. Fr. Alonso Robles entra desde Huancabamba al Cerro de la Sal, y funda allí un pueblo que constaba de 800 almas. De allí pasa a Quimirí y funda otro pueblo de 200 indios. Como nunca faltan envidiosos en este mundo, nadie extrañará que algunos individuos aspirasen al mando de aquel puñado de gente reunida y semicivilizada a costa de tantos trabajos de los padres misioneros. Consiguieron su intento y tomaron el mando, y lo ejercieron como era de esperar, de un modo muy distinto del que acostumbraban los religiosos. Pronto se aburrieron los indios, y acabaron por retirarse a su vida salvaje, después de haber muerto cruelmente al padre Juan Valera en Huancabamba, y a los padres Francisco Huerta y Juan Zavala en Quimirí".

"Año de 1709. El venerable fundador del colegio de Ocopa Fr. Francisco de San José, acompañado de los reverendos padres Fr. Fernándo de San José, Fr. Mateo Bravo, Fr. Honorio Matos, Fr. Cristóbal de San José y dos religiosos legos, emprende de nuevo y con tanto empeño la conquista del Cerro de la Sal, que en el año de 1730 tenían ya convertidas todas las naciones que habitan en las orillas del río Chanchamayo, Paucartambo y Perené. Fundaron seis pueblos numerosos con los nombres de Quimirí, Nijandaris, Cerro de la Sal, Eneno, Pichana y San Tadeo de los Andes".

3—"¡Qué brillante progreso no habrían hecho estas misiones, si no hubiese existido un Santos Atahualpa! No salamente el fausto de Lima se ostentaría en la región del Chanchamayo, sino que el comercio europeo tendría aquí mismo su más bella animación. Para esto



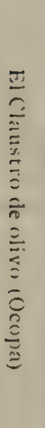
Plano elaborado por los P. P. Sala y Lange.

es bueno saber que dichos pueblos no constaban solamente de infieles, sino también de muchos españoles que al momento fundaban haciendas dode quiera que pisasen los padres. Mis paisanos de aquel tiempo casi siempre se movían por dos polos; la Religión y la plata. Teniendo un sacerdote con quien confesarse en la hora de la muerte, una herramienta con que trabajar y un fuerte contingente de doradas esperanzas, vivían contentos en cualquier rincón del mundo, aunque fuese entre salvajes. Si algo les podía faltar era una mujer y una escopeta, y lo uno y lo otro no se de qué manera, siempre se lo sabían proporcionar. Cualquiera que se fije un poco en el tipo de muchos indios de estas regiones y escuche sus historias se convencerá de la verdad".

"Ahora bien; si es verdad que en donde vive un sacerdote allí está el germen y desarrollo del progreso intelectual, también lo es que en donde vive un europeo, allí se encuentra el gérmen del desarrollo y progreso material. El indio se contenta con hacer las cosas del mismo modo que ayer; un europeo no puede pasar por ahí. Siempre quiere ir adelante".

"Repito ¡qué felicidad! ¡qué gloria! qué riqueza reinarían en esas privilegiadas regiones si no hubiera tenido lugar la revolución de Santos Atahualpa".

"Este indígena, natural o vecino del Cuzco, fue llevado a Europa, volvió de allá más sabio y perdido de lo que era antes. Cometió un homicidio en Ayacucho, y para escaparse de la justicia se metió en las montañas de Huanta. Bajando por el río Apurimac se encontró por casualidad con el curaca o capitán del pueblo de Quisopango que está en el Pajonal, y este lo condujo a su casa. No consta por la historia ni por las narraciones de los indios si Mateo Santabangari (que asi se llamaba dicho curaca) inspiró el plan de revolución que después realizó D. Santos Atahualpa. Lo cierto es que en este lugar y



El Claustro de olivo (Ocopa)

pueblo es donde se fraguó y dió principio a tan infausta tragedia. Aquí se habían reunido algunos mal contentos y foragidos que no pudieron aguantar el yugo del rey ni de la ley, y que esperaban un momento favorable para desahogar sus más infames pasiones. No carecía de ellas el fingido descendiente de Atahualpa, y atizado del deseo de la plata no menos que de la corona, arengó como convenía a aquellos cuatro miserables, los cuales facilmente le dieron el voto y juraron acompañarlo en la empresa. No se porqué numen misterioso tenía este hombre tanto ascendiente sobre el ánimo de los chunchos que pudiese arrancarlos de sus pueblos y llevarlos tras sí. Ya se ve, el ofrecimiento que les hizo de matar a los blancos y robarles su plata y herramientas pudo esto y mucho más".

"Organizado pues el ejército de Atahualpa, se dirigió hácia el Chanchamayo arrastrando en pos de sí a todos los indios del Pajonal, Perené, Cerro de la Sal, Nijandaris y Quimirí, cuyo número no bajaba de 10,000 hombres".

"Los padres conversores estaban aturdidos a vista de un fenómeno semejante, no sabían qué medidas tomar para librar a sus pueblos de tan próxima y fatal desolación. Escribieron a las autoridades civiles para que los ayudasen y evitasen con las armas la pérdida de tantas haciendas y de tan floridas misiones. Pero todo fué vano, porque despreciados tan buenos avisos, tuvo lugar el rebelde de fortificarse, defenderse y cometer todos los males que tenía premeditados".

"Algunos dicen que Santos Atahualpa no era enemigo personal de los padres misioneros, antes bien que les dió permiso para salirse de la montaña e irse a su colegio. Pero el amor que tenían aquellos santos padres a sus carísimos hijos no les permitía ausentarse de su compañía; y muchos de ellos prefirieron la palma del marti-



Un grupo de Campas

rio, al verde ramo de olivo de una paz mundana. Por esto fue que mataron al R. P. Fr. Domingo García y fray José Cabanes en el Cerro de la Sal, mientras componían el camino. Y si los padres Francisco Otasúa y Salvador Pando pudieron penetrar hasta Quimirí para conferenciar con Santos Atahualpa, no sacaron de tan cristiano y peligroso parlamento otra cosa que ultrajes y malos tratamientos, teniéndose por afortunados de haber salido con vida".

"Cayó también esta vez el emporio de las misiones, y el colegio de Ocopa cubierto de luto tuvo que consolarse contando entre los vivos aquellos que habían muerto en defensa de la humanidad, de la patria y de la religión. Y a la verdad ¡qué pensamientos tan lúgubres se apoderan de uno, siempre que lee los nombres de aquellos bendecidos pueblos y ver que sólo existen en el archivo de dicho convento! No obstante, si de la cautividad de Babilonia no faltó un Zorobabel restaurador, en el estado lamentable en que quedaron esta vez las misiones, tampoco faltó un sabio y valiente hombre que reparase todos aquellos males y volviese las cosas a su antiguo esplendor".

"Ya por los años de 1779 el R. P. fray José Sánchez, guardián de Ocopa, había abierto a costa del colegio un camino de herradura desde Palca a Chanchamayo; ya por los años de 1787 se había abierto a costa del gobierno otro camino por el valle de Vitoc, contribuyendo el mismo colegio con víveres y herramientas; cuado el inmortal padre Sobreviela vino a dar el mayor impulso y coronar con su talento, virtud y fortaleza tan magníficas empresas".

"En efecto el carácter emprendedor de este hombre, pareció un destello emanado de la misma inmensidad. Ni el régimen de una comunidad numerosa, ni las exigencias de todas las diócesis del Perú, Bolivia, Chile y

Ecuador, ni una larga serie de cuestiones domésticas a cual más enfadosa, ni otros muchos obstáculos pudieron entorpecer la corriente progresista de aquel grande bienhechor".

"Los pueblos de Collac y Pucará en el valle de Vitoc, Quiempiric, Intate y Simariba en el valle de Acon, con otros 98 pueblos o convenciones son otras tantas perlas que brillan en la diadema del R. P. Guardián de Occpa Fr. Manuel Sobreviela. Y si hoy (después de un siglo) se adora la Santa Cruz, y se oye de nuevo el repique de las campanas en la misión del Cerro de la Sal, se debe en gran parte al celo apostólico de aquel ilustre hombre, cuyo espíritu aún vive en sus amantes hijos e imitadores, los cuales se envanecen de contribuir al desarrollo del plan profético que aquel Prelado concibiera en los días de su mayor gloria, alegría y esplendor".

"Léase sinó el fragmento que sigue original del mismo padre Sobreviela, y verá cualquiera la fuente de donde sacamos las ideas".

4.—Pero todos nuestros afanes y trabajos servirán de poco si no llegamos a apoderarnos del cerro de la Sal, construyendo un fuerte cerca de la confluencia del río Chanchamayo con el de Maraucocha, y entre el referido cerro, como lo tiene ordenado Su Majestad en su cédula de 7 de Marzo de 1751....

Establecido ya el fuerte y una población de fronterizos en el expresado sitio, se removerá la tropa a lugar proporcionado en la banda opuesta del río, y se irán fundando los pueblos que se juzguen necesarios en tal distancia que puedan auxiliarse por agua y por tierra los unos a los otros. De este modo entraremos sin temor ni peligro por el valle de Quimirí y Nijandaris, y avanzaremos hasta el cerro de la Sal, en donde deberá construirse otro fuerte respetable, según está ordenado por nuestro soberano. De este modo conseguiremos la reducción

y sujeción de las familias gentiles y apóstatas que viven en los enunciados pueblecitos, o su retiro al interior de la montaña. Las nuevas poblaciones podrán formarse no solo de los gentiles que procuraremos atraer por medio de los regalos y comercio; si también de los que voluntariamente quieran avecindarse en aquellas feracísimas tierras, y de muchos pobres y ociosos fronterizos, que apenas tienen lo muy preciso para la mantención de sus miserables familias.

Mas, para lograr que estos entren en tiempo oportuno a hacer sus rozos y chacras en las tierras que les repartan, es preciso que los subdelegados (prefectos) los tengan numerados y los apremien con rigor. Estas pobres familias se podrían mantener al principio con cocinas y maiz que les suministrará el colegio de Ocopa de sus limosnas, hasta que cojan los primeros frutos de fréjoles, zapallos, maiz, camote, yuca y maní, que todo da a los pocos meses; con esto podrán pasar hasta el año en que las tierras les rendirán abundantes plátanos, yucas y otros efectos. Después se les obligará a que formen chacras de caña, coca y algodón, y en medio de estos efectos introducirán los habitantes de la sierra como lo hacían antes del alzamiento (de Santos Atahualpa) chalonas, vacas, aguardiente, ropa y herramientas; y los mismos nuevos colonos, podrán criar cerdos, cabras, gallinas y otros animales, con que estarán mas abastecidos y regalados que en la sierra, y no les será tan sensible la contribución del tributo".

"Hasta aquí el P. Sobreviela: el cual asi obraba y así hablaba, a fines del siglo pasado, en 1790 (1)".

---

(1). Según hemos averiguado don Santos Atahualpa murió en Metraro por causa de una pedrada. Allí se guarda y se venera su espada, cusma y diadema. Los huesos se hallan parte allí mismo y parte en el Buen Pastor. (Nota del padre Sala).

5—Año de 1876. El señor comandante La Rosa acompañado del ingeniero Crüiff, del médico Paulte y de otras muchos personas, visita por orden del Supremo Gobierno, el Cerro de la Sal. El día 21 de Diciembre del referido año salió la expedición del campamento que según parece se hallaba cerca del Buen Pastor, y en cuatro días llegaron al Cerro de la Sal, andando cada día cerca de una legua. Pues el Buen Pastor dista de dicho Cerro apenas cuatro leguas".

"Una vez llegados a la cumbre del referido Cerro, colocaron allí el pabellón peruano y lo saludaron con tres descargas. Cuatro días estuvieron allí y el 29 se regresaron todos, dejándolo todo en el mismo estado que antes: excepto el camino que hay de Bellavista a Paucartambo, que en parte lo abrieron y en parte lo mejoraron".

"Ya antes de este señor había intentado una cosa semejante el señor coronel Cárdenas, cuando a mediados de Octubre de 1870 fué a explorar las márgenes del río Perené. No llegó, es verdad, hasta el mismo lugar de donde se saca la sal; pero sí a unas dos leguas más abajo en cuyo lugar excavaron y encontraron también sal, que fué remitida a Lima y la hallaron de muy buena calidad".

"Año de 1880. El R. P. Fr. Bernardino González visita el Cerro de la Sal desde Huancabamba".

"Año de 1882. El R. P. Fr. Juan Pallás, prefecto de misiones, visita también el Cerro de la Sal, pasando desde Huancabamba a dicho Cerro y de aquí a Chanchamayo".

"También por este tiempo hizo una visita a dicho Cerro el Sr. Durán, capellán de las Religiosas del Buen Pastor".



CAPITULO CUARTO

Ecos de la fundación de San Luis de Shuaro.—Movimiento civilizador hacia el Oriente

1887

SUMARIO: 1—Condición expansiva del padre Sala: irradiaba en torno suyo el entusiasmo. 2—El periodismo y la autoridad departamental de Tarma. 3—Respuesta del padre Sala. 4—Resonancia en Lima: la expedición al Pichis: oficio del padre Sala: sabias providencias para lograr el éxito de la expedición: aceptación oficial.

1—El padre Sala nos dejó escrito, como lo hemos apuntado ya, que pudo observar satisfactoriamente todas las quebradas y pampas que rodean el famoso Cerro de la Sal, y que al fin se convenció que para la formación de un pueblo numeroso, ningún lugar reunía tantas y tan buenas condiciones como el que hoy se llama San Luis, distante apenas 5 leguas de la Merced, en Chanchamayo.

Las observaciones y estudios hechos a toda satisfacción por el padre Sala de las vertientes y llanuras que rodean al afamado Cerro de la Sal no sólo dejaron en su espíritu el convencimiento de que se eligió con acierto el el lugar en que se fundó San Luis de Shuaro, sino que hicieron del padre Sala la primera autoridad y el mejor consejero en un punto tan importante para la República, como era la apertura de un camino central que uniese Lima con Loreto.

Desde la fecha a que nos referimos, el padre Sala fué

el oráculo a quien se oía con respeto, cuando emitía su pensamiento en orden a empresas orientales con base en Chanchamayo.

Esta versación fundamental unida al carácter comunicativo, desinteresado y abnegadísimo del humilde y hábil misionero, hicieron que él fuera el hombre de la época, de quien se fiaban los hombres de gobierno, lo mismo que los peritos encargados de las obras públicas en el Oriente.

Entre las hermosas cualidades del padre Sala debe enumerarse la de no ver imposibles en las empresas útiles; el hallar solución a las dificultades, aunque las más de las veces a costa de sacrificios, suyos y de sus cooperadores. Agregándose que el entusiasmo que animaba a su espíritu valeroso y resuelto, se trasmitía sin tardanza a sus compañeros y auxiliares.

2—En la coyuntura a que nos referimos de la fundación de Shuaro y de las exploraciones en torno del Cerro de la Sal, se despertó en el Perú un entusiasmo ilimitado en orden a acometer empresas adecuadas que resol vieran el problema del Oriente; al mismo tiempo que una admiración sin límites por el sencillo fraile que realizaba sus proyectos con la misma facilidad con que los concebía. Comprobaremos estas aseveraciones con algunos documentos públicos. Un periódico de Tarma, con fecha 15 de Julio de 1887, decía lo siguiente:

"Se trata de elaborar el porvenir de nuestra nacionaildad estudiando los valiosos productos que contiene el vasto territorio de la República, de los que siempre se ha hecho vano alarde, pero que no han sido aprovechados por las generaciones pasadas".

"Perdidas para el país las calicheras que dieron fabulosos rendimientos desde el día que fueron descubiertas, preciso es buscar en la minería y en la agricultura nuevas fuentes de recursos y de prosperidad".

"En las feraces montañas del oriente del Perú está la tierra de promisión que realizará las aspiraciones de grandeza y prosperidad que recompensarán en el futuro las angustias del presente, amargo fruto de los extravíos producidos por la inexperiencia de los pueblos jóvenes, que despiertan a la vida independiente sin la educación necesaria".

"Los hombres que consagran su vida a descorrer el velo que oculta aún aquellas regiones vírgenes, son los verdaderos obreros del porvenir y se hacen acreedores a la gratitud nacioal".

"Entre los exploradores de nuestras montañas, el Padre Fray Gabriel Sala ha venido a aumentar el número de los abnegados varones que han ilustrado las Misiones del Colegio de Ocopa, catequizando a las tribus salvajes por medio de la persuasión, haciéndolas ingresar a la comunidad peruana".

"La escuela y taller, llevados allí por aquel misionero son los verdaderos elementos de propaganda y regeneración. El feliz éxito que sus trabajos han obtenido, son para él envidiable timbre de gloria, y están expresados con lacónica sencillez en la carta contestación a la que le dirigió el señor Prefecto del Departamento, ofreciéndole su cooperación en la noble tarea a que aquel se ha dedicado".

"He aqui ambos documentos: Prefectura del Departamenti de Junín.—Tarma, Julio 25 de 1887.—Reverendo padre: Atraído por la justa fama de que goza V. R. por los valiosos y abnegados servicios prestados al país en la exploración de las montañas de Chanchamayo, tengo la íntima satisfacción de dirigirme a V. R. para ofrecerle mis felicitaciones y participarle que habiéndome hecho cargo de la Prefectura de este Departamento, encontrará en mí un decidido colaborador en la obra civilizadora que ha emprendido V. R., abriendo nuevos ho-

rizontes a la República que influirán notablemente en resarcirla de las pérdidas experimentadas en la última guerra".

"Empresas como la que ha acometido V. R., escudado únicamente por una fe inquebrantable y con el auxilio de elementos deficientes, lo que demuestra su sincero amor a la humanidad, son las que deben levantar al Perú de su postración echando las bases de sus altos destinos cifrados hoy en la colonización y explotación de esas regiones privilegiadas, en las que la Providencia ha sembrado con mano pródiga innumerables riquezas que prometen un venturoso porvenir a esta nación tan abatida en los últimos tiempos".

"En la conciencia de propios y extraños está la convicción de que en época no lejana el Perú volverá a adquirir el renombre de su proverbial fortuna, pues los países más ricos son aquellos que se dedican a la agricultura, porque pueden sostener mayor número de habitantes. Las condiciones topográficas del territorio nacional y el defectuoso sistema de colonización empleado desde el tiempo del Virreynato, han sido siempre un obstáculo para el aprovechamiento de las ventajas que podrían obtenerse de las comarcas destinadas a ser grandes centros agrícolas; y la minería hasta ahora ha sido la industria preferida, debiendo ser la accesoria".

"Felizmente ya se va comprendiendo lo erróneo de la senda que se ha seguido; y con el concurso de hombres de buena voluntad como V. R. verdaderos apóstoles de la obra santa de nuestra reconstitución social, el pais llegará al engrandecimiento a que está llamado en el tiempo y en el progreso".

"Me será grato comunicarme frecuentemente con V. R. para conocer el resultado de los trabajos que ha emprendido, los que serán conocidos por la prensa como un justo homenaje a sus desvelos".

"Acepte V. R. las altas consideraciones de estimación y de amistad, con que tengo el honor de ofrecerme su admirador y atento S. S.—José M. Rodríguez y Ramírez".

3—Al señor Prefecto del Departamento de Junín, Don José María Ramírez.—Señor Prefecto: En contestación a su muy favorecida nota del 25 de Junio próximo pasado, tengo el honor de decirle: que desde el día que me eligieron para desempeñar el cargo de Prefecto de misiones hasta hoy no he descansado un momento, a fin de corresponder a la noble confianza que el Colegio de Ocopa ha tenido acerca de mi humilde persona. Aún más, considerando los inmerecidos favores con que todos los Presidentes pasados y especialmente el actual han distinguido al referido Colegio, me ha parecido muy poco hacer cualquier sacrificio que redundara en gloria de mis hermanos y en bien de toda la nación".

"Por esto en 1885 hice dos viajes a las montañas de Huánuco llevando varios operarios de la Provincia costeados con los pobres fondos de la Misión. Por esto en 1886 hice tres viajes a las montañas de Chanchamayo y Cerro de la Sal conduciendo cada vez de 20 a 30 operarios costeados por mí mismo, como en el año anterior. Por esto me he dirigido a Lima dos veces a fin de encontrar vestidos y herramientas para mis pobres salvajes, gastando cada vez seis u ocho mil soles de billetes. Y por esto ahora mismo he venido a Tarma para encontrar algunos recursos, y meterme otra vez dentro de la montaña por explorar los terrenos más fértiles y ríos más aparentes para una fácil navegación".

"Pero como mi objeto primario como Jefe de estas misiones es procurar la conversión y civilización de los salvajes, por esto mis excursiones no han sido tantas ni tan rápidas como mi genio hubiera deseado. Pues en el año 86 tuve que ocuparme de la construcción del Con-

vento, y mejoras del pueblo llamado Huillasis. En el año pasado mismo he tenido mucho que hacer en la fábrica de la Iglesia y Convento de San Luis de Cerro de la Sal. Entonces es cuando se abrió por primera vez una senda que partiendo del "Buen Pastor" llegase hasta frente del referido Cerro, pudiendo ir en bestia por espacio de cinco horas como lo hicieron don Pedro Denegri, Fortunato Bermúdez y Elías Bonnemaison. Entonces fué también cuando el coronel Miranda vino a visitarnos en nombre del Presidente, y contempló con sus propios ojos aquel florido cerro, objeto el más noble de su arequipeña admiración. En todo ese tiempo no han faltado visitas, y el pueblo de San Luis creciendo de día en día por la afluencia de gentiles y civilizados, será dentro de poco un jardín de delicias, un foco de vida y un nuevo trofeo para mi seráfica religión. Hoy cuenta de 40 a 50 vecinos, los mas ya catequizados y deseosos de ser bautizados, y una vez que se acabe el puente sobre el río Paucartambo será el número cada día mayor".

"Mas para que nuestros trabajos no se paralicen ni destruyan por alguna mala influencia, o por algún informe apasionado, necesito que el Supremo Gobierno nos apoye, conociendo todos los puntos que le hice presentes en mi carta anterior".

"No tengo la menor duda, señor Prefecto, que S. S. se interesará en esta grande obra, y que todo el pueblo peruano le quedará agradecido por su noble cooperación; pero yo de un modo particular procuraré siempre manifestarle mi correspondencia, elevando por su salud mis humildes votos al Señor.—Dios guarde a S. S. muchos años.—Fr. Gabriel Sala, Prefecto.—Tarma, Julio 14 de 1887 (1)".

4—Por este mismo tiempo entre el ministro de Go-

(1). "El Registro Oficial", periódico de Tarma.

bierno y el padre Sala, hubo el intercambio de los oficios siguientes:

"San Carlos, 8 de Julio de 1887.— Al señor Ministro de Gobierno.—S. M.—Estando en nuestro pueblo de infieles del Cerro de la Sal, esperando a mis bogas para bajar al Ucayali (1), recibí una nota de S. Señoría, en la que se dignaba nombrarme como uno de los principales miembros que debían dirigir o encabezar la comisión exploradora del río Pichis. Y diciéndose en la misma nota, que el señor coronel graduado don Manuel M. Chávarri se ponga de acuerdo juntamente con los hombres de su mando, para la realización de dicho plan, he juzgado por conveniente hacerle una visita en esta hacienda de San Carlos y resolver lo que hace al caso según las órdenes recibidas".

"Según eso y atendiendo a las circunstancias excepcionales de la Montaña y del ejército, hemos convenido en lo siguiente:

1o.—Antes de empezar la apertura formal de un camino que pasando por el Cerro de la Sal, vaya a caer del modo más recto y llano al punto navegable del Pichis, hacer una exploración particular con solo 10 o 12 hombres, de los más entusiastas y aparentes que se ofrezcan. La razón de esto es la siguiente; porque siendo pocos en número no causa tanta impresión a los infieles, y se encuentran los recursos con mas facilidad; y por otra parte siendo estos hombres entusiastas pueden triunfar de las mil dificutades que se ofrecen en toda expedición de esta naturaleza".

2o.—Pedir al Delegado de la Junta de Chanchamayo que según lo ordena el oficio sobredicho, se digne fa-

(1). Del viaje al Ucayali hablará el padre Sala en el Diario que se insertará a continuación de este capítulo.

vorecer la exploración con 250 soles plata, para atender a los gastos imprescindibles del camino, y obsequiar algo a los infieles mansos que quieran acompañarnos".

3o.—Una vez explorado dicho trayecto traer a la montaña doscientos o trescientos hombres, sean militares o no lo sean, para que sujetándose estrictamente a las órdenes del señor coronel y gobernador político y militar de Chanchamayo don Manuel M. Chávarri, comiencen la apertura y mejora de dicho camino desde la hacienda de Bellavista. Pues aunque existe un camino desde esta hacienda hasta el Cerro de la Sal, pero en una parte hay derrumbes y en otras palos caídos que hacen muy dificultoso y peligroso su tránsito".

"También deben tesarse los alambres del puente del río Colorado porque están en malísimas condiciones, de lo contrario en tiempo de lluvias será imposible la entrada al Paucartambo".

4o.—A estos doscientos hombres trabajadores se les proporcionará el alimento del valle de Chanchamayo, Vítoc y Tarma, a fin de no exasperar a los salvajes consumiendo los pequeños yucales que tienen para el abasto de sus familias. De esta suerte y dejando cualquier uniforme militar, no solamente no encontrarán ninguna oposición por parte de los infieles, sino que se les prestarán muchos a trabajar para poder participar de un bocado de comida".

5o.—Autorizar al citado coronel y gobernador de Chanchamayo don Manuel Chávarri, no solamente para castigar cualquier desacato contra la autoridad y moralidad, sino también para premiar a los trabajadores, concediéndoles además del sueldo diario, una pequeña cantidad de terreno para que acabado su compromiso del camino puedan establecerse y cultivarlo si acaso lo desean".

6o.—Además de las herramientas necesarias como

son picos, barretas, hachas, machetes y dinamita tendrán un número de armas suficientes para hacer miedo a los infieles y defenderse en caso de traición. Pues aunque en el día de hoy es moralmente imposible dicho caso, por lo mucho que han disminuído los infieles, pero siempre es bueno lo que acabo de decir; siquiera para defenderse de las fieras, o para mantener el orden entre los mismos trabajadores y colonos que se irán metiendo una vez abierto el camino".

7o.—"Estos 200 hombres podrán relevarse por turno de 50 en 50 o de 100 en 100, según que al señor Gobernador le pareciese. En este caso mientras los 150 estarían trabajando, los otros 50 estarán con las armas, vigilando por la seguridad de los trabajadores y manteniendo el orden y moralidad en los mismos".

8o.—"Se respetará en todo caso el favor de los padres que están ocupados en la conversión y civilización de los infieles, así en el modo de tratar a estos, como en el lugar donde deben formarse los pueblos, asi en la región del Cerro de la Sal como del Pichis y Ucayali".

9o—Por esta misma razón, debe el Supremo Gobierno favorecer a las Misiones, misioneros y neófitos, para que nadie se atreva a ofenderlos en lo mínimo, así en lo tocante a su jurisdicción, como en lo material y político de dichas misiones, antes bien ordenar (como se ha hecho hasta hoy), que todas las autoridades, y aún los particulares nos ayuden y favorezcan siempre que nosotros lo necesitemos. En este sentido tanto el R. P. Gabriel Sala como el mismo señor coronel estamos dispuestos a dar cumplimiento a dicha nota del modo más breve y satisfactorio, a no ser un caso imprevisto y de fuerza mayor que pudiera entorpecer la realización de nuestro plan".

"Con esto creo, señor Ministro, haber contestado a su muy favorecida nota del 25 de junio, referente a la ex-

ploración del Cerro de la Sal y río Pich's, y manifestado al mismo tiempo la voluntad decidida que me asiste de trabajar por la Religión y el Estado".

"Solo me resta ponerme a sus órdenes y ofrecerme como siempre por su muy obsecuente servidor y capellán —Dios guarde a U. S.— Fray Gabriel Sala, Prefecto de Misiones".

"Lima, agosto 13 de 1887.—Visto el anterior oficio del Reverendo Padre Fr. Gabriel Sala, Prefecto de Misiones, en el que manifiesta su buena voluntad para ayudar al jefe del destacamento enviado al valle de Chanchamayo, en la comisión que se le ha conferido de explorar y abrir la vía mas conveniente que conduzca de La Merced a la región fluvial navegable, apruébanse en todas sus partes los nueve artículos de que consta el acuerdo celebrado entre los enunciados reverendo padre y jefe del destacamento, relativos al mejor éxito de la expedición exploradora".

"En consecuencia, la Junta Administradora del camino de Tarma a Chanchamayo, entregará inmediatamente los 200 soles de plata que se mencionan en el artículo 2o., para atender a los gastos imprescindibles del camino y obsequiar algo a los infieles que quieran acompañar a la expedición exploradora".

"Regístrese, trascríbase a quienes corresponda como el oficio de su referencia, y contéstese, expresándose la satisfacción del Gobierno, por la voluntad decidida que manifiesta el oficiante, de trabajar por la Religión y el Estado.—Rúbrica de S. E.—Solar".



CAPITULO QUINTO

Penalidades de un viaje de Shuaro a Cashiboya
Diario del Padre Gabriel Sala

1887

De San Luis a Quillasú: de Quillasú al Pozuzo: del Pozuzo al Mairo: del Mairo a Cashiboya

"A los indios que vinieron con Fr. José Magret y con el P. Hernández que me preguntaron si bajaría yo con ellos al Ucayali les respondí que esperasen unos cuantos días, o si nó podían esperar que se fuesen; prometiéndoles yo irlos a visitar, fuese por el camino del Pichis, o por el Pozuzo y Mairo: y en caso de que yo no llegase dentro de tantos meses que viniesen a buscarme, porque yo siempre quería bajar al Ucayali. Ellos se consultaron entre sí, y resolvieron marcharse por entonces, y luego regresar para llevarme. Empero después de esperar casi un año entero, dichos indios no parecieron y el buen tiempo se pasaba; por eso, y respetando los deseos del Colegio de Ocopa, resolví definitivamente emprender mi viaje, exponiéndome a cualquier sacrificio, como lo hicimos el día 28 de Julio próximo pasado. Los motivos que tuve para animarme a esta empresa, que todavía no he concluído, son los siguientes: Primeramente el cumplimiento de mi oficio, que exige del P. Prefecto el que procure el aumento de las misiones, su conservación y progreso; segundo satisfacer los deseos del Colegio de Ocopa, que más de una vez me había manifestado; y por último procurar con mis servicios algún bien a la religión y al estado. Sea todo por amor de Dios".

De San Luis a Quillasú, 12 leguas: las anduvimos en tres días. Un percance funesto. Desfallecimiento. Un solo socorro oportuno. Llegada a Quillasú.

"El día 28 de Julio amaneció en el Cerro de la Sal con los resplandores acostumbrados, y si el firmamento pudiese tomar parte en las glorias y alegrías del Perú, diríamos que el sol, la luna y las estrellas formaban coro en la celebración de tan fausto día; pues él fué muy hermoso. A las 12 del día, después de haber almorzado y preparado todo lo necesario, nos despedimos del R. P. Juan y de todo el pueblo, que ya nos había cobrado algún amor, y no pudo menos de manifestarlo en esta ocasión con las lágrimas que corrían expontáneamente de sus ojos. Los que formábamos la expedición éramos 13, a saber, el P. Prefecto, el P. Hernández, el P. Hormaeche, Fr. Montes, hermano fray José Potestá, D. Tiburcio Soto, Santiago Arroyo, Victoriano, Santiago. Arún, Fernando, Mateo y Vidal Sotocorne".

"Salimos con la gritería y entusiasmo que prescriben el ritual de los chunchos en el principio de cualquier viaje, y con el valor que nos diera un modesto almuerzo, vencimos la primera dificultad, que era subir una muy larga cuesta. Nos paramos muchas veces para resollar andando con el sombrero en la mano; quedamos todos bañados de sudor, no importa; ello es que a las dos horas de andar nuestros pies habían triunfado; y en cambio los ojos disfrutaban una perspectiva hermosa en medio de un radio de 30 leguas de la más bella vegetación (1)".

(1). El padre Sala no exajera al consignar la belleza indescriptible del paisaje de verdura que alcanza la vista, desde que se ha subido de San Luis de Shuaro en dirección a Sogorno.

"Anduvimos como una hora por la cumbre de aquel monte y luego lo volvimos a bajar por la parte del norte. La pendiente no podía ser más pronunciada, y para evitar una caída más que probable, me senté en el suelo y asi me iba deslizando. Empero el P. Hormaeche que andaba por primera vez por esos montes, quiso fiarse más de sus fuerzas y de su equilibrio, y así se dejó desprender con toda su humanidad por aquel ribazo. Mas cuando llegó cerca de mí, quiso pararse, agarrándose de un árbol viejo, el árbol no pudo recibir el empuje, se rompió: y asi abrazado con aquel tronco fue rodando sobre mí, y yo tuve que seguir la procesión, rodando todos juntos hasta que pudimos agarrarnos de algunas raíces que instintivamente supimos encontrar. Esta primera caída fué celebrada con la risa y algazara acostumbradas en la montaña. No hubo ninguna lesión".

"A las cinco y media llegamos a la casa de Maximiliano, que está a la otra parte del Cerro de la Sal, yendo para el Oeste. Di orden que se preparase la cena. Vidal Sotocorne, italiano viejecito, tan espavilado como bendito, se había encargado de traer el fiambre, que consistía en un costalito de pan tostado, una buena cantidad de charqui, y algunas botellas de vino. Preguntamos por Vidal: empero Vidal no ha parecido hasta hoy. Cuando salimos del pueblo, se quedó un poquito atrás, con pretexto de componerse el calzado; y mientras nosotros andábamos distraídos, contemplando los nogales, cedros y vainillas, nos encontramos al fin de la jornada sin fiambre, pues el hombre se había regresado. Supongo que el R. P. Juan, así que lo viera le echaría encima todos los exorcismos; empero nosotros ya nos hallábamos engolfados en medio de la tempestad. Era preciso vencer o morir".

"Esta noche se pasó de un modo regular, pues Maximiliano quiso lucirse, regalándonos bastantes yucas; yo

le dí un espejo y un pañuelo. Con estas raíces cenamos, nos desayunamos al siguiente día, y hasta alcanzaron para el almuerzo, que hicimos en la orilla del río Paucartambo. Aquí ví dos patos sobre una roca en medio del río, eché un tiro y maté uno. Un chuncho se metió en el agua y me lo trajo. Gracias a Dios tuvimos algo que mezclar con las yucas; sin embargo el pato apenas tendría una libra de carne, casi todo era plumas y huesos: y nosotros éramos doce. En fin desde este día y lugar tuvimos que adoptar el método de Succi y Merlati, pero llevando cada uno su carga a la espalda y careciendo de aquella misteriosa bebida que tanto fortificaba a aquel célebre ayunador".

"Cuando estuvimos cansados de andar, y estando el sol para caer se oyó una voz que decía: **Basta: no podemos más; es preciso quedarnos aquí.** Está bien, preparemos un rancho por si acaso llueve, y echémonos a dormir En esta noche no se habló de cena, ni comida, pues ya se sabía que no había nada. No obstante, los chunchos fueron a derribar chontas y camonas (1), y vinieron chupando sus raspaduras. Les pedí que me diesen: chupé también, y me pareció semejante a un puñado de pelo de cabra mojado con agua de nabos. Todos decían que era bueno, y yo dije lo mismo. Esta noche se pasó por lo tanto mirando las estrellas y luciérnagas: y las 9 horas que se pasan desde las ocho a las cinco, las ocupó cada uno en lo que pudo. Yo me acordé muchas veces de mi Noviciado y Coristado; de aquellos momentos felices e inocentes en que uno retirado en su celda o en su rincón del Coro, forma concepciones las más bellas, hace propósitos que rayan en la heroicidad, y cuando pide permiso al padre Maestro o al padre Guardián para ejecu-

(1). Palmeras.

tarlos, estos sabiamente se lo prohiben, diciendo: **"Espera hermano, un poco que ya llegará su tiempo".** ¡Oh tiempo, ¡oh prudencia! ¡oh venerable ancianidad, cuantas cosas nos enseñan. . .¡!!!".

"Ya sabe su Paternidad (1) que los chunchos duermen sobre el duro suelo y cuando más, sobre un tejido de palos en forma de parrillas. ¡Pues bien! tanto en casa del Capitán, como en casa de Maximiliano, y en todas las demás que nos han tratado con alguna distinción, se nos ha obsequiado dicho catre o tormento; y por la mañana les hemos dado las gracias, según lo dicta la urbanidad. Una vez que vino el P. Massiá de Visitador, un pobre fraile le rogó que lo dejase dormir sin jergón, y aquel buen padre no se lo permitió. **Entonces estaba el esposo con nosotros y no convenía aquello, mas después que se ausentó, hemos tenido que ayunar, gemir y llorar (2),** y reputar por gran delicia lo que en el convento despreciaríamos como estiércol. Si en esta noche hubiesen aparecido dos ángeles con el perol de la Portería (3), nos hubiéramos arrojado sobre ellos, sin que nadie lo hubiese podido impedir".

"Vamos adelante: los albores de la madrugada anunciaba que teníamos un día más de vida, y que procurásemos ir adelante. Se lo anuncié a mis compañeros, y mientras se arreglaban las cargas y demás cositas rezamos maitines: después de esto proseguimos la marcha. Teníamos que subir una cuesta muy pesada, y la privación del sueño de la comida y aún de la respiración pro-

(1). Esta narración del P. Sala está dirigida al P. Guardián de Ocopa fray Francisco Herrero.

(2). Pasaje evangélico.

(3). Conteniendo la pobre comida que se reparte diariamente a los menesterosos.

dujo un desfallecimiento general. En este día ejercité un poco la fé que recibí en el santo bautismo. Considerando las bellas cualidades de que Dios ha dotado al agua, y que de ella y de la tierra ha sacado las plantas y animales que nos sustentan, viendo que no había otra cosa que disponer, me propuse beber agua en todos los riachuelos que encontrase, echándoles primero la bendición. Así lo hice, y aunque lo que bebía no pasaba de agua, empero me sentía con valor y fuerza para ir adelante. Ya me había yo adelantado algo, cuando noté que todos los otros padres no comparecían; empecé a silbar y no me respondían. Entonces me paré, y me senté en el suelo, volviendo a silbar de cuando en cuando, y he aquí que después de una media hora, llega un chuncho corriendo, pidiéndome una botella de vino de misa, para que bebiendo el padre Tomás pudiese alcanzar un poco de fuerzas, pues vencido de la debilidad y cansancio, se había echado en el suelo, diciendo: **Aquí me quedo, aunque sea a morir; no puedo más.** Los demás que iban con él sentían y decían lo mismo. En este lugar donde me había parado existían señales de chacra abandonada. Yo miraba a derecha e izquierda y no veía nada de que poder echar mano. quería pasar adelante, pero no parecía el camino; oí en esto voces de infieles, los llamé y vino uno de mis muchachos trayendo una especie de nabo muy grande en la mano. Le dije si aquello era bueno para comer, me respondió que sí: entonces saco el cuchillo, le doy un golpe, hinco el diente, y digo dentro de mi: por hoy no morirémos de hambre. Tomé un pedazo como de una libra, y lo restante lo mandé juntamente con la botella al P. Tomás y demás comitiva. Con ese pequeño refuerzo llegaron todos hasta donde yo estaba, echandose de nuevo todos al suelo, y empezaron a dormir. Eran las nueve de la mañana. Hacía tres horas que caminábamos y aún no habíamos adelantado una legua.

Mientras mis queridos hermanos estaban tendidos en el suelo, yo me paseaba arriba y abajo, meditando el modo de remediar tan difícil situación. Pues en este lugar no había que esperar ningún recurso de parte de los hombres, ni chunchos ni cristianos. El infiel llamado Mateo que vivía en Inrapachu ya hacía un año que se había retirado de aquel lugar, y de aquí hasta el convento faltaban seis u ocho leguas que andar. Reparé que uno de los jóvenes que venían con nosotros (era un indio del pueblo de Palca), estaba royendo no sé qué cosa. Le dije ¿qué está comiendo Ud.? Eran unos granitos de habas que habían quedado escondidos en un rincón de su quipe (1). Proseguí: Reparta Ud. esto entre los padres ¿no vé cómo están tendidos? Me respondió: ya les he dado, y no tengo más. En efecto el P. Tomás, el P. José y Fr. Montes habían tomado unos cuantos granos de habas tostadas, que D. Santiago Arroyo les ofreció en un caso de extrema necesidad. Después de haber descansado como dos horas en este lugar, procuré animar a mis queridos hermanos, diciéndoles que la cuesta ya se había concluído, que el camino era llano y que iríamos despacio. Me complacieron también esta vez, y fuimos andando hasta las cinco de la tarde. Aquí nos echamos todos junto a un grande árbol; rezamos lo que faltaba de nuestro rezo, y después de comer una onza de pituca (2) que un chanchito reservado para sí, nos tendimos en el suelo como se acostumbra hacer cuando se quiere dormir. La noche pasó muy lentamente como todas las demás. Unos momentos antes de aparecer la aurora quiso Dios favorecernos con un fuerte chaparrón que mojase bien los árboles y

(1). Carga al hombro.

(2). "Arum esculentum": el tubérculo de esta arácea es muy sano y agradable.

yerbas por donde habíamos de pasar; a fin de que el hombre exterior se refrescase así como estaba el interior. **Fiat voluntas tua.** Prosiguiendo el sistema comenzado de acostarnos y levantarnos sin quebrantar el ayuno, en este día no perdimos nada de tiempo para hacer el café, te, ni chocolate, sino rezar maitines y adelante!".



Quillasú: iglecia y convento

"Hacían dos horas que caminábamos, cuando se apareció Gaspar con sus hijos que nos traían una provisión de yucas. Esto fué resucitar. Anduvimos otra legua, y encontramos a Arturo con una gallina y cancha (1). Lo devoramos todo en un abrir y cerrar de ojos, en pie

(1). Maiz tostado.

con los palos en las manos, el hábito levantado, etc., según se prescribe en el libro del **Exodo:** y proseguimos con mucha alegría lo restante del camino. José Potestá, y Marcial haciendo un acto de virtud heróica se habían adelantado, andando de día y de noche en ayunas a fin de alcanzar este socorro y no perecer todos en el camino. Dios se los pague ahora y eternamente".

"A las 12 ya estábamos en nuestro convento de Quillasú, y el Reverendo Padre Antonio se esmeró con la más tierna solicitud en lo tocante al alimento, vestido, camas, etc. El que salió a recibirnos fué el albañil de Huancabamba llamado Antenor Vega; los chunchos viven retirados del pueblo, y solamente acostumbran venir los Domingos para oir misa. El 31 de Julio llegamos a Quillasú. La distancia es once leguas desde San Luis, y si se abriesen unas cuatro que hay de mal camino, se podría andar descansadamente a bestia en un solo día; pero nosotros estuvimos tres, por las causas expresadas: los chunchos andan lo mismo en dos días, y a veces en menos, pues van y vuelven del Cerro de la Sal en sólo tres días".

De Quillasú al Pozuzo, 15 leguas, estuvimos 4 días. Permanencia en Quillasú. Composición de la iglesia. Fiesta de la Patrona. Bautismo de un protestante. Salida del Convento. Mala conducta de unos cholos cargadores. Camino trabajado por el P. Calvo y por el P. González. Vista-alegre.

"Desde el 1o. de Agosto hasta el 17 del mismo mes permaneciomos en nuestro convento de Quillasú. Durante este tiempo nos ocupamos en entablar la Iglesia, pintar el retablo, techar las habitaciones de la hospedería y colegio; también compuse el melodio cuyos fuelles se

habían descolado. Así mismo nos ocupamos en hacer charqui, tostar café y preparar otras cositas para continuar nuestro viaje. A este fin hice matar un hermoso novillo cuya carne sirvió, parte para recuperar los terribles ayunos pasados y parte para disecarla para el camino.

"El día 15 fue la fiesta de nuestra Augusta Madre y Señora, y los hacendados de Huancabamba quisieron lucirse esta vez comprometiéndose de hacer lo mismo y mejor en el año entrante. Don Genaro Sánchez fué el mayordomo y para el siguiente año se ha comprometido don Antonio Cárdenas. Según esto los tres o cuatro días anteriores a la fiesta fueron un contínuo jubileo de chunchos, cholos y hacendados. Unos trayendo costales de maiz, otros de frijol, quien barriles de aguardiente, quien chipas de **chancaca** (1), unos traían toros, otros gallinas, y todos manifestaban mucha alegría hasta el extremo que el albañil Antenor Vega vino a mi cuarto y después de haberse arrodillado y hecho una profunda inclinación me dijo lagrimeando: "Reverendo Padre Prefecto: por amor de la Mamita nuestra Patrona, deme permiso para emborracharme". ¡Santo Dios! Fíjese mi padre guardián, que cuando el indio llora y se arrodilla es señal que se encuentra fuera de sí: y todavía me pedía permiso para más. Los salvajes que habían concurrido a la fiesta (que fueron muchos) quedaron muy escandalizados de ver esta escena. D. Genaro mató uno o dos toros para dar de comer a los chunchos, les preparé una mesa bien larga en la plaza, les hice sentar y él mismo con su señora y con sus hijas les sirvió la comida. Quise yo entonces sacar una fotografía que comprendiese el convento y la mesa de los chunchos, pero no fué posible que tanta gente permaneciese quieta por un momento.

(1). Raspadura, azúcar en pasta y sin refinar.

y así preferí hacerlo más tarde cuando la gente se hubiese retirado".

"Por la tarde de la Víspera cantamos con toda solemnidad la Antifona que comienza: **Asumpta est María,** con lo restante hasta el **Benedicamus Domino** inclusive. El día de la fiesta se cantó solemnemente la misa, hubo sermón, procesión y fuegos artificiales, tanto al medio día como en la noche. Por la tarde administré el sacramento de la Confirmación a más de 30 personas, las más criaturas de infieles bautizados, otros fueron hijos de los habitantes de Chorobamba. Advierto que para semejantes casos, cuando estuve en Lima pedí licencia al Iltmo. señor Valle. En la misma tarde erigí con toda solemnidad el Viacrucis".

"Era muy justo después de todo esto irme a descansar un poco temprano; pero he aquí que llega a las 7 de la noche D. Enrique Botger, pidiéndome el santo bautismo. Como todos saben, la familia de Botger es toda protestante, de la secta luterana. Como yo conocía de años atrás a D. Enrique, pues en tiempo de los chilenos y **montoneros** lo libré de la muerte y lo tuve escondido diez dias en el convento, me ha guardado siempre mucho cariño, y quizás esto influyese en algo: pero lo principal creo haber sido el poderse casar más tarde con una joven cristiana muy bien educada, de la familia de los Millers. Sea como fuera, me tuvo ese Nicodemus disputando desde las 8 de la noche hasta cerca de las 3 de la mañana. A todo se avino, con tal de poder ser bautizado. Al día siguiente muy de mañana volvióme a pedir el santo bautismo, le recordé en compendio lo que le había dicho por la noche; y sobre todo le hice renegar de la secta de Lutero. A todo dijo **amen.** Lo bauticé según prescribe el ritual, fue padrino D. Manuel Cano; después lo entregué el catecismo de Perseverancia de Gaume, para que

se instruyese más a fondo sobre los misterios de nuestra católica religión".

"Después de haber almorzado fueron desfilándose los concurrentes, y cuando Don Genaro y el señor Gobernador (que era el mismo D. Enrique) hubieron mon todo echaron una bomba y varios tiros, y luego salieron 24 mulas en las que montaban varias señoras y señoritas Nosotros nos quedamos todavía hasta el día siguiente que fue el 17, y formamos otra procesión de unas 20 personas entre chunchos y peones".

"Llegamos a casa de Genaro Sánchez y tanto él como su señora y demás familia nos trataron con un cariño y liberalidad, que nunco podremos agradecer bastantemente. Nos pidió muchas veces que lo encomendásemos a Dios para que tenga misericordia de él; pues como sabrá S. Paternidad, y lo dicen todos, él pertenece a la Legión del Cerro. Sin embargo en toda la fiesta referida ha manifestado en sus hechos y en sus palabras más piedad y religión que nadie (excepto D. José). ¡Qué fenómeno tan extraño!"

"Además del fiambre que nos había preparado, nos prestó con mucho gusto tres peones que nos acompañasen hasta el Pozuzo: y ellos, aunque eran familia de D. Genaro, eran verdaderos indios, y como a tales les corresponde el derecho de mentir, robar y hacer trampas".

"Viéndoles pues tan aparentes, les entregamos la carga de los comestibles, y ellos se manejaron con tanta política que supieron quedarse atrás, a pesar de todas las precauciones que habíamos tomado, para que no nos sucediera como en el viaje de Quillasú. Asi fué que este día 18 de Agosto, después de haber andado todo el día a pie, y subiendo cuesta, tuvimos que echarnos a dormir sin cenar. El P. Hernández era de parecer que se formase consejo de guerra, y que en el día y hora que llegasen los azotásemos a todos sin compasión. Empero ellos lo ha-

bían estudiado tan bien, que casi nos movieron a compasión y no los castigamos. Sin embargo, al siguiente día nos robaron un machete, y aunque el P. Tomás esgrimió todo su enojo, no pudo conseguir el que pareciese. Dios nuestro Señor les da a cada uno de los hombres una gracia particular, y si no fuese malo el decirlo, podríamos afirmar que al indio le ha concedido este privilegio de robar y mentir, **tuta conscientia**".

"En estos cuatro días anduvimos casi siempre por el camino abierto por los Padres antiguos, y algo mejorado por el P. González. Cuando este padre lo dejó en tiempo de Piérola, se podía andar a bestia hasta **Cajon-pata;** pero como desde aquella época casi nadie ha transitado, ahora necesita una recomposición formal. Nosotros lo anduvimos a pie, y aún asi es muy difícil y pesado. No obstante agradezco al P. González lo bien que procuró trabajar; para algo ha servido".

Del Pozuzo al Mairo, 15 leguas: las anduvimos en tres días. Permanencia en el Pozuzo. Virtudes del señor Cura alemán Dr. D. José Egg. Iglesia. Canto llano. Estado de la colonia alemana. Prosigue el camino del P. Calvo. Llegamos a la Pampa del Sacramento, y nos perdemos por espacio de tres días. Imploramos el auxilio de San Antonio cuya imagen venía con la expedición, y de repente encontramos una quebrada desconocida por donde llegamos al puerto del Mairo.

El P. Hernández fué de parecer que nos quedásemos a descansar tres días en el Pozuzo, parte para reforzarnos, parte para componer las sandalias, hábitos, mochilas, etc. Llegamos a dicha colonia el día 20 de Agos-

to por la tarde: el día siguiente que fue Domingo dijimos tres misas rezadas, y yo canté la misa mayor. Sería largo referir las bellas cualidades del señor Cura alemán



Ucumano

el doctor Egg. La arquitectura del templo y de la casa parroquial son parto legítimo de su magnífica idea. El orden y moralidad de la colonia, se debe a su ilustrado y ardentísimo celo. Todos los que viven en aquellas comarcas, asi peruanos como alemanes en cualquier enfermedad acuden con esperanza cierta a su homeopático botiquín; y él todo se lo compone y entrega de balde. Siguiendo este buen sacerdote el consejo del Apóstol S. Pa-

blo procura alimentarse y vestirse con el trabajo de sus manos: los oficios de tornero y carpintero los desempeña en su última perfección. Una de las cosas que me movieron a hacer mi viaje por el Pozuzo, fué el consolar a dicho señor que me pidió con la mayor humildad, que fuese a confesarlo antes de morir. Asi lo hizo esta vez, como lo hacía antes, siempre que pasaba algún padre por allí. Esto es muy consolador".

"Después de haber celebrado su misa el señor Cura, me dijo que ya era hora de que yo cantase la misa mayor. Asi lo hice y me gustó sumamente la gravedad y armonía con que cantaron los alemanes, asi el asperges, como la misa: todo fue a voces y acompañado de melodio. Es costumbre en Alemania dar la bendición con el Copón antes y después de la misa cantada, y el señor Cura me avisó para que no me olvidase de cumplir con este requisito. **Si fueri Romam, romano vivito more."**

"La colonia alemana representa a una familia bien unida, asi por los lazos de la sangre, como por los de la religión y el interés. Antes había muchos protestantes pero ahora, gracias a Dios, y al infatigable celo del señor Cura, ya no hay ni uno. Esta colonia en un principio ha sufrido lo que no se puede creer, por falta de caminos; ahora se está trabajando un buen camino desde Huánuco, y es de esperar que mejorará mucho de fortuna. Si por desgracia muere el señor Cura, perderán los alemanes el móvil principal de sus intereses, asi temporales como espirituales, y dicha colonia o desaparecerá o se corromperá en poco tiempo. La quebrada del Pozuzo es muy mal sana. muchas personas andan con coto; y hay también varios muchachos opas o lelos".

"Después de haber descansado unos tres días, salimos para el puerto del Mairo, el cual dista más de 15 leguas que se andan en tres días. Aunque el P. Hernández y Arturo habían estado ya en el Mairo, quise yo alquilar

además un guía bien conocedor de dicho camino. Para esto contraté a un hombre del Pozuzo llamado Isaac Jora, ofreciéndole un peso en plata diario; él dijo que vendría, empero hasta hoy no lo hemos visto. Cuando Dios quiere un sacrificio de sus criaturas, no hay quien se lo pueda impedir. Salimos, repito para el Mairo, siguiendo el camino abierto por el P. Calvo y el señor Ugarteche, y mientras anduvimos por los cerros y laderas se conocía muy bien dicho camino; pero llegando a la pampa del Sacramento desaparece por completo. En este punto el monte es semejante al mar enteramente llano, sin descubrirse cerro ninguno, sin ver pisadas de gente ni sendero, y cada uno anda por donde le parece. Aún los salvajes en días pasados se habían perdido por espacio de 5 días en este mismo lugar. Arturo (chunchito bautizado) que había estado en este lugar, nos pareció bien para que fuese delante de la expedición. Como el terreno era tan llano y limpio, íbamos cantando, esperando por momentos saludar las mansas y cristalinas aguas de nuestro puerto del Mairo. Aún mas: como el fiambre que traíamos era para sólo tres o cuatro días, estábamos ansiosos de ver aquel soberbio plantanal y huerto de frutas formado por el mismo P. Calvo y cultivado a cuenta de la misión. Pero ¡qué decepción! Eran las 12 del día y al paso ligero y aún precipitado con que andábamos correspondía descubrir algo de consolador. Empero nada de esto, y lo que es peor empezamos a encontrar cerritos. cosa que ya habíamos abandonado para siempre. Aquí empezaron las dudas y la confusión. Nos sentamos en tierra, mandamos muchachos por los cuatro vientos y nadie encontraba señales de camino. Seguimos sin embargo 3 horas, andando frente a la nariz: ¡peor!; empezamos a encontrar riachuelos y lagunitas, serpenteando en todas direcciones. Todos los muchachos se mostraban rendidos del cansancio y bañados de sudor: éramos 13

personas bajo una bóveda oscura de hojas, sin saber por donde salía ni se ponía el sol, el fiambre reducido y sin esperanzas de reponerlo. Me acordé entonces de las palabras del divino Salvador: **Miseroer super turban, quia ecce jam triduo sustinent me, nec habent quod manduccent.** Los hice sentar a todos, les repartí una pequeña ración de gallina asada que habíamos traído del Pozuzo, y después de dar gracias, los hice arrodillar a todos, tanto chunchos como cristianos, y rezamos un **Padre Nuestro, Ave María y Gloria** a San Antonio de Padua, cuya imagen, bastante milagrosa, traíamos dentro de una talega. Hecho esto dije: seguidme y no tengáis miedo! Me puse a silbar para divertir un poco la tristeza que reinaba en el rostro de todos, y he aquí que después de andar como una legua, se aparece un claro en medio de la arboleda. Todos nos apresuramos a llegar aquel punto, para ver si era chacra, río, casa u otra cosa. ¡Que felicidad! Era un brazo de río, cuyas aguas alimentaban un sin número de grandes peces. Pregunté al P. Hernández si se acordaba de esta quebrada; reflexionó cuanto pudo, y no le vino ninguna idea de ella. Pregunté lo mismo a Arturo y me contestó del mismo modo. Entonces yo saqué el mapa, lo miré con la mayor atención y escrupulosidad, y tampoco encontré ninguna señal de dicha quebrada. En efecto: el Palcazu no podía serlo porque tenía muy poca agua; el Chuchurras tampoco porque viviendo allí Guillermo Fransen y Pedro Botger, debía verse alguna señal de persona humana; y nosotros no encontrábamos absolutamente nada de esto; el Mairo tampoco, porque hacía 9 horas que lo habíamos abandonado, caminando al polo opuesto. Sea lo que fuere todos nos alegramos sumamente de haber encontrado este brazo de río; nos pareció ver el brazo del Omnipotente, o la estrella de los Reyes que nos conducía al puerto deseado. Nos metimos dentro del agua andando por el cauce del

río, a veces nos llegaba a las rodillas a veces a la cintura. Asi anduvimos dos días enteros. Aquí se juntaba otro brazo mas grande; vi que ya se podía navegar, hice cortar palos de balsa, (aunque era Domingo, pues las circunstancias críticas en que nos encontrábamos nos dispensaban de la ley): e hice preparar todas las cosas para embarcarnos. Dios quiso que aquí se nos apareciera un salvaje, el cual nos ayudó mucho para hacer la balsa: le dimos dos cuchillitos pequeños, hilo y agujas y se contentó. Montamos en las balsas a las 10 de la mañana y a las 7 de la noche llegamos al puerto y platanal del Mairo. El día 29 de Agosto llegamos a este lugar, y el día siguiente que era Santa Rosa de Lima, permanecimos aqui mismo, para poder secar la ropa que estaba muy mojada, hacer fiambre de plátanos, y arreglar una segunda balsa que sirviese únicamente para las cargas: también saqué de mi cajoncito los títulos de este terreno amparado para la misión y en el palo mayor de la casa dejé una inscripción relativa a esto. Desde aquí empieza el viaje por agua hasta Europa".

Del Mairo a Cashiboya, 100 leguas, por razón de los rodeos del río se andan en diez días, pero nosotros hemos estado cerca de veinte. La caza, la pesca, la vegatación, el terreno. Animales dañinos; los tigres varias veces han querido embestirnos. Llegamos al pueblo de Cayería y Cashiboya. Gran patraña e iniquidad de los comerciantes. Una mirada sobre la política y religión del Ucayali.

"Mi querido padre, por falta de papel no podré extenderme como convendría sobre los asuntos de este capítulo, y tendré que hacerlo forzosamente en otra ocasión. Ya nos tiene pues sobre las aguas: todo se ha cam-

biado hasta los sufrimientos. Por el monte padecían las piernas, aquí todo el cuerpo de pies a cabeza. Cuando andábamos por tierra, padecíamos un poco tocante a la comida, empero una vez metidos en la embarcación nos acordamos y hablamos mil veces del Viernes Santo de Ocopa: de aquel plato de frejoles, de aquel pedazo de bacalao. ¡Dios mío quien lo tuviera! Sin embargo todo lo sufrimos con mucha alegría, y nos maravillábamos nosotros mismos al pensar que estando en el convento murmuramos y nos quejamos de todo, y ahora puestos en estos desiertos todo nos sabe bien, hasta el carecer de todo. Esto es un milagro de Dios y de nuestro Padre San Francisco. Uno de los frailes que iban en la embarcación se acordaba a sus solas y a veces hablaba con su compañero, de aquellos sueños dorados que tenían durante el año del Noviciado, cuando leyendo la vida de N. Padre y de otros santos sentían latir su corazón, deseando que llegase el día de poderlos imitar en algo. Pero aquello no era sino una ilusión; o un entretenimiento de Dios con sus criaturas. Parecése su Majestad a un padre de buen humor que tiene en su jardín un león de bronce o de mármol y llevando allí sus chiquillos, les dice que lo maten. Ellos cortan ramas, traen piedras y hasta algún cuchillo viejo, y con gran valor provocan a la fiera; luego le dan muchos golpes y cuando ya están cansados, vuelven todos muy ufanos donde está el prudente padre; y le dicen con mucha satisfacción. ¡Papá, ya lo hemos muerto!—Vamos pues hijos ahora os voy a dar una manzana. **Et delitiæ meæ esse cum filiis hominum".**

"Esto, repito, es lo que pasa cuando novicios y aún mucho después mientras nos encontramos en el Convento; pero tiempo vendrá en que las ilusiones se convertirán en realidades, y las inocentes y olorosas flores en abundantes y preciosos frutos. "Todo Mayo verdece en Abril". Empero ¿en qué mes nos encontramos nosotros?

Si me miro a mi mismo me encuentro siempre estacionado en el más frío y estéril invierno. ¡Dios tenga piedad de mi! y me de luz y fortaleza para conocer su voluntad y cumplirla perfectamente".

"Pero vamos adelante: dice el adagio: que en la bajada aún las piedras ruedan: y nosotros puestos en el agua corriente abajo, aunque fuese sin comida, esperamos llegar al término de nuestro viaje. El día 31 de agosto salimos del Mairo, echando los tiros de costumbre; San Antonio iba de popero por corresponderle de tiempo inmemorial. Esta imagencita de San Antonio es muy hermosa; tiene un palmo y medio; es toda de madera, y desde los padres antiguos está navegando por todos los ríos y quebradas del Ucayali. Los indios refieren de él varios casos milagrosos. Aunque este viaje se acostumbra hacer en diez días, sobre todo en tiempo de creciente, pero a nosotros por no tener remos ni remeros nos costó cerca de veinte días. Del puerto del Mairo hasta encontrarse con el río Pichis hay un día bien largo de navegación. Aquí vimos, muchísimos loros, huacamayos de hermosísimos colores, no cogimos ninguno; también vimos bastantes monos, pero no eran para nosotros. Bajando el río Pachitea se empieza a encontrar ya el pescado mayor: muchos delfines, algunos lagartos, y otra infinidad de peces. Si yo hubiese llevado dinamita, habríamos comido en grande todos los días; pero por no dar que hablar a los comerciantes no lo hice; mas después me arrepentí, pues la necesidad carece de ley; otra vez ya sé lo que debo hacer. Sin embargo una noche después de haber rezado el santo rosario, tiré el anzuelo y a los pocos momentos saqué un hermoso pescado que pesaba más de una arroba. (era un zingaro). Otro día pasando por delante la quebrada que se llama Tamaya, (donde se ahcgó el P. Tapia) encontramos tantísimos peces que estaba el río hirviendo como una olla; empezamos a garrotazos

y cuchilladas y cogimos varios; muchas saltaron por sí mismos dentro de la embarcación, y a Arturo se le entró uno dentro del seno. Aquí había muchos lagartos comiendo pescado".

"La caza de todo nuestro viaje se ha reducido a 3 monos, un pato y un paugil. Veo que es muy conveniente salir bien pertrechado desde la primera jornada: charqui, galletas y arroz deben ser los primeros zapatos, capote y sombrero del que viaja por estos mundos. La vegetación es poco más o menos como la de Chanchamayo en los lugares llanos; el terreno a mi parecer no es tan fértil a lo menos para la generalidad de los cereales. En Cayería y Cashiboya no dan bien los plátanos y hay que ir a sembrarlos a orillas del Ucayali. Solamente por la pesca del monte pueden vivir los indios en el Ucayali; por lo demás hay una infinidad de plagas que lo hacen aborrecible e insufrible. El calor es de lo menos, especialmente en el Convento se puede sufrir: empero los mosquitos, zancudos y tábanos hacen desesperar. Lo más sensible es cuando uno dice misa; no respetan a la sagrada Hostia, mucho menos al sacerdote. Los pobres muchachos que me han acompañado del Cerro de la Sal y Quillasú, han tenido que hacer agujeros dentro de la arena y esconderse como conejos, pero no les ha valido, y han tenido que pasar varias noches correteando por las orillas del río para librarse de esta calamidad".

"Tres noches hemos tenido que interrumpir el sueño por causa de los tigres; especialmenee una vez tuvimos que embarcarnos precipitadamente a media noche para evitar un caso desastroso. Estábamos asando pescado, y llevados sin duda del olor fueron acercándose muchos tigres; les hicimos fuego dos o tres veces y ellos fueron acercándose más y más, rugiendo desesperadamente. Cuando estaban a unos veinee pasos de nosotros, viendo que no hacían caso ni de la candela ni de los tiros, reza-

mos un padre nuestro a San Antonio y nos metimos a toda prisa en la canoa; pensando dormir sobre las aguas. Pero a poco rato vino a encontrarnos una corriente tan fuerte que casi naufragamos. En vista de esto prefirieron los más volver a saltar a la playa pero en esta estaban correteando varios animales negros como **chanchos** (1), y fue preciso aventarlos a pedradas y tiros. Esto pasó en el río Pachitea".

"Pero en fin. el día 14 llegamos al pueblo de Cayaría, permanecimos allí cerca de una semana, les avisé que se preparasen para confesarse y casarse los que tuviesen necesidad, mientras yo con el P. Hernández me bajaba a visitar el pueblo de Cashiboya. Allí dejé a Fr. Montes con el P. Hormaeche El pueblo de Cayaría representa un puñado de gente buena como la de Orcotuna. Hecho el censo han aparecido 125 personas entre chicos y grandes. La gente de Casiboya representa un pueblo de gitanos, en el vestido, en las costumbres y casi en todo. Estoy actualmente ocupado en hacer el censo, creo que entre chicos y grandes llegará a 300 personas. El P. Conversor tanto en Cayaría como en Cashiboya representa durante el año un papel semejante al del Cura de Concepción, cuando va a hacer la Cuaresma a Huanchar o a San Antonio de la puna. Su oficio se reduce a confesar a los indios una vez en el año, por la cuaresma y hacer algún bautismo o casamiento si acaso ocurre, que son muy pocos. Lo demás del tiempo debe emplearlo precisamente en fumar si es fumador o en matar mosquitos si no lo es. Quizás de aquí proviene el aburrirse tan pronto casi todos los que van al Ucayali. Empero sobre esto hablaremos más detenidamente en otra ocasión, no es el lugar ni tiempo de dar voto en la materia."

(1). Como cerdos.

"El gran río Ucayali es semejante a la calle de Mercaderes o de Judíos de la ciudad de Lima; con la diferencia que no hay celadores, ni presidente, ni justicia, sino que cada uno vive y hace lo que le da la gana. Los homicidios, son muy frecuentes, el amancebamiento es general, la borrachera se llama tercer mandamiento de la ley de Dios: solamente por la chupa se conoce que es día de fiesta; en lo demás no hay ningún distintivo. A fin de podernos humillar mejor y podernos arrojar del Ucayali, los comerciantes han llamado a dos curas de Nauta y Tarapoto, para que bauticen y casen a todo el mundo. Aún más, han creado una divinidad o semi-dios y lo han plantado cerca del Convento de Cayaría. Este hompre (que según todas las probabilidades es un comerciante), se llama Juan de la Vela de Dios. Se hace adorar de los salvajes como hijo de Dios, los casa y descasa, según le piden, y bautiza sus criaturas. Dice que es hijo del Inca y que viene para recuperar su reino. Parece otro Santos Atahualpa. Este asunto significa mucho y necesita un pronto remedio. Por ahora parece que no es más que un dios de caucho: pero anda vestido de oro y bien armado. Quiera Dios favorecer mis pasos para redimir tantos males.—Fr. Gabriel Sala.—Cashiboya, Octubre 4 del 87."



CAPITULO SEXTO

El padre Sala da cuenta al Supremo Gobierno de sus viajes al Ucayali y de sus observaciones en la región oriental.

Diciembre de 1887.

SUMARIO: 1—Palabras encomiásticas. 2—Desde el 28 de Julio. 3—Observaciones: de San Luis al Ucayali. —El río Pichis. 5—Del Pichis al Cerro de la Sal.

1—El padre Sala tuvo el buen tino de elevar a la consideración del Gobierno de la República el fruto de sus acertadas observaciones hechas durante su viaje al Ucayali y al volver a San Luis de Shuaro, atravesando las alturas intermedias entre el Pichis y el Paucartambo.

Los datos que suministra el padre Sala tienen la apreciabilísima cualidad de la precisión, que en aquella coyuntura era de absoluta necesidad, para decidir a los gobernantes de la cosa pública a la apertura del camino por la zona señalada por el P. Sala, con ventaja sobre las demás regiones designadas por otros exploradores. Aquella precisión y claridad unida a la comprensión comparativa de la viabilidad oriental en general que revelaba la comunicación del padre Sala, ejercieron en efecto una influencia decisiva para optar por la apertura del camino central por Chanchamayo al Pichis y Pachitea.

No queremos decir con esto que la información del padre Sala uniformase los pareceres de todos: por el con-

trario, la actitud del experto misionero suscitó discusiones y controversias, sobre las ventajas y dificultades de los diversos puntos que ofrecen acceso al Oriente.

Mas, la balanza de la opinión pública y la del Gobierno se inclinó hacia las indicaciones del humilde sacerdote y explorador.

El informe del P. Sala vió la luz pública en el periódico "El Comercio" de Lima el 20 de Diciembre de 1887, con el título de "Importante comunicación del padre Sala sobre el Ucayali y el Pichis" y con las palabras encomiásticas siguientes:

"La comunicación que en seguida publicamos, es una carta dirigida por el padre Sala al Ministerio de Gobierno, dándole cuenta de su expedición por las regiones del "Palcazu", "Pichis", "Pachitea" y "Ucayali".

"Conocen nuestros lectores con cuanta inteligencia, perseverancia y valor ha emprendido aquel noble religioso la tarea de civilizar las tribus del Cerro de la Sal, en el valle del "Perené" estudiando al mismo tiempo la topografía de esa interesante zona. Sus esfuerzos por descubrir una senda que con facilidad pusiese en comunicación la hoya del "Perené" con el "Pichis" han sido al fin coronados por el éxito más completo, pues en su última excursión por el "Ucayali", ha llegado a marcar con precisión el trazo de ese camino entre el Cerro de la Sal y el punto navegable del "Pichis" demostrando de una manera incontestable, que de todas las vías indicadas hasta hoy, para comunicar en más corto tiempo la hoya del Ucayali con Lima, no hay ninguna comparable al camino por Tarma, Chanchamayo, Paucartambo y el Pichis, que, como todos saben, es el afluente más caudaloso del "Pachitea".

"Juzgamos pues por esta consideración que será de gran interés para nuestros lectores el documento que publicamos".

2.—"Chanchamayo, Diciembre 9 de 1887.—Al señor D. Aurelio Denegri, Ministro de Gobierno, Policía, etc.—S. M.—En cumplimiento de mi oficio y accediendo a los deseos del Supremo Gobierno, el día 28 de Julio próximo pasado, salí del Cerro de la Sal en compañía de tres religiosos y otros señores que quisieron acompañarme. Los nombres de los que formaban la expedición son los siguientes: R. P. Fr. Gabriel Saia, R. P. Fr. Tomás Hernández, R. P. Fr. José Hormaeche, Fr. Francisco Montes, D. Tiburcio Soto, D. Santiago Arroyo, Marcial Pallás, Arturo Colina, Valerio, Fernando, Pascual, Mateo e Ignacio".

"Para formarnos una idea exacta del terreno que nos propusimos explorar, nos dirigimos primeramente al valle de Huancabamba, de aquí pasamos al Pozuzo, fijándonos de paso en lo que se llama Cajón-pata, Chuchurras, etc. Llegamos a la Pampa del Sacramento nos per dimos, y fuimos a dar en el origen de un riachuelo que se llama Lagarto-quebrada. Aquí, luego que el agua lo permitió, nos embarcamos en una balsa, y salimos al río Palcazu. Navegamos dos días el río Palcazu y llegamos a la confluencia del Pichis, y principio del Pachitea. Seguimos las aguas de dicho río hasta llegar al Ucayali. Aquí llegan mensualmente seis o siete vapores, cuyos nombres son los siguientes: "Mayo", "América", "Río Negro", "Río Tigre", "Loreto", "Mujo", "Lancha Carlos" y algún otro."

"Llegando al Ucayali, me dirigí a los pueblos de Cayaria y Cashiboya para desempeñar en ellos las funciones de mi oficio y ministerio. Acabadas éstas, dejé allí al R. P. Tomás Hernández y a Fr. Francisco Montes y me regresé, llevándome ocho hombres de dichos pueblos para remeros".

"El día 5 de Octubre salí de Cashiboya, llegué a la boca del Pichis el 14 de Noviembre; al puerto de Cáce-

res el 21 del mismo mes, y después de descansar un poco, emprendimos el camino por tierra dirigiéndonos en línea recta al Cerro de la Sal, a donde llegamos con felicidad el día 14 de Diciembre".

3—Observaciones sacadas del itinerario

"De San Luis a Oxapampa, tres días de camino; de Oxapampa al Pozuzo cuatro días; del Pozuzo al Mairo, tres días; del Mairo a la boca del P chis, dos días. Si se hace dicho camino por el Cerro de Pasco resulta lo mismo, según que ya lo he experimentado en varios viajes que por aquella parte he hecho. Pues del Cerro a Huancabamba se gastan tres días y medio, de Huancabamba al Pozuzo tres, del Pozuzo al Mairo tres, etc. Si se pudiese navegar el Chuchurras se ganaría uno o dos días de tierra, perdiéndolos después en el agua; pero según el testimonio de los comerciantes que han estado en dichos ríos, y de todos los que tienen vapores en el Ucayali, ni el Palcazu ni el Chuchurras son navegables. Nosotros bajamos en balsa por dicho río Palcazu, y varias veces tuvimos que salir de ella y arrastrarla para que siguiese aguas abajo. La causa de esto consiste en tener dicho río varias islas, muchas corrientes y a veces poca cantidad de agua. Si a esto añadimos la altura enorme que hay que atravesar, la mala calidad de la tierra, y la falta de todo recurso, se hace horroroso dicho camino. Pues en Cajón-pata el aneroide apunta 6,500 pies de elevación sobre el nivel del mar, y en Vista Alegre 7,500. El terreno es arcilloso y lleno de atolladeros; y desde Huancabamba hasta el Mairo no hemos encontrado ni casa ni chacra alguna".

4—Expedición por el río Pichis en dirección al Cerro de la Sal

"Confluencia del Pichis con el Palcazu y principio del río Pachitea a los 9º y 37' latidud Sur, y 74º 24 longitud occidental de Greenwich. Dirección general, de Noroeste a Sudeste. Altura 350 pies sobre el nivel del mar. Temperatura 30 centígrados. Terreno llano, fértil y saludable. Río manso y caudaloso. Tiene por lo general 100 metros de ancho; y dos de profundidad; el agua cristalina con una corriente media de dos millas por hora. Quebrada o afluentes: cerca de la boca dos quebraditas que vienen de la parte del oriente (sin nombre), a las cinco leguas quebrada "San Lorenzo" que viene del Oeste: a las seis leguas, quebrada "Aporoquiali" que viene del Gran Pajonal y es muy caudalosa, entra por el Este: a las 7 leguas, una quebrada pequeña que llaman "De los Lorenzos" y viene del Oeste: a las 9 leguas, una quebrada pequeña "Quebrada León", entra por el oriente; a las 10 leguas quebrada grande "Anaquiali", viene también de la parte del Pajonal y entra por el oriente; a las 15 leguas, una quebrada pequeña "Chivis" (1), entra por el oeste; a las 16 leguas, confluencia de dos grandes quebradas "Nauchiques" y "Asupisú". La primera viene del sudeste y la segunda del sudoeste. Aquí termina en rigor la navegación no obstante con canoas pequeñas se puede surcar todavía dos o tres días más, o sean 5 o 7 leguas. En dicha confluencia hemos fijado el puerto: el río tiene aquí 50 metros de ancho, y uno de profundidad: la corriente es de dos, y dos millas y media por hora. Altura 500 pies.

---

(1). Más tarde llegó a ser este punto asiento del pueblo y convento de Puerto Bermúdez.

Puerto de Cáceres en la confluencia de las dos quebradas Nauchiques y Asupisú, en el río Pichis, a los 10° 25' de latitud Sur y a los 74° 56' longitud Greenvich. Altura 500 pies sobre en nivel del mar. Temperatura 28 centigrados. Dista dicho puerto del Cerro de la Sal cerca de 16 leguas que se andan descansadamente en 15 horas y una vez abierto el camino de herradura, se podrá andar en menos tiempo. Saliendo del puerto se andan dos leguas de pampa en dirección O., luego se sube a la cumbre del Cerro o lomada que se llama Recarcantsuten, (3,200) y se baja por la misma dirección a un brazo o fluente del río Palcazu que se llama Púñis (1,000) pies Este riachuelo que es muy torrentoso y lleno de peñascos se divide primeramente en dos partes, la que viene del S. E. y de la parte del Cerro de la Sal que se llama Púñis. Se deja la primera quebrada y se sigue la segunda. La quebrada Puñís se divide también en dos partes iguales, una que viene del occidente y que conserva el mismo nombre, y otra que viene del Sur y se llama Cacás. Se deja la primera y se sigue por la segunda. Se encuentra varias quebraditas de derecha a izquierda, pero se dejan todas y se prosigue siempre por la quebrada o riachuelo Cacás hasta agotarlo, o hallar su orígen en la cumbre o lomada llamada Chuncaropavo. Esta cuesta o lomada que es la más alta de todo el trayecto desde el Pichis hasta el Cerro de la Sal solamente tiene 4,500 pies. Se sube por ella con una ascensión moderada de 10 por ciento, andando por medio de un bosque limpio y adornado de majestuosas palmeras. Desde lo más elevado de dicho cerro hasta la confluencia del río Antás con el Paucartambo junto a las minas de sal, hay como tres leguas, en las cuales no hay necesidad de abrir camino porque ya los chunchos lo tienen abierto y limpio para sus ganados vacunos. El descenso desde Chuncaropavo hasta la confluencia del Paucartambo en el Cerro de la

Sal no puede ser más anivelado de lo que es; pues en tres o cuatro leguas se bajan 2,200 pies, que viene a ser un 2 por ciento poco más o menos. Desde el Cerro de la Sal hasta la confluencia del Paucartambo con el Chanchamayo en el Buen Pastor hay cerca de tres leguas y una diferencia de 200 pies de elevación, lo que demuestra cuan anivelado y manso prosigue dicho río".

5—Ultimas observaciones del trayecto o camino del Pichis al Cerro de la Sal

"Cuando se trate de abrir un camino de la Merced al puerto de Cáceres, deberá aquel dividirse en 5 fracciones. La primera de la Merced a Paucartambo 3 leguas, que ya están abiertas, y que sólo falta mejorar. La segunda del Paucartambo a la desembocadura del río Antás en el Cerro de la Sal, 3 leguas de buena tierra y peña fácil de labrar. La tercera de la confluencia del río Antás hasta el orígen de la quebrada Cacás en Chuncaropavo, 3 leguas, buen terreno, y camino ya abierto por los chunchos: solamente en el principio hay como dos cuadras de piedra, lo demás es tierra y no necesita nada de dinamita. La cuarta de Chuncaropavo hasta el principio de la cuesta o lomada, divisoria del Pichis y Palcazu que se llama Recarcantsuten, 4 leguas, las dos primeras son de buenos terrenos mezclados de cascajo, las dos últimas casi todo piedra muy buena y colocada en fajas horizontales, con sus cortes rectilíneos y despegados. La quinta, del principio de la subida de Recarcantsuten hasta el puerto de Cáceres, 3 leguas; la primera malísima por su fragosidad y tierra movediza, y las otras dos bonísimas por ser de terrenos llanos y sólidos. Si se pregunta ¿en cuanto tiempo y con cuanta plata podría dejarse expedito dicho camino? Respondo: además de los alimentos y herramientas se necesitan 200 hombres, 60 días y 15,000

soles plata para pagar a dichos operarios. Este es mi parecer salvo mejor opinión. Sin embargo por ahora no conviene comenzar dichos trabajos.—Dios guarde a U S., S. M.—Fr. Gabriel Sala."



Vía Central o de Capelo

CAPITULO SEPTIMO

Actuación del padre Sala en la montaña desde 1887 hasta 1892.

SUMARIO: 1—La vía central. 2—Proyectos de colonización: intervención de D. Eulogio Delgado. 3—Fundación de San José de Sogormo. 4— Una entrevista con el padre Sala en el Convento de Ocopa.

1—Como fruto de las exploraciones y estudios del padre Sala, confirmados con el dictamen técnico de varios ingenieros de buena nota, se realizó en la coyuntura a que nos referimos la vía llamada central en la República, que pone en comunicación la costa central peruana con el departamento de Loreto.

La vía central se basa en la mobilidad por ferrocarril desde Lima a la Oroya; recorriendo luego las distancias de la Oroya a San Luis de Shuaro en auto y a caballo, pasando por Tarma, Acobamba y Palca, y atravesando el valle de Chanchamayo. Este recorrido de Lima a San Luis puede hacerse cómodamente en tres días.

Para pasar de San Luis de Shuaro a un punto navegable de los llanos amazónicos, se construyó el camino de herradura hasta Puerto Yessup. Para el socorro indispensable de los viajeros se levantaron en distancias proporcionadas, mesones o ventas que en el Perú se denomina con el nombre de tambos. En la construcción y conservación de este camino han merecido bien del Perú los ingenieros Graña, Recabarren, Capelo, Tamayo y otros.

2—Bajo estos auspicios de la fundación de San Luis de Shuaro y de la apertura de la vía central, a lo que se agregaba la negociación agrícola de la Peruvian Corporation en la confluencia del Paucartambo y Chanchamayo, se pensó seriamente en promover la colonización en grande de aquellas regiones vecinas al Cerro de la Sal.

Al efecto tomó cartas en el asunto un grande amigo del P. Sala el sabio y progresista ingeniero don Eulogio Delgado, quien escribía al mismo padre Sala, con fecha 14 de abril de 1891, los siguientes párrafos que contienen un justo elogio de los méritos y labor fructuosa del misionero:

"Con mucho placer he leído la interesante carta de Ud. al señor doctor Valcárcel, actual Ministro de Gobierno dando razón del estado actual de las misiones de UU....... Considerando esta comunicación de Ud. de suma importancia para la **Peruvian Corporation Limited,** la he traducido al inglés y remitídosela para que la tome en consideración respecto al plan de colonización de ese territorio, que seriamente está madurando: a la vez sugiriéndole la conveniencia de que contribuya con alguna suma de dinero para que de ningún modo se interrumpa la corriente de inmigración voluntaria a esa comarca, que felizmente se ha iniciado por vuestros constantes esfuerzos."

"Como por ahora soy yo el agente de esta corporación para lo relativo a inmigración y colonización de las regiones fluviales, de la irrigación y fomento de la costa, y con cuya corporación estoy en contínua correspondencia; por lo tanto nos hallamos todos animados de los mismos sentimientos trabajando hacia el mismo fin cual es el de atraer esas tribus salvajes a la vida civil, hacerlas ingresar al seno de la Religión Cristiana, para que recibiendo un bien positivo a su vez, sean útiles a la humanidad: explorar y desarrollar las riquezas vírgenes

del país, y así engrandecerlo y remunerar en su oportunidad los esfuerzos y capitales que se emplean con ese laudable fin".

3—Comprobada esta corriente de inmigración a San Luis de Shuaro, verdaderamente útil a los intereses legales del Perú, pero en nada conforme con el espíritu reservado y sigiloso de los indios avceindados en aquella región: el padre Sala dió los pasos necesarios para que los indígenas tuviesen un punto adecuado para su exclusiva morada, adjudicándoles para su libre propiedad y usufructo los terrenos de Sogormo.

Al efecto se corrieron en 1891 los trámites de ley, para que dichos indígenas amparasen aquellos terrenos.

Sogormo se halla situado a orillas del Paucartambo y dista muy pocos kilómetros de la cumbre del Cerro de la Sal. Para pasar de San Luis a Sogormo es preciso subir hasta la cima de Santa Cruz y luego descender hasta el nivel del Paucartambo.

Con la fundación de Sogormo les quedó a los indígenas la ventaja de una vivienda solitaria, según sus aficiones tradicionales, y la facilidad de hallar trabajo retribuído en la región del Perené de donde no distaba sino media jornada.

4—Desde el año 1886, en que se fundó San Luis, hasta la fecha a que nos referimos de 1891, no había en el Perú un tema que mereciera más comentarios y apreciaciones, que las ventajas que ofreciera a la nación la cultura y colonización de las comarcas del Paucartambo y Chanchamayo, para pasar luego a las zonas de los ríos Azupizú, Pichis, Pachitea y Ucayali.

Y en este asunto, como es natural, en cada nueva etapa y emergencia, el público se hallaba interesado en saber la opinión del padre Sala.

Este estado de ánimo queda manifiesto con la entrevista de un cronista de "El Comercio" de Lima hecha al

padre Sala, que en aquella coyuntura se hallaba en Ocopa, habiendo ya terminado su cargo de Prefecto de Misiones.



Misión de Sogormo

El padre Sala dilucidó en esta coyuntura los puntos siguiente:

En primer lugar, que nueve caminos pueden unir a Lima con los ríos navegables: el de Chachapoyas o Moyobamba, el del Huellaga, el del Pozuzo, el de Huancabamba, el de Chanchamayo por el Pichis, el de Chanchamayo por el Perené, el del Pangoa por Comas y Andamarca, el de Huanta y el del Cuzco. Agregando que también existía otro impracticable que es el del Mantaro por Huancayo y Sucubamba.

Informaba el padre Sala que había visto y estudia

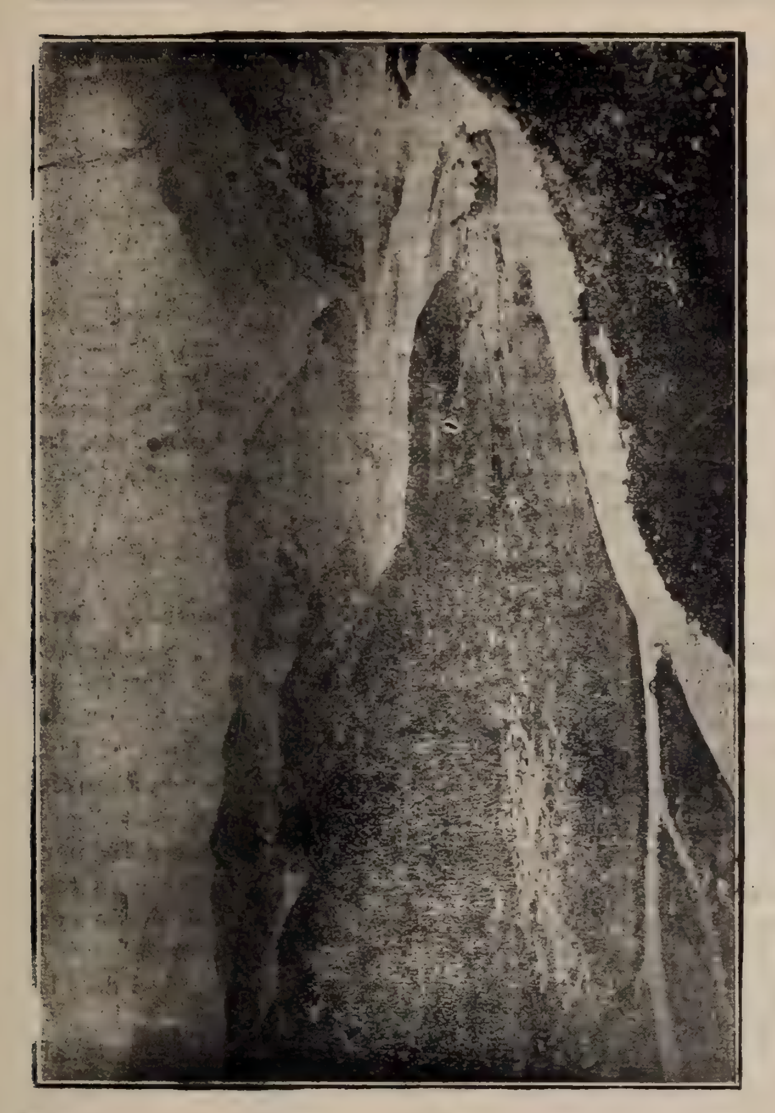
do los tres principales de estos caminos, por hallarse más cerca de la Capital, como son: la vía del Pozuzo, la vía de Huancabamba y la vía del Pichis por Chanchamayo; también la del Perené hasta las cascadas.

En segundo lugar, que de estas vías la más corta sería la del Perené, embarcándose en la confluencia del Paucartambo con el Chanchamayo, que está una legua antes de San Luis de Shuaro; pero tiene un inconveniente, que son las cascadas, las cuales puede salvarse mediante un camino carretero, en cuya obra apenas se gastaría 10,000 soles, porque dichas cascadas se extienden por un espacio de cinco kilómetros. Que la habilitación de aquellos cinco kilómetros demandaría el gasto indicado en cuenta que ese trecho se compone de una peñolería desigual y peligrosa.

Tercero, que la navegación del Perené puede realizarse en tiempo de lluvias; pero no en el verano, que es la mayor parte del año: durante ese tiempo sólo se puede navegar con embarcaciones de menor calado. Y que lo dicho del Perené debe entenderse del Tambo, Pachitea, Pichis y Palcazu.

Que los vapores para navegar todos estos ríos deben ser construídos de un modo especial, procurando sobre todo que no calen más de un pie, que sean anchos y que no tengan la mariposa abajo, sino en popa. Las ruedas de los lados juzgaba también útiles.

Cuarto, que el mejor modo de viajar por la montaña es por agua y no por tierra, aunque sea preciso hacer un rodeo o el viaje más largo: siendo la razón que en los viajes por tierra, además de ser mucho el consumo y el trabajo, por lo común no se encuentra tanta provisión de comida ni hospedaje; lo cual no sucede en los ríos, a cuyas orillas siempre se encuentran algunas casas, personas y provisiones, además de la abundantísima pesca y aún la misma caza.



Vista panorámica de la Merced y del río Chanchamayo, lugar del antiguo Quimirí.

CAPITULO OCTAVO

Informe de La Combe reformado por el Padre Sala. Muerte de este misionero

1892-1898.

SUMARIO: 1—Frases menos correctas de La Combe. 2—Algunos rasgos de exploración. 3— Un recuerdo del padre Lange. 4— La exposición hecha por La Combe conforme con el dictamen del padre Sala. 5—Muerte del padre Sala.

1—En Febrero del año 1892 tuvo la Sociedad Geográfica de Lima una sesión extraordinaria, para oir el **Informe** que debía leer el coronel Ernesto La Combe, de nacionalidad francesa, a quien la Sociedad mencionada había encomendado la comisión de inspeccionar el trazo del camino al Pichis, que ejecutaba el doctor Joaquín Capelo.

A la sesión concurrieron muchas y distinguidas personas de la sociedad de Lima, que contemplaron el testero del salón donde se realizaba el acto, adornado con el busto de Raimondi, rodeado de flechas, arcos, collares, piedras labradas por los indios, etc., traídos de la montaña por el coronel La Combe.

El coronel, que de Dios goce, había formado de algunas cosas y personas referentes a nuestra montaña un juicio especial y propio, reñido en algún grado con la verdadera cultura. No señalaremos como comprobante, sino el hecho de llamar **fanatismo religioso** a la labor

emprendida por los misioneros, que según describe con animación el propio La Combe: "En sus deseos de convertir a la fé católica a los gentiles o habitantes de las selvas, muchos religiosos se internaron en los bosques, sin otras armas que la cruz y el evangelio; llegaron a formar pueblos, pero no sin haber muchos de ellos perecido en la demanda: y todos a costa de sacrificios y fatigas sin número."

Luego, aunque con algunas inexactitudes históricas, presenta La Combe un hermoso desfile de misioneros exploradores de las regiones del Perené y Paucartambo: Jerónimo Jiménez, Cristóbal Larríos, Matías de Illescas, Francisco de San José etc.

Un punto además en que aparece singular La Combe, es en el que se refiere a la personalidad de Santos Atahualpa, como ya lo tenemos dicho en otro lugar.

3—Luego menciona La Combe el éxito obtenido en 1873 por el señor Tuker, cuando, avanzando por el Ucayali, Pachitea y Pichis, arribaron al puerto de su nombre, que debía servir de aliciente para que se abriera el camino terrestre desde Chanchamayo a aquel punto fluvial; consiguiendo a continuación el resultado de las observaciones practicadas por la comisión hidrográfica que presidía Tucker, según las cuales las bocas del Pachitea se hallan a una altura de 145 metros, las del Pichis de 188, y el puerto Tucker de 213.

Al enumerar las exploraciones orientales no omite La Combe el viaje a Loreto del Coronel Samuel Palacios y Mendiburo, por la vía central, refiriendo que llegó con su comitiva al convento de San Luis de Shuaro y después de conferenciar con el padre Sala, resuelve dividir la comisión en dos fracciones, la una que por el valle de Huancabamba al Palcazu para unirse a la que iba desde San Luis de Shuaro y bajaba el Pichis, hasta encontrarse con el Jefe de la Comisión. Al efecto el Coronel

Palacios designa al Ingeniero señor Wolf y al teniente de Marina señor Bariandarán, los que pasan el río Paucartambo, lo suben por la margen izquierda, encuentran el río Antás, cuyo curso siguen hasta sus cabeceras, de donde trasmontan pasando el Cacasú para caer al Chivis, afluente del Pichis; y cuatro días después de haber salido de San Luis de Shuaro, abriéndose camino dentro del bosque virgen, llegan a la boca del Pichis, reuniéndose luego con la otra parte de la Comisión".

Más tarde veremos el juicio que le merece al padre Sala esta narración.

De San Luis de Shuaro asegura La Combe que es de muy antíguo origen, y que una de las pruebas más interesantes son los fragmentos de ollas de barro labrado, sacadas por el mismo La Combe de un metro cincuenta centímetros de profundidad de tierra vegetal, de una excavación que había hecho.

En este punto La Combe se hallaba conforme con el juicio del padre Sala, autor de la excavación.

Dice el viajero que "existe entre Metraro y el río Eneño una cumbre cuya elevación máxima en el kilómetro 73 es de 1515 metros, cerca a la Herrería".

"La Herrería de que acabo de hacer mención, es un hermoso edificio de los Campas, en forma de un rectángulo sostenido por 8 pilares de madera de paredes de chonta. El techo es de humiro y dos puertas dan acceso al interior, la una por el N., la otra por el S. E. En medio se halla un horno de fundición del sistema catalán, construído con adobes calcinados, que han llegado a formar una masa refractaria, y alimentan el fuego dos fuelles de cuero, que parece haber pertenecido a vacas o quizás sacado de la gran bestia, clavado con mucha simetría con clavos de chonta sobre dos discos de madera. Los tubos son de árboles huecos que se encuentran frecuentemente en la montaña. Cuando llegamos había de

saperecido el yunque sobre el cual majaban los Campas con una especie de martillo-pilón en la forma siguiente: en la viga principal del techo queda suspendida una viga de madera de 10 a 12 metros de largo, y a la tercera parte de su longitud, formando así una palanca a la extremidad de la cual está ligado un inmenso trozo de madera dura que dejaban caer sobre el yunque".

"Encontramos todavía el molde de los adobes. Dirección de camino N. E."

4—La Combe en esta conferencia, hace mención honrosa de un misionero benemérito, su connacional, el padre Carlos Lange. El padre Lange ya era religioso cuando pasó a nuestra Orden franciscana e ingresó en la comunidad de Ocopa. El motivo principal de su traslación a nuestro instituto fue su amor e inclinación a las misiones de indígenas en nuestro Oriente y en efecto fue uno de los buenos colaboradores del padre Sala en las exploraciones de la región oriental próxima al Cerro de la Sal y del Perené.

Obra de los padres Sala y Lange es un mapa descriptivo de nuestras misiones de salvajes que incluído en un sólido marco adorna las paredes del convento de Ocopa.

El padre Lange murió en Panamá, a consecuencia de la fiebre amarilla contraída en Guayaquil, siendo secretario del Visitador general padre fray Juan José de Cock.

5—Menciona también honrosamente La Combe al padre Sala, que a la sazón se hallaba en Ocopa; pero que, apenas tuvo noticia de la conferencia ofrecida en la Sociedad Geográfica por el explorador, emitió su opinión sobre la materia desautorizando sin ambajes las ideas emitidas por el conferenciante sobre reformar la orientación seguida por el doctor Capelo en la apertura del camino.

Oigamos al padre en carta que escribe al señor Eu-

logio Delgado, con fecha 12 de mayo de 1892.

"Séame lícito hablarle con franqueza e imparcialidad sobre el asunto, por el influjo que Ud. puede tener en la materia. Yo conozco bastante el Departamento de Huánuco, y su acceso por aquella parte a la Montaña; también conozco muy b en el Cerro de Pasco y su entrada a la Montaña por Huancabamba. También conozco muy bien todo el valle de Jauja y Huancayo y su cuasi imposibilidad de entrar jamás por esta parte a las Montañas. Por último el valle de Chanchamayo, y las ventajas indispensables para dir gir nuestras miras por aquella parte".

"Después que yo mismo en persona he penetrado a la Montaña por todas las partes arr ba c tadas, me parece que tengo elementos suficientes para indicar imparcial y acertadamente la vía más cómoda y más corta y le vuelvo a afirmar sin n ngún temor de errar que esta vía es la que pasa por la Oroya, Tarma y Chanchamayo. Llegando al "Chanchamayo" se pueden elegir dos puntos para embarcarse, el primero en Paucartambo en el puer to Wretheman a dos y media leguas de la Merced; el primero es más cercano pero tiene el inconveniente de las cascadas y el río forma un ángulo muy largo hacia el Oriente hasta encontrarse con el Apurímac y formar el Tambo. El segundo puerto o sea el Tucker es un poco más lejos, pero en cambio todo el trayecto es colonizable y el terreno fác l de trabajar para formar con poco trabajo un buen cacamino. El trazo que ha hecho Capelo es admisible, con tal que se quiten todos los z g-zags innecesarios, y los puentecillos inútiles e impertinentes; todo lo cual es muy fác l, justo y necesario. En cuanto al barro, no le dé cuidado; de por si desaparecerá con el sol y el trajín a pie".

"La opinión de La Combe al final de su informe, es

del todo inadmisible; conozco aquel trayecto (Antas y Cacasú); palmo a palmo lo he andado como un penosísimo vía crucis por mas de 8 días, ya por la configuración del terreno y peña viva, ya por su rodeo como por las malísimas tercianas que reinan allí permanentemente; lo repito es del todo inadmisible. El cuentecito de Wolf y Bariandarán, que lo anduvieron en cuatro días, no lo puedo consignar en mi cartera; pues en ella encuentro una cosa muy distinta: es que el día 23 de Noviembre de 1887, salimos de puerto Tucker con dirección a San Luis, pasando por Cacasú y Antás y llegamos a San Luis el día 4 de Diciembre: doce días de marcha. De estos días quiero quitar 3, uno por aguaceros, otro porque me perdí, y otro porque se me enfermeron los muchachos con tercianas: nos quedan todavía nueve días. Esta es la cuenta exacta de mi itinerario que acabo de mirar ahora mismo. Y lo que es peor que la mayor parte de ese camino hay que hacerlo metido en el cauce del río, a veces llegando el agua a la cintura y a veces al pecho".

"Los ríos y riachuelos que hay que pasar por Antás y Cacasú son muchísimos, pues además del Paucartambo hay que pasar otros 8 riachuelos de bastante agua y algunos como el Antás, Puñis y Cacazú exigen puentes de bastante luz."

"Pero lo que más aterra es la configuración del terreno, que no puede estar más quebrado, y en muchas partes hay cortes en peña altísimos y a plomo, lo cual no se encuentra en la trocha de Capelo. Pero ¿para qué me alargo sobre esto?

"Créame, señor Delgado, que si el Gobierno siguiera la insinuación de La Combe, cometería una equivocación y un daño enorme contra el progreso de la Nación y el mismo fin que se persigue. Pues si en la trocha de Capelo se han gastado S. 60,000, en la trocha de Antás y Cacazú hay que gastar por lo menos S. 60,000 sin más

resultado que aumentar la confusión, la duda y la desconfianza del país. Ahora bien, con esta misma cantidad y aún con mucho menos puede quedar concluído, reformado y expedito el camino de Capelo. Otro cualquier proyecto, lo repito, es por ahora inspirado por el ángel destructor que fatalmente desde la independencia parece que preside los trabajos del Perú."

"Todas estas cosas y otras muchas quisiera escribir al señor Capelo, para que con su prestigio e influjo impida nuevo errores y gastos sobre esta materia, y defienda al mismo tiempo su honor contra aquellos que sin conocer, práctica y exactamente estas cosas, quieren dar su voto desde la capital, de un modo dogmático e infailble. Pero como no sé a donde vive dicho señor ni dónde dirigir las comunicaciones, por esto le suplico que si Ud. sabe su domicilio le comunique en confianza esta carta, o le mande una copia de ella, pero no quiero.... ofender susceptibilidades que quizá ignoro. Dios guarde a US., y disponga de su afectísimo capellán.—Fray Gabriel Sala".

6—El padre Sala, después del hermoso período de años que dedicó a los asuntos de la montaña, con tanto acierto como gloria, aún fue útil a los misioneros en su Convento de Ocopa.

Terminada en 1896 con tanta felicidad su arriesgada expedición al Gran Pajonal, quedó no poco extenuado de fuerzas y quebrantos en la salud. Sin embargo, su genio emprendedor no le consintió el descanso: fué Guardián de su convento; fundó una congregación docente de Terciarias Franciscanas, levantando para ellas **a fundamentis** una casa en el pueblo de Santa Rosa de Ocopa; prestó sus servicios a la Orden en el convento de Guayaquil, sujeto en aquella fecha a la jurisdicción del Comisario General de los misioneros del Perú; y murió santamente en Ocopa, siendo Guardián, el 16 de Julio de 1889.



Padre Fray Tomás E. Hernández



LIBRO SEGUNDO

HISTORIA DE LAS MISIONES

Bajo el régimen de los padres Prefectos Hernández, Batlle y Alemany

1891-1919

Misioneros que intervienen: — Tomás Hernández, José Hormaeche, Manuel Navarro, Leonardo Deu, Gabriel Sala, José Magret, Antonio Batlle, Agustín Alemany, Bernardo Irastorza, Francisco Irazola, José María Romaguera, Juan Bautista Aguirre, Matías Arroyo, Miguel Ramos, Blas Anaya, Juan José Hormaechea, Buenaventura Ivars, Justo Guillén, Pedro Echevarría, Leovigildo Olano, Joaquín Pulí, Agustín López, Bernabé Ludeña, Benito Manrique, Fidel Castillo, Pascual Balaguer, Leonardo Díaz, Santiago Zarandona, Teófilo Gasía, Carlos María Saavedra, José María Ferrando, Mariano Legarra, Juan Cherín, José Potestá, José Olariaga, Ignacio Arana, Enrique Nicole.



CAPITULO NOVENO

Intento de reapertura de las conversiones del Pangoa y los sucesos trágicos que de esto se originaron

---

SUMARIO: 1—El nuevo Prefecto de misiones padre Tomás Ezequiel Hernández. —2 Mirando a Savini. 3—De San Luis de Shuaro al Pangoa por el Perené. 4—En la confluencia del Sonomoro y Mazamarique. 5—Gérmen de sucesos trágicos. 6—La víctima.

1—Al cesar en el oficio el Prefecto de Misiones el celebrado padre fray Gabriel Sala, y al sustituírlo en el alto y honroso cargo el celoso padre fray Tomás Ezequiel Hernández, nuestras misiones presentaban un semblante halagador, que se basaba en el renombre justamente adquirido por los misioneros, gracias a su actividad progresista en la región oriental, ante las miradas ansiosas de la República peruana.

Había desapercido aquel intenso malestar que se produjo en el ambiente de la montaña en años anteriores; habiendo sido las autoridades políticas lugareñas las primeras en promover el malestar y en hacer imposible la estadía de los misinoeros en las márgenes del Ucayali.

Fueron también subsanándose progresivamente los vacíos del organismo administrativo que se notaban en el Perú y son inevitables en las naciones en formación; y no

menos fueron reparándose los quebrantos padecidos en la guerra con Chile. De modo, que desde 1885 empezaron a mudar de semblante en la nación, así los asuntos políticos como los administrativos; coincidiendo con esa era de resurgimiento nacional el régimen del padre Sala en las misiones, y llegando a ser uno de los elementos más eficaces del levantamiento y de la mejora.

2—El padre Hernández había cooperado con el padre Sala en todo lo que se refiere al adelantamiento de las misiones, actuando en San Luis de Shuaro, en Quillasú y en el Ucayali. Para ser útil a los indígenas, llegó a poseer a perfección el quechua, sin descuidar el campa y el amuesha.

Siguiendo las gloriosas tradiciones de todos nuestros heróicos misioneros, de extender la acción evangélica a los salvajes incultos, dirigió el padre Hernández su mirada a las diversas regiones orientales donde no ejercían su ministerio los padres de Ocopa; presentándose a sus ojos preferentemente la zona del Pangoa, la más cercana a Ocopa y la que más sudores había costado a los misioneros anteriores el blanco de sus deseos. Allí ya no quedaban huellas, no diremos del padre Biedma, pero ni siquiera de los padres Carvallo, Girbal y Ruiz, que días antes de la independencia llevaron allí su abnegación y espíritu de empresa.

El padre Hernández no dudó en desafiar personalmente las dificultades de la exploración de aquellas montañas; y al efecto, en 1894 hizo todos los preparativos para un viaje al lugar del antiguo Savini, navegando el Perené.

Al consignar la nueva fundación del Pangoa en la época del padre Hernández y su fracaso inmediato, tenemos que narrar uno de los acontecimientos más lúgubres y terroríficos de nuestras misiones; que aunque breve, reviste los caracteres de una catástrofe lamentable.

Viven todavía los misioneros que fueron actores en la escena, quienes han podido suministrar los colores a la paleta, para que la pluma pudiera pintar con alguna viveza este cuadro de ira, de venganza y de sangre.

3—En agosto de aquel año de 1894 dejó el padre Hernández las relativas comodidades que se tenían en las pintorescas conversiones de Shuaro, Sogormo y Quillasú, cantadas tan dulcemente por el padre Gabriel Sala. Y en compañía de Santiago Bocio, súbdito italiano, se entregó a las aguas del Perené, que después de la confluencia del Chanchamayo y Paucartambo que lo forman, serpentea tranquilo durante algunos kilómetros.

Con las privaciones inevitables de esta clase de viajes, llegaron a la zona de las Cascadas, donde dejaron las canoas, para abandonar el Perené y proseguir a pie su viaje, por las cuencas de **Ipoqui, Satipo, Saniberiqui y Mazamariqui**, cuyas corrientes hubieron de vadear para pasar al hermoso y pintoresco valle del Pangoa.

Emplearon en este viaje, desde San Luis de Shuaro hasta el Pangoa, diez días, sin percance desagradable, aunque no sin temor a la fiereza proverbial de los Campas, dueños y amos de aquellos solitarios bosques.

4—El lugar escogido para la fundación no podía ser más hermoso y feraz. Era una vega, a manera de una península, formada y bañada por los ríos Sonomoro por el Este y Mazamarique por el Oeste: estos ríos trazan un ángulo agudo al unirse para formar el Pangoa, que sigue con dirección Norte, acompañado de una serie de colinas de poca elevación, cubiertas de árboles seculaресс, de que cuelgan mil animosas plantas trepadoras, con fantástica donosura.

El padre Tomás Hernández puso los cimientos de la nueva Misión a unos trescientos metros de distancia de la margen derecha del Mazamarique, haciendo talar el

tupido bosque en una extensión de unas cuatro cuadras cuadradas.

En 1895 pasó al Pangoa el padre fray Leonardo Deu, para coadyuvar en los trabajos de la fundación; y luego se trasladó allí fray José Magret, para el mismo fin. Fray José Magret hizo el viaje por la ruta del Perené, partiendo de Shuaro, como lo había realizado el padre Hernández. En diciembre del mismo año entró también al Pangoa el padre fray José Hormaeche, por la vía de Andamarca.

Con el trabajo colectivo de los religiosos mencionados se llevaron a efecto sucesivamente el poner en escampado y limpio el horizonte de la nueva Misión, la fábrica de la casa y capilla y los sembríos que debían rendir allí lo necesario para la vida. todo ello con los incesantes sudores, preocupaciones y penalidades de los religiosos, que no cuentan en casos análogos sino con su industria personal y el trabajo de sus propias manos.

5.—Pero, por cuán corto tiempo habían de disfrutar del fruto de sus afanosas tareas: aquel hermoso y pintoresco panorama no tardaría en convertirse en teatro de aciagos sucesos. Y daremos comienzo a la relación de los incidentes que dieron margen a la catástrofe.

En los principios de la fundación apareció en aquellas soledades un irlandés que a la sombra de los misioneros quiso obtener allí una fortuna, no con el trabajo paciente, y sosegado, sino de la noche a la mañana y como por arte de encantamiento. Determinó ir desde allí nada menos que al río Ene, en busca de lavaderos de oro. El padre Prefecto de misiones trató de disuadirle aquella temeraria empresa; pero el irlandés, desoyendo los consejos del padre Hernández, sin más cuidado ni precaución que realizar su dorado sueño, se entregó con ciega confianza al cacique llamado Chuirihuanti y a los de su cuerda. Quién era Churihuanti y quiénes eran los su-

yos, lo verá el lector en la narración de estos capítulos.

Churihuanti notó que el irlandés poseía algunas bagatelas de las que no se desprendía: y no trepidó en deshacerse del intruso con el fin de obtenerlas: lo mataron cruel y alevoasmente y se apoderaron de sus bártulos.

El padre Prefecto Hernández, al tener noticia de este hecho alevoso, en ejercicio de su autoridad, afeó su conducta a Churihuanti y le reprendió por el crimen cometido.

La represión produce un efecto irritante intenso en el temperamento orgulloso y agreste del indio de las selvas, y más aún en el campa. El indio no reconoce ningún superior jerárquico; y por lo tocante a un homicidio, el hecho le parece baladí, si le resulta algún beneficio, aunque no sea sino un machete o una escopeta.

Y así, la consecuencia de la reprensión fue agriarse los ánimos de Churihuanti y los suyos, cobrar animadversión profunda a los padres misioneros, envalentonarse, tomar libertades con la colonia que allí se estableció procedente de Andamarca, a cuyos individuos empezaron a mortificr, entrando en sus casas, echándose sobre sus camas, destapando sus ollas, comiéndoles las viandas, especialmente la carne; y aún hicieron cosas de peor índole.

Con este hecho queda apuntada una de las causas de los tristes sucesos que se realizaron más tarde.

6—Otra de las causas fué la muerte casi instantánea del campa Domingo, hermano de Churihuanti, acaecida en el río Sonomoro, a consecuencia de un cólioc agudo.

Ya los lectores de esta Historia saben que en estos casos es entre los indios procedimiento tan funesto como ineludible el llamar a un brujo, el cual señalará entre mil supercherías al autor de la muerte, que lo deberá pa-

gar con la vida. La estúpida declaración del brujo recayó esta vez sobre una muchacha, de unos nueve años, huérfana de padre, inocente, indefensa y sin apoyo humano. La pobre criatura sin más trámites fue condenada a muerte: debía morir flechada o quemada vida.

Fulminada la sentencia y mientras los verdugos se entregaban a una orgía desenfrenada, embriagándose con cantidad de masato; la víctima aprovechó la oscuridad de la noche para desatar pacientemente las ligaduras, atravesar la espesura del bosque inmediato, pasar a nado con su cushma a las espaldas el río Sonomoro y refugiarse en la casa de un chino que moraba en la orilla opuesta.

Cuando Churihuanti y los suyos se dieron cuenta de la fuga de su víctima, todo fue moverse a buscarla por el bosque que rodeaba su vivienda; y no hallándola se lanzaron como fieras enfurecidas a la casa del chino, que era la primera de la colonia andamarquina en aquel lugar.

La indefensa criatura, percibiendo desde lejos la infernal algarabía y salvajes aullidos de sus perseguidores; viendo que le era imposible correr y escaparse, y que iba a caer de nuevo en las garras de sus sanguinarios perseguido; se ocultó en un montón de bagazo de caña molida. Los salvajes campas repasaron repetidas veces por allí, sin sospechar que pudiera haberse escondido la muchacha en aquel lugar. En retirándose la chusma salvaje y asegurada de que ya no corría peligro, salió del escondite, que le habría sido fatal si se prolongaba, por los gases que produce siempre el bagazo y más en aquella región calurosa.

No es descriptible el coraje y furor con que se retiraron los campas de la casa del chino. Este, comprendiendo muy bien la gravedad del caso y sus consecuencias inevitables, para declinar su responsabilidad, co-

rrió a la casa-misión y dió cuenta a los padres de todo lo que pasaba.

Los misioneros no trepidaron en cumplir su deber, aún con peligro de la vida: su divisa es hacer el bien en toda ocasión, amparar al desvalido, proteger al huérfano y desautorizar la infame y cruel conducta de los salvajes. Por tanto, resolvieron salvar a todo trance a la inocente criatura, poniéndola desde luego, para mayor seguridad, en la casa del señor Arteaga, teniente gobernador de la colonia andamarquina.

Tan pronto como Churihuanti y su enfurecida gente supieron el paradero de su víctima codiciada, acudieron por tres veces a los misioneros en demanda de la muchacha, y otras tantas veces les fué negado lo que pedían. La tercera vez se presentaron con gran aparato, bien armados, en gran número y con mucha exigencia: y cerciorados de que se les daba la misma negativa; en tono amenazante dijeron: **O que la entregasen o que los mismos misioneros la mataran.** Estos respondieron que no podían hacer ni lo uno ni lo otro.

Oída la respuesta, callaron, guardando la ira en sus negras almas; volvieron a sus viviendas, donde no tardarían en fraguar la resolución más funesta que estuviera a su alcance.



CAPITULO DECIMO

Empeora la situación en Pangoa

SUMARIO: 1—Don Hilario y el campa Pachamanqui. 2—Casimiro Pariachi. 3—Se da cuenta a las autoridades. 4—El padre Prefecto pasa al Pangoa con el padre Navarro. 5—La familia campa Seroti: plazo de 10 días.

1—Con los hechos ya referidos coincidió otro no menos funesto y que contribuyó a empeorar la situación en el Pangoa, desazonando los ánimos de los campas y abriendo entre ellos y los blancos un abismo más profundo.

El hecho a que hacemos referencia fue el siguiente: Don Hilario Mata, vecino de Andamarca y colono del Pangoa, entregó por aquellos mismos días unos cartuchos de dinamita al campa Pachamanqui, conviniendo en que éste le traería pescado del río. Trascurrieron algunos días sin que Pachamanqui cumpliera su promesa; lo que puso de muy mal humor a Mata. Al fin, compareció el campa en la peor coyuntura, esto es, hallándose aquel borracho: agréguese que venía sin pescado y sin dinamita. Al cerciorarse de ello, el colono arremetió con el indio, dándole de bofetadas.

Retiróse Pachamanqui echando chispas por los ojos y meditando la venganza y de hecho, a pocos días volvió resuelto a asesinar a don Hilario. No halló sino a dos

empleados de don Hilario, marido y mujer: y parece que Pachamanqui inventó violar a ésta, sin lograrlo, por que entre ambos esposos lo desarmaron, le dieron de palos, y le dejaron ir cubierto de vergüenza y colmado de ira.



Padre Fray José María Romaguera

2—Sucesos como los narrados fueron acumulándose con rapidez vertiginosa; y los campas, aquellas fieras humanas, sedientas de víctimas y de sangre, ya no perdieron ocasión para satisfacer sus ansias. No tardó en presentarse la ocasión: pues, don Casimiro Pariachi, natural de Andamarca, se dirigió esos días a su chacra, para traer comestibles, sólo y desarmado, no ocurriéndole siquiera el peligro que le amenazaba, y menos los planes de venganza que habían formado ya los feroces y al-

tivos Campas. Estos, saliendo de una emboscada, cayeron sobre Pariachi en buen número y bien armados. Don Casimiro quiso defenderse en el primer momento con una escopeta qu ellevaba; pero no pudo dispararla sino una sola vez, pues los campas con rapidez le clavaron trece flechas, que le dejaron tendido. Su cadáver se halló en su misma choza; mas la escopeta la llevaron los campas.

3—Visto el sesgo que tomaban las cosas en la fundación del Pangoa, el padre fray José Manuel Hormaeche, presidente de la misión, previa conferencia con el padre Deu, reunió a todos los colonos avecindados allí, para darles cuenta de la crítica situación en que se hallaban, los males que debían temer del furor de los salvajes, y las prevenciones que se debían hacer con tiempo. Se convino por voz unánime de los concurrentes, en que era de urgencia enviar a Ocopa persona que informase en el convento de cuanto acaecía en el Pangoa, y los males que amenazaban a la misión y a la colonia.

Era el 3 de abril de 1896, viernes santo, cuando llegó a Ocopa el portador de tan funesta noticia, en momentos que la comunidad se hallaba en el coro, cantando con entonación lúgubre el Oficio de Tinieblas. Terminado el Oficio, el padre Guardián fray Francisco Herrero convocó a los sacerdotes consejeros del convento para resolver lo que conviniese.

Al padre Prefecto de misiones, fray Tomás Hernández, que se hallaba en la ciudad de Tarma, se dió cuenta por telégrafo de lo que sucedía. El padre Sala partió de Ocopa a Jauja apresuradamente, para poner en conocimiento del Subprefecto de la provincia los mencionados acontecimientos. La autoridad departamental dió razón de lo que pasaba al Ministerio de Gobierno. Todas estas autoridades prestaron el apoyo y los auxilios convenientes para hacer frente a la situación en el Pangoa,

poniendo a disposición de los misioneros la buena voluntad de las autoridades subalternas, alguna gente, armas y municiones.

El padre Hernández pasó de Tarma a Ocopa con la rapidez del rayo; e hizo los preparativos para acudir en auxilio de los misioneros del Pangoa, que temían ser asaltados en el momento menos pensado.

3—Y el día 8 de abril se puso en marcha acompañado del padre Manuel Navarro, dos gendarmes, Cárdenas y Rosales, el joven Antonio García, natural de Pampas, que se ofreció voluntarimente a acompañar al Reverendísimo padre Prefecto en expedición tan peligrosa y arriesgada.

Aquel día 8 llegaron a Comas, que dista de Ocopa unas nueve leguas, y allí durmieron. El día 9 caminaron tan sólo hasta la laguna de Chuicón, al pie de los nevados de Paraxio, uno de los estribos de la Cordillera oriental; y pasaron la noche teniendo por cama un poco de paja o pasto, que los indios llaman Oxsha. El día 10 al caer la tarde llegaron a Andamarca, cuyo pueblo y autoridades les esperaban con ansiosa inquietud, no viendo la hora de ir en socorro de la misión y colonia del Pangoa.

En Andamarca se detuvieron los días que fueron necesarios para organizar la gente que había de partir a la defensa de sus propios intereses y de sus compoblanos en la montaña; procediendo en esto de acuerdo con las autoridades políticas.

El día 18 de abril, hechos los arreglos del caso, salía de Andamarca el padre Prefecto Tomás Hernández con los que le acompañaban desde Ocopa, más el refuerzo obtenido en aquel pueblo; y llegaron aquel día a Chaupi-monte, al pie del Portachuelo de San Miguel, donde pasaron la noche.

El día 19, después de doblar la cumbre nevada, o sea

el **divortium aquarum**, que divide los manantiales que van al Mantaro de las que se dirigen al río Llaclla y de aquí al Pangoa, donde por tanto tiene su origen el Llaclla; comenzaron la bajada por aquellas frías y solitarias punas, y al medio día pasaban por el tambo de San José que corresponde ya a las **cabeceras** o comienzos de montaña, de nivel bajo y uniforme.

Pasaron la noche en la cueva de San José, junto al Llaclla, donde ya comienza la vegetación arbórea, característica de los bosques orientales.

Después se anduvo a los tambos Ilay, Santo Domingo, Santa Ana y Llaclla; distante este último media jornada del Pangoa. Que aunque los indígenas de Andamarca no emplean tantos días en llegar al dicho río; pero por las cargas que se llevaban en esta ocasión, por lo fangoso del camino que se recorría entre lodazales y riachuelos, y por la precaución con que debían avanzar, para evitar alguna emboscada de los campas; por todos estos motivos emplearon nuestros viajeros cinco días y medio en llegar de Andamarca al Pangoa.

La llegada del padre Prefecto con su séquito fue un día de verdadero regocijo en aquel lugar, donde no existía sino la incertidumbre, la zozobra y la angustia, producida por el temor de un sangriento asalto de parte de los campas. Misioneros y colonos respiraron un poco con la esperanza de conjurar de algún modo la tempestad que amenazaba.

Mas, el regocijo y el respiro duraron muy poco; y se hubieron de aumentar las precauciones y los cuidados para evitar una sorpresa. De noche hacían guardia los colonos, turnándose durante cierto número de horas. Todas las familias, abandonando sus chacras se habían refugiado en el convento de la misión; y durante el día los trabajos del campo y la cosecha de la coca se hacía entre varios y siempre armados. Nadie andaba solo.

Volvió por tanto a reinar la incertidumbre, la angustia y el temor, sin que nadie pudiera predecir en qué vendría a parar aquella situación insoportable.

5—De entre los indios campas de aquella región, reservó Dios una familia para consuelo y esperanza de los afligidos misioneros: la familia se llamaba Seroti, y se componía de unos diez individuos de todas edades. Esta familia, leal y fiel con los padres, se esperó completamente de Churihuanti y sus parciales. ¡Gracias a esta familia! Que sin ella, misioneros y colonos, hombres y mujeres, niños y ancianos, todos indefectiblemente hubieran perecido, con muerte cruel y sangrienta.

A últimos del mes de abril del mismo año de 1896 y un día muy de mañana se dirigió la fmailia Seroti a la banda opuesta del río Mazaratequi, a unas dos leguas de distancia donde tenían sus chacras y casas. Apenas llegados allí, tuvieron una interpelación parlamentaria de parte de los campas rebeldes.

No ignora el lector el papel que representa entre los campas su original parlamentarismo, de que nos habla por extenso el padre Gabriel Sala, en su paso por el centro del Gran Pajonal, habitado también por la tribu campa.

Los rebeldes increparon a Seroti en estos términos: **¿Por qué estás tú con los padres? ¿Por qué les sirves a ellos y a los viracochas? Los padres son malos: los viracochas tratan de apoderarse de nuestros terrenos y mujeres.** Seroti que no desconocía las leyes parlamentarias de su nación, y sabía el valor que tenía la firmeza en el tono de la voz, respondió en forma contundente: **Los padres no son malos como vosotros decís; a mí ningún daño me han hecho; antes bien, me hacen muchos bienes y favores. Ellos me enseñan e instruyen, me curan cuando estoy enfermo, me regalan hachas, machetes, pañuelos, munición y otras cosas que necesito.**

Incapaces de rebatir el argumento de Seroti. se indignaron los rebeldes, y llenos de coraje le dijeron: **Anda, pues, con los padres y viracochas; pero tú, tu familia, los padres y viracochas dentro de diez días vais a ser muertos todos. Vendrán armados muchos campas del Perené, Tambo, Yurinaqui; y todos pereceréis.**

La amenaza de los alzados podía tener cumplimiento al pie de la letra; pues los indios, sin correos, sin hilos telegráficos, sin instalaciones inalámbricas, se dan aviso con gran rapidez, se reúnen pronto y dan asalto en el momento menos pensado. Y era un hecho que los campas del Pangoa estaban ya de acuerdo con todos los indios de las regiones mencionadas, decididos a atacar a los misioneros y colonos de Andamarca. Al efecto se ocupaban día y noche en hacer flechas.



CAPITULO XI

EL ATAQUE

1896

SUMARIO: 1— Necesidad de refuerzo. 2— Precauciones: situación de angustia. 3—El 2 de mayo a la hora de siesta. 4—Moreshiari gritó con todos sus pulmones: ¡Churihuanti! —5 Se batían con valor.

1—La familia de Seroti, con noticia tan alarmante, al tornar a la Misión, se hallaba profundamente emocionada. En sus rostros se reflejaba la más honda tristeza y una pena imposible de disimular. Sus palabras revelaban la magnitud del mal que temían a sus amados padres misioneros y la catástrofe que sobrevendría a los colonos. El viejo Seroti, su buena mujer y José su hijo, muchacho simpático y amable, que distinguía con afectuoso cariño a los Padres, no dejaron de hablar toda la verdad de lo que sabían.

La noticia causó también consternación en los Padres misioneros y en los colonos: mayormente al darse cuenta de que la gente de armas tomar que había en la colonia era insuficiente para resistir a los campas reunidos de las comarcas circunvecinas.

Seroti era quizás el que mejor se daba razón de la imposibilidad para la defensa: por lo cual, el buen indio no cejó en el empeño de urgir al padre Prefecto, para que sin pérdida de tiempo pasase a Andamarca y trajese más gente y más armas. Y la actitud del leal amigo, su cariño acendrado y la pena que desbordaba en su ánimo afligido, obligaron al padre Tomás a emprender el

camino de Andamarca, a fin de alcanzar de las autoridades el necesario auxilio.

Acompañóle en el viaje el padre Leonardo Deu, que desde hacía algunos meses se hallaba mal de un pie, herido casualmente por una bala en el dedo pulgar. Con su partida no quedaban en la misión sino los padres Hormaeche y Navarro, éste último enfermo de paludismo.



P. Fr. Leonardo Deu

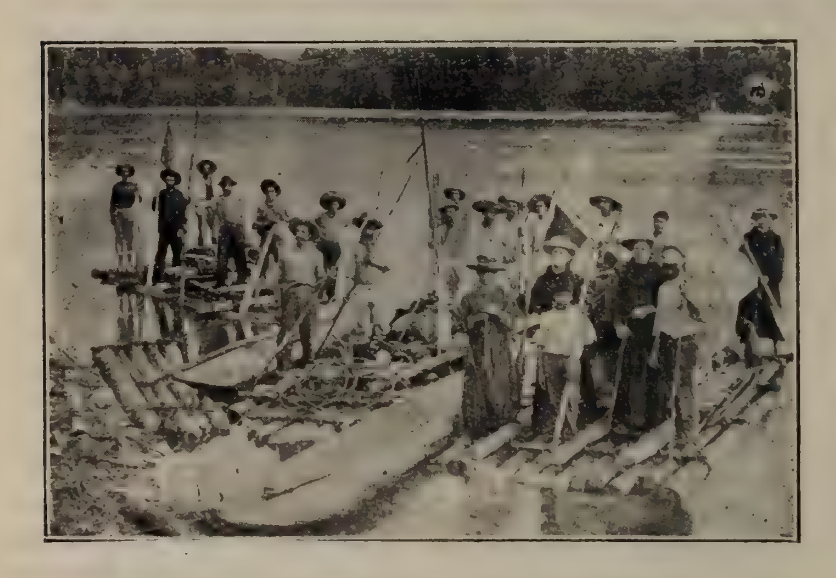
2—Estos dos padres fueron tomando desde este momento todas las precauciones que reclamaba aquella situación. Se emplezaron vigilantes, tanto para el día como para la noche. Se instruyó a los colonos y a los campas fieles en el manejo de los rifles, que eran de diversos sistemas. Con estas precauciones se previno la confusión que se habría producido, llegado el momento preciso, al no tener cada uno la dotación conveniente y arreglada; cosa que tal vez habría impedido hacer fuego, a pesar de hallarse armados. No contentos de emplear los medios humanos que aconsejaba la prudencia, pusieron de un modo particular su confianza en la intercesión de

San Antonio y colocaron su imagen en la parte exterior de la puerta.

Pero estas precauciones prudentes y acertadas no bastaban para sosegar los ánimos e inspirarles absoluta confianza: por lo cual se esperaba con ansias la vuelta del padre Prefecto, antes que se venciese el plazo señalado por los rebeldes, que eran diez días. Mientras no llegan los refuerzos, cada momento que pasaba parecíales un siglo a aquellos desamparados moradores de las selvas; el terror se iba como adueñándose de los ánimos; de noche apenas podían conciliar el sueño, y cualquier ruido, movimiento o ladrido de perro era de sobresalto y alarma. Aunque los hipócritas y taimados campas habían señalado el plazo de diez días para el ataque, había motivos para suponer que ello no era sino estratagema y que el ataque sería antes; ignorándose por otra parte el número, la hora, la forma y más todavía el éxito final. Así pasaron los primeros cuatro días del plazo señalado.

Verdad es que los colonos, que no pudieron prever ninguna novedad, volvieron a sus tareas de la tarde y al cultivo acostumbrado de sus chacras y a la cosecha de la coca, armados y acompañados, como solían. Los gendarmes Cárdenas y Rosales, con el joven Antonio García, fueron al río a bañarse. El padre José Manuel Hormaeche se entretuvo en la hora de siesta en moler un poco de caña para hacer miel y poder tomar café; pues éste era el único azúcar de que se servían los misioneros. El padre Navarro se hallaba en cama con fiebre alta. Los campas fieles descansaban en su departamenta. D. Sebastián Rodríguez cosía unos pantalones. El padre José, en acabando de moler la caña, sube a los altos a mudar la ropa; pues había sudado copiosamente en la faena, y a descansar un poco. Ambos padres hacían nuevos comentarios sobre la angustiosa situación que atravesaban y sobre las consecuencias a que daría lugar.

Mientras tanto ya había comenzado el combate en los alrededores. Sabiendo los campas la hora en que los misioneros hacían su siesta; juzgaron que aquel era el momento más oportuno, para matarlos primero a ellos de sorpresa o indefensos, y luego proceder a la matanza general. Viniéronse por trochas solitarias y menos defendidas: antes de llegar a la misión, flecharon a una mujer y a su hijita, mientras comían.



PP. Navarro y Deu, entrando a Pto. Bermudez

Luego los precavidos asaltantes tomaron posiciones en todos los caminos que daban acceso a la misión, para que nadie pudiese escapar de la casa-misión, ni entrar a socorrerlos desde las chacras distantes. Tomaron así mismo otras varias posiciones ventajosas. Un grupo, como de unos treinta aguerridos salvajes desnudos, pintados de bixa (achiote) la cara bien armados, aceptaron la or-

den del cacique de apoderarse de las puertas del convento penetrar en él y matar a los misioneros.

Felizmente los gendarmes volvían del baño en esos instantes, antes que las puertas del convento fueran tomadas. Los gendarmes se hallaban a unos treinta metros de distancia de las puertas, cuando Moreshiari, niño campa de la familia de Seroti, gritó con todos sus pulmones: **¡Churihuanti! ¡Churihuanti!!!**

Resultaba Moreshiari el angelito inocente mandado por Dios para dar aquel aviso tan oportuno, para que los padres no fueran sorprendidos de aquellas fieras humanas.

El gendarme Rosales corrió a la ventana del comedor y pasó la voz a su compañero Cárdenas, gritando a su vez: ¡Aquí, aquí! Cárdenas lo tomó en un principio por broma de Rosales; pero éste sin replicarle ni perder tiempo, hizo fuego sobre el grupo de campas que se alcanzaba a ver. Al verlos Cárdenas tan cerca de las puertas del convento, disparó también sobre ellos y dió un grito a los misioneros: ¡Padres, a defenderse, que ya los tenemos aquí!

Los dos misioneros saltaron precipitadamente de la cama en que aún descansaban; cuando ya una lluvia de flechas caía sobre el techo de la casa misión; y en momentos que el padre Navarro se acomodaba las sandalias, una enorme flecha atravesaba primero la techumbre y después la almohada en que un poco antes descansaba su cabeza.

Ya en estos instantes los campas fieles, los gendarmes, el moyobambino don Sebastian Rodríguez y el joven García se batieron con valor contra sus múltiples agresores: con disparos a los grupos más compactos, los hacían retroceder y aún los obligaban a a ocultarse en el bosque.

Sin embargo, en el primer momento y antes que los

misioneros intervinieran, hubo en la gente de la colonia una verdadera confusión: los niños gritaban y lloraban, los ancianos y enfermos pedían socorro, las mujeres se lamentaban; y aún los hombres, contemplando aquel cuadro por demás triste y desgarrador, emocionados se acobardaron. Como consecuencia de esto, no pensaron sino en refugiarse en los bajos de la casa, ya debajo de las camas, ora debajo de las mesas, y descuidaban hacer fuego al enemigo, que arrojaba innumerables flechas de distintos puntos, simultáneamente y a un mismo blanco. Los atacantes eran unos doscientos, que se mostraban irritados, por haber fracasado su plan de ataque y aún llegado a temer el fracaso final.

Los misioneros hubieron de tomar una actitud enérgica, reprendiendo la cobardía de los unos y alentando la voluntad vacilante de los otros: dijéronles que se trataba de salvar su propia vida; de defender la existencia de sus ancianos padres de sus enfermos, de sus esposas e hijas. Que si no lo hacían, no tardarían muchas horas en perecer allí todos juntos; pues los campas los envolverían y al fin darían el último asalto.

Esto alentó a todos y no hubo nadie que no pelease con denuedo, manejando y disparando sus armas sin cesar: formaban un grupo animado de 50 combatientes. Seroti y todos sus hijos se portaron bizarramente en esta defensa.





P. Fr. Manuel Navarro



CAPITULO XII

Termina el combate: el éxodo del Pangoa

1896

SUMARIO: 1—Término del combate. 2—Después de la refriega. 3.—Siguen los temores y se resuelve abandonar el Pangoa. 4—Malos tratos a Seroti: suerte de la chunchita María Josefa León. 5—Fin de la fundación del Pangoa.

1—Muchos de los colonos que se hallaban en sus chacras en los momentos de abrirse el combate, al darse cuenta de los repetidos disparos de fusil, corrieron alarmados a la casa-misión; mas los campas apostados en los caminos hirieron a varios de ellos, entre otros a don Juan Cavero, a quien alcanzaron dos flechas, una en la palma de la mano, que la atravesó de parte a parte, otra en la cara, que le pasó por la cavidad de la boca, de mejilla a mejilla. Alcanzó también una flecha al ciudadano norteamericano don Santiago, que le quedó clavada en el omóplato izquierdo en dirección de abajo arriba; así mismo atravesó una flecha la pantorrilla a un joven andamarquino.

Don Santigao Bocio se abrió paso entre un grupo de campas dejando cuatro de ellos muertos en el camino. En el cañaveral y entre los plátanos que se hallaban detrás del convento, se había situado un grupo de rebeldes, que sin ser visto, flechaba a cuantos colonos intentaban pasar por allí en dirección a la casa. Para desalojarlos se acudió a una inventiva, que fue amarrar unas piedras a unos cartuchos de dinamita, con mechas encendidas, y

arrojarlas al punto donde se hallaban apostados. Al estallido de la dinamita abandonaron los emboscados su guarida. Inmediatamente ordenaron los misioneros que se cortasen todos los plátanos y las cañas, y se tuviese el horizonte escampado. Luego una partida, rifle en mano, hizo un minucioso registro de toda aquella parte próxima al convento.

Sin embargo, durante toda aquella tarde no cesaron los campas de arrojar flechas en gran número, aunque de mucha distancia; pero con tan certera puntería, que formando una prolongada parábola, caían las flechas sobre el techo del convento, que quedó hecho un erizo por la mucehdumbre de los dardos.

Esto no impidió atender ya a los cuatro heridos, cuya situación era lastimosa; pues se veían con las flechas clavadas en el cuerpo, sin poderlas sacar, renovándose los dolores a cada movimiento de las mismas; además, se estaban desangrando y pedían a voces que se les atendiera.

A falta de instrumento de cirujía, el padre Hormaeche hizo uso de una gran navaja de afeitar: a don Santiago, el norteamericano, hizo un corte en la región del omóplato, y le extrajo la flecha. Al señor Cavero no fue posible extraérsela, por tenerla en partes tan delicadas como la boca y las mejillas: se hubo de esperar que empezara a supurar los puntos perforados, y entonces se le extrajo aunque con intensos dolores y no sin peligro de complicaciones, en un clima cálido como la montaña. Con la tintura de árnica, los vendajes y la quietud quedaron los heridos tranquilos y en condiciones de sanar.

2—Los padres misioneros, en habiendo atendido del mejor modo que pudieron a los heridos, pasaron a la iglesia a dar gracias a Dios por haberlos librado de la matanza, intentada por los salvajes en primer lugar contra ellos. Y no ignorando que aún no se hallaban libres



P. Fr. José Hormaeche

del inminente peligro que corrieron, puesto que los campas eran muchos y no se habían alejado de los contornos del convento; se confesaron ambos y se absolvieron; oraron, suplicando al Señor purifique sus almas y aceptaron el holocausto que rendidamente hacían de sus vidas y de sí mismos, en las aras de la más humilde resignación a su voluntad adorable.

Aconsejaron luego a los colonos que hicieran lo mismo, y que pidiesen al Señor se compadecieran de tantos niños inocentes, de tantos ancianos inválidos, de tantos enfermos y de las mujeres indefensas. Así lo ejecutaron los colonos.

Luego tomaron las providencias del caso para un ataque nocturno que era de temer. Los enfermos, ancianos, mujeres y niños fueron colocados en la iglesia, con ocho hombres armados para su custodia y defensa. En las paredes se hicieron aspilleras de observación para los centinelas, y las puertas fueron protegidas con tablas. Los dos gendarmes Cárdenas y Rosales se instalaron en el comedor. Los heridos quedaban atendidos en un cuarto separado y acompañados de cuatro hombres armados. Quedaban también instalados en una habitación los campas fieles, con sus esposas e hijos, los hombres armados de rifles. Los señores Sebástián Rodríguez y Santiago Bocio se instalaron en el gallinero, que era el blanco preferido por los campas. Los dos misioneros con el joven Antonio García ocuparon un cuarto. Todos los varones quedaban armados de rifles y machetes.

Nadie se preocupó de cocinar ni comer, ni era posible hacerlo, pues era menester traer el agua de distancia y no era prudente exponer a ninguno a aquel peligro. Por el calor de la región y por la agitación del día tenían todos una sed devoradora y no había con que apagarla; pero soportaron esta penalidad con resignación, contentos de haber salvado la vida.

Todo esto no era lo que más atormentaba a la cuitoda colonia, sino el temor de ataque de noche: se temía con fundamento que arrojasen sobre la casa de los misioneros flechas incendiarias, con lo cual lograrían los salvajes dos ventajas: la una que obligarían a sus moradores a abandonar la casa por el incendio; la otra que a los siniestros resplandores de la casa que ardía, podrían matar a flecha a los fugitivos, sin que escapase alguno.

Pero aún en este punto tuvieron los nuestros visible la protección del cielo; pues no tardó en sobrevenir un fuerte aguacero apenas entrada la noche, que empapó en agua los techos e hizo imposible el incendio.

Sin embargo, todos pasaron la noche en vela, sin luz y en absoluto silencio, para no ofrecer blanco de ninguna especie a los salvajes. Los perros sobre no dormir, no cesaban de agitarse y azorados y gruñiendo, dando pruebas de que percibían el movimiento de los asaltantes en los bosques inmediatos.

A la una de la mañana hubo voces de alarma de parte de los nuestros, que gritaban: "Otra vez los tenemos aquí". A cuyas voces se pusieron con las armas en las manos. Y era que los salvajes, con aullidos desaforados que hendían los aires, iban llevando a sus muertos y heridos, que debieron ser no pocos.

Al amanecer se hallaba todo tranquilo.

En siendo de día, los colonos armados registraron todas las inmediaciones de la misión; y aun hallaron trece muertos, completamente desnudos.

En casos de guerra como el presente, los salvajes escuchan la predicción de un brujo: y esta vez el brujo había asegurado que las balas de los viracochas no les harían daño; que bastaría que soplasen para que las balas se convirtieran en hojas de árbol. Mas, la predicción no se realizó en forma alguna; pues algunos de los

campas habían recibido los proyectiles en la misma boca. debido a la certera puntería del joven García.

Recogidas las flechas formaban una gran pira; y con ellas pudieron cocinar aquel día; quedando aún innumerables en la techumbre.

3—A pesar de la relativa victoria obtenida, el temor se reflejaba persistente en toda la colonia. Y no tardó en nacer el deseo de abandonar aquel lugar de acontecimientos tan funestos donde su vida había estado en tanto riesgo y donde ya no podrían gozar de seguridad ni paz. La generalidad quiso pasar a Andamarca sin pérdida de tiempo; sólo uno que otro prefirió el lucro que tenía a la mano, no teniendo cuenta con la seguridad de la vida.

Los padres misioneros, sabedores de lo que en la colonia se opinaba, reunieron a todos, y convinieron con la mayoría en abandonar el Pagoa y salir jutos a Andamarca, consultando así a la seguridad de sus vidas.

Por su parte, los misioneros comprendieron que sería inútil su permanecia allí, donde no podrían hacer fruto alguno en la conversión de los infieles campas, cuyos ánimos se hallaban enconados por el odio y sin más deseos que la venganza, mediante la efusión de la sangre de los viracochas.

En consecuencia se hicieron los preparativos para la salida. Los misioneros hicieron un gran hoyo en la capilla, donde enterraron todos los objetos pertenecientes al culto divino, para que no fuesen profanados por los salvajes. Tomaron esta resolución después de haber comprobado que ninguno de los colonos se animaba a cargar objeto alguno perteneciente al culto. Solo se llevó el altar portátil. Las herramientas, los utensilios de cocina y comedor, alguna tela que había y otros enseres, repartieron los padres entre los campas fieles y entre los co-

lonos, y abandonaron algunos objetos por no haber quien los trasportara.

El 13 de mayo, después del medio día, empezó el desfile, formando una crecida y compacta caravana. ¡Qué cuadro tan triste y desgarrador! Los hijos mayores cargaban a sus ancianos padres, los espos͏̈o a sus mujeres enfermas, las madres a sus hijitos. Los llevaban a cierta distancia, y dejándolos volvían para trasportar sus avíos, de objetos que les harían falta en sus pobres hogares. En esta penosa forma se procedió los primeros días, hasta salir de la región boscosa, que se hallaba al alcance de los salvajes. Durante esas jornadas peligrosas, en que eran de temer emboscadas enemigas así en la vanguardia como a retaguardia y en cada grupo iba gente armada.

En la primera jornada llegaron al lugar denominado Maipata, donde pasaron la noche con gran sobresalto, por la vecindad de los campas. Al día siguiente 14 de mayo, fiesta de la Ascención del Señor, que se presentó muy lluviosa, se llegó al río Llaclla. Pasado este río por su puente de palos, durmieron en la orilla opuesta al Pangoa, lo cual les daba cierta seguridad, porque el río en ese punto se precipitaba entre rocas y no podía vadarse. De este punto se anduvo el día 16 a Santa Ana, donde comenzaron a faltar los víveres. De aquí el 16 a Santo Domingo, cuya jornada fué muy trabajosa, por las excesivas lluvias por el fango del camino, por la falta de alimento y por el cansancio consiguiente.

El desaliento iba en aumento por la falta de bastimento, y el padre Hormaeche hubo de adelantarse para remediar este mal. Al día siguiente pasaron la noche en el tambo Playa, y al otro día llegaron algunos hasta San José, tambo situado en las zonas de las cabeceras; más otros no pudieron pasar de la cueva de San José. Entre los que caminaban con dificultad se contaban el padre

Navarro, que aún seguía enfermo de paludismo.

Formaban parte de la caravana la huérfana, de quien hablamos en los comienzos de esta trágica narración; venía confiada a los cuidados del señor Arteaga. Formaba también parte entre los fugitivos el anciano Seroti, con toda su familia, que padecía mucho por no estar acostumbrado a climas fríos.

4—En la cueva de San José, donde Seroti y su familia hubo de pasar una noche, ocurrió algo grave y muy de sentir tratándose de un campa fiel, jefe de una familia muy digna, a la cual todos los colonos se hallaban obligados a ley de agradecidos, pues le debían la vida. En la cueva de San José en ausencia de los padres misioneros, algunos cholos desalmados, en estado de embriaguez, faltaron villanamente a Seroti y su familia, con palabras ofensivas y aún hiriendo al mismo Seroti, y uno de sus yernos que acudió a defenderlo: les robaron luego los machetes, hachas y tocuyo, con que los misioneros le habían obsequiado por su fidelidad y buen comportamiento.

Apenado Seroti, no quiso continuar el viaje y volvió a la montaña. Su hijo José, que se había adelantado hasta Andamarca con el padre José, al saber lo ocurrido regresó también al seno de su familia, y al alcance de las iras de los rebeldes campas. Es de suponer que Seroti y su familia perecerían a manos de Churihuanti. ¡Que el Señor les haya dado un fín cristiano y el reino de los cielos, en recompensa de su fidelidad y nobles acciones!

En el tambo de San José hallaron los viajeros al padre Hormaeche con provisiones en abundancia. Y desde este punto, fuera ya de la región boscosa, libres de temores y peligros de los campas, cada uno de los viajeros la emprendió por su cuenta, hasta llegar a Andamarca. Los padres Hormaeche y Navarro hallaron en este pueblo a los Padres Hernández y Deu.

La chunchita huérfana siguió viaje con el señor Arteaga, y en Santa Rosa de Ocopa quedó bajo los cuidados y cariño maternal de una excelente persona, doña Agustina León. Llegó a ser cristiana piadosa arrastrando una existencia llena de enfermedades, sin duda por lo que padeció en el Pangoa; pero acompañada siempre de santa resignación. Muerta su madre adoptiva, pasó al poder de la familia Alvarez, también de acendrada piedad ubicada en Acobamba de Tarma.

Los campas del Pangoa, libres de estorbos con la salida de los misioneros y colonos, de primera providencia quemaron la capilla, la casa-misión de los padres y las casas de los colonos, y resolvieron no consentir de ahí en adelante la entrada de ningún civilizado al Pangoa. Los cholos andamarquinos que se animaron a penetrar de nuevo en aquella región pagaron su atrevimiento con la vida; más tarde en otro intento de entrada los campas los recibieron armados de carabinas.

Los padres Hormaeche y Navarro pasaron de Andamarca a Ocopa, a respirar un poco después de tan inopinado suceso; luego continuaron sus tareas de misionero en San Luis de Shuaro.



CAPITULO XIII

Antecedentes de la fundación de Puerto Bermúdze.— Pérdida del padre fray José María Romaguera

(1896)

SUMARIO: 1—Del Pangoa al Pichis. 2—El padre Romaguera. 3—De Puerto Bermúdez a Ubíriqui. 4—De Ubíriqui a Yurimaguas: pérdida del P. Romaguera. 5—Conjeturas de su paradero. 6— Relación hecha al padre Joaquín Alvarez por un campa en Sogormo.

I—Frustrada la fundación del Pangoa con la pérdida lastimosa de aquella misión, nuestros infatigables misioneros, siguiendo la norma evangélica y tradicional: **Cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra (1),** pensaron y resolvieron ejercitar su sagrado ministerio en otro punto de la montaña oriental Y, lo que no deja de ser altamente heróico y meritorio, quisieron hacer el bien a esa misma tribu, arrogante y vengativa, a la tribu de los Campas, que se extienden también a la zona del Gran Pajonal y a las riberas del río Pichis.

En 1896, que corresponde a la administración pública del gran estadista peruano don Nicalás de Piérola, y hallándose al frente de la Dirección de Fomento el ingeniero doctor Joaquín Capelo; se despertó en el Perú un entusiasmo febril por conocer a ciencia cierta los te-

---

(1). Math. 10, 23.

rritorios orientales, con el deseo de obtener de los mismos un conocimiento claro y experimental, y deducir los beneficios que se pudieran esperar llevando allí industrias y comercio.

El entusiasmo era efecto de las ruidosas exploraciones del padre Sala, de la apertura de la Vía Central que llevaba a cabo, y de la necesidad de compenetrarse los territorios de la costa y sierra del Perú con la inmensa zona de Oriente. Las miradas ansiosas de la nación se dirigían entonces al río Pichis, término de la vía central terrestre y comienzo de la vía fluvial oriental.

El gobierno de aquella época comprendió que serviría grandemente para el logro de aquella gran empresa, la presencia simultánea en el Pichis de la autoridad civil y de los padres misioneros; éstos últimos en su condición de moralizadores y protectores natos del indígena, los más apropósito para merecer el respeto de las tribus salvajes. Con este fin estableció en Puerto Bermúdez una comisaría con su respectiva guarnición, y procuró que los misiones de Ocopa fundaron en el mismo lugar una misión permanente.

El Supremo Gobierno dió prontamente los decretos que le correspondían, así creando la comisaría de Puerto Bermúdez, como autorizando la erección de la casa misionera en el mismo punto: señaló también diez libras esterlinas mensuales de subsidio para el sostenimiento de los misioneros.

Esta asignación de dinero era exigua, si se tienen en cuenta los precios de los artículos más indispensables para la subsistencia y los gastos de trosporte de los mismos a un punto tan alejado de todo centro civilizado: asignación que por otra parte ocasionó a los padres misioneros disgustos sin número; pues todos los viajeros que pasaban al Oriente en aquella época, que se hizo de moda la vía central, exigían de los misioneros hospedaje,

alimentación y facilidades para seguir el viaje, a título de que los misioneros estaban rentados por el Estado; y cuando se creían desatendidos, no perdonaban al dicterio y a la calumnia contra los mismos

Ya veremos más tarde las consecuencias que de esto se siguieron.

Conformes nuestros padres de Ocopa con los planes del Supremo Gobierno de la República, resolvieron llevar a efecto la Misión de Puerto Bermúdez. Con este intento emprndió a fines de noviembre de 1896, el padre Prefecto de misiones Fray Tomás Hernández, un viaje de exploración a la desembocadura del Chivis afluente del Pichis, designada con el nombre de Puerto Bermúdez; y se acompañó con el padre fray José María Romaguera. Hicieron su viaje junto con los padres fray Gabriel Sala y fray Juan Bautista Aguirre, que iban en misión especial del Supremo Gobierno, para recorrer primero los ríos Pichis, Pachitea y Alto Ucayali, para atravesar luego por su centro el gran Pajonal, y salir después a la cuenca del Perené.

2—Hacía poco timpo que el padre Romaguera se hallaba en el Perú procedente de Europa, habiando morado en años anteriores en nuestros conventos del Ecuador. Vino a Ocopa junto con el padre fray Manuel Navarro, animado de una voluntad ardorosa y decidida para trabajar en bien de los pobres indígenas del Oriente.

El padre Romaguera se hallaba en Ocopa durante la tragedia acaecida en el Pangoa, en la cual había sido uno de los actores principales su compañero de viaje el padre Navarro. Este acontecimiento pavoroso, lejos de intimidar al padre Romaguera ni embotar sus aceros para entrar a la montaña, aguzó sus deseos, como si se sintiera atraído por lo arduo y lo sangriento; e inmediatamente pidió licencia a los superiores para ir al territorio de misiones.

Y cuando tuvo ocasión de ver al padre Navarro que volvía del Pangoa, tuvo con el este impetuoso desahogo: **Con qué, Vuestra Reverencia, que hace pocos meses ha llegado de España al Perú, ha tenido que pasar por tan dura prueba; y yo con catorce años de América, todavía nada!** . . . . Y desde este momento fue creciendo en su alma el deso de sufrir a imitación de su Maestro, nuestro Salvador adorable, y dar la vida por la salvación de sus hermanos.

En este primer viaje de Ocopa a Puerto Bermúdez, en compañía de los padres Hernández, Sala y Aguirre, pudo saciar muy bien su hambre de padecer; pues se perdió en las pampas del Azupizú, y a no ser por los cuidados del indígena Tiburcio Tasa, no habría salido del laberinto de vegetación en que se había metido; y luego naufragó en las aguas del Azupizú, con sus tres compañeros, salvándose a nado, no sin peligro de la vida.

En este naufragio lo perdieron todo, sacando a salvamento sólo sus personas y una imagen de San Antonio, que por tradición secular llevaban los misioneros en sus viajes y la conservaban en sus nuevas fundaciones. Era la misma imagen que en el Pangoa había sido colocada en la puerta de la casa misión, como defensa contra los invasores. Cuando después del naufragio vió el padre Romaguera sana y salva la imagen milagrosa, dirigióse al padre Tomás Hernández, y con alborozo de niño que le era peculiar, exclamó: **Padre, todo se ha perdido menos San Antonio.**

3—Llegados a Puerto Bermúdez, se despidieron y separaron las dos comisiones, continuando su viaje por el Pichis los padres Sala y Aguirre, y dedicándose los padres Hernández y Romaguera a escojer el sitio para la fundación. Hecho lo cual estos últimos emprendieron su viaje de regreso.

En los primeros días de este retorno sólo se presen-

tó el consabido católogo de padecimientos, propios de la estación de lluvias: como son el fango en todas partes, lo fragoso de las veredas, la dificultad de obtener víveres y la imposibilidad absoluta de un buen alojamiento.

Hacían su viaje por la **trocha** abierta por el doctor Capelo, que partiendo desde Metraro, llegaba al lugar denominado **Punta del Sol**, antes de bajar a la **Pampa de San Nicolás.** Aquí se unía con el camino de la vía central, que aún no estaba construído sino por secciones.

Cuando les faltaban cuatro días para llegar a San Luis de Shuaro y acercándose la fiesta de Navidad, durmieron en el río Ubíriqui; y aquí empiezan los desgraciados sucesos que dieron margen a la desaparición del padre Romaguera, quedando su suerte envuelta en el misterio hasta el día de hoy.

Al exponer los hechos del alzamiento de los Campas del Pangoa, dijimos que tuvieron mano en el asalto también los contribules del Tambo, Perené, Ubíriqui y Yurimaguas. Todos ellos quedaron chasqueados y humillados, al no haber realizado su plan ni verificado sus arrogantes amenazas. Y ley es natural entre los salvajes, no dejar sin represalia y venganza uno de estos fracasos. La venganza se hizo imposible en el Pangoa, después del retiro de los misioneros y del alejamiento de la colonia andamarquina; y así no quedaba sino la región del Chanchamayo para realizar sus siniestros intentos. Durante los meses de junio, julio y agosto, se temió en esta región un asalto general de los indios, corriendo voces alarmantes que traían sobresaltados a los agricultores y a la Colonia Inglesa; y los pueblos de San Luis de Shuaro y la Merced organizaron guardias urbanas.

Cuando nuestros misioneros emprendieron en noviembre su expedición a Puerto Bermúdez, los temores y el peligro no habían desaparecido; pues los indios suelen aguardar pacientemente la hora del desquite.

4—Volvamos al río Ubíriqui donde hemos dejado pasando la noche a nuestros cansados viajeros, en una venta rudimentaria que allí existía. Al amanecer del día 20 de diciembre reanudaron su viaje fatigoso a pie. Al Padre Tomás Hernández se le habían formado varias llagas en los pies, que hacían dificultoso su andar; además traía un pequeño campa, librado de las tramoyas de un un brujo, salvándole así la vida. El muchacho aún no estaba bautizado y se hallaba muy enfermo; y por estas circunstancias el padre Hernández no lo podía abandonar ni caminar ligero. Esto dió margen a que el Padre Romaguera, que contaba con bríos, anduviera adelante, junto con los dos peones que cargaban los enseres indispensables de los dos misioneros.

Andando así separados los dos padres, antes de llegar á la cumbre del cerro de Santo Tomás, se encontró el padre Romaguera con un catalán apellidado Mestres. dueño de una panadería en La Merced Saludados y reconocidos, convidó el padre a Mestres a tomar unas sardinas con pan. Sentáronse junto a un manantial de agua pura y cristalina; y ordenó el padre en mala hora a los peones que se adelantasen, asegurándoles que ya les alcanzaría. Tomado el bocado y en descansando poco, se decidieron para continuar Mestres su ruta a Bermúdez y el padre la senda que le conducía a Yurinaque, donde habían de pasar la noche.

Retrato del padre fray José María Romaguera

Y aquí termina la biografía del padre Romaguera, pues nada más se sabe de él a ciencia cabal.

Permitió Dios que Mestres no se encontrara con el padre Hernández. Uno de los dos peones que cansado quiso pernoctar en Santo Tomás y a quien el padre

Hernández hallándolo convencido que debía seguir hasta Yurinaqui, nada le refirió de lo ocurrido entre el padre Romaguera y Mestres. El peón que se había adelantado a Yurinaqui previno al ventero que preparase alojamiento para dos misioneros y un peón que venían atrasados. El ventero que luegó no vió llegar sino un misionero, pregunta al padre Hernández: ¿Dónde está el otro padre? Aquí el padre Hernández queda frío y sin palabra, como si la pregunta del ventero hubiera sido portadora de un funesto presagio. Y cuando se desembarazó un poco del asombro y de la turbación, replicó: ¡Cómo! ¿A mí me preguntan donde está el otro padre, que todo el día ha caminado delante con estos peones? Y dirigiéndose a los peones les pregunta: ¿Dónde está el padre Romaguera? Los peones le cuentan lo sucedido.

Angustiados por la congoja y consternados hicieron varios disparos de escopeta, por si estuviera el padre Romaguera extraviado en las cercanías de la posada; pero fue en vano. La oscuridad, la lluvia y el río que venía cargado impidieron hacer nada más aquella noche, amarga para el padre Hernández.

En amaneciendo mandó el padre varias comisiones a distintos puntos, y especialmente al lugar donde se había extraviado el padre Romaguera, prescribiéndoles que hicieran disparos, gritaran y silvaran para que el padre les pudiera oír, internándose por los bosques: pero todo fué inútil. Las diligencias se repitieron por varios días, pero sin más fruto que la decepción. Se llamó a algunos de los Campas de las inmediaciones, por si daban razón del padre; mas, decían que no sabían del caso.

El padre Hernández desahogó su amargura escribiendo una carta, expresión de su hondo pesar, al padre Navarro, que se hallaba en San Luis de Shuaro, dándole cuenta del trágico suceso y de la ineficacia de los cuidados que empleaba para tener noticia del padre Roma-

guera. Después de algunos días pasados sin fruto en esta faena, continuó el padre Hernández su viaje a San Luis: y quien lo emprendió con alegría evangélica que era prenda inseparable del padre Romaguera, lo terminaba con la más negra tristeza, sin más compañía que el chunchito campa, enfermo y sin bautismo, que había sustraído de las garras malévolas del brujo.

5—Los misioneros conocedores del medio ambiente y de las circunstancias en que había acaecido el extravío del padre Romaguera formularon varias hipótesis sobre el hecho.

Primeramente, el padre Romaguera, después de separarse del señor Mestres y hallándose completamente solo, aunque seguía un camino muy trillado, pudo haber tomado alguna de las falsas sendas que formaban los transeuntes para evitar los fangales de más peligro, y después no atinar con el camino. Luego se vería perdido en el bosque cerrado, sin orientación ni salida, hasta morir de hambre y de pena.

Pudo haber acontecido también, que una vez perdido en el espeso bosque, se acercara a una guarida de tigres u otros animales feroces, y ser destrozado y devorado por los mismos.

Pudo haber llegado hasta el río Yurinaqui, en esos días con gran volumen de agua, vadearlo, ser arrastrado por la corriente y ahogado.

Pero la hipótesis más verosímil es que cayó en una emboscada de los Campas. La embascada habría sido preparada contra el padre Hernández, que reprendió en el Pangoa el asesinato cometido por el cacique y que surtió de armas a la colonia andamarquina para que se defendiese. Sabían los Campas que el padre Hernández había emprendido viaje a Puerto Bermúdez, pues acontecimientos de esta naturaleza son comunicados en las extensas selvas con la rapidez del telégrafo. El padre

Hernández notó durante la jornada de aquel infausto día huellas en el camino que le dieron mucho en que pensar.

Parece pues que los Campas, hallándose en acecho, han confundido al padre Romaguera con el padre Hernández, y viéndolo solo, sin testigos ni acusadores de lo que iban a perpetrar, lo han apresado y llevado a sus viviendas, bosque adentro. Allí han festejado el hecho con una borachera general y luego han flechado al misionero hasta quitarle inhumanamente la vida.

6—Así se colige de una relación espontánea que uno de los campas de aquella región hizo años más tarde al padre misionero Joaquín Alvarez en la conversión de Sogormo. El relato oído de los labios del campa es del tenor siguiente:

"Obtenida la prisión del padre Romaguera, dieron lugar para que se reuniesen los Campas de Yurinaqui, Ubíriqui y Perené; prepararon una gran masatada, según estilan en semejantes ocasiones, para emborracharse de firme: en medio de la orgía presidida por los brujos y con algazara salvaje amarraron al padre a un árbol, y entre danzas, voces y aullidos empezaron a entretenerse en disparar flechas certeras a la víctima, haciéndole saborear poco a poco la amarga hiel de su fiera venganza, junto con los dolores producidos por las heridas.

La inocente víctima, que nunca tuvo hiel para nadie, puesto en el trance de tan terrible y cruel tormento, decía a sus verdugos con amorosa queja: **Hijitos míos: ¿por qué me flecháis? ¿por qué me quitáis la vida? ¿Qué daño os he hecho yo?**

"Pero los verdugos, destituídos de toda humana conmiseración, insensibles a las voces lastimeras y con cruel dad más que de fieras, consumaron su obra, quitando la vida al padre y dejando su cuerpo erizado de flechas".

"Arrojaron luego su cadáver al río; y se dijo que

su hábito, hecho girones, se halló después en una de las playas del Perené, como también su relojito en poder de una mujer campa".

Esta relación fue recibida en Sogormo, según lo hemos dicho, por el padre Joaquín Alvarez, jóven y afable misionero, de nacionaliad peruana, que terminó sus días entre los indios Amueshas en edad florida.

Era de natural suave e insinuante, y a fuer de connacional, pudo obtener la declaración ingénua del campa en orden al desastroso fin del padre Romaguera (1).

(1). No merece citarse aquí la ridícula versión del intérprete de la Comisión Sueco-Peruana en su último viaje de estudio a la zona de Andamarca y Pampa-Hermosa, quien supone a los campas antropófagos y comiendo atolondradamente al padre Romaguera, habiéndolo confundido con un mono.



CAPITULO CATORCE

Estado de las misiones orientales a fines del año 1896

SUMARIO: 1—Una mirada a los sucesos del Pangoa y Ubíriqui. 2—El valor de los misioneros siempre el mismo. 3—Palabras de aliento de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide. 4—Instalación de la Propaganda de la Fe en el Perú.

1—Así los acontecimientos luctuosos de la nueva fundación del Pangoa, como el hecho de la pérdida del padre José María Romaguera entre las vertientes del Yurinaqui y Ubíriqui, produjeron en el personal de misioneros de la montaña consternación profunda, como era natural. Además, estos hechos trascendieron de la región de la montaña al resto de la República, determinando en el público una visión clara de la condición de nuestros salvajes y de los peligros a que se hallan expuestos en todo tiempo los padres misioneros, internados en las profundidades de nuestros bosques enmarañados.

Por lo que hace a la nueva fundación de Pangoa, ella tuvo existencia muy efímera y estéril, desde el año de 1894 al 96; y su desaparición súbita y forzosa, dejó aquella zona en peores condiciones que antes, quedando enconados los ánimos de los Campas, y sin valor el misionero para intentar de nuevo una fundación en aquellas comarcas ya muchas veces funestas.

Sólo después de haber trascurrido una veintena de años desde aquella lamentable fecha, ha podido el sagaz Prefecto Apostólico padre Francisco Irazola entablar buenas relaciones con los indígenas de la región del Pangoa, realizar una fundación en la cuenca del Satipo,

abrir camino de herradura hasta las bocas del Pangoa, que sin la menor duda es la que más corta distancia ofrece.

Por lo referente al padre Romaguera, lo perdimos como misionero cuando él ofrecía al Señor las primicias de su apostolado entre infieles; siendo muy sensible que el tiempo trascurrido no haya aclarado el misterio de su último fin. En mi escursión a Metraro el año 1910, me quedó la impresión de que lo acaecido era lo mismo que hemos dicho, adiriéndonos al dictamen del padre Navarro: es decir que los Campas acecharon en el camino al padre Romaguera; que primeramente lo confundieron con el padre Hernández, y que al fin se tomaron el placer salvaje de matarlo a flechazos, amarrado a un árbol.

2—Estos dos acontecimientos retardaron algo la fundación de Puerto Bermúdez, pero a pesar de su gravedad, en nada entorpecieron el movimiento general de las misiones.

En cuanto a los padres Gabriel Sala y Juan B. Aguirre, que en esos mismos días de los sucesos de Ubíriqui navegaban por los ríos orientales, para atravesar luego el Gran Pajonal, habitado por los Campas, que pueblan también el Pichis, el Perené, el Tambo y el Apurímac; no tuvieron que lamentar ningún lance desagradable, por parte de los indios. Y por las penalidades soportadas y por el éxito obtenido, se coronaban de gloria ante la nación peruana, adquiriendo títulos muy bien ejecutoriados para el respeto y la admiración, entrando a la parte los que éramos sus hermanos de hábito.

Por felicidad, esta es la herencia que hemos recibido de nuestros antepasados: no arredrarnos por los peligros, no huir los sacrificios, pretender la práctica del bien con muy sanos ideales, acometer empresas arduas, no temer la muerte misma, y pensar que la bondad de Dios nos asistirá, dándonos fortaleza, aún cuando la ve-

loz flecha venga a clavarse en nuestro cuerpo, y mientras la sangre trasvenada va regando el suelo y rompiendo las ataduras que unen el alma al cuerpo mortal.

Y por fortuna, la fortaleza sobrehumana que acompañó a los mártires de hace algunos siglos, esa misma sostiene a los misioneros hoy en día: cuya verdad resalta facilmente ante el ojo del observador que sigue las huellas del humilde misionero, aún en la actualidad: como lo pueden atestiguar teatros de no muy lejanos sufrimientos, en Aporoquiali, en el río Blanco del Tapiche, en el Ene y el Tambo por la ruta del Apurímac y otros puntos.

Que el espíritu de fortaleza que sostiene en general toda la acción apostólica y ardua de la Iglesia de Jesucristo, siga de contínuo entre nosotros en aquellas regiones montañosas, de tristes recuerdos por cierto por las mil vidas segadas por el veleidoso y enconado salvaje, pero de gloriosa memoria, si se tiene en cuenta que aquel es el campo perenne del heroísmo cristiano del celo sacerdotal y apostólico, de la tenacidad santa del ministro de Jesucristo contra la obstinación frívola y desidiosa de seres racionales que viven en la abyección y la barbarie.

3—El padre Hernández tuvo el consuelo de recibir una comunicación de Roma, emanada de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, en términos muy oportunos para alentar a los misioneros a continuar la evangelización de los salvajes. La comunicación vertida de la lengua italiana dice así: "El suscrito, Secretario de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, de orden del Eminentísimo Cardenal Prefecto, agradece a vuestra paternidd reverenda, la relación trasmitida sobre el estado de las misiones del Colegio de Ocopa en el Perú: y tiene la satisfacción de participarle que esta Congregación mira con el mayor interés todo lo referido por el R. P. Tomás Hernández, deplorando muchísimo los obs-

táculos que se presentan para llevar adelante obra tan benéfica, y lamentando en gran manera la pérdida de un óptimo padre y de una de las misiones establecidas. Nos damos cuenta con satisfacción del celo incansable y del espíritu de abnegación con que los misioneros se dedican a la conversión de los salvajes. Y la Congregación confía en que prosiguiendo la obra emprendida, irán consiguiendo frutos cada vez más pingües".

4—Tuvo también el padre Hernández la satisfacción de ver como una hermosa realidad, lo que por tanto tiempo se había deseado y procurado, es decir que el pobre misionero internado en lejanas y solitarias selvas, tuviera el consuelo de saber que en Lima y en otras poblaciones de la República había almas caritativas que se preocupaban de su suerte y de la de sus salvajes y neófitos. A este fin se organizó la Obra de Propagación de la Fé, bajo la inspiración del padre Francisco de Sales Soto, que pertenecía a la Congregación de los SS. Corazones y fue después obispo de Huaraz, con la cooperación de la hija del presidente de la República señorita Eva María Piérola, unida a las señoritas Alejandrina Lavalle, Consuelo Rivera y Piérola, Rosa Panizo. Isabel Dammert, Aurora Torndicke, Elisa Mallherbe, Isabel Claret, María Romero Elguera, Teresa Rivera y Piérola e Isabel Panizo.

La presidenta de la Obra comunicaba al padre Hernández con fecha 19 de diciembre de 1896: "Reverendo Padre: Los nobles esfuerzos hechos en 1840 por el Iltmo. Señor Arriaga Obispo de Maynas, y en 1875 por el Rvdmo. Padre Sans, prefecto de esa misión, para organizar en esta Capital una Asociación destinada a procurar recursos a los venerables misioneros de esas regiones, prueban que la obra es necesaria aunque de no fácil realización. La misma idea ha encontrado hoy entusiasta acogida en el seno del Congreso Católico que acaba de

funcionar en Lima, el cual ha aprobado el proyecto de acuerdo que encontrará V. R. en copia adjunta".

"En consecuencia, el Consejo de la Unión Católica de Señoras procedió a organizar la obra con los Estatutos que remito a V. R."

"De mi parte procuraré mantener con V. R. constante correspodencia, en mira siempre de hacer algún bien a las Misiones, cooperando así a la obra santa de propagar el reinado de Nuestro Señor Jesucristo".

Y asi fue enverdad: la señorita Eva María Piérola trabajó incansable por hacer positivos beneficios a las misiones orientales, tanto en la época en que todas se hallaban encomendadas a los misioneros franciscanos, como en la que siguió luego de la creación de tres Prefecturas Apostólicas, correspondientes a aquellas, más extensas, inconmensurables regiones.

Otro tanto realizó la señorita María Candamo hija del que también llegó a ser Presidente de la República don Manuel Candamo: y asi las demás que han tenido a su cargo la administración de obras tan benéficas, que a un mismo tiempo favorece a la Religión y al Estado.



CAPITULO QUINCE

Gobierno del padre Batlle: exploración del Azupizú en balsa: fundación de Puerto Bermúdez

1897 — 1899

SUMARIO: 1— El padre fray Antonio Batlle. 2— La fundación de Puerto Bermúdez: comienza el Diario del viaje. 3—De Yurimaguas a Ubíriqui. 4— De Santo Tomás al Azupizú. 5—De Puerto Ibarra a Puerto Bermúdez: naufragio y feliz llegada.

1—En 1897 se realizó en Ocopa el capítulo en que salió electo en Prefecto de Misiones el padre fray Antonio Batlle.

En esta misma fecha se retiró a la soledad del convento de Ocopa el padre fray Tomás Hernández, pasados diez y seis años en la montaña, con un apostolado activo, sembrado de espinas y amargado por una serie larga de padecimientos. Desde la soledad de Ocopa ha salido contínuamente el incansable misionero a ejercer su ministerio sacerdotal, en beneficio de un gran número de parroquias de las diócesis de Huánuco y Ayacucho; y el venerable anciano, cargado ya de merecimientos, no espera sino la recompensa perdurable que el buen Padre de familia otorga a los siervos que han cultivado su viña.

En los momentos en que escribimos estas líneas ya es difunto el padre fray Antonio Batlle. El lector difícilmente podrá formar una idea cabal de este nuevo superior general de las misiones, como religioso, sacerdote y misionero. Las cualidades que le adornan son enteramente peculiares, girando todas ellas en torno de un candor

angelical. No faltaron eclesiásticos de gran capacidad que al ver y tratar al padre Batlle flaco, escuálido, de palabra dulce, de mirada de paloma, abstinente, sufrido, caritativo hasta el heroísmo, dijeron sin poderse contener: **He aquí un hijo primitivo del Seráfico Patriarca San Francisco.**



Casa Misión de Puerto Bermudez

Su juventud en su pueblo natal Nieras, de la provincia de Gerona, en España, su preparación para la profesión y el sacerdocio en el convento de Ocopa, y las primicias de su apostolado sacerdotal, estuvieron acompañados de sentimientos de profunda piedad, de gran recogimiento de espíritu, de asidua oración y de mortificación inolvidable.

En 1885, a sus 23 años de edad, apenas recibió el presbiterado entró a la montaña, siendo Prefecto de las mismas el padre fray Gabriel Sala. Desde esta fecha, durante treinta años, hasta el de 1915, en que murió en

Ayacucho, se dedicó al bien de los pobres indígenas. Los viajes terrestres y fluviales que emprendió fueron sin número y catequizó sin descanso a los neófitos doquiera que estuviese. A los amueshas lo hacía en su idioma que llegó a poseer con perfección, y predicaba también en quechua a todos los cholones; cuando alguno llegó a tratarlo mal, de su boca no salió sino una bendición llena de mansedumbre evangélica. Dedicó frecuentemente largas horas como una cariñosa madre al cuidado de los indios enfermos o desvalidos, y muchas veces se privó de su pobre alimento por dárselo. Rescató a muchos huerfanitos indios sentenciados a muerte por los malévolos brujos.

Tal era el padre que en 1897 fue nombrado superior de las misiones en el capítulo electoral de Ocopa.

2—Una de sus primeras incumbencias fue llevar a cabo la fundación de Puerto Bermúdez, reclamada urgentemente por el gobierno de la República. Al efecto emprendió su viaje el padre Batlle con el padre Navarro, el hermano Matías Arroyo, dos italianos y algugunos neófitos amueshas, el 25 de Junio de 1898. Siguieron la trocha de Metraro, Yurimaguas, Ubíriqui y Punta del Sol, donde la trocha se empalma con el nuevo camino, que se venía ejecutando con mucha actividad.

Procuraron llevar consigo a lomo de bestia víveres, ornamentos, heramientas, pólvora, munición y telas; pero las bestias no pudieron seguir con regularidad, cansadas por las lluvias torrenciales, fangos y derrumbes repetidos.

El itinerario de los padres Batlle y Navarro desde San Luis de Shuaro hasta Puerto Bermúdez, tiene todo el interés y valor de una exploración; y ofrecemos al lector con brevedad la narración de sus principales circunstancias.

Junio, día 25 de 1898

El primer día hicieron su jornada desde el convento de San Luis de Shuaro a la Hacienda de un colono de la sociedad inglesa **Peruvian Corporation**, en la orilla izquierda del Perené: haciendo esta jornada corta a causa de haber salido tarde de San Luis.

Día 26

Este día anduvimos solamente hasta Metraro porque el italiano Sotocorno, uno de sus acompañantes no podía caminar. La noche anterior mordieron al buen hombre los vampiros, que en esta región abundan, y perdïó bastante sangre de la que no abundaba en sus añosas venas. El hombre no pudo seguir el viaje y se quedó en Metraro.

Día 27

4.—Fueron adormir a Yurimaqui. Durante el sueño amodorrado de viajeros molidos y rendidos, al padre Navarro picó la funesta hormiga, terror de los viajeros, llamada **isula** (1): de 15 a 20 milímetros de largo, cuya picadura produce un dolor intenso, terebrante con hinchazón en la zona interesada y fiebre que puede durar 24 horas, la hubo de tomar con la mano para arrojarla; luego picó también al hermano Arroyo. Para evitar que el vivaz animalillo siguiera su maléfica faena, fue menester buscarla pacientemente y matarla. Consecuencia del acontecimiento fué que no pudieron dormir aquella noche.

(1). Véase Apuntes sobre la Patología etc., por Leonidas Avendaño, página 44.

Día 28

Emprendieron la subida de la cuesta de Santo Tomás, visiblemente descontentos de la isula, que les sustrajo los bríos que eran menester para llegar hasta la cumbre. Las bestias de carga po su parte se dieron por vencidas, de suerte que ellas solo el 29, día de San Pedro y San Pablo llegaron hasta la cumbre.

Día 29

Este día que era fiesta de guardar se dedicó al descanso, asi en honra del Señor Dios, autor y conservador de todas las cosas, como en beneficio de los cuerpos maltratados y rendidos.

Además, aquel día se hubo de resolver un problema, el de las cargas: pues las bestias, según las trazas que presentaban, no podían continuar el viaje. Era necesario que toda la carga se repartiese entre los viajeros. Esto explica que empleasen veintitrés días hasta Puerto Bermúdez, bregando con las dificultades que acarreaba la carga de todos y de cada uno, las lluvias que no paraban, una senda estrecha cerrada por la vegetación tropical, en que era menester a cada rato desembarazarse del ramaje que aprisionaba el cuerpo y la carga, el suelo inseguro, el alimento escaso, la sed y otras mil penalidades que se enlazan unas con otras, consorcio no fácil de romper.

Día 30 de junio y 1o. de julio

Estos días se emplearon en llegar a Ubíriqui punto fatal donde empezó la tragedia del padre Romaguera. Recorrieron los viajeros entre cuitas y recelos la distancia que media entre Santo Tomás y Ubíriqui en donde

no era imposible otra emboscada y otra desventura. Señaladamente las noches no eran sino temores y zozobras.

Día 2

El río Ubíriqui se hallaba elevado a causa de las lluvias incesantes: lo pasaron en huaro, expuestos a caer y ser arrastrados por la impetuosa corriente. Durante la jornada solo recorrieron unos seis kilómetros, pues la lluvia torrencial empezó desde la mañana, y hubieron de pasar parte del día y la noche bajo unas ramaditas de hojas de palmera.

Día 3

3— Se dedicó la mañana de este día a subir la cuesta resbaladiza que conduce a la **Punta del Sol.** Los viajeros tuvieron que agarrarse frecuentemente de las lianas que felizmente abundan, para no caer y rodar. Luego anduvieron algunos kilómetros por el nuevo camino retrocediendo. A las 11 ante meriadiano se hallaban en la cumbre. En descansando un poco, sentados, para tomar alimento, sintieron frío, pues aquel es el punto más elevado de la Vía Central. Allí domina frecuentemente la neblina y el rocío, los árboles y arbustos se visten de finísimo musgo, y la vida parasitaria se desarrolla variadísima y esbelta.

Día 4

Antes de comenzar a descender de la **Punta del Sol,** a la **Pampa de San Nicolás,** en un momento que se despejó el horizonte pudieron disfrutar los viajeros de aquel panorama con que de cuando en cuando les brinda la suerte, antes de bajar a los llanos amazónicos, y que

siempre es singular y arobador: es decir que pudieron contemplar una extensión inmensa de vegetación, con visos de esmeralda, formando un océano de verdura sin término ni confines.

Días 5 y 6

Descansaron en el campamento de San Nicolás o Pampa del hambre, atendidos por el señor Plumer, jefe de los trabajos de aquella sección. El padre Navarro pudo atender un poco durante aquel descanso a curar las llagas que se le habían formado en los pies.

Día 8

El señor Plumer, después de colmar de atenciones a los padres misioneros, de regalarles varias latas de con servas y otros víveres para su alimentación hizo que las pesadas cargas que llevaban los padres fueran trasportadas al río Azupizú por tres operarios de la vía, y acompañó personalmente a los viajeros durante dos jornadas.

Día 9

Anduvieron la trocha que llaman del Ajo, vadearon el río Puchalimi y fueron a dormir a una playa del río Azupizú denominado Puerto Ibarra término de un viaje a pie muy penoso y comienzo de un martirio de viaje fluvial, como el lector lo irá viendo.

Días 10, 11 y 12

Los amueshas que acompañaban a los misioneros venían aburridos de tanto caminar a pie, con pesadas



Padre Prefecto Apostólico Antonio Batlle



cargas y tiempo lluvioso. Al verse ahora en una playa del Azupizú, y viendo correr sus aguas en abundancia con dirección a Puerto Bermúdez, pensarón de un modo infantil e irreflexivo que podían aprovechar la fuerza de la corriente para ir bajando en balsas, sin la pesadumbre de las cargas sobre sus hombros.

Como lo pensaron asi quisieron que se ejecutase. Se negaron a seguir caminando por tierra, aún cuando no faltaban sino dos jornadas a Puerto Yesup, desde donde la navegación fluvial es muy hacedera hasta Puerto Bermúdez. Desde el primer momento contaron con la benévola condescendencia del padre Batlle.

Para navegar el Azupizú en balsas, era preciso construirlas: eso demandaría el espacio de algunos días. Que más querían los amueshas. Así disfrutaban del abundante pescado del río, dormirían a sus anchas, y volverían a experimentar el placer de vivir, el goce de la existencia, ni lucha, ni preocupaciones mayores, con entretenimientos que no son obstáculos para el descanso, pues esa es su aspiración predominante.

Para los misioneros aquellos tres días que los indios emplearon en cortar palos y armar sus balsas resultaban insoportables. La quietud en un punto sombrío, húmedo y caluroso es para acabar con la paciencia de un santo. Allí al calor diurno se juntaban mosquitos, tábanos, moscones denominados en el Perú zancudos **(culex)** que se presetan como un ejército decidido a sostener un asalto perseverante de toda la noche.

Felizmente los misioneros se hallaban provistos de mosquiteros que inutilizan el asedio de los pertinaces dipteros.

Días 13 y 14

5—Los amueshas armaron dos balsas, una mayor y

otra menor, que lanzaron alegremente a las aguas del Azupizú.

Este río forma las primeras vertientes del río Pichis, en la parte norte de la cadena del Cerro de la Sal. En su zona superior de gran declive recibe un buen número de manantiales que van engrosando su caudal y en la proximidad de los llanos amazónicos se le junta el mazaratequi.

El Azupizú hace su recorrido sumergido en un bosque sombrío de arbolado secular, donde la mano del hombre todavía no ha alterado la agreste presentación de la naturaleza. Su cauce generalmente es estrcho, sembrado de rocas, y sus aguas necesariamente hacen una serie de curvas, rechazadas a cada paso por los duros peñascos. No tan peligrosos para el explendor las rocas que se elevan sobre el nivel del agua, como las que se hallan ocultas y no pueden distinguirse desde alguna distancia. El declive del río no es gradual, si no que forma caídas y cascadas.

La caravana, cediendo a la voluntad de los amueshas, se instaló en las balsas. En la más grande se acomodaron los tres misioneros, llevándose consigo todo lo que había reunido para dar comienzo a la fundación de Puerto Bermúdez, como eran altar portátil, ornamentos eclesiásticos, herramientas, escopetas con sus adherentes, comestibles de arroz, café, azúcar y otros objetos indispensables.

Apenas empezaron su más que arriesgado viaje, la balsa grande se encontraba varada en una roca que se hallaba a flor de agua. Luego se presentó el peligro de que se rompiera la balsa originando un naufragio fatal. Ya por un punto empezaron a mojarse los objetos que iban en la balsa, y podía producirse el hundimiento total de la embarcación.

En aquel inminente peligro de la vida, los amueshas opinan que la balsa debía ladearse para que la corriente la desprendiera de la roca y pudiera seguir su curso. El padre Batlle no desaprobó este parecer. Mas el padre Navarro había tenido la precaución de dirigir una mirada observadora a la sección del río que luego debían recorrer, por donde se hallaban diseminadas otras muchas rocas, a las cuales seguía una cascada. Estaba seguro de que verificada la maniobra, indefectiblemente se encallaría la balsa en otra roca y que por remate se lanzaría por la cascada, sin que industria humana la pudiese contener. En vista de esto y por lo que a él tocaba quiso que nadie moviera la balsa; que se arrojara una soga a los amueshas de la otra balsa que ya se hallaban en tierra y la amarrasen a un árbol de la orilla y que asidos a ella viniesen hasta la balsa. Obtenido esto se asió de la soga, abandonó la balsa, asegurado y guiado por la soga se dirigió a la orilla, y aunque después de no pocas zambulidas, saltó a tierra. Desde aquí dijo a los amueshas que maniobrasen como les pareciese.

Pero el padre Batlle no tardó en seguir el ejemplo del padre Navarro, y también logró ponerse a salvo en la orilla. El hermano Arroyo hizo otro tanto.

En este momento los amueshas y el italiano decidieron realizar su plan. Ladearon la balsa, y apenas se halló suelta de la roca, se encargó de ella la corriente que la llevaba cual si fuese una ligera pluma, hasta que la lanzó con fuerza contra otra roca.

Esta roca era más elevada y empinándose sobre ella la balsa quedó casi en posición vertical, y cuanto llevaba se fué al fondo del río. Los amueshas se salvaron a nado, aunque no sin haber corrido el riesgo de ahogarse, el italiano se quedó sobre la roca y en medio de la furiosa corriente. Al verlo cuitado en la solitaria roca, el grupo de campas soltó una carcajada estrepitosa, de a-

quellas en que ellos gozan inmensamente a costa del prójimo.

Como la voraz corriente se había tragado el altar portátil, ornamentos, herramientas, escopetas y otros objetos de absoluta necesidad, se hicieron con algún éxito diligencias para hallarlos; pero los comestibles, como el azúcar, café y arroz se dieron por perdidos.

Día 15

Se empleó en secar los objetos mojados. El día fué azaroso por la presencia de los campas, que se mostraban tan equívocos como pedilones. Uno de ellos pidió al padre Navarro su único corta-plumas, que le era necesario y prudentemente se lo negó. Entonces el campa, mocetón de formas hercúleas, tuvo la frescura de volver al padre las espaldas, levantarse por detrás algo más de lo conveniente la cushma, darse una palmada, hacer un gesto de profundo desdén y marcharse.

He ahí el retrato del orgulloso campa.

Durante esta jornada fluvial, a cada rato se hallaban campas que atracaban sus canoas a la balsa, y se empeñaban en pedir cuchillos, anzuelos, machetes, pañuelos, y cuanto se les antojaba. Mas los padres no estaban en condiciones de dar, y seguían su viaje, por cuyo motivo los campas quedaban disgustados.

Día 17

Este día después de vencidas una gran serie de di-

ficultades en el río, llegaron los viajeros a Puerto Bermúdes, atracando la falúa en el puerto de la Comisaría, en la margen izquierda del Chiris.



CAPITULO DIECISEIS

Fundación en Puerto Bermúdez: muerte del padre Juan José Hormaeche

SUMARIO: 1— Amable acogida del Comisario Olivera. 2—El padre Batlle funda la misión de Puerto Bermúdez. 3—El padre fray Juan José Hormaeche: su muerte en la flor de la vida. 4—La causa de su muer te. 5—El padre Navarro en Puerto Bermúdez.

1—El señor Olivera primer comisario de Bermúdez, recibió a los misioneros complacido y entusiasta por su llegada, dispensándoles desde el primer momento todas las atenciones que estaban en su posibilidad. Les dió alojamiento en la comisaría y empezó a compartir con ellos las privaciones a que se hallaba sometido en aquella soledad. Allí se tomaba el café en el desayuno sin azúcar ni dulce de ningún género; se cocinaba el alimento sin sal ni manteca; escaseaban la yuca y el plátano.

En estas condiciones se ve que no pudieron tener muy espléndidos tratamientos los rendidos viajeros, después de veintitrés días de penalidades.

Pero la providencia se encargó de poner remedio a la situación. Había llegado el plazo señalado a los buenos Panos de Cashiboya, en el centro del Uacyali, para que acudiesen a Puerto Bermúdez en aquel verano a recibir al padre misionero que debía visitarles en su pintoresco pueblo y cuidar de ellos. Y los cashiboyanos, que son bastante previsores no venían con las canoas vacías; y el padre Batlle pudo recibir de sus manos muchas piezas de paiche salado, que es el bacalao del oriente, dos pancus de **fariña** de yuca, y otros artículos de primera

necesidad que bastaron para que la miseria se trasformara en situación menos estrecha.

Luego se realizó una disribución de religiosos: el padre Manuel Navarro con el hermano Matías Arroyo partieron a Cashiboya con los Panos; y el padre Batlle se quedó en Puerto Bermúdez para llevar a cabo la fundación del convento.

2—El padre Batlle dió muestras de ser un experto colonizador: juntó a los amueshas que le habían acompañado desde San Luis de Shuaro y a otros de las riberas del Chiris; reunió también algunos campas de los ríos Mazaratequi y Anacayali; y señalando un lugar de la márgen izquierda del Pichis, hizo talar el bosque en una gran extensión, cuyo fundo bastase para fabricar el convento y la capilla, y para una huerta que fuese la base económica de la colonia.

Luego levantó su modesta casita, para sí y los domésticos. Pero tuvo en aquellos días una visita imprevista y de consecuencias lastimosas: los importunos visitantes fueron una plaga hambrienta de grillos, que le comieron sin más trásmite el techo de palmera, la ropa de uso y alguna tela que tenía para ropa de cama y otros usos.

El padre Batlle procuró vengarse pronto y en buena lid de los maléficos destructores: para este fin hizo traer gallinas de Palcazu y Chuchurras, y éstas se encargaron de consumir, con ventajas para la misión, a los desconsiderados grillos..

Quemado el bosque talado, sembró el padre Batlle en él unas cinco libras de arroz: y el fruto pareció un fenómeno paradisíaco en aquella virgen y feracísima tierra, pues las macolias crecieron tanto y de espigas tan nutridas que se cosecharon 50 quintales de arroz. Plantó así mismo yuca, plátanos y árboles frutales, con plantas y semillas del Palcazu ;y al año ya tenía una huerta y

plantaciones con arroz, fréjoles, camotes o maniatos, zapallos, yucas, plátanos, bananas, etc.

En esta fecha había terminado también una bonita capilla. El padre Navarro tenía el cuidado de remitirle desde Cashiboya con las lanchas a vapor piches salados y algún otro comestible propio del río Ucayali.

Cuando meses más tarde pasó a Puerto Bermúdez el hermano lego fray Blas Anaya, y puso la mano en el arreglo de la casa y en el cultivo del campo, el estado de la misión llegó a ser próspero y halagador, y como consecuencia un centro de atracción para blancos e indígenas. Afluyeron familias amueshas y campas que el padre Batlle catequizó con paciente solicitud. Estas familias se instalaron en la margen derecha del Pichis, frente a la comisaría. El contento y aún el entusiasmo era general, y la misión se había puesto en pie de conservarse y prosperar, si la divina Providencia seguía favoreciendo y si los hombres no distraían aquella obra.

3—Satisfecho el padre Batlle de su obra, hizo venir en mayo de 1899 a Puerto Bermúdez al padre fray Juan José Hormaeche, joven misionero en la plenitud de las fuerzas, aficionado a artefactos y obras, y en una palabra un operario evangélico cual convenía para sostener y prosperar una casa de misión que empezaba. Hecha esta diligencia, el padre Batlle bajó al Ucayali para cumplir con su ministerio pastoral de visitar los centros de misiones de aquel extenso río.

En esta coyuntura visitó el duelo a Puerto Bermúdez en la persona misma del joven misionero. Este emprendió varias obras de mejora y comodidad, cuidando él mismo de acumular los materiales. Cuando más afanado se hallaba en llevar adelante sus faenas, sintió un punto entumecido y doloroso en la espalda. Se despreocupó de ello los primeros días y siguió trabajando; pero llegó un momento en que no pudo trabajar. El nuevo co-

misario señor Villalta le proporcionó bicloruro de mercurio que se aplicase disuelto en agua, en la proporción de uno por mil. Mas como el padre siguiera trabajando, no cuidándose de los efectos de la insolación, llevando túnica de lana que desarrolla excesivo calor, y en agitación contínua; contrajo el padre una fiebre alta, entró en delirio y sobrevino el estado agónico. El hermano lego le ayudó a bien morir. El buen padre en los momentos de lucidez, clamaba por un sacerdote; más esto era imposible, hallándose Puerto Bermúdez a gran distancia de las conversiones más cercanas. Murió el padre Hormaeche en manos de fray Blas Anaya y fué enterrado en la capilla de la misión.

4—¿Cuál fue la causa de la muerte del joven misionero? No lo dicen los misioneros que narran aquel episodio lastimoso, pero opinan que fue la **Dermatobia Cyaniventris** (1), de la cual se hablará más detenidamente en el libro que sigue a este.

---

(1). Véase el Informe del doctor Pesce (parásitos), nota. citando al doctor Tamayo.—La Dermatobia es diptero (de dos alas): el género cyaniventris mide de 14 a 17 milímetros de longitud, color gris mas o menos azulado, con manchas amarillas en la cabeza, casi desnuda, las alas de color pardo claro. Sus larvas se desarrollan en la piel de las reses vacunas, y a veces en la del perro y del hombre, produciendo una miasis cutánea. Vive en la América del Sur.

Entiéndese por maisis (de myia. mosca) cualquiera de los accidentes patológicos producidos por las moscas. La "dermatobia cyaniventris" deposita sus huevos en la superficie de la piel y sobre todo en los pelos. Formada una pequeña pápula con una abertura central muy fina, se declaran dolores violentos de carácter lancinante, especialmente durante el descanso de la noche. La pápula adquiere después las proporciones de un forúnculo, y la presencia del parásito se descubre por la tumefacción local, que por complicación puede

Este diptero deposita sus larvas picando en la piel descubierta. La larva tiene varios nombres indígenas, como **suluto, suclla-curo, chuti, gusano del monte, etc.,** En el momento de la picadura no se siente dolor, pero sí cuando la larva ha llegado a su desarrollo, apareciendo entonces un tumor, con un pequeño orificio en el vértice, distinguiéndose en el centro la larva, un cuerpo blanquecino en movimiento.

Esta larva, el dolor sordo que produce, el insomnio que es su primer efecto, la agitación al calor del sol y la misma aplicación del bicloruro, tal vez no bien proporcionado, pudieron conducir a la fiebre y a la muerte.

La temprana muerte del padre Hormaeche produjo gran sentimiento y pesar, no solo en Puerto Bermúdes, donde quedaba en tanta soledad fray Blas Anaya al frente de la misión, sino también en los conventos de los padres misioneros de cuyo profundo cariño y aprecio gozaba el joven misionero.

5—Al padre Hormaeche le sustituyó en Bermúdez el padre Navarro, disponiéndolo así el padre Prefecto de misiones. Lo acompañó el hermano Arroyo. Entrambos habían conquistado el cariño de los cashiboyanos, que en su salida los acompañaron hasta el río Pisqui y no los dejaron ir sino contra lágrimas y suspiros.

Las penalidades del viaje enfermaron de algún cuidado al padre Navarro; pero algo repuesto en Beremúdez emprendió las faenas de la misión con verdadero entusiasmo ayudado del hermano fray Blas, pues el padre Batlle y el hermano Arroyo emprendieron viaje a San Luis de Shuaro.

El padre Navarro tuvo la satisfacción de atender y

---

traer erisipela, linfangitis, flemón y tétano. Como tratamiento son buenos los líquidos antisépticos, sublimado, fenol formol. (Véase también Espasa en las palabras "Dermotobia" y "Miasis").

agasajar al coronel Portillo, Prefecto de Ayacucho y a su numerosa comitiva, que coronaban una amplia exploración de los ríos Apurímac, Tambo, Alto Ucayali y Pichis.

Sucedieron al padre Navarro en las faenas de Bermúdez los padres Pedro Echevarría y Leovigildo Olano, y colaboró allí el padre fray Buenaventura Yvars. El padre Batlle tuvo el cuidado de levantar la casa de la misión en lugar más seguro que el primitivo y libre de inundaciones, lo mismo que de mejorar la tierra de cultivo y la huerta.



CAPITULO DIECISIETE

Creación de tres Prefecturas Apostólicas, en el Oriente del Perú: es nombrado Prefecto Apostólico el padre fray Antonio Batlle

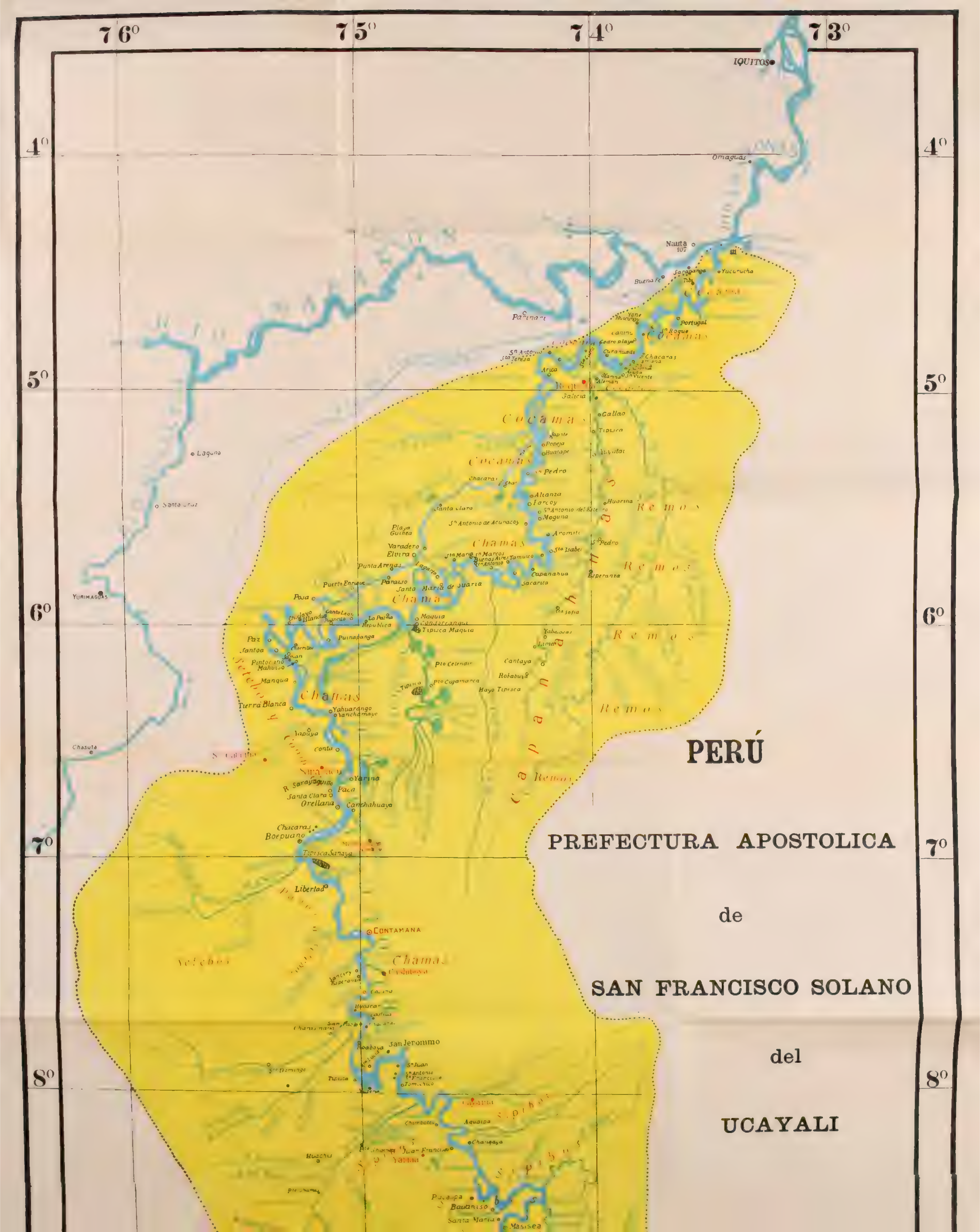
SUMARIO: 1—Tenor dispositivo del decreto. 2—Variación de régimen y jurisdicción según el decreto. 3—Dudas y resoluciones sobre límites. 4—Labor de las Prefecturas: el Putumayo: la prefectura de San Gabriel del Marañón.

1—Por gestiones llevadas a cabo por el Promotor de la Propagación de la Fe. el padre Francisco de Sales Soto, los inmensos territorios orientales del Perú, habitados generalmente por salvajes, fueron divididos por la Santa Sede en tres Prefecturas Apostólicas: la Prefectura Central o de San Francisco del Ucayali; la Prefectura Meridional o de Santo Domingo de Urubamba y la Prefectura Septentrional o de san León de Amazonas. Las Prefecturas mencionadas se encomendaron a misioneros de las Ordenes de San Francisco, de Santo Domingo y San Agustín.

La Prefectura Central o de San Francisco del Ucayali comprende la región de Chanchamayo, con el Perené y sus afluentes. con el Pachitea y sus tributarios, incluyendo el Gran Pajonal hata el Tambo y el Ucayali; la región del Apurímac y el Ene, la del Mantaro y el Tambo, con todos sus afluentes. hasta el **divortium aquarun** del Urubamba; y la región del Ucayali con sus afluentes.

La Sagrada Congregación dió la investidura de Prefecto Apostólico del Ucayali al Rvmo. Padre Fray Antonio Batlle el 13 de julio de 1900.

La Prefectura Meridional o de Santo Domingo del


PERÚ
PREFECTURA APOSTOLICA
de
SAN FRANCISCO SOLANO
del
UCAYALI
76°
75°
74°
73°
4°
5°
6°
7°
8°
IQUITOS
Omaguas
Nauta
Yucuruche
Buena Fe
Portugal
Parinari
Laguna
Santa Cruz
YURIMAGUAS
Chasuta
Cocamas
Chamas
Remos
Callao
Tipisca
Alianza
Moguna
Aromiti
Capanahua
Jacarita
Esperanza
Varadero
Elvira
Punta Arenas
Puerto Enrique
Paraiso
Santa Maria de Juaria
Maquia
Tipisca Maquia
Yabacuas
Cantaya
Rohaboya
Puinahuanga
La Palma
Republica
Paz
Santoa
Manqua
Tierra Blanca
Yahuarango
Janchamaye
Conta
Yarina
Paca
Santa Clara
Orellana
Canchahuaya
Chacaras
Boepuano
Tipisca Sanaya
Libertad
CONTAMANA
Setebos
San Jeronimo
Aguaipa
Chanyasa
Masisea


LEYENDA
Residencia de Misión (en rojo)
Mision destruida o abandonada (en rojo)
.. de ubicacion imprecisa (en rojo)
Capital de la Republica
.. de Departamento o Provincia
.. de Distrito
Pueblo
Ferrocarriles (en rojo)
Linderos de la Prefectura
Superficie de la Prefectura Apostólica 190 000 K²
Escala numerica — 1:1 000,000
Escala grafica en kilometros:
GRAN PAJONAL
CERRO DE PASCO
TARMA
HUANCAYO
HUANCAVELICA
AYACUCHO
HUANTA
PAMPAS
OCOPA
CANETE
MATUCANA
Pozuzo
COLONIA DE POZUZO
Oxapampa
Mairo
Pto Victoria
Pto Yessup
Puerto Ocopa
San Francisco
San Ramon
Kumaria
Masisea
Santa Maria
Pumanaya
Chesea
Tambo
Auquia
Tauanis
Curahuana
Pocaya
Sepahua
Misahua
Tambo
Simariba
9°
10°
11°
12°
13°
O. de Greenwich 75°
74°
DIBUJO Y PLANCHAS P. JUAN M. DE URIARTE
IMPRESO EN LITO. ABELE HNOS. LIMA



San Francisco Solano, Apóstol del Perú, Patrón de nuestra Provincia y de la Prefectura Apostólica del Ucayali.

Urubamba comprende este río con todo su sistema fluvial, hasta los límites con Bolivia; y la Prefectura Septentrional o de San León de Amazonas abraza este río hasta los límites con las repúblicas del Brasil, Colombia y Ecuador.

Para el ejercicio expedito de la jurisdicción eclesiástica en las Prefecturas creadas, los Obispos del Perú declaraban ser gustosos en renunciar a su jurisdicción respectiva, en la región de montaña a que anteriormente se extendía.

2—La Creación de las Prefecturas Apostólicas realizaba, por tanto un cambio en punto a jurisdicción eclesiástica; pues la norma anterior prescrita a los misioneros de América y puesta en ejecución repetidas veces, era que al formarse por los misioneros de infieles poblaciones organizadas con algún grado de civilización, estas pasasen a la jurisdicción del obispado limítrofe. Mas desde la creación de las Prefecturas, las poblaciones civilzadas comprendidas en territorio de montaña, permanecen bajo la jurisdicción ordinaria del Prefecto Apostólico.

3—La ejecución de este punto jurisdiccional tropezó con algunas dificultades; hasta que en julio de 1902 la Congregación de Propaganda Fide declaró sin dejar lugar a duda: Que la jurisdicción de los Prefectos Apostólicos, dentro de los límites comprendidos por el decreto de creación de Prefecturas, era territorial, como la de los Obispos en sus diócesis: que no se reducía a los salvajes sino que se extendía a todos los moradores de la región.

En virtud de este principio establecido, hubo luego declaración autorizada, de que la Prefectura Apostólica de San Francisco empezaba, en la región de Tarma, en Huacapistana, donde es inconfundible de sierra a las producciones de montaña.

4—La labor de las tres Prefecturas Apostólicas desde la fecha de su instalación, ha sido incesante y ardorosa.

Con todo, se debe confesar en obsequió a la verdad

que a pesar de la creación de las tres Prefecturas, la acción del misionero no llega a toda la extensión del territorio salvaje de la República. Quien se dé cuenta de la extensión de nuestro sistema fluvial, colindante con Bolivia, Brasil, Colombia y Ecuador y las dificultades de los viajes en esas incultas comarcas, comprenderá que para una evangelización adecuada de las selvas del Perú sería menester un buen número de aguerridos misioneros, un buen número de militares de intachable moralidad, y un buen número de comerciantes con alma y con entraña. Sería preciso dar un verdadero combate a la barbarie.

Pero, mientras los misioneros sean pocos en número, mal apoyados por las fuerzas de orden, y expuestos a la difamación por negociantes sin conciencia; la civilización de esas regiones dilatadísimas, será asunto de muchos y prolongados años.

La Sagrada Congregación de Propaganda, sabedora de procedimientos reñidos con la civilización que se practicaban en el río Putumayo, poderoso tributario del Amazonas; creyó contrarrestar los males con el establecimiento de una misión franciscana, con elemento inglés, en aquella zona; y de hecho fundó la Misión de la Chorrera, y se establecieron allí franciscanos irlandeses, asistidos del celo más ardoroso con la voluntad más firme de trabajar en la civilización de los salvajes de aquel río.

Es sensible decir que aquellos misioneros nada lograron en el Putumayo durante varios años que allí estuvieron; que hubieron de soportar una situación imposible, y que al fin salieron de allí con la resolución irrevocable de no volver, y para gestionar que nuestra Provincia de San Francisco Solano se hiciera cargo de aquella Misión.

No se ignoran las relaciones que los misioneros de la Chorrera hubieron de sostener con la negociación **Peruvian** del Putumayo; las dificultades con que tropezaban para catequizar a los indígenas, vinculados a la negocia-

ción: todo aquello no es un misterio para el que conoce cómo van en Loreto empresas de esta naturaleza.

No siendo posible que la Misión clausurada de la Chorrera pasara a manos de los misioneros franciscanos del Perú, por la distancia insalvable en que queda; aquella sección ha entrado de nuevo a integrar la Prefectura de San León de Amazonas; y al mismo tiempo se ha descargado a esta Prefectura del cuidado de la sección de Yurimaguas y del Alto Marañón, que se ha constituído en una nueva Prefectura con el nombre de San Gabriel, al cuidado de los religiosso pasionistas.



CAPITULO DECIMO OCTAVO

Memoria presentada por el padre Prefecto Apostólico fray Antonio Batlle al Ministro de Culto 16 de junio de 1903

SUMARIO: 1—Extensión de la Prefectura Apostólica. 2—Pueblos que comprende, su fundación, misioneros conversores. 3—Tribus salvajes. 4—Esperanzas de progreso y mejoramiento. 5—Métodos de civilización. 6—Traslación de la Misión de Puerto Bermúdez.

Felizmente en la República, siguiendo las huellas de la antígua administración española, se introdujo y subsiste la información oficial de los superiores de las misiones al ministerio de Estado que les corresponde, dando cuenta de las condiciones en que se hallan sus misiones en orden a su fin religioso y social. Esta información unida a la otra análoga que los mismos superiores deben elevar a los prelados de la Orden constituye una fuente de información histórica buena, mayormente en lo que se refiere a fechas y personas; aunque por regla general, por su concisión, no es suficiente para la narración holgada de los acontecimientos.

La **Memoria** que el padre Batlle presentó al Ministerio de Culto en 1903, en su condición de Prefecto Apostólico, llena con bastante acierto su fin, y por ella verá el lector el organismo y movimiento que ofrecían en la fecha nuestras misiones. (1).

(1). La Memoria tal como se remitió al Ministerio y tal como aparece en las publicaciones oficiales, no es de la sencilla pluma del padre Batlle, sino que está calcada sobre su borrador, con extensión y fraseología que llamaremos más culta.

Señor ministro de estado en el despacho de Justicia, Instrucción y Culto.

Señor Ministro:

En contestación a su estimable oficio de 3 de julio del presente año, en el que se pide una memoria descriptiva del estado, adelantos y necesidades de las misiones de infieles en la montaña, en la parte que comprende la prefectura central confiada a mi cuidado, tengo el honor de poner en manos de US., esta pequeña relación o memoria, trabajada con la brevedad y sencillez a que me obliga la premura del tiempo.

I

Idea, no solamente alta, religiosa y humanitaria, sino también muy patriótica, fué la de la creación de tres prefecturas apostólicas decretadas por el Supremo Gobierno el 27 de octubre de 1898, aceptada luego y llevada a efecto por la Sagrada Congregación de cardenales de Propaganda Fide, el cinco de febrero de 1900. San Francisco del Ucayali es la parte central de las misiones y la región que ha sido encargada al cuidado y celo de los padres descalzos de los colegios de misioneros franciscanos en todo el Perú.

Nombrado superior o prefecto apostólico de estas misiones el 13 de julio de 1900, a tenor del antedicho decreto, hube de tomar posesión de mi cargo y ponerme al frente de ellas, aún de vida y de energía aparte de los 15 años que llevaba ya sacrificados en la montaña.

Comprende mi jurisdicción, según el mencionado decreto, los ríos del Bajo y Alto Ucayali con todos sus afluentes, a derecha e izquierda, como son el Pichis, Palcazu, Pachitea, Ene, Perené, y el Tambo, confluentes con

el Urubamba, el cual corresponde a los padres domínicos. En mi prefectura se halla por consiguiente toda la nueba provincia del Ucayali, perteneciente al departamento de Loreto que queda al norte de la misión y confinando por el sur con los departamentos de Junín y Ayacucho.

II

Los pueblos y caseríos que actualmente tengo bajo mi jurisdicción son:

Contamana.—Residencia habitual de la prefectura apostólica, a la vez que de la primera autoridad política de aquella provincia, por la comodidad que ofrecen las lanchas a vapor que surcan por allí y facilitan el movimiento de los misioneros. Tiene trece pueblecitos o anexos, **a saber: Inahuaya, Canhuaya, Para, Yarina, Sarayam, Yanchamayo, Tierrablanca, Catalina, Mongoa, Santoa, Puinahua, Tapiche y Pacaya,** con varias otras estancias o caseríos en el intermedio de estas poblaciones.

Tiene Contamana cuatro mil habitantes, con escuelas de ambos sexos; y actualmente estoy haciendo edificar un regular conventillo, en el que pueden habitar siquiera unos tres o cuatro padres con dos o tres hermanos legos, para que atiendan a las necesidades de esa zona, pues ahora sólo residen allí el reverendo padre Agustín Alemany del colegio de Cajamarca, el reverendo padre Angel Pérez del colegio de Lima, y el hermano lego, fray Juan Cherín, también de Lima. Uno de sus anexos — **Inahuaya** — tiene, asi mismo, escuela de ambos sexos.

Cashiboya.—Este pueblo fué fundado por el reverendo padre Vicente Calvo en 1869, y llegó a contar tres mil o más habitantes; pero ahora sólo tiene trescientos, debido entre otras varias causas, a que los cashiboyanos

han bajado a trabajar en las márgenes del Ucayali. Reside allí el reverendo padre Carlos Saavedra de los descalzos de Lima, y el lego fray José Olariaga del colegio de Arequipa: tiene doce anexos pequeños que recorre el padre misionero según las necesidades y son **Conchamaya, San Gerónimo, San Juan, San Francisco, Timichico, Cayaría, Pucallpa, Baonisho, Tamaya, Masisea, Tueshmo, y Santa Rosa de los Piros,** con muchas otras estancias intermedias. Hay también una escuela para niños en donde enseña las primeras letras el mismo padre.

El Pichis o sea Puerto Bermúdez.— Se fundó este pueblo por el que suscribe en el año 1898. Existen allí cincuenta cristianos entre amueshas y campas; la comisaría rural con diez gendarmes, la oficina del telégrafo con sus respectivos empleados, fuera de como otros cien habitantes y algunas familias que por temporadas y con frecuencia, suben del Ucayali en busca de caucho. Residen actualmente allí el reverendo padre Leovigildo Olano del colegio de Cajamarca, y el reverendo padre Mariano Cegarra de los descalzos de Lima.

Es un punto céntrico y llamado a ser de una gran importancia para la república, por llegar hasta allí la vía central más traficable, que pone en comunicación al departamento de Loreto con la capital, y ambos mares Pacífico y Atlántico. Es digno de todo encomio el gobierno que ha realizado tan magna obra, lo mismo que el que hoy día lo cuida y conserva en buen estado con sus doce tambos en el camino, todo lo cual facilita la movilidad de los pasajeros y da garantías a los habitantes de dicha región.

San Luis de Shuaro.—Se fundó este pueblo en el año 1886 por el entusiasta misionero y explorador reverendo padre Gabriel Sala. Tiene actualmente unos mil habitantes comprendidos en toda la zona, de los cuales cien serán los convertidos de los ahuesmas, unos quinien-

tos indígenas de la sierra, como cien asiáticos, y cosa de doscientos extranjeros que han ido llegando de año en año. Tiene por anexos la colonia inglesa del Perené, más los caseríos del río **Colorado** y del río **Seco.** Reside allí el reverendo padre Bernardo Irastorza del colegio de Ocopa, y como adscrito fray Lloverola de los descalzos de Lima. Hay oficina telegráfica de la misma línea del Pichis, cuyo camino pasa por el pueblo en dirección a Puerto Bermúdez que se puede andar a bestia en cinco días y a pie en ocho.

Sogormo.—Este pueblo fué fundado por el reverendo padre Sala. Comenzó en sus principios con solo 20 familias, y hoy día cuenta con más de 80, todas ellas de la tribu de los amueshas y además diez familias extranjeras en las serranías. Ciento cincuenta de esos amueshas son ya cristianos, y los restantes, hasta trescientos cincuenta, son todavía neófitos y semi-civilizados. Allí reside el reverendo padre Agustín López del colegio de Arequipa, con el hermnao Pedro Baltasar de Lima. Hay una escuela de niños, un camino expedito para San Luis de Shuaro, y otro para Huancabamba, pudiendo comunicarse con el Cerro de Pasco por Paucartambo, lo propio que con Tarma por Chanchamayo. Dichos caminos fueron abiertos, en parte por el reverendo padre Sala con los infieles y algunos hacendados de Huancabamba y en parte por la colonia inglesa y alemana, protegidos por el gobierno que como el actual de S. E. el señor Romaña, ha dado la cantidad de cinco mil quinientos soles para rectificar y mejorar el trayecto desde Oxapampa hasta Sogormo, y ha ordenado reconstruir el puente sobre el Paucartambo o río de la Sal que había caído.

Oxapampa o **Quillazú.**—Este pueblo es fundación del padre Juan Pallás de Ocopa en 1880. Actuamente, entre infieles (cristianos ya casi todos), indígenas de la sierra, operarios de las haciendas de Huancabamba, y a-

lemanes, forman un total de tres mil habitantes.

La colonia alemana establecida más al interior, a doce leguas de la misión, tiene edificada una capilla llamada Santa Rosa de Oxapampa, en la que con frecuencia celebran misa alguno de los padres misioneros. Tiene como anexos ocho haciendas con sus respectivas capillas en el valle llamado Huancabamba. Allí residen el reverendo padre Buenaventura Yvars de Ocopa, el reverendo padre Teófilo García de Lima, y el hermano lego fray Bernabé Ludeña.

En las márgenes del **Palcazu** residen cuatro familias alemanas, con otros diez de los medio civilizados; y en el puerto **Victoria**, o sea en la confluencia del Palcazu con el Pichis, viven otras cuatro familias brasileñas ocupadas en la extracción de caucho y shiringa.

Estos son, señor ministro, los pueblos y puntos más notables de la prefectura apostólica de mi cargo, y en los que siempre reside algún padre.

Todos ellos tienen su capilla o iglesia para el culto religioso, y para instruir a los neófitos y fieles, con su conventillo o casa para el padre conversor, todo ello humilde y pobre como fabricado con las rudimentarios elementos de tan apartados lugares y sin otro arquitecto ni artesanos que el mismo misionero. Sin embargo en alguno de esos pueblos las capillas son de tapia con techos de paja de palmera.

En Contamana carecemos aún de habitación propia, y viven los padres en una habitación particular arrendada; por lo que confiado en la protección del gobierno, espero hacer edificar cuanto antes un conventillo y una iglesia bonita que corresponda a la categoría de capital de la nueva provincia.

Abarca mi jurisdicción los afluentes principales del Bajo Ucayali, en cuyas márgenes reside un gran número de habitantes. Forman esos afluentes los ríos Tapiche,

Pacaya con las prolongadas islas Puhinahua, Cashiboya, Pishqui, Robabaya, Aguaitía, Cayaria, Abujao y el Tamaya.

En el alto Ucayali son: Simuya, Arumaria, Chisota, Unini, y el Lima Rosa.

Y en el Pachitea: Baños, Zungaroyam, Llullapiche.

En el Palcazu, Pazuzo, Mairo, Chuchurras, y por último en el Pichis: Apurmayali, Esperanza, Chivis o Puerto Bermúdez y el Mazaratequi.

III

Un poco difícil me parece calcular con gran exactitud el número total de pobladores que actualmente habitan en la montaña; sin embargo por lo que he visto y observado en el transcurso de tantos años que allí vivo, opino que no bajan de sesenta mil los que se encuentran tan sólo en mi prefectura apostólica. De este número una tercera parte la componen los comerciantes y caucheros extranjeros entre europeos, asiáticos, y de diferentes repúblicas sudamericanas; a unos ocho o diez mil ascenderán los peruanos emigrados de la sierra y aún de la costa; los demás son naturales de aquellas regiones. Unos qince mil de estos están bautizados ya y civilizados; pero hay otro número de semi civilizados que apesar de tratar con los padres y con los comerciantes, no se desprenden aún de sus supersticiones gentílicas ni de su cushma, ni menos de sus bárbaras costumbres: los restantes que supongo oscilan entre quince o veinte mil, viven errantes y metidos en los bosques o remontados en los cerros, parte por ceguedad y obstinación, parte por el terror pánico que les infunden los conivos y los shipibos con sus persecuciones y correrías. Los infieles que aún no tienen relación ni roce con gente civilizada, son

los que viven en el Apurímac (1), Tambo, y Gran Pajonal, y en las quebradas del Pachitea.

Las tribus conocidas que recuerdo son las siguientes: Campas, cunibos, shipibos, piros, amueshas, cucamas, cucamillas, amahua, cumbasas, chetebos, remos, panos, cashibos, y amahuacas: todas estas tribus tienen sus dialectos particulares derivados del idioma general de la montaña que es el Pano.

Con los padres y comerciantes de Loreto, Chachapoyas y Cajamarca, hablan su quechua que en el Ucayali llaman Inga.

En el alto Ucayali, Urubamba, Tambo, Apurímac, y Gran Pajonal, viven los piros, amahuacas y campas, en el Pichis y el Perené los campas, y en el Cerro de la Sal, Oxapampa, Carasú y Palcazu, los amueshas, tribu dócil y reducida casi en su totalidad al cristianismo: en las riberas del Pachitea habitan los desgraciados Cashibos que son antropófagos y refractarios a la civilización, en gran parte a mi juicio, por las mencionadas persecuciones y correrías que sufren.

El cultivo de la caña, de café, del tabaco y del arroz; la extracción del caucho y de shiringa, la salazón del pache y de la vaca marina, de la que también sacan mucha manteca para el consumo y para hacer jabón, la preparación de la fariña o sea el tostar la harina que sacan de la yuca y que la consumen de preferencia los caucheros; la cera de abeja que recogen con abundancia de los huecos de unos árboles llamados, siticas, muy numerosos en las islas y márgenes del Ucayali, la extracción del bálsamo de copaiba o peruano: he aquí indicados brevemente los productos y el movimiento comercial de la montaña, y en lo que se ocupa todo indio civi-

(1). En el Apurímac se estableció la misión en condiciones ventajosas en años posteriores.

lizado o semi-civilizado, se entiende cuando se vé obligado a trabajar por la necesidad o por la fuerza, pues de otro modo, el indio es de por sí flojo y dejado, sin graves necesidades ni aspiraciones de ningún género.

IV

Mediante la protección que prestan a los misioneros los dignos gobiernos que se van sucediendo y el apoyo que con celo nos suministra la asociación de la obra de la propagación de la fé en el oriente del Perú, puedo asegurar que la acción civilizadora del misionero ha podido ejercerse allí con más eficacia en estos últimos tiempos, suavizando por todas partes las costumbres, y especialmente en el Ucayali de tres años a esta parte, en donde el culto y el movimiento religioso se ha aumentado de un modo notable y se sostiene con bastante regularidad.

Caso de acrecentarse (como lo espero), el número de 16 religiosos que actualmente se encuentran esparcidos en los pueblos indicados, y se auxilie con los convenientes recursos, confío en la Divina Providencia que podré fundar tres pueblos o conversiones más: uno en el Apurímac o montaña de Huanta; otro en la confluencia del Tambo con el Urubamba; y otro por fin, en el Palcazú o Puerto Victoria.

Desde que me hice cargo de la prefectura apostóca, he recorrido casi toda la parte habitada de la montaña, administrando algunos centenares de bautismos entre párvulos y adultos y algunos miles de confirmaciones, aparte de los demás sacramentos que se han conferido a los que ya antes eran cristianos.

V

En mi humilde parecer, la manera de reducir pron-

to a la verdadera civilización las tribus errantes, sería la de establecer colonias de familias honradas y laboriosas civilizadas, en número tal que pudiera contrarrestar el abuso que todavía siguen cometiendo algunos comerciantes, quienes atizan y habilitan a los infieles chipibos y cunibos del Ucayali ya semicivilizados, para que, como galgos vayan a hacer correrías por el Pachitea en busca de los cashibos, y recorran también con tal objeto el Tambo, Tamaya, Unini, Perené, Ene y Apurímac, persiguiendo a los amaguacas y campas, matando a los hombres que se resisten, y apresando a las mujeres y niños para negociar con ellas y venderlos como esclavos.

Estos son, señor ministro, los datos que he creído conveniente consignar del mejor modo que me ha sido posible y que tengo el honor de presentar a US., a fin de satisfacer los nobles y patrióticos deseos que se dignara manifestarme en el oficio arriba indicado.

Séame permitido señor ministro, antes de concluir, hacer constar una vez más, que el misionero apostólico es el porta estandarte, no sólo de la cruz sino también de la luz y de la civilización verdadera, y que si en todo lugar y tiempo es acreedor al reconocimiento de la humanidad, en el Perú, sobre todo, tiene incuestionables títulos para que se le considere como factor principal de la raza indígena, pues que si la espada conquista y subyuga, sólo la cruz civiliza. Concretándo empero a la parte oriental de la montaña propiamente dicha del Perú, el misionero tiene escritas páginas muy gloriosas en su historia, en especial el misionero franciscano del que tratamos ahora.

Durante tres siglos ¡que de sacrificios! ¡Cuántas tentativas no han realizado los padres descalzos de Lima y Ocopa para abrirse paso a los bosques y llevar hasta allí, junto con la luz de la Fé, los beneficios de la

civilización! ¡Cuántas energías, cuántas vidas se han sacrificado en esas soledades y en esos ríos en aras del más puro celo y de la más heróica abnegación, en pos del indio errante, con el único objeto de hacerlo hombre civilizado, cristiano y también peruano!

Cuán distinto sería hoy el estado de la montaña, y cuán risueño y floreciente su aspecto a no ser por la tan sabida sublevación del que se tituló Juan Atahualpa, que acabó en un momento con los misioneros, con el fruto de todos sus trabajos y sudores, y redujo al salvajismo los muchísimos pueblos del Pajonal, Cerro de la Sal y Ucayali cerrando para largo tiempo toda entrada a la montaña! Y si a todo esto añadimos los interregnos que a consecuencia de las vicisitudes políticas han sufrido las misiones y los trabajos por los que han pasado los padres de Ocopa, entonces se comprenderá perfectamente el porqué aún hay infieles en la montaña del Perú.

Pero gracias sean dadas a la Divina Providencia, y gracias también a los dignos gobiernos que han protegido últimamente las misiones, ha podido de nuevo dárseles poderosos impulsos, por lo cual parece ya llegada la hora en que amanezca la luz del progreso y de la civilización católica para toda aquella sombría región, el fruto de la sangre derramada en la montaña por tantos misioneros mártires, y vean también realizados sus deseos tantos dignísimos predecesores míos los reverendos padres Sobreviela, Plaza, Calvo, Sanz, González y Sala, verdaderamente beneméritos, asi para la religión como para la patria.

Aprovechando esta ocasión, cábeme el honor de reiterar a US., las consideraciones del alto aprecio y sincera estimación.—Dios guarde a US.—Fray Antonio Batlle, Prefecto Apostólico.

VI

En la memoria del año 1905 agregaba el padre Batlle.

En vista de que muchos misioneros nos hemos enfermado de gravedad en el Puerto Bermúdez, y otras dificultades que se nos ofrecen para ejercer nuestro ministerio en el citado puerto, hemos trasladado la residencia de dicho Puerto a la confluencia del Apuruquiali con el Pichis, en donde el R. P. Fr. Leovigildo Olano ha reunido un crecido número de infieles campas, quienes, mediante el roce con los neófitos amueshas ya civilizados que allí se trasladaron con el misionero, van entrando al catolicismo y a la civilización.



CAPITULO XIX

Diario del viaje al río Blanco por el padre fray Agustín López (1904)

SUMARIO: 1—Del Ucayali al Tapiche. 2—El Río Blanco y el Río Negro. 3—El río Capanahua: un velorio en Semana Santa. 4—El regreso de Capanahua al Tapiche. 5—Una escursión a Yagalay y vuelta a Contamana.

Contamana: 8 de Febrero.—En momentos que esperábamos la lancha "Amazonas", para ir yo con el padre Alemany al Alto Ucayali, se presentó el señor don Adolfo Reina, caballero que mucho nos aprecia y manifestó al padre Alemany que iba a mandar su batelón al río Blanco (1), donde había mucha gente y multitud de criaturas sin bautizar y que podíamos disponer de su embarcación.

Como no existiese memoria de que jamás religioso alguno hubiera ido a aquella región, juzgó el padre prudente aceptar tan generosa oferta, tanto para administrar los sacramentos, como para explorar dicha región para nosotros desconocida. Así pues, el 8 de febrero, cambiando de rumbo, me embarqué en la lancha "Napo", con don Adolfo Reina en dirección a su puesto llamado Buenos Aires (2), al que llegamos el 10 a la pues-

(1). El río Blanco es el más importante tributario que recibe el afluente derecho del Bajo Ucayali conocido con el nombre de Tapiche: en bosques de sus inmediaciones abunda mucho el caucho y la goma y se comunica por varaderos con la hoya fluvial del Yavarí. (Nota del padre López).

(2). En el Ucayali.

ta del sol. Permanecí en su casa mientras preparaba la carga para el batelón, muy bien atendido, celebrando todos los días la santa misa y rezando en la noche el rosario, al que lo mismo que a la pequeña plática que añadía acudían a pesar del mal tiempo unas cuantas personas de las diez y doce familias que el puesto habitan. El 20 como a las 2 de la tarde, con Samuel Reina, hermano de don Adolfo y jefe del batelón, tres bogas y mi muchacho, nos embarcamos con dirección al río Blanco.

A las cinco de la tarde llegamos a la isla Aguano (1), y pasamos la noche en casa de una familia que nos atendió con mucho cariño.

Día 21

Llegamos a San Juan de Capanahua (2), donde pernoctamos en casa de una señora brasilera.

Día 22

Dormimos en Filadelfia atendidos en casa de don Marcial Vásquez.

Día 23 ...

A las ocho de la mañana llegamos al puesto Iberia en la boca de la Sacarita, propiedad de un caballero francés llamado Alberto Mutina. Entrando en la Sacarita, nos hospedamos en casa de un señor brasilero muy atento, llamado Galdino Diaz Pereira. Había en este lugar como 40 familias casi todas de shiringueros brasileros, con los cuales estuvimos hasta el 26. Siguiendo nues-

(1). En el Ucayali.

(2). Del Ucayali.

tro viaje a una casa abandonada, sin haber visto a ser viviente, a donde pasamos la noche.

Día 27

A las dos de la tarde llegamos al Tapiche en medio de una lluvia torrencial y a las cinco a una casa a medio techar y con medio metro de agua bajo el emponado, sobre el cual dormimos.

Día 28

Bajando el Tapiche a medio día llegamos a un puesto llamado Tipisca donde residen 6 familias de shiringueros, un portugués y los demás peruanos y brasileros quienes nos invitaron a almorzar: comí por primera vez sachavaca (3). Después del almuerzo seguimos nuestro viaje y a los diez minutos entramos en el río Blanco, por donde seguimos hasta encontrar una casa también sobre el agua en la que pasamos la noche.

Día 29

Continuamos el viaje hasta las once de la noche y no hallando tierra, apretados como sardinas en canasta, sobre la carga, pasamos la noche en el batelón, que amarramos a un árbol.

Día 1o. de Marzo

Hoy apenas hemos encontrado tierra para cocinar con agua pura y sin otro condimento el frijol que es todo nuestro fiambre y que tenemos que comer: al al-

(3). Danta

muerzo, caliente; frío en la noche, con un poco de harina y agua del río por desayuno en la mañana.

Día 3

Hoy junto con frijol hemos comido un mono que ayer cazamos.

Día 4

Sacamos el vientre de mal año, pues mientras se cocía el frijol, uno de los bogas se internó en el bosque y nos trajo un paujil (1), con un sagino, que vino a fortalecer nuestros estómagos, vacíos hasta las tres de la tarde en que almorzamos.

Día 5

A las 6 de la mañana pasamos por un lugar llamado España, tristemente célebre por haber en él los infieles Cahuapanas asesinado en 1899 a 18 hombres, entre ellos a dos españoles. Serían las tres de la tarde, cuando en medio de una deshecha tormenta de relámpagos, truenos y rayos y de un torrencial aguacero encontramos a un cauchero que con tres canoas cargadas de caucho y dos hombres en cada una, más dos mujeres venían del Caucho a todo andar de la corriente y con el correspondiente frío. Iban tan encogidos, por el agua que les caía a torrentes, que si nos vieron o no se apercibieron de nuestra presencia, o no tuvieron ánimo para saludarnos.

(1). Equivale a la gallina, pero tiene la carne dura.

Día 7

Hoy llegamos a una quebrada llamada Huacha, en medio de un aguacero que nos había molestado toda la tarde y que duró hasta media noche.

Días 8, 9, 10, 11 y 12

Seguimos nuestro viaje cazando; pudimos comer una ardilla.

Día 13

Al medio día nos encontramos con un enorme árbol recién caido, que atravesaba el río de parte a parte. Después de mucho trabajo, con gran peligro y sólo valiéndonos de unos bejucos que atamos a la popa, de los cuales tiraba uno de los bogas, que tuvo que saltar a tierra por entre espinas y árboles sobre el agua, mientras que otro aplicaba el hombro al batelón, haciendo todos los esfuerzos que podíamos para pasar por la orilla y no dejarnos llevar por la impetuosa corriente, pasamos el peligro.

Días 14, 15 y 16

A las 11 llegamos a un afluente llamado Plantano e hicimos nuestro almuerzo en una casa abandonada que existe en la boca y de cuyos palos secos por no haber otros, hicimos fuego. Antes de llegar nos atajó una gran palizada que nos entretuvo como una hora. Allí casi se ahoga mi muchacho Ezequiel. Había salido a andar sobre la palizada, que compuesta de enormes troncos arrastrados por el agua, formaba una especie de

balsa contenida por un gran árbol, que hubo que cortar para pasar. Mientras uno de los bogas cortaba el árbol, el muchacho permanecía descuidado sobre los palos que, impelidos por la corriente a la que detenían, principio a ser arrastrado aún antes de que acabaran de cortarlo. Felizmente estuvo cerca el batelón y pudimos tenderle la mano antes que volteándose en un palo pereciese.

Día 17

Llegamos a un puesto llamado Ayacucho en el que hallamos tierra y una casa en la que pasamos la noche en compañía de cinco caucheros que llevaban a Iquitos a un enfermo, sacado de los montes donde se le había disparado la escopeta malográndole una mano. En este puesto vivían antiguamente los infieles Capanahuas, cuyas chacras todavía se ven a corta distancia, pero fueron ahuyentados por los caucheros.

Día 18

Encontramos al español Daniel Ojea, empleado en la casa Rocha, que en su batelón llevaba dos canoas con 180 arrobas de caucho.

Día 19

Pasamos el río Tambo.

Día 20

Anduvimos muy poco por la mucha corriente y remolinos: pasamos el río Lobo.

Día 21

Llegamos a Castilla, primer lugar habitado desde que entramos al río Blanco. Encontramos en él a un español, dueño del puesto, su empleado y una mujer.

Día 23

Salieron de los bosques dos peruanos, dos españoles, un portugués y cuatro mujeres, para que bautizara a sus hijos.

Día 24

No pudimos salir por las lluvias.

Día 25

Salimos de Castilla atravesando el río, baleamos a a una sachavaca que aunque le siguieron dos bogas, no se la pudo coger.

Días 26 y 27

Dormimos en Primavera donde como solitarios vivían un brasilero llamado Conrado con Ana, su mujer, también brasilera; nos recibieron como a enviados del Cielo; en el Capanahua legitimaron su unión con el matrimonio.

Día 28

Pasamos el río Negro y la noche en una casa desierta: todo el día y toda la noche horrible aguacero.

Días 29 y 30

Llegamos al río Capanahillo y pasamos la noche en casa de una familia de shiringueros, que viven en el puesto más elevado del río Blanco, y el único que con otro situado cerca del Capanahua, se han visto libres de la innundación. Todo lo demás desde el Ucayali, hasta las cabeceras del Capanahua y río Blanco, ha sido completamente innundado por la gran corriente de este año.

Días 31 y Abril 1o.

3—Llegamos a la boca del Capanahua, término de nuestro viaje. Encontramos como 30 personas, caucheras, con 10 o 12 mujeres, que de los montes habían salido, tanto para proveerse de víveres, como para celabrar la Pascua y la Semana Santa. Esa noticia me llenó de consuelo, juzgando piadosamente que personas de tan buenas disposiciones, cumplirían con los deberes de cristianos en tan santos días, y en tan apartadas regiones, donde jamás habían visto un sacerdote... ¡Vana ilusión! Cuando llenos de alegría por mi feliz e inesperada llegada vienen a saludarme, advierto que casi todos están ébrios, a pesar de ser viernes santo; y luego me cercioré de que la embriaguez les vienen de la noche anterior que han pasado velando.

Es lo que llaman velorio, una costumbre diabólica, no merece otro nombre, por la que para honrar a algun santo pasan toda la noche en vela. Hay velorios por los difuntos y de cuerpo presente, que duran a veces hasta ocho y quince días, mientras hay aguardiente y duran las gallinas y otros animales que el difunto deja. Por los santos suelen hacerlo del siguiente modo: El devo-

to después de invitar a las personas que han de asistir, prepara un altar con algunos manteles o sábanas, sobre el que pone el santo a quien ban a velar. Antes, se provee de aguardiente que llaman cachaza, chicha o algún otro licor, en tal cantidad que queden hartos los concurrentes; de lo contrario, le llamarían miserable. No lejos del altar, pone otra mesa con una jarra o botella de aguardiente o licor, que sea, con una copa o vaso. Si hay otro licor, también lo pone para que cada uno tome lo que más le agrade. Antes de principiar el velorio y a invitación del devoto, toman la luz, es decir un encargado toma la botella o jarra, llena la copa y la entrega al devoto el cual invitando a alguno de los circunstantes, le dice: Salud! Y apura la copa que inmediatamente la llenan nuevamente para que el invitado tome. Este hace lo mismo con otro, y asi la copa pasa de mano en mano, hasta que todos toman. Inmediatamente se ponen a rezar. Como los hombres, por lo general tienen verguenza y más devotos son del aguardiente y licor que de los santos, tienen que dirigir el rezo las mujeres. Pero con frecuencia sucede que éstas no saben ni la señal de la Cruz o si hay alguna que sabe rezar tiene que enmudecer por no haber quien conteste, y asi quedan todos estáticos ante el santo. Pero el devoto o su encargado que no necesita que le avisen, pronto los saca del rapto repitiendo la copa para que no se duerman. Con este fín y movidos por el espíritu.... del alcohol, del que cada uno a más de la copa oficial, puede tomar a discreción, principian a hablar, a jugar la baraja, y a veces a otros juegos nada santos; y con más frecuencia, algún alegre o que se ha alegrado, saca la concertina, de antemano preparada por el devoto, un tambor, o en su defecto un cajón y se arma la ja-

rana (1). Como es de ley que han de amanecer y las copas menudean, es fácil figurarse que habrá desórdenes. Con frecuencia se suscitan riñas y en ocasiones hay desgracias. Esto había pasado o sucedido en el Capanahua que anochecieron velando y amanecieron peleando. Por esto el devoto deshizo el altar que vió profanado.

Con mi llegada y por ser un día tan grande, no quiso pasar una mujer sin su velorio y me invitó a que les hiciera alguna distribución (2). Acepté, a pesar de que había ya visto algunos velorios. Llegó la noche y la hora de principiar. ¡Figurese cual sería mi sorpresa, cuando al entrar al lugar del velorio, diviso al frente un gran paño negro que cubre toda la quincha (3), y todo cubierto de huesos y calaveras dibujadas en papel, y sobre la mesa, envuelto entre sábanas a guisa de muerto, un crucifijo poniéndolo a la vista de todos y recé la Corona de los Dolores de la Santísima Virgen. Quise también decirles algunas palabras referentes a la Pasión, pero como todavía los humos del licor no se habían desvanecido, de lo mismo que yo les decía tomaban argumento para su conservación, asi que me vi precisado a terminar y obligado, a abandonar el tal velorio, para poner fin a la borrachera.

Llegó la Pascua y tuve el consuelo de celebrar el Santo Sacrificio, al que asistieron casi todos, después de muchos años; algunos habían olvidado hasta lo que era una misa;—desde Buenos Aires, era la primera vez que yo celebraba. Permanecimos en este lugar todo el mes, dando así tiempo a los demás caucheros para que

(1). La juerga.

(2). Función religiosa.

(3). Pared de tabique.

se salieran del monte a hacer bautizar a sus hijos. Durante el mes celebré misa todos los domingos, y algunos otros días, cuando me lo pedían o tenía la seguridad de que asistiera alguna persona. En la noche no pude hacer distribución, pues aunque la gente se reunía, no era para rezar ni para oir sermones, sino para divertirse.

Día 3

4—Llegó por fin el momento de regresar, y aunque poco amigos del rezo, sintieron bastante mi separación, por el cariño que me habían cobrado durante el tiempo que estuve con ellos. La vida del desgraciado cauchero durante el invierno en regiones apartadas, es más para sentirla y compadecerla que para describirla. Serían las nueve de la mañana cuando abandonamos el Capanahua, después de despedirnos de la gente y manifestar nuestro agradecimiento a don Simón Olivas y esposa, por la solicitud y cariño que nos prodigaron durante el mes que permanecimos como huéspedes en su casa. A las cinco de la tarde llegamos a una playa (ya el río había mermado) y en ella pasamos la noche.

Día 5

Dormimos en Tumbo, en compañía de dos caucheros, que a la surcada encontramos conduciendo un enfermo, el cual también regresaba ya curado de su dolencia.

Día 6

En Ayacucho encontramos como 20 shiringueros y

caucheros que con varias canoas y un gran batelón se dirigían a Capanahua, conduciendo víveres y mercaderías. En Chonta encontramos algunos shiringueros construyendo sus casas para el trabajo de verano, y más abajo otros secando sus vestidos, mojados al parecer por un náufragio.

Día 7

En medio de un formidable aguacero, encontramos surcando un batelón y tres canoas, con la gente temblando de frío.

Días 8, 9 y 10

A las 11 dejamos el río Blanco, y poco después llegamos a Tipisca, en donde abandonando el batelón me quedé pasa surcar el Tapiche. Debía hacer la surcada en la lancha "Gallega" propiedad de un señor español, cuyo hermano generosameste se ofreció a llevarme; pero la lancha en lugar de surcar el Tapiche como lo esperaba, salió al río Blanco, conduciendo a Capanahua a un cauchero, que con su gente y muchas mercaderías se dirigía a Yaquerana. Pero en lugar de la lancha vino de la misma una montería que iba a Yagalay. No teniendo ya nada que hacer en Tipisca, y habiéndome ofrecido llevarme, me embarqué en la montería, que con buenos prácticos se metieron por medio de los bosques, cubiertos todavía con un metro de agua, por acortar las vueltas del río y poder llegar a Yagalay, adonde arribamos a las 11 de la noche.

Hasta el 22 estuve en Yagalay esperando la lancha, pero desgraciadamente el día que surcaba, se enfermó mi muchacho con unas fiebres malignas, así que

tuve que quedarme, resuelto a salir al Ucayali, para en la primera lancha surcar a Contamana. Fui muy bien atendido por don Pedro Aróstegui, español, dueño del puesto, que gustoso me proporcionó gente y embarcación hasta la Sacarita.

Día 23

Llegué a Iberia, donde esperando lancha estuve hasta el 27, que de Filadelfia me llamaron para administrar el bautismo.

Día 29

Don Pedro Aróstegui que de Yagalay había venido, me llevó a Cumacebo, recomendándome al dueño del puesto don Juan Rivera, que me atendió muy bien.

Día 1o.

Don Juan me proporcionó movilidad hasta Capanahua (1), de donde al día siguiente don Vicente Díaz, con muy buena voluntad, me mandó llevar a Tamanco; donde tuve que quedarme por no tener embarcación propia, fuí muy mal atendido, pero pude conseguir al fin embarcación llegando por la tarde a San Marcos.

Días 4, 5 y 6

Llegué a Santa Brígida a las 8 de la noche.

---

(1). Del Ucayali.

Días 7 y 8

Don Juan Chávez dueño del puesto, tuvo la amabilidad de llevarme a Santa Isabel, a donde llegamos al medio día, atravesando dos varaderos, en los que arrastramos por tierra la canoa, a fin de evitar dos enormes vueltas del Ucayali.

Día 9

Llegó la tan deseada lancha "Amazonas", de don Luis F. Morey, en la que fuí recibido por su comandante señor Carlos Lagomarcino, con la amabilidad que le distingue y siempre nos ha mostrado. A bordo venían la madre política de don Felipe, dos hijos y dos amigos; me hicieron las mayores atenciones y hasta me pagaron el pasaje.

Día 15

A las 9 de la mañana llegamos a Contamana. después de un viaje de cuatro meses y siete días.

El fruto de mi viaje ha sido: matrimonios 13, bautismos 120.

En el Tapiche, que no pude surcar, sé que me esperaban, creo que pronto hemos de ir.—Fr. **Agustín López.** (1).

---

(2). "Anales de la propagación de la fé en el oriente del Perú".—Tomo IV.—Entrega 1a. página 21.



CAPITULO XX

Del Alto Ucayali a las bocas del Urubamba.—Narración del padre fray Agustín Alemany

SUMARIO: 1—Hasta Iparia. 2—De Iparia al Unini. 3—Del Unini al Urubamba. 4—El Urubamba, Sepahua, Mishuahua, etc. 5—Contamana.

1—Carta fechada en Contamana y dirigida al Prefecto Apostólico padre Batlle.

Rvmo. Padre:

Quiera la divina Providencia que al recibo de la presente se halle perfectamente restablecido de su enfermedad.

Es mi deber informar a V. P. respecto del viaje que hice al alto Ucayali, y poner ante su consideración el resultado de mi expedición, que podrá servirle para la Relación que debe mandar a Roma al Rmo. Padre Ministro General de la Orden.

Apenas regresé de mi viaje, cuando pasó la lancha de guerra "Cahuapanas", que iba al puerto Bermúdez, y por falta de tiempo, no pude escribir a V. P., sino brevemente para notificarle mi feliz llegada.

En esta relación nada le diré de los puestos y caseríos que hay desde Contamana hasta la boca del río Pachitea, que ya V. P. sabe perfectamente.

El día 14 de Febrero, partí de Contamana con la lancha de guerra "Amazonas", cuyo Comandante era el conocido y respetado señor don Pedro Marquez. Llegamos a la boca del río Pachitea el día 17, sin la menor novedad.

De aquí, continuamos nuestro viaje hacia el alto Ucayali, siendo las primeras casas que encontramos, dos ranchos de infieles cunibos. Más arriba se halla otro puesto, llamado **Comacay,** en el cual no hay más que unos cuantos infieles.

Más adelante se encuentra, a la derecha, la isla **Utucurer,** en donde reside D. Pedro Meléndez, con algunos cunibos.

Un poco antes de Iparia, a la derecha, hay dos casas, en las que habitan unas cuantas personas civilizadas.

2—**Iparia:** en este caserío residen los señores Domingo Lima, Balarezo, Róstheman y otras personas civilizadas de ambos sexos con algunas familias de infieles.

Scheshea: En este lugar no hay más que dos familias civilizadas, cuyos dueños se llaman Crispín Tuesta y Santiago Vásquez.

Cumaria: Los dueños de este caserío, se llaman Fernando Franquini y su hermano Francisco (italiano) los cuales viven con su respectiva familia y otras personas civilizadas que trabajan con ellos, con varios infieles, de quienes se sirven para sus trabajos y viajes, etc. El lugar está situado a la orilla derecha del río; el terreno es de una altura regular, llano y extenso, apropósito para hacer una casa de Residencia, para vivir los Padres Misioneros.

Tahuania: En este lugar, situado a la izquierda, hay doce casas, cuyos habitantes son cristianos civizados: el terreno es llano pero no se presta para una población duradera, por ser demasiado bajo el terreno.

Parucancha: Aquí no hay más que tres casas, en las que, viven solamente unas cuantas personas civilizadas. Más arriba, a la izquierda, se encuentra una sola casucha, cuyo dueño se apellida Zacarías, el cual vi-

ve con su sóla familia, que no pasan de cuatro o cinco individuos, entre pequeños y grandes. Isla de Cuenga: En este lugar que se halla a la derecha del río, tampoco hay más que unas cuantas personas civilizadas, con algunos infieles.

Pontijao: En este puesto, situado a la derecha, habitan unos doce individuos entre todos, civilizados e infieles.

—3 **Unini:** Este río recibe sus aguas de las vertientes de los cerros que están cerca de los pajonales. Un poco adentro de su desembocadura al Ucayali, tiene su casa el señor don Antonio Besada (español), quien vive, hace algunos años, con los infieles campas, sirviéndose de ellos, para sus negocios y trabajos: lo respetan y aprecian bastante, según yo mismo he presenciado en el trato que tiene con ellos. Ese señor conoce los pajonales y la multitud de infieles campas que moran en esos lugares. Cuenta que desde el río **Unini** a los pajonales, se llega en dos días, andando a pie, porque allí, ya es sabido que no hay caminos de herradura, y hasta al cerro de la Sal, en seis días. Para confirmar lo que decía, me enseñó una piedra de sal, que habían traído de aquel cerro. Mas yo para asegurarme más de esa noticia, pregunté a uno de los infieles campas, ¿si era verdad lo que decía aquel señor? Y al momento me contestó, diciendo que era muy cierto; pues nosotros, dijo el salvaje, en un día vamos de aquí al Pajonal, y al Cerro de la Sal, en cinco días. Esta noticia me llenó de alegría y placer.

El señor Besada desea mucho que los Padres Misioneros vayan a fundar una casa de misión en el río **Unini,** para tener pronta entrada a los Campas del gran Pajonal. Soy del mismo parecer, y a mi juicio, sería un gran adelanto para las Misiones, y un paso más, en la vía del progreso para la República.

Mientras estábamos en este lugar, vino la gran créciente del río, y no fué posible seguir el viaje, por no exponernos temerariamente a un naufragio; 8 días estuvo la lancha atracada un poco más arriba de la boca del río **Unini,** sin podernos mover. Habiendo el río mermado lo necesario, proseguimos nuestro viaje. Desde el lugar donde estábamos, veíamos constantemente las terribles olas que se levantaban en el lugar llamado **Termópiles;** peligrosísimo para las embarcaciones, máxime, cuando el río está muy crecido. Junto a ese mismo lugar, a la izquierda, lo mismo que el **Un'ni,** se halla el puesto en que vivía el famoso Venancio Campa; pero que hoy día no se vé más que una casa abandonada. Venancio se fue al río Manu o Madre de Dios con más de 100 hombres, para trabajar en el negocio del caucho.

Lagarto: En este puesto encontramos una señora llorando, con unas cuantas personas civilizadas que la acompañaban en su desgracia; pues el río acababa de tumbarle su casa, llevándose parte del terreno y chácaras. De aquí, luego se llega a las islas de Santa Rosa, en las cuales se baró la lancha, en medio del río, sobre el pedregal, en donde nos vimos en apuros y en peligro de naufragar, por haber los prácticos equivocado el canal del río. La lancha se volteó de tal manera, que entraba el agua por el borde. Dios quiso que saliésemos sin lamentar desgracia alguna, quebrándose sólo dos paletas.

Santa Rosa: Aquí reside el señor Astete (cusqueño), con unas cuantas personas civilizadas y algunas personas infieles.

Los infieles piros se han ausentado de aquellos lugares: ni siquiera se encuentra una familia entera de infieles Piros, de tantos como había en años atrás.

Desde aquí hasta el río Sepahua, afluente del Uru-

bamba, dejando el Tambo a la izquierda marchábamos muy bien; cuando he aquí que el día 12, la lancha quedó varada en medio del río, sobre las piedras, en donde estuvimos un día y medio y dos noches, sin podernos mover hasta que creció un poco el río. Esto sucedió también por haber los prácticos equivocado el canal del río. Ya puede figurarse, si estaríamos muy alegres en medio del peligro en que nos hallábamos.

Finalmente, después de muchos trabajos, el día 20 llegamos al Sepahua, término de nuestro viaje.

Los habitantes de este pueblo son casi todos del departamento de Loreto, que se establecieron en ese lugar hace pocos años, por razón del comercio de caucho. El pueblo estaba ubicado en el ángulo que forma el terraplén en la desembocadura del **Sepahua** al Urubamba; pero este año, el río, con su grande avenida, ha destruído el pueblo, quedando solamente 5 casas en pie. Por eso, los más de sus habitantes se han resuelto hacer de nuevo sus casas, unas dos o tres cuadras adentro del Sepahua, a la orilla derecha del río, en donde creen estar más seguros.

En Sepahua hice 22 bautismos; matrimonios, ninguno.

Sabido es que nuestra Prefectura Apostólica, solamente se extiende hasta el río Urubamba exclusive. Sin embargo, juzgué prudente el aprovechar la oportunidad de la lancha de guerra del Gobierno, para ir a aquel lugar, y de esta manera, poder hacer algún bien espiritual entre aquellas gentes.

Me parece que los Padres Misioneros Domínicos, tardarán algunos años a ir a esos lugares, por ser muy lejos e incómodo para ellos. Por consiguiente, como es probable que se ofrezca alguna otra ocasión para ir nosotros, conviene que V. P. escriba al Rmo. P. Prefecto Apostólico de los Domínicos, pidiendo el debido permi-

so y facultad, para ejercer el ministerio apostólico entre aquellos cristianos, siempre que se ofrezca.

Surcando el río Sepahua, se ve el baradero que conduce al río Purús, en donde hay gran multitud de gente, que se dedican en el trabajo del caucho.

Desde la boca del Sepahua, surcando el río Urubamba, se llega a la desembocadura del río Mischahua (con lancha) a las dos o tres horas, y con canoa, en 4 horas, según el río está más o menos crecido.

En el Mischahua, hay también algunas familias, que moran allí, por razón del caucho. Surcando este río se va al baradero que conduce al río Manu, y de este, al Madre de Dios; de cuyos lugares, se extrae gran cantidad de caucho y jebe, etc.

El día 25 salimos de Sepahua, y llegamos a Contamana, felizmente y sin otra novedad, el día 30 de Marzo. Un mes y medio de ida y regreso.

Durante el viaje, en Sepahua y demás puestos y caseríos hice 60 bautismos, 2 matrimonios, y administré el Sacramento de la Extremaunción a la que fué esposa del señor don Aladino Vargas, que murió en su puesto de Massea (q. e. p. d.)

Según he visto en este viaje, el alto Ucayali está muy despoblado; apenas llega a una tercera parte, el número de habitantes que tiene hoy día, comparado con el número que tenía, ahora hace 20 años, según yo mismo fuí testigo de vista en los viajes que hice en aquel tiempo hasta Santa Rosa, en donde viví más de dos años con los Piros y Campas.

La gran creciente de este año ha causado inmensos daños a los habitantes del Ucayali, y también según dicen, ha sucedido lo mismo en el Marañón y Amazonas, destruyendo algunos puestos y caseríos, y la mayor parte de los yucales y platanales. Esta es una de las causas entre otras, que muchos puestos y caseríos, desapare-

cen y se fundan otros nuevos. Esto es lo que debe tenerse siempre presente al tratar de los caseríos ubicados en la orilla de estos ríos.

5.—Contamana ha estado también amenazado; pues faltó poco para estar todo inundado. Algunos dicen que esta población durará pocos años.

En este año próximo pasado, sólo en esta región central de nuestra prefectura apostólica de San Francisco, se han hecho los bautismos, y matrimonios siguientes: Los bautismos, (año 1903) ascienden a la cifra de 150. Matrimonios 60. Defunciones 21. Todo lo cual consta en los libros de partidas que tengo a la vista, pero debo advertir en cuanto las defunciones, que como nosotros sólo residimos en los pueblos de Cashiboya y Contamana, no se puede dar noticia cierta de los que mueren en esta Jurisdicción, porque de la mayor parte no tenemos noticia alguna. Aún en esta población de Contamana, sucede muchas veces que entierran sus cadáveres, sin saberlo nosotros. Por conguiente el número de defunciones asciende a mucho más al arriba citado.

En mi última carta le notifiqué, que el P. Angel Pérez ha escrito desde Manaos, diciendo que vendrá pronto; pero hasta ahora no parece: no sé cual será la causa.

El P. Agustín López, que mandé al río Tapiche, no ha llegado todavía. Creemos que no tardará en estar aquí de regreso. Los demás Padres y hermanos Legos, están sin novedad, y cada uno se ocupa en lo que les ordeno.

El M. R. P. Fr. Leonardo de Badiola, Comisario General, me ha escrito, notificándome la muerte del R. P. Fr. Pedro de A. Mas. Espero que ya habrán celebrado los sufragios que le corresponden, en San Luis de Shuaro y Sogormo.

Yo he contestado a dicho Padre Comisario, haciéndole ver la necesidad de más operarios en esta viña del Señor.

El número de Misas celebradas a su intención se indicará a V. P. y al P. Carlos Ma. Saavedra en otra comunicación que dirijo a S. Luis de Shuaro.

Esta carta o mejor diré, relación, conviene guardarla en el archivo, para que conste a los Padres que vienen a la Misión, lo que es el alto Ucayali. No es necesario que V. P. la mande a la Obra de propagación de la Fé, etc., porque, yo he mandado ya una relación sobre este asunto a la señorita Eva María de Piérola.

En meses pasados escribí a V. P. dos cartas largas, explicándole los trabajos que tenemos hechos en Contamana, respecto de la chácara y casas, etc., etc., y hasta ahora no he tenido una contestación directa de esas cartas. Tal vez habrá sido por haber estado V. P. enfermo.—De V. P. afmo. súbdito, atto. y S. S.—Fr. Agustín Ma. Alemany, Misionero Apostólico O. M.



CAPITULO XXI

La Misión de Puerto Bermúdez se traslada al Aporoquiali 1905

SUMARIO: 1—Antecedentes y motivo. 2—La traslación. 3—En Aporoquiali. 4—Incendio y destrucción.

1—Seis años han trascurrido de esta afanosa fundación de Puerto Bermúdez. La situación espiritual y económica de la misión, como centro de una evangelización de indígenas nada deja que desear. Se tiene un convento reedificado, la huerta beneficiada por fray Miguel Ramos, rinde los productos de la región en abundancia: yuca, plátano, piñas, pitucas, arroz, etc. De San Luis de Shuaro remiten de cuando en cuando un subsidio que alivia la situación de montaña y de bosque; el Gobierno no niega sus diez libras esterlinas al mes, las lanchas a vapor llegan desde Iquitos a Puerto Bermúdez mientras duran las crecientes de las aguas. Los campas y amueshas han depositado toda su confianza en el padre misionero; que tiene un internado de doce niños a quienes alimenta, viste, medicina, instruye y educa.

A pesar de todo esto la vida del misionero en Puerto Bermúdez se ha hecho imposible.

Un misionero, testigo de vista narra los sucesos por el tenor siguiente:

"El movimiento de Puerto Bermúdez iba tomando impulso día a día, con la afluencia de pasajeros, que esperaban lancha, canoas, o balsa para bajar a Iqui-

tos, la llegada anual de la Guarnición a Loreto formada ordinariamente de 80 a 100 hombres: la situación de la misión vino a hacerse bastante difícil. 1o. por lo que mira a los neófitos, pues estos forzosamente tenían que ser los conductores de pasajeros y tropa, empleando en estos viajes gran parte del año que perdían para el trabajo de sus chacras, porque el dinero que ganaban en estos viajes no era suficiente para llenar todas sus necesidades, sobre todo la falta de yucas, plátanos y maíz, que acostumbran cultivar para todo el año. Además era un hecho la mala voluntad de los indios para estos viajes, ordinariamente hasta Masisea; por cuyo motivo la permanencia de estos en Puerto Bermúdez se hacía ya muy gravosa, pues se les obligaba a ello a la fuerza y con intervención de la autoridad. Además el paludismo se presntó en el Pichis por los años 1902, 3 y 4 con tal fuerza que constantemente se veían atacados de esta terrible dolencia. Dando todo esto por resultado que fueran retirándose los neófitos de las inmediaciones de la misión, donde estaban establecidos, y haciendo sus casas y chacras en lugares lejanos a Puerto Bermúdez, fuera de la vigilancia y sin comunicación frecuente del misionero".

"En cuanto a la misión, la afluencia de pasajeros, muchos de ellos pobres y sin recursos, que se presentaban al convento en demanda de alojamiento, dió por resultado que la situación se hiciera insostenible para el misionero; el convento se convirtió en un mesón; el padre tenía que atender constantemente a los pasajeros sanos y enfermos, no uno ni dos días sino hasta uno y dos meses, mientras conseguían movilidad para bajar a Iquitos o salir a la costa; y con la única renta que contaba la misión de 100 soles dados por la Dirección de Fomento, no se podía sostener la misión no obstante sus chacras; por lo cual los misioneros llevaban una vida

muy miserable, faltándoles muchas veces hasta lo necesario. Por otra parte, aun cuando siempre hubo en puerto Bermúdez Comisarios que supieron portarse de una manera digna con la misión; no faltó uno en el año 1904, ebrio consuetudinario, que trató de hostilizar, no sólo a los colonos, gendarmes, telegrafista y neófitos, sino aún a los mismos misioneros; todo esto dificultaba más y más el sostenimiento de sta Misión".

"Viéndose el Padre Olano solo (pues el Padre Joaquín Pulí tuvo que bajar a Contamana muy enfermo, por ver si con el cambio de clima mejoraba), acompañado solamente de los alumnos internos de la escuela; y viendo que los indios apenas asistían a las funciones de iglesia los días festivos, resolvió consultar al P. Prefecto Apostólico y con este fin le escribió, manifestándole entre otras cosas que, el fin principal de la misión, que era atraer y reunir a los infieles por medio de la evangelización, no podía cumplirse en Puerto Bermúdez, y que los neófitos deseaban reunirse en otro río y que si le parecía conveniente le diera permiso para trasladar esta misión a otra parte, o que dispusiera de su persona, porque ya su permanencia en Puerto Bermúdez la creía imposible".

2—El P. Prefecto Apostólico le contestó desde San Luis de Shuaro, donde estaba ya algún tiempo, una larga carta, en la que le autorizaba para trasladar la misión donde quisieran los neófitos, procurando que no fuera lejos de Puerto Bermúdez. Al mismo tiempo le daba algunas instrucciones para el caso y su bendición. Ya con esta autorización, no pensó el P. Olano sino llevar a cabo el proyecto; llamó para esto a los principales amueshas y campas cristianos, y les preguntó cual sería el lugar más aparente; y estos contestaron que el río Apuruquiali, afluente del río Pichis, bajando por la derecha, río que tiene su origen en el Gran Pajonal. Da-

ban por razón para esto, ser un río despoblado de civilizados y de muy buenas tierras para el cultivo, y donde vivían algunas familias de campas que se podrían reducir.

Hallábase en estas circunstancias en Puerto Bermúdez el señor Antonio J. Vargas, muy amigo y benefactor de los misioneros, conocido industrial en la región de Loreto, que debía introducir su personal de caucheros al Apuruquiali, quien al saber que había permiso para trasladar la misión de Puerto Bermúdez al Apuruquiali, ofreció al Padre Olano incondicionalmente su protección; lo que cumplió con mucha liberalidad, haciendo frecuentemente gruesas limosnas de víveres y dinero.

Como ya los neófitos estaban deseosos de establecerse en el Apuruquiali y principiar sus rozos, emprendió el Padre Olano su viaje de bajada en una canoa grande, con los muchachos internos de la escuela. llevando los utensilios necesarios para principiar y el altar portátil, el día 27 de Enero de 1905, y el día 29 entró al Apuruquiali, que estaba sumamente crecido; surcando una vuelta, encontraron una altura con una pampa grande y muy bonita, como para establecer un pueblo; por cuyo motivo resolvieron quedarse allí, y al día siguiente principiaron con mucho entusiasmo a machetear y abrir un rozo suficiente para construir las primeras casas. Pocos días después había formado una pequeña agrupación de casas pequeñas de humiro y camona, sirviendo la más grande, formada de tres pequeñas habitaciones, de alojamiento al misionero y sus alumnos, y otra de capilla, y las demás para los neófitos. Estos principiaron a buscar sitios a propósito para sus chacras y casas, y dieron principio simultáneamente al trabajo de rozos tanto para la misión como para ellos.

"3—Todos los neófitos estaban provistos de escopetas, pólvora y munición; y como había abundancia de caza, no faltaba carne de monte, pero no yucas, plátanos, que era preciso conseguirlos de las chacras de los campas del Apuruquiali, surcándolo uno o dos días, o de Santa Zita puesto de un irlandés, Roberto Cooceffer en el Pichis, un día por lo menos de surcada.

"El primer año de esta fundación (1905), fué muy difícil y penoso; primero por la falta de chacras, pues sin yucas ni plátanos la carne cansa a los campas, y el arroz y frejoles, que es lo que ordinariamente consumen los civilizados por estas regiones, no les agradaba, lo que ocasionó que murieran varios neófitos con disentería, producida quizá por el exceso de carne de monte asada; y segundo por la frecuencia con que oían los rugidos de tigres muy cerca de las casas, y el haberlos encontrado varias veces. Estas dos razones cundieron tal desaliento en los indios que pronto se resolvieron a abandonar este lugar e ir al Palcazu, determinación de la que costó mucho trabajo al padre disuadirles".

El padre Olano restableció la fundación de Aporoquiali en mejores condiciones, después que un voraz incendio lo redujo a cenizas: pero no fué posible rehacer los libros de partidas que se quemaron.

Desde esta renovación Aporoquiali llegó a un estado de visible prosperidad, emulando las condiciones de Puerto Bermúdez en sus mejores días. Se entabló la comunicación con Iquitos mediante lanchas a vapor, que entraban al Aporoquiali.

En la misión llevaron la mayor parte del peso y de las fatigas los padres fray Leovigildo Olano, fray Ignacio Arana y fray Alberto Gridilla.



CAPITULO XXII

Nueva fundación de Contamana: elección del padre fray Agustín M. Alemany en Prefecto Apostólico (1903-1905)

SUMARIO: 1—El padre fray Agustín María Alemany: su actividad en las misiones de infieles. 2—Vuelve a Cajamarca: sus misiones entre fieles. 3—Vuelve a Ucayali: fundación de Contamana. 4—Es nombrado Prefecto Apostólico.

1—Hacía algún tiempo que el humilde y modesto padre fray Agustín Ma. Batlle traía el pensamiento de renunciar el alto cargo de Prefecto Apostólico; y el Señor, en su alta providencia, tenía dispuesto que en ese caso le sucedería el padre fray Agustín María Alemany antiguo y benemérito misionero del Oriente.

No es facil hallar un sacerdote que haya desplegado mayor actividad, mientras ha tenido salud y fuerzas, que el padre Alemany. Sus "Memorias", escritas con llaneza y verdad, arrojan datos que sorprenden por la continuación en el arduo ministerio sacerdotal, con circunstancias dignas de todo encomio.

El padre Alemany pasó del convento de Cajamarca a Cashiboya del Ucayali en 1877, a los 30 años de edad. Allí aprendió el quechua aquel mismo año, en condiciones de anunciar la palabra de Dios en dicho idioma indígena.

Asociado al padre Prefecto fray Tomás Hermoso, intervino en los esfuerzos que se hicieron en 1878 para convertir a nuestra santa fe a los Amaruaques del Tamaya.

En 1879 pasó a los Piros diseminados en las cabeceras del Ucayali y mezclados con los Campas. Fundó nuevamente Lima Rosa de los Piros, aprendió su idioma, compuso vocabulario, y a los seis meses les enseñaba en su idioma.

Permaneció dos años con los Piros, mas, en 1881, por orden del padre Prefecto Pallás, abandonó aquella conversión.

En 1886 pasó de conversor a Oxapampa o Quillasú, realizando un arduo viaje en que debió recorrer los ríos Pachitea, Pichis, Palcazu, Chuchurras y a pie la zona del Chuchurras al Chirobamba. En este viaje empleó seis semanas.

2—Hallándose de misionero en Oxapampa, se creyó conveniente utilizar sus aptitudes en Cajamarca, después de diez años de trabajos entre infieles. En los 14 años que van desde 1887 hasta 1901, durante los cuales fue morador en Cajamarca, a más de haber ejercido los cargos de maestro de novicios, discreto y guardián, se dedicó a las misiones con celo incansable. Recuerdan el nombre del padre Agustín Alemany los pueblos de Paucos, Chetilla, Cumbico, Asunción, Hacienda de Udima, San Miguel, Quinden, Monte, Santa Cruz, Quilcate, Llana, Zana, Tocmoche, Cachen, Ichocan, San Marcos, Jesús, Contumazá, Ascope, Virú, Pariamarca y Trujillo. No menos lo recuerdan en Balsas de Chachapoyas, Seguibamba, Jalca, San Ildefonso, Magdalena, Tingo, Rioja, Chachapoyas y Moyobamba.

Estos recorridos del misionero en el territorio peruano representan una gran suma de penalidades. Hablando el padre Alemany de su viaje de Cajamarca a Balsas, que verificó en compañía de los padres misioneros fray Miguel Sanz, fray Juan Lecertua y fray Ladislao Corta, pasando por Polloch, Tambomayo y Huánuco; dice que las mortificaciones y privaciones les iban acompañando

desde Cajamarca, pues faltaba aún lo necesario para comer y beber. La cama era la dura tierra, sin más ropa que el vestido de cada uno.

Agrega que en Tambo viejo de Balsas, durmieron debajo de un árbol, porque no había casa. Pasando la noche con lluvia y mojándose porque no había donde guarecerse. Amaneció lloviendo y la lluvia les acompañó hasta Leymebamba, a donde llegaron a las dos de la tarde bien mojados. Apenas llegaron allí les picaron las garrapatas aún antes de sentarse: pues las hay en abundancia y son venenosas, de suerte que al padre Alemany se le hinchó el pie.

En sus "Memorias" se hace mención de episodios que demuestra bien el celo ardoroso del misionero. Uno de ellos se refiere a los estragos causados en Chachapoyas por los libros de Ramón Verea, saturados de sarcástica impietad. Dando cuenta de la misión de Rioja, dice: "Aquí tuvimos que luchar contra las impias y malditas doctrinas de Ramón Verea. Todos los días teníamos que predicar contra esas malas doctrinas; pero sobre todo el día 4 (junio de 1897), me propuse refutar los principales errores... y subí al púlpito con el mismo libro de Ramón Verea... Era preciso probar la existencia del Ser Supremo, la divinidad de Jesucristo y su sacrosanta Religión, como en efecto lo hice con toda la energía que pedía el asunto, concluyendo el sermón, que duró cinco cuartos de hora, con el Santo Cristo y una protesta de fe católica, dando fin a todo esto con vivas a la Religión Católica, a Jesús... y muera el diablo, el pecado y las perversas doctrinas del autor que había refutado... Así seguimos todos los días, con más empeño... Con lo cual se consiguió que entregasen una multitud de libros malos, que fueron quemados... en presencia de todo el pueblo en la plaza pública".

3—El padre Alemany volvió al Ucayali en 1901.

Hizo su viaje por Tarma, Chanchamayo, Shuaro y Puerto Bermúdez, acompañado del padre Pedro Echevarría, que quedó en Puerto Bermúdez.

Su residencia fue nuevamente Cashiboya, desde donde recorría el río Ucayali para atender las necesidads espirituales de los fieles, neófitos e indios.

Cuando el año de 1903 el padre Batlle emprendió viaje a la capital de la República, dejó al padre Alemany en su lugar en condición de Delegado suyo y con facultades oportunas. Esto dió lugar para que el padre Alemany desplegara la actividad que le era nativa.

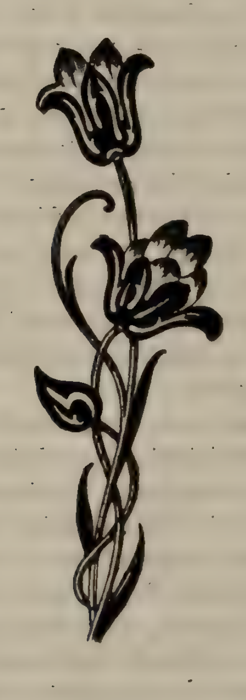
En Contamana se deseaba tener convento e iglesia que correspondiese a su numerosa población; pues hasta la fecha se vivía en una casa arruinada con un pequeño oratorio. El padre Alemany obtuvo de la municipalidad de Contamana terrenos, con los correspondientes títulos, para realizar la fundación en regla. El mismo, con fray Olariaga y algunos muchachos indígenas, desmontó el terreno y empezó la fábrica. En julio de 1903 ya vivían en la sección fabricada; y el convento quedó terminado en agosto de aquel mismo año. En abril de 1904 inauguró también la iglesia con gran solemnidad, concurriendo las autoridades y el pueblo.

4.—Estas ocupaciones no le impidieron realizar en 1904 un viaje de ministerio sacerdotal y de exploración al Alto Ucayali y al Sepahua: halló que se prestaban a una fundación de misioneros Ipacia, Cumaria o Unini.

En el mismo año dispuso que el padre Agustín López con el hermano lego fray Juan Cherin visitaran el Bajo Ucayali y el Tapiche; en enero de 1905 que los padres Fidel Castillo y Joaquín Juli recorrieran el Pichis, y antes de terminar el año de 1905 el padre Legarra administra los sacramentos en el Alto Ucayali.

Dice el padre Alemany en las "Memorias" mencionadas: "El día 12 de Junio de 1905 recibí la noticia, por

nota oficial del M. R. P. Comisario Fr. Leonardo de Badiola, que la S. C. de Propaganda Fide, el día 14 de febrero, me nombró Prefecto Apostólica de San Francisco del Ucayali".



CAPITULO XXIII

Antecedentes de la fundación de Requena Notable movimiento en todo el río Ucayali

(1905)

SUMARIO: 1—Efectos de la administración política. 2—Efectos de la riqueza. 3—Anhelo de fundaciones en las riberas del Ucayali: informe del señor Jenaro Herrera respecto al Tapiche. 4—Decreto de la autoridad departamental restableciendo el pueblo de Requena del Tapiche. 5—Gestiones del padre Agustín López en la materia.

1.—Los males que en épocas anteriores se lamentaban en el Ucayali, tenían su origen, en buena parte, en la falta de administración departamestal, que no se ramificaba lo bastante ni llegaba a todos los puntos comprendidos dentro de su jurisdicción. Este inconveniente, que no se ha remediado del todo en Loreto, fue disminuyendo sus grandes y lamentables proporciones, y andando el tiempo y debido a la acción justiciera de algunos Prefectos muy dignos, el orden y la tranquilidad relativa tuvieron cabida en aquellas zonas extensísimas.

2.—Agréguese a lo dicho el bienestar económico producido por la exportación en grande del caucho y el jebe.

El dinero atrajo mucha gente a la cuenca del Ucayali y a las márgenes de sus poderosos tributarios.

Es cierto que Loreto no vivía de sus propias produc-

ciones: se surtía de la importación extranjera; pero el dinero daba para todo.

3.—De arí la habitabilidad de las márgenes del Ucayali con cierta holgura y bienestar. De ahí el deseo muy justilcado de establecer puntos poblados con garantías de porvenir y de restablecer los antiguos pueblos de misioneros, como Contamana, Canihahuaya, Sarayacu, Tierra Blanca, Tapiche, etc.

Por lo que hace al Tapiche concurrió a su restablecimiento uniformemente el deseo de los padres Misioneros y el dictamen en los hombres probos y bien intencionados que en la fecha influían en los asuntos de interés para Loreto.

El ilustrado y sabio director de "El Oriente" de Iquique doctor Jenaro Herrera, que hoy es uno de los miembros más activos de la Sociedad Geográfica de Lima, emitió en la materia su leal informe, que ejerció influencia decisiva para que este hecho se llevase a cabo a pesar de oposiciones poderosas que se hicieron y que no es del caso referir.

He aquí el informe: "Pueblo del Tapiche: Informe del Agente Fiscal para la restauración del antíguo Pueblo del Tapiche.—Señor Coronel Prefecto del Departamento".

"Nueve vecinos del Ucayali por la petición de fojas una representaron a US. la necesidad de restablecer, bajo los puntos de vista administrativo, religioso y sociológico, el extinguido pueblo de San Martín del Tapiche ubicado en la desembocadura de este río en el Ucayali; llamado después Codicia a causa, precísamente de la avidez que tenían los vecinos colindantes por apropiárselo en razón de su ventajosa posición topográfica; el que existió hasta el año 1896, fecha en que se nombró todavía teniente gobernador, según aparece de la copia certificada del título respectivo que corre a fojas 8, y sien-

do sus linderos los que se expresan en el informe del gobernador de Nanta, fojas 4."

"Esta petición se encuentra, además apoyada en el memorial de fojas 10, suscrito por quince vecinos más de esa región, informe de esta subprefectura de fojas 4, y del alcalde de ese H. Concejo provincial de fojas 13; habiendo US., en 18 del presente, mandado al perito oficial doctor Ramírez del Villar, haga el reconocimiento, mesura y alinderamientos del pueblo en referencia, operación que se llevó a término, sin oposición alguna, el 22 del mes en curso, según se ve del acta de demarcación que corre a fojas 15, en cuyo estado ha tenido a bien US., pedir dictamen a este ministerio, que paso a evacuar."

"No cabe duda alguna que el pueblo del Tapiche ha existido: el expediente que compulso es una prueba palpitante de ello; y en el resumen del censo general de la República, hecho en 1876, publicación oficial editada en Lima en 1878, un volúmen en 8o., con 854 páginas, encontramos otra no menos contundente en la página 739 Provincia del Bajo Amazonas, distrito de Nanta en la que figura el caserío del Tapiche con una población total de 96 habitantes de los que 51 fueron hombres y 45 mujeres. Y así por este motivo como porque son imprescriptibles las cosas públicas, las comunes, las destinadas al culto, conforme al artículo 534 del Código Civil; entendiéndose por tales las que se hallan definidas en el artículo 459 del mismo, debe restablecerse en el día, dicho pueblo ora para atender el justo clamor de los peticionarios, ora para satisfacer altas exigencias de la administración pública".

"A mayor abundamiento tenemos que, según el artículo 1o. de la ley del 18 de noviembre de 1899 (expedida con la mira de favorecer nuevos centros populosos y evitar obstáculos que pudieran oponerse a su mayor desenvolvimiento), todas las poblaciones fundadas so-

bre terrenos particulares gozan de los derechos políticos que les señalan las leyes, y de la propiedad de los terrenos que las comprendan; disposición que debe aplicarse al caso concreto que nos ocupa, para el caso de que no hubiera título primitivo".

"Y como se trata del restablecimiento de un pueblo que existió y ha desaparecido por la avidez y persecución de los vecinos; interesados en que la propiedad particular absorva la comunal; y las autoridades deben siempre buscar oportunidad de pagar la deuda de gratitud que deben a sus benefactores, soy de parecer que a la nueva población se la denomine "Requena del Tapiche" en homenaje al Coronel de Ingenieros don Francisco de Requena y Herrera Gobernador que fué de la Provincia de Mainas, Comisaría y Comandancia General de la 4a. partida de límites entre las dos coronas de España y Portugal durante 17 años, autor de la Real Cédula de 1802 y criador del Obispado de Mainas".

"En suma, el adjunto que suscribe, es pues de opinión: 1o., que se restablezca el extinguido pueblo del Tapiche con los 24 vecinos que representan en el paraje demarcado, y con los límites que se expresan en el acta respectiva; y 2o., que se le dé el nombre que lleva propuesto; dejando a salvo en todo caso el más ilustrado parecer de U. S.—Iquitos, 28 d abril de 1905.—Herrera.— Una rúbrica y un sello. ,

4—A este informe siguió el decreto respectivo que resolvía la fundación legal del Tapiche con el nombre de Requena, dado por el no menos ilustrado don Hildebrando Fuentes, Prefecto de Loreto.

"Iquitos, abril 29 de 1905.—Vista la solicitud presentada por un grupo de ciudadanos, pidiendo la restauración del antiguo pueblo del Tapiche en el distrito de Nanta de la Provincia del Bajo Amazonas, y los diversos informes que la apoyan; vista el acta de demarcación

levantada por el Perito Oficial Dr. J. A. Ramírez del Villar; y teniendo en consideración: que es deber de las autoridades fomentar la formación, de los pueblos o su reconstrucción, porque ellos entrañan la civilización y el progreso de un país; que el pueblo del Tapiche que se trata de reconstruir, hace tiempo que ha existido y si vino a tocar con el límite de su destrucción, fué por la ambición de los que quisieron aprovechar indebidamente de sus terrenos; que el reconocimiento, mensura y alinderamiento practicados por el Perito Oficial Dr. Ramírez del Villar no ha tenido oposición alguna, lo cual manifiesta que no ha habido derecho que ejercer sobre el área del territorio en el cual se pretende levantar el pueblo Tapiche; que al aceptar la formación del citado pueblo, este Despacho interpretaría de manera fiel la elevada política del Supremo Gobierno dirigida a promover el adelanto de la República".

"De conformidad con la vista del Agente Fiscal;

Decreta:

1o.—Restablécese el extinguido pueblo del Tapiche con el nombre de "Requena del Tapiche" en el paraje que stuvo ubicado; esto es, más abajo de la desembocadura del río de su nombre en la márgen derecha del Ucayali, con la extensión de cuarenta y dos hectáreas y cien metros cuadrados; y los linderos que anteriormente tuvo a saber; por el Norte el fundo Codicia de propiedad de Máximo Freira, por el Sur el fundo California de don Manuel Rocha; por el Este las chacras de los vecinos del pueblo Tapiche y por el Oeste el río Ucayali.

2o.—Comisiónese al Perito Oficial doctor Ramírez del Villar: que levante el plano del expresado pueblo, señalando lotes para la plaza pública, iglesia, escuelas y casa de las autoridades que han de gobernar.

3o.—El subprefecto de este cercado nombrará al te-

niente gobernador, y el Concejo Provincial, al Agente Municipal que le corresponden.

4o.—Las personas que querrán avecindarse en el pueblo de Requena del Tapiche, se presentarán en demanda de terrenos ante las autoridades que correspondan y conforme a las leyes vigentes.

5o.—La autoridad Municipal qudará obligada a levantar el censo del citado pueblo, terminado el primer año de su restablecimiento. Las instrucciones para levantar este censo las dará el H. Concejo Provincial.

Comuníquese, publíquese, regístrese, dése cuenta y y archívese.—Fuentes.—Una rúbrica".

5.—A pesar de esta resolución y a pesar de que deba calificarse de absurda la oposición para fundar Requena, no faltaron gestiones obstinadas para que dicha fundación se frustrase. Fue menester toda la constancia del padre misionero fray Agustín López, ubicado ya en las bocas del Tapiche, para que la fundación se llevara a efecto. Ciertamente que el hombre de la situación fué en aquella coyuntura el padre López, que con la serena paz en su alma, la razón y la justicia en sus procedimientos, la amable sonrisa prodigada aún a sus simulados amigos y verdaderos opositores; tuvo al fin el gusto de que la fundación legal del pueblo de Requena fuese un hecho plausible, bendecido por todos, aún por los primeros opositores.



CAPITULI XXIV

Fundación de Requena: documentos legales

SUMARIO: 1—Relación de "El Oriente" de Iquitos: orígenes de Requena. 2—Ventajosa posición de Requena. 3—El Plano de Requena. 4—Documentos. 5—Acta de delimitación. 6—Acta de fundación. 7—Decreto de organización administrativa.

El estimable periódico que a la sazón se publicaba en Iquitos con el título de "El Oriente", ilustró al público con los siguientes datos, debidos a la pluma de su erudito director doctor don Jenaro Herrera, los cuales dan una idea cabal de lo referente a la fundación de que se trataba.

1.—Los orígenes de Requena

El pueblo de San Martín del Tapiche existió desde muy antiguo y fué fundado probablemente por alguna de las asociaciones misionarias que en el siglo pasado y el presente han venido luchando por el establecimiento de centros poblados en nuestros ríos; esfuerzos de que son testimonio sobreviviente las circunscripciones de Sarayacu, Catalina, Tierra Blanca, etc., constituídas hoy por agrupaciones de otra índole basadas en las nuevas orientaciones que determinan el comercio, la navegación y la explotación de nuestras selvas.

No poco ha contribuído al resurgimiento de la extinguida población del Tapiche la reciente fundación de una pequeña misión de religiosos franciscanos, cuyo director el Rev. P. Fr. Agustín López ha sido uno de los más entusiasastas gestores de la nueva fundación, ayudado del lego austriaco Fr. Juan Cherin que murió víctima de su celo religioso en pró de las misiones.

San Martín del Tapiche figuraba ya en la categoría de caserío en el Censo general de la República levantado en 1876, con una población de 96 almas, comprendido en la jurisdicción del distrito de Nauta, provincia del Bajo Amazonas.



P. Fr. Agustín López

En 1896, veinte años después, el caserío todavía estaba gobernado por un Teniente Gobernador nombrado

por el Subprefecto de esta provincia a propuesta del Gobernador de Nauta.

La poca estabilidad que caracteriza la existencia seminómada de las agrupaciones de industriales caucheros de nuestros ríos fué causa de que el pueblo del Tapiche no progresara, dando márgen a que propietarios de tierras colindantes usurparan paulatinamente los terrenos de la comunidad, que por ley son inalienables, consumándose la desmembración del área cuyos límites estaban demarcados en documentos que por fortuna se han salvado, conocidos también por la tradición local.

Sólo en marzo de 1906 varios antíguos moradores del abandonado pueblo de San Martín del Tapiche y vecinos de las inmediaciones, que se poblaban rápidamente con el incremento de inmigración que aporta la explotación de la goma elástica, comprendieron la necesidad de reaccionar decididamente y elevaron al Prefecto del departamento doctor Hildebrando Fuentes una acta expositiva muy bien fundada, manifestando la urgencia de reconstruir ese centro social y administrativo.

Tal documento, que en su forma y estilo revela haber nacido del pueblo mismo, muestra en su ingenuidad la mas concreta expresión del espíritu de asociación innata en las agrupaciones de hombres reunidos por iguales necesidades y aspiraciones. Cristaliza el deseo unánime en esos hombres bajados de las sierras, emigrados de pueblos lejanos, o ansiosos de cimentar los hogares que poseyeron desde su infancia, gozar de las naturales expansiones y garantías que brinda la solidaridad social al individuo y la familia, fatigados de nostalgia en el puesto solitario separado del mundo, en que sólo ocasionalmente repercute el silbato de alguna lancha que los dejará momentos después en la misma soledad que antes.

La solicitud favorablemente acogida por la prefectura promovió una gestión oficial apoyada por otra pe-

tición de mayor número de vecinos y por los informes favorables de las autoridades políticas distritales y de la provincia y por el H. Concejo de Iquitos. Con ayuda de los vecinos se reconstituyeron los títulos de las tierras comunales, cuyo plano se mandó levantar por el perito oficial señor Ramírez del Villar. El informe del Agente Fiscal doctor J. E. Herrrera sancionó los procedimientos, adoptándose desde entonces el nombre de Requena del Tapiche que él propuso en homenaje del benemérito Gobernador de este nombre de la antigua Mainas.

La oposición de los colindantes que surgió fué declarada fuera de lugar en virtud de un decreto del ministerio aprobando lo actuado; y el 10 de noviembre del año pasado el señor Zapata firmaba el decreto que prescribe la restauración inmediata de Requena del Tapiche, zanjando toda dificultad con los colindantes mediante un arreglo sagaz y de atinado tacto político.

Para dar mayor estímulo a los habitantes del reconstruido pueblo lo designó también para estación inhalámbrica entre los varios puntos propuestos.

Finalmente, en agosto último el señor Zapata se dirigió personalmente con su comitiva oficial y el perito del departamento señor Espinar a practicar la solemne actuación de reconstituir este nuevo centro administrativo, cuya estabilidad y medios de progreso ha cimentado oficialmente con las importantes medidas dictadas en su beneficio.

2.—Ventajosa posición de Requena

Requena está situada por los 5º de latitud sur y 36º 12' de longitud oeste de París, sobre la ribera derecha del Ucayali, a inmediaciones de la desembocadura del importante río Tapiche, afluente navegable, célebre por

la riqueza de sus siringales que dan la mayor parte de la producción del Ucayali.

Dista de Iquitos 70 millas, a 20 horas de navegación de surcada y a 8 horas de bajada. Núcleo de una de las regiones más ricas en gomales y más pobladas del bajo Ucayali tiene en sus proximidades importantes puestos de explotación; y desde hace poco tiempo se ha hecho el centro de importantes transacciones y residencia de comerciantes al por menor o regatones.

Ocupa una barranca alta a cubierto de inundaciones, con buen puerto para los vapores, que allí pueden alcanzar, durante todo el año, aún los de mayor tonelaje que actualmente trafican en estos ríos.

Pasan de 1500 los habitantes que residen en las inmediaciones de Requena en 20 millas a la redonda sin contar la población escalonada en los siringales del Tapiche.

Esas circunstancias aunadas al impulso que ha de adquirir en sus nuevas condiciones administrativas y comerciales la hacen acreedora a ser elevada a capital del nuevo Distrito del Tapiche que el señor Prefecto gestiona para la población que acaba de fundar.

3.—El Plano de Requena

Tenemos a la vista, suministrado, asi como los datos de esta información, por la amabilidad del señor Prefecto, el plano de la nueva población tal como fué trazado por el perito oficial señor F. Enrique Espinar.

El área urbana, de forma rectangular, está cortada casi diagonalmente por la quebrada de Camaná y por un bajío pantanoso o tahuampa que desagua en ella.

Ha sido dividida en 32 manzanas de 100 metros de lado separadas por calles de 15 metros. Tiene cuatro calles paralelas al río y seis transversales: una plaza de po-

co menos de una hectárea de superficie y se han señalado ya los sitios para edificios públicos: gobernación, escuelas de ambos sexos, Iglesia y Convento de misiones, Municipalidad, Juzgado, etc.

La estación radiográfica ocupa el ángulo SO., del área urbana y abarca más de cuatro hectáreas, incluyendo la expansión que puede tener en los terrenos baldíos que siguen al área delimitada, en que la población puede extenderse ulteriormente. Las casas de la oficina central, a cuatro cuadras del puerto, ocuparán el centro del terreno a cuyo alrededor se han de edificar las moradas de los empleados dedicándose el resto a campo de cultivos.

Se han subdividido las manzanas en 204 lotes de los que la mayor parte han sido ya solicitados por los vecinos. El área de estos lotes es variable siendo generalmente de 15, 50 y de 20 metros: los terrenos del fondo todavía cubiertos de bosque forman lotes de mayor área. El catastro levantado arroja ya más de 180 peticionarios particulares que representan otras tantas familias.

Según las medidas adoptadas el pueblo debe quedar edificado en el curso del año sobre las bases de urbanización establecidas en el plano. En un año más Requena resucitada, flamante, contendrá cien hogares alegres, que deben la propiedad del terreno a las acertadas medidas dictadas por la Prefectura con verdadero interés y clara visión del porvenir que espera a la naciente villa.

4.—Documentos oficiales relativos a la reconstitución de Requena y su fundación oficial

Insertamos en seguida los documentos oficiales que dan testimonio de la fundación de Requena, verificada el

23 de agoto de 1907, revistiendo toda la importancia de un acontecimiento histórico de la actual administración, con grandes trascendencias para el incremento de la vida nacional y de influencia decisiva para el fomento de la inmigración y la riqueza de esa sección del Ucayali.

Este suceso constituye, como el de la instalación de la Ilustrísima Corte Superior de Iquitos, uno de los más saltantes rasgos de la profícua administración del actual prefecto del departamento señor Carlos Zapata.

5.—Acta de delimitación del pueblo de Requena

"En el pueblo de Requena, el día 21 de agosto de 1907, de conformidad con los decretos de 1906 y enero 2 del año en curso, y que corren a fojas 37 y 38 del expediente de la materia, se constituyó en este pueblo el personal de la Prefectura el señor perito oficial don F. Enrique Espinar y los colindantes señor Manuel Mafaldo y Rocha Hnos.; representados éstos por el señor Arturo Rocha, llegados el día de ayer a las 4 de la tarde, a bordo de la lancha "Libertad", con el objeto de solucionar definitivamente la delimitación de este pueblo, procediendo como lo determina la ley vigente sobre concesiones de terreno de montaña en su artículo 12. Presentes los colindantse nombrados, se dió lectura al expediente respectivo, constante de cuarenta folios para mejor acordar las bases de un arreglo conveniente para ambas partes. Prévias las observaciones partinentes, convinieron los colindantes, Manuel Mafaldo, propietario del fundo "Codicia", ubicado al norte del pueblo y Rocha Hermanos, propietarios del fundo "California" ubicado al sur en lo siguiente: Manuel Mafaldo cede de su fundo "Codicia" para el área del pueblo, 200 metros de frente por 300 de fondo en todo: = seis hectáreas, debiéndose otorgarle en compensación dos lotes

del perímetro del pueblo. Los señores Rocha Hermanos ceden de su fundo "California" 335 metros de frente por 500 en todo una área de 17 hectáreas, reservando su derecho de compensación para pedir oportunamente a la Prefectura del Departamento, la misma área de terreno donde lo tuvieren por conveniente. Zanjadas así las diferencias que se habían presentado para la definitiva fundación de ese pueblo, el señor Prefecto ordenó al señor perito Oficial, el trazo inmediato del área del pueblo, comprendiendo los terrenos cedidos por los colindantes y la división en el mismo plano de las manzanas concernientes para la cesión de lotes peticionarios cuyas solicitudes están anexas al expediente, y las demás que puedan presentarse. Habiendo sido presentado un plano con divisiones imposibles, hecho por el señor ingeniero Von Hassel, se resolvió anularlo, tomando nota de los peticionarios para la nueva demarcación y división en el plano mandado trazar".

6.—Acta de la fundación oficial del pueblo de Requena

"En el pueblo de Requena el día 23 de Agosto reunidos los vecinos, bajo la presidencia del señor Prefecto del Departamento, don Carlos Zapata, con el objeto de proceder a la fundación oficial de este pueblo; se dió lectura al acta de delimitación de 21 de los corrientes, por lo cual se puso en conocimiento del vecindario, que quedaban zanjadas las diferencias habidas con los colindantes, propietarios de los fundos " "Codicia" y "California".

"En seguida, el señor Perito oficial don F. Enrique Espinar, presentó el plano del pueblo, en el cual consta: que el pueblo de Requena tiene por límites al N. la hacienda "Codicia", con rumbo N. 104º de propiedad del señor Manuel Mafaldo; por el Sur la hacienda "Califor-

nia" con rumbo N. 104° de propiedad de los señores Rocha Hnos.; por el E. terrenos de la Estación Radiotelegráfica y baldíos disponibles según la ley y por el O. el río Bajo Ucayali. La superficie del pueblo tiene de frente 832 metros, con rumbo N. 14°, y de fondo 560 metros, en todo una área de: 46 hectáreas 5.920 m2. dividida en 32 manzanas, quedando 20 metros para la zona marítima que determina la ley".

"Aprobado que fué dicho plano, se puso a la vista el catastro formado para la revalidación y expedición de títulos a los peticionarios según los lotes acordados; quedando establecido que todos los cesionarios tienen la obligación de cercar sus lotes dentro del término de un año a partir de la misma fecha, bajo pena de prescripción del derecho y pérdida del terreno, el cual queda en la condición de denunciable y de libre disposición para peticionarios".

"Quedó acordado, que el catastro quedara abierto y a cargo de una comisión de vecinos titulada: "Comisión de Vigilancia", la cual continuará el registro del Catastro, según los títulos que se le remitan de la Prefectura, y vigilará que se siga en las construcciones los delineamientos del plazo".

"El señor Prefecto, manifestó, que a su regreso a Iquitos, iniciaría inmediatamente las gestiones del caso para dotar al pueblo de un agente municipal y del juez que le corresponde".

"Con el plano a la vista se dió cuenta de haberse amojonado el perímetro y manzanas con estacas y los arrumbamientos respectivos, y que quedaban lotes destinados para la Autoridad Política, Municipalidad, Escuelas de ambos sexos, Juzgado, y Oficina para el servicio fluvial.

"Finalmente, el señor Prefecto, hizo presente, que los títulos se expedirán por la Prefectura, en vista del ca-

tastro formado y las solicitudes que se presenten después, cuyos títulos se remitirán a la Comisión de Vigilancia para que ésta los distribuya a los interesados; y declarando verificada la fundación del pueblo de Requena, levantó la sesión, invitando previamente a firmar con él esta acta, a todos los presentes".

"C. Zapata, Fr. Agustín López, F. Enrique Espinar, Carlos T. Barandiarán, etc."

7.—Decreto de organización administrativa de Requena

"Requena, 24 de agosto de 1917.—Vistas las precedentes actas de demarcación, deslinde y el plano del nuevo pueblo de Requena, levantado por el Perito Oficial don F. Enrique Espinar;

Atendiendo la necesidad de dictar medidas que contribuyan al desarrollo y progreso de esta nueva población; y para el debido cumplimiento del decreto prefectural y resolución suprema de 11 y 29 de abril del año próximo pasado".

Se dispone:

Primero.—Apruébanse dicho plano y actas de deslinde y demarcación, según las que abraza el nuevo pueblo de Requena, la extensión superficial de ochocientos treinta y dos metros de frente por quinientos sesenta de fondo, o sea cuarenta y seis hectáreas y cinco mil novecientos veinte metros comprendidos dentro de los linderos determinados en las actas expresadas;

Segundo.—Apruébase, asi mismo, la demarcación de los doscientos cuatro lotes en las treinta y dos manzanas de que se compone el pueblo, y el catastro de las adjudicaciones otorgadas; debiendo expedirse los títu-

los correspondientes a los interesados, y continuar dicho catastro para la concesión de los lotes disponibles que se soliciten en lo sucesivo; quedando designados los que se destinan a escuelas de ambos sexos, municipalidad, autoridad política, judicial y servicio marítimo, iglesia y casa de misioneros;

Tercero.—Gestiónese de la municipalidad respectiva el nombramiento de un Agente municipal; mientras tanto nómbrase una comisión compuesta del Teniente gobernador, el Director de la Misión Apostólica y el ciudadano don Emiliano Burga, que vigilará la extricta ejecución y delineamiento del plano aprobado, los lotes demarcados y todo lo que se relaciona con el progreso y adelanto del nuevo pueblo;

Cuarto.—Los concesionarios de lotes están obligados a cercarlos dentro del término de tres meses de la fecha de la concesión y dentro de doce meses deberán construir sus casas, perdiendo sus derechos y quedando el lote en la condición de denunciable si así no lo verifican;

Quinto.—Las solicitudes para adquirir los lotes disponibles, se harán ante la comisión nombrada mientras se constituya la autoridad competente; debiendo aquella comisión elevar el expediente respectivo, con informe a la Prefectura, para la expedición del título; todo lo que se hará sin ningun gravámen para los salicitantes;

Sexto.—La Capitanía del puerto de Iquitos, dispondrá lo conveniente para que Requena sea escala obligada a todas las embarcaciones que trafican en el río Ucayli; eejerciendo el Teniente gobernador las funciones de autoridad marítima;

Séptimo.—Los terrenos que resulten abandonados, es decir los que habiendo sido adjudicados no se cerquen o construyan dentro de los plazos establecidos, serán subastados valorizando el metro cuadrado según la

posición que ocupen y sirviendo el producto como base para el remate. El rendimiento de dichos terrenos se destinará a la construcción de las escuelas, gobernación y edificios públicos del mismo lugar;

Octavo.—Solicítese de la Ilustrísima Corte Superior el nombramiento de un juez de paz para esa jurisdicción; y del Ministerio respectivo el establecimiento de una escuela mixta;

Noveno.—Proceda la comisión nombrada a levantar un censo de la población. a la brevedad posible".

"Agréguese a este expediente, copia del plano, catastro y todos los documentos de su referencia".

"Publíquese, regístrese y dése cuenta".—Zapata.



CAPITULO XXV

Ministerio evangélico en la región de Requena: Remos en el río Blanco 1907-1915

SUMARIO: 1—Las visitas del misionero a los centros poblados del Ucayali. 2—Por el Tapiche y el río Blanco. 3—Usos y costumbres de los Remos.m4—Abandono de la misión del río Blanco.

1—Requena ya era un punto de donde partía el movimiento religioso, antes de su fundación como pueblo. Los padres misioneros Agustín López y Leonardo Díaz tuvieron la buena suerte de hallar en la comarca muy buenas relaciones como amigos y aceptación religiosa como sacerdotes y ministros de Jesucristo. En estas condiciones hacían frecuentes recorridos en las pobladísimas riberas del Ucayali, vecinas a Requena, mereciendo benévolo albergue y buena acogida en todas partes.

En la temporada a que nos referimos, en el Ucayali y Amazonas había centros habitados, así de indígenas de todas las tribus orientales, como de cristianos de origen lamista, procedentes de Lamas y otras poblaciones y aún de toda la República. Existían también algunos extranjeros, resultando la población intensamente cosmopolita, sobre todo en Iquitos.

De todas estas personas merecían un buen trato los mencionados misioneros y su actuación sacerdotal no dejaba de tener un camino bastante ancho.

2—Andando los años los misioneros que moraban en Requena tuvieron oportunidad de explorar el Tapi-

che hasta sus afluentes, poniéndose al habla con los indios Remos que vivían en el Río Blanco. Vivían los Remos casi nómadas y muy perseguidos de las tribus a que se avecidaban, y acogieron de voluntad y aún con reconocimiento la oferta de los misioneros de vivir entre ellos, favarecerlos y enseñarles la doctrina cristiana.

Sostúvose por algún tiempo la labor emprendida entre los Remos con esperanzas de éxito feliz; y a pesar de los obstáculos provenientes en su mayor parte de las aviesas costumbres e indolencia nativa de aquellos salvajes.

El padre Agustín López nos hizo pintura cabal de sus costumbres y usos, en carta escrita al Director de la Propagación de la Fé en Lima, como verá el lector en la narración que sigue: "Requena, agosto 23 de 1912.—El 25 del próximo pasado recibimos una encomienda que contenía una casulla blanca, etc.

Quiero darles una relación de lo que son los Remos y sus costumbres, que pude apreciar durante los tres meses que viví con ellos, y que juzgo será leída con gusto por las socias.

En una de mis anteriores les dí cuenta de los lugares por donde han vivido y los trabajos que han pasado.

Son los hombres de estatura regular, mas chicos que grandes, de cara redonda, nariz achatada y sin barbas, los que tienen alguna se la arrancan o cortan, lo mismo que las cejas.

Son de carácter apático, esto explica la poca energía que han tenido para defenderse, y la vida nómada que han llevado.

Hombres y mujeres son tatuados, éstas sobre todo que en su cara y cuerpo ostentan los más primorosos dibujos que pueden verse en las blondas.

Los hombres tienen agujereado todo el pabellón de las orejas, las que adornan poniéndose como cosida una

cuerda con que sostienen tiritas oblongas de conchas del río, o caracoles que buscan en el monte.

Para darles un color nacarado los ponen al fuego, con que se desprende una película biscosa y quedan brillantes.

Del mismo material forman sus collares las mujeres, partiéndoles en pequeñas partículas que agujerean y ponen redondas por el roce con las piedras.

Para la nariz también hacen su adorno, los hombres en forma cuadrada y las mujeres en media redondela todo del mismo material.

Los niños llevan pulseras de dientes de mono y lo mismo los hombres.

En las pantorrillas, cerca del tobillo, llevan una pequeña cinta, que las tejen con hilos de colores sus mujeres.

Estas las llevan lo mismo.

Los hombres tambien suelen agujerearse el labio superior, y en las fiestas se ponen plumas de adorno, o cerdas de sagino, u otro animal que les da el aspecto de gatos.

También se adornan con coronas que hacen de hojas de palmeras y plumas de colores de huacamayo.

Desde la mañana, antes que amanezca ya están despiertos y conversan alegremente de una hamaca a otra.

Apenas raya la aurora, por intenso que sea el frío, las indias, chicas y grandes corren a bañarse.

Regresan, toman algo, si tienen, y el indio se va al monte o queda estirado en su hamaca; la mujer si tiene algodón hila, hace su hamaca, va a la chacra y prepara la comida.

En la tarde llega el marido, y la mujer, si tiene chicha, le da un "poto". prepara lo que ha traído y comen.

Si la presa es grande, ahí mismo se reparte.

He visto desaparecer de una sola sentada venados, saginos y monos.

El socialismo más perfecto reina entre ellos.

Si no tienen leña, mientras cocina la mujer el marido la busca; es el abrigo que debe calentarles en la noche y pues todos duermen en sus hamacas al lado del fuego.

Cuando nace una criatura, la madre no la abandona un solo instante durante el tiempo que está mamando que suele ser de un año.

Cuando ya saben gatear, los dejan y se les ve completamente sucios, revolcándose en la ceniza y en todas las inmundicias, de que, por la dejadez de las indias, se ven las casas llenas.

Hasta los ocho o diez años pasan jugando junto a las casas, bajándose a cada momento, buscando gusanos y otros insectos, etc.

De esa edad los padres los llevan al monte y a las niñas las madres les enseñan a hilar y otros oficios de mujer.

Su principal alimento lo constituye las diversas clases de papas, que siembran en sus chacras, yuca y sobre todo el maiz, que lo comen de todos modos, asado, cocido molido y tostado con pan, en humitas o en chicha.

Comen toda clase de monos, aves, gusanos que sacan de las maderas podridas y llaman suris y otra varias clases..

Si alguno se enferma lo curan con remedios que conocen del monte.

Si la enfermedad se agrava y pierden la esperanza, preparan chicha y en la agonía, reunidos todos lloran junto al enfermo.

Apenas muere o creen que ha muerto, colocan al cadáver sobre una pira, preparada al efecto y le prenden fuego; mientras se quema, cuatro hombres con unos

palos puntiagudos van picando el cadáver para que salga la grasa y la sangre.

Terminada la cremación recogen las cenizas y las echan en la chicha.

Este último hecho no lo he visto yo pero lo presenció el padre Enrique, que está con ellos y me ha contado.

Un llanto general se extiende en toda la tribu.

Los parientes y amigos en señal de duelo, hombres y mujeres se rascan la cabeza, dejando unos mechones por la parte de atras.

Entre tanto cuatro hombres, que se remudan, no cesan de tocar el "dúnduri".

Una mujer, la parienta más cercana del finado, después de tomar la primera tanda de chicha bien batida con las cenizas, que tres o cuatro hombres y otras tantas mujeres van repartiendo a todos, se finje loca, y con sus mechones al aire, los brazos levantados y dando lastimeros ayes sale al medio de la casa.

Al verla, otra lastimada viene llorando y la abraza, a esta se abraza otra y así sucesivamente, todas abrazadas van dando vueltas, suspirando un canto fúnebre al compás de un manguare, que no cesa un momento. Por la parte exterior y teniendo al centro a las mujeres, y tomando de la misma manera, dan vuelta los hombres; a una señal todos se paran, y se sientan, o echan y postran en tierra. Pasa otra tanda de chicha. De repente sale de nuevo al medio otra mujer, se repite la escena, así continúan hasta que se acaba la chicha, y queda terminado el funeral.

Todo lo he presenciado, menos la cremación, por tratarse de una criatura que murió repentinamente en el bosque, a la que su propia madre quemó.

Estas relaciones son en todo conforme a lo que ha presenciado el P. Enrique, quien hace más de un año que

vive entre ellos, y con quien ha permancido un mes.

He aquí el estado de esas Misiones y lo que me cuenta de sus trabajos y sufrimientos.

Como no ignoran el 5 de enero de 1911 salió el padre de Requena para hacerse cargo de ello, embarcándose en la lancha San Miguel, hasta el Callao.

Recibido y tratado con grandes atenciones por el dueño del fundo señor Amoral Martínez portugués, antiguo amigo a quien conociera en Bolivia, le mandó poner por una comisión especial en su destino, comisión que el padre, por no abusar, hizo regresar del Capanagua.

Una vez allí ya no se pudo mover hasta agosto en que un señor Roque Noriega, le facilitó dos hombres, canoa y víveres.

Resuelto el Padre a encontrar a los indios surcó a la ventura, y ¿cuál no sería su alegría cuando a los cinco días los encuentra en la casa, que para esperarlo le habían hecho?

Verdad es, que habiendo pasado la fecha que yo les señalara para su venida no lo esperaban más; y que a consecuencia de una disputa entre ellos uno de los curacas, José, se había retirado con su gente al Jaquerana; pero apenas supieron que el Padre iba para quedarse con ellos se reanimó el entusiasmo y la alegría

A los pocos meses de estar con ellos se enfermó gravemente de unas terribles fiebres, que por varios días le tuvieron fuera de sí; y hasta le impidieron el habla, tanto que los mismos indios creyeron que se moría y empezaron a llorar.

Cuenta el Padre, con mucha gracia, que ya veía el fuego y olía a chamusquna, y que habiendo visto la fritanga que les hacen a sus muertos, temeroso de servir de salsa para chicha, haciendo un supremo esfuerzo, se incorporó, y por señas les indicó que no llorasen,

que por esta vez no se iba. Así siguió varios días, hasta que una india con un brevaje que le dió a tomar, de unas hierbas que no he podido conocer, le curó instantáneamente.

Como se había quedado sumamente débil, para convalecer pasó al Jequerana a casa le un cauchero que all. está establecido, Salomón Córdova. Aquí le sucedió una desgracia peor, que habiendo ido a ayudar a la dueña de la casa a cargar una canasta de yuca, se le dislocó la espina dorsal; por cuyo motivo tuvo que morar allí dos meses, haciendo escuela a los niños, para no estar ocioso, como antes lo habían hecho en el Capanagua.

A su regreso todos los indios que se habían ausentado, estaban juntos esperándole. Grande fué su alegría al verse reunido a sus queridos neófitos.

En la actualidad todo está tranquilo, y los indios se dedican al cultivo de chacras y de alguno que otro caucho que ha escapado al huracán de los caucheros, que durante largos años han atravesádola en todas direcciones.

Con el poco producto atiende a sus necesidades y compran sus vestidos.

El Padre les ha conseguido algunos chanchos (cerdos), para que se arraiguen y dejen esa vida nómada que han llevado.

La vida del Padre en ese lugar es bien estrecha: yuca y papa (patata), con chicha que le dan los indios, es su alimento en la mayor parte del año; las demás cosas son muy escasas y a unos precios que no tiene con qué pagar, pues carece por completo de entradas.

Su vida a ese respecto es más ajustada que la de los indios, los que van al monte a buscar alguna golosina que es escasa y no alcanza para todos.

En su propia casa tiene el oratorio, en el que guarda el Santísimo Sacramento que es todo su consuelo, y en

el que dice misa todos los domingos, cuando tiene vino y no le faltan hostias.

A ella asisten con gran respeto y devoción los indios que se hallan presentes, y que poco a poco van aprendiendo a rezar.

Tiene además, como diez niños de caucheros, que le han entregado para que les enseñe a leer; mutuamente comparten su pobreza con el misionero sus infelices padres.

Tal es la condición de esa Misión, a la que nos es difícil ayudar por la enorme distancia, y sobre todo por la dificultad de la movilidad, que en buen tiempo requiere de 20 a 25 días de viaje en canoa.

No obstante, tratamos de auxiliarlos en cuanto nos permiten nuestras circunstancias, que por cierto han sido siempre bien precarias mientras no nos hemos visto con iglesia.

4—Esta misión, fuente de tantas penalidades para el misionero, fué sostenida con santa alegría por los padres de Requena, mientras fué posible hacer el bien a los indios: cuando circunstancias dolorosas y ajenas a los misioneros hicieron imposible la ejecución de ese bien, la hubieron de abandonar, no sin antes pasar por el peligro de perder la vida, y saliendo con el corazón atravesado por el dolor más intenso y con amargas lágrimas que brotaron de sus ojos.



CAPITULO XXVI

Extensión de la Prefectura Apostólica franciscana Apertura de la región del Apurímac por el padre Batlle 1910

SUMARIO: 1—Extensión de la Prefectura Apostólica. 2—Ministerio sacerdotal en ella. 3—Las márgenes del Apurímac. 4—Datos que suministra el P. Batlle.

1—Antes del año 1900, cuando aún no se habían erigido las Prefecturas Apostólicas, se ofrecía a la mirada de los padres misioneros de Ocopa todo el Oriente peruano, en toda su extensión inmensa, como su campo de acción. Y hubo épocas durante los tres siglos que han trascurrido, en las cuales se veía efectivamente al misionero franciscano en los territorios de casi toda esa extensión: en el Cerro de la Sal, en el Pozuzo, en Cuchero y Cajamarquilla, en el Ucayali, en el Tambo, en el Gran Pajonal, en el Perené y el Pangoa, en el Mantaro, Ene y Apurímac, hasta en el Urubamba, el Paucartambo y Madre de Dios y hasta en las dilatadas planicies de la Comandancia de Mainas.

En 1900 se redujo el territorio oriental que debía cultivar los franciscanos y a pesar de esta reducción, aún queda encomendado un espacio sobradamente grande a su celo religioso y sacerdotal.

Si queremos recorrer el territorio de la Prefectura Apostólica del Ucayali de Sur al Norte, partiendo de Lima, pasamos Tarma, Acobamba y Palca, nos hallamos en Huacapistana con la vegetación arbórea de montaña y con la jurisdicción espiritual de la prefectura franciscana. Llegados al valle inmediato, andaremos la fértil

vega de Chanchamayo; desde San Luis de Shuaro a Puerto Yesup, atravesaremos por el camino de Capelo los últimos ramales de la Cordillera de los Andes; de Puerto Yessup, en canoa y vapores fluviales, navegaremos el Pichis, el Pachitea y el Ucayali, visitando Puerto Bermúdez, Masisea y Contamana, hasta llegar a las bocas del Tapiche y acogernos a Requena.

Si queremos hacer el recorrido de Occidente a Orinte, nos dirigimos al Pozuzo por el pueblo de Panao; del Pozuzo pasaremos a pie a Huancabamba dominando la altura de Cajompata; de Huancabamba viajaremos al Cerro de la Sal y a San Luis de Shuaro; nos entregaremos luego en balsas a las agitadas aguas del Perené, y en canoas al caudaloso Ene, para entrar en el Apurímac y vencer sus corrientes hasta la proximidad del río Pampas, que le rinde sus aguas.

2—Todos esos puntos de montaña hallamos hoy bajo la vigilante mirada del misionero franciscano. En cuanto al Pozuzo, nos hemos visto exonerados de trabajar allí, debido al celo de los señores curas párrocos de la colonia alemana, que han desplegado en aquella comarca un celo propio de los más abnegados sacerdotes, y se han comportado siempre en perfecta armonía, caridad y unión con los misioneros.

Por lo que hace a los Campas del Masaratequi, del Pichis, desde la desaparición de las conversiones de puerto Bermúdez y Aporoquiali, se hallan a excesiva distancia de los centros misioneros del Ucayali, y por lo mismo no atendidos como sería de desear; pero los desastres que han creado esa situación menos conveniente no se pueden imputar a los misioneros, quienes aprovecharán la primera oportunidad para restablecer allí el ministerio.

Con la fundación de Requena se tomó posesión

del extremo norte de la Prefectura, ejerciendo la influencia religiosa intensamente en el corazón mismo del departamento de Loreto, desde Contamana a Iquitos.

3—En la fecha de la creación de las Prefecturas, hallábase menos atendida que otros puntos la zona del Apurímac; zona por otra parte no muy lejana de las parroquias comprendidas en las actuales provincias de Huanta y La Mar.

Con todo, comprendiendo el padre Prefecto Apostólico fray Agustín Alemany la obligación de atender por sus misioneros las riberas del Apurímac, envió allí al celoso y abnegado misionero, ex-prefecto Apostólico, fray Antonio Batlle, quien llevó eficazmente a debido término las fundaciones de Aina y Quimpitiriquí y entabló las visitas de los "Pagos", célebres en esta región.

El padre Batlle, ya conocedor de la región del Apurímac, hace de ella, en mayo de 1911, la siguiente descripción

"Desde la confluencia del Mantaro con el Apurímac hasta la confluencia de río Pampas o de Cangallo con el mismo Apurímac hay campas que son mansos, aunque casi todos infieles".

"Por esta margen de la izquierda en la distancia de unas 60 leguas hay ríos o quebradas que vienen desde la cordillera de Rasuhuillca y sus punas hasta el Apurímac. Entrando los Huantinos y los de Tambo y San Miguel de la Mar, plantan y cultivan cocales desde que comienza la montaña hasta llegar al río grande. De estos hay la región Ipabamba y Cholmacota, de Acon y Quimpitiriqui, de Sana y Ayna, de Simariba y Masuntari, la de Samugari, y más arriba la de Chunqui, que todavía no conozco. En ambas márgenes de estos ríos hay chacras de coca y caña dulce".

"En donde hay una reunión de chacras o familias

que llaman "Pago", forman una capilla de palos con quincha, también de palos y algunas de piedra y barro. Sólo en tiempo de verano podemos viajar y visitar las capillas, estando en ellas tres, cuatro días o una semana, según nos ocupan. Hay muchas capillas y algunas datan de doscientos años, según se calcula por las chacras de coca abandonadas en el monte".

"En Choymacota hay las capillas llamadas: Chola, Huairapata, Capote, Pampas, Santa Teresa, Alto Pongo, San Miguel, Rosario, Gloria-pata, Santa Rosa de Chongos, Matucana, Santa Catalina, Mejorada y Chihuillo."

"En Sana, hay la antigua de Tambo-cunda de la que Raimondi hace mención, la de Machacuayac, la de Aina y la de Montehuasi".

"Por las laderas del río Simariba hay Simariba, Huaira-pata, San Agustín, Paschinato, Santa Rosa, Catute, Chaupi-mayo, San José, Chonta-cocha, Marintari, Gloria-pata, Rumi-pata, y Chibuquero".

"En Sumagari hay Santa Rosa de Ocopa, antégua, fundada por el P. Mendez en 1781, Vista-alegre, Trinidad y Caña-brava".

"Para estar en cada Capilla una semana como desean la gente, que son pobres creyentes, pero ignorantes casi como los infieles, bien hay que hacer para tres o cuatro padres durante todos los veranos, a más de que dos o tres habrían de viajar en busca de campas infieles arriba y abajo por todo el Apurímac, Mantaro, Ené, Perené, Tambo y Alto-Ucayali, prescindiendo de los cocaleros de la región de Chungui, montaña de Chiquintirca, que aún no conozco pero deseo conocer".

"Pasado mañana partiremos con Hipólito, hermano de Fray Blas, y un muchacho huérfano que me ayuda la Misa, con dos bestias de silla, indios de carga, llevando víveres. Nos entraremos hasta cerca del río Apurímac

por el camino de Tambo trazado por ingenieros, como el de Chanchamayo".

"Llegando allí con seis peones de los cocaleros y los campas que llamará Hipólito, que es buen intérprete, nos ocuparemos durante este mes de junio en la apertura de un camino por el monte, de la distancia de seis leguas, a fin de tener comunicación desde nuestra residencia de Quimpitiriquí hasta Simariba, por este camino de los Ingenieros. Así tendremos la entrada y salida de la montaña, desde Huanta o Ayacucho hasta Simariba y Quimpitiriqui, por un camino seguro y de mucho tráfico."



CAPITULO XXVII

Las regiones del Apurímac: muerte del padre Batlle (1910-1921)

SUMARIO: 1—Una mirada comparativa. 2—Frutos de antiguas semillas. 3—Labores del padre Batlle en Apurímac. 4—Muerte del padre Batlle en Ayacucho: honores fúnebres.

1—No habrá olvidado el lector las expediciones que nuestros misioneros de Ocopa realizaron a las regiones del Apurímac, durante las celebradas guardianías de los padres González de Agüeros y Sobreviela; ni las funciones que allí se hicieron de pueblos, cuya alma era el padre misionero.

Don Antonio Raimondi dedica repetidas y honrosas menciones a aquella zona, en donde la actuación franciscana se hizo tan benemérita ante la historia y la geografía, y donde la huella del misionero quedó indeleble, a pesar de la variabilidad de los indígenas y de las mudanzas inevitables de los tiempos.

Si comparamos entre sí las regiones orientales cultivadas por el misionero franciscano, hallaremos que en ninguna de ellas ha sido tan feliz su labor apostólica y evangelizadora, como en la cuenca del Huellaga y en las provincias limítrofes de Cajamarquilla: pues allí el apostolado ha obtenido un éxito satisfactorio sin que sea menester conservar en aquella zona misiones propiamente de infieles, habiéndose producido una entidad so-

cial enteramente nueva y habiéndo desaparecido las denominaciones primitivas de los indios. No quedan allí más nombres que los de Hibitos y Cholones, y esto ya desde una época para nosotros muy remota.

Si del Huallaga pasamos al Apurímac, la semejanza no es cabal; pero teniendo en cuenta que en la zona del Apurímac se empezó a trabajar tarde y se ha trabajado poco, y que a pesar de eso se ofrece aún hoy en aquellos lugares una cosecha pingüe de lo que sembraron en tiempos anteriores, debemos establecer que el Apurímac es uno de los campos del apostolado franciscano que mejor ha correspondido a sus afanes.

No faltan en las riberas de este río episodios lúgubres como el martirio de los misioneros Cimini y Betona; pero aquel hecho no debe atribuirse a la perfidia de los indígenas. En esta misma región se ejecutó también mucho antes la muerte del padre Albarrán y sus acompañantes: hecho lamentable en el cual también hubo instigación de malos cristianos, según llevamos dicho en su lugar.

2—Como fruto sobreviviente de la actividad de los misioneros de la época de los padres González de Agüeros y Sobreviela, quedan aún monumentos venerables; de que nos habla el padre Batlle.

Cuando este padre entró en esta región en 1910, pudo distinguir perfectamente las antíguas regiones donde solía haber un gobernador, pagos subordinados a un teniente gobernador, con alcaldes y barayos, y en cada pago una capilla al cuidado de un mayordomo.

Las capillas son de variados materiales, algunas de piedra, otras de adobe, algunas de solo tabique. Los pagos con capilla son treinta y tres; algunas con efigie y campana, ornamentos, piedra de ara, etc.

Conservan su tipo primitivo las regiones de Acon, Chaimacota, Ipabamba, Haina, Samugari y Samariba.

Sus habitantes harán hoy un total que no llega a 14.000 (1).

3—El padre Batlle dedicó los últimos cinco años de su vida a la evangelización de esta región del Apurímac. Formalizó al efecto las fundaciones de Haina y Quimpitiriqui y estableció las giras a los pagos en la estación del año en que cesan las lluvias torrenciales, que corresponden generalmente a los meses desde mayo hasta octubre.

Con su celo lleno de dulzura y cariño paternal se hizo amable para los indios y no menos para los "cocaleros" que se internan a aquellas partes, donde no tienen más sacerdotes que el misionero. Su conducta mereció general benevolencia, no sólo para su persona, sino también para el hábito que vestía, dejando como legado y herencia a sus hermanos y colaboradores la veneración de todas aquellas gentes.

4—El padre Batlle, cargado de achaques y presintiendo que se aproxima su partida de este mundo, dejó no sin dolor las conversiones del Apurímac, y se recogió a nuestro convento de San Francisco de Ayacucho. La noble y católica ciudad de Ayacucho amaba y apreciaba en gran manera al padre Batlle, a quien en sus salidas de la montaña veían repasar las calles con modestia de angel y simplicidad de niño, no teniendo para todos sino una amable sonrisa. El organismo destruído del misionero veterano no pudo experimentar ningún beneficio, ni del descanso, ni de la ciencia, ni de los cuidados; y con todos los auxilios de la religión y rodeado de sus hermanos murió el 3 de mayo de 1915.

---

(1). Se comprende que cuando el padre Batlle computaba en 1909 el total de indígenas de la montaña, civilizados y no civilizados, en 30 mil, no incluía a los indios del Apurímac.

El extinto recibió las mayores demostraciones de alto aprecio en Ayacucho, del clero, de las autoridades civiles, de la Tercera Orden franciscana, de la prensa; honores que tuvieron eco en Lima, especialmente en la institución de la Propagación de la fé.

En el aniversario de su muerte uno de los admiradores de sus virtudes le dedicó este soneto:

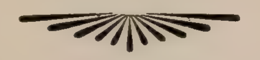
Contemplar me parece la delgada silueta
de aquel santo ermitaño, de aquel anacoreta,
de rostro enjuto y pálido, de cabellos de armiño.
de alma blanca, muy blanca, y corazón de niño.

Fué la virtud su guía, la caridad su anhelo,
hacer el bien su dicha, su pensamiento el cielo;
no importa que su cuerpo yace frío e inerte,
si su espíritu excelso ha vencido la muerte.

A su recuerdo debo dedicar este canto,
yo que escuché en un tiempo sus mas sanos consejos.
y gocé del cariño de aquel anciano santo.

Al colocar gustoso en su tumba una flor,
vá mi espíritu enfermo, como en sagrado templo,
a imbuirse de fé, de esperanza y de amor.

Después de la desaparición del padre Batlle, han trabajado en las conversiones del Apurímac los padres fray Carlos María Saavedra, fray Teófilo Gassía y fray Manuel García, y el incansable hermano fray Blas Anaya.





LIBRO TERCERO

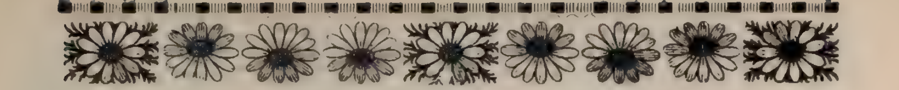
MI VISITA A LAS MISIONES DEL ORIENTE

EN COMPAÑIA DEL PADRE

Fr. MANUEL NAVARRO

1910 - 1911





CAPITULO XXVIII

Una visita a las misiones orientales
1910 - 1911

SUMARIO: 1—Preparativos. 2—San Luis de Shuaro. 3—Sogormo. 4—Al Cerro de la Sal. 5—A Quillasú.

1—Con el fin de conocer personalmente la montaña y hallarme en aptitud de escribir esta historia, hice en la fecha indicada un viaje de exploración y de estudio hasta Iquitos como lo he tenido que indicar algunas veces en la narración comprendida en estos volúmenes.

Lo realicé en compañía del padre fray Manuel Navarro, que a la sazón ya no trabajaba en la Prefectura Apostólica de infieles, sino que empleaba su activo celo en los departamentos de Junín y Ayacucho.

El padre Navarro era perfecto conocedor de nuestras regiones orientales, y no ignoraba los mejores modos para viajar en aquellas soledades sin recursos, y para evitar, en cuanto era posible, los peligros de la vida, sacando el conveniente caudal de conocimientos del tránsito por la región de las selvas y del roce con sus incultos moradores.

Yo iba a penetrar allí sin más conocimiento que el que arrojan los escritos sobre aquella región, y sin haber visto aún el vasto teatro en que mis hermanos habían representado, en el espacio de tres siglos, un papel tan brillante y meritorio.

Por lo que hace a los misioneros de infieles, llegué a conocerlos y tratarlos desde muy joven, en 1883, pri-

mero a fray Luis Bieli, ysucesivamente a los padres Torra, Sabaté, Sans, Pallás, etc.

Al entrar en la montaña pude llevar conmigo siquiera un podómetro, un aneroide, un psicrómetro, un termómetro de máxima y mínima, y una máquina fotográfica kodak, para darme cuenta de las alturas y entretenerme en observaciones climatéricas.

En la fecha ya conocía el convento de Ocopa, donde había estado de morador algún tiempo: conocía también su archivo, del que ya había entresacado los apuntes que me habían de hacer falta.

Ya había experimentado lo que es dejar la costa central de la República, para dejarse conducir de una máquina de hierro a impulsos del vapor, y penetrar audazmente por entre altísimos desfiladeros, ganar una en pos de otra las alturas, realizar para ello centenares de curvas y zetas, penetrar a cada rato en las entrañas de la tierra, pasar de una banda a otra por medio de puentes que mantienen el tren en el aire sobre un tejido de hierro, y después de ocho horas de ascensión, trasladarse desde el nivel del mar en el Callao, hasta la altura de 4750 metros en el túnel del monte Meiggs.

Ya había también experimentado los fenómenos que determina la diferencia rápida de la presión atmosférica en el funcionamiento de los pulmones y del corazón, conocidos aquí con el nombre de mareo y "soroche".

Por otra parte, en aquellas zonas elevadas luce el firmamento nítido y azulado, brilla el horizonte a beneficio de un sol sin nubes cuando no tienen lugar los fenómenos de lluvia y nieve, que también se verifican con caracteres atrayentes y singulares (1).

---

(1). En noviembre de 1919 tuve la suerte de acompañar de Lima a Ocopa nuestro reverendísimo padre General de la Orden, el



Comunidad de Ocopa presidida por el Rdmo. P. Cimino, General de la Orden.

Conocía asimismo el valle de Jauja, la sociedad de Tarma y la población de Huancayo.

Me había dado cuenta del inmenso sistema fluvial del Amazonas que empezando en los lagos de Junín y arroyuelos del monte Meiggs, a un grado y medio de las riberas del Pacífico, sigue su movimiento descendiente hasta las bocas del gran río, haciendo un recorrido de 35 grados geográficos, sin más declive en los llanos orientales que de unos 200 metros.

El Mantaro toma desde el valle de Jauja el carácter de los ríos orientales en la lentitud y majestad, con un tenue murmullo en las crecientes, por las aguas arremolinadas por el volúmen.

Cuando en junio de aquel año de 1910 llegué a Ocopa, existían en la comunidad varios veteranos de la montaña, cargados de merecimientos, por sus fatigas y penalidades: entre estos los padres Tomás Hernández, José Hormaeche, Manuel Navarro y Leonardo Deu; así como los hermanos Magret, Arroyo, Montes y Ramos.

2—Para viajar con alguna comodidad en la selva, hicimos cada uno de los viajeros una mochila especial.

Realizamos un viaje encantador desde Ocopa al valle de Chanchamayo, pasando por Jauja, Tarma y Acobamba.

---

padre fray Serafín Cimino: quiso la Providencia que ese día nevara en las faldas del monte Meiggs.

La nube generadora de la nieve se hallaba a un nivel inferior a la altura que alcanza allí el tren. De modo, que nos hallábamos entre los resplandores de un rico sol, que semejaban una alborada contemplando debajo de nosotros un inmenso crespón blanco, de donde se desprendían los copos de nieve. El espectáculo no puede menos de conmover al Reverendísimo, que exclamaba repetidas veces: ¡Oh qué bello es esto; oh qué singular panorama!

Con todo, para mi espíritu resultó el viaje demasiado rápido, según me impresionaba incesantemente las variaciones de objetos y de panorama, desde que en Huacapistana entramos en la vejetación forestal y en la vida exuberante que desbordaba por todas partes, sobre todo la parasitaria.



Puente de San Ramón.

El animal en que montaba caminaba sobradamente ligero para que la vista pudiera descansar lo suficiente sobre cada uno de aquellos ejemplares de belleza incomparable.

Del renombrado valle de Chanchamayo había formado una idea más ventajosa en lo referente a su extensión, que no es mucha. En la época en que entramos allí, grasaba la malaria en proporciones alarmantes; y por

esta causa casi lo habían abandonado los brazos que antes lo cultivaban.

En San Ramón aún no teníamos la casa-misión que hoy existe; ni en la Merced el hospital atendido por las religiosas salesianas y un capellán nuestro como hoy se tiene.

Sin embargo el hermoso espacio de terreno feraz en que hoy se extiende la Merced me produjo muy honda impresión. ¡Aquel era el Quimirí de las ingenuas narraciones de nuestra historia de la montaña! ¡Aquel el Quimirí de Jiménez y Larríos, sacrificados por Zampati! ¡Aquel el Quimirí del Robles, del padre Núñez de Mendoza y del padre Sans! ¡Aquel el Quimirí, para cuya tranquila posesión han sido menester esfuerzos y sacrificios que han perdurado tres siglos!

La emoción no disminuye al atravesar Nijandaris de tan triste memoria, al contemplar la confluencia del Chanchamayo y del Río de la Sal, teatro de infinitas hazañas franciscanas, al divisar las alturas de Metraro y llegar a Shuaro como sumergido en la vegetación tropical.

La situación de San Luis de Shuaro viene a llenar del todo la aspiración de lo bello y de lo oportuno: su posición topográfica es muy adecuada para una población de montaña, y el padre Sala no exageró al enunciar sus ópimas condiciones. Pero esto se entiende a condición de tener un puente para atravesar el río Paucartambo o de la Sal que franquee el movimiento para la vía central; pues en la actualidad, habiendo sido arrastrado por el río el Puente Capelo, San Luis se halla en un aislamiento desolador.

Llegamos a San Luis al caer de la tarde y abrazamos con la efusión del cariño más intenso a cuatro hermanos nuestros: el padre Santiago Zarandona, el padre Ignacio Arana, el padre Teófilo Gassia y fray Pascual

Balaguer, y días después al padre Buenaventura Hormaechea, ausente en ese momento en ejercicio de su ministerio.



El P. Ormaechea con sus indios.

Hallamos a los misioneros escuálidos y anémicos; y esto vino a amargar no poco la pura alegría de verlos y convivir con ellos siquiera pocos días.

Desde San Luis se atendía a las necesidades espirituales del valle de Chanchamayo, del Perené y Metraro; y podía decirse que aquella misión se hallaba en estado floreciente.

3—De San Luis de Shuaro salimos el 5 de julio a las doce del día y a pie para la misión de Sogormo, a fin de llegar allí a las 4 de la tarde.

En la cumbre que separa el Shuaro de la vega de Sogormo, denominada Santa Cruz, a una altura de 1250 metros sobre el nivel del mar, se halla colocada una cruz bajo ramada. Aquella cruz había sido colocada por el amable misionero Joaquín Alvarez, que acabó sus días en



Fr. Pascual Balaguer

edad florida y en la penosa tarea de cristianizar a los infieles de estas comarcas. Rezamos allí devotamente un responso por el alma de nuestro hermano, y proseguimos nuestro camino.

A poco nos sorprendió el encuentro del padre Buenaventura Ivars, que de Quillasú pasaba a Lima; y aunque anciano, venía a pie, alegre y gozoso, caminando con la agilidad de un joven.

A Sogormo había pasado antes que nosotros el padre fray Santiago Zarandona, que regentaba aquella misión, asistido del hermano lego fray Ferrando; y ambos nos recibieron con amor de hermanos: amor que pa-

rece surgir concentrado y puro del fondo del alma en la soledad de aquellos bosques, donde el espíritu no tiene otros objetos en que dividirse, lejos de la vida civilizada.

4—En Sogormo hice una escursión a la altura del



Uua familia

Cerro de la Sal, a donde se llega a pie en unas tres horas. En la cumbre de aquel cerro se alzaba en las anteriores épocas de nuestras misiones la casa e iglesia de los misioneros, a la cual hoy ha venido a sustituir la fundación de Sogormo.

,,¡Oh!, y qué de recuerdos trae a la memoria este río Paucartambo, que antes llamaban del Cerro de la Sal, y esa cumbre de San Francisco y este llano de Sogormo que da acceso para subir a la altura! ¡Cuántos pies de valientes evangelizadores han pisado esta tierra boscosa, donde la vegetación tropical disputa el dominio a la mano

del hombre! Es de creer que este lugar es mirado con cariño desde el cielo por los misioneros mártires, Jiménez, García, Cavanes, y otros no pocos, laureados en esta tierra privilegiada. Ciertamente que se podría abis-



P. Fr. Santiago Zarandona

mar aquí el alma franciscana en contemplación dulcísima, pero fortificante, para salir de ella con pensamientos más generosos y con ideales que rayan en lo heróico, en

lo muy arduo; con deseos de ser semejante a Jesús, a los Apóstoles, a San Francisco, y a una pléyade de mártires minoritas que han regado con su sangre la tierra peruana.

5—Pero es preciso dejar la contemplación, para seguir caminando. Los conversores de Sogormo llevan en esta fecha una vida relativamente tranquila, dedicada al cuidado de los Amueshas del lugar, que no son muchos.

Nos despedimos del padre Zarandona, que es un pozo de bondad, y del hacendoso hermano lego fray Ferrando, y salimos el 21 de julio en viaje a Quillasú, que fué de dos días. Se hallaba al frente de Quillasú el padre fray Daniel Iturri.

El ministerio sacerdotal se reparte en Quillasú entre los isdígenas Amueshas, la colonia alemana y los numerosos agricultores repartidos en los valles de Chocobamba y Huancabamba. En ambos valles pasamos días muy deliciosos, a que se presta mucho la temperatura benigna de esta comarca. Tuve el gusto de ver indígena en Quillasú la "Chinchona", y he observado que esta planta ama una altura inferior a 2,000 metros sobre el nivel del mar.

Es de lamentar que en el Palmasú existen todavía unas piedras veneradas supersticiosamente por los indios. Las piedras que parecen del terreno, y no colocadas, por industria humana, se alzan en una tierra de labranza. La más alta medirá unos dos metros. Felizmente ha desaparecido la ramada que los indios habían formado para guarecerlas.

Pasada la fiesta de Nuestra Señora de la Asunción el 15 de agosto, emprendimos el 20 un heróico viaje a pie, desde Quillasú al Pichis, pasando por Cajompata, Chuchurras, Palcazu, Mairo, y el cerro de San Martín. Nos acompañaban seis indios cargueros.

CAPITULO XXIX

Visita a las Misiones orientales.—De Quillasú al Chuchurras: apuntes de viaje 1910

SUMARIO: 1—De Quillasú al Tingo. 2—Lo que es "tambo" en estos viajes. 3—Qué cosa es "charqui". 4—Cajompata: recuerdos del padre González. 5—Niebla espesa en la altura.

1—Consultando mis breves apuntes de viaje, en lo relativo a las jornadas de Oxapampa o Quillasú al río Pichis, dicen lo siguiente:

Salida de Oxapampa el sábado 20 de agosto, día de San Bernardo. Almorzamos en la casa del filántrópico D. Genaro Sánchez, antíguo amigo del padre González y amigo constante de los misioneros. A las 6 de la tarde llegamos al Tingo o confluencia del Huancabamba y Chorobamba; punto que ofrece un panorama bellísimo, rodeado de cumbres majestuosas de un verde lozano y encantador.

El podómetro señalaba como distancia de Quillasú al Tingo 26 kilómetros, y el aneroide en el término del viaje una altura de 1780 metros.

La cantidad de agua de los ríos Huancabamba y Chorobomba parecía casi la misma esa tarde: las aguas del Chorobamba se unen con las de su hermano más estrepitosas y entre grandes piedras.

El puente primitivo y rudimentario, de palos tendidos de pedrón en pedrón, se halla sobre el Chorobamba.

El trecho de Quillasú al Tingo está adornado a cada paso con aromáticos "bácaris", de blancas cimas compuestas.

Nos alojamos en la casa del estimable y bondadoso amigo Gualterio Muller, quien juntamente con Fransen habían sido abnegado cooperador del padre González en la apertura del camino a Chuchurras.

El domingo 21, segundo día del viaje, celebramos temprano el santo sacrificio de la misa; y después del desayuno, tomando la bolsa de instrumentos a las espaldas, y andando con bastantes bríos, emprendimos la jornada hacia la cumbre montañosa que sirve de paso obligado en aquel lugar para llegar a los ríos orientales.

El ingeniero Tamayo alentaba al agricultor Muller a hacer plantaciones en la sección que recorríamos, en la confianza de que por allí habría de pasar el ferrocarril a la montaña.

Aquella sección silvestre abunda en "bácaris, arthante" y ricinos, y debe ser buena para la agricultura.

Ya en la altura cambia la vegetación, con arbolillos raquíticos y graminaceas.

En los primeros quince kilómetros se vé también la cascarilla, que parece pide región seca, no abundante en lluvias que depositen sus aguas, sino terreno cascajoso e inclinado.

Anduvimos este día solo 13 kilómetros, llegando sin embargo a terrenos de arboleda coposa y corpulenta.

2—Dada la señal de parada, los indios dejaron en el suelo sus cargas, con cierto buen criterio para que estuviesen juntas; y sin demora se pusieron en movimiento para armar un "tambo" provisional, dirigiéndose a varios puntos, machete en mano.

El "tambo" consistió en lo siguiente: dos horcones de metro y medio de altura, un palo de uno a otro horcón, de este palo varios otros hacia la parte superior del suelo en declive para la caída de la lluvia si ocurría; encima hojas de la palmera marfil vegetal o "fitelephax", y juntamente anchas hojas de aráceas gigantes-

cas que abundan en los contornos; en el suelo hojas frescas; y allí se descansa, se come y se duerme.

Y se duerme si lo permite la hormiga "isula", o la "manta blanca", o la infinidad de mariposillas crepusculares y nocturnas.

3—Ese día y los demás hasta Chuchurras se comió de nuestra cosecha, es decir, del bastimento que se llevaba; pues uno de los indios cargueros no llevaba otra cosa en un gran costal sino fiambre, que se obtuvo muy del caso en el convento de Quillasú. Allí se contenía carne seca, que aquí llaman "charqui", café tostado y molido, pan, galletas, etc.

El "charqui" que traíamos en buena cantidad se obtuvo del modo siguiente. Nos hallábamos en Quillasú en los preparativos del viaje, cuando se presentó uno de los neófitos de la misión, cargado de una enorme pierna de toro, que acaba de matar. Se le dieron por la pierna cierta cantidad de monedas de plata, que él no sabía clasificar, y fuese contento. Con la gran pierna se tuvo para comer a la mesa por varios días y para hacer la previsión oportuna para el viaje.

El padre conversor de Quillasú, en su condición de padre de los neófitos, les franquea terrenos de buen pasto, donde aquellos ceban algunas cabezas de ganado, y tienen para sus banquetes, a los cuales se juntan muchos, y no les dura un toro sino uno que otro día.

Nuestros indios viajeros y acompañantes, se dieron cuenta desde este día 21, de las raciones que contenía el costal, y según ellas echaron sus cálculos para las jornadas, que debían ser tantas cuantas bastasen para acabar el costal antes de Chuchurras; pues en Chuchurras y en el Mairo no había de faltar comida.

Por este motivo nuestras jornadas fueron cortas: a eso de las cuatro de la tarde decían los indios: "aquí"; y allí era preciso quedarse.

4—El tercer día lunes 22 empezamos la jornada alternando lomas áridas con cuencas húmedas: en Cajompata, a unos 2180 metros, nos desviamos de las aguas del Huancabamba que van a juntarse con el Pozuzo, y nos inclinamos a la derecha hacia las vertientes del Chuchurras, que lleva sus aguas al Palcazu. Se atraviesa en la altura una zona de vegetación raquítica, con suelo húmedo, atmósfera cargada constantemente de rocío y temperatura baja, pues al medio día y al aire libre marcaba el termómetro 11 centígrados en esta zona.

Notamos huellas del oso hormiguero.

Nos mortificaban unos tábanos que nos arremetían con tenacidad importuna, no impidiéndoles la ropa el hincarnos sus largas trompas.

Se atraviesan también terrenos en que abundan helechos arborescentes, aráceas, pequeñas palmeras y abundancia de musgo, a una altura de 2.000 metros.

Este día tercero me acompaña el recuerdo constante del padre González: su camino se hallaba muy deteriorado. Se me figuraba que había tres causas de aquel deterioro. La primera la caída de los grandes árboles sobre el camino. La segunda, el talud o corte superior del terreno, que con las lluvias origina descensos del terreno que invaden el camino. Y el último. el instinto peculiar de los transeuntes, que dentro del espacio del camino, trillan una vereda estrecha, no pisando el resto del camino, donde se desarrolla la vegetación sin obstáculo, invadiendo al fin hasta la pequeña vereda preferida por los viajeros.

5—El día cuarto, martes 23, partimos sin tomar desayuno por falta de combustible seco, no por la lluvia sino por la atmósfera saturada de agua.

Este día anduvimos por la cuchilla misma de la cumbre, casi todo fangal.

Recorrimos 9 kilómetros sin desayuno y con sed.

En la altura nos rodeaba una espesa niebla que no nos permitía ver nada en el horizonte. Solo a ratos, como por entre celajes, se nos descubría el horizonte a ambos lados, dejando ver profundidades amenísimas, donde brilaban los rayos de un sol claro y radiante.

Para llegar a Santa Cruz, habíamos bajado mucho: el aneroide indicaba 1420 metros de altura. Al fin del día descendimos hasta 1240.

El quinto día, miércoles 22, con la disminución de la altura, amanecimos con una temperatura de 15 centígrados.

En el viaje sufrimos no poco, con las incomodidades inevitables en aquellas soledades sin recurso; pero también gozábamos con las sorpresas que ofrece la naturaleza virgen; no destruída por la mano del hombre. Dominábamos con la vista de cuando en cuando la zona del Yanachaga, de cuyas alturas se precipitan las aguas en cascadas vistosas y espumantes. Para apagar nuetra sed nos aguardaba esa mañana un rincón del bosque, adornado con unas plantas bellísimas, obra acabada del Criador, donde había una vertiente de agua cristalina, delgada y fresquísima. El Mirador, gemelo del otro Mirador de la vía del padre Calvo, ofrecía un panorama sublime, grandioso, indescriptible, de los bosques orientales, en una extensión sin límites y en campos iluminados por un sol clarísimo. Además tuvimos la suerte de que no nos lloviese sino durante una hora hallándonos bajo techo y tomando a las 11 nuestro alimento.

Y por lo que hace a la noche, generalmente fue tranquila, con un sueño reparador.

No tuvimos ningún accidente desagradable, ni nos enfermamos.

Sólo el amuesha Arturo, el amable Arturo, capitán

de los Amueshas que nos acompañaban, se enfermó al segundo día, y le atendimos con medicamentos que llevábamos y tuvo la suerte de mejorar y acompañarnos hasta el fin de este viaje.

Arturo contribuyó mucho al buen orden y éxito de nuestras jornadas, pues no se separaba de los padres; y en la espesura de los bosques, donde los viajeros se hunden en un mar de helechos u otras plantas arborescentes, lo teníamos a nuestro lado para evitarnos un extravío fatal.

Es cosa averiguada la facilidad con que puede extraviarse el viajero de las selvas, y separarse sin pensarlo de sus compañeros, en condiciones tan tristes, que a poco de separarse no se oyen los gritos del que está perdido.



CAPITULO XXX

SUMARIO: 1—Las noches en el arbolado secular. 2—Bajando a los llanos: el Chuchurras. 3—El Palcazu. 4—Encuentro con mi antíguo compañero de hábito el padre fray Mariano Legarra: una noche muy entretenida. 5—En el Mairo. 6—En el Pichis.

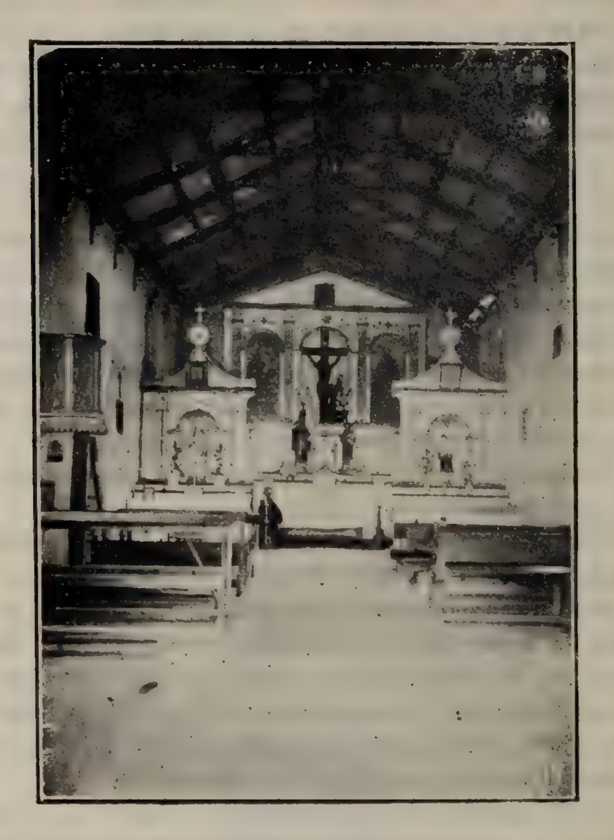
1—Repito que nuestras noches eran agradables. Uno de los fenómenos que más solían llenar de dulce emoción mi alma era el que se realizaba todas las noches en el seno de la vegetación arbórea gigantesca. Cada uno de aquellos árboles colosales era refugio y sustento de no pocos centenares de chicharras e insectos de un cantar y de un chirrido muy variado; y los miles de árboles que forman el horizonte los tienen en cantidades no sujetas al cálculo.

Después que a eso de las cinco de la tarde habíamos tomado algún alimento caliente; y después que los indios con mucha presteza nos habían preparado a los dos padres la mencionada ramadita, con hojas de palmeras y la cama de verdes hojas sobre el suelo; nos acostábamos rendidos por el cansancio, después de las seis de la tarde, momentos en que los rayos del sol se despedían de nosotros hasta el amanecer del día siguiente.

A la medida que la claridad del día iba desapareciendo y la naturaleza caía bajo el dominio de las tinieblas, nuestras chicharras e insectos se iban animando, imponiéndose el deber de cantar, y chirriar, y gorgear toda la noche, sin interrupción ni descanso.

Erame un gran consuelo pensar que todos aquellos seres vivientes, del mundo zoológico diminuto, empleaban las noches íntegras en alabar a Dios su criador.

Mientras dormían los seres racionales, así como los monos del bosque, los tucanes o "Dios tedé", los "biolinistas" y todos los ejemplares de aquel abundante mundo



Interior de la Capilla de S. Luis de Suharo.

animal; aquellos seres que se confundían con la verde hoja empleaban sus gargantas en un cantar intenso y no interrumpido; para callar tan solo al aparacer los claros resplandores del sol, que despertaba y ponía en movimiento a los seres mayores de la naturaleza.

2—El día quinto del viaje, miércoles 24, padecimos mucha sed.

Tuvimos una rápida bajada que no era de esperar: el día cuarto nos hallábamos a una altura de 1240 metros; este día quinto descendimos a 500.

Las primeras vertientes del Chuchurras tienen pescado en abundancia en la parte baja.

Pasamos la noche ya casi en los llanos.

El día sexto, jueves 25, anduvimos dentro de la arboleda gigantesca.

La sed nos atormentó más que el día antes: los cogollos de chonta que nos proporcionaban los indios no eran bastante a apargárnosla

Vimos algunos ejemplares de caucho.

Llegamos al río Chuchurras a las cuatro de la tarde, en el punto en que hay una vivienda de indios, no lejos de su desembocadura a Puerto González.

No pudimos beber el agua del río, porque estaba muy caliente: bebimos masato.

Luego vadeamos a pie el río Chuchurras, con el agua algo más arriba de las rodillas y pasamos a la casa de Fransen, situada en la confluencia. El Chuchurras traía escaso caudal de agua, moviéndose con apacible murmullo.

3—El día séptimo, viernes 26, llegamos a ver las aguas del Palcazu, en su confluencia con el Chuchurras: venían las aguas del Palcazu serenas y las del Chuchurras se deslizaban más movedizas e inquietas.

Emprendimos nuestro viaje en canoa con dirección al Mairo. Mi imaginación representaba en aquellos ríos y en las alturas que dejábamos en pos de nosotros, las dos figuras más atrayentes para mí, las de los padres Calvo y González: dos verdaderos genios cubiertos con el humilde sayal franciscano.

Nos hallábamos en tiempo de "vaciante", cuando

los ríos del Oriente tienen poca agua. Por lo mismo se podía apreciar muy fácilmente las condiciones del lecho del río Palcazu, muy desfavorable para las lanchas en la temporada seca. El lecho del Palcazu en esta sección puede decirse que se forma de una serie de tazas prolongadas. En estas elevaciones del lecho cuando el agua



Caucho—Castilloa elástica, Ficus elástica (Rox Turgh).

pasa de una taza a otra por el punto más bajo, haciendo el papel de desborde de las tazas, se forman las célebres correntadas, en las cuales hasta la canoa se encalla. En las crecientes, cuando las aguas del río tienen varios metros de profundidad, no se aprecian estas condicio-

nes del cauce; pero en tiempo de sequía ellas son un contínuo problema para los bogas.

Eramos seis personas, pues dos de los indios se quedaron en Chuchurras, para hacer acopio de pescado salado y llevarlo a sus familias. Nos acompañaban a los dos padres cuatro indios bogas.

El aneroide en la confluencia marcaba 400 metros. Aquel lugar es bellísimo, con esa belleza oriental que todavía la mayor parte de los peruanos no conocen. La cadena de San Matías se destaca esbelta a la derecha del Palcazu.

Nuestra navegación fué feliz, la canoa seguía el curso de las aguas, impulsada además por remos y "tanganas".

El calor en medio del río no pasa de 41 centígrados.

Había en las riberas esbeltos árboles con nidos de Chinhuanca, que hacen el efecto de bolsas artísticas colgadas de las ramas.

4—Tuvimos la alegre sorpresa de encontrarnos con el padre Mariano Legarra, que en una canoa con muchachos indios cashiboyanos, se dirigía a Chuchurras para pasar luego a Lima. Nos abrazamos con afecto de hermanos, charlamos un rato y nos despedimos para seguir cada grupo su ruta.

Este día no llegamos al Mairo.

Pasamos la noche en una ancha isla, en medio del río, formada de playa arenosa, piedras rodadas y un pequeño oasis de vegetación.

Se comió pescado a discreción.

Al acostarnos con el firmamento sereno creímos poder pasar la noche sin toldera; mas no tardaron en aparecer oscuros nubarrones, que nos obligaron a extender encima de nuestras blandas camas de arena los encauchados. Sin embargo, y apesar de las amenazas, no llo-

vió: se retiraron las negras nubes, se despejó el cielo y volvieron a brillar las constelaciones del Zodiaco.

Ya estábamos para dormir, cuando uno de los amueshas da la voz de alerta, asegurando haber sentido el bufido del tigre en el bosque próximo al río. Los indios echaron mano a las escopetas. Y el padre Navarro, que no dormía sin tener a su cabecera un revólver de seis tiros, hizo dos disparos para amedrentar a la fiera.

A las dos detonaciones callaron hasta las importunas ranas. Se dijo que el tigre había vuelto a bufar, pero no se supo más de él. Y teniendo a la vista el rojizo Antares y la encorvada cola del Escorpión, que caían a su ocaso con inclinación al hemisferio austral, y entre el mumurio de las aguas del Palcazu, sin preocupaciones en aquella solitaria playa, lejos del murmullo civilizado, volvieron a cerrarse nuestros ojos y a descansar nuestro cerebro, un poco caldeado con el sol de aquel día.

Este descanso duró hasta las dos de la mañana: pues a ese hora retumbaban sobre nuestras cabezas imponentes truenos, propios de las regiones calurosas. "Se nos viene la lluvia", fué la voz general. Y luego cada uno a defender lo suyo, a asegurar los instrumentos de observación, tapar las cajas, las escopetas, etc. Pero, a pesar de todo, no llovió, perdiéndose los truenos en las cumbres del Palcazu; de suerte que aún continuamos durmiendo.

Día octavo, sábado 27, seguimos el viaje en nuestra canoa oyendo truenos lejanos. El aneroide marcaba una altura de 390; luego en las bocas del Lagarto 360.

Llegamos al Mairo a las 12 del día.

¡El Mairo! Sí, estábamos en aquel Mairo, suspirando mil veces por mil exploradores. Suspirado desde las serranías para pasar al Orientè, y suspirado en el Oriente para pasar a la sierra peruana. El Mairo, puerta del Oriente, tan difícil de conservarse franqueada.

El río Mairo traía muy poca agua.

A poca distancia y al alcance de la vista se halla la boca del Pozuzo.

Se hallan cultivadas ambas orillas del Mairo, y todo el terreno inmediato, con intenciones de colonización. Allí existe aún el platanal del padre Calvo.

El domingo 28 celebramos misa, y descansamos en la casa y amable compañía de Don Domingo Reyes.

6—El lunes emprendimos viaje con los amueshas, para atravesar a pie el Cerro San Matías, con dirección al Aporoquiali.

Tomamos la "trocha" del padre Olano, y anduvimos ese día 20 kilómetros.

Los dos amueshas que nos acompañaban, perdido el buen talante, se revistieron de un buen humor negro, y nos dejaron sin alimento.

El martes 30 a las 4 de la tarde, nos hallábamos en las riberas del Pichis.



CAPITULO XXXI

Continúa la visita a las misiones orientales.—El Pichis y el Aporoquiali: amenas charlas de sobremesa en noches serenas y frescas

(1910-1911)

SUMARIO: 1—El Pichis. 2—El tranquilo convento de Aporoquiali. 3—Amenas charlas después de la cena. 4—El ejercicio de puntería: López y Vicente. 5—El tigre: episodios que descubren su temperamento. 6—Las hormigas: el "tunchi".

1.—Impresiona muy agradablemente ver un río oriental de las proporciones del Pichis. Aunque estábamos fatigados y con la ropa mojada por el sudor y una lijera lluvia, nos sentamos un rato a la orilla del río, para que el espíritu gozara de aquel hermoso espectáculo, del afamado Pichis, tranquilo cual si no se movieran sus aguas, extenso con sus 174 m. de anchura de orilla a orilla (1) y con sus aguas claras que reflejaban la espléndida vegetación de las riberas y el horizonte.

Estábamos cerca del puesto Cahuapanas, centro comercial de la familia Corpancho; de donde notaron pronto nuestra presencia en la orilla opuesta y nos enviaron una canoa en que pasamos el Pichis.

Agasajados por la señora de Teobaldo Corpancho, estuvimos en Cahuapanas hasta las seis, y luego subimos al convento, que distaba algo más de dos kilómetros.

2—La posición del convento es muy bella, inmedia-

(1). Medido por el ingeniero Tamayo, cerca de la desembocadura del Aporoquiali, al cual asigna un ancho de 87 metros.

Croquis del Mairo y Pozuzo desembocando en el Palcazu: platanares de los Misioneros: principio del camino de los padres Olano y Arana del Mairo al Aporoquiali, atravesando el Cerro de San Matias.





La Merula chiguanco

ta al Aporoquiali, aunque a mayor elevación y con un corte al río casi a plomo.

El Aporoquiali tiene su orígen en las vertientes del círculo de cerros que abrazan el Gran Pajonal.

La misión de Aporoquiali estaba a cargo de los padres fray Leovigildo Olano, fray Alberto Gridilla y fray Ignacio Arana.

Poseía la misión un esbelto altar en la capilla, obra del padre Alberto Gridilla, ornamentos nuevos y muy decentes y vasos sagrados preciosos.

Mediante la perfecta armonía que reinaba entre la misión y Cahuapanas, se logró tener en ambos lugares ganado vacuno para leche y para comer algunas veces buena carne, cerdos, pavos y gallinas.

Un hermoso platanal hecho en la parte baja, junto al río Aporoquiali, suministraba sus frutos todo el año. y no faltaba otro artículo de primera necesidad. la yuca.

Las familias de los neófitos hicieron sus habitaciones en las cercanías del convento, bajo la vigilancia paternal del padre misionero.

Se vivía también en santa paz con los cuacheros que traficaban en los contornos.

De esta manera, la vida era tranquila en Aporoquiali. Levantarse después de las cinco de la mañana; celebrar las misas, una de ellas a las seis oyéndola los neófito; tomar un regular desayuno, y el resto de la tarde algún ministerio u ocupación útil. A las seis de la tarde una pequeña función en la capilla con el rosario y meditación de algún misterio de nuestra santa religión. Los padres sacerdotes rezaban en el breviario el oficio divino a ciertas horas del día.

El padre Navarro según sus aficiones y según los preparativos que había realizado con felicidad, se dedicó durante su larga estadía en Aporoquiali, a hacer co-

lecciones de mariposas y a disecar aves, animales y plantas.

3—Así las cosas, después de la cena y mientras los pequeños indios escolares jugaban en la plazuela, los padres sentados en unas bancas teníamos charlas amenas, al fresco de la noche, sobre asuntos de interés palpitante en la misión.



P. Alberto Gridilla

Aquellas charlas fueron para mí muy provechosas. A veces versaban sobre las vicisitudes de los pequeños imperios industriales de caucho, establecidos en las comarcas vecinas, y de las relaciones de los caucheros entre sí: punto que revelaba no pocas veces las profundi-

dades del corazón humano, donde a veces se anida la nobleza, pero no pocas veces la más increíble villanía, cuando no la tiranía y la crueldad.

Otras veces se habló de la dolorosa necesidad que hubo de abandonar la fundación de Puerto Bermúdez, donde sucedían cosas nada agradables ni edificantes, entre otras la necesidad en que se veían las pobres indias cristianas de alejarse y esconderse, cuando llegaban viajeros, si no querían caer en la tentación de pagar con precio muy bochornoso un pañuelo o una caja de sardinas. Lo de siempre, que el mayor enemigo del ministerio sacerdotal en la montaña, es el cristiano sin costumbres y sin ley.

4—Hablábamos también de los hechos y costumgres de los indígenas de la misión, como por ejemplo lo acaecido a López y a Vicente.

Un día de "masatada", de luna llena, entablaron los neófitos el juego de "quites" o simulacro de combate a flechas. Las flechas para esta ocasión son embotadas o sin punta. Hacen los quites con mucha destreza: observan la dirección que toma la flecha de su adversario y desvían el cuerpo con admirable ligereza. A veces solo desvían la cabeza y pasa la flecha casi tocándoles las orejas o el cabello; a veces levantan el brazo, y pasa la flecha por los sobacos; otras veces arquean el cuerpo y pasa la flecha sin tocarles, o si de casualidad les toca, no les causa gran daño, porque las flechas van embotadas.

Se ejercitan así para ocasiones de guerra.

Aquel día de masatada entraron en el turno de los quites López y Vicente. Se descuidó uno de los dos en tomar una vez una flecha con punta: su adversario, ya con masato en el cuerpo, caliente y pundonoroso, dice: ¿Con qué, con punta? Pues ahi te va esa también. Y empiezan el asunto de veras. A poco Vicente se halla con una fle-

cha introducida en el cuerpo sobre el corazón; y que él arranca con su diestra con fuerza, arrancando juntamente pedazos de carne. Y sigue la lucha a pesar de la gritería de las mujeres que procuran esconder las flechas. Luego López se halla con la flecha atravesada sobre la lengua que sale por el cuello. La saca poco a pooc pero dejando un buen pedazo de chonta dentro. Pedazo que se descompone con el tiempo y cae juntamente con la carne putrefacta.

López era hombre "corrido", varonil, leído a su modo y como por aquí es posible. Le abandonó su mujer, seducida por un enemigo; y él buscó otra, casada también y cuyo marido vivía.

Así procedió el pobre López, querido generalmente, a pesar de sus grandes defectos; sin que quisiese hacer el sacrificio cristiano de abandonar una compañera que no podía retener. Su fe cristiana, por lo mismo, era bastante lánguida, jamás alimentada por obras fervientemente cristianas.

Así fué también su muerte. Enfermó de Sarampión que grasaba en el lugar como epidemia. Se curaba a su modo, es decir, con un tratamiento más acomodado para enfermarse que para sanar. Se fué agravando: se confesó y se preparó para morir.

Con la fuerza de los dolores de los huesos le era molesta la cama, consistente en una tarima de "camona", e íbase las noches por los bosques cercanos, andando de aquí allá, exhalando en voz bajo sus ayes postrimeros. Una mañanita volvió de los paseos delirante, se acostó en la tarima, y mientras las numerosas personas que cerca dormían pensaban que descansaba, murió sin que nadie lo notase. Eran como las 4 de la mañana de un día domingo, y cuando con las luces de la aurora se dieron cuenta de que el alma de López pertenecía a otra región, lo manifestaron sus parientes con cuatro tiros.

Ese día en la misa el P. doctrinero no dejó de hablar de López, de la caducidad de la vida, de lo que importa prepararse para la otra.

El indio tiene temor pánico a la muerte; es algo que le anonada. Como se cree naturalmente rey de las selvas, como disputa al blanco ventajosamente y por mucho tiempo el dominio de sus bosques, como le concede el hospital sólo de gracia y por conveniencia mútua como no se desaloja nunca de su salvaje pecho ese orgullo nativo del hijo de las selvas extensas e independientes, como en una palabra con el arco y la cervatana se cree árbitro de los hombres, de los animales y de las aves; cuando tropieza con la muerte de su pariente, tan rey como él, que cae, que se derrumba sin remedio, que se reconoce vencido de la fuerza oculta de la naturaleza, que se deshace; esto anonada al indio, le desconcierta, de modo que quiere huir, desaparecer del teatro de la muerte, o que el escenario desaparezca por la acción destructora del fuego, como lo había dispuesto antes de morir nuestro López, que apenas muriese, quemasen su vivienda.

Los neófitos que oían la misa y escuchaban al Padre misinero no lloraban; más bien debían sentirse como aturdidos. El indio no es fino en los sentimientos; no es abnegado ni noble; más bien un refinado egoísmo envuelve y absorve todo sus sentimientos.

En Aporoquiali hacía en aquel mes de setiembre un calor máximo de 33 centígrados, suficiente para descomponer pronto los cadáveres. Por esta razón se dispuso el entierro a las 4 de la tarde. Envolvieron el cuerpo de López en un "crudo": el cuerpo envuelto lo ajustaron a un palo más largo que el cuerpo; lo cargaron dos hombres, y acompañado de los vecinos lo condujeron al cementerio, pasando por el convento. Aquí se le rezó un

"De profundis": bajaron luego el centenar de metros que hay del convento al manso río Aporoquiali, colocaron el cadáver en una canoa, y el P. conversor y los acompañantes necesarios fueron río arriba, hasta el cercano cementerio, situado en una de las riberas, acompañado del murmullo de las aguas.



Campana de las Misiones que conserva un Curaca

Abierta en el suelo la sepultura rezó el Padre las preces del ritual y cuando ya se iba a colocar el cadáver en la abertura, chirrió un pajarillo desde la rama de un árbol. Observado supersticiosamente por Tahuanchi, uno de los asistentes, amuesha y cristiano viejo dió muestras

de desagrado y escupió contra el pajarillo para que no le contagiase.

Luego colocaron el cuerpo en el hoyo, y al taparlo con tierra, exclamó el mismo amuesha en su idioma: **Adiós López; que tengas donde estés feliz suerte; que no te falte comida en abundancia, que veas a Dios, y dile que mire a nosotros también.**

En nuestras charlas se conversaba asimismo del gran número de tigres que existían en la comarca en los principios de la fundación Y por una gran serie de hechos, algunos de ellos ya consignados en obras impresas, referentes a los tigres americanos, llegué al conocimiento casi cabal de esta fiera, que realmente es "americana", con los caracteres que comunica el medio ambiente; y no es ni sombra de sus colegas del Asia y Africa. Más que audaz es tímido, muy avisado y de viveza extraordinaria.

El tigre dio mil sustos al padre Olano en los días de la fundación del convento.

En una ocasión entrada ya la noche y hallándose los chicos de la escuela acostados, fuese a terminar sus rezos a la capilla; edificio separado de la casa y con paredes endebles, formadas con rajas hechas de palmera. El tigre avecindado en el lugar quiso probar fortuna de como le iba con el misionero rezador, y empezó a rondar en torno de la capilla, con el resoplido que le es natural al respirar. El padre Olano tuvo tiempo de cerrarle la puerta, y en medio de un susto mortal, dió gritos a los chicos. El tigre viéndose descubierto no tardó en huir.

En otra coyuntura el padre Olano dejó abierta la puerta de su celdita, en cuyo extremo dormía sobre una tarima. El tigre, después de haber hecho una inspección tranquila de todos los lugares que daban cara al cuadrilátero de la plazuela, se detuvo frente la celda del padre Olano e hizo ademanes de entrar. La noche era clara

debido a los resplandores de la luna. Los chicos que a pequeña distancia dormían, con ese instinto salvaje tan desarrollado en ellos contra todo enemigo, sintiera el resoplido del tigre, y dieron voces al padre Olano para que no se moviera y se hiciera el dormido. Mientras tanto, sacaron el cañón de una escopeta cargada por entre las rajas de la palmera, para apuntar al tigre, el cual no esperó la descarga.

En medio de la plazuela del convento de Aporoquiali había un jardincito circular, en cuyo centro se levantaba una columnita de madera, coronada con una efigie de San José.

Otra noche sentados los padres en la consabida banca, jugaban los indiecitos en la mitad de la plazuela comprendida entre la banca y el jardín. En uno de los quites que dió un chico al otro lado del jardín, vió levantarse del suelo un tigre, donde había estado tendido y en celada, y echó a la cabeza del muchacho su enorme manopla para destrozarlo y llevárselo. Pero el chico tuvo tiempo y viveza para hacer un escape rápido. El golpe dado en falso dejó corrido al tigre; quien bajando la cabeza, emprendió la fuga a las profundidades del río Aporoquiali.

En una choza de indígenas dormía un matrimonio, con dos niñitos a poca distancia. El tigre, conteniendo la respiración cuanto pudo, husmeó la choza, y sigilosamente tomó con blandura entre sus mandíbulas uno de los niños, y lo llevó al interior del bosque. Luego volvió a la choza para hacer lo mismo con la otra criatura: pero apenas hizo presa esta segunda vez, cuando fué sentido del indio, que le fué siguiendo, apostrofándolo y dándole de gritos. El tigre se dió por vencido, y el indio recogió a sus dos criaturas, dejadas en el bosque sin lesión alguna.

Contábase también en Aporoquili lo acaecido a un

tigre y un cazador. Al cazador le acompañaban dos grandes perros y en el momento a que se refiere este relato se hallaba abriendo paso en la espesura, machete en mano. El tigre, que tenía allí su madriguera, se creyó ofendido en sus derechos de morador tranquilo de la selva enmarañada, y salió del escondite ciego por la furia y la bravura, echándose repentinamente sobre el cazador, empinado, abierta la boca y preparadas las garras. El cazador le asestó un golpe de machete en la boca, y los dos perros le mordieron con fiereza y le hundieron las uñas por detrás.

El tigre que sentía el furor con que lo maltrataban los perros, se volvió contra ellos; dando lugar para que el cazador le diera un enorme machetazo sobre la cola. Y enfurecido el tigre por este golpe tornó rabioso contra el cazador, que le recibió de nuevo con el machete, mientras los dos perros, se lanzaban de nuevo a cebarse en el lugar que ya conocían.

Reiteradas varias veces de esta infeliz manera tales vueltas y torneos, al fin el tigre se sintió desmayado y cayó inerme al suelo, donde ya fué fácil terminar con su existencia.

El cazador salió de la refriega con vida, pero con los pechos rasgados, los brazos colgando pedazos de carne y sangrando en abundancia.

Más infeliz fue aún la suerte de un tigre hambriento e impetuoso, que ignoraba la práctica de los tigres, en las playas de arena de los ríos orientales, en orden a aprovecharse de la sabrosa carne de las tortugas, que consiste en darlas media vuelta, dejándolas con las patas al aire y sin acción para escaparse ni defenderse. El tigre de quien hablamos se lanzó con gran furia a una pequeña tortuga del bosque, con tan mala suerte que clavada las dos mandíbulas en la dura concha de la tortuga, no las pudo abrir, por más esfuerzos

que hizo. Por falta de alimento no pudo sobrevivir a su desventura; y muerto y descompuesto el cuerpo en pocos días en aquel suelo tropical húmedo y cálido, le sobrevivió la tortuga, que llegó a campar por aquellos bosques sacando como podía su cabeza y boca por entre los colmillos del tigre para alimentarse.

Así la encontró un cazador que hizo de este ejemplar curioso un objeto de museo.

Podría continuarse el cuadro descriptivo de las costumbres del tigre, con muy variados episodios, especialmente de su increíble viveza para evitar la muerte y burlar las celadas de los cazadores: que cuando le ponen una cuerda, para que tropezando en ella, dispare contra sí una trampa a base de rifle; lejos de pasar sobre la cuerda, da la vuelta sin tocarla, para seguir luego su camino derecho; que le ponen un venado muerto envenenado y no lo come; le ponen otro muerto así mismo, pero de carne sana, y lo arrastra al bosque para aprovecharlo a sus anchas.

También suministraban materia de conversación las hormigas, que forman distintos grupos con muy variadas costumbres. Sus madrigueras colosales de tres metros de diámetro, comprenden galerías de un sistema complicado, donde están a salvo de las lluvias torrenciales, que no hacen mella en la dura argamasa que han elaborado como techumbre de su morada secular.

Uno de esos grupos, la hormiga "quoque", que tiene las mandíbulas a manera de tijeras, despoja en una noche a un árbol de todas sus hojas, que trasporta a todas sus galerías.

Esta misma hormiga ha dejado más de una vez desnudo al triste misionero, que ha debido dormir alguna noche en la proximidad de su guarida.

La terrible "isula" que organiza a manera de ejército para emprender la matanza de todo viviente en una

sección de terreno o en una casa, dando cuenta de culebras, lagartijas, tarántulas etc.

La picadura venenosa de esta hormiga, que produce alta fiebre a un hombre, causa fácilmente la muerte a animales menores de menor resistencia.

Si ahora se quisiera entablar relación de los mil episodios interesantes que ofrece nuestra montaña sobre la lucha por la vida de unos vivientes contra otros, sería asunto de gran interés, pero de relato demasiado extenso.

No omitiré una ligera alusión al "tunchi", que preocupa en Loreto a indios y blancos. Es animal o especie zoológica de mal agüero. Los indios, para quienes no hay misterio en las selvas, no han podido haber a las manos al tunchi. Le oyen cantar de noche muy claramente, mudándose rápidamente de un punto a otro del horizonte; pero no lo ve nadie. A su canto se apodera el terror de todos los moradores de Loreto, caballeros, señoras cristianas virtuosas, indios, etc. Su canto es augurio de enfermedades, muertes, desgracias.

He aquí los temas que en su soledad manejan los misioneros, faltándoles las mil maneras de entretener la vida, de que dispone la sociedad en los puntos civilizados del planeta.



CAPITULO XXXII

De Aporoquiali a Contamana e Iquitos

1910 - 1911

SUMARIO: 1—De Aporoquiali a Contamana. 2—Viaje en canoa: visita a las antiguas misiones del Ucayali. 3—Inahuaya. 4—Bepuano, Canchahuaya, Orellana. 5—Sarayacu: amargos recuerdos de antigua grandeza. 6—Tierra Blanca, Requena, Iquitos.

1—En Aporoquiali hubo un incendio voraz en agosto de 1905 que destruyó la capilla y los libros parroquiales, aún los procedentes de Puerto Bermúdez.

Según los libros de su archivo se ve concurrir a la misión de Aporoquiali los padres Leovigildo Olano, Alberto Gridilla, Agustín López y Leandro Cornejo.

Yo dejé Aporoquiali el 13 de octubre de aquel año de 1910, quedándose en aquella misión el padre Navarro hasta mi vuelta. En un día de navegación en canoa llegué a Puerto Victoria o confluencia del Pichis con el Palcazu que forman el Pachitea. Desde este punto a Masisea o bocas del Pachitea anduve en la lancha fluvial del Estado llamada "Puno", comandada por el señor Hoile. Pasé a Contamana en una lancha comercial, que saliendo de Masisea el 23, llegó a Contamana el 25 de aquel mes de octubre.

En Contamana permanecí hasta diciembre, aquejado del paludismo, contraído en Chanchamayo, que me tenía extenuado y que algunas veces me puso en los términos de la muerte.

En Contamana pude apreciar la falta que hace el sacerdote para infundir la piedad cristiana en los cre-

yentes. Pues en los puntos donde la acción del misionero y la administración de sacramentos de confesión y comunión era asidua, se veían claramente germinar las semillas de la piedad cristiana. Según noticias posteriores, esta piedad se ha extendido en su tanto, no solo en Contamana, sino también en otros puntos de las riberas del Ucayali, como Inahuaya, Orellana, etc.

Me satisfacía ver en Contamana el fruto de los trabajos de los misioneros: pues Contamana representaba un centro comercial respetable, unido a un centro social bastante digno, y un centro religioso muy meritorio para los abnegados misioneros.

En el archivo de Contamana se conservan los antiguos libros parroquiales de Sarayacu, Cashiboya, Cayaría, etc., que ofrecen un desfile larguísimo de misioneros, que han trabajado durante luengos años en aquellas apartadas regiones, civilizadas cunibos, piros, cocamas, panos o setebos, yurimaguas, suchiches, senois, shipibos, sameces, yameos, amahuacas, etc.

En la coyuntura a que me refiero, trabajan en Contamana los misioneros Agustín Alemany, Bernardo Irastorza y Leandro Cornejo.

Al padre Agustín Alemany, que a la sazón era Prefecto de Misiones, cargado asi de años como de merecimientos, ya le conocen los lectores de esta narración. A poco de haber salido yo de la montaña en 1911, el padre Alemany renunció el alto cargo de Prefecto de Misiones; cargo que recayó luego en el padre fray Bernardo Irastorza, quien con modestia merecedora de todo elogio, renunció también aquella dignidad, que fué aceptada por el padre fray Francisco Irazola.

Estos padres misioneros se repartieron a distintos puntos del Ucayali por Navidades de aquel año, y quedé solo al frente de Contamana.

La noche de Navidad, como también la noche de

año nuevo, no se duerme en Contamana, sino que se pasa entre fuegos, cohetes y música, con un júbilo indescriptible.

Aquella alegría tiene mucho de español.

Por Navidad llegó a Contamana desde Requena del Tapiche el padre fray Leonardo Díaz, con la misión de hacer un minucioso recorrido en canoa, desde Contamana hasta Requena, visitando todos los puntos habitados de las riberas del gran río, para administrar los sacramentos del bautismo, confesión y comunión. Le acompañaban dos jovencitos en calidad de bogas para dirigir las canoas.

La ocasión no podía ser más propicia para mí, en mi anhelo de ver y pisar los puntos que fueron centros de nuestras misiones, como Buepano, Canchahuaya, Sarayacu, Tierra Blanca, etc.

Sin embargo, yo me hallaba en el período más crítico de los ataques de paludismo, anémico y sin fuerzas. Además era la temporada de lluvias y tempestades. El solo imaginar una tempestad en el río, atemoriza. Las detonaciones que se ligan la una con la otra, los relámpagos e iluminaciones que se cruzan, y a veces el vendabal que sigue a los truenos. Vendabal que desgaja con estruendo ramas corpulentas, amenaza arrancar árboles y derrumbar las casas de palmera, construídas sin más trabazón que el bejuco tamchi. Vendabal que remueve las aguas del río en direcciones opuestas. Vendabal que después de una de aquellas detonaciones finales estrepitosa, seca, ensordecedora y horripilante, da lugar a la lluvia torrencial que hace caer del cielo todo un diluvio de agua.

A pesar de todo esto, superaba en mi alma el deseo de la exploración: quería ver de todo trance el escenario en que se ejercitaron por tanto tiempo mis heróicos an-

tepasados, soportando mayores penalidades que las que yo iba a sobrellevar.

Los primeros días de la exploración fueron penosísimos; pero quiso Dios que luego mejorase mi salud y todo se realizó después con tanta felicidad como yo podía desear.

Yo salí de Contamana el 9 de enero de 1911. La alegre plaza de esta población con sus frescos almendros ("Bertholetia excelsa"), recuerda la etimología pana de su nombre, que pronunciado cunta-mama es monte de la almendra, aunque pronunciada conta-mana es de la "shapoya".

El Ucayali se hallaba en la plenitud de sus aguas, que llegaban al punto más elevado de sus bordes. No podía menos de causar impresión en el ánimo el encomendarse cuatro personas a una pequeña y endeble canoa, que no pocas veces debía desafiar a las pujantes y majestuosas corrientes del río, para atravesarlas de una banda a otra. Con todo, me consolaba figurarme que así viajaban los antíguos misioneros.

Las riberas del río próximas a Contamana son vistosas por su frondosidad y abundan en plantas y producciones útiles. En la parte boscosa se da el "teobroma cacao"; con su fruto típico en forma de corazón. Se produce espontánea la "papaya" y su fruto tan fresco y sano es despreciado aquí por la abundancia. El hojé "ficus dolaria", aunque árbol corpulento, inclina sus ramas hasta lamer las aguas del río. Me explican que hay tres clases de hojé: uno saludable y medicinal, otro inofensivo, el tercero venenoso y de leche cáustica. Abundan en aquellas riberas maizales, yucales, café, limón, plátano, naranja, huaco, ciruela, zapallo, berengena, patata, pacae, árbol del pan, tabaco, algodón, esbeltas palmeras, tutumo, sapote, (la reina de las sapotaceas, frondosa y sombreante), guayaba, piñón, etc.

3—El 16 de enero nos hallábamos en Inahuaya, entre civilizados y "chamas", estos shipibos, cunibos, etc. Los shipibos llevan el labio inferior y el tabique de la nariz perforado, y les cuelgan monedas de plata adelgazada a golpes, pies desnudos, pintadas las piernas de "huito" hasta los tobillos. Los cunibos conservan en la pintura de su cuerpo las características de su dibujo lineal. Llevan pulseras y collares de dientes de mono, de chaquiras y de un tejido tradicional. Vi una criatura cuniba con la cabeza prensada, la frente pintada hasta los ojos, con aspecto de huaco repugnante.

Inahuaya se halla bastante poblada: la matrícula de los niños de la escuela era de 140. No dista mucho de las bocas de Cushiabatay o Manoa, río de tantos y tan hondos recuerdos para los misioneros.

En Inahuaya oí la queja de todas las regiones del Oriente en materia de productibilidad del terreno: si éste es bajío, se endurece la tierra a manera de piedra por efecto del agua y sol: si ladera de las pequeñas cejas del terreno, la lluvia torrencial lava el suelo, y no deja sino arcilla que no produce ni hortalizas.

En estos primeros días de viaje aprendí tres terminos regionales: el primero, "turbonada", que tuvimos en las bocas del Manoa, agitándose las aguas del río como en el mar, por efecto de vientos encontrados; el segundo "muyuna", del quechua "muyuy", mover que se aplica a las corrientes secundarias del río, que abandonan la corriente general, y empiezan a localizarse con un movimiento en espiral, poniendo en peligro las canoas; el tercero "quiruma", de "quiru", diente, y "ruma", cabeza, y se refiere a los arbustitos cortados en el camino, casi invisibles, que lastiman los pies como dientes afilados e impiden andar.

4—Después de Inahuaya, siguiendo la corriente del río, a poco rato se llega a Bepuano, donde se ven to-

davía árboles frutales corpulentos, platanal, etc. Buepano, dá testimonio de la instabilidad de los Piros, para quienes se fundó allí la conversión de nuestra Señora del Pilar, de la cual hay vestigios en tinajas y utensilios enterrados cerca del lago que allí existe.

El fundo está ocupado hoy por honradas familias "lamistas".

Después de Buepano forma el Ucayali una gran isla: tomamos el brazo izquierdo del río, desde donde ya se divisa la cumbre del Canchahuaya.

Canchahuaya trae más recuerdos históricos que Buepano: Canchahuaya es el retrato cabal de los Piros, que allí se avecindaron con los Cunibos cosa de 130 almas, en enero de 1795, por gestiones del padre Buenaventura Márquez. Los Piros desampararon Canchahuaya en junio de aquel mismo año. Vuelven a Canchahuaya en setiembre de 1796, y huyen en mayo de 1797. Vuelven en mayo de 1799, en cuya fecha, el Padre fray Nicolás Farge fue con ellos a Buepano, y a su cultura se dedicó entre otros con celo el padre Pedro Pablo García.

En 1876 fue restaurada la antigua misión de San Antonio de Canchahuaya por el padre fray Ignacio Ma. Sans, con nombramiento de curaca, capitán, alcalde, de alguaciles, fiscales, etc., contando la misión 40 matrimonios, y la misión marchó con regularidad por algún tiempo.

Hoy los elementos que formaron la misión se hallan en viviendas separadas, en número crecido y con regular espíritu religioso.

En los primeros escalones de la altura de Canchahuaya vivía un sacerdote secular con ejercicio del ministerio en toda la zona del Ucayali.

En la collina existen tres fuentes de aguas termales, de componentes distintos. La temperatura de la pri

mera fuente es de 43 centígrados, y las otras la tienen más baja. Junto a la fuente termal, hay una agua natural de 27 centígrados. El aneroide marcaba 200 metros de altura sobre el nivel del mar.

Antes de llegar a la base de la colina de Canchahuaya, existe un río que viene del antiguo pueblo de S. Antonio: allí pasé en compañía del padre Leonardo y cinco jóvenes bogas, hasta llegar a un llano, donde se ven algunos restos del abandonado pueblo, sopre todo una cruz tirada al suelo, esbelta, hecha de corazón de estoraque, de seis metros y medio de altura, con guarnición de hierro en los remates, íntegra y sin deterioro, a pesar de hallarse a la intemperie cual símbolo sagrado de nuestra redención, tan poco estimado de los mortales.

Dos campanas que fueron de la misión, la una existe en poder del dueño del fundo y la otra en poder del curaca del lugar.

Pasando Canchahuaya, a pequeña distancia se halla Orellana, punto bastante poblado y donde hay una estación de telegrafía inalámbrica.

Por éstos días aprendí dos términos de la región: el uno "purma", con que designan la vegetación que ha brotado en terreno limpio abandonado; el otro "regateo", comercio que se hace en Ucayali con patente para ello, llevando en grandes canoas mercaderías, telas, blondas, joyas, conservas etc., y vendiéndolas al por menor a muy altos precios.

Se hablaba también en la canoa sobre las precauciones para un caso de naufragio, a que se halla uno tan expuesto en río tan caudaloso y en tan pequeña canoa. Para este caso de infortunio es bueno llevar una bolsa de jebe, donde se tiene la ropa indispensable y algunos enseres más. Dicha bolsa es de uso general en Ucayali, y bien amarrada por la garganta, servirá de boya y salvavidas

en caso de naufragio. El mismo servicio prestan los garrafones bien tapados.

Para estos casos de naufragio es un grave inconveniente llevar dinero en los bolsillos: una pequeña cantidad puede ocasionar el sumergimiento y la muerte.

5—Hablando de estos y otros puntos análogos, llegamos a la boca del caño o canal de Sarayacu: era el 26 de enero, dedicado a San Policarpo, obispo y mártir. La canoa recorrió con gran ligereza las tranquilas aguas del caño, y a las 4 de la tarde ya estábamos en Sarayacu. El Ucayali se está retirando del punto de la antigua misión, y el recorrido que se hace por el canal hoy es más largo que en años anteriores.

¡Ay! Aquel caño hoy solitario ha sido pasado y repasado mil veces por mis hermanos.

Paralelo al caño y cerca del mismo existía antes un camino carretero, y a media distancia del Ucayali a Sarayacu se hallaba el barrio llamado el Calvario, donde había una gran cruz, levantada por los misioneros. Luego se hallaba el viajero con la calle de San Marcos, que era el centro más poblado. Seguía una ancha plaza, donde había otra cruz alta y hermosa.

Nosotros no llegamos a Sarayacu por este camino, sino por el caño y por el "puesto".

Apenas el curaca Julián Ochaiano se dió cuenta de nuestra presencia en el puesto, hizo repicar las campanas, celebrando nuestro arribo. Era el curaca Julián persona de ánimo bueno; serio con esa seriedad seteba o pana, que no ofende y agrada, como lo noté más tarde entre los panos de Cashiboya. Julián tuvo el cuidado de observar nuestra indumentaria y ver nuestros pies descalzos y las sandalias, para identificarnos con los antiguos misioneros.

El curaca vivía en un caserón grande, espacioso, donde podían alojarse, formando grupos, más de cin-

cuenta personas. Se podía pasear en el suelo de la casa en toda su longitud, sin que lo estorbaran los catres de campaña con mosquiteros instalados a ambos lados.

El son quebrado de las campanas, que se oía mientras del puerto nos dirigíamos al caserón, trajo a mi espíritu un mundo de recuerdos, un hondo sentimiento y una intensa amargura. Qué cambio, Dios mío, qué mudanza de los tiempos. ¿Qué se hizo del Sarayacu de los padres Girbal, Márquez, Pallarés y Calvo? ¿Dónde se había sepultado tanta pasada grandeza? ¿Dónde estaban las numerosas tribus que un tiempo lo poblaban?

Pasamos revista a los recuerdos que conserva Sarayacu de lo que fué en sus días de gloria.

Nos lo dirá el curaca Julián. En unos descansos que tenía en lo alto de su caserón el curaca conserva un caliz de plata y cobre, la copa hecha allí mismo a martillo: patena, dos crismeras de plata, un santocristo, imágenes de la Inmaculada, de San Francisco de Asís y de San Francisco Solano: ornamentos deshechos, dos roquetes, un vestido talar del sacristán de color ceniciento, dos campanas, una cruz procesional de plata de forma artística (hay otra en Requena transformada en custodia). Las campanas fueron fundidas por el padre Plaza y el badajo moldeado a martillo en la fragua.

Yo le insinué al curaca que me cediera el caliz para usarlo: pero su mirada indicaba luego el desagrado que le produjo mi pedido; parece que su mente es ser custodio fiel de un depósito que le han encomendado.

Según infomes de Julián, se había quemado el techo de paja de la iglesia, al pretender quemar un avispero que en él se había formado. Luego desligadas las paredes de adobe de la misma iglesia, se desplomaron. Parte de la pared cayó sobre las campanas que pendían de una viga sostenida por horcones, y se rajó la mayor.

La iglesia era grande, alta y airosa. En el derrumbe correspondiente a la sacristía se ven ladrillos.

La pila bautismal era un tazón de porcelana sostenida por un ángel.

Frente a la portería del convento había bancas, donde los misioneros pasaban sus buenos ratos con los neófitos, especialmente los días de fiesta.

En la fragua trabajaban unos veinte hombres, haciendo clavos, anzuelos, cuchilos grandes, machetes, hachas, instrumentos de labranza, de zapatería, etc.

Había una gran "charapera" a lo largo para tortugas; había sobre mil charapas: lo mismo que algunas vacas marinas, etc.

Mi hombre lloraba al narrar todo esto con entusiasmo y recordando aquella actividad muerta, que nunca había de revivir.

Hubo una escuela muy capaz, con salas especiales para cada tribu.

Se hacían procesiones de la iglesia del convento a Belén, llevando la imagen de la Inamculada en carroza, y eran frecuentes las procesiones en torno del cementerio.

Las casas sólidas de tapial. En la huerta de los padres se daba de todo, con terreno separado para café y cacao. Cada familia indígena disponía de su tierra de cultivo.

Existía en buen estado el camino para santa Catalina; y Sarayacu resultaba el centro que daba vida hasta Leche y Yanayacu, a Tierra Blanca, Chunuya, a todo el río Ucayali, hasta el Tambo y a veces hasta el Perené y Pangoa.

Pasamos la noche del 26 en el gran caserón de Julián. No éramos solos: habían concurrido diversas personas para sus negocios y para proveerse de barbasco "Yaquinia armilaris"), para la pesca, artículo que de anti-

guo se cultiva en Sarayacu. Instalados en nuestros catres de campaña y mientras mi imaginación reconstruía la larga historia de aquella sección predilecta de nuestras



Matrimonio Campa

misiones, algunos seguian paseando y conversando con animación sobre sus cuitas y afanes. Entre otras cosas, reíanse a carcajadas de las cosas de la capital, o mejor

dicho de las resoluciones de las cámaras legislativas en lo relativo a Loreto, lo mismo que de las resoluciones gubernativas. Reíanse de que un Reglamento Supremo diga en su artículo 188, que los dueños de terrenos de montaña están obligados a sembrar y cuidar cinco plantas por una de caucho que destruyan; de que el artículo 199 diga que el perito regional debe visitar los fundos de su jurisdicción cada año, llevar y dar cuenta del número y estado de las plantas, y así de otros artículos que conside raban pura utopía. Que estaba claro que aún cuando los ingenieros regionales fueran un Diego de Almagro, o un Sebastián Benalcazar o un Pedro Alvarado, no podían registrar las mil espesuras que comprendía su jurisdicción; y por lo que hace al cauchero, éste se instalaría para seis meses de tiempo bonancible en el pabellón céntrico de su región gomera; y los habilitados sabían que el tiempo les era corto para reunir caucho que cubriese la deuda contraída para ser habilitado. Asi que nadie estaba para plantar cinco ejemplares donde destruían uno.

Y se reían de esto y de otras cosas menos inocentes.

Al amanecer celebramos la santa misa como lo teníamos de costumbre a diario.

¡Yo salí de Sarayacu con una inmensa amargura.

6—Tierra Blanca me produjo por lo contrario buena impresión, tanto por su bella posición en un poderoso brazo del río, como por sus condiciones de población bien tenida: es un centro civilizado floreciente, y consuela pensar que haya tenido esta transformación una conversión antigua.

En Requena trabajaban en el apostolado los padres Agustín López, Leonardo Díaz y Enrique Nicole.

El padre López era un pozo de alegría. Aún disfrutaba de sus recientes triunfos obtenidos para la fundación de Requena: sus antiguos opositores eran ya sus me-

jores amigos. Aún en Iquitos tenía muchos y buenos amigos.

Yo no puedo menos de recordar aquí a mi compañero de juventud, al lego fray Julián Cherin, que murió en esta misión el 13 de abril de 1908: fué modelo de amabilidad y mansedumbre.

En Iquitos capital del departamento me acogieron y hospedaron con gran benevolencia los padres agustinos, y pasé allí días muy tranquilos al par que instructivos.

La sociedad de Iquitos, ¡ay! tal como me la había figurado: religión muy escasa y el mercantlismo reinante. Eso sí las personas amigas eran benévolas. Merecí favores del señor prefecto Francisco Alayza y Paz Soldán, del doctor Jenaro Herrera, del ingeniero Von Haosel, etc. Por otra parte, esta amabilidad es característica de toda la gente del Ucayali; que se goza en ejercitar la hospitalidad con todos los viajeros, sin distinción de personas.



CAPITULO XXXIII

Observaciones climatéricas y consideraciones sobre la agricultura en el Oriente 1910 - 1911

SUMARIO: —Dos factores, calor y humedad: calor. 2 —Humedad. 3—Agricultura: terrenos inclinados. 4 —Terrenos bajos e innundables. 5—El rozo o tala.

1.—Yo no hablaré en el presente capítulo sino de factores conocidos de nuestro clima oriental, el calor y la humedad: que así como no dejan de ser algún obstáculo para la salud y la vida de los hombres, así también son contribuyentes poderosos para producciones agrícolas.

El calor de nuestro Oriente es típico de aquellas zonas no lejanas de la linea ecuatorial, y en terrenos de muy poca altura sobre el nivel del mar.

Es conveniente distinguir tres condiciones distintas del calor máximo de aquellas comarcas, es decir, a la sombra, al sol y al calor reflejo.

La temperatura máxima a la sombra propiamente dicha, que no suele pasar de 33 centígrados (1), es soportable casi en todos los puntos de nuestra montaña, y opino que por sí sólo no es origen de ninguna enfermedad

La temperatura máxima al sol, entre 45 y 50 centígrados, debe evitarse, bajo pena de sufrir alteraciones de consecuencias en las funciones del organismo humano, sobre todo cerebrales.

La temperatura máxima del sol y juntamente la refleja del terreno caldeado o del fondo caldeado de la ca-

---

(1). Según referencias, hay puntos en la montaña, por ejemplo en Pangoa, de un calor a la sombra mucho mayor que de 33 grados.

noa, suele exceder notablemente al calor máximo en el aire, llegando fácilmente a 53 centígrados: de donde se colige el grave daño que produciría el acercamiento del cerebro a tal reberbero del sol.

El calor, como se supone, no sube en el Ucayali todos los días a su línea máxima posible; pues se halla sujeto a la hora, al estado del cielo, a la brisa y al viento. En la época de las lluvias es frecuente que la temperatura sea más alta en las mañanas que no llueve que a las dos de la tarde en que se arma la tempestad y comienza la lluvia.

Las temperaturas más altas se realizan, según la serie de mis observaciones, después del medio día, de tres a cuatro, y algunas veces a las cinco, como final de un día sin nubes y de un sol abrasador.

No sólo no sube el calor todos los días a su máxima temperatura, sino que hay regiones entre las denominadas de montaña, de climas verdaderamente apacibles. En San Luis de Shuaro el centígrado fluctúa de día a la sombra entre 21 y 26; en Quillasú u Oxapampa entre 16 y 22; en Aporoquiali entre 23 y 29; en Contamana entre 22 y 32; lo mismo en Inahuaya y Requena.

2—En cuanto a la humedad el fenómeno más palpable de la montaña es que en los momentos en que se arma la tempestad en las altas regiones de las nubes y se aproxima la lluvia, aún la parte baja de la atmósfera acusa una tendencia a la saturación de los vapores de agua. De suerte, que cuando se determina la caída de las lluvias, se hallan las gotas casi formando una columna líquida desde lo alto hasta el suelo. De ahí la cantidad inmensa de agua que cae en poco tiempo, formando en un instante vertientes y ríos.

Resulta además exacta la observación del doctor Pesce: "Con nuestro psicrómetro de viaje hemos observado siempre en las orillas de los ríos y en el principio

de foresta, en donde se establecía generalmente el campamento, que el termómetro o bola mojada señalaba casi la misma temperatura que el termómetro o bola seca, y solo en los días muy serenos y relativamente secos la diferencia entre ellos no pasaba generalmente de un grado centígrado".

"Sin embargo, en los lugares abiertos, desmontados, o en el cauce o playa arenosas de los ríos, en donde la acción del sol y de los vientos se hace sentir más fuerte y nautralizada en gran parte la acción de la humedad, hemos observado siempre, en la sombra, que la diferencia entre los dos citados termómetros pasaba de dos o tres grados, y bastante amenudo llegaba hasta 6 y 7 grados (1)."

Esta última observación debe entenderse fuera de los momentos en que se avecina la lluvia.

Hermanados el calor y la humedad dan lugar a esa vegetación tropical tan rápida, que a un mismo tiempo es el encanto de los ojos y la pesadilla de los caminos. Debido al calor y a la humedad, los gigantescos naranjos de las riberas del Ucayali tienen simultáneamente y todo el año flores, fruta verde y fruta sazonada, todo ello en grandes cantidades.

No tiene otro principio lo que sucede en Contamana con la vid, que en quince meses da uva tres veces; de modo, que entre la poda y la cosecha no pasan sino cinco meses. La uva que produce es muy sabrosa al paladar, pero debido a la festinación del desarrollo, no han llegado a sazón las materias alcohólicas y colorantes y no fermenta lo suficiente para dar buen vino.

3—En lo referente a la agricultura, es frase consagrada en el Perú, que el porvenir de la República se halla en el Oriente. Esto ha de ser verdad con el tiempo, da

(1). Informe, parte II, cap. I, inc. 5.

dos los kilómetros que representa aquella región inco-mensurable.

Con todo, parece conveniente hacer algunas observaciones relativas a las condiciones agrícolas de aquellas zonas.

La agricultura tropezará en los llanos amazónicos con serias dilcultades basadas todas ellas en la existencia de la arcilla dura a pocos centímetros de la capa fértil. La existencia de la arcilla se extiende a todos los puntos del Oriente que ya he visitado.

Dado este hecho, que parece innegable, examinemos las consecuencias que de él se siguen. Los terrenos amazónicos están situados en dos condiciones: algunos se hallan en plano inclinado, correspondiendo a pequeñas colinas poco perceptibles a la vista en la inmensidad del cuadro general, o a fruncimientos del terreno menos perceptibles aún; otros son "bajíos" o "depresiones" a donde se encaminan las aguas procedentes de la lluvia.

En los terrenos inclinados, donde la tierra se haya removido para el cultivo, las tierras son rápidamente arrastradas a los puntos bajos en fuerza de las lluvias torrenciales, quedando el terreno a muy poco tiempo pobre de tierra fértil, y con propensión a descubrirse la arcilla que existe a escasa profundidad.

Este fenómeno parece exclusivo de los llanos amazónicos, y no se verifica en las "entradas" a la región montañosa, como Chanchamayo y Oxapampa, y supongo que lo mismo debe decirse de los terrenos que dan acceso al Apurímac, al Pozuzo y otras comarcas de condición análoga. Deben también exceptuarse ciertos terrenos de aluvión o que han sido lacustres, dejados por los ríos orientales al mudar de madre. Terrenos de esta naturaleza existen no pocos en las proximidades de aquellos grandes ríos.

4—Por otra parte los inconvenientes que ofrecen pa.

ra la agricultura los terrenos "inundables", son bien conocidos y no es menester especificarlos. También son conocidas sus ventajas, pues las tierras empantanadas son a propósito para el arroz y algún otro producto (1).

Yo comprendo que parecerá increíble los temores que consigno en orden a la productibilidad de nuestra montaña en materia de agricultura, ante aquella vegetación arbórea gigantesca, ante ejemplares de árboles añosos monstruosamente.

Y sin embargo, varios de esos ejemplares me han confirmado en mis temores. Es fenómeno bastante frecuente en nuestras zonas forestales la caída de esos grandes árboles: una vez caídos, ostentan en el suelo un enorme hacinamiento de ramas que corresponden a la inmensa copa que se elevaba hasta los cielos: sigue el largo tronco, pero al pie de éste, sólo se ve un exiguo tejido de raíces de un grosor algo más de un metro. Y digo tejido de raíces, porque éstas, al verse en la imposibilidad de penetrar en la dura arcilla y extenderse libremente por el suelo, se han enredado entre sí en una corta circunferencia. Y esta desproporción de su ancha copa con la cortedad y superficialidad de sus raíces, ha determinado su caída al empuje de una tempestad.

Ahora preguntará el lector: ¿cómo puede desarrollarse aquella vegetación arbórea gigantesca en un suelo poco favorable para la cultura? Pero, la respuesta se halla al alcance de la observación: pues a este desarrollo concurren simultáneamente la alimentación atmosférica por las hojas la autoalimentación por el detritus vegetal que forman los desperdicios de árbol, en grandes hojas carnosas y coposas ramas que contínuamente caen y el tiempo secular. No es del caso explicar la gran proporción en que contribuye al desarrollo y supervivencia de las

(1). Véase el Informe del Dr. Pesce, parte 1. cap. 1. Párrf. 6

plantas la alimentación atmosférica, suministrándolas elementos químicos adaptables, según principios ya conocidos en los tratados de botánica. A esto se agrega la autoalimentación que se ha indicado, mediante las ramas y hojas que en gran cantidad se desprenden y desgajan de los árboles, para caer a sus pies a un suelo húmedo y cálido, donde por la fermentación y putrefacción rápida, luego se convierten en abono copioso de los mismos.

Esta doble alimentación es suficiente para el desarrollo de los gigantescos ejemplares de los bosques de existencia secular, que han tenido a su disposición y servicio centenares y miles de años en reposo inalterable.

Más, cuando se quiere preparar una tierra de labranza y cultivo en nuestras montañas orientales, es menester dar comienzo a la obra alterando del todo las condiciones forestales. La primera operación a este efecto consiste en la tala o rozo del arbolado secular. En la tala van cayendo al suelo, al filo paciente del hacha y del machete, esos gigantes de la selva, formando en el suelo un enor mehacinamiento de matrial combustible, al cual después de algún tiempo se prende fuego, para ofrecer en los anchurosos llanos del Oriente uno de esos expectáculos característicos, grandiosos y atrayentes, con aquellas columnas de fuego y humo que suben a grandes alturas.

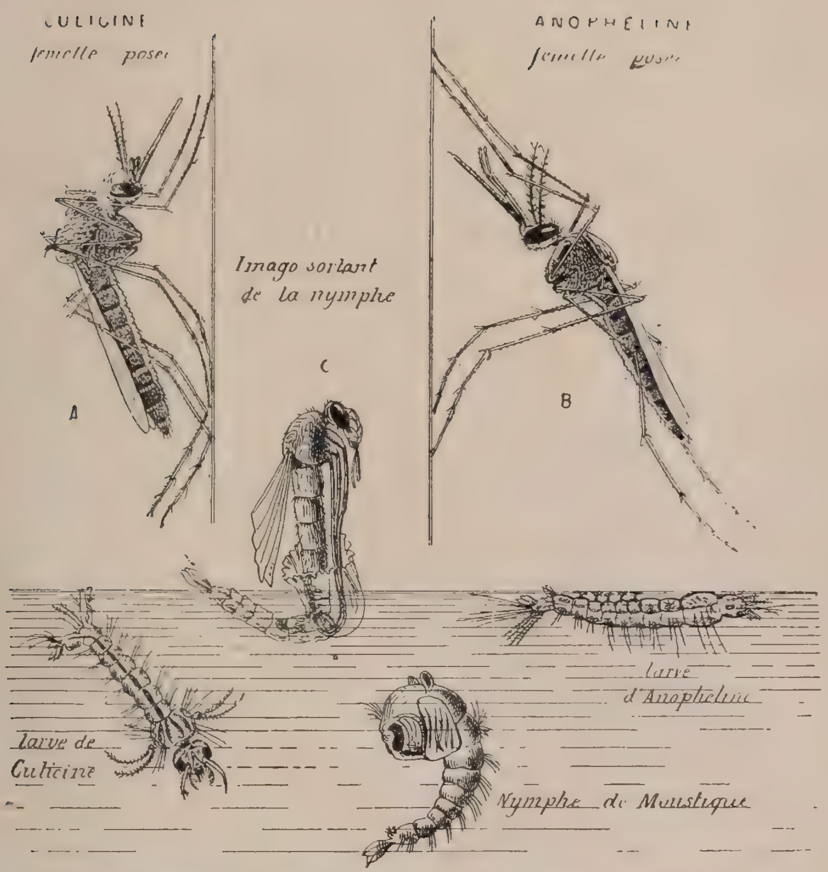
Después de este hecho, no quedan en el espacio talado, para beneficiar la tierra y favorecer el cultivo otros elementos que los que ha producido la combustión. La fertilidad de aquel terreno dura algún tiempo, después del cual empieza la época de las dificultades y tropiezos; pues ha desaparecido la autoalimentación al eliminarse el arbolado, y es necesario renunciar al tiempo secular para gozar de los beneficios de la agricultura.

De aquí proviene que en menos de diez años se "cansen" las tierras; de aquí el hecho indefectible de

que los salvajes muden de paraje al cerciorarse de que el terreno ya no rinde beneficio alguno.

A pesar de todo, es indudable que la agricultura tiene hoy procedimientos nuevos, basados en el estudio científico y que los abonos químicos convierten as tierras estériles en productoras: y es de esperar que también nuestro Oriente, a pesar de las dificultades apuntadas, llegue a ser un país agrícola de primer orden, siquiera a base de grandes capitales y del cultivo científico.





Postura diversa del Culex y del Anophele. Id. de sus larvas en el agua.

CAPITULO XXXIV

Observaciones sobre el paludismo en el Perú y del Anophele Myzomyía que lo origina

SUMARIO: 1—Clima sano el de Oriente. 2—El paludismo en Chanchamayo. 3—Caracteres del diptero anophele. 4—El paludismo y la situación geográfica. 5—El agua. 6—Otras condiciones. 7—Precauciones y tratamiento curativo.

1—Empezaremos por establecer que nuestro Oriente, juzgado comparativamente con otras regiones tropicales, ofrece un clima bastante agradable, saludable y hospitalario; agregando que así lo comprueban concordes una serie de sabios viajeros que lo han explorado, como son Humboldt, D' Orbyny, Castelnau, Smith, Lowe, Chaudles, Wertheman, Tucker, Samanez, Avendaño, padre Armentia, etc.

Si apesar de ser cierto este principio general, así nuestros misioneros como otros moradores de aquellas selvas contraen enfermedades crónicas, más o menos graves, este hecho debe atribuírse a que la vida social y los medios de defensa contra los ataques morbosos son allí todavía casi nulos.

Pero el principio consignado es verdadero, siendo de lamentar que sea poco conocido del público peruano, con grave daño de los intereses nacionales.

Como comprobante autorizado citaremos aquí dos párrafos del doctor Pesce, que hacen al caso: "Si consideramos, ahora, que todos los halagüeños conceptos sobre el clima y la patología de las regiones orientales peruanas, que hemos expresado a la lijera en los párrafos

precedentes, la generalidad de los escritores los han emitido solo ocasionalmente, como de paso, en el curso de unas descripciones de viaje o de informes económicos, industriales, científicos, administrativos, etc., se comprenderá fácilmente como ellos no pueden haber dejado honda y durable impresión en el gran público, desde que se pierden en el conjunto de los otros asuntos que forman el tema de dichas publicaciones, las que, además, no llevan generalmente el sello de la autoridad profesional".

"De consiguiente, es claro que resultaría altamentete provechoso para el porvenir del oriente peruano el llamar expresamente la atención pública en el país y en el extranjero sobre un hecho tan singular, mandando hacer por personas competentes un detenido estudio sobre la salubridad relativamente excepcional de aquellas regiones, y proclamando a la vez su fácil adaptabilidad para la inmigración de elementos provenientes de otros climas y razas (1)".

De la enumeración relativamente corta que suele hacerse de las enfermedades más generalizadas en nuestro oriente, se deduce lo mismo que hemos asegurado.

2—En la época en que yo entré a la montaña se había desarrollado en el valle de Chanchamayo el paludismo agudo, con caracteres mortíferos; pues en el período mismo de invasión determinaba una gravedad suma, y ocasionaba la muerte a los obreros que allí resultaban ignorantes en materia de medicación, aún elemental, y hasta en materia de higiene. La invasión era casi instantánea, privando a los atacados aún de la facultad de moverse, y presentándose alucinaciones procedentes de una fiebre alta, aproximadamente de cuarenta y uno centí-

(1).—Informe sobre las industrias agrícolas forestales de la hoya amazónica y la medicina e higiene de la misma.—Colección de Larrabure y Correa, 7. XVI. páginas 3-99.



Culex Pipiens



Myzomyia funesta, hembra. Esquema aumentado seis veces próximamente Según Ed Sergent

Stegouyia fasciata

grados. Yo vi morir, en la cuaresma del año 1909, algunos de estos enfermos, apenas trasladados de Chanchamayo a Tarma.

La epidemia estaba circunscrita a una zona estrecha, no extendiéndose a los llanos del Ucayali, donde no se experimenta sino una terciana benigna.

El doctor Avendaño ha señalado como únicos puntos, en los llanos amazónicos, donde reina el paludismo agudo, el Pongo de Manseriche, los ríos Putumayo y Tigre y el río Yavarí; pero por la teoría que indica como origen del paludismo, se podrá dudar de que en dichas regiones exista dicha enfermedad. He aquí sus palabras:

"Merece citarse como sitios en los que la malaria reina con gran intensidad, y en los que, se presentan las formas graves del paludismo, los siguientes:—los terrenos del Alto Amazonas, próximos al renombrado pongo de Manseriche, que son arcillo y sílico-ferruginosos, terrenos bastante conocidos por su insalubridad; pues, favorecen de un modo notable la producción del gérmen malárico; por que mantienen el suelo en permanente estado de humedad permeable; porque almacenan una gran cantidad de calor que activa poderosamente las acciones químicas; y por que suministran a las sustancias orgánicas, por intermedio del óxido de hierro, el oxígeno necesario a las combustiones, en las que se desarrolla el principio del paludismo; (Corré)—las orillas de los ríos Putumayo y Tigre, permanentemente inundables, cubiertas de innúmeros pantanos; en las que reinan remitentes esclusivamente palúdicas, que ceden fácilmente al uso de un buen preparado químico. He visto en Iquitos a un joven que, después de un año de permanencia en el río Tigre, contrajo una remitente gravísima rebelde a la medicación que allí le proporcionaron algunos empíricos. Desesperado se trasladó a Iquitos, en un estado lamentable, sumamente aniquilado; y todo el cuadro alar-

mante desapareció con la administración de dos gramos de bicloruro de quinina de Erba, obteniéndose una mejoría rápida y permanente;—y las orillas del río Yavarí, también permanentemente inundadas, en las que reina una fiebre, conocida en el lugar con el nombre de "fiebre del Yavarí", de marcha anómala, con algunos síntomas que recuerdan a la dotienenteria, rebelde al sulfato de quinina, casi siempre mortal y que en caso de curación tiene una convalecencia larga y penosa. En tres casos que he tenido oportunidad de ver en Iquitos, en dos predominaba el elemento palúdico y en uno de los síntomas tifóides y dos en el mismo río Yavarí he encontrado el síndrome clínico de la "tifo-malaria" de los ingleses: es decir, he encontrado asociados los síntomas de la malaria y los propios de la fiebre tifóidea. (1).

3—Sea lo que fuese respecto a los puntos señalados por el doctor Avendaño como palúdicos en el oriente, lo interesante es conocer el origen de esta enfermedad y su remedio; pues si ella se generalizara en la República, haría estragos suficientes para que degenerase la raza por la anemia y pondría en contingencia los destinos del Perú.

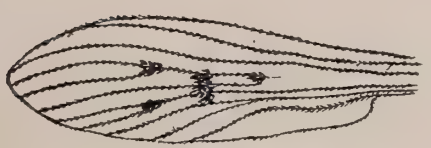
Señalaremos los caracteres del mosquito anófele de que proviene el paludismo; las relaciones de esta enfermedad con la situación geográfica, con el agua, la temperatura y con otros accidentes naturales; se indicará luego las precauciones que deberían tomarse para evitar el contagio.

El origen del paludismo no es sino el mosquito Anóphele, que da lugar en sí mismo al desarrollo del "plasmodium" de la malaria, y lo trasmite por la inyección de

(1).—"Patología del Departamento fluvial de Loreto", páginas 32 y 34. En los grabados se hallan trocados los letreros exteriores de la "Stegonyía fasciata" y la "Myzomyía funesta".



Cabeza de Anophele maculipennis



Ala de maculipennis

su trompa a la sangre de un animal.

Parece cierto que la especie de Anóphele que actúa en el Perú como trasmisor de la malaria, no es el "Maculipennis", como parece indicarlo el doctor Pesce y alguno que otro escritor, sino el "myzomyía"; como lo comprueban las observaciones que por espacio de varios años hemos hecho en Lima, donde no se ve la presencia del "Maculipennis" y sí de un modo invariable el "Myzomyía", simultáneamente con los culicidos (1).

La ciencia describe los caracteres del "Anophele Myzimyia" por este orden: Tamaño pequeño, tres o cuatro milímetros de largo.—Primera célula submarginal del ala, grande. Antenas sin mechones laterales de escamas grandes. Torax con escamas en forma de hoz. Cabeza sin escamas planas. Organos genitales del macho con lóbolo basal en un segmento. Alas con escamas pequeñas, largas y estrechas, o ligeramente lanceoladas. Trompa sin anillo. Patas anilladas en los metatarsos y en los tarsos. Palpo con tres anillos blancos, uno de ellos terminal; el anillo central está más cerca del terminal que del basal. Alas manchadas como las tiene la figura correspondiente. Costa negra con seis manchas blancas. Tercera longitudinal con dos manchas negras. Los caracteres que se indican son variables en diferentes países.

Diferencias del "Myzomyia" con el "Anophele Maculipennis": Alas con escamas grandes lanceoladas y manchas no largas; patas no anilladas.

Diferencias con la "Stegonyia Calopus" que origina la fiebre amarilla: "Torax" de color oscuro o moreno rojizo, con dos líneas centrales paralelas pálidas y una línea curva argentada a cada lado: además otra línea estrecha entre las centrales.—Abdomen negro con bandas

(1).—Véase la obra "Etiologie et Prophilaxie", Brouardel et Mosny, 1911, París.

blancas y manchas laterales.—Patas negras con anillos blancos en la base de los artejos; el último artejo del tarso de las patas poteriores es de color blanco puro.

Las larvas de la "Stegonyia Calopus" son gruesas, oscuras, y poseen un sifón respiratorio corto y ancho. La cabeza es tan grande como el torax.

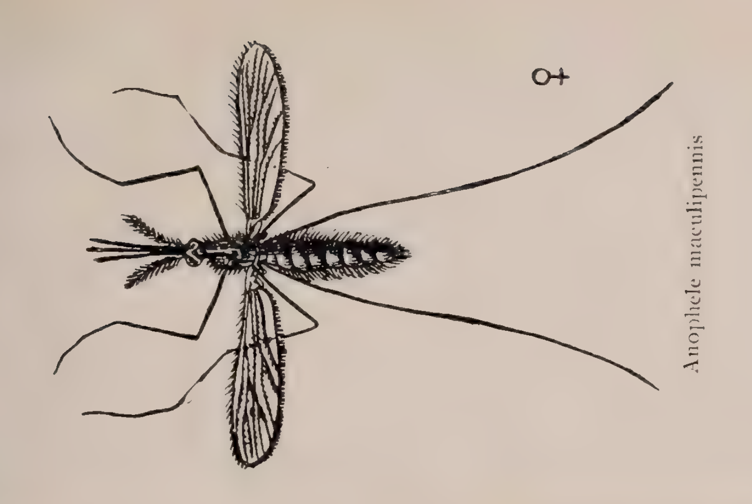
A estos mosquitos se llama en el Perú "zancudos", sin duda por la largura de sus patas.

Su proceso es conocido: los huevos puestos aisladamente en el agua se transforman en larvas para convertirse éstas en ninfas a unos quince días, y salir el insecto perfecto a los tres o cuatro días.

Para distinguir un mosquito anofelino de las otras especies, por ejemplo del mosquito común (culex pipiens, culex fatigans) es suficiente la observación externa por medio del oído y de la vista.

El anófele tiene un zumbido poco agudo, y lo interrumpe frecuentemente haciendo a tientas sus vuelos; a diferencia de los culicidos que tienen un doble zumbido agudo, el uno por las alas y el otro por las cuerdas que lleva en los estigmas del torax, causando más molestias con aquel zumbido persistente que con las mismas picaduras.

Además, la vista descubre en el anófele dos posiciones características: la una en su estado de larva, que se coloca de espaldas y horizontal a la superficie del agua, para suplir con la respiración por los estigmas del dorso su falta de sifón respiratorio, la otra su posición de adulto, pues se coloca en forma vertical al plano en que descansa. Por el contrario, las larvas de los culicidos se hallan sumergidas en el agua, con el aparato respiratorio en contacto con el aire exterior; y los adultos de los mismos guardan una posición paralela a la pared en que descansan.



Anophele maculipennis

STEGOMYIA FASCIATA

♂

♀

Myzomyia funesta

El mosquito anófele es el trasmisor del paludismo: de forma que donde no hubiere este díptero tampoco habrá paludismo. Solo la hembra se alimenta de sangre para obtener el desarrollo de los huevos. No todos los anofelinos se hallan parasitados por el germen del paludismo, y por tanto no es regla general que donde haya mosquitos haya también paludismo.

Los mosquitos de que hablamos no pican de día, a no ser en acabando de nacer; pues luego se hacen definitivamente nocturnos. Sin embargo, si se les interrumpe su descanso diurno, pueden dedicarse a picar atraídos del instinto de chupar la sangre.

4—Por lo que hace a la situación geográfica en sus relaciones con el paludismo, por medio del mosquito, que es su vehículo, pueden darse como ciertos y basados suficientemente en la observación los siguientes puntos de aplicación práctica.

Se dan regiones muy extensas donde se ha generalizado el paludismo, como sucede en las costas uniformes sin solución de continuidad; pero también hay zonas muy estrechas, de cuyos términos no sale la infección, según, acontece en los valles circunscritos por alturas.

Los anofelinos pueden vivir en una altura superior a mil metros; y por lo mismo, absolutamente hablando, no se hallan exentas de la infección palúdica las serranías: sin embargo el "plasmodium" necesita cierto grado de color para su desarrollo, y la variabilidad de las alturas no le favorece. De ahí, por lo común, la inmunidad de las cumbres altas, y a la inversa la insalubridad de las costas, de los llanos, y de los valles defendidos de vientos.

Cuando el mosquito sube, realizá su vuelo ascendente en dirección vertical, pero no puede subir directamente a grandes alturas: sucediendo que en las casas de

gran elevación, mientras los pisos bajos se hallan invadidos de mosquitos, los pisos altos se ven libres de ellos.

Aun cuando el mosquito, durante su vida, no realiza por sí un recorrido mayor de cinco kilómetros fuera de la zona infecta, y eso con vuelo horizontal y en condiciones favorables; pero, puede ser transportado, adhiriéndose a los carros y animales, y en su estado de larva puede ser arrastrado por las corrientes de las aguas.

5—Ahora hablemos del agua, donde los anofelinos ponen sus huevos.

El agua es indispensablemente necesaria para el desarrollo del anófele, cuyos huevos, larvas y ninfas tienen un desarrolo y una vida esencialmente acuática. Para este desarrollo el agua debe hallarse en la superficie del suelo y en calma relativa; pero no necesariamente estancada, pues una corriente mansa no impide la producción de las larvas ni el nacimiento de los adultos, que son los dos momentos críticos en la vida de los mosquitos.

Los anofelinos prefieren generalmente las aguas limpias y cristalinas, donde abundan algas y plantas verdes y donde se renueva el agua insensiblemente por manantiales sosegados.

No son favorables a la metamórfosis las grandes lagunas donde dominen recios vientos y donde no hay vegetación acuática que los defienda.

Se desarrollan mejor en los pozos pequeños, aún en charcos, en las huellas que dejan los animales al ir a beber, en los nidos de las tortugas y cangrejos, hasta en los tallos y hojas de pantas, como las bromeliáceas, aráceas, agaves, bananos, palmeras, cárica papaya y otras que tienen receptáculos con reservas de agua.

Son un obstáculo los árboles cuyas raíces secan el terreno especialmente el eucaliptus.

La profundidad de las aguas no es por sí impedi-

mento para el desarrollo, si hay árboles que defiendan las larvas de los vientos, del movimiento brusco de los peces, etc.

Aunque las lluvias en general son favorables a la propagación de la fauna anofelina, pero también las lluvias torrenciales pueden destruir las larvas.

6—Es sabido que el paludismo está sujeto durante las estaciones del año a variaciones notables, siéndole contrario el frío en los países intertropicales; puede también permanecer casi invariable o sujeto a simples oscilaciones.

El calor es necesario para el desarrollo del "plasmódium" en el cuerpo del mosquito: la temperatura que conviene a las larvas, ninfas y adultos es de veinte a veintiséis centígrados: una temperatura constante de más de treinta grados les es también nociva.

7—En materia de precauciones que deben tomarse para evitar el ataque del anófele, casi no puede decirse nada en relación con la vida que se lleva todavía en nuestra región oriental. Si se exceptúa el uso bastante general del mosquitero para dormir, nuestra montaña no se presta para la adopción práctica de los preceptos más elementales de la materia. Las casas se construyen allí aún con métodos sobradamente primitivos, muchas de ellas de troncoss de palmera partidos, con una serie obligada de aberturas, suficientes, no solo para dar entrada a los mosquitos, sino también a las lagartijas. Estas casas se construyen de preferencia en la proximidad de los ríos y de las riberas lacunizables en las crecientes.

Esto se realiza en una zona fluvial de extensión inmensa; siendo aún imposible vivir en forestas alejadas del agua de río, de la que necesitan para la vida.

De suerte, que privados de toda defensa mecánica en la construcción especial de las casas, y colocados en los focos mismos de reproducción de los mosquitos, los

moradores de nuestros bosques de Oriente se hallan al descubierto y al alcance de estos enemigos que incansablemente persiguen al hombre durante las serenas horas de la noche, empezando su tarea desde que el sol empieza a ocultarse.

Cuando la civilización y el desahogo económico transforme esta situación, se tomarán sin duda las precauciones que son conocidas, especialmente para impedir que los dipteros penetren en el interior de las casas, empleando para ello puertas y ventanas metálicas que sólo permitan el acceso del aire. Asegurada la inmunidad contra los mosquitos de noche en casas de construcción adecuada, queda la seguridad moral de evitar el contagio del paludismo.

Una vez contraído el mal, mayormente si es en forma aguda, no es fácil su curación inmediata: la infección resiste por largo tiempo a todo tratamiento. Parece comprobado que el específico es bicloruro de quinina; si la persona enferma permanece en la zona de infección, los gérmenes que destruye el específico podrán ser reemplazados por nuevas picaduras de mosquitos o al menos se dará lugar a la lucha por la invasión del virus.

Por eso el cambio a un clima diverso, algunas veces ha determinado una curación inmediata.

Se cree que los gérmenes molestados por un tratamiento eficaz, abandonan los glóbulos de la sangre en que actúan, y se refugian al bazo para permanecer allí en estado de reposo, para intentar más tarde otro ataque a los glóbulos rojos. De aquí procede que uno de los primeros síntomas de la reaparición del paludismo sea la hinchazón del bazo.

Está averiguada la eficacia de eucaliptus contra la infección palúdica y es un preservativo una rama de este vegetal en los dormitorios.

Las normas generales prescritas para entablar la lucha contra el paludismo, en los centros civilizados donde esa lucha es posible, ya son del dominio público. Ante todo como medida en el hogar y preservativa, el uso del mosquitero para dormir. En la casa, enrejados de tela metálica, que den acceso al aire y a la luz, pero no a los mosquitos. La quininación preservativa. Si los mosquitos han entrado en las habitaciones, los destruyen las fumigaciones de azufre o cresil, cerrando primero bien dichas habitaciones. Contra las larvas, disecación de estanques, supresión de recipientes de agua estancada, petrolización de las superficies de los charcos. Bicloruro de quinina para combatir la infección en la persona afectada.



CAPITULO XXXV

Prosiguen las reflexiones sobre la higiene y la profilaxia en el Oriente: varias enfermedades y afecciones (1921)

SUMARIO: 1—Los mosquitos comunes. 2—La anemia y otras afecciones. 3—Fauna patógena: sututo. 4—Otros ejemplares de la fauna dañosa. 5—Juicio comparativo.

1—Hemos establecido que los dípteros anófele no se han generalizado en los llanos amazónicos. Si tal sucediera, el hecho sería un flajelo de inmensas proporciones en una región forestal, de lluvias, de ríos, de lagunas, de charcos, de pantanos, de humedad atmosférica persistente, en un terreno sin desnivel sensible, donde aún las aguas de los grandes ríos oscilan en el plano que recorren.

Ya que no tenemos allí los funestos anofelinos, tenemos en número sin número los mosquitos comunes, la gran plaga oriental, cuyas picaduras reiteradas, irritando la sangre e impresionando rudamente a la naturaleza, pueden llevar al paciente a un estado febricente.

2—La enfermedad más general de la montaña peruana no es pues la malaria o el paludismo. La enfermedad más dañosa en aquella apartada región es la anemia con todas sus consecuencias.

La anemia en la montaña, primero, es efecto y después se convierte en causa. Contribuyen a producir la anemia la temperatura tropical, que determina una traspiración excesiva y no interrumpida y el desgano para alimentarse; la alimentación escasa y casi invariable; la lucha por la vida sujeta a sacrificios constantes, la vivienda antihigiénica.

Una vez adquirida la anemia, esta se convierte en una fuente perenne de afecciones dolorosas y enfermedades, basadas en la ausencia de los glóbulos rojos de la sangre.

Religioso conozco que adquirida una anemia incorregible en la montaña, se halla sometido a diario a dolores intensísimos al cerebro. Otros han adquirido hinchazones que comprometen todo el sistema. Otros llagas y fístulas.

No hablaremos aquí de la ankilostomiasis, frecuente en la montaña, de la cual el doctor Pesce ha hecho un estudio y una descripción oportuna.

Lo que no puede omitirse es el peligro en que se halla el viajero que transita por nuestro Oriente de que se vea aquejado de la disentería, con síntomas de gravedad repentina. Por esta causa se suele generalmente ir premunido de específicos de eficacia compromada, como la Estomaxil del doctor Saiz, sales de bismuto, etc.

Por lo que hace a la anemia, he notado que las personas de vida tranquila y de una alimentación nutritiva vegetal, evitan aquel flajelo y junto con un peso adecuado conservan una salud envidiable.

No es del caso tampoco hacer aquí una relación minuciosa de la fauna patógena de la montaña, que suele originar penalidades muy desagradables. La "garrapata" que se adhiere al cuerpo en las marchas por la vegetación herbacea, introduce sus ganchos en la piel con mucha presteza, y cuando se le arranca con las uñas deja una pequefla fuente de sangre. La "japa" (género "ixodes") llamada también "isanguy", se halla en gran número, adherida a las hojas de las hierbas o a sus ramitas; es muy menuda, de color granate; penetra aún a través de la ropa y se coloca sobre la piel, produciendo una comezón intolerable, comprobándose su presencia por las manchas rojizas que produce. Conocida es también la

"pulex penetrans" llamada "pique" o "nigua", que puede dar lugar a ulceraciones e inflamaciones del tejido, mayormente si se baña en agua la parte afectada.

3—Según llevamos escrito en este tomo, el joven y entusiasta misionero padre Juan José Hormaechea murió en Puerto Bermúdez con muerte arrebatada, debido al **sututo, succlacuro, subyacuro, chuti, achute o gusano del monte,** pues todos estos nombres tiene dicha enfermedad parasitaria, debida según el Dr. M. O. Tamayo, al parasitismo subdérmico de la "Dermatobia cyaniventris".

Las terribles consecuencias de esta afección y su tratamiento curativo ha dejado descritos el Dr. Pesce con bastante minuciosidad en los párrafos que vamos a copiar.

"No se puede menos de admitir, o bien que el insecto deposita o inocula directamente sus huevos sobre o en el tegumento externo, o bien que los huevos depositados por el insecto sobre la ropa interior (puesta a secar) o puestos de cualquier modo en contacto con ella, adhieren fácilmente al cutis del individuo que hace uso de aquellos instrumentos; en ambos casos es fácil comprender que allí, o los mismos huevos penetran por cualquier lesión superficial que se encuentre en la piel, o las larvas que de ellos rápidamente se originan la perforan, valiéndose de sus ganchos bucales y de los pelos duros o crines de que va armado su cuerpo."

"De todos modos, lo esencial es saber que esta larva se introduce al principio en el espesor de la piel sin hacerse sentir, o produciendo una ligera comezón; pero muy pronto va desarrollándose y profundizándose en los tejidos por medio de los mencionados ganchos y crines, los que accionan de un modo intermitente, producen intensos y característicos dolores lancinantes, ancestrales que llegan a producir insonmnio, mientras que cuando el

gusano permanece inmóvil el dolor es terebrante, sordo y más soportable. Al mismo tiempo va haciéndose más evidente una pequeña tumefacción, con un diminuto orificio en su vértice, por el cual a veces se puede distinguir el gusano, bajo el aspecto de un cuerpo plomizo, que huye y se interna al menor contacto o maniobra de extracción: a medida que va aumentando la inflamación local, esa tumefacción va tomando el aspecto de un forúnculo, y hasta de un verdadero abceso circunscrito, con salida de serosidad sanguinolenta o de pus; otras veces al contrario la larva se profundiza más en los tejidos, y la hinchazón desaparece dejando ver sólo una mácula de color rojo oscuro, con un orificio al centro; pero en este caso la persistencia de aquellos característicos dolores da el diagnóstico de su verdadero origen, e indica el tratamiento apropiado, que debe ser esencialmente quirúrgico".

"A los datos expresados, y a los que nos suministra el doctor Maticorena (1), creemos útil agregar los que se hallan en la relación de los viajes al Madre de Dios del Padre Armentia (2), a fin de tener una idea más adecuada acerca de la difusión de este importante parásito y de los medios vulgares empleados para extirparlo".

"Es una buena precaución para librarse de tales bi-
"chos, usar la ropa interior apanada, pues la plancha ca-
"liente los mata. Para matarlos se les pone zumo de "ta-
"baco fuerte para embriagarlos, o bien se cierra herméti-
"camente el agujero, por el que respira, con lacre del
"país (mascajo) bien caliente, hasta que muera.. Des-
"pués de muerto basta dar un apretón teniendo cuida-
"do de no agarrar el sututo, y sale con facilidad. De otro

(1). Vías del Pacífico al Madre de Dios: Lima, 1903, pág. 129.

((). Navegación del Madre de Dios: La Paz, 1887, pág. 147.

"modo es imposible hacerlo, pues se agarra con tal tena-"cidad, que muere estrujado en su agujero, llegando a "formarse una llaga. Los indios de Isiamas lo sacan con "mucha facilidad. Le llaman haciendo cierto ruido, ape-"nas perceptible con la boca; a cuya llamada el sututo "saca la cabeza, y entonces dan un apretón con el que lo "hacen salir. Invade en particular a los perros en los que "crece de una pulgada de largo; en las vacas aún crece "más pero hay un pájaro negro, parecido al tordo, que "parándose sobre los animales, los saca y se los come, lo "mismo que cuanto gusano y garrapata tienen. En cierta "ocasión maté un tigre muy grande, tan lleno de sututos, "que su cuerpo parecía una criba, completamente lle-"no de agujeros que para nada pudo servir. De modo "que no hay animal que esté libre de tan molestos bichos; "que invaden hasta a las aves, como más de uan vez he "tenido orasión de verlo".

4—No hay asimismo por qué extenderme sobre animales agresivos de los cuales fácilmente se defiende el morador de las selvas con las precauciones que ya son conocidas, aunque siempre con peligro de un descuido más o menos fatal.

Existen en la montaña alacranes, avispas, hormigas, etc., contra los cuales hay que estar siempre en guardia.

De la hormiga isula dice el doctor Pesce: "Otra hormiga que merece ser señalada de un modo especial es la hormiga negra o isula . . . Es una de las más grandes, llegando a tener una pulgada de largo, anda en el monte por ramas y hojas, y la picadura que hace con su aguijón trasero produce dolores intensísimos y persistentes, hinchazones a veces hasta el delirio y fiebre por el espacio de muchas horas (1).

(1). Informe sobre las industrias. . . . y la medicina etc.

Las culebras y serpientes venenosas causan pocos daños a las personas en la montaña; otro tanto puede afirmarse del tigre o jaguar (Felix onza), del tigrillo (Felix pardale), del puma o gato montes (Felix concolor), y aún de la boa yacumama, madre del río, que suele morar en el río y mide hasta siete metros de largo.

Dígase lo mismo del caimán o lagarto, que no pocas veces invade la canoa en busca de comida.

En los ríos existe la raya, que pisada por los que se bañan, abre con su dura cola una brecha en el pie, originando copiosa hemorragia. Vive, asimismo en los ríos la anguila eléctrica. (Cimnotes electricus), de una o dos varas de largo, cuya descarga eléctrica puede comprometer la vida de un hombre, asi como mata a los animales pequeños.

Los murciélagos, vampiros, (hylostoma lonceolata), etc., mortifican con exceso, atacando las extremidades del cuerpo mientras se duerme, arrancando un pedacito de la carne, hasta determinar una fuerte hemorragia, para chupar ellos la sangre. Atacan a caballos, toros, perros y aves y a las gallinas ocasionan la muerte.

He aquí una razón compendiada de algunas enfermedades y accidentes desagradables más generales de nuestra montaña, que nos conduce a establecer de nuevo el principio que sentamos en el comienzo del capítulo, de la benignidad relativa de aquella región y de sus condiciones patológicas, notablemente ventajosas, si se comparan con otras naciones aún americanas.

5—En mi vuelta de Iquitos a Lima, hube de esperar por varios días embarcación para pasar de Masisea al Pichis y al Aporoquiali; y hallándome alojado en la casa de la familia de Aladino Vargas, cayó en mis manos el número 610 de la revista "Al rededor del Mundo", donde traía el último anuncio del Libro Azul del gobierno Anglo Indio, que decía:

En 1909 han matado en el pais de los fakires:

Las serpientes 19,000 personas.

Los tigres han devorado 900 personas.

Los lagartos 300 personas.

Los lobos 270.

Otras fieras 686: total 21,856 personas.

Los leopardos han comido 42,000 cabezas de ganado.

Los tigres 28,000.

Las serpientes mataron 9,800 ovejas y cabras.

Los lobos 10,000.

El hombre ha destruído 17,900 tigres, leopardos y lobos.

Así mismo 7,000 serpientes.

La peste hizo víctimas (1907) 1,315.000.

Así mismo en 1909, hizo víctimas 174,000.

Aún dada la diferencia de población entre aquellas regiones y el Perú, pues se trata de muchos millones de habitantes, concluímos con razón las condiciones inmensamente ventajosas de nuestra región oriental, donde los casos desgraciados son casi ninguno y debemos afirmar que el autor de la naturaleza ha concedido a estas Américas, y al Perú especialmente, no escasos privilegios.



CAPITULO XXXVI

De Iquitos a Lima
(1911)

SUMARIO: 1—De Iquitos a Contamana: visita a Cashiboya. 2—Costumbres de los cashiboyanos. 3—Al Pisqui. 4—Cayana, Abujao, Tamaya, Masisea, Monte Calvario. 5—Aporoquialí, Puerto Bermúdez, Puente Yessup, Shuaro, Lima.

1—En febrero de 1911 salí de Iquitos en lancha a vapor, y con escala en Requena llegué a Contamana. Aquí tuve oportunidad de emprender mi viaje en canoa a la misión de Cashiboya en compañía del padre Bernardo Irastorza. La misión de Cashiboya debe tenerse en su tanto como un reflejo de Sarayacu por su origen y sus costumbres.

No dista sino un día de canoa desde Contamana, pero pasamos la noche frente al canal de entrada, en la ribera de Ucayali, húmeda y atestada de una nube de mosquitos.

Para entrar a Cashiboya se hace variada y encantadora navegación, primero de un canal festonado de una vegetación exuberante que cae sobre las aguas; después de una laguna grande de clarísimas aguas, de grandes y abundantes peces, de contornos caprichosos y explendoroso panorama; y por último del pequeño río Cashiboya, que aunque pequeño se prolonga para dos semanas de navegación en canoa.

Cashiboya se halla junto a este río, a pequeña distancia de la hermosa laguna. Aquí se refugiaron los Panos o Setebos al abandonar Sarayacu; aquellos Setebos

de Ana Rosa que tantas muestras dieron de benevolencia a los padres misioneros en diversas épocas y circunstancias. Estos Panos son poseedores de la más hermosa lengua de nuestro Oriente, que hace papel de lengua madre de las demás lenguas como el latín de las lenguas romances.

En esta ocasión la población de Cashiboya se hallaba muy mermada, y según costumbre preferida de los indios, diseminadas las casas en la espesura. Además los caucheros los han llevado a diversas partes.

Se hallaba al frente de la misión el infatigable padre fray Mariano Legarra, el mismo que hallamos en el río Palcazu. Niños aún, en 1883, habíamos abandonado juntos las playas españolas y surcamos las aguas del Atlántico y Pacífico.

La misión tenía graciosa plaza con iglesia de adobes de buen gusto. Esta iglesia era nueva, adosada a la antigua que fue mucho mayor, pero que se halla ruinosa.

2—Los cashiboyanos han conservado una ejemplar moralidad desde su fundación. Propenden a la santidad de costumbres con una seriedad que les honra.

Los que pretenden alguna libertad dejan la misión y evitan la vigilancia del padre misionero.

Por navidades continúa una costumbre antigua: aquella noche concurre todo el pueblo, con sus tres mayordomos y ayudantes. Se bendicen tres pendones que se entregan a los respectivos mayordomos, y a sus mujeres se les da las imagencitas de Jesús, María y José; a las mujeres se les reparte flores y otros objetos, y se hace una procesión animada y devota, rezando el rosario.

El día 25 traen al padre dádivas, sobre todo de comestibles, en abundancia, y el 26 preparan su comida propia junto al convento, que el padre bendice con solemnidad; quien prueba además su comida y recibe una parte de ella cada una de las familias.

Si algunos quieren llevar al padre a su hogar en calidad de convidado, piden la venia a todas las autoridades, y lo ejercitan ceremoniosamnete y por turno.

Los libros parroquiales del Cashiboya, sin tener la antigüedad venerable de los de Sarayacu, registran una serie de nombres, que representan otra serie de trabajos de abnegación evangélica: allí firman los misioneros Padró, Ballester, Mayoral, Castellanzuelo, Burgés, Sans, Martínez, Sabaté, Vila, Ortí, Pallás, Alemany, Fernández, Sala, Deu, Batlle, Lange, Navarro, Legarra, Ivars, Alvarez e Irastorza.

De Cashiboya pasamos frente a la desembocadura del río Pisqui. Salimos al rio Ucayali, no por la bellísima laguna que le separa de él, sino entrando en una serie de terrenos inundados que en aquella coyuntura de creciente de las aguas daban paso a la canoa.

El Pisqui en la época de lluvias es un gran río, tranquilo y majestuoso en su encuentro con el Ucayali; a deferencia del Manoa o Cushiabatay que es turbulento.

En el Pisqui tenía su negociación de caucho don César A. Odisio que conoce el río y sus tributarios. Según el croquis que de su mano había hecho, el Pisqui se extiende muchísimo en dirección oeste, hasta una zona fría, vecina a las vertientes del Huallaga, donde la destemplanza de ambiente impide trabajar. El Pisqui recibe más ríos por el Norte a su izquierda que por su derecha: por su izquierda, junto al Ucayali tiene el hermoso lago Típica, luego inmediatamente el río Uvanía, a continuación recibe las aguas de dos brazos que unidos toman el nombre de Noala, al cual siguen las vertientes Tahuaia, Sacpaia y otras sin nombre conocido. Por el Sur recibe el río Aniampa y algún otro innominado.

3—Del Pisqui volvimos a Contamana para emprender luego la vuelta a Lima en lanchas a vapor.

La lancha se detuvo algunas horas frente a las complicadas bocas de Cayana.

Yendo en la lancha pude darme cuenta de cuanto ha fluctuado el río Abujao desembocando en el Ucayali en distintos puntos.

Los cursos de los ríos Abujao y Tamaya se desenvuelven en comarcas muy distantes; no así sus bocas que se acercan mucho. El curso del Tamaya es notablemente largo y variada su orientación.

El misionero que en estos últimos años ha explorado mejor el Tamaya es el padre fray Mariano Legarra. En la exploración del año 1906 a dos días de navegación se halló en Curumaná, donde halló unos 100 habitantes con capilla pública y panteón. A los cuatro días de navegación llegó a Riunueuro, donde halló 40 moradores. Luego catorce días sin hallar habitantes hasta llegar a la confluencia del Tamaya con el Putuaje, pueblo fundado por caucheros loretanos: habrá allí unos 200 habitantes, muy indiferentes en materia de religión. Una jornada más arriba está el puesto Zabonro, que según informes se hallaba bajo la influencia de brasileros y no llegó allí para evitar inconvenientes.

Sufrí una detención obligada de varios días en Masisea y en Monte Calvario, por falta de embarcación, que me condujera al Pichis.

Hermoso río el Ucayali, cuyas márgenes iba a dejar sin duda para no verlas más. Este río se hallaba muy poblado en toda su extensión, ofreciendo trabajo incesante a los padres misioneros. Desde Requena se atendía a unas 17.000 pedrsonas. De Contamarca al Tambo había sobre 50 centros poblados, la gente civilizada, y de Shipibos, Cunibbos y Piros semi-civilizados, que solía visitar desde Cashiboya el padre Legarra.

5—En mayo me hallaba de nuevo en Aporoquiali, para las últimas impresiones que debían dejar en mi á-

nimo los indígenas, impresiones que influirían al trazar estas pobres páginas.

En esta ocasión me dí cuenta de todo lo que conmueve a los Amueshas y aún a los campas, la fiesta del plenilunio, si la noche es clara y diáfana.

Les gusta no tener testigos extraños para las expansiones de esta fiesta. Cuando sale la luna explendorosa por entre los coposos árboles se alegran de un modo incontenible: dejan toda pieza de ropa de civilizados, que suelen llevar cuando conviven con cristianos; se visten de su cushma, se ponen las mejores bandas y coronas y pintan cara, brazos y piernas del zumo de huito, haciendo caprichosos dibujos. Presentan las armas a la luna, y le saludan con el masato, servido por las mujeres. Luego empieza el baile nocturno: bailan de pie los hombres con un brazo sobre el hombro de su compañero y la otra mano libre para hacer sonar su "rondin" de cinco o seis cañas colocadas de mayor a menor: y al son de este instrumento dan vueltas al rededor del cuarto: el instrumento da muy pocas notas, sin variaciones.

Las mujeres se divierten a parte entrelazadas las manos, formando una cadena en corro, y saltan y dan vueltas.

La danza se interrumpe para tomar masato; y así se pasa toda la soche.

Cuando el sol sucede a la luna, se echan a dormir bajo la influencia de los vapores del masato.

Si ha sobrado masato, la danza se repite a la noche siguiente, que no se suspende mientras él subsista.

A fines de mayo, los dos padres viajeros resolvimos dejar la montaña; el padre Navarro con sus colecciones, yo con mis observaciones y apuntes.

El padre Alberto Gridilla que se hallaba al frente de la misión nos dió un canoa y la gente necesaria para llegar hasta puerto Yessup.

La canoa se fabrica de una sola pieza de cedrela o aguano: hoy no las hacen grandes: las menores suelen tener tres metros, las mayores diez; un ancho de 50 centímetros las menores, un metro las grandes; la altura del borde de 30 a 60 centímetros. No tiene timón ni quilla; su dotación suele ser un popero, y dos, cuatro o más bogas. El popero dirige la canoa, sirviéndose del remo como timón. El remo tiene de uno a dos metros de largo, y se maneja al aire con las dos manos sin apoyarlo en los bordes de la canoa. Contra los grandes calores se le pone una toldilla que se denomina "pamacari".

Nuestros antiguos padres fabricaban canoas de dos metros de ancho, especialmente la canoa "mitayera", que suministraba bastimento a los padres.

Tuvimos un próspero viaje de varios días hasta puerto Yessup. Nos era muy agradable pasar las noches sobre la arena de las playas. No hubo lluvia.

En Puerto Yessup nos despedimos de los indígenas bogas que se portaron muy bien; y emprendimos a pie esa vía del calvario el camino de Capelo. Tuvimos la suerte de no quedarnos a la intemperie ninguna noche, sino que llegamos a los "tambos" correspondientes. Al octavo día nos hallábamos en San Luis de Shuaro, y de San Luis de Shuaro en cuatro díasl llegué descansadamente a Lima, y el padre Navarro, después de algunos días, pasó a su convento de Ocopa.



LIBRO CUARTO

ESTADO DE LAS MISIONES EN LOS ULTIMOS AÑOS BAJO EL REGIMEN DEL PADRE PREFECTO APOSTOLICO Fr. FRANCISCO IRAZOLA

(1913-1921)

Religiosos que intervienen: Francisco Irazola, Agustín María Alemany, Bernardo Irastorza, Juan Mariano Uriarte, Rafael Gastelua, Luis Alvizu, Bernardino Muñoz, Cárlos María Saavedra, Prudencio Aguirre, Juan Bautista Aguirre, Santiago Zarandona, Teófilo Gassía, Blas Anaya, José María Olariaga, Buenaventura Ivars, Bernardo Garaicochea, Mariano Legarra, Manuel Alcaina, Agustín López, Leovigildo Olano, Luis Estaper, Buenaventura Martínez.





R. P. FRANCISCO IRAZOLA





CAPITULO XXXVII

Elección del padre Irazola en Prefecto: pérdida del Aporoquiali: el camino a Puerto Ocopa.

SUMARIO: 1—El padre fray Francisco Irazola Prefecto Apostólico. 2—Pérdida de la misión de Aporoquiali. 3—Instalación en Requena e Iquitos de las Misioneras Franciscanas hijas de María. 4—Apertura del camino central por Pampa Hermosa y el Tambo. 5—Descripción del padre Uriarte. 6—Descripción del señor Delgado y Morey.

---

1. El padre fray Agustín María Alemany, teniendo en cuenta su avanzada edad y algunos achaques inherentes a la misma, hizo renuncia de su oficio de Prefecto Apostólico. Aceptada su renuncia, fue presentado y nombrado para sustituirle el benemérito misionero padre Bernardo Irastorza, quien permaneció en el ejercicio del cargo muy poco tiempo, mientras gestionaba la aceptación de su renuncia por la Sagrada Congregación de Propaganda Fide.

Como consecuencia de todo esto, recayó la designación para tan elevado cargo en el padre fray Francisco Irazola, por nombramiento otorgado el 28 de enero de 1913.

El padre Irazola se había empleado en las misiones de infieles durante mucho tiempo, y poseía el conocimiento y la experiencia suficiente para el régimen adecuado de las mismas. En posesión de una salud a toda prueba, había realizado largos y arriesgados viajes, por

todas las anchurosas comarcas que comprende la Prefectura Apostólica, avanzando hasta los linderos del Brasil y haciendo el viaje de regreso por Moyobamba: poseía además el don inestimable de atraer las voluntades, sin exceptuar las de los indios.

2—En los comienzos de su gobierno tuvo que lamentar un desastre por demás deplorable, como fué la pérdida de la misión de Aporoquiali. Esta misión había llegado a un estado de visible prosperidad, emulando con ventajas las condiciones de Puerto Bermúdez en sus mejores días. La situación económica de los misioneros e indígenas era muy satisfactoria, y se hacía el bien espiritual hasta donde era posible. El padre Olano había abierto una senda por el Cerro de San Matías, para comunicarse más fácilmente con el Mairo y la Colonia Alemana del Pozuzo, cuyo tráfico hacía más holgada la situación económica.

Las relaciones de los misioneros con los caucheros eran muy cordiales; y el puesto Cahuapanas de la familia Corpancho, que venía a ser el puerto del convento, era un gran descanso y una providencia para los misioneros, señalándose en favorecerlos la señora de Corpancho, noble y generosa matrona.

Antes de establecerse el puerto Cahuapanas, se entablaron relaciones y correspondencia con Iquitos mediante las lanchas a vapor, que en los ríos de oriente trafican, y que en las crecientes entraban al Aporoquiali y daban fondo al pie del Convento.

Las relaciones de los misioneros con los indígenas eran también amistosas, no solo con los neófitos, sino también con lo infieles de los contornos, para quienes no era dudosa la lealtad de los misioneros y la rectitud de sus intenciones. Cuando cualquiera de aquellos infieles, campas o amueshas, necesitaban una herramienta, o pólvora para cazar, o un utensilio para sus pobres hogares,

era seguro que lo obtendrían de los misioneros, si lo tenían a la mano, mayormente como merced de cualquier pequeño servicio.

Los niños indígenas seguían educándose en el internado del convento.

Así corrieron las cosas hasta el año de 1914, en que se colmó la medida de la paceincia de los indios que se hallaban internados en el Aporoquiali al servicio de los caucheros. Los indios organizaron un levantamiento en forma, como lo suelen hacer los Campas.

El padre fray Leovigildo Olano, gran pacificador de indígenas, había pasado a la misión de la Chorrera, para representar en aquella zona los derechos territoriales del Perú. Al frente de la misión de Aporoquiali se encontraba el padre fray Ignacio Arana.

Los indios venían quejándose amargamente de sus patrones, porque se negaban a pagarles su trabajo. El padre Olano, antes de partir para el Putumayo, procuró persuadir a los campas que el motivo de no pagarles con la abundancia que solían era la crisis del caucho, es decir la baja de este artículo en los mercados mundiales. Este era el punto que los indios no entendían, y resolvieron ejecutar su plan de venganza y exterminio.

Tuvieron la precaución de exigir desde años antes, que el pago de su trabajo se les hiciera en buena parte en armas y municiones: por lo mismo ya se hallaron en esta emergencia armados un buen número de campas. El plan de combate fue embestir a tiros a los patrones en las zonas de explotación del caucho, en las riberas del Aporoquiali. Huyeron los blancos hasta refugiarse al convento de los misioneros. Aquí se entabló el último combate, en que tuvieron muy buena y certera mano los niños del colegio. Pero oprimidos por el número hubieron de abandonar sus puestos los niños, el padre y los caucheros.

Luego los insurrectos quemaron el convento y la capilla, y se dispersaron los neófitos.

Se hicieron beneméritos en Aporoquiali los padres Olano y Arana, y no menos el padre fray Alberto Gridilla, quien además de atender a la misión, tuvo tiempo y paciencia para adornar la capilla con un altar gótico de muy buen gusto.

Los neófitos a quien se atendía en Aporoquiali, amueshas y campas, eran 128.

3—A poco de ser nombrado Superior, recorrió el padre Irazola el territorio de la Prefectura Apostólica, haciendo un oportuno viaje a Requena, donde se hallaba en condiciones críticas la misión del río Blanco. Aquella misión hubo de abandonarse por motivos cuyo relato omitimos, pues no dejaron a los misioneros sino recuerdos amargos y dolorosos. Hallándose el resto de los misioneros dedicados a su ardua labor en sus centros correspondientes, el padre Irazola abrigó en su alma dos aspiraciones: la instalación de las Misioneras Franciscanas hijas de María en el territorio de la prefectura y el camino al Oriente por la vía de Satipo y Pangoa, que ha sido el invariable ensueño de todos nuestros grandes misioneros.

La instalación de las Misioneras en la Prefectura no se pudo realizar durante la guerra mundial, pues las abnegadas Franciscanas de Europa se hallaban ocupadas en los puntos de más urgencia en los campos de combate.

Cuando en mayo de 1915, en que se celebró el capítulo general de la Orden en Roma y al cual asistí como vocal, tuve oportunidad de llevar el mensaje y el pedido del Rvmo. Padre Prefecto Apostólico a la Superiora general de las Misioneras; al oir que sus hermanos los misioneros pedían cooperación en la ardua labor de establecer la fé y la religión en el territorio salvaje del Perú, se iluminó y se llenó de alegría el semblante de la digna Superiora, y dijo con acento firme: Ahora no es posible,

porque todas las hermanas ocupan puestos que no se pueden abandonar, pero apenas termine la guerra se hará, Dios mediante.

Y así se ha realizado: no solo tenemos a las misioneras en las ciudades del Cuzco, Arequipa y Barranco (junto a Lima), sino también en Requena y en Iquitos.

Quien conozca la abnegación y firmeza de estas misioneras en educar los corazones de las muchachas menos formadas y aún abiesas, puede esperar con fundamento que harán labor provechosa en la formación cristiana del variado elemento infantil de Loreto.

4—El segundo punto, esto es la apertura del camino central al Oriente por la vía de Satipo, resultaba un asunto mucho más complicado. Tenía en contra los mil fracasos de que hace mención esta historia; y se tenía en contra el último abandono del Pangoa por el padre Tomás Hernández, de cuyo hecho todavía no se habían olvidado los Campas.

No obstante todo eso, el padre Irazola, animado de un gran espíritu de empresa, hermanado a un tacto de gentes sagaz y delicado, intentó la realización de esta obra colosal. Tanteó el estado de ánimo de los Campas de Pampa Hermosa y de Pangoa, y los halló asequibles. Hizo un arriesgado viaje de exploración por las aguas del Apurímac, recorriéndolo con una expedición respetable de indios amigos. Anduvo el Apurímac desde nuestras misiones de Quimpitiriquí hasta su confluencia con el Mantaro, luego el Ene y a continuación el Perené, hasta tomar las aguas del Pangoa. Esta exploración tuvo buen número de percances; pero dio por resultado que los Campas del Apurímac, del Ene, del Tambo y Perené, no fueron hostiles a la presencia y actuación del misionero.

Sobre esta base emprendió el padre Irazola la apertura del camino de herradura que prescinde de la vía

fluvial del Pangoa, se ladea a la cuenca del Satipo, y se llega por tierra hasta la confluencia de este río con el Pangoa, que luego desemboca en el Perené; punto que se ha denominado Puerto Ocopa.

La gigantesca empresa del padre Irazola ha merecido los aplausos de la prensa de la capital, del público en general y del Gobierno, del cual ha recibido también socorros pecuniarios.

5—En abril de 1918, nuestro hábil geógrafo el padre fray Juan M. Uriarte, hacía del camino a Puerto Ocopa la siguiente descripción.

"Manifestaré a S. P., brevementee, el estado en que he hallado el camino en referencia. El camino abierto lo dividido en tres secciones. La primera de Santa Ana a Germania. La segunda de Germania a San Francisco. La tercera de San Francisco a diecisiete kilómetros más abajo. Las dos primeras secciones se terminaron el año pasado, pero ha habido necesidad de limpiarlas y repararlas este año. El camino desde Santa Ana a Germania va por la orilla derecha del río Pampa Hermosa, algo desviado de él. en general unas tres cuadras. Como va por faldas de bastante pendiente, tiene una anchura de un metro, menos en las partes de roca, en algunas de éstas se necesita ensancharlo, a fin de que puedan pasar sin tropiezo las bestías d carga. La segunda sección, de Germania a San Francisco. toda se halla en llano, y el camino tiene un ancho de 4 a 5 metros. En Bellavista, que está a 7.500 metros de Germania, es necesario construir un puente para pasar a la orilla izquierda. Actualmente se pasa en balsa. El río tiene en este lugar un ancho de 10 metros, más o menos. Finalmente la tercera sección, que se ha trabajado este año, hasta ahora sólo alcanza a 17 kilómetros más abajo de Germania y se espera que este año se podrá avanzar hasta el afluente de Casandovini, que

se halla en la orilla derecha del Satipo, distante de San Francisco 27 kilómetros. Aquí el río Pampa Hermosa pierde su nombre y toma el que le dan los infieles hasta la concurrencia con el Pangoa, a saber, el de Satipo".

"Desde el lugar referido de Casandovini, hasta Jesús María, la distancia será cosa de 27 kilómetros, más o menos. El camino canstruído entre San Francisco y seis kilómetros más abajo, marcha por laderas de bastante pendiente, y en estos lugares sólo tiene de ancho un metro; el resto es de 4 a 5 metros, como en la sección anterior. Hacen falta cuatro puentecitos de 10 metros de longitud."

"Es de esperar que el año entrante quede expedito el camino hasta el puerto; para esto será suficiente que el gobierno apoye la empresa con unos cinco mil soles, como mínimum. Si así se hace, tendrá el Perú un camino económico y comercial con los grandes ríos navegables del oriente y tendrá la ventaja sobre cualquier otro, porque dista solo cuatro días de Concepción y en el trayecto tiene poblaciones de importancia, como Comas, Andamarca y Pampa Hermosa. Sólo resta colonizar desde Germanía al puerto; mas con una colonia en San Francisco queda salvada la dificultad y las jornadas hasta el puerto se distribuyen en muy buenas condiciones. La primera serie de Concepción al pueblo de Comas, 8 leguas; de Comas a Atac, lugar de la hacienda de Runatullo, 10 leguas; de Atac a San Antonio o La Palma, 7 u 8 leguas; de La Palma a San Francisco, 8 legoas; de San Francisco al puerto, 10 leguas. El último trayecto se halla poblado de infieles, lo mismo que la mitad del anterior. Respecto al objeto principal de mi viaje, es reunir datos respecto a la altura sobre el nivel del mar y las coordinadas geográficas de los siguientes lugares: Germania. San Francisco, Pangoa y el Tambo. Me ha llamado mucho la atención la declinación de la brújula y es

que va en disminución. La diferencia entre Ocopa y Andamarca apenas es de 15º minutos, pero entre este lugar y el Tambo es de más de medio grado. En Ocopa la declinación magnética es de 8,20º, y en el Tambo, 7º 17.

"Nada más le diré por ahora, y sólo espero verme con su paternidad para darle pormenores más completos. De S. P. afmo. hijo q. b. s. h.—Fr. Juan M. de Uriarte".

—El padre Irazola no ha descansado desde la fecha en que se escribió la carta que precede, para dar la última mano a su obra; de modo que en diciembre del año pasado de 1920 tuvieron los misioneros la oportunidad de que repercutiesen en la República las óptimas condiciones del camino, con ocasión del viaje emprendido por don Julio Delgado y Morey en su lancha "La Libertad", desde Iquitos a Lima por la vía del Tambo y camino de Andamarca.

La descripción que del camino hace don Julio es como sigue:

"De la boca del río Tambo he efectuado en mi lancha el viaje a Puerto Ocopa, en 32 horas de navegación efectiva. De Puerto Ocopa me trasladé al punto denominado Atac, por un espléndido camino de herradura, obra también del Padre Irazola. Desde Ocopa, todo el trayecto está poblado por naturales de las serranías, que tienen establecidos sembríos de caña, coca, yucas, etc., y se dedican a la cría de animales domésticos, proporcionando recursos a los transeuntes a precios muy equitativos. Hay una extensión de nueve leguas solamente, comprendidas entre Puerto Ocopa y el Convento de San Francisco de Satipo, poblada con indios campas, que, dirigidos por los misioneros de Ocopa, mantienen en buen estado el camino y proporcionan facilidades a los viajeros".

"No contentos los misioneros con haber construído

un camino tan excelente y dotarlo de recursos de todo género, trabajan con encomiable actividad para ponerlo en condiciones de que pueda establecerse un tráfico bien organizado de autos y camiones. Para esto, cuenta el R. P. Irazola con una cuadrilla de barreteros, que en la actualidad se preocupa de hacer desaparezcan los malos pasos que aún existen".

"En cuanto a baratura, no puede un viajero exigir mayor exiguidad en sus gastos para trasladarse de la costa a la montaña. Un viaje entre Iquitos a Lima, por la vía que acabo de recorrer importaría:

Pasaje en lancha de Iquitos a Ocopa	Lp.	15.0.00
Alquiler de bestia de Ocopa a Concepción .	,,	2.0.00
Pasaje por ferrocarril de Concepción a Lima	,,	2.1.65
Total	Lp.	19.1.65

"La duración del viaje de la capital de Loreto a Lima por la vía Ocopa-Concepción-Lima, puede hacerse en 12 días, sin esfuerzo alguno".

"El viaje por tierra, consta de las siguientes jornadas: de Puerto Ocopa al Convento de San Francisco, nueve leguas de buen camino, a lomo de mula; de San Francisco a Pampa Hermosa—donde existe otro convento—siete leguas de igual camino, si se exceptúa una sección de dos a tres horas en la cual hay un poco de barro; de Pampa Hermosa a Atac, siete leguas de camino que en sus dos tercios es completamente llano y el resto bastante accidentado hasta culminar la cordillera oriental de Atac, pasando por la hacienda "Runatullo"; de Atac a Viena, seis leguas y de Viena a Concepción ocho leguas de buen camino en toda la jurisdicción de "Runatullo", pero desde Comas es bastante quebrado. En todo el trayecto hay abundancia de víveres y recursos para los

viajeros que encuentran sucesivas e inesperadas atenciones, muy especialmente en la hacienda en referencia, propiedad del señor Juan Chávez, quien se esmera en atender a los viajeros que trafican por sus tierras, y en su afán de coadyuvar a que esa ruta sea la preferida para la comunicación con la montaña, secunda con todo entusiasmo a los padres misioneros, se propone implantar en breve servicios telefónicos entre Concepción y Atac, y establecer otras mejoras tendientes a dar mayor número de comodidades a esa ruta".

CAPITULO XXXVIII

Un problema de buen gobierno: estado actual de las misiones orientales. (1915-1921)

SUMARIO: 1—Un problema: la estabilidad local de los misioneros. 2—Informe del padse Prefecto Apoctólico: males que se evitan. 3—Bienes que se promueven. 4—Los Campas.. 5—Las Misioneras. 6—Los Misioneros.

1—El establecimiento de la Prefectura Apostólica de San Francisco del Ucayali, haciendo de la misma una entidad eclesiástica ordinaria y no subordinada a ninguna autoridad episcopal, ha creado en ella ciertos deberes de carácter parroquial que antes no existían. En épocas anteriores los misioneros hacían entrega de las parroquias que organizaban al Obispo a quien pertenecían las parroquias limítrofes. De esta suerte los misioneros no se establecían, sino que se hallaban en libertad para emprender nuevas conversiones de infieles.

Esta regla tuvo sin embargo su excepción, no solo en Chiloé, donde se atendía al servicio parroquial por los misioneros, y solo uno que otro ejercía el cargo de misionero "circular"; sino también en nuestro Oriente, en la época del padre Sobreviela, en cuya fecha el gran número de misioneros bastaba para atender a no pocas parroquias, y además para llevar a cabo exploraciones y dedicarse a la conversión de los salvajes.

Las pretensiones del obispo Rangel para estabilizar a los religiosos misioneros con el cargo parroquial, halla-

ron una dificultad insuperable en la tendencia nativa de los misioneros, que se creían llamados preferentemente a convertir infieles.

En la condición actual de la Prefectura Apostólica de San Francisco del Ucayali, a la cual las leyes canónicas vigentes recomiendan cierto organismo tendente a la administración parroquial, se presenta de nuevo el problema de la estabilidad o movilización de los misioneros, que no deja de presentar dificultades, dada la disminución de las vocaciones eclesiásticas que se nota en todo el mundo y se deplora como un grande mal.

Es de esperar que el Reverendísimo Padre Prefecto Apostólico dará una solución adecuada a esta dificultad, acomodándose a las circunstancias; pero no podrá obtenerse el éxito deseado sino aumentando la suma de sacrificios en los misioneros para atender a las dos obligaciones de moverse y no descuidar los centros de misión.

2—La manera con que se ha llevado a la práctica la acción de los misioneros del Ucayali en estos últimos años, con verdadero adelanto religioso y social de las zonas que comprende la Prefectura Apostólica, quedan expuestos oficialmente por el padre Irazola en un "Informe" dado al Capítulo Provincial de San Francisco Solano. El "Informe" dice así:

"Para formar el debido concepto de la acción de los PP. de la Provincia de San Francisco Solano en la Prefectura Apostólica del Ucayali, debe recordarse que anteriormente a la creación de la Prefectura en el año de 1900, los PP. Misioneros exclusivamente atendieron a las misiones de infieles y no a los pueblos civilizados que pertenecían a parroquas lejanas; y eran visitadas por sus párrocos cada dos o más años, y a la ligera, sin dar instrucción religiosa. San Ramón, La Merced y otros pueblos de 3,000 almas, procedentes del Asia, de diversas partes de Europa y de este mismo país, algunos como los

asiáticos daban culto público a sus dioses, otros protestantes e incrédulos denigraban a la Iglesia Católica y a sus ministros, y los pocos católicos apenas se manifestaban como tales, por temor a las burlas de los protestantes o incrédulos".

"3—A fin de remediar tal estado de cosas, el año 1915 se establecieron dos PP. en San Ramón, que dista de la misión de San Luis de Shuaro 35 kilómetros, cuyos trabajos apostólicos ha bendecido Dios. Los asiáticos han abandonado su pagoda y culto pagano, sus hijos son catequizados y bautizados. Los hacendados en su mayoría protestantes e incrédulos, respetan nuestro culto y reclaman al P. para que ejerza su ministerio en sus propiedades y las fiestas se celebran con solemnidad y concurrencia".

"El año siguiente de 1916 el hospital de la Merced servida por seglares irreligiosos que impedían la asistencia del P. a los moribundos, a petición de los PP. y del pueblo el Gobierno dispuso que fuera servido y dirigido por MM. Salesianas, quienes están también al frente de la escuela fiscal con agrado del público y bien de las almas. El hospital se ofreció primero a nuestras MM. Terciarias, y por falta de personal no lo aceptaron".

"En Ucayali, donde hay gran número de caseríos en el curso del río, cuyo largo es de 1250 kilómetros, encontraron los PP. mayores dificultades para su ministerio, debido a los judíos negociantes y europeos vagos, que en gran número vinieron a buscar caucho y enseñaron a los naturales malas doctrinas, ofensivas a la Iglesia Católica y sus ministros. Los PP. del Ucayali, especialmente Agustín Alemany, Bernardo Irastorza y Agustín López han sostenido una lucha tenaz y larga, sufriendo por Dios y por las almas molestias diarias en el cumplimiento de su ministerio". Después de 15 años de sufrimientos el Señor puso remedio con la baja del caucho que obligó

a los sectarios a dejar esas tierras y hoy reina la paz religiosa en Ucayali. Muchos caseríos han hecho capillas y todos reclaman la presencia de los PP. para dar culto a Dios y recibir los santos sacramentos.



Banda de músicos indigenas (Satipo)

4—"La ferocidad de los salvajes Campas del Pangoa y Tambo es muy conocida en el país; ellos son los que han victimado mas religiosos y civilizados, impidiendo que los primeros formaran misiones y los segundos tomaran tierras. En 1916 después, de varios viajes de observación, emprendimos su reducción con resultados satisfactorios, gracias a Dios; ocho caseríos con sus jefes están en relación amistosa con los PP. y también las muchas familias que viven en las playas del río Tambo. El año 1918 se establecieron los PP. en el caserío de Satipo

y desde entonces enseñan la doctrina cristiana y además dirigen las escuelas de niños; y el Gobierno les ha provisto a sus moradores de instrumentos músicos y ganado vacuno. Unicamente a los niños que viven en nuestro conventillo y están dispuestos se les ha bautizado; a los demás por falta de proporción y disposición no lo creemos conveniente".

"Para recorrer los caseríos y comunicarnos con los PP. delUcayali, con apoyo del Gobierno, se ha abierto bajo la dirección de los PP. un camino de 90 kilómetros de largo y metro y medio de ancho. Contando con esta vía, el afecto de los jóvenes y los seis gendarmes que el Gobierno ha puesto a disposición de los PP. es de suponer que no se repetirán las escenas sangrientas del pasado."

5—"Establecida la calma en Ucayali con la baja y agotamiento del caucho, para combatir la corrupción de la costumbre e ignorancia religiosa, gestionamos por la venida de la MM. Misioneras Franciscanas de María que en su esfera contribuirían dando educación sólida y religiosa a las niñas; y el año antepasado 4 religiosas recorrían los caseríos de los salvajes de Pangoa y Tambo con dirección a Requena en el Ucayali, donde dirigen un colegio numeroso de niñas con internado".

"Las MM. causaron muy buena impresión en el público y la sociedad de Iquitos ha logrado que religiosas del mismo isntituto se establecieran en la ciudad el año pasado".

6—"En Requena la escuela de varones está bajo la dirección de los PP. con asistencia de 120 neófitos".

"En la Prefectura ejercen el ministerio apostólico 15 PP. dos de ellos ancianos, el uno de 70 y el otro de 74 años; religiosos legos cinco y un hermano donado, repartidos en nueve residencias".

"La extensión de la Prefectura de Norte a Sur es

de 8 1|2 grados, esto es 170 leguas y Este a Oeste 2 grados; atendidas las grandes curvas que forman los ríos resulta para el misionero doble la extensión".

"En el alto Ucayali y Tambo existen 15 mil habitantes entre cristianos y salvajes mansos que carecen de ministerio apostólico.

Los PP. mas próximos están a 200 kk. y tienen demasiada extensión en circunferencia de las residencias, y el Alto Ucayali y Tambo tienen 400 kk. de curso. Lo que más convendría es formar una residencia en el centro de los 400 kk. y esto es también el parecer de los PP. que conocen esa región.—29 de marzo de 1921.—Fray Francisco Irazola".



CAPITULO XXXIX

De los religiosos que actualmente trabajan en las misiones

SUMARIO: 1—Requena y Contamana. 2—Pampa Hermosa y Satipo. 3—Aina y Quimpitiriqui. 4—Las colonias chinas en el Perú. 5—Reminiscencias de la muerte de los misioneros Cimini, Morantín y Bertona. 9—Chanchamayo, Shuaro y Quillasú.

1—A la regeneración moral y civil de Requena se han dedicado con éxito los misioneros Agustín López, Leonardo Díaz, Manuel Alcaina y Enrique Nicole. El padre López ha hecho los recorridos anuales de los múltiples centros industriales esparcidos desde Requena a Contamana; donde la presencia e intervención del misionero resulta como la visita de un ángel tutelar, que siempre produce aumento de paz en las conciencias, por la supresión de situaciones incorrectas en las familias y en los individuos. El misionero que hace estas visitas paternales, generalmente nada impone, ni ejerce una autoridad coactiva; más bien se insinúa, ruega, lleva el convencimiento a los ánimos, manifiesta y patentiza el camino del bien, del orden y del deber; y como fruto de esta labor sagaz y evangélica, logra que muchos dejen la ruta extraviada y emprendan el camnio recto que satisface a la conciencia y trae el bienestar.

Los padres Leonardo Díaz y Enrique Nicole trabajaron heróicamente en el Río Blanco y en el Tapiche.

El padre Manuel Alcaina llegó a ser la providencia salvadora de la niñez y de la juventud de Requena y sus contornos, mediante un colegio que llegó a montar en

debidas condiciones. El colegio quedó organizado con aceptación y aplauso general de los padres de familia, que colocaron en él numerosos alumnos, y se halla con base para que perdure, mientras haya un religioso que sostenga aquella labor benéfica.

Las Madres Misioneras Hijas de María. dedicándose a la formación cultural y educación de las niñas, han dado el complemento a la obra del padre Alcaina.

El trabajo compenetrado de los padres López y Alcaina y de las Madres Misioneras, hacen ya de Requena una zona regenerada, civil y espiritualmente; y debe decirse que aquella región ha entrado en el camino de la civilización en cuanto cabe en el Oriente, donde la falta de densidad de población impide que se obtengan los bienes sociales en mayores proporciones.

Lo que decimos de Requena es aplicable a Contamana. capital de la provincia de Ucayali, y a sus distritos, donde una mayor densidad de población traería los bienes de todo orden en la vida social, sobre todo si se diera impulso a la enseñanza en debida forma, en colegios regentados por personas capacitadas, de buena conducta moral y religiosa.

En esta región han ejercitado su incansable celo los padres misioneros Irastorza, Alemany, Legarra y Estaper.

2—Si surcamos las aguas del Ucayali, del Tambo y del Pangoa, desviándonos luego en este último río a la derecha, tomamos la cuenca del Satipo, dejaremos en las bocas del Pangoa la residencia franciscana de Puerto Ocopa, de nueva fundación, debida al padre Irazola y bautizada con el nombre que lleva por el padre Uriarte, autor del mapa de esta zona. elaborado en estos últimos años con pacientes estudios. Luego hallaremos la residencia de San Srancisco de Satipo, y más tarde la colonia de Pampa Hermosa; obras todas del padre Irazola.



Casa de las Misioneras Franciscanas en Barranco

lo mismo que el camino que los une. Siguiendo esta ruta del padre Irazola por Andamarca y Comas, llegaremos a Santa Rosa de Ocopa: demostrándonos este recorrido un esfuerzo supremo, que el misionero ha debido hacer para coronar esta empresa civilizadora, de inmensa utilidad y provecho para la Iglesia y el Estado.

En esta comarca trabajan los misioneros Irazola, Uriarte, Gastelua, Aguirre, Alvizu y Muñoz.



P. Manuel C. Alcaina

3—Si al avanzar por las aguas del Tambo, en lugar de tomar a la derecha hacia el Perené, hubiéramos seguido por el Ene, y recorrido el Apurímac y el Mantaro que lo forma, nos habríamos hallado con los centros misioneros de Quimpitirqui o Sivia. Simariva, Aina, etc., que tanto preocuparon un día a los grandes exploradores los padres Agüeros y Sobreviela.

Hoy los regentan los padres Gassía y Saavedra, acompañados del meritísimo lego fray Blas Anaya. Fray

Blas ha tenido y tiene su parentela en aquella región y es gran conocedor de todo lo que a ella se refiere.

Esta misión se mantiene en buen pie, haciendo los misioneros sus giras a los lugares de indígenas de las selvas y a los industriales de las cabeceras de montaña con buen fruto.



Misioneras Franciscanas viajando en canoa por el Tambo

4—El padre Irazola menciona en su "Informe" a los Chinos, como objeto del apostolado de nuestros misioneros. Esta referencia tiene su fundamento en un hecho realizado en el Perú republicano, después de los primeros años de su independencia: pues, viéndose los que aquí se denominan hacendados sin braceros para el cultivo de sus extensos valles, se gestionó y se obtuvo la venida de numerosas colonias chinas, para lograr dicho

cultivo. Las colonias mencionadas se esparcieron más tarde por todo el Perú civilizado, y llegaron hasta los linderos de los salvajes, ejerciendo el comercio al por menor, que todavía conservan y sostienen, en forma absorvente y ominosa para los naturales peruanos. Estos chinos vivían en la República con todas las ruines costumbres y supersticiones que mamaron con la leche en su país de orígen.

El padre Gassía relata un hecho que pone de manifiesto lo que decimos.

"Después ya se estableció, dice en esa Playa (cerca de Acón), desde 1875 hasta 1884, poco más o menos, la Colonia de los Chinos; quienes, como infieles que eran ofrecían sacrificios a Confucio. Un día que ofrecían su sacrificio al Idolo; el que hacía de sacerdote empezó a decir que su santo (por no decir su diablo), se había molestado, y que era preciso que el que tenía la culpa, la pagase. Había allí uno sobre quien se les ocurrió echar la culpa; y comenzando a darle golpes y puñaladas, arrastrándole hasta el río Apurímac, le arrojaron al agua para ahogarle. Y en efecto se lo llevó la corriente hasta cierto bejuco y ramas en que pudo agarrarse; y quitada la modorra de los golpes y heridas con la frescura del agua, tuvo aliento y tino para ponerse a salvo de la corriente y colocarse en lugar seco, en donde permaneció algún rato, hasta que la providencia de Dios ordenó que pasando por allí uno que era de la casa de ese intérprete, que dije que se llamaba Manuel Villedo, que en ese día había bajado a pescar; entonces al verle tan herido y medio muerto, se compadeció de él, y como pudo le condujo por la trocha que iba a la casa de dicho Villedo, por el lado de Qhimpitiriqui, evitando todo lo posible de ser visto por los Asiáticos. Llevado a dicha casa, le asistieron y curaron como pudieron de las heridas, y después de tomar algún alimento y cambiarle la ropa mo-

jada, le condujeron a la cama. Luego que hubo tomado aliento y a medio sanar de las heridas, no teniéndose todavía por libre de la crueldad de sus paisanos, por estar cerca de su Colonia; suplicó al patrón que tuviera la caridad de acompañarle a un lugar en que no peligrara tanto el ser hallado de sus paisanos. Entonces emprendieron su viaje hacia el Rosario de Acón; y antes de llegar a dicho pago, así que estuvieron a la derecha del arroyo llamado Chaipimayo, se dirigieron a la casa del Primiciero de la quebrada, que en ese tiempo era el padre de Fr. Blas Anaya. Y una vez enterado del estado del enfermo, lo recibió en su casa, proporcionándole alimento y remedios, con que pudo en poco tiempo restablecerse de las heridas y debilidad en que antes se encontraba. Al comparar la diferencia de la caridad cristiana, con el pago que sus paisanos le habían dado por sus servicios en Quimpitiriqui, quedó tan poco afecto a Confucio, que no sólo se apartaba de su pagoda, sino también de sus secuaces, aprovechando por el contrario hasta el tiempo de su convalescencia en Acón, para educarse e instruirse en el conocimiento del verdadero Dios, y tener el consuelo de hacerse pronto cristiano. Y así se verificó, haciéndose poner en el bautismo el nombre de Antonio y por apelativo, no Chino, sino Chico: y así se le llamaba en esta provincia de Huanta. Después desapareció sin saber qué dirección hubiese tomado. Al cabo de año y medio volvió a aparecer, hecho un nuevo hombre y trocado por la gracia de Dios; dándose a conocer y agradeciendo sumamente a aquellos que le habían ayudado para huir de las garras del demonio y de los enredos y engaños de Confusio, teniendo siempre mucho cuidado de no darse a conocer a aquellos que le creían muerto."

"Durante ese año y medio de su ausencia de Huanta, dijo que había estado en Chanchamayo, en donde había encontrado muchos paisanos suyos, que se dedica-

ban al cultivo del arroz. Se dice que esos idólatras tienen cierto secreto como los masones. Y como él estaba sentenciado a la muerte, siempre se resguardaba de ellos. Pero se daba a conocer a aquellos que conocía que eran cristianos verdaderos (1).

5—El padre Gassía, morador por muchos años en Quimpitiriqui, ha recogido también todos los datos posibles acerca de la muerte alevosa que padecieron en aquel lugar, los misioneros Cimini, Morantín y Bertona, y los consignaremos aquí como complemento de lo que dejamos dicho en el T. IX, página 145 y siguientes. Además el padre Gassía da cuenta de algunos objetos que habían pertenecido a aquellos misioneros y que los posee en el día la misión de Quimpitiriqui.

"Se internaron, dice hablando de los mencionados misioneros, a la Playa de Sivia pasando por la quebrada de Acón. Pasaron por las cumbres de los montes hacia el Puerto de Sivia, donde va a parar el cerrito que baja de Chubibana y en donde es probable que se embarcaron los Padres para pasar a la banda opuesta. Y es cierto que dichos Padres pernoctaron con sus peones en Huaira-ccasa, si Pedro Torre, anciano, no miente. Y ese camino va bajando del Retiro hacia Chubibana. y de allí hacia a Sivia, en cuyo remanso acostumbran embarcarse los que quieren badear el Río Grande. Y por eso se le conoce con el nombre de Puerto de Acón; que dista como kilómetro y medio de la residencia de Sibia, en la cual actualmente habitamos los Religiosos de la Misión, que también por motivo del convento primitivo llaman Quimpitiriqui".

"Al llegar a dicho lugar, se encontraron con muchos campas y con ellos un intérprete llamado Juan Velásquez, en quien depositaron su confianza, manifestán-

(1). Relación manuscrita.

dole el objeto de su intento, diciéndole que eran Misioneros, y que venían para fundar una capilla y casa de Misión para el bien de esas almas. Y como se cree, al querer bandear el río Apurímac, para buscar el lugar más apropósito para establecer la Misión, en primer lugar pasarían con la canoa los objetos más pesados, como



Misioneras Franciscanas en viaje a Satipo

campanas, herramientas, etc.; y después, con otro viaje al pasar ellos, el intérprete persuadió a los campas, diciendo que esos no eran Padres Misioneros, sino hacendados que habían venido para apoderarse de sus mujeres e hijos, y tenerles como esclavos".

"De allí resultó que los que llevaban la canoa, la hicieron voltear y ellos nadando se salvaron, mientras

que a los Misioneros los acabaron a flechazos; ocultando su crimen, diciendo que la fuerza del agua les había hecho voltear la canoa y que se ahogaron".

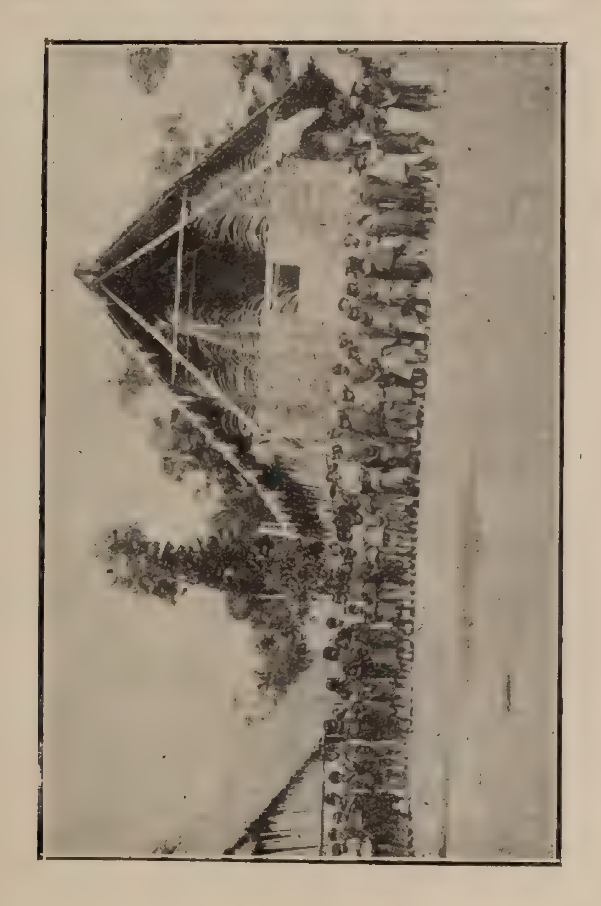
"Esta voz se propagó hasta Chaimacota, y uno llamado Francisco Sánchez de Huaillay, que a la sazón tendría como 16 años, y que el 10 de Octubre de 1918 me lo confirmó en Ramadillo y le oyó decir, que en el Río Grande se habían ahogado tres Padres, volteándoseles la balsa o canoa, en el lugar de la Playa, cerca de Acón. Y así lo hubieran creído las gentes, si los mismos chunchos los peones o cargueros que conducían a los Padres, y el ruín corazón del intérprete no hubieran persuadido lo contrario".

Aquí el padre Gassía describe con alguna extensión las características del intérprete Juan Velásquez, capaz de cualquiera felonía, que ya antes de esta muerte de los misioneros hubo de huir de Huanta, perseguido por las autoridades por facineroso; y se ocultó luego en el Apurímac, en el lugar mencionado de la Playa, donde quedaban a salvo los criminales, mezclándose con los indios, y donde llegó a actuar como cacique y árbitro de los acontecimientos del lugar.

Agrega el Padre Gassía que el campa cristiano Ramón Getari, oyendo hablar a fray Blas de que en el Apurímac se habían ahogado tres misioneros, añadió: No solo fueron ahogados, sino también flechados. Y que aún vive el hijo del que hizo voltear la canoa; y que le manifestó un tal Anacleto, que dicho hijo, si quisiera hablar la verdad podría descubrir otras circunstancias de aquella felonía criminal.

Luego da razón el padre Gassía del hallazgo de una campana en buen estado, que pesa 61 libras, adornada en la fundición con dos cruces de relieve, que había estado en la banda opuesta del Apurímac durante cuarenta años, y al fin ha sido obtenida por la Misión de

Quimpitiriqui. Del mismo modo han adquirido otra, que pesa tres arrobas, que lleva de relieve la fecha de su fundición que dice 1788. Que además han visto en manos de los indios un manto de religioso que no han podido



Yarinacocha

obtener; lo mismo que un misal y dos imágenes de Cristo crucificado y de Nuestra Señora la Santísiva Virgen. Pero sí han adquirido y poseen un tostador de café que

perteneció a aquellos misioneros, y una botija.

7—Si en las márgenes del Apurímac se sostienen las misiones en buena forma, en Chanchamayo y Quillasú no se hace menos, disponiendo de más personal y teniendo casas en San Ramón, La Merced, San Luis de Shuaro y Asunción de Oxapampa o Quillasú. Aquí trabajan los misioneros Juan B. Aguirre, Santiago Zarandona, José M. Olariaga, Buenaventura Ivars, Bernardo Garaicochea Leovigildo Olano y Buenaventura Martínez. Así los indígenas Campas y Amueshas como las numerosas y florecientes haciendas colindnates, se hallan atendidas por dichos misioneros en lo espiritual, punto indispensable para su perfecto y estable desarrollo en la civil y político.



LIBRO QUINTO

DESCRIPCION HISTORICO-ETNOFRAFICA DE ALGUNAS TRIBUS ORIENTALES

de sus creencias religiosas

y de su adaptabilidad a la vida civilizada

1924



ADVERTENCIA

Antes de cerrar la presente narración histórica de nuestras misiones franciscanas del Oriente peruano, ofrecemos a los lectores un estudio generalizado de nuestros indígenas orientales, con las finalidades que se indican de un modo claro en el título de este trabajo, que con alguna mayor amplitud ha sido prsentado al tercer Congreso Científico Panamericano, que acaba de celebrarse aquí en Lima a fines de este presente año de 1924.

Algunos puntos que se estudian en la segunda parte, son de interés particular para los estudiosos en materias de etnología, y dan fundamento para nuevos estudios comparativos: por ejemplo. donde se dice que nuestros salvajes orientales no profesan religión alguna, ni ejercen actos de culto idolátrico, ni hacen ofrendas. ni dejan ver tendencias a animalismo ni totemismo o culto de los objetos de la naturaleza; pero que admiten la metempsícosis y la supervivencia del alma; que son dados a la magia y conservan tradiciones mitológicas. Lo mismo que algunos de los puntos analizados en la tercera parte, en que se habla de su adaptabilidad futura a la vida civilizada.

La fuente histórica de algunos puntos estudiados es esta misma Historia, y ha sido preciso hacer reminiscencias de lo que ya llevamos consignado.

PRIMERA PARTE

DESCRIPCION HISTORICO-ETNOGRAFICA DE ALGUNAS TRIBUS ORIENTALES



SECCION PRIMERA

De las Tribus indígenas de la cuenca del Huallaga

Artículo Primero

De los Panatahuas y otras tribus congéneres
Epoca de su aparición histórica, 1631

Ubicación geográfica:—Los Panatahuas y varias tribus similares y conterráneas de la cuenca del Huallaga. hacen su aparición histórica en la parte alta de este río. desde lo zona de la actual población de Panao, hoy capital de la provincia del Pachitea, hasta las bocas del río Guayabamba, donde actualmente se halla situada Pachiza. Esta región va comprendida entre los 7° y 10° de latitud sur, y entre los 78° 79° de longitud oeste de París.

Simultáneamente con los Panatahuas, hacen su aparición en el mismo escenario histórico los Chunatahuas, Chuquidcanas, Chuscos, Tinganeses, Timayos, Tulu mayos, Chinatahuas. Carapachos, Huatahuanas, Ninaxos, Guatinguapas, Tepquis, Cumanahuas, Cognomonas, Muzapes, Payansos, Mailonas, etc.

Algunas de estas tribus, aunque mancomunadas con los Panatahuas, se hallan situadas al oriente de la zona que hemos asignado a los Panatahuas.

Su presentación en la historia:—Cuando los Misioneros penetraron por primera vez en sus tierras, los más de estos indígenas andaban enteramente desnudos, aunque profusamente pintados de huito o "Genipa Oblongifolia". Les bajaban los cabellos ondeados hasta la cintura.

Era uso común entre ellos llevar las narices atravesadas de huesecillos, a que agregaban un hueso grande, que apretaban entre los dientes. Al presentarse en son de guerra, vibraban entre las manos una larga lanza de chonta o "Bactrix ciliata". y dos dardos de la misma clase: otros empuñaban arcos y flechas. Sus caras hacían el efecto de mascarones, reveladores de sus ánimos enfurecidos, por la presencia de gente extraña en su tierra; pues el indio cree sinceramente que aquellos territorios inmensos de bosque y arbolado, le pertenecen con exclusivo derecho. (1).

Los Payansos, que vivían apartados de las riberas del Huallaga e internados en la Cordillera oriental, iban los varones vestidos de una especie de camiseta de algodón desde los hombres hasta las rodillas, y las mujeres vestían su "pampanilla" desde la cintura a las rodillas. Los Payansos no dormían en el suelo sino sobre barbacoas bien hechas, extendiendo sobre ellas esteras curiosamente tejidas. Perforaban las orejas, de las que traían pendientes unos huesecillos. También perforaban el tabique divisorio de la nariz, de que colgaba un caracolillo, una cuenta o un hueso que llegaba hasta el labio superior. El cabello, asi a hombres como a mujeres, les caía largo y trenzado hasta las espaldas.

Desde la frente hasta la punta de la nariz hacían dichos Payansos una raya azul; con este fin lastimaban la carne con un punzón de hueso, rompiendo el cutis, y poniendo la tintura sobre la sangre que brotaba: con esta operación quedaba indeleble la raya.

Traían a la cintura una faja de una cuarta de ancho, toda sembrada de menudas conchas.

(1). Véase al padre Diego de Córdova y Salinas, "Crónica Franciscana del Perú", L. I, cap. XXV, pág. 158 y ss. Y esta "Historia", T. I, págs. 88, 104, 122 ss.

Sus armas consistían en lanza y "macana", en cuyo manejo eran diestrísimos. Eran corpulentos, fornidos y de ánimo intrépido. En casos de guerra eran muy temidos de las tribus vecinas.



Grupo de niños indígenas en la escuela con su director y maestro

Su alimentación consistía en maíz, maní o cacahuete (Arachis hipogea), yuca o manioth, caza de monte y pesca del río. Su población se hallaba esparcida por fa-

milias, en grupos de seis a diez casas. Estas casas eran cuadradas y se levantaban sobre horcones, cercadas de trincheras de maderamen entretejido; de suerte que de todas partes se podía ver el campo a la redonda. Se prevenían de este modo para no ser sorprendidos de sus enemigos (1).

Los Tepquis, nación acuática, que vivía en las riberas del Huallaga, formaban una tribu típica, con caracteres propios y civilización bastante adelantada. En el primer encuentro recibieron a los misioneros como leones; pero al darse cuenta de cómo eran y la moral y la religión que anunciaban. los agasajaron con mansedumbre de corderos.

Tenían las caras rayadas. Formaban del cabello largas madejas que dejaban caer hacia atrás. Su cerámica había alcanzado una gran perfección, pues elaboraban vasijas para el servicio doméstico finísimas. Su cocina se hallaba también adelantada, dedicándose las mujeres a hacer ciertos guisos combinados que no se hallabban en uso en las tribus limítrofes. Las mujeres se dedicaban a quehaceres domésticos: cargaban el agua al hombro, cocinaban, hilaban y tejían. Vestíanse estas mujeres honestamente y eran recatadas; no así los hombres que andaban en cueros. Los Tepquis, por otra parte, tenían la particularidad entre aquellas gentes de tener una cabeza grande; eran barbudos y de color blanco (2).

A ser verdad esta descripción que hace de los Tepquis nuestro Padre Córdova, esta gente podría ser una fracción de los Mayorunas o Barbados de quienes se hablará más tarde.

(1). Padre Diego de Córdova, "Crónica", L. I, cap. XXI. Págs. 162 y 163.

(2). Padre Córdova, L. I, págs' 164 y 166.—Esta "Historia". T. I, págs. 122 y 123.

Su lengua.—Del idioma de los Panatahuas, aprendido desde los años de 1557 por algunos misioneros franciscanos, ubicados en Huánuco, no ha obtenido publicidad estudio alguno. Los idiomas que se hicieron comu-



El P. Carlos M. Saavedra en china

nes en la cuenca del Huallaga, durante su cultivo espiritual por los misioneros, fueron muchos, además del panatahua; pero tampoco son conocidos en el día, a ex-

cepción de la lengua cholona. estudiada y analizada por el franciscano padre Pedro de la Mata. cuyo Arte se está editando en la revista "Inca", órgano del Museo Arqueológico de la Universidad Mayor de Lima, volumen I, número 3.

Es bueno consignar aquí lo que dice el inteligente y observador misionero padre Sala, hablando de Amueshas y Panatahuas, y que ya dejamos consignado (1).

"Esta tribu, dice, llamada "amueica o amage", panatahua o lorenzos, es una ramificación de la de los Campas. Consta esto claramente, tanto por sus hábitos y costumbres, como por su idioma, que viene a ser un campa corrompido, mezclado además con muchas palabras "quichuas", acomodadas a la inflexión o forma "amueixa". Lo que prueba además que esa tribu consta de elementos heterogéneos de distintas razas y naciones; ni es esto estraño atendidas sus proximidad a la sierra y su comunicación y comercio con los civilizados más inmediatos a las montañas.

Decir que los Panatahuas sean fracción de los Campas no es inverosímil, dada la extensión que en siglos anteriores ha debido tener esta tribu de lengua y caracterísiticas propias.

En sus "relaciones internacionales" de la vida política oriental, aparecen los Panatahuas y sus congéneres menos belicosos que otras tribus de aquella extensa y salvaje comarca; pues apenas se mencionan por los misioneros irrupciones de unas tribus sobre otras, de mujeres y niños esclavizados, de trofeos colgados en las paredes de sus viviendas, de que tanto se han gloriado siempre, por ejemplo. los Jíbaros y los Huambisas, los primeros con sus cabezas reducidas y los segundos con sus retratos formados con la piel de la cara de sus enemigos.

---

(1). En el cap. primero de este tomo.

ARTICULO SEGUNDO

De los Cholones e Hibitos que más tarde figuran en esta misma región del Alto Huallaga Epoca de su aparición histórica, 1676

Una evolución étnica:—En la cuenca alta del Huallaga se ha realizado un hecho de evolución que tal vez no tiene semejante en la región oriental. El hecho consiste en que muchas de las tribus que figuran en la época de su aparición histórica, a que nos hemos referido, pierden, no sólo su nombres, sino también sus modalidades primitivas, para convertirse en una entidad nueva, más adaptada a la civilización y a la cultura.

Los denominados con el nombre de Panatahuas han afluído hacia Panao, que forma hoy su núcleo principal, donde representan un elemento útil a la nación, habiendo ingresado plenamente al engranaje político general.

Los Tulumayos, Chunatahuas, Tepquis, etc., han perdido sus nombres y se han refundido en una masa general que no tiene más nombre que Cholones e Hibitos.

¿Quién ha realizado esta mudanza? La ha realizado el misionero, en el tiempo transcurrido desde el año de 1631, que puso el pie allí. hasta el de 1704.

¿Cómo pudo el misionero verificar aquella mudanza? Con una labor heróica e increíble. Oigamos a fray Jerónimo Jiménez que habla en 1641: "Mientras yo me ocupaba en estos ejercicios, el padre vicario batallaba y mazeaba con los viejos como duros en sus costumbres. Certifico que nos aconteció el desayunarnos a las tres de la tarde; que ya en esto, ya en escribir bocablos para hacer arte, se nos iba el tiempo así de noche como de día. De religioso sé decir que le sucedió más de una vez estar

tan embebido y gustoso en estos ejercicios, que saliendo su compañero a decirle, que cuándo había de comer, respondió que si era día de fiesta para dispensar en comer dos veces, no habiendo comido desde el día anterior y entonces de unos fréjoles. Y siendo las dos de la tarde le pareció estar muy satisfecho con el trabajo y ocupación de asentar vocablos y repetir oraciones a los nuevos convertidos, por ver el amor con que asistían y el sufrimiento en estar escuchando horas enteras".



Ornithoptere Urbileana

"Bajé a Tonua al llamado del prelado, donde ví tantas procesiones, tantos cánticos en alabanza a Dios, que el padre vicario los ha enseñado, que por gozar de tantos fervores me detuve algunas semanas . . . Y por gozar de este cielo casi dudé de mi vuelta (1).

(1). Esta Historia, T. I, págs. 119 y 120.—Padre Córdova, L. I, pág. 176.

He aquí, pues los obreros evangélicos que realizaron aquella mudanza. Por esta época aún se logró desterrar la embriaguez en aquella cristiandad, de modo que cuando alguno de estos neófitos salía a la ciudad de Huánuco y veía agún indígena borracho, se mofaba de él y le escarnecía.

Las entradas a los Cholones e Hibitos.— Tiene un valor eminente para la historia de las colonizaciones en el Perú el modo heróico empleado por los misioneros franciscanos para abrazar en su labor a Cholones e Hibitos, extendidos, no sólo por las riberas del Huallaga, sino también al interior de los varios confluentes del Huayabamba.

Las entradas eran tres. Una por Huánuco y Huallaga, que ya conocemos, otra por Chachapoyas y la tercera por Huamalíes.

De esta de Huamalíes dice el Padre Sobreviela. en su "Relación Sumaria o Progresos de las Misiones": "Los Misionros que en su tránsito desde Ocopa, a las conversiones de Cajamarquilla, empleaban "más de tres meses" por la vía de Huamalíes, y entraban en "guando", colgados de un palo en hombros de indios por más de 40 leguas, llegan por el el referido camino (el abierto por el padre Sobreviela de Huánuco al Monzón) y ríos, en 18 días de Ocopa a Pajatén".

La de Chachapoyas se realizaba por la cuenca del río Huambo, afluente del Guayabamba, a su vez tributario del Huallaga. Por el Huambo entraron los franciscanos que civilizaron a los indios Cheduas. Alones y Cholitos, pertenecientes a la "Misión de Santa Rosa de Huambo".

Los Cholones e Hibitos:—Los indígenas llamados sobreponerse a los demás en el Alto Huallaga han sido los Cholones y los Hibitos. En ellos se concentra la historia que luego se desenvuelve en los anchurosos valles del

Guayabamba y sus afluentes principales; a ellos se refiere la población antigua y moderna de Pajaten, Ochanache, Montesión, San Buenaventura del Valle, Pampa Hermosa. Pachiza, Playa Grande de Patairondos, Jucusbamba, etc.

Los Cholones eran corpulentos, de buenas facciones, trabajadores; y su ordinario ejercicio era y es aún la labranza de sus chacras, la caza y la pesca. Las mujeres se ejercitaban en el cultivo del algodón, en traer de las chacras lo necesario para el sustento de la familia, hilar y tejer para sí y sus hijos el vestuario, que es de algodón (1).

"Los indios Hibitos son menos corpulentos y más afeminados, y sus indias son más hermosas, aseadas y liberales que las de los Cholones

El modo de vivir de Cholones e Hibitos. una vez que se sometieron a la influencia del misionero, era para el monte una cushma o camiseta de algodón. con tintura. En el pueblo los hombres traían calzones y cotones o jubones de bayeta; las mujeres una ropa talar de algodón hasta los tobillos y una especie de rebozo de bayeta. Los días de fiesta para concurrir a la misa y doctrina agregaban los más una camisa de algodón o lienzo de España.

Tenían los Hibitos y Cholones su pequeño "movimiento comercial": pues para subvenir a sus necesidades, como eran herramientas, camisas, chupas o chalecos con mangas, capas y rebozos para mujeres, salían a comprar a las poblaciones de Cajamarquilla, que debido a su riqueza minera se hallaban en cierto grado de prosperi-

(1). Padre Amich, "Compendio histórico", cap. XI, pág. 78.

(2). Padre Gonz lez Agüeros, 'Colección General de Expediciones (manuscrito).

dad y adelanto. Del Huallaga a la sierra tardaban generalmente ocho días, cargados a la ida de varias arrobas de coca y a la vuelta de las mercaderías que habían comprado. Llevaban y traían también consigo el bastimento necesario para el viaje, pues en el camino no se hallaba socorro alguno. Para el trasporte usaban canastos tejidos por ellos.

Estos indígenas no usaban medias ni zapatos. Y a pesar de ser el temperamento del Huallaga cálido y húmedo, los dichos indios se mantenían sanos y robustos; a lo cual pudo contribuir la uniformidad del mantenimiento, parco y saludable, que consistía en plátanos asados o cocidos, cacahuetes o maní, (Arachis hipogea), pescado salado, monos, puercos del monte, yuca y frutas.

Usaban el baño al amanecer. Evitaban las insolaciones, para lo cual tenían también casitas y enramadas en las chacras, para guarecerse, además de sus habitaciones del poblado.

En casos de epidemia, que generalmente es de viruelas, se turban y desconciertan de manera que no hay cómo sujetarlos a tratamiento curativo; huyen y se esconden aislados en los bosques, y la epidemia hace en ellos grandes estragos.

Estos indios no conocían la ambición ni la codicia. No se daba lugar entre ellos a hurtos ni a pendencias por bienes: sólo la embriaguez origina bandos y divisiones. Sus vicios comunes son la embriaguez y la lascivia.

Poseían desde los primeros años de su vida cristiana iglesias capaces, de madera muy fuerte y sólida, embarradas y blanqueadas las paredes, los techos con tejido especial de palma. Estas iglesias tenían buenos retablos y ornamentos. Otro tanto sucedía con la casa del misionero, llamada convento; que eran sólidas y capaces. Las casas de los indios eran pequeñas y modestas; pero lo bas-

tante espaciosas para la honestidad de la vida cristiana del hogar.

La masa de la población actual del Alto Huallaga, del Monzón y parte de Huamalíes no es distinta de los Cholones e Hibitos de que hablamos: es, por lo contrario, el resultado de una evolución social y política de aquellos indígenas, que después de un lapso de tiempo suficiente para que germinaran y se desarollaran las semillas de resurgimiento depositadas en su seno, han dado como fruto el estado actual de civilización en que se hallan.

ARTICULO TERCERO

De los Jeveros, Cocamillas, Chayavitas, Cahuapanas y otras numerosas tribus en el Bajo Huallaga
Caracteres generales
Epoca de su aparición histórica 1650

Ubicación geográfica:—La zona del Bajo Huallaga en que actúan desde su aparición histórica las tribus que vamos a nombrar sumariamente, está comprendida entre los 5° y 7° de latitud sur y algo más de los 78° hasta el 79 de longitud oeste de París

Las tribus originarias de esta región son muchas, a que se agregan algunas adventicias, atraídas por las ventajas que ofrecían las misiones de Mainas, concentradas en su útlima etapa en Laguna. Aparecen y figuran los Cocamillas, Yurimahuas, Muniches, Chayavitas, Paranapuras Tivilos, Xitipos, Maparinas, Otanavis, Nianahuas, Manahuas, Chamicuros, Jeveros, Cahuapanas, Aguanos, Suchiches, Coscoasas, Tabalosos, Amasifuenes, Urarinas, Payagnos, Conchos, Mayorunas, Cocamas del Ucayali, y hasta Panos y Piros, con otras muchas de segundo orden.

Los Jeveros:— Estos indios son los que mejor presentación hacen en la historia del Huallaga: son como el tipo y patrón que sirvió de modelo a las demás tribus de Maínas en su primera formación civil y religiosa. Antes de su reducción se hallaban muy esparcidas por las cercanías de las riberas sud del Marañón; pero luego se concentraron en el Aipena, afluente accidental del Huallaga.

Eran estos indios ejemplares de sumisión y flexibilidad. Se mostraron constantes en los trabajos, fieles, valerosos, prevenidos y avisados. No abandonaban su puesto aún en los peligros de la vida: antes sí se mantenían hasta vencer o morir. Dados a la agricultura, miraban con tiempo por la subsistencia propia, y tenían cuenta aún con los forasteros y transeuntes. Amaban la limpieza y el aseo en sus casas y en las calles de la población de Jeveros. Dormían, no sobre la tierra, sino en barbacoas. Consistían estas barbacoas en una estera bien tejida y firme de cañas: la estera cedía al peso del cuerpo con ciertas ondulaciones, que resultaban cómodas para el descanso; dicha estera se aseguraba sobre cuatro horquillas a conveniente elevación del suelo.

Los Jeveros se vestían y cubrían honestamente, así en público como en el hogar; en cuyo punto no les imitaron las tribus vecinas. Sus mujeres eran diestrísimas en cerámica, y los hombres en hacer cervatanas o pucunas, que suministraban también a otras naciones. Trabajaban asimismo canastas o petacas de bejuco y mimbre, de mucha duración y consistencia.

Al par de los Jeveros se agregaban a la vida de sociedad los Cutinanas, Cocamillas o Cocamas del Huallaga, los Pandebeques, Ataguatés y Aguanos, los Muniches, Chayavitas y Paranapuras; los Cingacuchuscas, Pelados, Zamcos, Coscoasas, etc.

SECCION SEGUNDA

De las tribus indígenas de la cuenca del Marañón y de sus tributarios septentrionales

ARTICULO PRIMERO

De los Mainas. Omaguas, Cocamas y otras tribus del Marañón
Epoca de su aparición histórica, 1646

Ubicación geográfica:—Las tribus de los Mainas. Omaguas, Cocamas del Ucayali avecindadas en el Huallaga y otras de menor significación, han actuado desde su aparición histórica en las riberas del Marañón. en el espacio que corre desde las bocas del Santiago, donde se fundó el primer centro de los Mainas, con el nombre de Borja, hasta la confluencia del Marañón con el Ucayali: espacio comprendido entre los 76° y 80° de longitud oeste de París, y los 4° y 5° de latitud sud.

Los Mainas que han dado el nombre a una inmensa región de misiones, teatro de importantes acontecimientos, han tenido como tribu una existencia efímera. Ellos fueron los primeros indios descubiertos en el Marañón; a cuenta de su benevolencia se fundó por Diego de Vaca y Vega la ciudad de Borja, en la proximidad del Pongo de Manseriche; los Mainas fueron repartidos en 40 encomiendas; las encomindas dieron margen a no pocas disensiones, acompañadas del aburrimiento de los indios; hubo una sublevación general de estos; luego el decaimiento de los mismos; sobrevino la peste que diez-

mó la gente y a pocos años no quedaban de los Mainas sino el recuerdo y el nombre (1).

"Los Omaguas.—El nombre de Omaguas se aplica tanto a una tribu ubicada en el Aguarico (2), como a otra que aparece y figura en la proximidad norte de la confluencia del Marañón con el Ucayali, y aún en el A-



Urania Riphens

mazonas peruano y brasilero; a su vez los Cocamas hacen su aparición histórica en la cercanía sur del Marañón, antes de encontrarse con el Ucayali (3).

(1). Véase Chantre y Herrera, "Misiones de la Compañía en el Marañón Español, L. I. caps. XI XV y XVI: Lib. III, caps. I y IV.

(2). dd. L. I, cap. XVI, pág. 50.

(3). Id. L. X, cap. XV, pág. 529.

Los Omaguas. desde su entrada en el engranaje de las misiones de Maisas, aparecen observando una conducta muy noble y leal. Además se mostraron generosos en perdonar a sus mortales enemigos en una irrupción de piratas que padecieron.

Entre las industrias le los Omaguas varones se señala la de construir canoas, buenas, muy grandes y de diversas condiciones; mientras las mujeres sobresalían en tejer manta y en hacer vistosa locería.

Los Omaguas usaban como arma la estólica además de la flecha.

Tuvieron y conservaron por algún tiempo la rara costumbre de aplastar la frente a sus niños, lo mismo que les parecía bello y encantador a dicho indios...... procedimiento. El ideal era levantar la frente sobre su amplitud ordinaria seis u ocho dedos; para que llegase a hacer el efecto de los tupés en los peinados de moda. Lo jue les parecía bello y encantador a dichos indios. ....

Para hacerlo con menos incomodidad del párvulo. colocaban entre las tablas y la cabeza unas almohaditas de algodón esmeradamente carmenado. Los primeros días se comprimían poco, pero progresivamente iban apretando más las tablillas hasta que lograban la proporción deseada. Acostumbrados a ver esas cabezas levantadas cunibos, que aún la mantien n
por tan extraño medio, se reían de los demás, en quienes les parecía ve cabezas de monos.

Después de algún tiempo de su trato con los misioneros, abandonaron los Omagusa esta costumbre; en cuya conservación han sido más tenaces que ellos los cunibos, que tún la mantienen.

En el tema de la **Adaptabilidad de los indios a la vida civilizada,** se tocará el punto del canto y música que los Omaguas y otras tribus poseyeron con primor.

De los Cocamas.—Los Cocamas hacen su aparición

histórica en el espacio que hay entre el Ucayali y el Huallaga al sur del Marañón; pues aunque puede decirse que vivían más cerca del Ucayali, no por eso dejaban de presentarse, siempre que les parecía bien, en las riberas del Huallaga. Hacen su presentación en la historia en son de guerra y resueltos a limpiar de gente extraña los territorios de su influencia. Causaron muertes de misioneros, sublevaron a los Cocamas del Huellaga, coaligados con los Shipibos, y ostentaron una rebeldía no fácil de dominar, ni por el beneficio ni por el rigor.

Unas cien familias que pasaron del Ucayali al Huallaga entraron por caminos enteramente distintos, y a la sombra del misionero contribuyeron a formar la población de Laguna de la Gran Cocama, donde además convivieron otras muchas tribus.

Desde esta fecha la historia y las costumbres de los Cocamas son toda una novedad, por sus hermosas características. Ha sido y es una tribu de moralidad a toda prueba: creyente hasta el heroísmo. Formaron con el tiempo una población en Nauta; aquí han superado mil persecuciones con valor cristiano, resueltos a no abandonar sus prácticas cristianas. Muchas han pasado al Brasil durante el movimiento del caucho, y allí gozan de más tranquilidad.

A los que viven dispersos en el Oriente perunao, al fin les ha dado por no tratar con nadie ni querer saber de nadie, contentos con sus tradiciones. Tampoco desean saber castellano.

A pesar del aislamiento en que viven y de la ignorancia religiosa en que han caído inevitablemente, les gusta bautizar a sus hijos y los casan. Entre ellos nadie deja de casarse, llevados del instinto de moralidad, intensamente desarrollada.

Las otras tribus que han actuado algo en el Marañón, como los Otanavis, Tivilos y otros, han sido de poca

significación, habiéndose internado muchas de ellas en los afluentes septentrionales de este río, en cuya espesura y soledad vivirán sin duda más a gusto que en el abierto Marañón.

ARTICULO SEGUNDO

De la tribu de los Jívaros moradores del zamora, Morona Pastaza y orígenes del Tigre

Epoca de su aparición histórica, 1535

Ubicación geográfica.—La región de ocupación e influencia de los Jívaros se extiende desde el río Zamora en sus inmediaciones de la ciudad ecuatoriana de Loja a todo el sistema fluvial del Santiago, menos la parte alta del Paute, al Morona y a las cabeceras del Pastaza y Tigre. Es decir, a una extensión comprendida entre los 79º y 81º grados de longitud oeste de París y a los 2º y 5º grados de latitud sur.

Carácter del Jívaro.—El carácter distintivo del Jívaro es la soberbia, pujante y altanera, que no se contenta con la manifestación personal de esta pasión, sino que procede a los actos externos sugeridos por ella.

Por esta causa los Jívaros vieron con desagrado la primera conquista que los españoles hicieron de sus tierras; disimularon arteramente su secreta indignación por la prosperidad que alcanzó la dominación española en aquella región, donde abundaba el oro, donde surgieron como por encanto aquellas poblaciones de **Zamora, Logroño de los Caballeros o Ciudad del Oro, Loyola, Nieva,** y otras. El odio encubierto se transformó luego en maquinación, que llevó la consigna hasta el Morona y Pastaza: y en pocos días quedó arrasada toda aqueulla



Pacay: *Inga Reticulata* de Linneo: planta joven.junto a cañas de azúcar.
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)

felicidad español con la destrucción de todos sus pueblos.

Desde entonces el Jívaro se cree superior al blanco; de hecho ha superado los esfuerzos que se han hecho para superarlo con armas, y no hay un ser a quien respete, sino es el misionero, de quien no teme nada y de cuyas manos puede esperar algo.

Cómo reciben los Jívaros a un extraño.—Al notar que un extraño y desconocido llama a sus puertas, salen pintados de todo el cuerpo y con lanzas de acero en sus manos. Esto no quiere decir que van a causar un daño con sus lanzas, sino que generalmente son tan desconfiados, que no salen de sus casas, ni aún a distancia de cuatro varas, sin la correspondiente defensa.

Luego, si es persona a quien estiman y respetan, como sucede con los misioneros, le brindan con la mejor barbacoa para que pueda sentarse: le ofrecen una piña sabrosa (bromelia) o plátano, o patatas asadas, y hasta una gallina para continuar el viaje, como puede verse en la narración del padre Castrucci Bernazza, **Viaje desde el Callao hasta los Záparos y Jívaros,** incluído en esta historia (1).

División de los Jívaros en subtribus.—Los Jívaros han ido formando subtribus y parcialidades numerosas, como son Aguarunas, Antipas, Scivaros, Huambisas, Patucas y otras. El núcleo principal que se encuentra en el Santiago es el que conserva con más tenacidad las tradiciones de abolengo, el vigor bélico y el orgullo nativo.

Las agrupaciones jívaras forman numerosos pueblos o estancias familiares, con grandes separaciones de viviendas, según es costumbre inviolable de toda tribu oriental.

Independencia.—Cada uno de estos pueblos man-

---

(1).- T. IX, págs. 143 152.

tiene su autonomía y libertad absoluta en orden a sus intereses propios, y no reconoce más vinculaciones que las internacionales, que tienen su aplicación en asuntos de interés general, mayormente cuando alguna de sus regiones se ve amenazada por invasiones externas.

Los Jívaros eligen su curaca o cacique por mayoría de votos; pero la autoridad del curaca no va acompañada de fuerza coactiva, y no es ejercida sino hasta el punto en que sea benévolamente aceptada para la tranquilidad común.

Los caseríos.—Sus caseríos o pueblos se distinguen por hallarse regularmente en medio de grandes chacras. Las casas están construídas en forma de jaulas con material de árboles del bosque y palmera para las paredes y techos. Muchas de estas casas son grandes, de unos 30 metros de largo y 25 de ancho, para unas 25 o 30 personas. Cada lugar llamado pueblo no pasa de unos 150 individuos; y estos pueblos, en las cabeceras del Morona y Pastaza, distan unos de otros hasta cuatro y seis días de camino.

En sus chacras se hallan yucas, plátanos, camotes (**Batata edulis**), patatas, piñas, caña dulce, etc. Crían cerdos y gallinas en abundancia y cazan y comen cuadrúpedos, reptiles y anfibios.

Su religión, según veremos en su tema respectivo, es ninguna y muy escasa su idea de la divinidad. La idea de la inmortalidad del alma, no la tiene sino imbíbita en sus prácticas supersticiosas, y no sabrían explicar en qué consiste.

Si se les pregunta: ¿quién ha hecho la tierra, el sol, la luna y las estrellas? Quedan sorprendidos y no saben qué responder: no les ha ocurrido pensar que estos seres han debido empezar por causalidad externa.

Limitan sus aspiraciones a un positivismo sensual. Cada jívaro puede tener cuatro o seis mujeres; y desde

que estas han ingresado en la casa con ese carácter, quedan sujetas a una absoluta fidelidad a su polígamo marido; y éste queda con pleno derecho para traspasar de una lanzada a su consorte adúltera. He ahí el cuadro más expresivo del despotismo sensual del jívaro.

Muchas de sus guerras no tienen más blanco que conseguir mujeres. Estas guerras se promueven de unas tribus a otras o bien de pueblo a pueblo. Y aún de casa a casa la emprenden, para matar a los hombres y quedarse el vencedor con las mujeres.

En estas guerras se ostentan crueles y valerosos. Los favorecen sus condiciones físicas y morales: pues son corpulentos, cabezones, de miembros fornidos y abultados, ojos grandes de mirada siniestra y viva, naríz larga y roma, pelos cerdudos y muy largos, aspecto felino, al extremo de inspirar terror en casos de ira y venganza.

Como vestuario se contentan en su vida de bosque con un cobertor estrecho, de corteza de árbol o tejido de algodón, que oculta lo muy preciso a hombres y mujeres. **Se pintan** de varios colores y con profusión.

Se ocupan en hacer cerbatanas, lanzas de chonta, escudos de palo de balsa, tejidos con canillas de pájaros, turbantes y coronas de plumas, bandas de dientes de monos, en trabajar sus chacras, pescar y cazar. Hacen grandes preparativos de masato para sus fiestas, de las cuales se hablará al tratar de sus creencias. Sus fiestas se reducen en gran parte a emborracharse.

La cabeza reducida.—Poseen los Jívaros el secreto de reducir el volúmen de las cabezas de sus víctimas, para conservarlas como trofeos. La reducción se hace a un volúmen un poco mayor que el puño de la mano. El método para lograrlo queda explicado en el apéndice al tomo undécimo.

CAPITULO TERCERO

De los indios Romainas, Andoas, Muratos, Záparos, y otros, extendidos por el Pastaza y cabeceras del Tigre y Napo

Epoca de su aparición histórica, 1699

Los Romainas presentaron desde su descubrimiento por los Misioneros las mismas características, poco más o menos, que los Mainas, con quienes se hallaban relacionados, aunque los Romainas vivían internados en el Pastaza.

Los Andoas, por su parte, hicieron en la historia una aparición simpática y de orden, convirtiéndose, a poco de haberse acostumbrado a la vida y costumbres civilizadas, en coadjutores de los ministros de Dios.

Los Muratos, que formaban una parcialidad derivada de los Andoas, parece que sufrieron una influencia nada moralizodora de parte de los Jívaros, y aparecen con visos de rebeldía y astucia, que no abonan a su favor.

Andando los tiempos, los pobres Andoas se convirtieron en víctimas de los Jívaros, y se compartieron toda la influencia del Alto Pastaza y de los orígenes del Tigre y Napo los Jívaros y Záparos.

Los Záparos: sus costumbres.— El padre Castrucci y Vernazza hubo de palpar todo lo que eran los Záparos y lo ha dejado escrito con vivos colores en su **Viaje.** El primer pueblo de Záparos halló en Bufeo a orillas del río Bombonaza, afluente del Pastaza. Allí se hospedó y permaneció cuatro días, con el deseo de catequizarlos, al notar su buena voluntad. El padre Castrucci ató sus ca-

noas a orillas del Bombonaza, y se internó luego montaña adentro, acompañado de estos záparos de Bufeo.

En el bosque enmarañado y en los terrenos quebrados que dan origen al Tigre caminó muchas veces como cuadrúpedo y se arrastró como reptil, conformándose con él los Záparos acompañantes.

La primera noche que durmieron, los indios se despojaron de su estrecha faja, que por delante les llegaba hasta los muslos; y viéndolos descubiertos el misionero, les ofreció su poncho para que se cubriesen; pero rehusaron la oferta, diciendo que aquella era su costumbre.

Entre los ramales que forman el río Tigre, y en una población zápara llamada Supeyurco pasó el padre Castrucci una noche en la casa de un indio que le hospedó bondadosamente: le señalaron para que descansase un sitio desigual sobre el cual se acostó. Al amanecer preguntó el misionero la causa de aquella desigualdad, y le respondieron que hacía seis meses que en aquel punto habían enterrado un curaca del pueblo.

El misionero halló indios záparos también en las vertientes del Napo en que abundan lagunas muy extensas. Según sus cálculos en toda aquella extensión habitada por los záparos no había sobre mil indígenas. Estuvo en cinco poblaciones.

Todas estas poblaciones, lo mismo que las de los Jívaros, constan de grandes chacras, en cada una de las cuales podía haber como cien indios, unidos con algunas vínculos de familia o amistad.

También aquí, como entre los Jívaros, cada población es independiente una de otra. Su curaca, que suele ser elegido, es sólo un simulacro de autoridad, pues nadie le obedece, y parece que sólo le conservan por seguir la costumbre.

Sus casas son como las de los Jívaros, pero un poco

menores. Duermen en hamacas. Cada hombre se casa con tres o cuatro mujeres y estas guardan la mayor armonía entre sí.

El matrimonio consiste solamente en pedir el consentimiento de la mujer y de los padres, si los tiene. En caso de adulterio la mujer es abandonada por el varón.

Los padres entre los záparos aman entrañablemente a sus hijos, y al mbrir alguno de ellos, hacen los mayores extremos de dolor y lloran por muchos días sin consuelo.

Desconfían de todo hombre blanco y la aborrecen; pero aprecian y aún respetan a los sacerdotes, no porque crean en su divino ministerio, sino porque están persuadidos de que son incapaces de hacer mal a nadie y que generalmente son personas de buenos sentimientos.

El vestuario del záparo es un cinturón que por delante se ensancha lo preciso para evitar la indecencia.

Se pintan con profusión y de varios colores: en esto hacen consistir su lujo. Pintan la cara, los brazos, las manos, las piernas, los pies y el resto del cuerpo. Las mujeres llevan coronas en la cabeza, y brazaletes en los brazos y en las piernas. Los hombres llevan largo el pelo y las mujeres corto.

Cercenan el pelo con conchas de las lagunas. En las poblaciones de Zamora y Arcachinapo los hombres llevan cerquillo y corona como los religiosos franciscanos: costumbre que aún hoy en día se halla en uso también en Pangoa y Ucayali. En sus días festivos agregan a la corona de plumas, bandas de dientes de mono, cascabeles de madera, etc.

Sur armas consisten en cervatanas, lanzas de chonta, y algunos de acero, obtenidas de los cristianos circunvecinos, y broqueles o escudos de madera para la defensa.

Se ejercitan los hombres en fomentar sus chacras,

en aprontar sus instrumentos de combate, en hacer sábanas de corteza de árbol, cazar, pescar, y en embriagarse casi de contínuo. Las mujeres hacen hamacas de palma de chambira, limpian y siembran las chacras preparadas por los maridos, hacen chicha o masato, y cuidan de la casa y de los quehaceres domésticos.

Se alimentan de yucas, plátanos y demás elementos comunes entre nuestros indígenas.

CAPITULO CUARTO

De los indios Urarinas del río Chanbira en el Marañón.

Epoca de su aparición histórica, 1738

Ubicación.—Entre los ríos Pastaza y Tigre, existe un pequeño río llamado Chambira, donde residen desde su aparición histórica los indios Urarinas.

La primera entrada a los Urarinas se hizo por los misioneros con ayuda de Cocamas e Itucales, que formaban parte de las muchas naciones reunidas en Laguna del Huallaga. Estos Itucales eran parientes y conocidos de los Urarinas.

Esta nación resultó pacífica y tranquila; pues permitieron desde el primer momento que los misioneros y sus amigos entraran hasta sus casas; siendo así que en ocasiones semejantes las demás tribus despliegan gran aparato de guerra.

Los Urarinas, además de ser pacíficos y sosegados, eran laboriosos. No se contentaron con recibir benévolamente a los misioneros, sino que luego pasaron a ser obsequiosos y serviciales. Con el tiempo se comprobó además que eran constantes en sus resoluciones: cualidad bastante rara entre nuestros indios. Estimaban tam-

bién su buen nombre y miraban por su honradez.

CAPITULO QUINTO

De los indios Zameos o Yameos o Llameos y parcialidades de Migneanos, Amaonos, Parranos, etc. Epoca de su aparición histórica, 1716.

Se ha visto que en la parte alta del río Tigre moraban los Záparos, indígenas menos crueles que los Jívaros pero con cualidades suficientes para ejercer en torno suyo aquella influencia dominante que decide en la montaña, lo mismo que en los países civilizados, de la suerte holgada y segura de sus agrupaciones.

Cerca de las bocas del mismo río Tigre vivían los Zameos, sin duda de carácter menos belicoso y de condición más suave que los Jívaros y los Záparos. Sin embargo de eso, los Zameos debieron ser un tiempo en América una raza influyente, pues su lengua se halla computada entre las lenguas matrices del Oriente, de la cual hanse derivado la caumar, la cavachi y la zava (1).

Cuando los indios Omaguas se movían en el Ucayali y Marañón con amplísima libertad, al amparo de los misioneros jesuítas, a quienes servían con abnegación muy noble; los Zameos aún permanecían semiocultos en las riberas del Tigre, en su parte baja. Al hacer su aparición, según describe el padre Chantre y Herrera (1), y al ser atraídos al gran río Marañón, fué para los Zameos una sorpresa la esplendidez del gran río, la magnitud de sus peces, la abundancia de los comestibles y demás circunstancias de la vida.

(1). Véase Chantre y Herrera, L. II, cap. X, pág. 93.

(1). L. VII, cap. IV, pág. 329

Si así fuese, no dejaría de ser este un hecho curioso y excepcional; pues generalmente los indios no tienen secretos en una gran extensión de territorio a la redonda del lugar que habitan.

Las parcialidades procedentes de los Zameos que se han mencionado, manifestaron las mismas cualidades que sus pacíficos progenitores.



SECCION TERCERA

De los indios del Amazonas y de sus afluentes septentrionales

CAPITULO PRIMERO

De los indios Nepeanos, Iquitos, Zapeos y Maracanos del río Nanai, en comunicación con los Oas y Abigiras del Curaray

Epoca de su aparición histórica, 1737

Ubicación geográfica.—El modesto afluente del Amazonas denominado Nanai, en cuyas bocas se halla situada la ciudad de Iquitos, capital del departamento de Loreto, tiene su curso de noroeste a sudeste, entre los 2º y 4º grados de latitud austral, y entre los 75º y 1|2 grados hasta los 78º grados de longitud oeste de París.

En este río hicieron su aparición los indios Nepeanos, Zapeos e Iquitos, como pueden verlo descrito los lectores en la **Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón Español,** por el padre José Chantre y Herrera (2). Los Zapeos ocupaban la cuenca del Nanai más próxima al Amazonas. Los Iquitos confinaban con los Zapeos, siendo moradores de la parte alta del mismo río Nanai. Una colonia de Nepeanos, procedente también del Nanai, se puso en Laguna del Huallaga al habla con los misioneros.

Amistados los Zapeos y Nepeanos con los misione-

(2). L. VII, pág. 339.

ros ,continuaban aún los Iquitos adversos a toda mudanza y siendo un peligro para los reducidos. Los Iquitos se ostentaron guerreros de genio y valor desde su primera aparición. Eran intrépidos en acometer y constantes en la defensa, desafiando aún a los últimos peligros. En el fragor del combate se mostraban bárbaros y feroces, no acobardándose aún al ver el estrago en su derredor: las mismas armas de fuego de los blancos no disminuían su arrojo y ferocidad. En el último trance e inminencia de quedar en manos enemigas, se daban a la fuga con celeridad vertiginosa, y se ocultaban en lo recóndito de sus bosques enmarañados.

Los Nepeanos formaban un notable contraste con los Iquitos; pues eran dóciles, complacientes, sencillos: cualidades en que sobresalían entre todos los indígenas del Marañón y Amazonas.

La entrada a los Iquitos se hizo con el apoyo de los Nepeanos; pero no sin prevenciones de guerra, de parte de los cristianos: estas prevenciones consistían en arcos, flechas, estólicas y algunas bocas de fuego: el aparato bélico consistía en cajas, pífanos y banderas.

Cuando los Nepeanos e Iquitos se redujeron a vivir en poblaciones, imitaron su ejemplo los indígenas Maracanos que vivían en el mismo río Nanai.

Eran los Maracanos muy distintos, así de los Iquitos crueles y aguerridos, como de los Nepeanos, humildes y apacibles; pues los Maracanos mostraban una dignidad y decoro de gente que se estima, y tenían hasta cierto aire de diplomacia y política (1).

Es de ver cómo varían los modos y las costumbres en las diversas entidades que pueblan nuestro Oriente.

Las cabeceras del Nanai distan poco de las aguas del Curaray, afluente del Napo, y los Iquitos y sus con-

(1). Chantre y Herrera, L. VIII, cap. VII, pág. 388.

federados sirvieron de medio para que los Oas y Abigiras de aquel río entraran también al movimietno civilizador, promovido por los misioneros.

CAPITULO SEGUNDO

De los indios Payaguas, Icaguatos, Masanaes, Encabellados, Oas, Abigiras, etc., moradores del río Napo y sus afluentes.

Epoca de su aparición histórica, 1721

Ubicación geográfica.—El poderoso río Napo donde se hallaban los indios que mencionamos, desemboca en el Amazonas a los 75º grados de longitud oeste del meridiano de París y a los 3º grados 40' de latitud austral. A este punto corre el Napo desde la línea ecuatorial, y aún de mayor distancia, en la República ecuatorial al nordeste de la gobernación de Quito. En este gran río han hecho su aparición, han figurado y figuran aún hoy numerosas partidas de indígenas, no civilizadas todavía ,a pesar de los inauditos esfuerzos de los misioneros e inflencia más o menos decidida de los gobiernos del Perú y del Ecuador.

Esas agrupaciones se han llamado de Archidona, de Canelos, Quijos, Encabellados, Abigiras, etc. En este estudio no hablaremos sino de algunos de sus moradores.

Los más próximos a las bocas del Napo en la era de su aparición, fueron los Payaguas: y no se reducían a la desembocadura de dicho río, sino que se extendían por los bosques hasta cerca del Putumayo.

Luego seguían un poco más arriba los Guacigua-

yas, los Ciguages y los Icaguates .Estos últimos se extendieron río arriba, hasta el afluente Curaray.

Al Curaray se refugieron también los Masamaes, hallándose simultáneamente en aquellas vecindades los Oas y los Abigiras, y más al norte los Encabellados a quienes seguían los Quijos.

Entre estos indios los caracteres eran variados: los Payaguas, taimados, descontentos e inconstantes; los Icaguates, primero crueles, después apacibles y serviciales; los Masamaes, guerreros, fornidos y arrojados; las demás tribus, de índole benigna y asequible. Los Encabellados, como se verá en tema aparte, al hablar de la sociabilidad de los indígenas orientales, estaban hechos a mirar sus cuerpos, y especialmente los cabellos, con extremos raros y no creíbles.

CAPITULO TERCERO

De los indios Pevas, Caumares, Cavachis, Ticunas, etc. moradores del Amazonas

Ubicación goegráfica.—En este artículo nos referimos a la sección del Amazonas peruano, desde las bocas del Napo hasta los linderos con el Brasil, que hoy se establecen entre el pueblo peruano de Leticia y el Tabatinga brasilero.

Los Caumares y Pevas, los Zavas y Cavachis, vivían concordes entre el Amazonas y los bosques vecinos, a pesar de las variedades consabidas que existen entre unas y otras tribus. Los Caumares eran de inteligencia despejada, avisados y de penetración; los Cavachis muy obtusos, que apenas conocían la razón; los Paves, sinceros y llanos; los Zavas, por lo contrario, doblados y

poco fieles; si bien todos ellos eran laboriosos y constantes en las fatigas.

La primera que hizo su aparición histórica fué la tribu Camaure. Vivían los Camaures en el pequeño afluente Guerari, que coresponde a un punto norte próximo a las bocas del Napo (1).

En este mismo lugar había vivido también una fracción de los Omaguas algún tiempo.

Eran los Camaures dóciles y humanos.

Estos tenían amistad muy antigua con los Pevas, que se hallaban confinentes en la quebrada o río que se denominaba Chiquita. Entraron de común acuerdo, unos y otros, por el camino de la civilización cristiana.

Sucedió otro tanto con los Zavas, aunque de índole más difícil, y con los Cavachis de escasa inteligencia (1).

Luego seguía la nación de los Ticunas, que hablaban la misma lengua que los Pevas, aunque degenerada en dialecto. Se halaban situados los Ticunas parte en dominios de Portugal y parte en dominios del Rey Católico. Estos indígenas son los fundadores del pueblo de Loreto, que resultó bonito y próspero.

Los Ticunas han sido personas de orden y sociedad, no sólo en la práctica de la religión cristiana, sino también en la prosecución del progreso temporal.

CAPITULO CUARTO

De los indios Huitotos, Yaguas, Erayes, Boras, Orejones, etc. del río Putumayo que proceden de la tribu madre de los Mirayos.

(1). Véase el plano: "Provincia Quitensis, Societates Jesu", a R. P. Ignatio Vicecomiti, 1751.

(1). Chantre y Herrera, L. VII, cap. V, pág. 333 y ss.

Epoca de su aparición, 1748.

Ubicación geográfica.—El río Putumayo o Icá desemboca en el Amazonas en territorio del Brasil, teniendo sus primeras vertientes en la región norte del Ecuador, y haciendo un recorrido total de 1970 kilómetros. En sus playas y bosques se han cultivado misiones tan célebres como las de Sucumbios en la parte más alta. Hoy se han extendido por sus márgenes preferentemente los Huitotos, Orejones y algunas otras tribus más o menos congéneres procedentes de los Mirayos. Por otra parte, sus excelentes condiciones de navegabilidad ofrecen al Putumayo un porvenir muy halagador, cuando la civilización sustituya allí a la barbarie.

Para dar una idea viva y palpitante del estado actual de las tribus que pueblan el Putumayo, seguiremos los pasos al comandante Marcel, ex-director de la escuela militar en el Perú, que ha realizado un viaje a aquellas regiones orientales, al desamparar las playas peruanas para volver a Francia su patria (1).

Pevas, según se expresa el viajero, está reducido a caserío habitado por indios Yaguas, que tienen la particularidad de vestirse con un tejido de fibras vejetales, de aspecto pintoresco; sus diferentes partes, muy movedizas, que accionan a manera de cazamoscas contra los mosquitos allí muy agresivos y picantes.

A algunas leguas más arriba de Encanto se hallan los indios Erayes; a los que siguen después los Soinas y los Boras, parcialidades de Huitotos, que proceden de los Miraguas, Mirayos, o Marayos. Estas partidas de in-

---

(1). "Del Pacífico al Atlántico, atravesando la América del Sur", por el Jefe de Escuadrones, Marcel, "La Prensa", nn. 12,399, Ac., dias 15, 24 y 30 de mayo de 1924.

dígenas pueblan la zona izquierda del Amazonas central.

La primera impresión que se nota en el indio con la vista inesperada del blanco es el miedo en unos, pero en otros es la indignación, la ira y la agresividad que los induce a tomar las armas. A los Erayes produjo miedo la presencia de los viajeros que hicieron allí su acto de presencia sin aviso previo. Al grito de los muchachos, los primeros en verlos, se pusieron en fuga todos. Sólo la presencia del guía, que era conocido de los mismos, los contuvo a poco de haberse dado cuenta de su presencia: y unos cuantos cigarrillos y cierto número de espejos amablemente repartidos, fueron medios eficaces para conquistar la voluntad de los meticulosos indígenas.

La choza del cacique.—Entró el visitante en la choza del cacique, acompañado del gerente de la factoría. La choza era un inmenso reducto circular, cuyo techo terminaba en cumbre, y se componía de capas superpuestas de perfolla de maíz, que en América llamamos panca, y formaban en contorno un plano muy inclinado para que fácilmente pudiera escupir la lluvia. La choza no tenía más abertura que la puerta de entrada, baja y estrecha. Se dejaban ver en la penumbra de aquel gran caserón una veintena de fogatas con un espacio central vacío. Al rededor de cada fogata se veían grupos de hamacas y pequeños entablados. Suspendidas por todas partes o apoyadas en el suelo había flechas envenenadas, arcos, mates o platos de calabaza.

Las mujeres del todo desnudas y agrupadas en torno de las fogatas preparaban la comida. Otros iban y venían: los niños, desnudos también, jugaban sobre el suelo. Las madres lactaban a sus hijuelos en las hamacas; otras, próximas a dar a luz, descansaban. Todo

esto se destacaba en la opaca atmósfera del gran caserón, en ambiente acre y de humareda.



Individuo Yaguas vestido de fibras

Esta clase de choza dan albergue y cohabitación a cosa de 60 u 80 personas emparentadas, no sin peligro de la sana moral.

Antropofágia supersticiosa.—Los Huitotos de la

Chorrera y demás puntos del Putumayo son antropófagos por superstición. La parcialidad de los Nuyas suele colgar los cráneos de las víctimas en su hogar. Es costumbre entre los Huitotos formar collares de dientes humanos, los incisivos, así de indios como de blancos. No suelen comer más que las cabezas y los brazos de sus víctimas, desdeñando otras partes, aunque más gustosas.

Parece que este hecho obedece a la idea supersticiosa de que alimentándose de un ser humano asimilan sus cualidades. Esta creencia tradicional los lleva a comer la cabeza, asiento de la inteligencia, y los brazos como instrumentos de la acción y de la fortaleza.

El nacimiento.— Cuando una mujer está para ser madre, abandona su hogar y se aísla en la selva, a ser posible en la proximiadd de un río. Da a luz y se sumerge con su hijo recién nacido en el río. Si este baño intempestivo causa la muerte del niño, la madre no se presenta en la casa.

Durante la ausencia de la mujer, el marido se acuesta. A su regreso, la madre pone a la disposición del padre al recién nacido, y ella va a sus quehaceres de la cocina. El padre, tomando a su nuevo hijo en los brazos, lo mece y da gritos desgarradores. Dada esta señal, la gente de la casa viene a felicitarlo por haber tenido un hijo, y le exhortan a sobrellevar con valor los pesares que le ha de ocasionar. Además durante un cuarto de luna, no toma ningún alimento sólido, para asociarse con esta abstinencia a los padecimientos de la madre.

El Comandante Marcel hace notar que esta costumbre existe también en la Guayana holandesa y ha existido en la región vasca de Francia.

Casamientos.— En todo el oriente la nubilidad es precoz: doce o trece años para los varones, 10 a 11

para las niñas. De aquí también que sean allí frecuentes los matrimonios prematuros.

Cuando un joven huitoto quiere casarse, se dirige al padre de la niña, quien le sañala una porción de terreno para que lo cultive, y le manda a cazar y pescar. Si todo marcha a satisfacción del padre, el futuro yer-



Mujeres Ocainas listaspara el baile

no le hace un regalo, en cambio del cual recibe a la hija por mujer, sin más trámites ni ceremonias.

El indio se halla a gusto en la poligamia; pero generalmente no posee más de una mujer, si se exceptúan algunos caciques que tienen dos.

La muerte.— La muerte de nuestros indios suele ser prematura. Contribuyen a este infeliz término de

la vida, la falta de higiene, de terapéutica, de alimentación variada y en especial la falta de la sal, necesaria para atender a la constitución física del cuerpo humano.

Los Huitotos envuelven sus cadáveres en una hamaca. Sus parientes hacen una excavación en el suelo de la choza, comunmente en el centro de la misma; allí forman un forado vertical, prolongado por un nicho



Managuare

horizontal; y el cuerpo es colocado en el nicho. El forado se ciega con tierra; pero puede abrirse de nuevo para introducir al nicho otro cadáver.

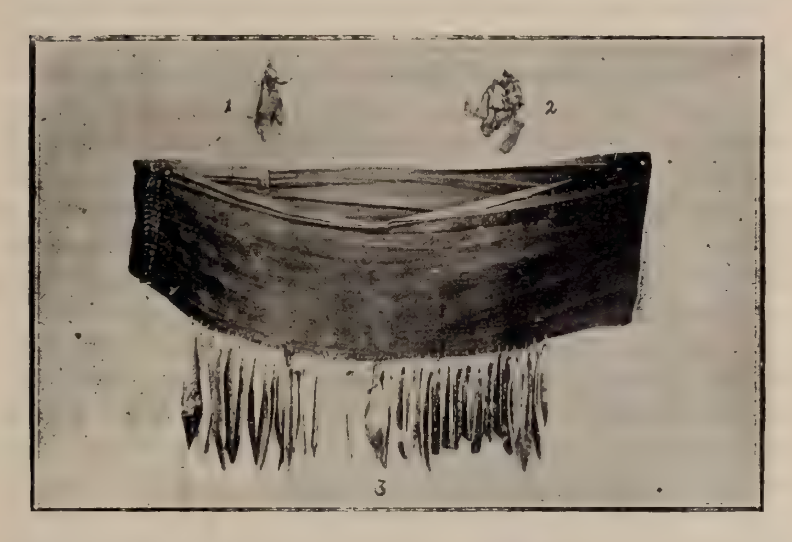
Así el subsuelo de la choza se convierte en panteón de todos sus moradores y los vivos no distan nada de los difuntos y antepasados.

Allí no rige la ley de la herencia: por tanto el difunto se lleva a la tumba todo lo que poseía.

Cuando el número de muertos enterrados es con-

siderable, se incendia la casa y se construye otra en la vecindad.

El baile.—Los Ocainas se hallan a 25 kilómetros de la Chorrera. He aquí uno de sus bailes usuales, a que son apasionadamente inclinados, sobre todo la india. Se anuncia el baile con **manguare,** de que se hablará luego. El anuncio se esparce como por encanto: y no es raro ver caminar a los concurrentes 50 o 60 kilómetros, para asistir al espectáculo. Mientras tanto el curaca acumula gran cantidad de provisiones para obsequiar a los convidados.



Objetos de los Campas: adornos propios de la mujer

Las mujeres se pintan de un modo especial, para lucir sus gracias en la fiesta, siguiendo un largo procedimiento. Desde la víspera se hace enlucir de la primera capa de pintura, que sirve de fondo. Al día si-

guiente se ejecutan sobre este los dibujos simétricos tradicionales; de modo que viéndolas de lejos son cual arabescos que producen la ilusión de que las pintadas se hallan cubiertas de telas atornasoladas de muy buen efecto.

El hombre no se pinta, pero adorna su cabeza de muy vistosas plumas; toma sus armas y asegura en su brazo izquierdo y en la pierna derecha una multitud de conchas que suenan como castañuelas. Antes del baile, los invitados que han llegado ya por centenares proceden a lamer **el tabaco.**

Como se lame el tabaco.—Esta ceremonia consiste en lo que sigue. En un mate de regular tamaño se macera una cantidad de tabaco con pimiento, llamado en el Perú **ají,** que es muy picante, y se pone en decocción con agua. La cantidad de pimienta es poca si se trata de un baile; mayor si se trata de la pesca o de la caza; y en gran cantidad si se trata de una expedición guerrera o de una mortandad a mano armada.

El día señalado, el curaca que ha tenido la iniciativa, convoca a los otros curacas, de los cuales ninguno ha de faltar. En lo recóndito de la selva se forma un círculo al rededor del depósito misterioso. El llamado a hablar introduce el dedo índice en la masa del mate, lo pasa sobre su lengua, y da comienzo a la peroración, relatando los hechos principales de su vida pasada: luego recuerda los acontecimientos horrorosos y hazañas querreras de su tribu: canta los días felices en que dueños del campo disfrutaban de libertad; y, por último, propone el punto que había pensado presentar a la consideración de los concurrentes.

De rato en rato manifiesta la junta su asentimiento con gritos afirmativos desaforados.

Luego toma la mano en el asunto otro de los asistes, no sin antes lamer el tabaco: y a poco se generaliza

el acto de lamer acudiendo todos al mate. Exitados por la acción de la nicotina y del pimiento, se vuelven mutuamente agresivos; y en medio de una algarabía infernal que se forma toman sus decisiones.

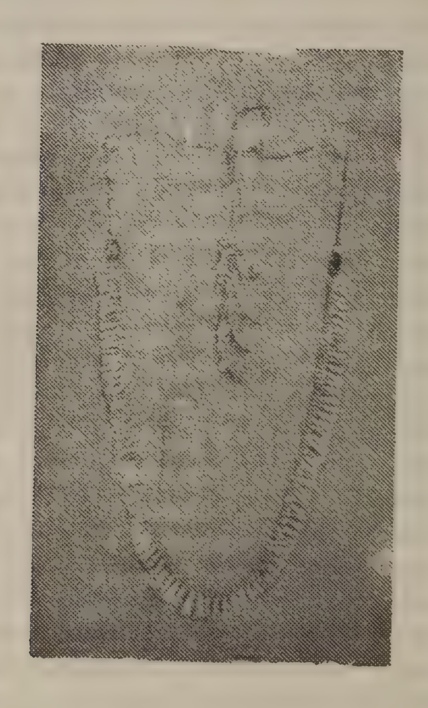
Con esta excitación de nervios y exaltación de ánimos comienza también el baile. Al efecto, los hombres forman un gran círculo, y se concatenan con los brazos. Así dispuestos, el curaca lanza una frase, que todos los concurrentes repiten, saltando en cadencia del pie izquierdo al derecho, al ruido de las castañuelas. Luego se deja oir otra frase, que también repite el coro, y así sucesivamente. Mientras tanto las mujeres colocadas en el centro del círculo, avanzan hacia un punto determinado de la circunferencia, corren, se detienen, retroceden, se dirigen a diversos puntos, retornan al centro, vuelven a empezar la tarea, y así continúan durante el espacio de tiempo que corresponde a las mujeres de una tribu. A esta tribu sucede otra, y cuando las tribus o parcialidades son muchas, se prolonga el baile sin cesar por varios días.

Para un extraño que contempla esta comparsa por primera vez, resulta un espectáculo de infierno: de noche ,al vago resplandor de las antorchas de resina, los cuerpos desnudos cubiertos de pinturas recargadas de colores, sudosos, agitándose con movimientos casi espasmódicos, hace todo aquello el efecto y la impresión de lo maléfico y tenebroso.

Y mientras dura la vertiginosa comparsa no se interrumpen los gritos de las mujeres acompañadas de los sonoros golpes del **manguare,** que resuena a grandes distancias en la inmensidad de las selvas. El centelleo de las errantes luciérnagas da el complemento al siniestro festival de los bosques salvajes.

Y ¿qué cosa es el manguare?.—Este instrumento, que es invención indígena, se halla en uso entre los

Huitotos. Se compone de dos troncos de madera, dura y consistente, de unos dos metros de largo cada uno, pero de diámetros diferentes: por ejemplo. en proporción de 80 centímetros el uno y de 50 el otro. Una abertura longitudinal corta el cilindro de un extremo a



Collar de dientes humanos entre los huitotos

otro, cuyo interior, a falta de herramientas, han vaciado a fuego. Los manguares de mayor diámetro dan un sonido más grave, y los de menor diámetro un sonido más agudo, siendo golpeados por mazas de madera recubiertas de caucho. Hay indios destinados al servi-

cio del mangaure, que se colocan en medio de los dos tambores, con mazas en cada mano; y gracias a las combinaciones de golpes graves y agudos obtienen un alfabeto convencional que les permite comunicarse a la distancia de 10 a 12 kilómetros. He aquí el representante primitivo más similar de la telefonía sin hilos.

Cada tribu posee su manguare, que resuena en las soledades de los llanos así anunciando festivales divertidos y salvajes, como sonidos de guerra y exterminio, a los cuales no pocas veces ha sucedido el supersticioso banquete de carne humana.

A pesar de este instrumento que es una especialidad de la tribu huitota, esta agrupación indígena se computa entre las más atrasadas de nuestro Oriente.



SECCION QUINTA

Descripción de los indios del Ucayali

CAPITULO PRIMERO

De la tribu Mayoruna, ubicada entre el Amazonas, Ucayali, Marañón y Yavarí. Epoca de su aparición histórica, 1761.

Ubicación geográfica.—Es conocido el territorio casi triangular que se extiende por una parte desde el Ucayali en la zona del río Tapiche y el Amazonas peruano, y por otra parte su afluente austral Yavarí que fija el límite entre el Perú y el Brasil. En esa comarca intermedia, bastante extensa, hicieron su aparición los indios Mayorunas y allí persisten todavía en nuestros días.

Se ve que el núcleo principal de los Mayorunas no se sometió a la influencia civilizadora de los misioneros Jesuitas; aunque algunos de ellos salieron de la tierra paterna y se pusieron al alcance del celo de aquellos religiosos.

De los Mayorunas dicen no pocos escritores que eran muy bárbaros y crueles y Castelnau afirma equivocadamente que eran antropófagos. Tal vez los confundió con sus vecinos Remos y Capanahuas o Busquimanes, de los cuales se hablará más tarde.

El padre Chantre y Herrera cuenta de los Mayorunas una costumbre sin duda alguna muy bárbara, difícil de llenar, como es llenar de negros clavos la barba de los varones. He aquí el procedimiento que usaban. Desde muy pequeños hacian a los mozuelos unos aguje-

ritos en la barba, y fijaban en ellos clavitos de chonta negra, madera durísima. Continuando el procedimiento, llegaban a llenar de clavitos negros todo lo que corresponde a la barba del hombre, de modo que, vistos de lejos, parecían hombres de barba negra y bien poblada.

En la frente hacían los Mayorunas dos rayas negras; en los dobleces de la nariz, hechos sus correspondientes agujeros, clavaban dos plumas de la cola de huacamayo, en forma de bigotes, y otras dos en el labio inferior, de modo que hiciesen la figura de una cruz aspada.

Las mujeres de esta nación eran por lo común blancas y de buenas facciones, pero afeaban la natural belleza de su semblante, echando en la frente tres o cuatro rayas de una parte a otra, tatuadas de color negro indeleble, pues ponían la pintura ensangrentando primero la piel con espinas y abrojos. Otras tantas rayas hacían en las mejillas de arriba a bajo; otras partían del labio inferior a las mandíbulas y hasta las orejas. Además de tantas rayas negras, que hacían el efecto de un enrejado, tiraban otras como pinceladas gruesas, que formaban cintas negras imborrables.

Era asimismo costumbre de los Mayorunas adoptar algunas de sus rayas como distintivo de su tribu y herencia de sus mayores (1).

Si hemos de creer a don Manuel Ijurra en su **Resumen de los viajes a las Montañas de Mainas** (2), que escribía en 1841, los Mayorunas son por lo general de facciones hermosas y de cuerpo bien conformado: esbeltos y de buena altura, derechos, de fuerte musculatura, de nervio y robustez. Son muy ágiles para saltar y bailar. Los han denominado también con el calificati-

(1) Chantre y Herrera, L. II, pág. cap. 64.

(2) Larrabure y Correa, "Colección", T. pág. 361.

vo de Barbudos o Barbados, sin duda por la costumbre ya mencionada de **clavetear** la barba con clavitos de chonta; aunque esta costumbre ya no persiste entre ellos. A no ser que sean llamados con este nombre por la razón que indica el padre Francisco Girbal y el mismo Ijurra, de ser oriundos de españoles de las riberas de Mayo, río que da nombre a Moyobamba; pues mayoruna, en este caso, sería nombre quechua, significando hombre y gente del río Mayo. Parece además que el vello que abunda en todo el cuerpo de los Mayorunas acusa origen europeo. De aquí también, que al haber ido perdiendo la barba, han podido consolarse con la rara industria que se ha dicho, de los clavitos de chonta.

Por otra parte son bondadosos: que dice Ijurra: "En su fisonomía está demarcada la bondad de su alma, pues siempre se presentan risueños y preparados a recibir a cualquier extraño con suavidad y benevolencia, sin inferirle daño alguno (3).

Las mujeres, agrega el mencionado Ijurra, aún tienen una fisonomía remarcablemente más expresiva: la primera vista de esas verdaderas amazonas, no puede soportar un extraño, sin que sorprenda la excesiva preciosura de sus formas, distinguiéndose sobremanera en esto y los hermosos perfiles de sus cuerpos.

Nuestro padre misionero fray Agustín López, morador en Requena por muchos años y vecino por lo mismo de los indios Mayorunas, da razón en un **Informe** manuscrito de lo que hoy son y piensan los Mayorunas. El misionero se explica así:

"Los Mayorunas formaron un tiempo una tribu numerosa establecida entre el Yaquerana, el Galvez y el Yavarí por una parte, y por otra el Río Blanco, Tapiche y Ucayali. Esta tribu ha sido objeto de tenaces per-

(3) Larrabure y Correa, t. VI, pág. 361.

secuciones de parte de hombres desalmados que expresamente iban a los citados ríos en busca de muchachos para venderlos, matando y destruyendo a cuantos se oponían a su feroz intento".

"Los Mayorunas por su parte, no quedaban cortos en las represalias contra sus agresores. No hará sino unos cuantos años, que, alentados por un blanco, mezclado entre ellos, empezaron a hostilizar a los comerciantes del jebe, y hubo de intervenir la fuerza armada de Iquitos. Pero como sucede en estos casos, la fuerza no dió con ellos, ni pudo escarmentarlos".

De suerte que los bravos indios seguían sembrando el terror y la consternación por aquellas comarcas. En consecuencia, los **shiringueros,** asustados de los Mayorunas, que entraban hasta en sus casas, recorrían las **estradas** y les robaban las **tichelas,** hubieron de abandonar el trabajo en pleno verano y antes de la estación de las lluvias. Más de catorce canoas, dice el misionero, con hombres, mujeres y niños encontré que bajaban el río. Esta broma le costaba al patrón como 50.000 libras esterlinas. "Para contenerlos y poder seguir trabajando, el patrón hizo traer de Umaita en el Alto Tapiche, más de treinta familias de Capanahuas. Con el conflicto sangriento de una tribu contra otra quiso comprar la paz el patrón. Y este es el sistema seguido en casos análogos".

Estos métoods que inquietan y revuelven, hacen imposible no pocas veces la acción salvadora del misionero entre los indígenas del Oriente.

CAPITULO SEGUNDO

De los indios Mayos y Remos, moradores de las vecindades del río Tapiche.
Epoca de su aparición histórica, 1790

Ubicación geográfica.—El río Tapiche ha sido poco estudiado; y quizas sus mejores exploraciones hasta el presente se deben al misionero padre fray Agustín López. Generalmente se ha equivocado por completo por los geógrafos la orientación del río, lo mismo que la dirección de sus vecinos del Huanacha y el Maquia. Es preciso colocar los orígenes del Tapiche y aún de Río Blanco, en el cordón de colinas que circunda a Contamana: luego el Tapiche hace un recorrido de Sur a Norte con orientación paralela al Ucayali, haciendo un trozo que empieza cerca de los 8º grados de latitud Sur hasta los 5º grados, siguiendo casi en su totalidad el espacio intermedio entre los 56º y 77º grados de longitud oeste del meridiano de París.

El Tapiche y el Río Blanco se hallan ampliamente comunicados con ríos brasileros, como con el limítrofe Yaquerana, del Yavarí el Moa y el Yuruá.

Los Mayos.—Los indios Mayos tienen una presentación muy oscura en la historia y una actuación sobradamente revoltosa. Aun en la actualidad andan errantes: y por lo mucho que han andado, hay entre ellos quien habla castellano, y quien quechua y quien brasilero.

El techo de sus casas llega hasta el suelo y dentro de esta cubierta exterior hacen otra habitación enteramente cerrada, donde no penetra la luz. De aquí se les ha seguido una gran ventaja, en sus guerras seculares con sus enemigos, por un fenómeno óptico muy digno de estudiarse, pues sus ojos acostumbrados a la completa oscuridad, ven de noche lo mismo que de día; y con vista de lince, realizan sus ataques de noche, no con flechas, sino a lanza, sorprendiendo a sus víctimas durante el sueño.

Indumentaria.—Los Mayos van desnudos en su vida selvática. Sólo para la ceremonia de la **purificación**

usan un ropaje muy especial. La purificación es una ceremonia de esta tribu que tiene por objeto el ingreso de una mujer extraña a su tribu. El ropaje va descrito por el padre López: "En la expedición llegamos a un tambo donde encontramos unos adornos de tahuari, árbol de una corteza que puede deshojarse en placas finas como el papel y formar cintas del largo que se quiera. Ese adorno consistía en una corona que, puesta en la cabeza, dejaba caer sus cintas hasta los pies de la agraciada. Con esa corona habían purificado días antes a dos mujeres cocamas sustraídas por los Mayos y que fueron adoptadas por miembros de su tribu".

Los Remos.—También los Remos hacen su aparición en la historia en forma ambígua y su vida siempre azarosa. Desde tiempos antiguos han permanecido en las montañas en las pequeñas alturas de los orígenes del Yaquerana, Río Blanco, Tapiche y Abujao, morando en sus laderas, de donde parten las aguas, ora al Ucayali ora al Yurúa.

Han vivido siempre en guerra con los Capanahuas con mucha mengua de los Remos. Y últimamente ha sido fatal para ellos la intervención de los caucheros; pues con el objeto de sustraerles sus muchachos para el trabajo, han sufrido vejámenes sangrientos que han dejado diezmada la tribu. El padre López tuvo ocasión de ver y deplorar estos estragos. Visitó una por una sus familias; y pudo comprobar que a las esposas habían muerto sus maridos y arrebatado tres, cuatro y más hijos; por cuyo motivo no había entre ellos jóvenes ni niños.

Para evitar la ocasión de aquella persecución, todas las casadas se habían esterilizado mediante vegetales cuya eficacia conocen; hasta que más tarde, reunidos al amparo de un misionero y amonestadas las mujeres por él, tomaron el conocimiento de otro vegetal,

y continuaron concibiendo sin dificultad alguna. Hambres halló el padre López que le mostraban las cicatrices producidas por las balas. Una mujer con una mano destrozada, una pierna lisiada y el cuerpo lleno de munición. La otra mostraba diez cicatrices en la espalda de otros tantos cortes que de arriba a bajo, casi de los hombros a la cintura, le había abierto con una navaja, después de otros abusos, un bárbaro civilizado. Esto explica el horror que tienen a los blancos.

El padre no vivió con los Remos sino durante tres meses, y como fruto de su observación nos ha dejado las noticias que el lector ha podido ver en este mismo tomo. Son de regular estatura, pero tienden a pequeños: de cara redonda, nariz achatada, y sin barbas; y los que tienen alguna barba se la arrancan, lo mismo que las cejas.

Hombres y mujeres van pintados, las mujeres ostentan en su cara y cuerpo dibujos primorosos que pueden compararse con las más preciosas blondas.

Los hombres tienen agujereado todo el pabellón de la sorejas, donde sujetan con una cuerda tiritas largas de conchas del río o caracoles que buscan en el bosque. Para darles un color nacarado los ponen al fuego, con que se les desprende una película biscosa y quedan brillantes.

Del mismo material forman las mujeres sus collares, rompiéndolas en pequeñas partículsa, que agujerean y ponen redondas, rozándolas en las piedras.

También tienen su adorno para la nariz, los hombres de forma cuadrada, y las mujeres en media redondela, todos del mismo material. Los niños llevan pulsera de dientes de mono y lo mismo los hombres.

En las pantorrillas cerca del tobillo, hombres y mujeres una pequeña cinta, tejida de colores por las mujeres.



Siática: *Cerbera Peruviana* de Person.
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)

Los hombres también se adornan con coronas que hacen de hojas de palmera y plumas de huacamayo.

Amanecen alegres, y muy de mañana se ponen a conversar de una hamaca a otra Apenas raya la aurora, por intenso que sea el frío, las indias, chicas y grandes, corren a bañarse. Al volver comen algo si lo tienen; y sin demora empieza la mujer las labores domésticas; a traer el diario de la chacra; cocina, teje su hamaca. etc. El marido parte muy de mañana al monte a traer caza, o queda muy horondo ocioso en la hamaca.

Cuando el marido llega del monte, la mujer le ofrece chicha, recibe lo que le trae, lo cocina y se come. Aunque la presa sea grande, luego se da toda ella. Hay casos que consumen en una sola comida venados, saginos y monos. Así ,el socialismo más perfecto va reinando en aquellas soledades.

Si en casa no hay leña, al marido le corresponde buscarla, para que la mujer cocine. Todos conservan el fuego en el hogar durante la noche junto a la hamaca.

Durante la lactancia la madre lleva siempre en sus brazos la criatura por espacio de un año. Cuando ya puede gatear, lo abandonan y suele andar sucio, revolcándose en la ceniza y en toda inmundicia. Por otra parte todo el hogar se halla muy descuidado y asqueroso. Hasta los ocho o diez años andan los chicos a su placer jugando en la vecindad, bañándose, buscando y comiendo gusanos, etc. A esa edad los llevan los padres al monte a los varones, y las madres enseñan a hilar y otros quehaceres a las hijas.

Para alimento siembran varias clases de patatas o tubérculosas, yuca, y sobre todo el maíz, que lo comen de diversas maneras, asado, cocido, molido, tostado, en pasta y en la chicha. Comen monos, aves, gusanos, especialmente los que cria la madera, llamada suria.

En casos de enfermedad se curan con medicamentos vegetales que tienen muy conocidos. Si la enfermedad se agrava y pierden toda esperanza de salud, preparan su chicha, se reunen todos, y en la agonía lloran junto al enfermo.

Apenas ha espirado o creen que ha muerto, colocan su cadáver sobre un montón de leña y allí lo queman. Mientras el cuerpo se está quemando, cuatro hombres con unos palos puntiagudos van picando al cadáver para que vaya brontando grasa y sangre. Terminada la cremación, echan las cenizas a la chicha que han de beber. Luego el llanto es general en toda la tribu, deplorando la muerte. Los parientes y amigos, hombres y mujeres ,se rapan la cabeza en señal de luto, dejando caer unos mechones de pelo por detrás. Al mismo tiempo cuatro hombres que se remudan no cesan de tocar el **dundurio** o **manguare.**

Una mujer, la parienta más cercana, toma de manos de los oferentes el primer mate de chicha, mezclada y bien batida con las cenizas del difunto. Los encargados de ofrecerla son cuatro hombres y cuatro mujeres, que siguen repartiéndola a los concurrentes. En esto la predicha mujer se finge loca, y con los mechones de pelo al aire, con los brazos en alto y dando lastimeras voces, se coloca en medio de la concurencia. A esta mujer sigue otra en las mismas condiciones, y luego otras muchas sucesivamente: todas se abrazan y dan vueltas, suspirando un canto fúnebre al son del **manguare**, que no cesa un momento.

Por la parte exterior y teniendo por centro a las mujeres, forman un círculo los hombres, y dan comienzo a la misma danza que las mujeres.

Pero a una señal se para todo aquel desconcertado movimiento :se sienten todos, o se echan, o postran en tierra. Se sirve de nuevo la fúneber chicha y como por

efecto de ella, vuelve a salir otra mujer al escenario para repetir la misma faena. Y así continúa hasta acabar la chicha: terminada la cual, queda terminado también el funeral.

Nuestros misioneros han sido testigos presenciales de todo esto, que tiene varios puntos de contacto con el célebre baile de los Huitotos.

Este relato se refiere a las costumbres actuales de los Remos: de donde se colige que aun permanecen en su primitiva barbarie. Por otra parte tampoco les hace mucha ventaja la moral de los indígenas semicristianos que pueblan el Río Blanco y el Tapiche, como lo vimos en el **velorio en el Río Blanco,** descrito por el padre López (1).

CAPITULO TERCERO

De los indios Capanahuas o Busquimanes, Sensis, y otros indígenas de la zona del Maquía y Tapiche

Epoca de su aparición histórica, 1790.

Ubicación.—Los indios que mencionamos han amado como refugio los terrenos que se hallan protegidos por los cerros de Canchahuaya y de su prolongación hacia el Tapiche y por las vertientes poco accesibles de los ríos Maquía y Huanacha, que tienen su origen en dichos cerros.

Los Capanahuas.—Los Capanahuas o Busquimanes hacen su aparición histórica muy tarde, por los años de 1817. Eran enemigos temidos en la vecindad; y más tarde, ubicados en los orígenes del Tapiche, vivieron en perfecta lucha con los Remos.

(1) Cap. XXV de este tomo.

Han acostumbrado andar completamente desnudos, hombres y mujeres; y han creído practicar una especie de piedad con sus padres y parientes, comiendo su carne, asada o ahumada, lo mismo que se practica con la carne de los animales del bosque. La carne humana es para ellos muy agradable y la sangre humana la beben como los demás el vino. Se hallan divididos en parcialidades; pero hablan todos el pano. Han experimentado varias vicisitudes con los caucheros, y por último se establecieron en el Alto Tapiche donde han dado nombre a una vertiente.

Los Sensis y sus parcialidades.—Eran vecinos de los Capanahuas los Sensis. A poco de entrar en comunicación con los misioneros, se dividieron en tres parcialidades de Inubus, Runubus y Cascas. De tres mil que eran, una epidemia los redujo a muy pocos.

También van totalmente desnudos y no bastó todo el celo de los misioneros para que variaran de costumbre. Los exploradores Smith, Lowe, Beltrán y Azcárate han consignado varios pormenores relativos a las costumbres de los Sensis. Según estos distinguidos viajeros, los Sensis se distinguen de las demás naciones indígenas de aquellas comarcas, por los siguientes caracteres. Usan una pintura permanente: las mujeres por lo regular tienen pintadas dos cintas azules, que naciendo de los hombros se reunen debajo del esternón.

Eran muy belicosos: y además del arco, flechas y macanas, usaban el **chasutino,** y el escudo **viche.** Esta arma tenía dos varas de alto, y se componía de un palo de figura cónica, con tres o cuatro astas de venado, colocadas sobre una misma línea en la parte más gruesa, que es también su parte ofensiva. La punta sirve para clavarla en el suelo. El escudo es una circunferencia de bejuco, en la que se apoya un círculo de cuero, de cervicabra: su diámetro es de dos tercios de vara poco más o menos:

tiene también dos asas por la parte inferior para asegurarlo en el brazo, y su adorno consiste en plumas colgadas al rededor.

La macana de los Sensis es más pequeña que la que usan las demas tribus: cortada la vara de que forman sus arcos, ofrece una sección elíptica.

Los Sensis no usan masato. Prescinden también de caciques o curacas y no conocen más autoridad que la del padre de familias.

El padre Plaza había sido testigo del siguiente hecho de un sensi: viendo el indio caer muchos rayos en un día tempestuoso, no sólo pateaba irritado, sino que amenazaba a la divinidad con sus flechas, diciendo no ser inferior al rayo que veía.

Los Sensis castigan con castigos horrorosos la infidelidad de la mujer casada.

CAPITULO CUARTO

De los indios Hotentotes o Puinahuas, y de los Panos o Setebos, moradores del Bajo Ucayali .

Epoca de su aparición histórica de los panos, 1670

Ubicación geográfica.—Los Puinahuas u Hotentotes son indios que hacen una aparición inesperada en el Bajo Ucayali a la izquierda de este gran río en terrenos inundables. De ellos se hace la primera mención después del año 1790, colocándolos como segregados del resto de las demás naciones indígenas orientales, en la sección del Ucayali por ser fangosa se reputaba inhabitable. Se agrega que los Panos o Setebos les pusieron nombre, llamándolos Puinahuas o escremento humano, por desdén y desprecio; y que otros los llamaban Hotentotes, com-

parándolos, por la suciedad y cinismo de sus costumbres, con los homónimos de Africa.

El padre Jerónimo Lezeta en su **Breve Noticia del Estado de las Misiones,** da de ellos las siguientes características, poco recomendables por cierto. Suelen estar echados, las manos cruzadas como usan las comunidades religiosas en sus capítulos. Su vestido es en extremo ridículo, poniéndose de la cintura abajo pieles de animales, sin vestidura de la cintura al cuello.

Llevan guirnaldas o turbante en la cabeza. Hablan muy poco y son de genio áspero, con actitudes de idiotas y en[illegible]s.

Las mujeres son entre ellos muy humildes, y suelen ponerse inclinándose sobre sus rodillas, en ademán de saber la voluntad de sus maridos.

Con nuestros misioneres se mostraron muy sumisos, colocando en estos toda su confianza. Agradecían los favores que se les hacían dando palmadas, y las mujeres con besamanos.

Los Panos o Setebos.—Ubicación.—A los Panos o Setebos se les ha llamado también Manoas, por el río en que vivieron en el período de su ingreso a la vida de roce y trato con el misionero. El río Manoa o Cushiabatay que se origina en las vertientes orientales de la Cordillera que divide la cuenca del Huallaga de la del Ucayali, hace su recorrido de Occidente a Oriente, siguiendo la orientación del 7º de latitud sur y desemboca en el Ucayali un poco antes de dicho grado.

En las soledades de este río se escondieron los Panos en la época de su desgracia, cuando la suerte de las armas les fué adversa, y cuando Shipibos y Cunibos recorrían el Ucayali y sus bosques con altanera libertad. Los misioneros, que se apoyaron en los Panos para emprender su labor evangélica en el Ucayali, les obtuvieron días de libertad y de gloria, sobre todo en la época

de la prosperidad de Sarayacu: pero esos mismos Panos, aunque bastante mesurados y de suaves costumbres, abusaron de aquella prosperidad, dándose al corso y al despotismo.

Estos Setebos, aunque adornados de inteligencia perspicaz, eran al mismo tiempo dóciles para el misionero (1).

Sus casas acusan también en esta tribu amor al orden y cierto aseo. Tienen en ellas cargamentos de arcos, flechas y dardos; y en las primeras entradas que se hicieron a ellos, tenían colgadas un gran número de cabezas humanas, considerándose más valiente aquel que en su hogar ostentase mayor número de despojos humanos. Estos valientes suelen ser también los capitanes en casos de guerra, y estos suelen casarse con las jóvenes más estimables de la tribu.

Los cargamentos de armas que guardan en sus casas no son vanidad ni pura ostentación, sino necesidad para no ser sorprendidos de tribus enemigas. De suerte, que todas las tribus tenían su prevención de armas, aún en tiempos que llamaremos de paz, sin detrimento de prevenirse de un modo particular cuando aparecieran amagos o peligros de güerra.

Todas las tribus relacionadas con los Panos o que podían hallarse complicadas en alguna guerra con los mismos, como eran los Mayorunas, Cocamas, Piros, Cunibos, Campas, etc., se halaban provistos de estas armas comunes. La macana que usaban era de vara y media de largo, de figura piramidal y de dos filos hecha de chonta que posee una consistencia casi metálica.

Aún cuando los Panos y demás naciones se aborrecían mutuamente y sus guerras eran de exterminio; pero trataban como a hijos a los cautivos

(1). Esta Historia, T. I, págs. 136, 7.

Así los Panos como los Cunivos comen de comunidad, llamándose a la hora, y trayendo aún los convidados la comida que hubieren prevenido, para tomarla entre todos. Asímismo beben el masato por igual.

Son muy amantes de piezas de plata, que les gusta llevar pendientes de la nairz y hasta de la barba. En las muñecas usan brazaletes recubiertos de muelas de monos o huesos pequeños.

Usaban como vestidura su **uxti** o **cushma** con pequeñas mangas, a distinción de las otras tribus que lo usan sin mangas. Tienen la rara costumbre de atar con un cordel a la cintura los hombres lo que calla y cela la honestidad. Las mujeres no usan sino la pampanilla, que sólo les cubre la cintura abajo, pero sin coserla por el lado derecho.

Todos ellos fuman el tabaco, sirviéndose de una pipa que forman de caña hueca y gruesa de un palmo y medio de largo, capaz de contener un mazo y medio de tabaco, con su boquilla corta de un cañutito delgado. Se sirven asimismo del tabaco en polvo, así los hombres como las mujeres, con un instrumento violentísimo como es un cañuto no muy grande y hueco y de figura de medio círculo, abierto o agujereado por ambos extremos: el que tiene que sorber el polvillo coloca el uno de estos extremos en el agujero de la nariz, y por el otro sopla su compartícipe con tanta violencia, que según se explica el padre Girbal, introduce el tabaco hasta los sesos del recipiente, haciéndole derramar gruesas lágrimas. Se alternan en el oficio de soplar y recibir.

Les gusta mucho tener los dientes negros, y al efecto se están horas enteras pintándoselos con un hisopito.

No se observa entre los Panos culto alguno a nin-

guna deidad, pero mantienen a sus hijas con alguna honestidad y son fieles en sus tratos y promesas.

También entierran a sus difuntos en las propias casas, metiéndolos en grandes tinajas.

Eran y son esmerados en la cerámica.

Según el informe de los exploradores Pedro Beltrán y sus compañeros, se debe decir que los Panos tenían muchísimo cuidado de pintarse la cara, las manos y piernas con **huito** y **chambo**, formando dibujos graciosos: las orejas y el tabique de la nariz tenían agujereados para adornarse con pequeños rosarios. Así hombres como mujeres llevaban el pelo largo y suelto. Estiman muchísimo las chaquiras que les regalan los blancos y son su principal adorno. De ellas hacen las mujeres sus aretes, gargantillas y pulseras.

La época en que dichos exploradores entraron en Sarayacu corespondía a la holgura y grandeza de los Panos; y en consecuencia dicen de los mismos que hacían contínuas expediciones contra los Mayorunas, Remos, Capanahuas, Amahuacas, Campas y Cashibos. En estas irrupciones mataban a los hombres sin compasión, especialmente a los viejos; y se reservaban las mujeres y niños, para esclavizarlos, o venderlos en cambio de herramientas que necesitaban. El valor es lo único que estiman y la venganza es su pasión dominante.

Cuando nace un niño pano, se reunen los ancianos y dan el nombre al recién nacido, regularmente de algún animal; luego soplan al niño para que se alejen de él todas las enfermedades. El padre del niño se mantiene quieto en un rincón de la pieza.

En la muerte se vuelven a reunir los ancianos, y si el moribundo tiene hijos aconsejan a estos el valor y la venganza. Después de muerto un pariente, los deudos se visten lo más roto que tienen, en señal de duelo. El mayor de los hijos le corta un pedazo del talón, que

guarda como una reliquia. Rompen todos los muebles que pertenecieron al difunto, menos las herramientas de sembrar que las entierran con él; pues dicen que necesita de ellas para hacer su chacra en el lugar donde va. Enterrado el difunto en la casa, los deudos lloran sobre él tres veces y luego se trasladan a otro paraje.

Los Panos han sido una de las tribus de más importancia en el Oriente; y su influencia, juntamente con su lengua, se ha extendido a regiones muy apartadas e inmensas.

CAPITULO QUINTO

De los indios Shipibos, Cashibos, Carapachos y Amahuacas moradores de los ríos Pisquí, Ahualitia, Pachitea, Tamaya y Urubamba, afluentes del Ucayali

Epoca de su aparición histórica, 1670.

Ubicación geográfica.—Los ríos que aquí se mencionan, y en cuyas riberas y bosques adyacentes viven los indios de quien se va a hablar, corresponden al Ucayali en su curso medio desde los 7° hasta los 10° de latitud sur. Todas estas tribus en una antiguedad algo remota formaban parte integral de la gran tribu de los Panos, lo mismo que los Cunibos y Piros de quienes se hablará en otro capítulo. Separados de aquel tronco durante siglos de separación, han formado dialecto propio y han introducido no pocas variantes en sus costumbres. Aún ha podido darse lugar a que algunas de estas tribus hayan tenido más trato y roce con los incas que los Panos, y que posean mayor caudal de tradición

Los Siphibos.—Los Shipibos, llamados también incáica que los Panos.

Callisecas en las narraciones franciscanas, y Chipeos por los escritores Jesuitas, después de pasar por una situación humilante, obtuvieron una época de poderío en siglos anteriores. Fueron el terror de los misioneros antes del año 1700, y bajo su influencia no se podía contar con la fidelidad de ninguna otra tribu.

Han amado de preferncia el río Pisqui, que un tiempo conquistaron como fruto de una sangrienta victoria, y han andado en años anteriores como en casa propia todo el campo de los llanos arientales, desde el Huallaga hasta el Ucayali, y desde el Pachitea hasta el Marañón.

Los Shipibos hicieron su primera aparición ante los misioneros con espíritu fiero y salvaje. Hechos a la hostilidad y a la guerra con sus vecinos, no exceptuaron al misionero; y pensaron más bien en envolverlo en sus iras. Sobre todo, que no se podía hablar de yugo ni de subordinación a aquella gente de indómita cerviz

El padre Lezeta en su **Breve reseña,** dice de los Shipibos, con quienes vivió no poco tiempo, que aún seguían irreconciliables con los Panos y Cunibos, y que costó gran trabajo conciliar sus ánimos, según exige la caridad evangélica.

Agrega que son blancos y rubios a manera de nosotros; castaño su pelo y áspero, y que por esta particularidad los demás los llaman diablos y brujos. Que todavía los temían los Panos y Cunibos, y los miraban con respeto, en atención a que fueron nación grande y valerosa. Que dominan y navegan el Ucayali con potestad, y traginan con su comercio, especialmente con la sal que tienen mucha, en las alturas de su río Pisqui.

Los Shipibos mantienen aún hoy en día su antiguo sistema de acción y movimiento. De ellos dice en su Informe el padre López: los **Shipibos** son la tribu más numerosa y repartida en una gran extensión. Hay Shi-

pibos en el Pisqui, en el Tamaya, en el Abujao, en el Sesea, en el Iparia, en las bocas del Pachitea, en Pucallpa del Ucayali; y tienen recorridos ya el Madre de Dios, Las Piedras, el Purús, el Yurúa, el Manu, Tahuamanu, Beni y otros . . . No sería poco si se ganase a los Shipibos, que anteriormente ejercieron su tiránico imperio en las regiones muy extensas de nuestro Oriente, siendo el terror de los misioneros.

Los Cashibos en el día se hallan como secuestrados del trato de sus vecinos indígenas; pero hubo un tiempo en que fué muy distinta su condición. En época muy anterior, los Cashibos formaban una tribu respetable por su número y su valor, ocupando las dos márgenes del Pachitea. Sostenían entonces sus grandes guerras con los Campas del Gran Pajonal, que también eran nación de alto vuelo, que sostenía y defendía ideales muy orgullosos, de los cuales aún hoy mantiene una buena parte.

Los Cashibos, molestados por la orgullosa tribu campa, optaron por buscar la paz, alejándose del Pachitea y aproximándose al Ahuaitía. Pero aquí se hallaron con otra nación no menos altanera, que eran los Shipibos. En una gran batalla salieron vencedores los Cashibos; pero en la siguiente fueron enteramente derrotados. Y los pocos sobrevivientes hubieron de internarse en los bosques que median entre el Pachitea y el Ahuaitía. Desde aquella fecha los Cashibos han arrastrado una vida innoble, salvaje y antropófaga (1).

Don Pedro Beltrán y sus compañeros se han esmerado en dar una descripción bastante cabal de los Cashibos como crueles, ariscos y antropófagos. Según ellos los Cashibos son la plaga más destructora de las naciones inmediatas. En tiempo de verano salen hasta las o-

(1). Esta Historia, T. I, pág. 304.

rillas del Ucayali para dar caza a los Setebos o Panos, a los Cunibos y Piros, que suelen entrar al bosque para matar animales y aves. Los Cashibos ocultos en la espesura remedan con la mayor perfección a los cuadrúpedos y pájaros; con lo cual engañan a los cazadores, quienes quedan con la treta a merced de los astutos Cashibos.



Jóvenes Cashibas

No sólo comen a las personas extrañas a su nación, sino que también se matan entre sí para comerse. Al efecto ponen al corriente de lo que intentan a la mujer

respecto de su marido, al hijo respecto de su padre o viceversa: los matan y convidan al banquete a los parientes: los más allegados tienen derecho a la mejor presa.

Los Cashibos no cultivan la amistad de ninguna tribu circunvencina. En su aislamiento se ven privados de herramientas para construír canoas, y sólo disponen de pequeñas balsas: de esta manera se ven imposibilitados de perseguir a los que viajan en canoa, que es más manejable, y fácilmente burla los movimientos de la balsa. Procuran atraer con halagos a los que viajan por el río; pero sus demostraciones de cariño paran en que se apoderan de los viajeros y se los comen.

El padre Plaza daba cuenta de un muchacho cashibo de ocho a diez años, residente en Sarayacu, que perseguía en una ocasión a otro menor, con el propósito de matarlo; y reconvenido no dió otra escusa sino que tenía hambre.

Esta tribu no tiene más armas que arcos, flechas y macanas, todo ello de grandes dimensiones, pues su arco es de dos varas y media a tres de largo. Pero sus enormes flechas no tienen guarnición de plumas, y por este defecto no son susceptibles de buena puntería. Sus arcos son llanos por la parte interior y se desarrollan en semicírculo a la parte exterior.

Emplean, a lo que parece, como arma contra sus enemigos unos gritos desaforados, capaces de poner miedo a los viajeros del Pachitea, que inesperadamente quedan sorprendidos de una algazara agreste y salvaje.

Para alimentación disponen en sus pobres chacras de maíz, plátanos, patatas, yucas y papayas, estas en mucha abundancia. Cultivan también el algodón para sus labores de tejido. El padre Plaza en una entrada que hizo desde las orillas del Pachitea a las chacras de los

Cashibos, halló en sus habitaciones esteras de plumas mojadas de sangre humana, y porción de cabellos humanos; varias hachas de piedra, cuchillos del mismo material, cestos de bejuco bien trabajados, esteras de palma anchas para cama, hilo de algodón, semillas o pepitas silvestres que usan en lugar de chaquiras.

La indumentaria de algunos Cashibos varones es la misma que les dió la naturaleza; las mujeres adultas se cubren un poco con una fajilla estrecha de hilo de algodón o bien de una hoja silvestre llamada **achari,** con que tejen también la cuerda del arco para arrojar la flecha. Pero muchos de los Cashibos hombres usan cushma y las mujeres pampanilla.

Los Cashibos no se pintan. Su idioma, procedente del pano, se parece al cunibo. „ ,

De los Carapachos.—Los indígenas Carapachos, aparecen en la historia en comunicación con los Panatahuas. Luego se les ve recluídos en las márgenes del Palcazu y Pachitea, en contacto con los Cashibos. Tal vez los indios gritones del Pachitea y Palcazu más que Cashibos son Carapachos.

De los Amahuacas.—Según se explica el padre Lezeta en su **Breve Noticia,** los Amahuacas ocupaban las las comarcas que se extienden entre los grandes ríos Moa y Ucayali, y los afluentes Tamaya y Shipiria. Una parcialidad de los mismos con el nombre de Ipiteneris, se ha replegado hacia las riberas del Urubamba. Ipiteneri en lengua pira quiere decir jabalí.

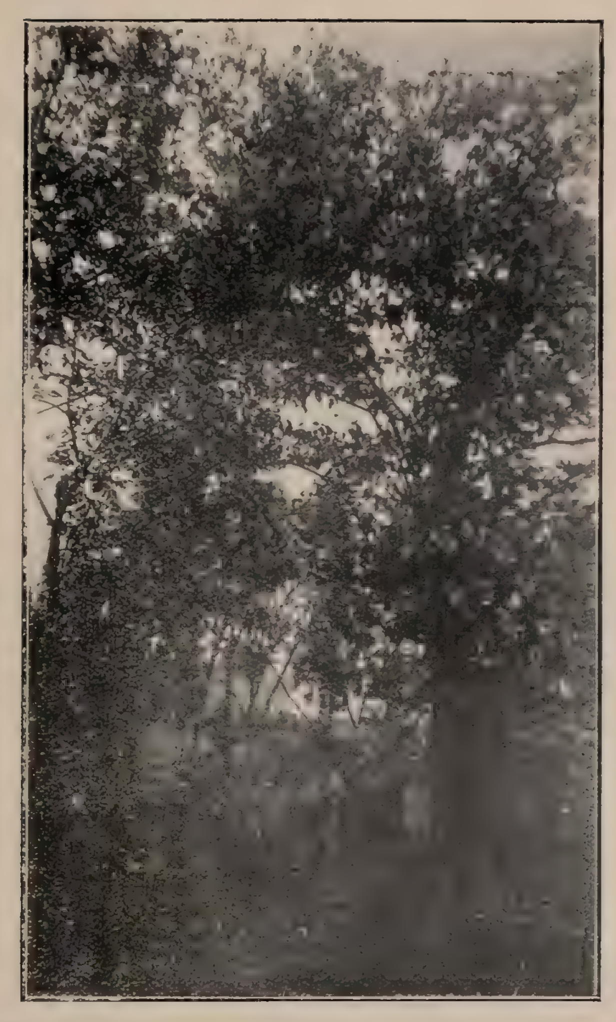
Los Amahuacas no se distiguen por su valor: por lo contrario casi siempre han sido blanco de las llamadas **correrías** o irrupciones de los Piros, Cunibos y Shipibos.

A los primeros misioneros recibieron con arcos y flechas y en son de guerra, resueltos a traspasarlos con

sus flechas. A poco se amansaron; pero siempre se les halló indolentes e infieles a su palabra. Aún llegaron a sublevarse, a profanar los ornamentos sagrados de los misioneros y a tomar una actitud hostil y desalmada.

He visto un gráfico en que figuran los Amahuacas viviendo en casas hechas a manera de cajones o jaulones colocados entre las ramas de árboles muy altos, adonde subían por escalas hechas de bejucos, optando este procedimiento para evitar con más seguridad la invasión enemiga, de hombres y animales. Más no he hallado la confirmación de esta especie en ningún documento.





Palillo: *Escobedia Scabrifolia* de Ruiz y Pavón.
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)

SECCION SEXTA

De los indios del Alto Ucayali y Urubamba

CAPITULO PRIMERO

De los Cunibos concentrados en el Alto Ucayali Epoca de su aparición histórica, 1689.

Ubicación geográfica.— Los Cunibos han vivido por partidas en diversas épocas en distintos puntos del Ucayali, aprovechando de las buenas relaciones que cultivaban con los Panos y los Shipibos. Pero han amado con predilección la zona del Ucayali que se extiende de la confluencia con el Pachitea hasta las bocas del Urubamba, poniéndose aquí en contacto con los Piros.

Cuando los misioneros hicieron su primera entrada a los Cunibos en 1685, hallaron en ellos los siguientes caracteres. Eran corpulentos, gastaban poca vestimenta, pues su cushma, única prenda de vestir, no pasaba de las rodillas. Las mujeres no usaban sino su estrecha pampanilla, que les colgaba de la cintura hasta las pantorrilas. Llevaban la frente y la nuca aplastada desde la primera infancia. Pelo corto hasta debajo de las orejas. En tobillos, rodillas, brazos, muñecas y cintura llevaban fajillas y cordones de algodón de varios dibujos, característicos de la tribu. Los lineamientos de sus figuras son de buen gusto y esmeradísimos, ejecutados con prolijidad inalterable.

No gustaban de trabajar o hilar para vestirse; preferían hacerlo de los despojos de sus enemigos. A la sazón vivían del corso, que hoy se ha dado en llamar **co-**

rrerías, y tenían tantos enemigos como naciones colindantes. Para cautelar sorpresas, a pesar de sus instintos de libertad, se redujeron a población: vivían repartidos por galpones a la obediencia de tres caciques siendo por todo unos 2.000 indígenas (1).

A los vencidos trataban los Cunibos con blandura, y aquellos acababan por casarse con mujeres cunibas.

Entre las costumbres propias de la tribu cuniba debe contarse el **pánchaque** o achatamiento de la frente. Esta particularidad corresponde a los niños de ambos sexos. El aparato para esta operación tiene las piezas siguientes: una tableta cuadrada **(Abi),** sobre la que se coloca un almohadoncito de arcilla **(buitánoti)** adaptable a la frente del niño: este almohadoncito está forrado en tela de algodón y atado a una ranura practicada en ambos extremos de la tableta, donde se ata el **buitánoti,** liga que abraza la cabeza por el cerebro y la coronilla.

Después de dos o tres días de haber nacido el niño, se le ata el **buitánoti** en la frente, al principio tan suavemente que sólo el peso de la arcilla ejercerá su acción; pero conforme crece, se ajusta la liga progresisivamente, hasta dejar la frente del niño muy debajo de nivel del rostro: lo que se consigue después de diez o doce meses. La cabeza trepanada por tan extraña manera, toma entonces una forma semejante a la mitra de un obispo; creen los Cunibos semejarse de este modo al sol.

No todos los niños sometidos a esta operación sobreviven; sino que hay muchos que pagan con la vida su tributo a esta bárbara costumbre (2).

Los Cunibos son sencillos en sus costumbres, labo-

(1). Esta Historia, T. I, pág. 252.
(2). Id. pág. 305.

riosos y sobrios; viven de la caza y de la pesca; para todo lo cual tienen sorprendente habilidad. Cuando van de caza al bosque imitan el canto de todos los animales que persiguen; con que engañados los cazan con gran facilidad. Al pescar en los lagos y en las orillas de los ríos conocen por los movimientos de las espumas o de las hierbas acuáticas la clase de pescado que es. Los peces grandes como el paiche, la vaca marina y otros, los cazan con arpón; los medianos con flecha y los pequeños con narcóticos o veneno. Sus comidas son simples, como sopa de pescado, o animales, plátanos, maní; sus bebidas alimentan y no embriagan. El alcoholismo ha sido introducido en la tribu por los blancos. Pero son supersticiosos hasta en las comidas: no comen gallina porque creen que es un animal inmundo, ni los huevos de esta, porque creen que tomándolos se volverán ciegos. Detestan la manteca de cerdo como nociva a la salud: sólo toman una cantidad muy pequeña de sal.

Los Cunibos son hábiles en el dibujo, aunque no es sino lineal y de carácter primitivo: proceden con método inviolable, y tienen gusto en la disposición de las líneas y de los colores. No conocen la línea curva; y si emplean la circunferencia, es sólo en los cuerpos cilíndricos, o convexos, como por ejemplo en sus vasos de barro, pero nunca en una superficie plana.

En los espacios que median entre las líneas principales que bosquejan una figura, se dibuja una especialidad de jeroglíficos de carácter demótico genuinamente egipcio, cuya variedad es muy grande.

Antes de que los Cunibos entraran en relaciones con los blancos vestían su túnica o **tari** pintado a mano con hermosos dibujos; y las mujeres su pampanilla o **chitonti** y su mantillo o **racuti** bordados con hilos de

algodón de diferentes colores: hoy visten telas europeas, prefiriendo las de color blanco y rojo.

Se pintan también la cara y aplican a los dientes un jugo que los pone enteramente negros; y las mujeres hacen una verdadera **toilette** con huito, empleado también por algunos civilizados, y que viene a ser un tónico poderoso para el cutis y para el cabello. El jugo de huito (**Genipa oblongifolia**) de un color azul turquí, es una pintura que dura unos quince días, al cabo de los cuales desaparece, llevándose consigo la caspa, si ha sido aplicado a la cabeza, o las manchas si se ha aplicado al cutis.

Con este jugo se pintan las cunibas con dibujos a manera de jeroglíficos la cara, las manos y las pantorrillas; en los pies se pintan sandalias con cordones que se cruzan hasta cerca de las rodillas. (1)

CAPITULO SEGUNDO

De los indios Piros esparcidos por los ríos Ucayali, Tambo, Urubamba y Apurímac Epoca de su aparición histórica, 1689.

Ubicación.—Los Piros actúan hoy en día en los lugares mencionados del Alto Ucayali, Tambo, Apurímac y Urubamba; pero en épocas anteriores se han movido aún más, pues han morado en varios afluentes del Bajo Ucayali, además de hallarse también en los lugares mencionados.

Los Piros tienen fama de mentirosos y engañadores, en virtud de un instinto que hasta hoy no han corregido. Les gusta explotar. Por otra parte no les falta cierto arrojo para tratar con toda suerte de gentes, sin

(1). Puede verse más por extenso esta descripción en esta Historia, T. I, págs. 297 - 320, debida a la pluma de César Díaz Castañeda.

acobardarse por las dificultades. Este trato múltiple les da cierta expedición de criterio y sagacidad.

Por esta razón sin duda, se cubren del todo con su amplia cushma desde el cuello hasta los pies, lo mismo que los Campas y Amueshas: sólo quedan al aire los brazos.

Las mujeres piras no siguen el ejemplo de sus maridos, pues ellas no usan sino corta pampanilla; cosa que también sucede a las mujeres campas en sus viviendas alejadas del comercio con los blancos. Agregan a esta pieza una capita que cubre muy poco de la cintura arriba.

Las ocupaciones ordinarias se dividen entre los Piros poco más o menos como sucede en las demás tribus orientales. El hombre roza los terrenos y siembra las semillas: pero todo lo demás corresponde a la mujer, como arrancar las hierbas que brotan; cosechar y traer a casa lo cosechado, cargando de cinco a seis arrobas y la criatura en brazos. El hombre permanece ocioso contemplando las duras faenas de su compañera con la mayor indiferencia. Además todos los quehaceres domésticos corresponden a la mujer.

Cuando entra en casa el marido, la mujer debe presentarle sin dilación su mate de chicha; lo mismo a los hombres que vinieren en compañía de su marido y a sus propios hijos cuando mayores.

Tienen más de una mujer; y se dan casos de tener cuatro y más. Estas mujeres, cuanto más abyectas y en mayor número suelen ser más resignadas e indulgentes, y lo que es de admirar se hallan más unidas entre sí, compartiéndose mútuamente su infortunio.

Los maridos se desligan fácilmente del compromiso marital; venden a sus mujeres por objetos de poco valor, para comprar con ellos otra mujer, para dar también libelo de repudio a esta, si no congenia con él. El

padre y el hermano de una mujer casada pueden también sacarla del hogar en que se halla y darla a otro marido que sea más de su gusto.

Las mujeres prisioneras de guerra y **correría,** son vendibles en todo momento, y puede pasar en el espacio de pocos días al poder de muchos maridos. Si se enferman, suelen morir abandonadas. Los hijos no estiman, respetan ni obedecen a sus madres, a quienes el padre trata con tanto desprecio y vilipendio.

Otro tanto hacen las madres con los hijos, mirándolos con la mayor indiferencia; y mientras cubren de caricias a un mono y lo alimentan hasta con la leche de sus pechos, y pasan el día cargándolo, tienen a sus pequeñuelos, fruto de sus entrañas, abandonados en un rincón.

Las mujeres piras son hábiles y prolijas en sus labores de alfarería. El método consiste en amasar un barro pastoso del cual forman una soga, y con ella dando vueltas y sobreponiéndola van haciendo la vasija que pretenden, como son platos, cántaros, tinajas; puliendo la obra con sus manos con mucha delicadeza, y dándole la forma y figura que desean. Salen las piezas como torneadas; que pintadas luego y barnizadas, quedan a la vista de bastante primor y buena presentación.

Para pintar su cuerpo emplean también los Piros el método de ensangrentar la piel para que la tintura quede permanente (1).

(1) Véase esta Historia, T. X, pág. 255.



SECCION SEPTIMA

De los indios Campas, Amueshas y Lorenzos, moradores de las comarcas limítrofes con los civilizados de las serranías peruanas

ARTICULO PRIMERO

De la tribu Campa que vive en los ríos Palcazu, Pichis, Perené, Ene, Mantaro, Apurimac, Tambo y Madre de Dios, dividida en subtribus de Machiguengas, Unconinos, Antis, etc.

La serie de territorios ocupados por los Campas es muy numerosa: de suerte que si se establece una línea que vaya recorriendo los límites del Perú civilizado, desde el Mairo en la confluencia del Palcazu y Pozuzo, hasta las bocas del Pampas en el Apurímac, se ve que toda esa región se halla habitada por los Campas; y estos se hallan en contacto con los departamentos de Huánuco, Junín, Loreto, Cuzco, Huancavelica, Ayacucho y Apurímac.

Es fenómeno frecuente en el desenvolvimiento de las tribus orientales, llamarse diversas agrupaciones de una misma tribu con distintos nombres; y esto ha sucedido también con los Campas, que en la región de Pangoa no sólo se llaman Antis o Andes, sino que se subdividen en Pangoas, Menearos, Anapatis, Pilcosumis, Satipos, Capiris, Cobaros, Pisiataris, Cuyentimaris, Sangineris, Sagorenis, Quintimiris, etc. Además los Machiguengas, colocados a gran distancia de los demás, han formado una lengua nueva y han obtenido algunas características propias.

Los Campas en el día no son lo que fueron en su estado salvaje y de aislamiento: hoy en sus hogares principales, aún en la soledad del Gran Pajonal, tienen cantidades de ollas, tambores, cuernos, machetes finos y cierto número de escopetas. Y los regalos de su gusto y aceptación ya no son espejos y chaquiras, sino pólvora, munición, fuminantes, cuchilos, machetes, pañuelos y cosas de esta especie.

En su afán de parecerse a los civilizados, suelen algunos de ellos abrir cerquillo como los misioneros, así los hombres como las mujeres.

Los Campas se distinguen por su clara inteligencia nativa y su astucia natural. Son terribles en la ejecución de sus venganzas por agravios recibidos; y tienen gusto en envolver en sus iras aún a los inocentes, si esto ha de ser para saciar su sed de venganza.

Los Campas usan como vestidura una cushma larga, hasta arrastrarla por el suelo, que para correr o andar por el bosque cerrado lo toman por las fimbrias en el brazo La cushma es confeccionada por las mujeres, del algodón que cultivan en sus chacras. En sus acciones de guerra, quedan casi desnudos cubriendo sólo la parte inferior del vientre. En estos casos se pintan de un modo especial, tomando un colorido y un aire de demonios. Los perezosos en lograr algodón, les tejen sus mujeres cushmas de la corteza de árboles. Tejen también de algodón zurrones o talegas que usan los hombres campas y amueshas, como también pulseras.

Las condiciones físicas del campa revelan una constitución fornida, los miembros bien desarrollados; aunque por falta de ejercicios adecuados quedan sin aplicación e inexpertos en todo, exceptuando la destreza y pujanza en arrojar flechas.

Las tradiciones campas descubren también antecedentes raciales distinguidos; pues se tienen en gran

estimación, y dificultosamente cederán a ninguna otra tribu el renombre de valientes.

En medio de tener estas excelentes cualidades, el campa varón las afea con una ociosidad voluptuosa e indolente. Entrégase también a la vagancia para matar el tiempo. El uso de la coca y de la nicotina, contribuye por otra parte a amortiguar sus facultades mentales; mal que remata con la embriaguez y la sensualidad.

Los campas son en general muy sucios y hediondos: nunca laban su ropa, que usan la misma de día y para dormir, conservándola hasta que se les cae hecha girones.

En muchas de sus cocinas no hay ollas, ni cacerolas, ni sartenes; pues toman sus alimentos casi siempre asados, cuando se atienen a sus tradiciones. La parrilla para asar consiste en unos palos yuxapuestos. Para asar sus monos los cuelgan de un palo clavado en el suelo y hacen fuego al rededor. Asan los peces envueltos en hojas de achira; y para asar la yuca, el plátano, el camote, la pituca y el zapallo, lo hacen a la brasa sin quitarles la corteza.

Tienen pasión por la carne; prefieren los mamíferos a las aves, entre los mamíferos a los monos, y entre los monos al **maquizapa** (Atheles ather), que de verdad tiene su carne sabrosa.

El mono, que se alimenta de frutas y que vive casi siempre sobre las copas de los árboles, tiene un instinto admirable para discernir los comestibles saludables; y los Campas tienen como norma la costumbre del mono para comer o desechar las frutas silvestres (1).

Las armas de los Campas consisten en arcos y fle-

---

(1). Véase al P. Manuel Navarro, "La tribu campa", págs. 56 y 57.

chas, que labradas con esmero y arte, resultan muy mortíferas. Son de chonta, y la flecha, como se sabe, lleva en la punta sus series de dientes, abiertos en condición que pueda fácilmente introducirse toda ella, pero que no pueda retroceder sin romper y rasgar nervios, músculos, venas y arterias.

Las flechas destinadas a la guerra son menos finas y de dientes mayores. Usan además como flecha una especie de lanza, de caña, y la herida que ella produce es más ancha que la de la flecha ordinaria. Arrojan sus flechas con puntería certera a la distancia de unos cien metros.

Estas flechas son excesivamente mortíferas cuande llevan el veneno en su punta, y son incendiarias cuando se las atan con destreza algodón encendido.

Los Campas en general son monógamos; sólo por excepción se toman sus libertades los caciques y curacas.

Los Machiguengas.—Los Machiguengas son tenidos por campas, aunque siente lo contrario el padre misionero de la Orden de Santo Domingo, Pío Asa, benemérito cultivador dela lengua machiguenga.

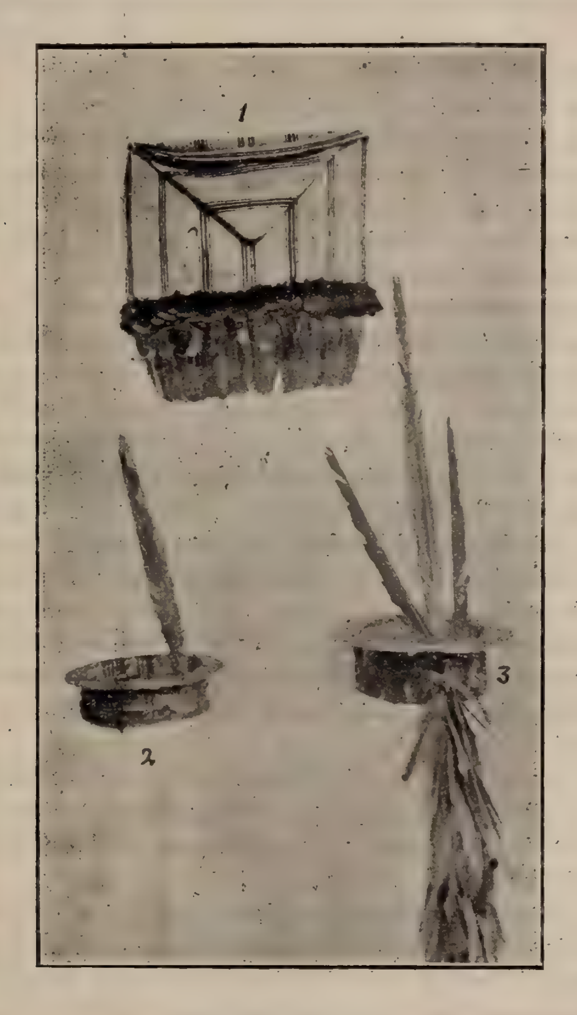
Esta tribu cultivada hoy por el misionero ha adquirido cierto relieve en el Perú. Viven muy extendidos entre el Madre de Dios y su contributario el Manu, como también en las cuencas del Urubamba y del Tambo, en roce con los demás campas y los piros, pero sin perder su hermoso idioma.

ARTICULO SEGUNDO

De los Indios Amueshas o Amajes y de los Lorenzos que ocupan los cerros y valles de La Sal, de Huancabamba, del Mairo y de San Matías

Ubicación.—La extensión territorial que ocupan

los Amueshas es mucho menor de la que ocupan los Campas. Dicha expansión suele hallarse en correlación con la animosidad de las tribus y con la suerte de sus flechas; pero, bien se sabe que los Amueshas no figu-



Objetos de Campas

ran entre las naciones indígenas agresivas y batalladoras.

Tal vez por esta misma razón no han ambicionado vivir en las riberas de los grandes ríos, que se hállan en combinación con las poderosas arterias fluviales del Oriente; sino que se han contentado con pequeños ríos y humildes valles, donde encuentran lo necesario para su modesta existencia.

Los campas, a pesar de haberse concentrado en territorios montuosos, no han descuidado el acceso a ríos navegables, como el Pachitea, el Ucayali, el Tambo y el Apurímac; los Amueshas parece que no lo han pretendido nunca, al menos con hechos de armas.

Los Amueshas, como los Campas, visten su típica cushma ,que también les llega del cuello hasta los pies. Tiene la frente pequeña, cabello lacio que les cae hasta los hombros, mirada despierta, pero sin aire de mando, en lo cual se diferencia de los Campas. Su busto es delgado y la musculatura endeble, estatura mediana y pie pequeño. Se pintan la cara, entrando en sus dibujos líneas y puntos combinados. Llevan en la corona de fiesta una esbelta pluma de huacamayo; talega debajo del brazo derecho; arco y flechas, si no ha logrado escopeta; la banda de Chaquiras con pájaros de colores, terciada sobre el pecho; al cuello pañuelo de colores regalado por los **blancos** u obtenido a cambio de algún servicio.

El amuesha vive de yucas, plátanos, masato, caza y pesca. El mono es su manjar codiciado, del cual aprovecha hasta el tuétano de los huesos y el contenido de las celdillas de su cráneo.

La mujer amuesha se adorna menos que el hombre siguiendo el ejemplo de la naturaleza en las aves y en las flores. Lleva el cabello algo más largo que el varón, pero la banda que se tercia no es de lustre y viso; sólo

es un tejido de palmera mientras la del hombre lleva chaquiras y pájaros de colores.

El carácter moral de la mujer está en armonía con la condición a que la reduce el varón: continente suave ,hábitos de sumisión, mirada lánguida, y casi siempre una gran reserva, con instintos de vida muelle y placentera (1).

El padre Gabriel Sala opina que los Amueshas son una fracción de Campas que data de una gran antigüedad, lo mismo que los Panatahuas.

En esta suposición, los Amueshas se habrían segregado de los Campas por guerras de exterminio, y se habrían visto obligados a una existencia solitaria y humillada. Su minoría y relativa debilidad habría influído para formar su carácter más dócil. Habrían formado un idioma propio que guarda analogías gramaticales con la lengua madre.

Pero esta teoría se halla erizada de dificultades.

De los Lorenzos.—En los términos del Mairo y vecindades del río Pozuzo figuran los indios Lorenzos, que aparecen en esos lugares después del alzamiento de Juan Santos Atahualpa y del éxodo de los neófitos del Pozuzo.

Son sin duda descendientes de aquel Lorenzo y María que los padres Gil, Arrieta y San José hallaron en aquel paraje en 1767. Son tímidos e inofensivos.

(1) Esta Historia, T. I, pág. 163.





SEGUNDA PARTE

Las Creencias Religiosas

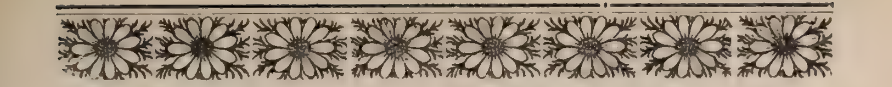
entre las tribus mencionadas del Perú

Si profesan una religión: si tienen actos culturales idolátricos, sacrificios u ofrendas

Qué sienten de la metempsicosis y de la supervivencia del alma

Caracteres de su magia, sus mitologías, sus fiestas y entierros





SEGUNDA PARTE

ARTICULO PRIMERO

Nuestros salvajes orientales no profesan religión alguna, ni ejercitan acto de culto idolátrico, ni hacen ofrendas ni dejan ver tendencias a animalismo ni totemismo.

Nuestros salvajes son expontáneamente creyentes. —Al consignar los términos de este artículo, no queremos decir que los indios de nuestras montañas no poseen la noción de Dios como de un ser supremo. Antes bien, debe decirse que el indio admite de un modo expontáneo y franco la idea de Dios, desde el primer momento en que se le habla de él. El indio no halla dificultad en admitir que existe un Criador del mundo, que castiga el delito y premia la virtud. Aún le es connatural la idea de la terribilidad del infierno, en los términos revelados por Jesucristo, de separación de Dios a fuego eterno. Los Cunibos, por ejemplo, hacen de esto último una confesión explícita.

Al decir que nuestros salvajes no profesan religión alguna, entendemos por religión aquel conjunto de deberes y relaciones que ligan al hombre con Dios. Y en este sentido, el indígena de nuestros bosques no cultiva la menor relación explícita, interna ni externa, con la Divinidad: se encuentra en estado de apatía completa, de pasividad y de inacción en orden a su Criador. Esta inacción se le ha hecho connatural, y hoy halla en el fondo de su ser una resistencia notable para darse de lleno a las prácticas religiosas.

Sin embargo, este fenómeno sicológico-religioso de la apatía no fue general en la primera época de las misiones peruanas; sino que hubo excepciones muy gloriosas no sólo en varias tribus denominadas de Mainas, sino también en las franciscanas de Panatahuas, donde el fervor religioso llevó a los nuevos cristianos hasta disciplinarse a imitación de sus religiosos conversores, y se acostumbraron a no olvidarse de Dios.

También debemos confesar que en lo tocante a idolatría ,el padre Córdova y Salinas ha dejado escrito en su Crónica (1), refiriéndose a los Panatahuas: "Desde que abrazaron la fe, y recibieron el sagrado Bautismo ,siendo antes grandes hechiceros, y supersticiosos, y muchos de ellos idólatras, hoy no se halla alguno dotado de este vicio . . . A los principios de su conversión les quemó el padre Fray Gaspar de Vera dos ídolos que tenían en su gentilidad en gran veneración".

Pero no será fácil hallar otros pasajes en los que han historiado las misiones orientales, que comprueben la existencia de ídolos en las selvas; y sólo es creíble que existieran en los términos de la montaña colindantes con las serranías, que pudieron contaminar con su idolatría o con las creencias incáicas a los salvajes.

Nuestdos salvajes orientales se dividen en dos clases en orden a actos cultuales.—Lo dicho nos lleva a clasificar en dos grupos a los indios del Oriente en sus relaciones con actos de religión. En la primera clase entran los que tuvieron contacto con la cultura incáica, o fueron tributarios de aquel imperio, o estuvieron por algún tiempo sujetos a su dominación. No es temerario establecer con von Hassel que fueron pueblos conquistado por los incas y le pagaron tributo los Machiguengas, Campas y Piros; que emigraron del imperio incáico los Machiguengas del Yavero y Urubamba; que fue-

(1). L. I, págs. 175 y 178.

ron súbditos del Inca sin salir de la montaña los Panos o Setebos con sus subtribus de Cunibos y Shipibos (1).

Aquí no mencionamos otras tribus que en el Madera, Putumayo y otras regiones han podido también tener contacto con los Incas, cuyas expediciones alcanzaron una gran extensión.

En la segunda clase deben colocarse todas las tribus que no sintieron la influencia incaica.

Si entramos ahora en el estudio de los sentimientos, teorías y actos de religión de las tribus de la primera clase o agrupación, hallamos entre ellos y los de la segunda clase una diversidad muy marcada. Los de la segunda se distinguen por una abstención absoluta en materia religiosa, como lo comprobaremos luego con varios testimonios irrecusables.

Los primeros tienen sentimientos, ideas y prácticas semi-religiosas que parecen un eco algo lejano de otros sentimientos, ideas y prácticas que hubieron de haber sido más definidos y concretos.

En los Panos, Shipibos y Cunibos ha quedado muy pura la parte teórica y ha desaparecido todo procedimiento cultural.

De los Cunibos ha escrito César Díaz Castañeda: "Habi (Dios) principio de la divinidad y su esencia, es tan sutil, que escapa a la humana penetración".

"Parece que de aquí resulta **Incá,** cuya representación material es el sol: este es el dios omnipotente de todo bien y principio de todo lo creado; a él se dirigen sus oraciones y quizás en otro tiempo sus sacrificios. Con motivo de los grandes fríos de junio, en que el sol permanece oculto por muchos días, he tenido ocasión de oir cantar a un anciano esta hermosa plegaria:

"Salte, dios padre; salte, dios sol; salte, inca dios;

(1) "Colección" de Larrabure y Correa, T. VIII, pág. 669.

tengo frío, caliéntame con tu llama divina; la luna enlutada siempre, te espera con una sonrisa; muéstrate en las alturas hermoso y resplandeciente".

"Nai tánica Incariqui", dios está más alto que los altos montes, dicen los Cunibos; empero sus atributos son escasamente conocidos."

"También hay algunos dioses secundarios; el gran Mueraya, como el Minos de los antiguos, es el juez de la otra vida y es también el dios de la medicina; el dios buicoco, padre de la especie humana, y otros de escasa importancia (1).

En los Campas todavía subsisten algunas prácticas semireligiosas, además de sus teorías que tienden a formar una trinidad en el grupo de seres sobrehumanos dotados de bondad. Esto sucede especialmente entre los Campas del Pangoa. Parece que todos los Campas dedican a la memoria de aquellos seres divinos tres meses del año: mayo, noviembre y diciembre.

Dicha trinidad no tiene representación alguna en la tierra por medio de ídolos, sino que reside en la luna, en el sol y en el fuego, como derivación del sol. De suerte que no veneran a la naturaleza inmediata que les rodea, ni se ven entre ellos vestigios de fetichismo, de zoolatría ni totemismo, y sí una marcada inclinación al sabeismo. Además los Machiguengas suponen que la luna es la madre del sol.

En virtud de estas teorías, los Campas tienen actualmente una fiesta solemnísima, reiterada al año, como decimos, tres veces, con caracteres de un gran acontecimiento. Lo describiremos con todos sus pormenores.

La gran fiesta campa del plenilunio (Cashiri cuhuantere).—Los Campas se atavían, en todo el rigor de

(1). Esta Historia, T. I, págs. 316 - 317.

esta palabra, para sus grandes fiestas. Sobre su cushma **(Quitzarintzi)** que es larga y les da aire de oficiantes religiosos, tercian sus bandas (Tzatantze). La banda del hombre es tricolor, de semillas blancas, negras y rojas. Esta banda lleva colgados un gran número de pajaritos de bellísimos colores, cazados cuidadosamente para este fin. Sobre su abundante y larga cabellera ciñe el campa su corona **(Amatzeretz)** blanca y negra, tejida con mucho arte y que lleva en la parte posterior tres vistosas plumas de huacamayo bien combinadas, luciendo colores azul, rojo y amarillo. Cruza en su pecho la talega **(Sarato)** característica de la tribu, en sentido inverso de la banda, se pinta la cara con achiote, **(Bixa orellana) Pochote,** formando rayas y puntos, según usanza de la tribu, al igual que los Amueshas. Toma en su diestra su arco y sus flechas, y concurre al lugar de la cita como un rey dominador de las selvas, acompañado de su humilde mujer y sus hijos.

La mujer campa se adorna también menos que el hombre. No se corona, y tan sólo deja caer sus lacios pelos en derredor de la cabeza hasta los hombros. Su banda no tiene adornos, y junto al hombre no quiere decir sino que es su esclava. Aquella banda es un tejido de la hoja de bombonaje **(Carludovica palmata).** Le cuelgan de los hombros vistosas plumas de huacamayo y unas sartas de semilas que suenan como cascabeles; perfuma su cushma con el **nectandra puchuri,** o con bálsamo peruano, o con la vainilla y con las flores de la fragantísima **Murenia.** Pinta el rostro, y si es joven, también las manos y las pantorrilas. Además rodea su cuello con collares formados de dientes de monos enlazados, sus muñecas de pulsera de lo mismo y coloca cintas de hilo en las piernas junto a los tobillos. Para acreditar a su marido de buen cazador y pescador, y herir el amor propio de sus émulas, cuelga de los hom-

bros una serie de huesos de mamíferos, picos y penachos de aves, espinas de pescados, pieles de ardilla y de monos.

Con estos atavíos se presentan los campas a la fiesta de que hablamos, para la cual el brujo o cacique que hace de principal, ha debido preparar grandes cantidades de masato. Cuando el astro del día se ha ocultado entre rojizos arreboles y despidiendo poderosos rayos, y la luna llena se ostenta clara y el arrasado firmamento se halla apacible, entran todos los concurentes en un período de entusiasmo incontenible, y echan mano del masato.

No parece que hagan libación alguna en el sentido bíblico e histórico de esta palabra, pues no derraman el masato, ni tienen ceremonia particular para realizar una ofrenda sagrada; pero sí emplean gesticulaciones y palabras de rito.

Organizan luego su baile tradicional al son de un canto dirigido por el brujo, lo mismo que el recitado a los astros venerandos.

El compás del monótono canto suele ser más ligero a la medida que el masato desconcierta más sus facultades.

Para el baile, el brujo va solo y delante. Luego siguen los hombres agarrados del brazo y llevando flechas en los sobacos. Las mujeres forman un coro aparte. Cansados de moverse, se sientan los hombres sobre unas esteras, y gritan: **Pirianchi, pirianchi;** y las mujeres se aprestan para servirles su masato en grandes mates o tutumas. Así pasan la noche, alternando el baile con el masato, hasta que el cansancio y la hilaridad propio de la embriagues, los lleva a decir mil chascarros, a contar sus hazañas, a relatar sus desventuras, enfurecerse, a agitar sus flechas al aire, a declarar cada hombre que es de la raza de los valientes; y para pro-

barlo perforan sus labios inferiores con una espina de pescado o con un alfiler de chonta, hasta ensangrentarlos y chupar su propia sangre.

Los Campas son constantes en realizar estas fiestas: y las celebran aunque estén adjudicados a una misión y participen de sus beneficios a la sombra y a las órdenes de un misionero. Y aún después de recibir el bautismo, quedan con una afición tenaz a esta fiesta familiar.

La conducta descreída de las tribus no incáicas: testimonio del Padre Girbal, de Requena y de otros.— Por lo que hace a las tribus del segundo grupo, se manifiestan en un todo indiferentes en materia de culto a la Divinidad. El padre fray Narciso Girbal, en su primera entrada al Ucayali, donde años antes habían sido muertos los misioneros, consigna, aún refiriéndose a los Cunibos, Panos y Shipibos, estas palabras: "No se observa en estos infieles culto alguno que tributen a alguna deidad; mantienen sus hijas con alguna honestidad y son fieles en sus tratos y contratos; ellos por lo que les quedó del cristianismo, mantienen en su casa la S. Cruz, la que estrechan entre sus brazos cuando mueren, y conservan en la memoria parte de las oraciones y catecismo que oyeron a sus padres, en especial la letanía lauretana, a cuyos epítetos o versos que se rezan responden **Ora pro nobis;** como lo experimenté varias veces (1). Esto sucedía a los Panos, Cunibos y Shipibos de quienes hemos dicho que fueron súbditos del Inca sin salir de las montañas.

El señor don Francisco Requena, hablando de los Mainas, dice: "Fuí por muchos años testigo de la abundante mies que hay por aquellas selvas y no se cosecha por falta de buenos operarios; por una parte se ve la disposición de los infieles negativos, sin creencia,

(1). Esta Historia, T. VIII, pág. 163.

sin ritos ni práctica alguna de superstición religiosa, tierra dispuesta para que brote en ella el Evangelio sin el trabajo de desmontar simulacros, sin tener que desarraigar culto alguno (1).

El padre Castrucci dice de los Zaparos: "Son muy supresticiosos y no creen en divinidad alguna ni tienen idea de la inmortalidad del alma; mientras que colocan su fe en una hierba que se llama **pirri-pirri,** y creen que ésta muy mascada y escupida al aire tenga la virtud de contener las lluvias, vientos y demás intemperies". (2)

Pero acerca de la inmortalidad del alma, agrega el padre Castrucci: "Cuando mueren, si es hombre, es enterrado en la misma casa donde viven, con dos lanzas de chonta, una tinaja de chicha o masato con algunas yucas y plátanos. Si es mujer con todas sus alhajas que son unas gargantillas de dientes de monos, con unos cuantos plátano y yucas, y si es párvulo, con un cántaro de leche sacado de los pechos de la madre". Y bien se sabe que es costuubre casi general de aquellos indígenas, colocar junto a los cadáveres armas y comestibles para su alimentación y defensa en la región a donde van, en la creencia de que sobreviven.

El padre Pallarés en la materia se explica en estos términos: "Algunos opinan que los infieles de que tratamos, tienen una creencia explícita en la existencia de un solo Dios, supremo creador de todas las cosas, a quien atribuyen todo el bien que reciben; que creen también en la inmortalidad del alma y en los premios y castigos de la otra vida. De los Remos y Sentis en particular, se dice que profesan la creencia de que las almas de los malos son arrojadas a los fuegos subterrá-

(1). Carta de don Francisco Requena, Gobernador de Mainas al P. Guardián de Ocopa, en esta Historia. T. VIII, pág. 16.

(2). Esta Historia, T. IX, pág. 178.

neos y que las de los buenos van a habitar en la luna. No discutiremos lo que en esas opiniones haya de verdad, sólo podemos decir que nada hemos observado que las confirme. A lo que sí nos inclinamos es a creer que los infieles del Ucayali tienen alguna tradición acerca de los difuntos; pues los hemos visto colocar algunas lámparas sobre los sepulcros, aunque ignoramos con qué objeto. (1)

El padre Antonio José Prieto, en su **Expediente sobre tentativas que hizo para descubrir por la vía de Gualaquiza la antigua ciudad de Logroño (1816-1820).** hablando de los Jívaros, expone: "Los Jívaros no tienen religión alguna; no obstante conocen que hay un Señor Supremo, dándole a Dios el nombre de Cumbanama, y otras veces el nombre de **Neche,** pero ni le dan culto alguno ni especie de veneración. Conocen que hay un espíritu malo, pero dicen que lo quieren, lo tienen siempre por amigo para que sea propicio en sus guerras".

Por último el padre Chantre y Herrera hablando de los Mainas en general, ha dejado escrito: "Años ha que se tiene por bien averiguado que las más de las naciones bárbaras que se descubrieron en nuestras misiones de América, no daban culto a deidad alguna, ni al demonio como tal, aunque no se puede negar que le tenían algunas. De las naciones que cultivaban los misioneros de Mainas era persuación común de los misioneros, que no había una siquiera que diese culto semejante antes de su reducción, ni aquella tal cual honra que se descubrió dar algunos a la luna, como madre, según se figuraban, tenía apariencias de culto (2).

(1). "Historia de las Misiones de Ocopa", T. II, pág. 66.
(2). L. XI, cap. XVIII, pág. 655.

ARTICULO SEGUNDO

Los indios de Oriente admiten la metempsicosis y la supervivencia del alma

Acerca de esto dice el padre Antonio José Nieto, en su **Expediente,** hablando de los Jívaros: "Creen en la inmortalidad de las almas, opinando de ellas, como algunos malos filósofos, la trasmigración, diciendo que si el Jívaro que muere ha sido hombre de espíritu y de valor y que dió muerte a muchos de sus enemigos, su alma se convierte en algún animal valiente, como en león, tigre, oso u otro de esta clase; pero si el Jívaro que murió ha sido cobarde, de poco espíritu y que no ha hecho hazaña alguna, su alma se convierte en culebra, araña, sapo o en otro animal inmundo".

En esta creencia de la supervivencia del alma se funda la costumbre de casi todas las tribus, de enterrar a sus muertos con los útiles que les pertenecieron, reconociendo en ellos el derecho de propiedad, aún después de que han desaparecido de entre los moradores de la tierra.

Hablando de los Panos hemos consignado ya, que cuando mueren, si tienen hijos, aconsejan a estos el valor y la venganza; que después de expirar, los deudos se visten con lo más roto y sucio que tienen: el mayor de los hijos le corta un pedazo de talón que guarda como una reliquia: rompen todos los muebles pertenecientes al difunto, menos las herramientas de sembrar que las entierran con él, porque dicen que necesitan de ellas para hacer su chacra en lugar a donde va. El cadáver se sepulta en la misma casa: los deudos lloran tres veces sobre él, y que luego se van a vivir a otro lugar distante.

En el Pangoa y Satipo hay Campas que tienen la costumbre de enterrar a sus difuntos en las cavidades naturales de las rocas, a cierta elevación: realizan este entierro con la concurrencia de la parentela con semblante lúgubre y apenados. Pero apenas han acabado de colocar el cadáver en el lugar de su reposo, se produce una fuga en desbandada de todos los circunstantes, que precipitadamente se alejan del lugar. Este hecho no parece obedecer a otra idea sino a la de metempsicosis, sobre el supuesto de que en el momento de ser abandonado el cuerpo del difunto, pase su alma a uno de los animales más cercanos que podría causarles daño.

ARTICULO TERCERO

Caracteres de su magia: los brujos curanderos

Descripción del padre misionero Fernando Pallarés (1).—El lector puede ver en el lugar que cito de esta Historia ,la narración que hace el padre Pallarés de las sesiones de magia que en su tiempo celebraban los infieles residentes en el río Ucayali; reuniéndose en la choza de su brujo o Muraya. El Muraya se introduce debajo de una especie de toldo con una gran pipa de tabaco en la mano. Sentados todos con el más profundo silencio, el Muraya empieza a hablar un lenguaje que los circunstantes no entienden, contestándole en el mismo idioma otra voz distinta que se deja oir; luego los que pertenecen a la tribu, y permaneciendo otro rato en silencio, principia el Muraya una especie de letanía muy larga, a la que los circunstantes van respondiendo. Que por más diligencias que han practicado los

(1). Esta Historia, T. IX, pág 209.

misioneros no les ha sido posible averiguar lo que en esas letanías dicen los infieles, pues aún los neófitos que hablan su mismo idioma, no han sabido explicárselo. Concluído este acto, el Muraya pronuncia algunas palabras, prorrumpiendo al instante los demás en gritos y muestras de regocijo, con lo cual se acaba la ceremonia.

Agrega el padre Pallarés que esta laya de brujos o Itumiz, son muy temidos de los mismos salvajes, por creer que sólo con un soplo pueden introducir en el cuerpo de una persona a quien quieran mal unos pedacitos de chonta semejantes a pequeños clavos. Cualquiera enfermedad de que adolezcan, luego les parece ser la chonta que algún brujo les ha metido en el cuerpo, y no descansan hasta haber encontrado algún otro para que se los saque. Conducido el enfermo delante del **Itumiz** o **Muraya** que ha de devolverle la salud, suele éste preguntarle cual es la parte de su cuerpo que tiene dolorida, y una vez averiguado, se pone con disimulo dentro de la boca algunos clavitos de chonta; comienza a chupar la parte enferma ,haciendo salir entre tanto con la punta de la lengua algunos de dichos clavos y poniéndolos aparte para que todos los vean; va siguiendo la misma operación hasta haber sacado todos los que tenía dentro de la boca, siendo tan estúpidos los observadores, que no advierten esta impostura, ni comprenden que es imposible sacar del cuerpo humano otro cuerpo extraño sin dejar ninguna lesión o cicatriz. Es verdad que alguna vez acontece quedar sano el paciente sólo por virtud de la imaginación.

El padre Pallarés ha dicho que por más diligencias que hicieron los misioneros no pudieron averiguar lo que decían los infieles en su especie de letanía alternada con el brujo; pero, de la narración del Padre Chantre y Herrera en su **Historia de las Misiones de la**

Compañía de Jesús en el Marañón Español, se colige que la especie de letanía que en las regiones de Mainas se entabla entre el brujo y los asistentes es como sigue:

El hechicero, colocado sobre un tabladillo, bebe una cantidad de narcótico y dice:

—**Viña caie, viña caie;** empieza la función, empieza la función.

—Y repiten los circunstantes:

—**Viña caie, viña caie:** empieza la función, empieza la función.

Sigue el hechicero:

—Acaje, acaje: oye, oye.

Responde el coro:

—**Acaje, acaje:** oye, oye.

Prosigue el hechicero:

—**Revarachaje, revarachaje:** oye bien, oye bien.

Responde el coro:

—**Revarachaje, revarachaje:** oye bien, oye bien.

Continúa el adivino:

—**Raige, raige:** ven luego, ven luego.

Se oye una voz:

—**Pauzi cagi, pauzi cagi:** no haré lo que me mandas, no haré lo que me mandas.

A estas palabras del demonio se produce el terror pánico en los circunstantes, suponiendo enojado al demonio.

Pero el adivino toma otra cantidad del brebaje, para decir luego:

—**Acha coegi, acha coegi:** no quiere oir, no quiere oir.

Los circunstantes se muestran y se miran espantados, temblando de miedo. Sigue entre los mismos un murmullo temeroso.

En esto el hechicero da un grito:

—**Acharibi, acharibi:** oirá, oirá. Y quedan los circunsantes tranquilos y en silencio.

Bebe el adivino por última vez; a lo que siguen ademanes y visajes, después de lo cual cae sobre el tabladillo para entrar en el sueño y en las visiones.

Los circunstantes guardan el sueño con gran respeto y esperan las respuestas, fruto de las visiones del narcotizado.

La brujería entre los Amueshas: relación del Padre Sala.—Ya vimos en el capítulo primero de este tomo que la brujería entre los Amueshas reviste caracteres horripilantes y destructores de la tribu. Allí vimos que cuando una persona muy querida, como padre, madre, esposo, esposa, hijo, etc., se halla gravemente enfermo, entre los Amueshas, y los remedios han resultado ineficaces, se consulta al brujo o adivino, para ver lo que se debe hacer, a fin de salvar la vida del enfermo. El brujo después de tomar chicha, después de haber mascado coca y chupado esencia de tabaco, después de haber dicho sus oraciones, evocaciones, etc.; pone los ojos en alguno de los miembros de la familia, comunmente en uno de los niños más perspicaces y simpáticos; y asegura que aquel muchacho o muchacha tiene la culpa y es causa de la enfermedad grave del pariente, y entonces se resuelve el martirio de aquella inocente e infeliz criatura.

El mismo padre o madre, esposo o esposa, hermano o hermana, desempeñarán el papel de verdugo, solamente porque el **carneichá,** el brujo, adivino o curandero así lo ha insinuado.

El niño o niña condenados a estas pruebas, son desde luego separados del resto de la famliia; se los sube a los altos de la casa o choza después de haberlos castigado cruelmente; allí tienen que guardar un riguroso ayuno, pues no se les permite más alimento que el

suficiente para no morir de hambre. Además de esto, de propósito queman debajo de su habitación hierba, madera, trapos, y otras cosas hediondas, para que con su humo insoportable no pueda la triste criatura cerrar los ojos día y noche, y esté forzada a toser continuamente.

Además, diariamente debe bajar por lo menos una vez de aquella región tenebrosa; y después de haber escuchado mil palabras mortificantes, acompañadas de muchos golpes, debe escarbar la tierra del suelo con un cuchillo. Aquí debe recoger todos los huesecitos, espinas, carbones y otros objetos que encuentra enterrados, e irlos amontonando. Estos objetos inútiles son tenidos como otros tantos maleficios, que constituyen el cuerpo del inocente condenado, sin embargo de que todos los miembros de la familia saben muy bien que ellos mismos los han puesto en el lugar en que se encuentran.

Este martirio se prolonga por muchos días; y si con todo esto no mejora la salud del enfermo, sino que va empeorándose; entonces el infeliz muchacho o muchacha, que por los malos tratamientos ya está como un esqueleto, es irremisiblemente condenado a morir. Se le lleva a la orilla del río, y aquí, después de haberle dado un garrotazo a la nuca, o un hachazo a la cabeza, se le arroja al río.

"De este modo ,dice el padre Sala, perecen anualmente una multitud de criaturas inocentes y a veces personas grandes; pues hemos visto ahorcarse una mujer que había sido condenada a sufrir aquella serie de tormentos, por orden del brujo o curandero: la cual para abreviar tanto martirio y otros mil insultos a su pudor, tomó un bejuco y se colgó de un árbol".

También entre los Jíbaros cuando se enferma o padecen alguna desgracia, lo atribuyen a otro; y para conocer quien se lo ha causado, consultan al diablo i-

guanchi. Para el efecto, prepara el jíbaro su **natema** y se dirige a una colina donde forma su **soñadero,** esto es, una pequeña choza suficiente para poner el cuerpo al abrigo de la intemperie; luego coloca delante y junto a la choza tres pequeños palos iguales clavados en el suelo, que señalan los ángulos de un triángulo equilátero, una de cuyas bases está al pie de la choza.

Hecho esto, toma el **natema,** que es narcótico que le priva completamente del uso de los sentidos por tres días; se tiende de espaldas tocando con sus pies en la base del triángulo. Tan pronto como el **natema** ha producido su efecto, dicen ellos que tienen sueños muy fantásticos, placenteros o terribles, y se aparece el **Iguanchi,** en distintas formas, aunque la más ordinaria es la de una gran **huachi** o mono. Si el motivo de la consulta es el éxito que tendrá la guerra, y el diablo le predice que si la emprende morirá; el jíbaro jamás acepta el reto y finge mil pretextos para excusarse".

Si al consultar al diablo desea saber quién ha matado a un miembro de la familia, o ha causado daño en las sementeras o animales domésticos; en ese caso el **Iguanchi** siempre determina un individuo que más o menos tarde es víctima del odio y venganza que ha hecho concebir la revelación diabólica.

El diablo les exige que antes de la consulta pasen tres das sin comer ni beber. Este riguroso ayuno no les es muy agradable, y por no sujetarse a él, no hacen las consultas sino cuando el asunto es para el jíbaro de mucha trascendencia.

Cuando los Jívaros caen gravemente enfermos y con los remedios caseros no obtienen la salud, entonces se recurre al brujo, quien para la curación acude a procedimientos parecidos a los que usa generalmente el brujo curandero de las otras tribus orientales; solo que

entre los jíbaros el brujo extrae del cuerpo no solo clavos de chonta, sino también arañas y piedras.

Como se reciben de médicos los Piros: habla el padre Luis Sabaté.—Estos métodos curativos con inter-



Coro del Convento de Ocopa

vención del brujo son generalmente entre las tribus salvajes del Oriente, con alguna diferencia tradicionales de cada agrupación.

El misionero y escritor padre Luis Sabaté nos ha dejado descrito en su Viaje (1), la forma singular con que un indio profano se inicia en la medicina con título para ejercerla. "Debe el candidato o pretendiente vivir en un lugar solitario por espacio de dos meses, y guardar en todo ese tiempo un riguroso ayuno, por manera que no puede comer otra cosa que un poco de platanisa mañana y tarde, que le alcanza una mujer que no debe tener marido alguno, única que puede verle tan sólo el momento preciso, pero sin poderle hablar palabra alguna; y además el maestro que va a instruirle, el cual no falta todas las noches a hacerlo trasbocar lo que tiene en el estómago, para ver si ha comido a escondidas alguna otra cosa durante el día".

"En este tiempo de preparación y aprendizaje, debe fumar mucho y guardar un estricto silencio; no permitir, por nada del mundo, que persona humana ni nadie le toque la espalda, porque esto sería un obstáculo grande que le impediría ser iniciado en el arte de la medicina. Sólo habla con el maestro, como dije, no sé qué cosas y después de ese aprendizaje de dos meses, queda ya el pretendiente un médico consumado hecho y derecho . . . "

ARTICULO CUARTO

Sus mitologías y tradiciones

Las tribus de nuestras selvas, a pesar de su barbarie, han sentido generalmente una inclinación vehe-

(1). Véase esta Historia, T. X, págs. 259, 260.

mente a realizar hechos gloriosos, dignos de contarse con satisfacción en el seno de la familia; de suerte que su narración pasase de padres a hijos como un estímulo para la imitación.

De aquí han nacido las tradiciones que cada tribu posee como un depósito sagrado y las trasmite con fidelidad a las generaciones que van sucediendo.

Alguna de esas tradiciones tienen un sabor bíblico inconfundible; otras son mitologías elaboradas en la época de la influencia incáica; otras conservan un carácter genuino de narración histórica de la tribu y de sus relaciones con otras tribus.

La tribu más rica en elaboraciones mitológicas es sin duda la cuniba; y algunas de esas narraciones llenas de encanto y primor se han publicado en el primer tomo de esta **Historia,** en su última parte, debidas a la pluma de César Díaz Castañeda; y las mismas han entrado a formar parte del número segundo, volumen primero de la revista **Inca** que se edita en Lima como órgano del Museo de arqueología de la Universidad Mayor de San Marcos.

Entre las tradiciones enumeradas en dichas publicaciones hay algunas de sabor puramente religioso. Según ellas, el alma es inmortal y sobrevive al cuerpo. Tras este cielo o firmamento hav otro cielo. Aquel es la morada de Dios y allí van las almas de los hombres justos; pero el alma de un hombre que ha sido malo en la vida presente, vagará errante y solo, por los bosques, durante mucho tiempo, hasta que el dios Mueraya mande a los tigres infernales que le encadenen para siempre.

En cuanto al orígen de su propia tribu, los Cunibos se hacen descender de **Buicoco,** de orígen divino; tuvo por esposa a **Titeisa**, y sus más distinguidos hijos fueron Husta y Chipa. Habitaron una hermosa colina

de las alturas del Occidente donde se multiplicaron rápidamente; de suerte que no siendo suficiente a contenerlos su tierra nativa, la abandonaron; y bajándose por las vertientes del Gran Pajonal, llegaron a los llanos orientales, donde se establecieron.

Los Cunibos hacen asimismo narración minuciosa de sus guerras, favorables y adversas, recorriendo los acontecimientos que corresponden a varios siglos.

Entre los mitos astronómicos puede ver el lector en el tomo citado ,el que refiere a **Bari Inca** (el sol) que es mirado con gran respeto por los Cunibos por ser representación de Dios.

El año **baritia,** o solada, consta de doce lunaciones. **Use,** la luna, es como si dijéramos la diosa blanca.

Supanbaqubu, Pléyade, quiere decir los niños de **Supán.** Dicen los cunibos de esta constelación, que allá en la lejanía de los siglos, una buena mujer llamada **Supán,** se ocupaba afanosamente en limpiar el patio de su casa, y sus hijos, jugando a la pelota con los frutos de cierta planta, que desde entonces se llamó también **supán,** volvían a ensuciar lo que ella había limpiado con esmero; enfurecida la cuniba por esta falta de respeto de los pequeñuelos, fulminó sobre ellos una maldición, y cogiendo los frutos, los arrojó a tierra con toda la fuerza de sus robustos brazos; los frutos se rompieron, esparciéndose por el suelo las pequeñas simientes que contenían, de las que nacieron infinidad de niños, que iban por todas partes preguntando por sus padres; una anciana les dijo que sólo en el cielo podían encontrarlos, y desde entonces anduvieron errantes y huérfanos, buscando en vano el camino que debía conducirlos a la comarca azul. El éxodo infantil duró muchos años, muchos años de hambre, de miseria, de fatigas y de toda clase de penalidades, en que sucumbie-

ron muchos de ellos; se cuentan los más tristes episodios de este calamitoso viaje a través de los bosques sin fin. Un día llegaron a orillas de un gran lago y propusieron pasar al otro lado, por ver si allí se encontraba el camino del cielo; un lagarto enorme dormitaba en la orilla del lago, y uno de los niños hizo notar que sobre el lomo de este se podría pasar; para dar el ejemplo se lanzó él mismo sobre el lomo del terrible saurio, pero despertándose este, en seguida, lo cogió entre sus formidables fauces y lo destrozó; los sobrevivientes prestaron su lanza a un pescador y con ella dieron muerte al lagarto; de cuyo vientre sacaron una pierna de su compañero, que llevaron consigo; de las costillas del lagarto hicieron un pequeño barco, en el que pasando a la otra orilla, siguieron su viaje sin poder encontrar jamás lo que buscaban. Compadecido entonces el dios Incá de tantos padecimientos. hizo crecer desde la espesura de los bosques el **nishi-suná**, bejuco gigantesco que alargándose infinidamente, tocó con sus ramas al cielo; de él construyó una escala, y haciendo subir por ella a los niños, los colocó en el cielo, donde representan la orfandad.

A su lado colocó la pierna del niño que había sido devorado por el lagarto en forma de otra constelación que llamó **quishi-homa.**

Explicaciones análogas dan de la Cruz del Sur y de la Gran Nebulosa (1).

Lo que decimos de los Cunibos, se realiza poco más o menos con todas las tribus; pero no se han realizado aún trabajos adecuados para recoger todas sus tradiciones.

Los Jíbaros repiten hoy con minuciosa exactitud

(1). Véase este punto más por extenso en el T. I de esta Historia, págs. 318 y ss.

los hechos de armas de sus antepasados para apoderarse de Logroño y demás poblaciones españolas que saquearon y arruinaron.

El diluvio universal explican los Jíbaros en los términos siguientes: Que cayó del cielo una nube tan copiosa que luego inundó la tierra de agua; murieron todos los hombres, pero un jíbaro y una jíbara se huyeron a la cumbre de un alto cerro, donde se refugieron en una cueva con todos los animales. Pasadas las aguas, salieron de la cueva para poblar con su descendencia otra vez la tierra.

Recuerdan las tradiciones jíbaras la maldición echada por Noé contra su hijo Cam. Dicen que todos descendemos de un hombre rico que tenía hijos buenos y uno malo, a quien maldijo su padre. De los buenos descienden los blancos y cristianos: por eso abundan de todo lo necesario para la vida; los jíbaros descienden del hijo malo, y por eso no tienen ni machetes, ni vestidos, ni hachas y son miserables y escasos de todo.

ARTICULO QUINTO

De sus fiestas y entierros

Las fiestas de los indios infieles del Perú son bastante numerosas y muy variadas. La tribu jíbara las celebra con verdadera profusión, reducidas a tres grupos, con los nombres de fiestas de **Shanjas,** del **Tabaco** y de las **Mujeres,** según puede ver el lector por extenso en el tomo anterior.

Todas esas fiestas son originales, supresticiosas y salvajes. Merece recordarse aquí la que celebran cuando desean concluir con un enemigo terrible o de importancia, o matar a algún **brujo,** de mala catadura. En cuyo caso se confabulan y conciertan seis o más Jíba-

ros, y fijan el día en que deben ejecutar su hazaña sanguinaria. Antes de esta fecha se someten los conjurados a un ayuno de algunos días pues creen que no se puede asesinar a un enemigo temible sin que preceda el ayuno. Llegado el día prefijado, se reunen y van en busca de la víctima, que procuran como siempre asaltar a traición. Si las circunstancias lo permiten atan los pies y brazos del infeliz, que hace esfuerzos desesperados para defenderse y escapar; pues no ignora lo que le va a suceder. Amarrada la víctima, la tienden en el suelo, y cada verdugo la hiere con la lanza sin darle muerte. Parece que gozan al contemplar como se retuerce a impulsos de la rabia y desesperación. Satisfecho su instinto feroz, el último de los conjurados le clava la lanza en el corazón; golpe de gracia que pone fin a las horribles convulsiones de la víctima. Algunas veces el infeliz perseguido se apercibe del asalto, y entonces con su lanza se defiende como una fiera; empero siempre sucumbe ante el número. Luego le cortan la cabeza que han cuidado de no herir; inmediatamente la disecan ,reduciéndola al volumen de una naranja. A esta cabeza reducida a tan pequeño volumen, llaman **shanja.**

En torno de ella arman su fiesta, a la que dan más solemnidad que a las demás; es lo que podríamos llamar su fiesta mayor. Si han sido seis los ejecutores de la víctima, celebran seis fiestas, si bien alguna vez las reducen a una; en este caso los seis contribuyen a los gastos de la misma. Desde el día que han hecho **shanja,** los que han tomado parte se someten a una rigurosa abstinencia y ayuno, que dura hasta que termina la fiesta. Para que esta sea lucida y a satisfacción de todos, es preciso e indispensable hacer gran acopio de víveres y de **masato,** y como para esto se requiere tiempo, de aquí que la abstinencia y ayuno se prolonguen

algunos meses y a veces hasta un año, pues no siempre tienen en la chacra o huerta bastante cantidad de yuca y plátano en sazón ,como para el caso se requiere.

.Tan luego como juzgan poder acopiar los víveres necesarios para el convite, se avisa a todas las familias de la misma tribu y a los parientes de otras tribus, indicándoles el día del festín. Empero, concurren a más de los invitados otros que se convidan por sí mismos. El que debe hacer la fiesta, unos siete días antes llama a los parientes más allegados y se ocupa en la caza de cuadrúpedos, monos y aves, y el último día en la pesca. Entre tanto las mujeres se dedican a la recolección de la yuca y plátanos y a la confección del masato.

El dueño señala el lugar que cada uno debe ocupar durante la fiesta. La **Shanja** pintada y adornada se halla en el centro de la choza, colgada de un palo engalanado con ramos y flores: una vez reunidos, y cada uno en su lugar, empieza lo que podríamos llamar el servicio religioso. Todos están en silencio: el dueño, pintado con rayas negras y coloradas en todas las partes desnudas del cuerpo, y puestos sus mejores aderezos, se coloca frente de la **Shanja:** la increpa, insulta, y le dice todos los disparates que se le ocurren.. Cansado de gritar y gesticular, se retira luego y le sustituye en la ceremonia, el más anciano, quien después de insultar a la **Shanja,** relata con gran entusiasmo las costumbres y tradiciones patrias.

Durante el día se toma masato y de noche se baila, prolongándose este por varios días. A esta fiesta de la **Shanja** agregan los Jívaros la del tabaco, de las Mujeres, del nacimiento y defunciones.

Nacimientos y defunciones.—Aquí no mencionaremos sino lo relativo a los nacimientos y defunciones. Al nacer un jíbaro no practican ceremonia alguna, ni siquiera una fiesta de familia. Les parece el hecho na-

tural, que no le dan la menor importancia. El recién nacido viene a este mundo en estado salvaje; así crecerá y se desarrollará sin conocer apenas las caricias maternales, y mucho menos las del padre: la solicitud que los padres tienen para sus hijos y el cuidado para que vi-



Migala avicularis

van, es ni más ni menos los que prestan los animales a sus hijos, mientras no pueden valerse por sí mismos. El recién nacido queda tan abandonado al cuidado de la madre que es rarísimo que el padre tome en sus brazos al pequeño, para hacerle una caricia o aliviar a su esposa.

Tan pronto como la madre ha convalecido, continúa sus tareas domésticas como antes, sin que los nuevos cuidados de la maternidad la dispensen en nada; con el hijo irá a la huerta para la provisión de víveres, para arrancar la maleza; acompañará a su esposo, cargando junto con el niño los comestibles. Si al estar la

madre en sus quehaceres domésticos el niño le estorba, lo deja en el suelo o en una barbacoa; y si el hijo llora, callará cuando se canse.

A su vez el hijo a medida que crece, manifiesta menos amor a sus padres, y pegará a su madre como pudiera hacerlo a su hermanito. Esto de pegar no se repite cuando llegan a los diez o doce años de edad; pues los jíbaros, aun cuando existen entre ellos rivalidades, odios y rencores, nunca llegan a las manos, de modo que el pugilato es desconocido entre ellos.

Si el nacimiento preocupa muy poco al jíbaro, casi pasa lo mismo con la muerte. Pocos de ellos llegan a viejos, por cuanto el modo más ordinario de morir es de muerte violenta; en este caso los asesinos se encargan de sepultar bajo tierra a la víctima y hacer desaparecer la huella del asesinato; empero, cuando la muerte es natural consecuencia de una enfermedad o por accidente cualquiera, y muere el jíbaro en el seno de la familia, si es adulto envuelven el cadaver con una estera de hojas de palma, lo atan sentado o en pie al palo principal que sostiene la techumbre de la choza, colocan a su lado víveres y masato, cierran la puerta y emigran a otra parte. A otros los atan al tronco de un árbol en la huerta o en el bosque; en este caso rodean el cadaver de una fuerte empalizada para defenderlo de las fieras: una enramada de hojas de palma lo pone al abrigo de la lluvia, y así permanece hasta que la acción del tiempo y de los agentes atmosféricos lo destruyen y descomponen, quedando un montón de huesos al pie del árbol. Si el que ha fallecido es un niño de poca edad, mientras el cuerpecito está caliente lo doblan, para meterlo en una vasija de barro que entierran en el suelo cerca de la casa. Si no tienen vasija o el cuerpo está desarrolado que no quepa en ella, lo envuelven con hojas de palma de plátano y lo entierran en el suelo.

La ceremonia del sepelio se reduce a algunos lloriqueos verdaderos o fingidos de las mujeres, esposa, madre o hermanas del difunto. Estos llantos no son la expresión natural del dolor, sino una canción lúgubre y llorosa que es de rúbrica. El llanto se repite algunos días, durante los cuales en señal de luto las mujeres se despojan de sus adornos y se abstienen de pintarse el rostro y las demás partes del cuerpo.





TERCERA PARTE

ADAPTABILIDAD DE LOS INDIOS

de las

selvas peruanas

a la

VIDA CIVILIZADA





TERCERA PARTE

ARTICULO PRIMERO

La sociedad salvaje de nuestro Oriente: dificultades para su ingreso a la cultura social

---

En ambiente vegetal y animal.—Vamos a buscar al indio salvaje en su morada oriental. Pasaremos las cejas de las montañas, donde viven algunas partidas de estos indios; lugares donde ora hace fresco, ora existe un aire templado y ora calor, según la altura del lugar y las condiciones topográficas del terreno.

Iremos a los llanos amazónicos, donde persiste el calor todo el año, fluctuando la columna del centígrado al rededor de los 30 grados.

Penetrando en las selva habitada, nos hallamos con un bosque de vegetación exuberante, sintiéndose casi siempre en la proximidad el manso murmullo de las aguas, que forman la inmensa red fluvial de aquellos campos de muy escaso desnivel, en plano inclinado hacia el Oriente, y por lo mismo hacia el Océano Atlántico.

En el seno umbroso del bosque nos encontramos con una choza, morada de una familia perteneciente al lugar. La choza forma parte, aunque no lo parece, de un conjunto de chozas esparcidas por el llano, favorecidas de iguales condiciones para la vida; y los moradores de estas chozas se comunican entre sí por veredas muy estrechas, que sólo ellos saben recorrer, de día y

de noche, sin extraviarse; los civilizados se perderían allí irremisiblemente.

Los moradores de estas chozas no necesitan salir de aquel lugar para subsistir tranquila y holgadamente. Que ¿de qué viven?—Se hallan rodeados de vegetales y animales suficientes para no morir de hambre, vestirse y curarse, y navegar en el río.

He aquí la enumeración de algunos de esos ejemplares del reino vegetal y animal, útiles para el indio. De la yuca, manioth, tiene dos clases. Pueden cosechar arroz, maní, (arachis hipogea), sandías o **índicus melopepo,** coca o **erithroxilon,** tabaco, algodón, piña o **bromelia ananas,** marañón o **anacardium occidentale,** palta o **persea gratissima,** caimito, papaya, chirimoya o **cherimolia tripetala,** anona, naranja, sapote, ciruelas, ají o pimiento, llacón o **polimnia sanchifolia,** patatas, fríjoles, achiote o **bixa orellana,** palillo o **campomanesia** cornifolia, camote o **batata edulis,** caña dulce, tomates, zarzaparrilla, yarina **o phitélphax macrocarpa,** vainilla, granadilla, matico, huaco o **mikania huaco,** barbasco o **yaquinia armillaris,** huito o **genipa oblongifolia, cecropia peltata,** chambira o **astrocarium,** chonta o **bactrix ciliata,** camona, caña brava o **ginerium sagittatum,** la llamada canela o **nectandra,** chamiro, copal y palo de balsa.

De entre los animales útiles o dañinos, le acompañan y rodean gallinas, patos, puercos, perros, dantas o **tapirus americanus,** huanganas o jabalíes, monos comestibles, la vaca marina, el paiche, la tortuga por millones, peces, tigres, jaguares, culebras, hormigas, mosquitos, aves.

En este ambiente animal y vegetal vive el indio. En años anteriores ha tenido aspiraciones colectivas y relaciones internacionales con sus congéneres: aún hoy en día algunas agrupaciones, como la jíbara, las conser-



Cárica Papaya de Linneo
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)

va vivas y tenaces; pero las más de aquellas agrupaciones han entrado en un período de vida familiar, sin ambiciones, y contentas con vivir y perpetuarse en la selva solitaria.

Las características raciales.—A pesar de las tendencias que siempre han tenido los indios al aislamiento y a la vida familiar, y a pesar de que nuestros indígenas orientales ocupan una área inmensa, entre las arterias fluviales del Ucayali, Marañón y Amazarios; conservan hereditarias e indelebles ciertos caracteres que los unen entre sí y los distiguen de las demás razas aunque con algunas excepciones.

El **talle.**—Todos los indios peruanos, generalmente hablando, son de mediana estatura; casi ninguno puede ser llamado propiamente alto, y por lo contrario abundan los pequeños.

El color dominante de la raza indígena americana es el cobrizo, oscuro y tostado: su cara ancha, de lineamentos marcados. Esta regla ha tenido excepciones muy apreciables en la tribu Quedpi, Pana y Moyoruna, especialmetne en las mujeres y niños, entre los cuales se hallan personas tan blancas como las de Europa ,y de rostros bellos, con facciones contorneadas. Estas bellas cualidades desaparecen por la acción del sol y por la continuación de los baños en el río.

El cabello es negro y duro, y sólo las mujeres de algunas naciones le tienen rubio y delgado. En su longura es variada la costumbre entre diversas tribus, pero generalmente les llega casi hasta los hombros a los varones, y lo traen más largo las mujeres.

La nación llamada de los Encabellados, por otro nombre Ancutemas, ha debido su sobrenombre al esmerado cuidado que siempre han tenido de su cabellera; pues se peinan todas las tardes, hacen trenzas y las envuelven con un tejidillo en la cabeza. Era gala de es-

ta nación dejar a sus tiempos suelto y bien peinado el cabello sobre las espaldas y algunos hasta la cintura.

La nariz en estos indígenas suele ser chata, gruesa y ensanchada, siguiendo el aire que domina en sus caras, anchas, con líneas salientes. Suelen atravesar en la ternilla de la naríz un palito del tamaño de una pluma de escribir.

Su dentadura es sana y proporcionada, los dientes notablemente blancos; y la conservan entera y con blancura marfilada hasta la vejez, cuando no la dañan mascando yerbas de zumo negro o coca; o pintándola de negro. Pues algunas naciones estiman como adorno y toman como moda teñir los dientes y los labios de negro: al efecto mascan yerbas y tallos cuyo zumo, mezclado con ceniza que introducen en la boca, saturado de saliva, compone una tintura negra, que dura por varios días. Además barnizan cada dos días con la misma tintura labios y dientes; preparando los labios para que se asiente el barníz con refregarlos con hoja de maís hasta arrojar sangre. De este modo logran que el barníz brille sobre los labios, agradándoles mucho cuando quedan muy relucientes.

La frente en nuestros indígenas es angosta y las cejas van confundidas con la región frontal. De la costumbre de aplastar las frentes que se ha tenido en uso entre los Cunibos y Omaguas se ha dicho ya en este trabajo.

Los ojos de nuestros indios son pequeños, vivos y sin lagrimales. (1)

Entre los Mainas era fealdad dejar crecer el pelo de las cejas y párpados, y los arrancaban con hilos; los Iquitos y Zameos lograban lo mismo con una resina pe-

---

(1). Véase toda esta descripción en Chantre y Herrera, L. II, cap. II y ss.

gada a los dedos que levaba consigo todo el pelo que se le adhería.

Pintura.—Casi todas las naciones del Oriente usan pintarse la cara y el cuerpo. Usan tinturas de varios co-



Huito

lores. Los dibujos son también característicos en cada región o familia. Para ejecutar dichos dibujos, han ansiado siempre vivamente poseer espejos, que solían adquirir de los misioneros y viajeros, a cambio de objetos estimados como valiosos por los civilizados. A falta de verdaderos espejos se industriaban los indios de

varios medios: unos del copal derretido en un platillo hondo; otros de las aguas cristalinas. Con la pintura quedan generalmente deformes, a manera de demonios. Las mujeres se esmeran más en la ejecución, guardando en los dibujos más arte, gusto y simetría.

Para las fiestas refinan sus afeites, que suelen ir combinados de adornos: además del palillo atravesado en la nariz, en algunas naciones atraviesan otro palito en el labio inferior en dirección a la nariz; pero en las fiestas sustituyen dicho palito con una piedrecita blanca, que queda colgada y con los movimientos del baile da sus golpecitos sobre la barba.

De la **ternilla de las orejas** suelen también traer colgados sus palitos colorados. Otros cuelgan rodajas de notable tamaño.

De la costumbre que los Mayorunas tenían de **clavetear la región** de la barba se ha hecho mención al tratar de esta tribu.

Las costumbres sociales y domésticas: el vestido. —El vestido de los Mainas resultaba desnudez, en comparación de la prenda de vestir usada por los Campas, Amueshas y Cunibos, llamada **cushma,** que cubre desde el cuello hasta los tobillos; y más si se compara con las piezas que usaban los Panatahuas, Cholones e Hibitos.

Los Mainas del Huallaga y Marañón aún entrados en relaciones con el misionero, se contentaban con cubrir lo más preciso para la indispensable decencia. Las mujeres no usaban la **pampanilla,** faja ajustada al cuerpo desde la cintura que escasamente llega hasta las rodillas. Algunas se contentan con cubrirse con sartas de pepitas y dientes de monos.

La materia textil, variaba según las tribus y regiones: era tejido de algodón o de palma, o también la corteza de un árbol denominado **llanchama,** que ablandada

en agua y golpeada con **macanilla,** toma las cualidades del cuero de ciervo.

En su desnudez suelen lucir sus brazaletes, así en las pulseras como en las piernas. Los tejen de hilo de algodón de varios colores, formando dibujos propios de la tribu o familia.

No pocas de las tribus adornan sus cabezas con guirnaldas o coronas de donde se yerguen vistosas plumas, distribuídas con simetría de colores y tamaños.

El ajuar de sus casas se reduce a lo que cabe en un cesto o canasto mediano, que la mujer suele trasportar cuando se mudan de lugar, como se expresa gráficamente el padre Chantre y Herrera. Suele consistir en un par de ollas, algunos platos, una tinaja para agua, un mate como vaso para beber.

Comen dos veces al día: como a eso de las ocho de la mañana, y por la tarde antes de caer el sol.

No usan mesas ni manteles: se arriman los hombres en cuclillas a un plato grande o berreñón y las mujeres a otro en lugar separado y sentadas en el suelo, y comen con gran naturalidad y sin melindres: los dedos les sirven de tenedores y de cucharas unas conchitas.

De sobremesa los ancianos se sientan y los jóvenes van a bañarse, separándose los hombres de las mujeres.

El empleo del día resulta tranquilo y muy sosegado para los varones y hacendoso para las mujeres.

El varón cuida de tener su casa **surtida de armas,** que varían según las familias y regiones: generalmente no dejan de tener lanzar, rodelas, arcos, flechas y macanas, y en algunos puntos la estólica, arma arrojadiza intermedia entre la lanza y la flecha. Al varón corresponde también surtir la casa de los instrumentos de caza y pesca: lo mismo hacer las sementeras, poniéndolas en condición de que rindan fruto.

La mujer debe tener listo siempre y para toda hora su masato en abundancia; pues, marido e hijos desde que se levantan correrán a la tinaja y tomarán a pechos su mate de masato o chicha. Deben también las mujeres acarrear los frutos de las sementeras para el gasto del día, que suelen ser yucas y plátanos; además ayudar a los maridos a limpiar las piezas sembradas; y en algunas regiones esto último corresponde sólo a las mujeres. Es exclusivo de las mismas fabricar las ollas de servicio, cazuelas, platos, tinajas, cántaros; y a todas estas vasijas dan un barniz permanente, vistoso y fino, que contribuye a que puedan lavarse con facilidad.

A los maridos suele quedar mucho tiempo desocupado; y así, luego disfrutan de la más placentera ociosidad, que no cambiarán por todas las comodidades que les ofrezca la más adelantada civilización.

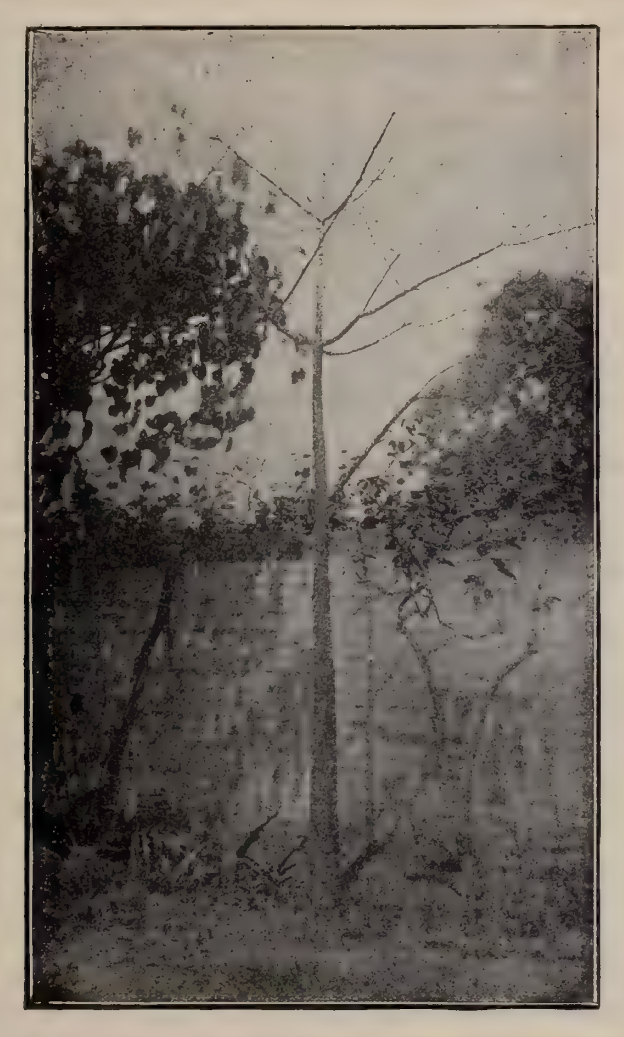
A pesar de la condición rebajada de la mujer, el marido no manda sino ruega a su consorte; y ésta no sufre imperios ni ademanes alzados.

Los hijos crecidos andan por su cuenta. Una vez casados colocan a notables distancias sus respectivos hogares; y muchas veces proceden los más cercanos parientes cual si nunca se hubieran conocido.

Mudan fácilmente de **lugar,** aún cuando hayan de levantar nueva casa y hacer nuevas sementeras; basta para esto el haberse avecindado otra familia no de su gusto, el tener una hija soltera que cuidar, figurarse que un vecino les mira de reojo, y más aún la muerte de un miembro de familia.

El hogar.—Nada hay en el hogar de nuestros indígenas del Oriente que pueda elevar el nivel intelectual y moral de sus moradores; antes bien, todo lo que allí sucede los deprime y reduce al nivel de los animales que los acompañan y rodean.

Dejada la choza estrecha del indio solitario, entremos en uno de esos caserones, construído del mismo material y en la misma forma que las chozas, pero de



Habilla y Ceibo — Huracrepitans Bombax Ceiba — (Lin).

grandes dimensiones. Los adornos de más estimación en aquella morada son flechas, arcos y macanas, dando al caserón el aspecto de una sala de armas. Esas armas no hablan sino de guerras y de enemigos, de victorias alcanzadas o de derrotas padecidas. Agréganse como trofeos, huesos, calaveras y cenizas de sus antepasados más distinguidos. Algunos suelen beber estas cenizas mezcladas en la chicha, para asimilarse las cualidades de sus héroes.

En el caserón viven doscientos y más indígenas de una tribu, parientes, generalmente a las márgenes de un gran río, observando quien sube y quien baja por él; si vienen de buena o mala fé; y en este último caso se alistan a la pelea, teniendo a la mano en sus astileros canoas para lanzarse al río.

Cuanto sucede en aquel lugar lleva una orientación extraviada y fuera de las sanas costumbres.

Los nacimientos: el infanticidio.—Las mujeres próximas al parto, salen precipitadamente al río con sus camaradas; y cuando han dado a luz, se purifican esmeradamente y se fortifican con bebidas especiales, con caldo de tortuga y mono. Luego la madre y las parteras examinan si el infante es o no de bonitas formas, o si tiene algún defecto o deformidad; y si fuere esto último lo arrojan al río con la mayor frescura.

Si sus formas son aceptables, vuelven a la casa y se procede a dar **nombre a la criatura**; y escogen generalmente el nombre de un animal con la mira de que el recién nacido pueda asemejarse al dicho animal en las acciones de su vida, siendo dominador como el tigre, astuto como la culebra, hermoso como el huacamayo, etc.

El matrimonio no suele exigir más ceremonia que: **¿Me quieres?.—Sí te quiero.** Pero en algunas tirbus lleva consigo una ceremonia repugnante como es desflorar

a la doncella con un instrumento cortante y en presencia de expectadores.

Además en el gran caserón se realizan todos los actos de la vida, con un cinismo inescrupuloso y despreocupado, a manera de gracejo y sin que haya persona que reclame respetos al pudor aún de los menores de edad.



Teobroma cacao (Liuneo)

La pintura.—Allí se verifica cuanto precede a las fiestas obligadas de la tribu, especialmente la pintura. Se pintan hombres y mujeres sus caras, piernas, brazos, pechos, de diversos colores; teniendo en mira parecerse cada uno al animal cuyo nombre lleva. Por eso dentro del dibujo de cada tribu, realizan sus variantes; y cuando adquieren un gran parecido al animal de su predilección, se hallan satisfechos y gozosos.

Este hecho que se realiza entre Panos, Cunibos, Campas y Amueshas establece entre ellos y los Incas un punto de contacto indudable; pues los dibujos incáicos y varias otras culturas peruanas tienen por motivo más frecuente animales y aves.

El brujo y las apariciones del demonio.—Allí también actúa el brujo a quien tanto temen los indios todos, y por contentarlo se imponen tantos y tan costosos sacrificios. Allí hace sus apariciones el demonio, no pocas veces en figura sensible: y para animalizar a sus favorecidos, suele manifestarse generalmente en figura de animales. Nuestros indios lo califican de espíritu malo, pero lo soportan y tratan de amansarlo. Los Machiguengas admiten categorías o graduación entre estos espíritus: a los grandes que aparecen en figura de ciervo o venado los denominan **camagarine,** y a los pequeños que se manifiestan en forma de agutí dan el nombre de **soisoini** (1).

Los Campas generalmente creen en espíritus buenos y malos. A los buenos llaman **tazcrintzi** y a los malos **camagari,** como sus machiguengas.

Allí se realizan los bailes acostumbrados, en los cuales felizmente reina la moderación. Para este acto

(1). Véase al padre Pío Asa en su Estudio sobre la lengua Machiguenga, págs. 25 y ss.

no faltan en las casas instrumentos músicos acordes, sonajas, timbales y bajones.

Enfermedades, muerte y sepultura.—Vamos a asistir a un caso de enfermedad y muerte, en uno de estos caserones, en la región del Ucayali. Quien nos lo cuenta es el padre Jerónimo Lezeta y se refiere a hechos que él tenía vistos con mucha frecuencia. Dice así: "Son sus enfermedades por lo común la caracha (sarna), tumores, evacuaciones y calenturas malignas, y estos accidentes no son muy prolongados pues les dura de once a veinte días, con lo que acaban sus días: se experimenta en ellos mediante su enfermedad, no aquellos sentimientos naturales de todo enfermo, pues ni se quejan ni se afligen, por nada de este mundo, hablan muy poco, y en un todo son muy raros. Tienen por lo común todas estas naciones sus médicos y gustan sus parientes y enfermos que los llamen; estos a la verdad son gente ociosa y unos bárbaros bufones que los engañan con sus embustes: llegan estos y reconociendo al enfermo, lo primero que dice es que lo han embrujado y que está de mucha gravedad, y para decir esto hace muchos visajes con la cara, poniendo la vista en el enfermo y dando vueltas por la casa, haciendo gestos, dice a los circunstantes que está muy enfermo, y esto aunque no tenga sino un mero cansancio o dimanado de su grande ociosidad; por último, manda que le den un purgante de caldo de mono y que lo sangren: llega el sangrador muy serio y tomando los brazos empieza a mordiscones como una fiera; rompe la vena y le chupa la sangre; el paciente grita naturalmente y dicen que es bueno y esto aunque esté muy malo".

"Cuando conocen que ya se muere o a lo menos que está en mucho peligro, preparan diligentemente todo lo necesario para sus exequias: adornan muy bien una canoa y llenándola de víveres ,como para emprender un

gran viaje, le ponen sus flechas, arcos y macana, después se forman en la casa unos veinte hombres todos desnudos, y en figura de contradanza andan alrededor de toda la casa dando fuertes alaridos a la manera de perros, hasta que expira o, por mejor decir matan al enfermo: después sus concubinas con otras mujeres agarran al enfermo (que por orden natural podría vivir dos o tres días o más, o mejorarse), lo ponen entre sus faldas estando sentados, y a gritos, sollozos, besos y mordiscos lo matan ellas mismas".

"Después forman su conciliábuo y consultan si se enterrará o se echará río abajo: si ha sido buen pescador o buen guerrero lo echan río abajo. Después de esta función, rompen todo lo que hay en la casa, la queman toda por los cuatro extremos y se van a otra casa a llenarse de chicha y a sus mujeres y parientes del difunto las hacen se embriaguen bien y por la mañana se levantan a llorar, y esto antes de amanecer, y esto dura por tres días, y se van a vivir a otra tierra lejos (1).

Modo bárbaro de morir haciendo veneno.—Nuestros indígenas tienen la costumbre de envenenar la punta de sus flechas, especialmente en casos de guerra. Dicho veneno es activísimo. Para el caso emplean los indios la planta **mirame** o **curare,** género strichnos, **loganiácea,** agregando el producto del **Cocculus texicoferus, menispermácea.**

Según se explica Raimondi (2)"**El Strichnos Castelneana** es una planta descubierta hace pocos años por Castelnau en las montañas del Amazonas, a donde se conoce con el nombre de Ramón. Los indios Yaguas y Orejones que habitan dichas montañas ,emplean esta planta

(1). Esta Historia, T. IX, pág. 51.
(2). "Elementos de Botánica", T. II, pág. 55.—Esta Historia, T. VI, pág. 215.

junto con otra de la familia de las Menispermáceas, el **Cocculus texicoferus** que llaman Pani, para preparar el veneno qeu usan para envenenar sus flechas. Con este fin cortan en pedazos el tallo del Pani y lo cocinan por veinticuatro horas, le añaden la corteza del Ramón rallada, cocinan la mezcla otras veinticuatro horas, para obtenerla de una consistencia viscosa casi como la liga''.

El padre Lezeta describe un método horripilante que los indios del Ucayali emplean para confeccionar este veneno. Se explica en estos términos: "El veneno que por providencia de Dios no lo usan para darlo a nadie, aunque lo usan para las flechas, expondré el modo con que lo hacen: cuando carecen de él se reune toda la tribu y nación y hacen grandes comilonas y bebidas, y juntando los ingredientes, que son unas yerbas, preparan una casa abandonada y nombran a dos mujeres ancianas con todos los parapetos de ollas grandes; todos les hacen exequias como que van a morir en honor del veneno, lloran y se lamentan sobre las infelices mujeres, las que están tan contentas y gozosas, no obstante saber de cierto que van a morir, todas las abrazan y se despiden, y cerrándolas y tapiando todas las puertas, ponen el aposento como un calabozo; emprenden las dos laboriosas viejas en dar fuego a las ollas, e hirviendo tarde y noche, con el vaho que exhalan las ollas, quedan muertas tendidas en el suelo, y aseguran muchos gentiles que muchas veces las han encontrado en huesos y cenizas. Por la mañana llega la turba y abriendo con furia todas las puertas, ven aquellos espectáculos y con mil ceremonias diabólicas las entierran en el mismo sitio adonde murieron, y luego se reparten el veneno entre todos los de la nación''.

Los Huambisas: cuadro vivo de guerras sangrientas, de pereza y voluptuosidad.—Pondremos término a estos rasgos y pinceladas sobre la sociedad salvaje de

nuestro Oriente, con lo más horroroso que pueda imaginarse, donde se dan cita a un mismo tiempo, la ferocidad, la embriaguez y la lubricidad, en sus formas menos imaginables. Todo eso se halla recopilado en los indios Huambisas, parcialidad de los Aguarunas, que a su vez son subtribus de los Jívaros. Los Huambisas, aunque proceden de los Aguarunas, han tenido guerras sangrientas con sus progenitores, han alcanzado características propias, y sin dejar de ser Aguarunas y Jívaros, son algo más por el exceso a que han llevado sus más degradantes pasiones. Son moradores del Santiago y del Morona, hasta las márgenes del Curaray.

La narración que vamos a presentar es de don Manuel Ijurra, incluída en la Colección de Larrabure y Correa (1).

"La Huayusa o guayusa es un árbol cuyas hojas prolificas sirven para dar fecundidad aún a las personas estériles. Los Huambisas hacen un uso excesivo de dichas hojas, que toman comunmente después de hervidas. Todo el día yacen tendidos en sus hamacas bebiendo masato, aguardiente y huayusa. Generalmente tiene cada uno de ellos doce o catorce mujeres, y muchos de ellos cuarenta, cincuenta y sesenta y se multiplican con grande exceso. En cada casa hay tres o cuatro padres de familia, sucediendo que entre los hijos y los hermanos se producen en proporción los púberes existentes. La pubertad se anticipa mucho en ambos sexos, en razón de la fecundidad que presta la temperatura cálida y húmeda de aquel país que está bajo inmediata de la zona tórrida: los alimentos sanos y sólidos que los nutren contribuyen en gran manera a fortalecerlos siendo en mi opinión la huayusa el principal agente que los conserva robustos y fuertes. La juventud, pues, se verifica en los hombres a

(1). T. VI, págs. 355 y ss.

los once o doce años de su edad, y en las mujeres a los diez años generalmente".

"Citaré un caso ocurrido con la huasuya durante mi mansión en Mainas. El Rdo. padre fray Dionisio López la aplica a la mujer de Domingo Vásquez, a petición de su marido que deseaba tener descendientes, y que en más de quince años de matrimonio no había logrado tenerlos, a causa de la esterilidad de su esposa. Tomó esta algunas veces las hojas de huayusa puestas en infusión, y don Domingo Vásquez llegó a tener un infante. El dicho señor cura entonces de Moyobamba y hoy de Rioja, ha hecho diferentes aplicaciones de las hojas de huayusa a distintas enfermedades obteniendo de sus experimentos siempre muy buenos resultados. El supremo gobierno podría hacer pedir al dicho padre el método curativo que ha observado con esas hojas prolíficas, para que los botánicos las clasificasen, y los médicos las aplicasen a sus enfermos".

"La excesiva crápula y constante lubricidad de los Huambisas, unidas a su genial tendencia y la ferocidad y su ningún respeto a los demás hombres, los ha hecho aborrecibles por algunos de sus vecinos, en particular por los salvajes Aguarunas, que habitan la parte occidental del río Santiago y el N. del río Amazonas. Unos y otros pueden ser considerados como los seres organizados menos racionales de cuantos existen en el globo. Mientras que todos los demás salvajes que conozco tienen por norma de sus operaciones el pudor o la vergüenza, estos cometen con impudencia actos en público, buscuando en la huayusa el incentivo necesario que de pábulo a la disolución e intemperancia en que viven sumidos. De este modo se abandonan con frecuencia al pillaje y exterminio de familias y pueblos enteros, como ya ha sucedido con las ciudades de Logroño y Borja y los pueblos de Santiago y Santa Teresa".

"La manera de permanecer de noche es muy singular: duermen sentados exponiendo las plantas de los pies al fuego y con su lanza apoyada en el brazo mientras que algunas de sus mujeres están sentadas al rededor de la lumbre, calentando las hojas de la huayusa, que en la noche toman siempre con aguardiente en una taza grande de barro llamada mocahua. Muchos de ellos tienen los pies secos y tostados hasta el extremo de distinguirse parcialmente los huesos de los dedos y demás tegumentos de los pies y pantorrillas; ellos pretenden que esta costumbre los libra de enfermedades graves que proceden del mal clima de ese territorio y que además la eficacia del fuego contribuye a darles agilidad y fortaleza para emprender grandes marchas o carreras. En efecto, jamás he visto hombres tan ágiles para brincar, ni más incansables para correr. El resto de las mujeres que no se halla al cuidado de la huayusa están dormidas en sus hamacas colocadas una encima de otra a distancia de una vara, y las que pertecen a las embarazadas, se hallan más próximas al suelo".

"Siempre deseosos de dominar a sus enemigos, los Aguarunas, hacen sus agresiones repentinas constantemente. En la época, tenían preparada una fuerte irrupción contra ellos, y yo fuí convidado a asistir con la india Ticuna y el Cocamía que me acompañaban. Sin precedente misión parlamentaria que se acostumbra entre los habitantes Ticunas, me puse en marcha con los hábiles curacas Ambusha y Huachapula que eran los comandantes en jefe de la expedición compuesta de Chinganisas, Patucas y Ruambisas. Estos y los Aguarunas estos y los Aguarunas están considerados en 800.000".

"Llegamos a avistar a los Aguarunas, y en el momento se rompieron las hostilidades, cesando con la oscuridad de la noche, aparentemente, pues unos y otros

se buscaban en sus campamentos para matarse traidoramente. Los que querían descansar se habían retirado del centro de su ejército, internándose en el monte lo me jor que pudieron ocultarse; para lo que se suben a dormir sobre un árbol montados en los travesaños u horcones y amarrados debajo de los sobacos con la cáscara de un palo, o se cubren con las hojas que hay en el suelo haciendo excavaciones profundas para que no los encuentren. Al rayar el día siguiente, comenzaron a pelear con tal ardor y energía de ambas partes, que no me alcanzan las voces para explicar ese valor a toda prueba: basta decir que luchaban brazo a brazo y lanza a lanza, disputándose la victoria con un valor frenético e incomparable. Todos pelean con lanzas defendiendo el cuerpo con un escudo grande de vara y media de diámetro y de cinco a seis pulgadas de espesor, formado de corcho o alcornoque. Hincan una rodilla en tierra y en lo más reñido de la contienda se levantan para matar a su enemigo si se halla descuidado. En medio de la batalla y cuando creí que estaba más comprometida, los Aguarunas, a la señal de un silbido, que se repetió millares de veces, se levantaron y echaron a correr con precipitación, pero no con tanta velocidad que los Huambisas no hubiesen dado alcance a varios de ellos".

"Al fin de la carrera ví que los Huambisas brincaban por encima de unos palos atravesados a los árboles horizontalmente: era un vallador o trinchera formada de propósito, detrás dela cual habían enterrado hasta medio cuerpo lanzas de tres varas de largo para que quedaran prendidos sus enemigos al saltar las trincheras de tres varas de altura. Algunos de las tres tribus que he señalado murieron clavados por esas lanzas enclavadas y también al rigor del brazo Aguaruna, a pesar de la frecuencia de semejantes actos, pues unos y otros siempre están prevenidos con aprestos de traición como el anterior.

Dentro de la cerca pelearon como desde las doce hasta las tres dela tarde, y ambas partes contendientes se retiraron de un modo espantoso, los Aguarunas a sus guaridas y los demás tomaron el camino que conduce a las suyas.

En esa feroz batalla debieron haber muerto más de cien individuos, pues los Huambisas traían consigo treinta y cinco retratos o bien sea cutis de la cara que desuellan a sus vencidos para sacarlos y colgárselos después al pecho: el que conserva mayor número de esos pellejitos, es tenido por el más valiente de entre ellos. También llevaban los cráneos de sus víctimas de que los más hacen uso para beber masato o aguardiente".

"Estos son los actos de mayor barbarie que he visto poner en práctica a los salvajes, más crueles y sanguinarios que conozco".

Al tener delante de sus ojos el contenido de este artículo, creo ver en los labios de mis lectores una serie de preguntas: ¿Estos indios están contentos con la vida que llevan? ¿No desean un cambio? ¿No aspiran o otra cosa mejor?

Y la respuesta es, que se hallan contentos donde están y como se hallan, que no aspiran a nada nuevo, que les desagrada toda idea de mudanza.

Dichos indios allí donde están y tal como se hallan disfrutan del goce de sus pasiones, como son la pereza, la lujuria y la embriaguez, y en cuanto a los varones, el orgullo y la independencia. La misma mujer indígena, a pesar de su condición de semiesclava, está bien hallada en aquella condición y no cree posible mejorar de suerte con la mudanza. Allí donde el crimen y el libertinaje no tienen sanción en nadie, existe la libertad; y aquellos seres degradados prefieren la libertad aunque vaya acompañada de la degradación.

He ahí el problema de la civilización del indio de

nuestras montañas. He ahí la dificultad de sacarle del abismo de oprobio en que se halla sumergido y del cual no quiere salir.

Busquemos ahora, en el artículo inmediato, la fase favorable del problema.

ARTICULO SEGUNDO

Aptitud de estos indios para la vida civilizada: actuación histórica aceptable de estos indígenas.

El gobernador de indios Antonio Talancha.—Es de nombradía en la historia de las misiones de Panatahuas el gobernador de indios, con residencia en Huánuco, don Antonio Talancha. Fué el brazo derecho del padre fray Felipe Luyando para resolver el problema de la iniciación de aquellas misiones, fracasadas en años anteriores en el padre Gregorio Bolívar, por faltarle un coadjutor de las condiciones de Talancha.

A la sazón Talancha era casado, cristiano de excelente espíritu ,afable y amoroso con todos, respetuoso con los sacerdotes, de inteligencia despejada, activo y hábil para dar expediente a los negocios de su incumbencia.

Parte Talancha a prevenir a los Panatahuas.—Así el padre Luyando como las autoridades civiles de Huánuco, creyeron que Talancha era el llamado para que partiese a la tierra de los Panatahuas con la embajada a aquellos naturales, de que iban a penetrar en aquellas tierras unos seres especialmente diputados entre cristianos para anunciar una doctrina de salvación a los hombres que no conocen al verdadero Dios. Y así fué en efecto, entrando primero Talancha a las tierras de Chinchao y siguiendo en pos de él los religiosos.

Erase un domingo cuando los misioneros tubieron la agradable sorpresa de ver a Talancha que venía y se le distinguía sobre una loma, trayendo consigo ciento cincuenta indios Panatahuas.

¿Cómo se resolvieron los Panatahuas para hacer aquella inusitada salida¿ Debióse el éxito a la destreza de Talancha en pintarles, con llaneza franca e insinuante, la clase de hombres que tenían la generosidad de visitarlos. Les había hablado con la retórica que los indios entienden, de que los misioneros no venían por el deseo de sustraerles sus mujeres. porque no se casaban; ni por aprovecharse del producto de sus sementeras, pues en sus tierras no les faltaba nada para vivir holgadamente; que eran hombres que aprendían para enseñar y hacer favores; que los mismos grandes de los blancos les besaban la mano; que aquellos hombres extraordinarios adoraban a Dios y mientras tanto los contemplaban los demás en silencio: que amaban y practicaban la justicia, y otras cosas por el estilo, llenas de viveza y sabiduría. Al extremo de que pareció a los indios muy bueno todo aquello, y no quisieron que se adelantasen a llegar a sus tierras, sino que salieron a recibirlos.

Se arrodilla el gobernador y con él los Panatahuas para besar la mano a los misioneros.—Los misioneros recibieron a los Panatahuas al son de clarines que electrizaron a los indígenas. Luego Talancha se arrodilló a los pies del padre Luyando para besarle la mano, y otro tanto hicieron los Panatahuas, arrojando primero sus flechas al suelo.

Este éxito tuvo la embajada de Talancha, correspondiendo a tan halagadores comienzos la continuación próspera de aquellas célebres misiones de Panatahuas.

Cuando días más tarde se alborotaron un gran nú-

mero de caciques de las comarcas circunvecinas y se presentaron armados y en son de guerra, Talancha supo rodearse de un buen número de caciques amigos; manifestando que no sólo era bueno y afable, sino sereno y resuelto; y supo amedrentar a los alzados, ganarles al fin la voluntad, y lograr que el alzamiento parase en abrazos y amistad.

He aquí un tipo hermoso y encantador entre los indígenas de Huánuco, que podría servir de modelo de una civilización cristiana muy aceptable (1).

El cacique don Diego Tonté.—No sólo el tranquilo ambiente de Huánuco produce entre los indígenas caracteres muy aceptables, sino que estos existen aún en regiones más abruptas y silvestres. Contemplaremos uno en la zona del Pangoa que llegó a ser apoyo y consuelo para los misioneros en días de angustia y persecución. Para hacer su retrato consignaremos las palabras que de él quedan publicadas en esta obra (2).

Lo primero que hallaremos de bueno en Tonté es la firmeza e igualdad de rarácter. El indio oriental es tenido justamente por el tipo de la inconstancia; y cuando se trata de describir esta deplorable cualidad del indígena de las selvas no es fácil la exageración. Sin embargo, esta regla tiene sus excepciones, aunque a su modo y manera. Hay indios que tienen verdadero carácter, que adquieren fijeza de ideas, y que mantienen sus designios siempre en armonía con un fin noble y bien determinado. Los indios de esta categoría son pocos, pero los hay.

Nuestro Tonté era una excelente excepción de la regla. El abrazó muy pronto la religión cristiana y supo amarla con acendrado amor. Recibió con grande estima a los misioneros en su primera entrada a Mazamarique,

(1). Esta Historia, T. I, págs. 91 y ss.
(2). T. I, págs. 194, 244.

y les conservó afecto inviolable y a toda prueba. El gran espíritu de piedad del padre Biedma y el fervor extraordinario del padre Izquierdo transformaron en un todo a Tonté e hicieron de él un hombre y un cristiano. Parcialidades poderosas influyeron en su ánimo para que abandonase la causa de los misioneros y los matase; mas, no lograron doblegar su ánimo fiel y constante. Le persiguieron de muerte sus enemigos por esta cuasa; y el se contentó con defenderse de sus agresores, sin miedo y con valor. Y si los padres misioneros contaron siempre con camino franco y seguro para Andamarca y Santa Cruz, se debió en buena parte a la conducta digna de Tonté, que con el nombre de don Diego se hizo acreedor a la confianza de los padres: y por otra parte hallaron en él un muro infranqueable los malévolos indios, que más de una vez quisieron acabar con los religiosos.

Después de acontecimientos funestos en las misiones, en 1681 entró el padre Biedma a consolar a los cristianos de Santa Cruz, particularmente a Tonté. Este buen cacique le dió un convite y habló al padre con notable elocuencia: "Si vinieras con harta gente, yo te enseñara gente: allá dentro hay mucha, mucha gente: no os lo enseño, porque si no luego me dejáis, y ellos me quieren matar. Por causa de los Padres ando yo huyendo de mi gente; que muchas veces han venido a matarme. Para prueba de lo que os digo, venid y veréis". Y llevó al siervo de Dios con otros a cinco parajes distintos, donde se había mudado sucesivamente. Y vieron en algunos de ellos las casas quemadas, a las cuales sus contrarios habían pegado fuego. En todos los dichos parajes tenía fuertes cercos de palizadas con que resistía los asaltos de sus enemigos. Y llegó a verse tan acosado, que se retiró a la falda de la Sierra, en donde el temperamento frío le servía de inexpugnable muro,

porque los indios de la montaña temen mucho llegar a paraje tan frío (1).

Así a este tenor fué la conducta de Tonté hasta su dichoso fín.

Ana Rosa, cacique y misionera.—Las líneas que vamos a escribir no van dirigidas a recordar la memoria de un hombre indígena, sino de una mujer que supo adquirir y utilizar un verdadero carácter, con un criterio landable y santo y por lo mismo muy ejemplar. Esta mujer tuvo por nombre Ana Rosa.

Ana Rosa era seteba o pana. En los mil esfuerzos que hubieron de hacer nuestros misioneros para dar por segunda vez por el lado del Huallaga con los indios de Ucayali. esfuerzos que dieron lugar a hechos de sangre y a heróicos martirios de religiosos y militares; los nuestros pudieron traer consigo dos niñas y un niño, que educados y formados en la piedad cristiana, sirvieran de eslabones para entablar con éxito las conversiones de aquellos infieles. La mayor de las niñas llegó a ser una persona muy digna desde que recibió el santo bautismo y se inició en los deberes cristianos.

Educada con mucho esmero en el convento de Viterbo de Lima, obtuvo una formación adecuada para el fin que deseaban los misioneros.

Llevada a su tiempo a las misiones de Cajamarquilla con sus dos compañeros. también cristianos, sirvió Ana Rosa de guía en una entrada que se hizo al río Cushiabatay o Manoa ,donde vivían los Setebos parientes de la niña.

Salieron de San Buenaventura del Valle los padres fray Miguel Salcedo y fray Francisco de San José, con Ana Rosa por intérprete, sesenta indios del Valle, vein-

(1) Padre Amich, "Compenlio histórico, cap. XII.

te de Sión y siete militares europeos. Era esto a fines de mayo de 1760.

A los veintiocho días de buen viaje a pie por las selvas, saludaron gozosos las aguas del Manoa o Cushia-batay, en cuyas riberas descansaron dos días que se emplearon además en el recogimiento del espíritu, suponiendo que no estaban lejos los infieles y que nada extraño sería haber de dar la vida por la fe y por ejercitar el apostolado de la caridad con aquellos salvajes, sumidos en las tinieblas de la ignorancia.

Hecho esto, se encaminaron a Yapa-ati, donde Ana Rosa pensaba hallar a sus parientes. Pero Ana Rosa había olvidado las nociones relativas a la topografía de aquellos lugares; y en consecuencia se perdieron luego que entraron en la espesa arboleda. Anduvieron desorientados siete días, no siendo la distancia del pueblo sino de dos días. Llegando por último a Yapa-ati, hallaron el lugar desamparado.

Para dar solución al problema, se repartieron por los contornos los exploradores, buscando indígenas con quien ponerse al habla. Se hallaron algunas cabezas de plátano ocultas en la ribera del río Manoa. Luego se ocultaron en la espesura todos los exploradores, menos Ana Rosa que se quedó junto a los plátanos, segura de que vendría alguna persona en canoa a recogerlos. Así fué, y Ana Rosa pudo entablar conversación con los indios que venían en la canoa, que eran dos hombers y dos mujeres. Uno de los hombres era Runcato, el futuro matador de tantos religiosos y cristianos.

Ana Rosa les habló con verdadera elocuencia. Descubrió quien era; por qué y cómo salió de la montaña; su estadía y educación en Lima y su vuelta a aquellas tierras de sus padres, para tratar de la conversión a la fe cristiana de todo su pueblo. Runcato y los compañeros la escucharon con mucho interés y ellos a

su vez la contaron todos los infortunios de su gente durante la ausencia de Ana Rosa.

Mas, cuando la niña agregó que allí en la espesura había padres misioneros y además indios y españoles, los Setebos echaron a correr: pero Ana Rosa pudo detener agarrado de la cushma a Runcato. Saliendo en ese momento los padres de la espesura, acariciaron al indio, le regalaron con un gran número de herramientas y lograron ganarle la voluntad. Este fué el principio de las célebres misiones del Manoa.

Cuando Runcato, cansado de ser bueno, consumó la conjuración de los indios del Ucayali y envolvió en una matanza general a misioneros y cristianos; Ana Rosa lloró amargamente los crímenes de su pueblo y se mantuvo fiel a su profesión cristiana. Gestionó, además, la vuelta de los misioneros y conservó la esperanza de volver a verlos.

Y así pasó. Cuando mucho tiempo después el padre Girbal reabrió aquellas misiones y llegó hasta Sarayacu, tuvo ocasión de apreciar qué clase de cristiana era Ana Rosa. Oigámosla contar el hecho. "Entre las mujeres una que a mi parecer tendría poco más o menes de cuarenta años, se aventajó a las otras en los abrazos y expresión de cariño: distinguíase de las otras en el vestido, pues llevaba cubierto todo el cuerpo, con una pampanilla hasta los pies, de la cintura arriba con un cotón y a más de esto un rebozo, y hasta la cabeza llevaba tapada, de manera que parecía una monja. Díjome en castellano que se llamaba Ana Rosa, y era la misma que los primeros misioneros habían sacado y conducido desde su tierra a Lima, en donde la habían enseñado a leer y ser cristiana; que había estado en el beaterio de Santa Rosa de Viterbo, y que la volvieron a su tierra para que sirviera de intérprete y ayudase a la conquista de sus parientes y de todos los de su nación.

Me llevó a su casa, a la que me acompañaron todos los infieles y en donde me hicieron los mayores obsequios en seis días que perseveré en dicho peublo; en este tiempo cuidó Ana Rosa de mi sustento y regalo, cocinándome como pudiera la mejor cocinera de Lima, pues tenía mucha habilidad y aseo. Ella misma me lavó la ropa, me dió la barbacoa en que dormía y era la única que ví en los pueblos de los infieles, pues todos los demás duermen en tierra; advertí que era la curaca de su nación y desde su estrado daba órdenes de lo que tenían que practicar aquellos infieles, que puntualmente eran obedecidas. Díjome que fray Francisco de San José la había casado y que la vivían dos hijos de su matrimonio, que también se habían casado, pero a uso de los gentiles; y que después que había enviudado no había querido juntarse con hombre alguno por guardar en cuanto la era posible la ley de los cristianos. Rezaba juntamente conmigo algunas oraciones y la doctrina del catecismo, de la que se acordaba aunque con alguna imperfección, y cada instante me manifestaba las vivas ansias que había tenido y tenía de tener sacerdote en su nación."

Ana Rosa fué en Sarayacu desde esta fecha una gran auxiliar de los misioneros, no sólo en su condición de curaca, sino convirtiéndose en una misionera.

Murió y fué enterrada en la iglesia de Sarayacu a cuyo engrandecimiento contribuyó con sus santas costumbres y cristiano celo (1).

ARTICULO TERCERO

Aptitudes de nuestros indios parala vida civilizada: hechos aceptables de valor social.

(1). Esta Historia, T. II, 219, T. VIII, pág. 143, 147, 223.

Declaración de nobleza entre los Omaguas.—Aunque no lo parezca, existen diferencias sociales entre nuestros indígenas del Oriente. Entre los Omaguas, cuando se trata de colocar a una joven, ha de ser con persona de su calidad, y se celebra oportunamente una fiesta en que se hace declaración solemne y fastuosa de esta prerrogativa. Describiremos el hecho con las palabras del padre Chantre y Herrera, que conocía bien esta suerte de acontecimientos de las apartadas regiones del Amazonas, donde residían los Omaguas a quienes nos referimos.

Dice así: "De más aparato es la función entre los Omaguas ,y es mucho mayor la solemnidad con que se ejecuta, y así merece ser explicada con alguna distinción. Los padres del o de la niña que pretenden la nobleza (la cual se suele dar a dos o tres a un tiempo) previenen un banquete con variedad de peces, abundancia de cacería y gran cantidad de bebida. Hacen su convite a todos los indios del contorno para un día determinado, en que concurren hombres y mujeres vestidas de gala. El padre del niño o niña va recibiendo a los que van llegando; y la madre, con algunas otras mujeres que le ayudan a repartir la bebida, les da la bienvenida con un pilche de bebida que les pone en las manos, diciendo: **¿Uripa ené?** que quiere decir: ¿vienes tú?, y equivale a nuestro **seas bienvenido**. Toma la bebida el que llega, y corresponde diciendo: **Uri ta. Yo vengo.** Los hombres van tomando sus asientos en dos o tres hileras de bancos prevenidos a lo largo de la casa por uno y otro lado, de manera que por el medio se puede andar con todo desahogo. Las mujeres se van acomodando sobre ciertas esteras puestas a los dos extremos, de modo que se mantienen separadas de los hombres".

"En otra casa vecina a la de la función están dis-

puestas unas andas enramadas y vistosas, y en ellas se acomodan sentaditas las criaturas cuya nobleza se va a publicar. Los niños deben ir y venir vestiditos de una cushma o bata nueva curiosamente pintada; y a las niñas deben de poner las madres una nueva y primorosa pampanilla y una como manta ricamente aderezada, que prendida de los hombros cubre todo el cuerpo. Unos y otros traen en la cabeza una corona o guirnalda de plumas bien distribuídas de varios colores de gusto. Antes de salir los candidatos en sus andas, salen seis u ocho mocitos de danzantes con cascabeles y al son de un tamborcillo o pífano van danzando y haciendo sus mudanzas a compás. Detrás de estos salen cuatro mujeres con mantas largas muy pintadas y unas varas altas emplumadas en las manos. Siguen en sus meneos el tono de otra mujer que va dando golpes con una maza de caucho sobre un remo que mantiene en la mano izquierda a la boca de una tinaja que lleva colgada como tambor. Por último van las andas en que están sentados los pretendientes, y las llevan las personas que piden la mayor o menor carga".

"Al entrar los niños con este acompañamiento en la casa principal, callan todos y se mantienen sin chistar hasta que den vuelta las andas por detrás de la casa. Entonces una mujer anciana que venía entre los danzantes, manda parar a los que llevan las andas, y, puestas en el suelo, hace saltar en tierra a los que van en ellas. A cada uno de los chicos o chicas toma de la mano su padrino o madrina y lo lleva delante del zana o principal, a quien una doncella presenta al mismo tiempo unas tijeras en una palangana. El zana corta con ellas a los candidatos la punta del cabello y las pone en la misma palangana. Hecha esta ceremonia, el padrino o madrina lleva a los chicos a su asiento y los corta de sobrepeine todo el pelo. Sírvese entre tanto por segunda

vez la bebida a los que sentados en los bancos y compuesto ya el pelo, son presentados otra vez los niños al zana, que levantándose de su asiento y llevándolos por delante, los va mostrando a los indios, diciendo a cada uno estas palabras: **Aiquiana ene zana,** que quiere decir: **Este es tu señor**. Mientras el zana da la vuelta por todos los asientos y los indios reconocen a sus nobles ,los danzantillos se hacen rajas a bailer al son del pífano y tamborcilo, y al son de la tinaja con la maza y el remo danzan las mujeres de las mantas largas".

"Con la presentación de los nuevos señoritos hecha por el principal, se concluye lo sustancial de la función, que llaman **Usciumata,** que viene a ser lo mismo que **hacer publicar.** Síguese inmediatamente la comida, que sirven las mujeres en fuentes grandes, poniendo en cada una lo que corresponde a cuatro o seis de los que están sentados, y van tomando de lo que gustan.

Empieza la comida por plátanos y yuca cocida, que es su pan ordinario, como veremos. Luego van poniendo varios platos de cacería y los mejores peces que conocen en aquellos ríos, todo con abundancia y ostentación, conforme a sus estilos. Sírvese frecuentemente la bebida en pilches muy curiosos, que, acabada la comida, prosigue hasta que se hace noche. No se experimenta en esta función de los Omaguas ,que desde luego mostraron alguna idea, aunque oscura, de policía, aquellos desórdenes que suceden comunmente en las borracheras de los indios del Marañón" (Chantre y Herrera, L. II, cap. VIII, págs. 3 y ss.)

Actuación de las vírgenes ticunas.—Una costumbre muy peculiar de los Ticunas los hace singulares entre las demás tribus que conozco. Conservan un cierto número de vírgenes que tienen autoridad suprema; componen el cuerpo soberano de parlamento, y sus decisiones son ejecutadas por sus súbditos, bajo la más

estricta subordinación. Llamánse adivinas, y sus adivinanzas consisten en servir de intérpretes a los suyos en los idiomas extraños para lo cual los estudian desde su infancia, siendo de la obligación de las madres, emigrar conduciendo sus criaturas a las distintas tribus que el curaca les señala. Consideradas suficientemente instruidas ya comienzan a ejercer su alto ministerio (1).

Ceremonial de visita entre los Cunibos.—No es costumbre entre los Cunibos saludar ni dar la mano, pero es digno de observación el gran respeto que manifiestan al entrar en casa ajena, así sea esta de su más próximo pariente. En una visita de consideración se observan estrictamente las siguientes reglas: después de haberse anunciado con mucha anticipación, los visitantes se acercan a la casa y en el umbral esperan a respetuosa distancia; el dueño de casa los autoriza a entrar y los hace sentar en esteras con esta frase sacramental: **Hué lenshi** (ven varón) o **Hué sebi** si es mujer joven. O también: **Hué yusi, hué titá** (ven anciano, ven anciana); cada uno contesta con un signo gutural que equivale a todas las palabras de aceptación, de afirmación y también de agradecimiento.

El dueño de casa reparte abanicos a los hombres y se sienta frente a ellos mientras su cónyuge cumplimenta en otro lugar a las mujeres, y acto contínuo se invitan refrescos de plátano y de maní. Todos guardan el mayor silencio y compostura hasta que pasados los primeros momentos y cuando el último de los visitantes haya bebido, el dueño de la casa invita a los recién llegados a conversar; entonces ,entrando ya en el período de franca cordialidad, cada uno toma la postura que más le acomoda, echado, sentado o en pié; y hablan principalmente de las ocurrencias de la tribu y de

(1) Manuel Ijurra, Colección de Larrabure y Correa, T. VI, pág. 351 y ss.

la inaudita perversidad de los hombres blancos (viracochas), a quienes atribuyen todos sus infortunios (1).

El coro de músicos Omaguas.—Los padres de la Compañía de Jesús, conocedores de la eficacia que tiene la música para amansar los ánimos y ganar las voluntades a los indios, formaron coros que solemnizasen las festividades sagradas. De este punto habla el padre Chantré en los siguientes términos.

"El padre Bernardo Zurmillen, siendo misionero del pueblo de la Laguna, habilitó ocho o diez muchachos, para cantar misas de cantos tan armoniosos y bien ordenados, que a juicio de algunos padres acostumbrados a oir en Europa Misas de buenos conciertos, no tenían en qué ceder a los más armoniosos y arreglados de una capilla de música completa.... En el tiempo del arresto de los misioneros se conservaban en la Laguna cantores, que, a tres voces, entonaban con armonía, orden y buen gusto todo lo tocante a una Misa bien arreglada, señalándose entre todos un primoroso contrapunto por su elevación y dulzura, que seguían dos tiples de niños muy agradables, a quienes daban mayor gracia tenor y bajo de cuatro indios bien acordes".

"En San Joaquín de los Omaguas empezó a florecer la música desde los años de 1723, en que tomó mejor forma el pueblo con la mudanza que de él se hizo.. ... Baste para prueba que los Yameos, poco antes pacificados por los contornos del pueblo, salían a bandadas de los bosques, por sólo oir cantar a los chicos en la iglesia, y después de fundados sus pueblos, repetían viajes a San Joaquín, así hombres como mujeres, por el gusto que hallaban en el canto".

---

(1). Esta Historia, T. I, pág. 316.

Los hornos de fundición de los Campas de Metraro.—Está fuera de duda que si muchos de los indios, por ejemplo los Campas, Cunibos, los Shipibos, vivieran en centros civilizados e industriales, harían por espíritu de imitación obras sin duda alguna maravillosas, aún superando la perfección del modelo.



Horno de fundición de los indios Campas en Metraro [Raimondi]

Para que el lector no se halle tentado a creer que se usa de hipérbole, trascribiremos aquí una página de Raimondi, que, relatando una expedición del coronel Cárdenas al río Paucartambo, afluente del Perené, habla de la fundición de hierro por los indios Campas, en los siguientes términos.

"Los expedicionarios han encontrado un camino ancho y trillado, que los condujo a un caserío, donde hallaron un depósito de sal, lo que los indujo a creer



Ciruela de fraile: *Bunchosia Armeniaca* de Candolle.
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)

yo, por medio de hornos que difieren muy poco de los llamados **catalanes".**

"Los expedicionarios hallaron también en esta oficina de fundición de fierro, dos fraguas, faltando los yunques, que sin duda se llevaron en su fuga los salvajes, pues existían allí los dos troncos que les habían servido de base y además vieron una gran cantidad de carbón de madera, que emplean para la fundición del fierro, dos cueros de vaca muy bien curtidos y depósitos de agua; siendo esta última conducida a la oficina sobre canales de corteza de árbol ,sostenidos a una cierta altura" (1).

Los idiomas orientales.—Uno de los mejores y más hermosos exponentes que tienen las innumerables tribus esparcidas po rel Oriente, de su valor antropológico, son sus idiomas de admirable contextura y de una antigüedad remotísima. Estos idiomas, como campo de estudio, ofrecen un terreno inmenso e inexplorado; no porque no hayan sido conocidos y hablados, todos ellos por los misioneros de la Compañía y de los Franciscanos; sino porque los más de sus trabajos no han salido a luz y no se han hecho estudios comparativos.

Los idiomas de nuestro Oriente se podrían clasificar en lenguas matrices y en derivadas. Son matrices conocidas las siguientes: pana, ancutema, o de los encabellados, gae, zamea, jevera, pinche, y tal vez la omagua, aun que esta puede ser hija o hermana del guaraní. De la lengua pinche se han derivado las ruamaina, y uspa ,araza, y neva; de la jevera, las charavita, paranapura y cahuapana; de la pana, las shipiva, mayoruna, pira, cuniba, cashiva, capanahua, sensi; de la zamea, las caumar, cavachi, zava; de la gae, las semigae, iquita, i-

(1). Raimondi ,El Perú, T. III; "Historia de Geografía"; cap XXIV.

ginorri, y panacorri; de la ancutema, las icaguate y payagua: la omagua ha dado origen a la cocama.

Estas lenguas, que a los primeros misioneros y en la época de la conquista espiritual del oriente parecieron desconcertadas cual si fueran partos de la casualidad, son por lo contrario de una construcción gramatical armónica admirable, guardando semejanza con la lengua de los vascos en el norte de España, aunque las matrices se diferencian la una de la otra tanto como el español del alemán (1).

(2). Véase Chantre y Herrera, L. II, cap. X; págs. 92 y 93.







Cedros gigantescos: *Cedrela Odorata.*
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)



CONCLUSION

Conclusión del presente estudio.—El cultivo espiritual del misionero: comarcas peruanas civilizadas.—Empresas colonizadoras industriales. —Autocolonización.—Corriente inmigratoria colonizadora.

El cultivo del misionero: comarcas peruanas civilizadas.—Acerca de los puntos que comprende este artículo no haremos sino breves indicaciones, pues un verdadero estudio de ellos exigiría tratado extenso.

Aunque muchos de nuestros escritores y hombres públicos no se dan cuenta cabal de los frutos de civilización que ha obtenido en el Perú la paciente labor evangélica del misionero; pero ello es un hecho para quien vea la estadística de provincias de nuestra región oriental. Son conquista del misionero las Provincias del Pachitea, gran parte de la de Huánuco, las de Huamalíes, Marañón, Huallaga, San Martín, gran parte de las dos de Amazonas, la del Ucayali, de Cajamarquilla y Pataz. Gran parte de Huanta y La Mar; con los distritos de Monzón, Chinchao, Panao, Pozuzo, El Valle, Huacrachuco, Pinra, Huancabamba, Chanchamayo, Vítoc, San Ramón, Bambamarca, Buldibuyo, Cajamarquilla, Chilia, Hualillas, Huancaspata, Huayo, Ongón, Parcoi, Pataz, Soledad, Tayabamba, Uchumarca, Cayaría, Catalina, Contamana, Masisea, Sarayacu, Juanjui, Pachiza, Saposoa, Tocache, Uchiza, Chasuta, Tarapoto, Huayabamba, Luricocha y Anco.

Empresas colonizadoras industriales.— Estas empresas fueron algunas durante la dominación española y han sido innumerables durante la República. No se ha escrito su historia aún, que por desgracia es muy negra. Algunas de estas empresas han atrasado la moralización del indígena oriental para mucho tiempo.

Ojalá que la administración pública domine esta materia y encauce sus corrientes, evitando los gravísimos daños que en caso contrario se irán siguiendo al indígena esclavizado.

Autocolonización.—El Señor Presidente de la República, Augusto B. Leguía, interpretado profesional y airosamente por el señor Manuel A. Bedoya en una entrevista de fienes periodísticos, nos ha dejado frases muy bien pensadas en orden a la autocolonización de nuestros indígenas de la montaña.

El señor Leguía dice:

"Hace ya mucho tiempo que he querido transformar desde sus cimientos la condición del indio en el Perú. Desde el punto de vista del derecho natural y de la más alta conveniencia patriótica, el indio peruano debe ser incorporado íntegralmente a todas las actividades de la nación. Como hombre nacido en territorio peruano, históricamente anterior a los cruces raciales que sobrevinieron con la conquista, le asiste el más perfecto derecho para participar en todas las manifestaciones de la vida colectiva. Es tan peruano como nosotros y debe tratársele como a tal. Los Andes han puesto una barrera topográfica que ha dado soluciones de continuidad a la trabazón racial que debe existir entre todos los peruanos, ya que esa barrera de la naturaleza no puede desaparecer, la obra del Gobierno debe encaminarse a encontrar por otros medios la armonización de todos los factores étnicos que integran nuestra nacionalidad. Por lo tanto, estoy resuelto a que nuestro indio no sea un e-

lemento más o menos exótico y pintoresco enquistado en las entrañas de la serranía, y a que se incruste dentro de nuestra vida industrial, comercial ,agrícola, etc."

"Para ello había que meditar muy seriamente en el problema. Desde el primer momento comprendí que sólo por un aglutinante esencial, vitalísimo, podría atraerse al indio. Este procedimiento no podía basarse en palabras, en promesas, en discursos. Tenía que fundarse en hechos tangibles, que se tocasen con la mano, que se viesen con los ojos de la cara. Había, pues, que fabricar estos hechos. ¿Cómo así? Convenciéndoles por la propiedad de la tierra. Trayéndolos a la costa, enraizándolos con el labrantío de la tierra propia, dulcificándolos con el trato, mano a mano, que dan el comercio y la comunión económica. En una palabra, autocolonizándonos con nuestros propios paisanos trasandinos." (1)

Por desgracia estos conceptos no son aplicables a los indios del Oriente. Ellos ya se creen hereditariamente colonizados en aquellas inmensidades que de muy buena fe creen suyas. El día en que al indio salvaje se le declarara dueño de cierto número de hectáreas, sin poder franquear sus límites; se consideraría injustamente desposeído de lo suyo, se tendría por infeliz al no poder abandonar sus tierras ya **cansadas** y labrar otras que **huelgan.**

Corriente inmigratoria colonizadora.—Dado el desarrollo que va alcanzando el Perú y la ley del progreso que le ha de conducir a un desenvolvimiento adecuado, en armonía con el crecimiento de todos los países hispanoamericanos; es de necesidad pensar en establecer en debida forma una corriente de inmigración hacia el Oriente. Que por una parte trabaje el misionero con sus métodos evangélicos propios para ungir sobrenatu-

(1). Del diario "La Prensa", n. 12,490.

ralmente a los pueblos; que por otra existan y se aumenten empresas colonizadoras, que a base de la industria regional, den vida a las comarcas hoy muertas y sin movimiento. Que estas empresas reconozcan las leyes de la humanidad y guarden el respeto debido al indio como peruano y le ayuden a formarse hombre. Pero también que se piense en una inmigración en grande que contribuya a poblar aquellas comarcas desiertas.

Para el éxito de esta inmigración, no podría descuidarse ni dejar de tener presente la unidad religiosa. Siendo católica la inmensa mayoría del Perú, o mejor dicho su totalidad, la civilización importada al Oriente debería también ser la cristiana y católica. Toda otra civilización anónima o ambígua sería un grave inconveniente para el porvenir nacional.

Además de una oficina de inmigración, sería menester la intervención preliminar de los Vicarios Apostólicos del Oriente, que evitarían fracasos ruidosos y desalentadores. Sólo ellos podrían realizar un trabajo de preparación, sobre todo en la zona montuosa, que hiciera menos desagradable la primera etapa de las colonias en sus días de instalación y comienzo.

En cuanto a los habitantes actuales de nuestro Vicariato Apostólico de San Francisco Solano del Ucayali, el padre Antonio Batlle, en su **Memoria** elevada al Ministerio de Culto en 1903, hacía el siguiente cómputo en números redondos.

Extranjeros (europeos, asiáticos, sud-americanos)	20.000
Emigrados de la costa y sierra peruana	10.000
Indígenas bautizados y civilizados	15.000
Salvajes remontados en los bosques	15.000
Total de habitantes en el Vicariato	60.000



Chirimoya: *Anona Cherimolia* de Miller
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)

Solo se trata pues de cristianizar en esta región unos 15 o 20 mil indios salvajes, o a lo más unos 30 mil. El padre Batlle no incluye en esta cuenta los indígenas del Apurímac.



CONCLUSION DE LA PARTE NARRATIVA DE ESTA OBRA

Aquí doy por terminada esta relación histórica, pues los tomos que siguen se refieren a trabajos lingüísticos elaborados por nuestros misioneros orientales.

Las páginas que van escritas corresponden a una labor de investigación de bastantes años, pero disponiendo de muy poco tiempo para su redacción, dada la gran extensión de los materiales. Muchas de ellas se han escrito en viajes marítimos y terrestres, en los cuales hallaba más espacio de tiempo que en Lima, centro único, por otra parte, del mayor número de fuentes históricas misioneras. Nó pocas veces ha faltado el tiempo aún para consignar las fechas biográficas; y mucho más para observaciones y estudios críticos de alguna profundidad.

Aún con estos defectos y deficiencias, he creído contribuir no poco al esclarecimiento del campo misionero, haciendo aparecer en la escena histórica a personajes de la Orden, cuyo nombre y actuación ignoraban hasta mis hermanos de hábito.

En la extensión y forma del trabajo he tenido que ceñirme mucho, teniendo en cuenta la razón económica; pues la publicación se ha hecho a base de suscritores y lectores sin ningún vuelo literario.

Es de esperar que la obra sea una contribución real y efectiva a la causa de la fe y de la civilización (1).

(1). "Los Diarios" del Padre Agüero, Alverez de Villanueva, Sobrviela, &. que aparecen en diversos tomos de esta Historia, se hallan en el Archivo General de Indias de Sevilla, en los lugares indicados en "Mi Visita" al Archivo mencionado, tomo primero, pág. 38.



Guayabo: *Psidium Pyriferum* de Linneo.
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)

APENDICES



PRIMERO

EL CONVENTO DE MISIONEROS

DE

SANTA MARIA DE LOS ANGELES DE LIMA

(1925)





Tutumo: *Crescentia Cujeto* de Linneo.
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)



Los Conventos durante el coloniaje

Tómese este trabajo sobre nuestro histórico convento de Santa María de los Angeles de Lima, como un acto de gratitud a la casa que me dió el ser religioso y la altura del sacerdocio. En el Perú se tiene un cariño profundo a los conventos misioneros, y no carecerá de interés para los lectores nacionales esta reseña, que en realidad se refiere a un convento de actuación venerable desde su origen hasta nuestros días.

En general, tratándose de las Américas españolas, los conventos y sus iglesias fueron acompañados de tan amplia magnificencia, que bastan ellos solos como demostración de la pujanza del gran imperio español, que produjo estas maravillas del arte y del espíritu religioso. Bien dice el padre Córdova y Salinas: "Alabar debemos el zelo, con que han procurado los reyes de España, y procuran el bien espiritual, y temporal de los Indios, como lo aclaman varones gravísimos, y excelentes en sus escritos, teniendo por cierto, que en premio de su zelo les aparejó Dios desde ab eterno, tantos tesoros, que consumen en la defensa de la Iglesia Católica, y guerras contra los enemigos de ella. Siendo innumerables las Iglesias, que por su zelo y cuidado hasta el día de hoy se hallan fundadas en estas Indias, y islas adyacentes a ellas, que dizen pasan de sesenta mil, y cada día se van aumentando... Por cuya causa, no solo nuestros autores, sino aún los Estrangeros a cada paso

refieren alabanzas, y admiran la piedad de nuestros reyes en esta parte... (1)".

Cuando uno recorre las ciudades de Lima, Cuzco, Quito, Cajamarca, etc., y se da cuenta de esas artísticas moles, llamadas conventos, no necesita del discurso para deducir que en estas ciudades ha vivido un gran pueblo.

Por otra parte, esos conventos con sus hermosas iglesias, sus amplios claustros, numerosas celdas y feraces huertas, pueden considerarse como una justa recompensa a las Ordenes religiosas, cuyas legiones de misioneros han contribuído con heróico valor a extender y cimentar, tal vez más que ninguna otra entidad, el imperio de la madre patria en todas las Américas españolas y no menos en Filipinas.

Es notable la riqueza artística acumulada en estos conventos. En algunos, como en Cajamarca, los frontispicios de sus iglesias, de piedra tallada, ostentan un cuerpo arquitectónico, donde las columnitas combinadas, los niños juguetones, las frutas y las hojas, hacen ante el espectador la impresión de lo bello en alto grado. Si se penetra al interior del templo ;lo primero que salta a la vista es la majestad de un vasto edificio que se desarrolla dentro de una atrayente simetría.

Luego pasa la observación del visitante a los retablos, muchos de los cuales son de madera tallada, conservando el color oscuro de la misma; otros son dorados a fuego, donde el oro inalterable brilla hoy como el día de su inauguración.

Algunos de esos retablos dorados se hallan en iglesias de pueblos menores, como en la Magdalena Vieja, antigua doctrina franciscana cerca de Lima, para asombro del turista, a quien parece que el lugar que le

[1] "Crónica", L. I. Cap. VII págs. 43, 44.



Lucuma obovata de Kunth.
(De nuestro Convento de Misioñeros. Lima.)

corresponde no es aquel, sino el **Museum** de un gran centro civilizado.

Los coros de las iglesias son también frecuentemente una maravilla. Antes de penetrar a ellos, además de la puerta, suele haber una falsa puerta, forrada de lienzo, que lleva en su frente exterior y de primera presentación, una pintura simbólica que se refiere a la salmodia, por ejemplo el profeta David, el monarca músico, pulsando su arpa. Estas pinturas suelen ser de pincel muy diestro y delicado, y presentan colores de viveza indeleble, a pesar del tiempo y del polvo.

Las sillerías de estos coros casi todas son fruto de una labor artística paciente y de un gusto exquisito en sus variados pero uniformes dibujos. Las cimas de estas sillerías de América no son tan afiligranadas como las del célebre coro de Santa María la Real de Nájera; pero muchas de ellas ganan a la de Nájera en una esbelta majestad que les imprimen las grandes efigies en alto relieve que acompañan a cada asiento en el retablo correspondiente.

En los libros corales abundan viñetas graciosísimas, en diversos colores, combinados frecuentemente con un dorado o plateado brillante, que coresponde a la letra o a los amplísimos adornos que la circundan.

Si de la iglesia pasamos al convento, veremos que muchos de sus claustros alcanzan proporciones de verdadera magnificencia. Los claustros suelen ser en dos cuerpos de notable elevación, inferior y superior, con doble columnata y arquería. En el claustro principal figura la vida del santo fundador, en amplias pinturas al óleo, que durante el año quedan cubiertas con ventanaje especial, para evitar que se deterioren por la luz y el polvo; y quedan a la vista durante la novena y octavario del santo Patriarca.

No es raro hallar las columnatas revestidas de azulejos que ostentan una serie de santos de la Orden.

En algunos de estos conventos la escalinata que de la portería conduce al claustro superior principal, es una obra regia, con subida amplia y bifurcada, con balaustrada en madera torneada, del estilo de la época, correspondiéndole una bóveda, con riquísimo artesonado de gran relieve, que se extiende hasta las pechinas.

Estos artesonados se extienden a todo el claustro principal.

En las esculturas de las iglesias predominan por el número y el mérito las que se refieren a nuestro divino Salvador en algún paso de su sagrada pasión, y suelen atraer poderosamente las atenciones de las muchedumbres creyentes.

En todo el convento abundan con profusión las pinturas, muchas de ellas de diestro pincel, cuya presencia produce en estas mansiones un ambiente intensamente religioso.

Los conventos de recolección presentan un verdadero contraste con estos conventos **máximos** de que hemos hablado. Las recoletas ganan en extensión a los demás conventos; pues edificados en los suburbios de las ciudades, les acompañan huertas y hasta bosques frondosos ,donde es más fácil la vida de oración y de recogimiento. Pero, la fábrica de estos edificios es sobria, con tendencias a la pequeñez y a la austeridad, que recuerdan las moradas de los primitivos tiempos de la Orden.

Personajes ilustrados, así eclesiásticos como seculares, hemos visto quedar como absortos en estas moradas, atraídos de un no sé qué suave y sobrehumano. Y a la verdad, estos sagrados recintos contrastan, no sólo con la molicie de la sociedad del día, sino también con los edificios que con la autorización profesional in-



Suche de flores amarillas: *Plumeria Lutea.*
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)

dispensable se erigen hoy para las comunidades religiosas.

Las almas creyentes bien intencionadas que penetran en estos conventos o en sus iglesias, para purificar sus conciencias, se sienten profundamente penetradas de la acción de la gracia; y si el sacerdote que interviene en los asuntos de su interior ha tenido la suerte de hacer en ellas la obra de Dios; salen estas almas del sagrado recinto con una renovación de espíritu que les comunica un nuevo ser.

Las primeras recolecciones franciscanas del Perú: fray Andrés Corzo iniciador de ellas.

Cuando las Ordenes religiosas obtuvieron en la América española su mayor grado de desenvolvimiento, siendo sus conventos y monasterios amplias moradas para algunos centenares de personas, desearon tener en las grandes ciudades además del convento **máximo** que hemos descrito, otro exclusivamente dedicado a los estudios sagrados, y otro para dedicarse a la oración, recogimiento y penitencia.

Este ideal fue puesto en práctica en Lima por nuestra Orden franciscana, con el magnífico convento de Jesús, capaz de albergar holgadamente quinientos religiosos, el de San Buenaventura de Guadalupe, fundado para los estudiantes de la Orden, y el de Santa María de los Angeles, fabricado para la vida de retiro y oración.

A fin de que la fundación de estos conventos de recogimiento no resultase una mera apariencia, era menester que los promotores de esta clase de obras fueran hombres de superior espíritu, constantes observadores

de la regla del santo Fundador, animosos para abrazar una vida áspera, y hechos a contemplar a Dios y las cosas divinas en el fondo de su alma.

Este requisito se cumplió con sobras en la fundación de las tres primeras recolecciones del Perú, hechas en Lima, Pisco y Huánuco. El promotor de ellas fué el hermano lego fray Andrés Corzo, cuyas características nos ha dejado minuciosamente marcadas el padre fray Diego de Córdova en su Crónica; además de haber escrito un **libro de su vida que remitió al Capítulo General de la Orden celebrado en Roma en 1625,** con destino al Cronista general fray Antonio Daza y el **Proceso** que remitió a España (1).

Fray Andrés Corzo era natural de la villa de San Andrés en la isla de Córcega. Vino de España al Perú en servicio del Marqués de Cañete don Andrés Hurtado de Mendoza, al pasar como virrey a estos Reinos en 1556. Desde sus niñeces fue buen cristiano. Tomó el hábito minorita en el convento grande de Lima, el 12 de abril de 1560.

La gracia de Dios y la incansable solicitud de nuestro excelente religioso fue acumulando en su alma las más hermosas virtudes y cualidades: en los ayunos era muy rígido; profundamente humilde, pobre, llevando un hábito remendado donde no se conocía el primer paño: sumiso y obediente en alto grado: tenía sus delicias en repartir limosnas a los pobres; con la mayor alegría y expedición ejercitó los oficios de portero, procurador, hortelano, ropero y asistente del Padre Provincial; en la castidad parecía un ángel y su oración era muy prolongada en el silencio de las noches.

(1). Crónica, L. IV, cap. III y IV.—Del paradero de "La Vida y del Proceso" de que halla el padre Córdova no he logrado noticia alguna.



Guanábana: *Anona muricata* de Linneo.
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)

Según habla el padre Córdova: "Los Prelados por conocer su industria, y aplicación, para cuanto le mandaban, le enviaban a fundar conventos, y sin ser oficial daba lindas trazas en los edificios, trabajando por su persona, cortando los maderos, y llevando las piedras en sus hombros".

"Con este zelo de la regular observancia que tenía, fue el primero que en estos Reynos del Perú dio principio al estado de Recolecciones; para lo cual labró las casas de Santa María de los Angeles de Lima, y la de San Francisco de la villa de San Clemente del puerto de Pisco, y a su ejemplo las demás Religiones después han ido fundando casas Recoletas, Santuarios, o pedazos del cielo, donde Dios es alabado de noche y de día con grandes medras de los que como Angeles viven en ellas. También labró el Convento de San Diego del Callao de la Observancia, y reedificó el de San Bernardino de la Ciudad de San León de Huánuco, donde le obligó la obediencia (aunque no era del coro) que fuese Prelado, y gobernó con gran ejemplo y prudencia por el gran talento de que Dios le dotó (1).

(1) Libro IV, cap. III. págs. 112, 115— Según era costumbre en aquella época, fray Andrés puso la iglesia de Huánuco bajo el patronato de una ilustre familia de la ciudad, la de Gómez Arias Dávila, noble guerrero, cuyo hijo Francisco Gómez gastó en el dorado del altar mayor quince mil pesos. Los restos de Gómez Arias se hallan honrosamente colocados en el presbiterio de esta iglesia al lado del Evangelio, con el siguiente epitafio:

Hic jacet Gomezius Arias Davila, ex illustris. Comitum de Puñonrostro familia, stranuus ab adolescentia miles, Aphrica, Florida, Nicaragua Dux, alibi et in Pirua. Reg. fidelis; verus in hoc progenitor (is) aemulator a Gazca Praeside honoris ergo dictum sit, infidelitatis maxima tempestate, nimirum Gundizalvi Pizarro, honorifice numenpatus: vexilli regii a pro Rege bellum ingerente deperditi tunc prehensor; et ob hoc etiam regio numere donatus; Gobernatoris titulo indignis, opropr'is et amplis expensis, expeditionem novi.

Vemos a nuestro venerable y activo fundador de conventos con dones de profecía y milagros, sobre todo en la curación de muchos enfermos; aclamado de santo por los pueblos donde había vivido, cosa que le mortificaba muchísimo, tratando de huir cuanto podía las alabanzas humanas.

En sus días últimos, aquejado de enfermedades, dió aún mayores muestras de heróica santidad. Cuando sano ayudaba al día cosa de catorce misas: ya cuando los accidentes de la gota no se lo permitían, hacíase llevar al oratorio de la enfermería en el convento de Jesús de Lima, donde oía cuatro o más misas." No desplegaba los labios sino como otro Job, para bendecir y alabar al Señor, lo cual hacía cantando dulces himnos y cánticos a Dios con muchos júbilos (1)".

Murió en el expresado convento de Jesús el 10 de junio de 1620, con el rosario en la mano, el crucifijo al pecho con intensos afectos de amor, habiendo ayunado ese mismo día. "Fué grande el impuso y prisa del pueblo que llegaba a besarle los pies, y las manos, que traían con los brazos a todas partes. El rostro movía a devoción y consuelo, muy soreno, hermoso, y agradable, comunicándole al salir el espíritu el gozo con que partía del destierro a la Patria (2)".

Fue sepultado entre aclamaciones del público: y de esta primera sepultura fue trasladado el cadáver a otra más honorífica por concesión oficial y solemne del arzobispo don Bartolomé Lobo Guerrero". Daba y dió licencia, para que el cuerpo del Padre Fray Andrés Corzo, se pueda trasladar en el arco, que está abierto en un

invexit. Tandem obüt die 30 Julii, anno MDLXII; sed memoria justi cum laudibus.

(1). Padre Córdova, pág. 318.

(2). Pag. 320.



Higuerón: *Ficus Gigantea* de Kunth.
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)

lado de la capilla de santa Catalina Virgen y Mártir de la Iglesia del Convento de San Francisco, puesto en una caja de madera, en que esté con la veneración, decencia y adorno que conviene, para que todos los Fieles Christianos le pidan les encomiende a Dios, y sea su intercesor en las cosas que pretenden alcanzar dél. Y se animen con los exemplos de persona tan venerable, y de tan santa vida a seguir su camino, y pisadas, e imitarle en sus acciones, viendo que assi honra y venera la santa Iglesia a los siervos de Dios (3)".

El convento de Santa María de los Angeles

Este convento se halla situado al norte de la ciudad de Lima y al pie del cerro de San Cristóbal. El cerro es célebre desde los días de la fundación de Lima: pues se atribuye al santo mártir el buen éxito de las armas españolas contra las de los indígenas en la sublevación general ocurrida en 1536. Aquella sublevación, a la verdad, puso en alarma a los conquistadores. El núcleo principal de los guerreros indígenas fue Cuzco, pero también atacaron con denuedo Jauja, Lima y varios otros lugares ocupados por los españoles. Se habían puesto en pie de guerra cosa de doscientos mil combatientes; y por lo que hace al Cuzco, en torno de aquella ciudad se veían los desfiladeros ocupados por oscuras líneas de indígenas armados, y las cimas de los montes con enormes masas armadas listos para caer sobre la ciudad, elevándose sobre las cabezas de los guerreros bosques de lanzas y hachas con filos de cobre.

Los historiadores del Perú narran al por menor todo lo que fue menester para debelar aquellas nubes de

(3). Pgs. 322.

indios en el Cuzco, y las precauciones y valor que fueron necesarios en Jauja y Lima para rechazar bandadas de los mismos, heróicamente pródigos de la vida. En Lima tuvieron los indios un célebre ídolo, a cuyos oráculos estaban acostumbrados, y por cuya conquista pelearon con bravura, apoyándose en el cerro de San Cristóbal.

Obtenida la victoria por los españoles, se colocó en la cumbre del cerro una cruz, a que se agregó en un repecho del mismo una ermita de San Cristóbal, "que la devoción del pueblo, según se expresa el padre Córdova, de contínuo visita, porque en aquel cerro tuvieron los infieles la mayor parte de su ejército, y en las peligrosas batallas, y reencuentros que unos con otros tuvieron, apellidaban los Christianos el nombre del esclarecido Martyr (1)". Hoy ha desaparecido la ermita y sólo se venera la cruz en la cumbre.

El cerro es el término de las estribaciones andinas, que en la costa se acercan al mar en muchos puntos, formando entre unas y otras valles fértiles, regados con el agua que baja de las alturas. El cerro y las colinas más bajas que le enlazan con los Andes, no producen permanentemente sino algunos **cactus,** propios de la región andina; tan sólo algunos meses del año se cubre de **vegetación de loma,** por efecto de la llovizna que cae en aquella temporada.

La parte llana que coresponde al convento, a una altura de unos 140 metros sobre el nivel del mar, es feracísima y ostenta una variedad de muestras botánicas rica e interesante. Parece que se hubiera tenido la intención de que en la huerta y bosque del convento figurase siquiera un ejemplar de las plantas que en el Perú más se estiman. De plantas frutales hay toda una

(1). L. I, cap. V.

colección: pacae, guayabo, cacao, ciruela de fraile, papaya, chirimoya, café, palto, mango, guanábana, palillo, lúcuma, mamey, plátano o banana, peral, manzano, me-



Un Claustro de los Descalzos

locotonero, nogal, membrillo, granada, higuera, níspero; no menos hay ejemplares de adorno o de industria, como son: higuerón, caña de Guayaquil, ceibo, siática,

habilla, quina-quina, cedrela, suche, achiote, tutumo, fresno, jacarandá, laurel, morera, pino, ficus, eucaliptus, álamo, sauce ,acacia, roble, magnolia y palmera.

Para fomentar esta vegetación, podría decirse que el convento dispone de todo un sistema fluvial en diminuto; pues, hallándose la parte inmediata al cerro en terreno de declive, se introduce el agua por acequias hechas de cemento, y que a modo de arterias reparten el agua, contribuyendo tanto al regadío de la huerta y del bosque ,como a la higiene del convento.

Esta huerta y este bosque se hallaban en la época de San Francisco Solano surtidas de cierto número de ermitas ,donde los religiosos solían recogerse para orar con más sosiego durante algunos días. El santo apóstol solía escoger para sí la ermita de la colina de Alberne, que hoy se halla transformada en Casa de Ejercicios muy espaciosa; y el punto que fue ermita es en el día una capilla muy devota, adornada de cuadros religiosos de mucha estimación.

El convento conserva aún en todo su conjunto aquella moderación característica de las casas recoletas, y sus claustros, corredores e iglesias, no han perdido su primitivo lenguaje que habla de la piedad y de la penitencia.

La Alameda de los Descalzos

Entre los hechos de San Francisco Solano se cuenta que al haberse trabajado la Alameda que en Lima se llama de los Descalzos, tuvo gran sentimiento, receloso de que el ruído de los que allí acuden a recrearse, no divirtiese a los religiosos algún tanto del importante ejercicio de la oración (1).

(1). Padre Córdova, "Vida", L. I. cap. 18.

Este amor al retiro quedó hereditario en la comunidad de la recolección, y sus religiosos pretendieron siempre que el vecindario urbanizado se conservase a alguna distancia del convento.



Portada de la Alameda de los Descalzos

Sin embargo, parece seguro que así la célebre é histórica Alameda, como el vecindario instalado en sus linderos, se ha llevado a efecto como un acto de amor y deferencia a esta comunidad religiosa. La novedad tuvo por iniciador a un gran amigo y admirador de San Francisco Solano, que fue don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, virrey de los reinos del Perú. Los ratos más agradables que el marqués haya pasado en su vida fueron sin duda aquellos que con su joven hijo acompañaba al Santo apóstol en su ermita de Alberne. Construído el puente de mampostería que une la parte central de la ciudad con los barrios de San Lázaro, procedía el embellecimiento de esa sección, la más amena de la ciudad en aquella época. De ese modo se sacaba también al convento de la recolección del aislamiento en que se hallaba y colocaba a sus santos religiosos en condiciones de ser útiles a las almas ansiosas de progresar en la vida espiritual.

De aquí la construcción de la Alameda cuya descripción verá el lector a continuación.

Este hermoso paseo (1), que forma el fondo norte del barrio del Rimac, de unos trescientos metros de largo por cincuenta de ancho, ha sido el más apacible de los paseos que la Capital del Perú ha tenido desde sus albores. La distinción, la sobriedad, el buen gusto en materia de estética han sido siempre las notas distintivas de ese sitio de solaz, conocido en la historia con el nombre de Alameda, Alameda Grande, Alameda de Lima, y más común y particularmente con el de Alameda de los Descalzos, nombre tomado del convento franciscano que le sirve de fondo, fundado en 1595, poco antes de la formación de la Alameda. La Alameda tiene por padre al esclarecido Virrey del Perú, D. Juan de Men-

(1). Esta descripción está hecha por el padre fray Bernardino Idoyaga, basándose en varios "Guías de Lima".

doza y Luna, Marqués de Montesclaros. El Marqués de Montesclaros, terminado el soberbio puente de piedra de 1608 a 1610 con un costo total de setecientos mil pesos, quiso que el punto de reunión, donde se diesen cita la aristocracia y la gente de buen tono, fuese pasando sobre su gran obra en la **Alameda Grande** que debía reunir por su frondosidad y amenidad cuanto exige de más delicado y placentero el aliciente y la atracción para el solaz de la gente.



Utcumano

Si bien ha sufrido notables variaciones el plano original del Marqués de Montesclaros en los tres azarosos siglos de existencia de la Alameda, recordando la edad del idilio, en la mayor pujanza a la sazón, bajo cuyos

dulces inspiraciones se llevó a cabo la obra. La Alameda está formada de seis filas de árboles, menos en el centro que se angosta para dar lugar a las iglesias de Santa Liberata y de Patrocinio, reduciéndose a cuatro las hileras de árboles, que dan la dirección a los tres paseos que la forman. La dirección de estos paseos seguía a la estética impuesta por tres fuentes, que, colocados convenientemente, surtían de agua al vecindario y a los jardines de la Alameda. Las fuentes se proveían de agua tomándola del vecino cerro de Ramos, la que conducida por cañerías de piedra formaba un caprichoso surtidor en las tres pilas. Las pilas que en la época se estilaban tenían el buen gusto de no impedir la vista de todo el conjunto del panorama, siendo de taza bajita y sencilla, al mismo tiempo que ancha para contener el agua necesaria al riego del jardín y arboleda contíguos. Algo levantado en el centro de la pila se hallaba un piñón de caprichosas formas, de donde brotaban los variados surtidores. Una idea de lo que eran aquellos surtidores-pilas se puede deducir del que actualmente existe en la misma Alameda y de otras repartidas por la Capital que conservan la expresión más típica que esta.

La arboleda de la Alameda es y ha sido muy variada y de los ejemplares más hermosos de la flora del país: magnolias ,caimitos, ficus, palmeras, quina-quinas, pinos, fresnos y otras preciosas variedades. Por el buen gusto que se nota en la formación de la alameda se deduce que la selección de la arboleda primitiva se hizo con mas esmero que en esta última temporada. Parece que el Marqués de Montesclaros ensayó en su artstica obra el primitivo jardín botánico del Perú. Lo lamentable es que no se hayan conservado las tres pilas de la Alameda, como tampoco los vestigios de los preciosos jardines que han sido el encanto de las gracias limeñas.

El costo de la obra, comprendiendo los materiales



Cañas de Guayaquil: *Guadua Angustifolia* de Kunth.
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)

de las cañerías, pilas y los numerosos asientos que contenía la alameda, ascendió a treinta y cinco mil pesos. Se destinaron mil pesos anuales para la conservación y el fomento de los jardines y el estado de la Alameda, suma que se obtenía del impuesto establecido por el mismo Marqués de Montesclaros el 14 de Marzo de 1615 a la nieve y a la aloja que se consumía en la ciudad.

Hacia el último tercio del siglo XVII el estado de la Alameda demandaba serios reparos. Las averías producidas por la acción del tiempo eran notables. Un apasionado amante del arte y el ornato público, D. Agustín Hipólito de Landaburu, dueño y autor de la plaza de Acho, hizo hacia el año de 1773 el valioso obsequio a la Alameda de los Descalzos de tres hermosas pilas que vinieron a sustituir a las primitivas ya averiadas. El estilo de estas era más suntuoso y más adornado que los del Marqués de Montesclaros. En la época de Landáburu dominaba el estilo y el gusto refinado francés, llamado de Luis XV, cuyo tipo conservamos en la pila Neptuno del parque de igual nombre. En todo este tiempo el cuidado y el buen gusto que presidía en la Alameda le hizo la cita obligada de las parejas. La última nota de las fiestas criollas más típicas, las de Amancaes, debía darse necesariamente en la Alameda de los Descalzos. Las fiestas que en la Porciúncula se celebraban en ese lugar eran también originales.

Las efervecencias del tiempo de la Independencia y de los albores del Perú independiente no dieron lugar a prestar la atención conveniente al cuidado de un sitio de solaz tan hermoso, siendo fatales para las pilas que desaparecieron, lo mismo que sus jardines, viniendo a menos la Alameda y hasta convirtiéndolo en un inmundo muladar.

El establecimiento en los **Descalzos** de la Comunidad que vino de Ocopa en 1852, rodeada con una espe-

cial auroóla de gloria y santidad, hizo convertir nuevamente la atención de Lima hacia ese lugar de sus bellezas y fue como la aurora del resurgimiento de la Alameda para ser crecida en ornato y encantos. En la nueva formación ha dejado un nombre de gloria y arte D. Felipe Barreda, persona sensible a toda impresión de beleza, culto, honrado en el manejo de los fondos públicos y en ideas estéticas de mejor gusto. El se lamentó de la triste situación a que quedaba reducido el lugar consagrado a las gracias limeñas y el mas ameno de la ciudad de los Reyes, la perla del Pacífico, despertando el entusiasmo para los trabajos Se convirtió en segundo padre de la Alameda.

Mediante los esfurezos de este espíritu selecto se obtuvo la resolución del Gobierno de Castilla el 19 de Enero de 1856 creando una comisión, cuya alma y jefe era el señor Barreda, para que restaurase la Alameda conforme a sus gustos y sentimientos estéticos.

El señor Barreda, lleno de entusiasmo, puso manos a la obra. Encargó sin pérdida de tiempo la reja de hierro, lo mismo que los 100 jarrones con sus corresponptes pedestales a Inglaterra, y además contrató doce magníficas estatuas de mármol de Carrara, además de cincuenta hermosos bancos de idéntico material a Italia. Quitó los muladares que causaban horror en la Alameda. Allanó el suelo en toda la extensión, recibiendo también los beneficios del bienhechor la vecina avenida de los Bobos que quedó mejorada con la arboleda de los sauces que han continuado allí hasta 1918. Empedró los dos paseos laterales, rellenó de cascajo el del centro, al mismo tiempo que los flancos exteriores de éste recibían una acera de piedra labrada, colocada en dos líneas paralelas que han sido destruídas estos últimos años. Fueron derribados los árboles decrépitos y enfermos, siendo sustituídos por otros nuevos; lo mismo llenados



Palto, Aguacate: *Persea gratéssima,* o *Laurus Persea* de Linneo, entre musaceas.
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)

los vacíos dejados por el abandono anterior. Hizo la pila y el surtidor qeu existe en el extremo del paseo central, dotándola de agua propia traída con cañería de hierro del vecino cerro de Ramos. Formó los jardines que debía tener a ambos lados el paseo central, para lo que les dotó de agua, lo mismo que a todas las hileras de árboles. Gracias a estas providencias adquirió la Alameda el aspecto de un florido jardín y toda la amenidad del sitio de solaz inimitable de la Capital.

Los trabajos hasta dejar colocada la verja y las estatuas duraron del 12 de Enero de 1856 al 12 de Septiembre de 1857: corto plazo para tanta labor. Las sumas invertidas fueron modestas con un total de cincuenta y tres mil cuatrocientos veintiseis pesos y tres reales, a los que añadidos los cincuenta mil soles que costaron en Italia las doce estatuas; más algo menos de nueve mil que se invirtieron en su conducción, hacen en globo el total de unos ciento doce mil el costo de las admirables obras del señor Barreda en la restauración de la Alameda de los Descalzos, siendo digno de todo encomio la laboriosidad y la ejemplar escrupulosidad en el manejo de los caudales públicos de ese talentoso y culto ciudadano.

El paseo central está en toda la extensión rodeado de una artística verja de hierro colado, de 1,196 varas catellanas de largo por seis pies y dos pulgadas inglesas de alto. El origen y la vida de la reja han sido poco afortunados. Ella tiene una historia con ribetes de leyenda. Dícese que fue traída de Inglaterra, con su mecánico que le debía dejar colocado en su determinado lugar. Como se suicidase este antes de cumplir su cometido, pidieron dos más a la rubia Albión, los que enfermados, fue absuelto el contrato. Entre tanto arrumada la verja en el Callao como cosa perdida, sin haber sujeto que se atreviese con el berenjenal embrollo de tanta reja, no

corrió la mejor suerte su estado, habiendo caído en manos de los vivos numerosas piezas. Se tuvo la buena suerte de encontrar a Gaspar Ruegg, mecánico alemán, perito en el arte, quien, asociado a un herrero francés, percibiendo el sueldo de 120 pesos mensuales, no solo rehizo las piezas desaparecidas en la fundición de Bellavista, sino logró dejar colocada la gran verja en perfecto estado. Los años de 1916 y 1917, fue quitada la verja, menos la parte de la cabecera con el pretexto de refaccionarla. Después de varias reclamaciones del vecindario y de la gente de buen gusto, fue colocada nuevamente para el Centenario de 1921, obra hecha con tal precipitación que no dió lugar a reparar los desperfectos que el tiempo había hecho sobre el hierro, y ahora se ve privada en la mayor parte de las lancetas que coronaban cada vara de hierro y de una multitud de los lobulitos que remataban el asunto decorativo del enverjado.

Para conmemorar el centenario de la Independencia nacional se levantó en 1921 un monstruoso arco triunfal, en la cabecera de la Alameda, con el que se ha tenido el tino de derrumbarlo, por quitar la vista a tan primorosa obra y por ser insufriblemente deforme dentro de la estética de la Alameda.

La enverjadura da acceso al paseo central por 9 puertas de hierro: la principal, grande y ancha, ocupa la cabecera por la parte occidental, y abarca todo el paseo: las otras 8, pequeñas y angostas están repartidas por toda la Alameda, equidistantes proporcionalmente unas de otras. La enverjadura está formada de líneas largas paralelas que, encontrándose en la curva de medio punto que está al oriente, se parten en el extremo occidental con la perpendicular, que después de algunos metros forma un pequeño hemiciclo, en cuyo medio está coloca la puerta principal.



Ceibo: *Bombax Ceiba* de Linneo.
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)
Planta joven.

La fachada está sostenida por seis machones de granito, cuyos capiteles son de bronce. En el centro de los machones están incrustados seis hermosos escudos de la República peruana vaciados en bronce. Sobre los machones otras tantas estatuas pequeñas de mármol de Carrara, comprados por el señor Barreda a D. José Canevaro con ese objeto.

Las 4 pequeñas estatuas, que con sus gláciles formas ocupan la primera línea frontal, indican las 4 estaciones del año, la primera comenzando por la izquierda, es la de la Primavera, la siempre joven Flora, revestida de **kitón** y de limation. Presenta la cabeza coronada de frescas rosas y sostiene en su mano izquierda, recogida sobre el pecho, un canastillo de rosas, mientras la derecha caída mantiene un ramo de rosas. Sería de mucho efecto que se le añadieran los amorcillos, probando sus dardos, que le faltan.

La segunda, la del Verano, es la madre Natura, semidesnuda, suspendida la túnica del hombre, cargando en sus espaldas un manojo de frutos que graciosamente sostiene con su mano derecha, y la izquierda caída. Tiene la cabellera atada con dos lazos ,formando dos círculos concéntricos. Está calzada de **mulleus.**

La tercera, Otoño, diosa de mediana edad, semidesnuda, abundante en carnes buenas, de riquísima vestimenta, tiene cubierta la cabeza con una toga y sostiene en la mano izquierda, a la altura del hombro, un haz de espigas, y agarra una hoz con la derecha caída. Es la diosa de la abundancia.

La última, el Invierno, está revestida de **peplo,** tiene recogida la cabellera con una diadema simple, sustenta en la mano derecha, a la altura del pecho, una pebetera de fuego; al paso que la otra derrama el contenido de un jarrito. Es la diosa del Hogar y símbolo de la felicidad.

Los dos machones que sirven de soporte para que giren las hojas de la puerta, sostienen las estátuas del Tiempo en sus dos fases. La estátua de la izquierda, desnuda de medio cuerpo para arriba, afianza con la mano derecha el asta de la reja, la que señalada con la otra mano se hiende en el suelo con el pie: es el arado que todo lo socaba. Al lado de la reja se sostiene el reloj de arena, medida del tiempo. Al otro lado está el impertubable Caos, de serena mirada, vestido de clámide, teniendo un manojo de llaves y de arpones en la mano derecha, destinados a abrir el paso a la Armonía, arquetipa del Mundo, la que ha dado origen a cuanto tiene existencia en el orbe. Está calzado con el **mulleus.**

Las doce estatuas de la parte interior de la Alameda, que, mezcladas con los jarrones y bancos de marmol le dan la mayor gracia, están colocadas sobre pedestales de granito nacional, extraído de los cerros contiguos. Las proporciones artísticas de las estatuas son notables y aunque ejecutadas por diversos artistas, algunos de ellos de conocida nombradía, como Gajassi y Baini, todos pertenecen a la escuela de Canova, en su mayor florecimiento a la sazón. El tamaño de las estátuas es el natural y clásicas sus proporciones estéticas. La acción corrosiva del ácido sobre el mármol va dejando huellas de desfiguración en varios de ellos. La intención de los artistas por lo que aparece en algunos asuntos decorativos, era representar los productos de la zona tórrida austral, pero no en todos lo han conseguido. Su ignorancia en el caso presente es manifiesta para cualquier observador. Todas las estatuas tienen el determinado signo del Zodíaco que les corresponde, menos Libra, teniendo una norma en la representación de los personeros mitológicos.

Sorprende el poco, o mejor dicho, el ningún or-



Theobroma Cacao de Linneo: planta pequeña.
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)

den con que están colocadas las estatuas. Parece que el índice que guiaba la colocación había sido la vestimenta de las efigies, ocupando las más vestidas la parte anterior de la Alameda y las menos el fondo. Prueba de esto, comenzando por la derecha, la primera es el signo de Virgo, que realmente corresponde al octavo mes, según el uso actual del comienzo del año. La segunda y la tercera, Piscis y Aries, conservan el orden. La cuarta Capricornio, es del último signo. La quinta, sexta y sétima corresponden a lo que representan. La octava, Acuario, es el primero. La nona, Tauro es el cuarto. La undécima, Sagitario, está acomodada al lugar. La duodécima, Escorpión, es el décimo signo. Prescindiendo del orden de la colocación, describiremos suscintamente las estatuas comenzando por la derecha.

La primera representa el signo de **Virgo,** o sea, la austera Astrea, en cuyas incorruptibles manos está la administración de la justicia. Despreciada y arrojada de la tierra, cuando apareció el crimen, se refugió en el Cielo.

El personaje de la efigie es un tipo moderno. Tiene guarnecida la cabeza de un casco redondo y cubierto todo el cuerpo con una amplia toga cruzada sobre el hombro izquierdo y los pies calzados con botas modernas, recordando a **compagus** romanos. Es imponente su majestuosa expresión. Sobre una columna trunca junto al pie izquierdo, se sostienen piñas, pepinos y otros frutos y flores. Es la representación del Magisterio.

La inscripción del pedestal dice: C. Beneglia—Roma, 1857.

La segunda, Piscis, o los peces sobre los que Venus y su travieso chico Cupido, perseguidos por el gigante Tifón, atraesaron el mar.

La estatua está en posición erguida, con la expresión de la más excelsa beatitud. Su hermosa cabeza co-

ronada de una abundante cabellera está animada de una mirada radiante de gozo que se pierde en lo alto. Una amplia toga le cubre el cuerpo, dejando solo al descubierto la parte anterior de la cintura para arriba. Con la mano derecha coge la **fuscina** rota en parte, con un haz de tres rayos y con la otra recoge el vestido. Junto al pie sostiene un mundo que atraviesan en distintas direcciones dos peces y le decoran ovas, algas y otros elementos marítimos. Es el dios del mar Neptuno o Posseidón.

Tiene por inscripción: Scipione Ugo Romano, fece 1854.

Tercera, Aries, sobre el que Frixos y Helié, o Hellas pasaron el mar, lo que le valió ser trasportado al cielo.

La efigie es la adusta estatua del feroz Marte cubierto con todas las hórridas armaduras bélicas. La feroz expresión de la efigie está tomada en el momento del asalto, cuando con la mas fiera mirada y ademán echa la mano a la espada, suspendida de la vaina que sostiene con la otra mano, y arrolla en el brazo la clámide. El casco yace a los pies.

La inscripción reza: V. Gajassi. R. F. Roma, 1857.

La **Cuarta,** Capricornio, que es la cabra Amaltea que cuidó y alimentó a Júpiter en la isla de Creta, astucia que libró al dios tonante de ser devorado por su padre Saturno como sus hermanos.

La estatua es hermosa, erguida, de joven, cuya noble cabeza, cubierta de abundante cabellera larga, partida en la frente, adorna una corona de umbelas y ojas de mirto. Sostiene en la mano izquierda un tazón y la derecha apoya en un tronco y sobre el brazo se arrolla la clámide que cubre la mayor parte de su cuerpo. Es el dios de la Juventud o Mercurio.—No tiene firma.



Achiote: *Bixa Orellana* de Linneo.
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)

Quinta, Géminis, o sean los amantes Polux y Castor

Gallarda estatua del Leñador, cuya arrogante cabeza, que erguida mira de frente, está coronada de bellotas y hojas de encina. La mano derecha ase fuertemente el hacha y la izquierda se apoya sobre el globo, el que se mantiene sobre un tronco de roble, que tiene su rama con hojas y bellotas. Es el Leñador. La inscripción dice: **F. Fabj. Altini Romano.**

Sexta, Cancer, es el cangrejo que suscitó Juno contra Hércules, mientras combatía la Hidra de Lerna.

Es una estatua de magníficas proporciones estéticas, erguida de pie. Una hermosa cabellera con raya sobre la ceja izquierda cubre su adusta cabeza. Las manos sujetan un aparato complejo de labranza con pico, reja, mazo, criba, sobre el que tiene el pie izquierdo. Tiene un costalito de mazorcas de maiz al pie. Es el Labrador. Tiene esta nscripción: **Ferdinando Andrei di Carrara faceva in Roma L' anno 1855.**

Séptima, Leo, es el monstruo león muerto por Hércules, uno de sus trabajos.

Es una estatua desnuda, inclinada, con una ánfora sostenida por ambas manos, para regar unas azucenas en flor. Su hermosa cabellera corta, está sujeta con la diadema simple. Se apoya sobre un tronco y su pie posa en una esfera de círculos concéntricos. Es el Floricultor. No tiene inscripción.

Octava, Acuario, o sea Gamínedes, a quien el padre de los dioses arrebató de la tierra, destinándole a ejercer las funciones de Hebea.

Es una estatua del Segador, inclinada. La mano derecha sostiene una hoz, mientras con la otra agarra un manojo de cañas, cuya haz apoya la estatua. La ánfora está al pie de esta haz. Es un tipo mulato. Sin firma.

Novena: no tiene el signo de Zodíaco, pero debe ser Libra, por faltar ésta en la serie.

Hermosísima estatua erguida, semidesnuda, de formas artísticas cabales ,cuya joven cabeza con su corta y graciosa cabellera, que se parte sobre la frente, está coronada de siemprevivas. Sus faldas cubiertas de siemprevivas, que caen hasta el suelo, se apoyan en un tronco de fresno. Es el dios de la Amistad.—La inscripción es: V. Gajassi. R. F. Roma, 1857.

Décima, Taurus, el toro, cuya forma tomó Júpiter para robar a Europa, mientras ésta se entretenía en recoger flores con sus compañeras.

Preciosa estatua del dios Dionisos, erguida, cuya primorosa cabeza está adornada lujosamente de pámpanos y de racimos de uva. En la mano derecha ofrece una copa y en la otra tiene un ramo de flores y frutas. Su indumenta es una clámide y su calzado el **mulleus.** Una vid apoyada en el tronco del olmo ostenta sus recimos y pámpanos.—Sin firma.

Undécima, Sagitario, o sea el Centauro Quirón, que educó casi a todos los héroes de Grecia. Hércules, guerreando contra los centauros, hirió a su antiguo maestro sin querer, y Júpiter colocó al Centauro en el Zodíaco.

Magnífica estatua, cuya hermosa cabellera larga, que cae ensortijada, dividida en la frente, está coronada de laurel, pimpollos y flores. Está vestida del **palumentum,** que extiende con la mano izquierda y sostenida con la otra para contener siemprevivas, piñas y otros frutos Su calzado es el **mulleus.** Es el dios Apolo.—La inscripción dice: Gpe. Lughetti Fva, Roma 1855.

Duodécima, Escorpión, arrojado por Diana contra el gigante Orión, quien se había atrevido a ultrajar a la divinidad cazadora.

Es una bellísima estatua erguida, de proporciones

estéticas más perfectas, vestida de túnica y sosteniendo en alto sobre la espalda con la mano izquierda la estola que descuelga para recogerla al costado con el brazo derecho, mientras la misma mano sostiene un gracioso canastillo de rosas, yaros, siemprevivas y otras flores. Su cabellera abundante y ensortijada cae libre, dividida sobre su frente, ilumnada con la expresión más intensa de inteligencia y viveza. Es la efigie del luminoso Febo.—La inscripción dice: **F. Baini, Pecit, Romae, 1855.**

Establecimiento de los misioneros en Santa María de los Angeles

Este convento de recolección que había disfrutado de tan buena fama durante mucho tiempo, al extremo de que se pudiera decir que sus religiosos "estáticos y penitentes eran la veneración de la ciudad" (1); no estuvo exento de vicisitudes en los años que acompañaron y siguieron a la independencia de la América española. Parece que nunca faltó el culto divino en su devoto templo y moraba siempre algún religioso en el convento, cuidando también de su Casa de Ejercicios; pero había desaparecido la comunidad, entregada a la oración y vida austera.

Quedaba también mermada su gran extensión rural; pues el convento levantado en 1595 sobre un terreno reducido, obtuvo en 1628 cinco fanegadas de tierra; en 1631 se ensanchó con la posesión de los cerros contíguos, hasta la ermita de San Cristóbal; y en 1641 se le agregó una buena parte del fundo llamado Pedregal.

(1). "Apuntes para la Historia", Manuel Tovar, pág. 39.

Después de la independencia se redujo a unas tres y pico fanegadas.

Así se hallaba la Recolección, cuando en 1852 había resonado en Lima la palabra de los Padres llamados desde entonces misioneros, y más vulgarmente Descalzos. Los misioneros procedían de Ocopa, cuyos religiosos se habían impuesto el enorme trabajo de sostener las misiones orientales y al mismo tiempo predicar misiones en los pueblos civilizados, que se hallaban en lamentable estado en materia de moralidad y religión.

A la enormidad del trabajo se agregaba la gran distancia desde Ocopa a los pueblos de la costa; por lo cual se tomó la resolución de hacer una fundación de misioneros en la capital de la República. Los destinados a este fin fueron los padres fray Pedro Gual, fray Pedro Boronat. fray José Amadó y fray Teodoro Armentia, fray Pedro Vargas, fray Francisco Torres y fray Luis More.

En la fecha el padre Gual ya representaba en el Perú todo un poder espiritual, y la fundación del nuevo convento de misioneros venía a significar un gran auxiliar para la causa de la fe católica y de la Iglesia. Por este motivo, la masonería de la zona se vió visiblemente contrariada, e hizo cuanto pudo para relegar a los misioneros de Lima a las Pampas del Sacramento.

Algunos años más tarde volvió a padecer la comunidad nuevos embates de sus enemigos; pero la Providencia ha querido que permaneciese en Lima, convirtiéndose luego esta casa en propagandora de los misioneros en las repúblicas del Perú, Ecuador y Colombia





Mango: *Mangífera Indica* de Linneo.
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)

SEGUNDO

Documentos relativos al establecimiento de las

Prefecturas Apostólicas

en el Perú

Demarcación de sus límites

1900 - 1908





Café: *Coffea Arábiga* de Linneo.
(De nuestro Convento de Misioneros. Lima.)



DECRETUM

Cum interior pars ac latior territorii Reipublicae Peruanae in America Medidionali, vulgo la Montaña vocata, in ea versetur conditione, ut frequentes plebes regionem incolentes, tum sine lumine religionis quum absque regula morum vivant; nec ad miseras has gentes evangelizandas sufficiant, quamvis ferventis zeli laude digni, missionarii Ordinis Fratrum Minorum ibidem jam pridem sacrum ministerium exercentes; rogata est Sacra haec Propagandae Fidei Congregatio, Episcopis Peruanis ac ipso Reipublicae illius Gubernio consentientibus, ut quam curam in universi orbis missionibus regendis adhibet eam extendere vellet etiam in barbaris praedictis populis ad fidem adducendis. Quem ad finem ut juxta morem suum S. Congregatio in instituendis Missionibus libere ageret: et Gubernium autoritatem ejus plene recogniturum, et Episcopi quam haberent in silvestribus illis locis jurisdictionem ecclesiasticam se integre cessuros spoponderunt. Quamobren Emi. Patres hujus S. Consilii quo modo piis hisce votis fieri satis posset in Generalibus Commitiis habitis die 22 superioris mensis Januarii, lubenti animo ac maturo studio examinaverunt. Porro eorum mens haec fuit, ut universum montanum, de quo est sermo, territorium in tres Apostolicas Prefecturas ad invicem independentes et Sacrae Congregationi imnediate subjiciendas erigerentur; quarum prima Centralis Praefecturae seu S. Francisci de Ucayali nomine distincta, regiones, quae infra descri-

bentur de Chanchamayo, de Apurimac et de Ucayali complacteretur; secunda vero Praefectura Meridionalis, seu S. Dominici de Urubamba nuncapatione, per regionem se extenderet de Urubamba; tertia demum, titulo Praefecturae Septentrionalis seu S. Leonis de Amazonas, per regionem de Amazonas pateret. Quibus autem unaquaeque harum regionum limitibus coartanda sit, ex sequenti descriptione ostendetur: nempe, prima regio de **Chanchamayo** amplectetur flumen Perené cum omnibus suis affluentibus et flumen Pachitea pariter cum omnibus suis affluentibus: inclusa regione dicta **Gran Pajonal** usquedum incipiunt ejusdem orientales valles, flumina versus Tambo et Superius Ucayali. Secunda regio de Apurimac complectetur flumen hujus nominis, (etiam Ene vocatum) cum universis ejus affluentibus; insuper ffllmina Mantaro et Tambo pariter cum omnibus affluentibus, usque ad confluentiam postremi dicti fluminis cum Urubamba. Tertia regio de Ucayali complectetur flumen hujus nominis cum omnibus ejusden affluentibus orientalibus et occidentalibus (excepto flumine Pachitea) usque ad confluentiam fluminum Tambo et Urubamba. Quarta regio de Urubamba amplectetur flumen hujus nominis cum omnibus ejusden affluentibus et orientalibus vallibus ad flumina Boliviae declinantibus usque ad divisoriam lineam inter Peruanum dominium ac Bolivianum: non vero ad Septentrionem ultra locum conjunctionis fluminum Urubamba et Tambo. Quinta regio demum de Amazonas amplectetur flumen Marañon cum omnibus suis affluentibus et ipsum flumen Amazonas pariter cum omnibus suis affluentibus (Ucayali excepto usque ad limites Brasilienses, Columbienses et Aequatorianos.

Ita constitutis territorium missionum confiniis, ad removenda quae oriri possent dubia cirea jurisdictionem Episcoporum Peruviae ac novorum Apostolicorum Prae-

fectorum, plane retinendum est, praedictas missiones ad universum, sed tantummodo, territorium silvestre vulgo **la Montaña** (ut dictum est supra) Peruanae Reipublicae se extendi; ita ut limites civilium ac non civilium regionum, limites etiam evadant jurisdictionis respective Episcoporum ac Praefectorum.



Mamey (Mamea Americana)

Cum vero quae modo constabiliuntur tres Apostolicae Praefecturae, curis Missionariorum trium religiosorum Ordinum demandandae sint, in supra dicta Generali Congregatione Emi. Patres sedulo negotium pertractaverunt, quaenam religiosae familiae ad apostolicum opus illic peragendum advocandae essent. Porro



Quina - quina (Miricxilon peruiferum)

expediens visum est Praefecturam centralem seu S. Francisci de Ucayali, committendam esse Ordini Fratrum Minorum: Meridionalem, seu S. Dominici de Uru-



Jacarandá

bamba, Ordini Praedicatorum; Septentrionalem tandem seu S. Leonis de Amazonas, Ordini Eremitarum S. Augustini. Hanc autem legem Emi. Patres addere voluerunt, ut nempe religiosi Viri qui in tribus hisce Ordinibus ad ministerium praedictarum Praefecturarum deputentur, quoad observantiam regularem non a Provinciali Ministro, sed a Generali inmediate dependeant.

Resolutiones vero universas supra expositas Emorum. Patrum ab infrascripto hujus S. C. Secretario, in Audientia die 2 hujus mensis habita, SSmo. Dº Nº Leoni Div. Prov. XIII relatas, Sanctitas Sua in omnibus approbavit ac confirmavit et praesens ad id Decretum edi jussit.

Datum Romae ex Aedibus S. C. de Propaganda Fide die 5 Februarii 1900. (Signatus).—Pro Emo. Card. Praefecto. Aloysius Veccia Secrius.—(Signatus).—Pro-Secrio.—C. Laurenti Off.



Lima vista desde los Descalzos

DECRETUM

Sacra Congregatio de Propaganda Fide.—Protocollo No. 44,206.

Romae 22 maii 1901.

Revme. Pater:

Per Revmum. P. Priorem Generalem tui Ordinis postulasti hanc S. Congragationem, ut cuidam a te proposito dubio super extensionem jurisditionis responderet.

Utrum Praefecti Apostolici missionum erectarum in Peruana Republica per Decretum diei 5 Februarii anni 1900 habeant prorsus veram et absolutam jurisdictionem in omne territorium ipsis adsignatum, adsint vel non in eo loco plus ninusve civilibus moribus informatii; vel e contra Praefectorum jurisdictiones extendantur tantummodo ad regiones quas infideles inhabitant, locis exceptis civilibus constitutis.

Porro sciat Rev. tua jurisditionem Praefectorum Apostolicorum, in limitibus per Decretum descriptis, esse omnino territorialem, sicut aliorum Ordinariorum in propria Diocesi; et non coartare in Silvestres homines tantum; sed extendi ad omnes in praedictis regionibus habitantes. Universum enim Silvestre territorium sicut in supradicto Decreto describitur a jurisdictione Episcoporum Peruanae Reipublicae distractum, Praefectis Apostolicis respective subjectum fuit.

Hisce praestitutis, difficile non est super dependentia sacerdotum qui in Praefecturis inveniuntur jus de-

clarare. Ipsi enin a Praefecto Apostolico, sicut a proprio Ordinario, in omnibus dependent. Post haec Rev, Tuam enixe hortor, ut opus salutis, quod tam ferventi spiritu suscepisti, Domino benigne opitulante, cun tuis sociis prosequaris.

Ego vero omnia fausta et felicia Tibi a Domino praecor.—Rev. Tuae.

M. Car. Ledochonski.

Aloisius Veccia.—Secretarius.



Frontis de la Iglesia y Convento de los Misioneros

DECRETUM

Cum horta fuerit aliqua controversia inter Episcopum Huannucensem et Praefectum Apostolicum S. Francisci de Ucayali in Peruviana Republica, super limitibus respectivarum jurisdictionum, placuit iisdem compositionem seu conventionem in negotio hoc conconditer facere, et Sac. Sedi pro adprobatione exhibere. Conventio autem haec sequentis tenoris est; nempe:

"1º Praefectura Apostolica S. Francisci fluminis Ucayali seu centralis, se protendit per omnem regionem



Un claustro del Monte Albeme Descalzos)

de Chanchamayo ,prout in Decreto S. Congregationis de Propaganda Fide die 5 febraurii 1900 dato describitur. Limites huyus regionis, circa quos lis erat, sunt sequentes: (a) Praefectura comprehendit omne territorium silvestre vulgo "La montaña real" nuncupatum; (b) termini hujus territorii e loco Huacapistana dicto incipiunt ad Orientem versus, per omnem regionem de Chanchamayo.

"2º Proinde intra terminos Praefecturae Apostolicae S. Francisci de Ucayali seu Centralis continentur, ad eamque pleno jure in posterum pertinebunt oppida "La Merced, San Ramón, Vitoc" ceterique pagi seu vici intra descriptos terminos in regione de Chanchamayo existentes.

"3º Parochum seu Vicarium de Acobamba non posse amplius in praedictis locis seu territorio ullam exercere jurisdictionem, sine Praefecti Apostolici venia, ideoque Episcopus Huanucensis animarum bono consulens renuntiat jurisdictioni, si qua habuisèt, ut Praefectura Apostólica Sanctae Sedis facultate suam jurisdictionem in memorata loca explicet.

Haec conventio utrisquê partibus summa concordia consentientibus habita est ac subscripta Limae die 6 novenmbris 1907.

Porro in Generalibus Comittis hujus Sae. Congregationis de Propaganda Fide habitis die 27 superioris mensis Aprilis, relate conventionis praedictae schemate, ac proposito dubio utrum expediret determinationem confinium in ea descriptam adprobare; Emi. Patres, re mature perpensa respondendum censuerunt "Affirmative".

Hanc vero sententiam per infrascriptum hujus Sae. Congregationis Secretarium in audientia diei 5 vertentis mensis, Samo. D. N. Pio Div. Prov. Pp. X. relatum: Sanctitas Sua benigne dignata est ratam habere et appro-

bare; presensque ad id Decretum S. Congregationis confici mandavit; contrariis non obstantibus quibuscunque.

Datum Romae, ex aedibus S. Congregationis de Propaganda Fide die 9 mii 1908.

Fr. H. Ma. Card. Gotti. Prae.

Concordat cun originali.
paganda Fide die 9 mai 1908.

Fr. Leonardo de Badiola.
Coms. Gerlis.

Hay un sello.



Reparto de la comida a pobres (Descalzos)



TERCERO

ESTADISTICA

DEL MINISTERIO SACERDOTAL

EN 1906





ESTADISTICA

De los bautismos y matrimonios realizados en nuestra Prefectura Apostólica de S. Francisco del Ucayali, durante los 4 últimos años.

Región del Ucayali	**No. de Bautismos**
En el año de 1902	404
En el año de 1903	450
En el año de 1904	1310..
En el año de 1905	727
Durante los 4 años. Suma total .. .	2891

	No. de Matrimonios
En el año de 1902	69
En el año de 1903	55
En el año de 1904 .. .. ·	124
En el año de 1905	72
Durante los 4años. Suma total	330

Región de Chanchamayo en las Misiones de San Luis de Shuaro, Sogormo y Oxapampa:

	No. de bautismos
En el año de 1902	194
En el año de 1903	183
En el año de 1904	299
En el año de 1905	532
Durante los 4 años. Suma total	1208

	No. de matrimonios
En el año de 1092	28
En el año de 1093	40
En el año 1904	62
En el año de 1905	168
Durante los 4 años. Suma total	298

Durante los 4 años, entre toda la Prefectura Apostólica, se han hecho 4,099 bautismos, matrimonios 628.

Debo advertir que, en esta cuenta no entran los matrimonios hechos en el pueblo de Cashiboya, ni los bautismos y matrimonios hechos en la Misión del Pichis, que no han podido averiguar los de la esta última Misión, por haberse quemado los libros de partidas que tenía el R. P. Olano, cuando en su ausencia se quemó la Iglesia y Convento de esa Misión.

Para que conste todo lo aqui mencionado, lo firmo.
S. Luis de Shuaro, agosto 8 de 1906.

Fr. Agustín Ma. Alemany.
Prefecto Apostólico





San FRANCISCO SOLANO



CUARTO

Observaciones atmosféricas, térmicas y de altura

Verificadas en mi viaje al Oriente.

1910 — 1911



Observaciones Térmicas y Atmosféricas

- 1910 -

Mes	Día	Hora	Lugar	Temperatura a la sombra		Id. del terreno al Sol		Id. al Sol		Máxima a la sombra		Mínima al aire libre		Estado del cielo
				Cent.	Farent.	Cent.	Farent.	Cent.	Farent.	Cent.	Farent.	Cent.	Farent.	
Junio	18	8 a. m.	Tarma	10°	52°					13° 5	56° 7	6° 5	9° 2	Cumulus numerosos
”	30	8 a. m.	S. L. de Shuaro	21°	70°					28°	82° 5	17°	62° 7	Neblina espesa
”	”	10 a. m.	”	24°	75° 5									
”	”	1 p. m.	”	26°	79°									
”	”	4 p. m.	”	26°	79°									Cielo claro
Julio	1		”									14°	57° 5	
”	2		”									13°	55° 8	
”	9	10 a. m.	S gormo	22°	70° 9					29°	84° 4	16°	61°	
”	11	9 a. m.	”	20°	68° 1					28°	82° 5	16°	61°	Nublado
”	26	9 a. m.	Oxapampa	16°	60° 9							13°	55° 8	Lluvioso
”	29	10 a. m.	”	22°	70° 9					26° 5	80°	11° 9	33° 7	Cúmulus— Cirrus
Setiembre . . .	21	8 a. m.	Aporoquiai	25°	77° 4					33°	91° 4	19°	66° 2	Estratus— Cúmulus: neblina
”	22	8 a. m.	”	22° 5	72° 7					33°	91° 4	21° 8	71° 2	Lloviendo
”	”	11 a. m.	”	23°										Lloviznando
Noviembre . . .	21	8 a. m.	Contamana	22°	70° 9					34°	93° 3			Nebuloso
”	24	11 a. m.	”	31° 4	88° 7	37° 4	89° 5							Cumulus numerosos
”	25	7.45 a. m.	”	26° 2	79° 4									Cúmulus
”	”	8.29 a. m.	”	28°	82° 8	35°	97° 1	39° 5	102° 5					Cúmulus— nimbus
”	”	9.25 a. m.	”	27° 5	81° 8			33°	71° 5					
”	”	10.55 a. m.	”	31°	88°			35° 2	95° 4					Cúmulus— nimbus
”	”	12.31 p. m.	”	32°	89° 9	52°	105° 7			34°	93° 3			Cúmulus
”	”	2.45 p. m.	”	30°	86°									Lluvioso
”	26	8.25 a. m.	”	25° 2	95° 6	30° 1	86° 3	27°	80° 9					Cúmulus— nimbus
”	”	2 p. m.	”	30°	86°	42°	107° 8							Cúmulus— nimbus
”	”	3.07 p. m.	”	29°	84° 5	31°	93° 5	37°	99° 5	30°	86° 1			Cúmulus— nimbus
”	27	7.50 a. m.	”	25°	77° 4	30°	86° 1					21° 5	70° 9	Cúmulus—stratus
”	”	8.53 a. m.	”					25°	77° 5					Encapotado
”	”	9.35 a. m.	”	25° 3	77° 5	30°	86° 1					21° 5	70° 9	Encapotado
”	”	10.05 a. m.	”	26° 9	80° 5	30°	86° 1	24° 5	80°					Encapotado
”	”	10.50 a. m.	”	24°	75° 5					26° 9	80° 5			Lloviendo tempestuoso
”	28	8 a. m.	”	23°	73° 5									Lluvia (3 días)
”	”	8.32 a. m.	”	24° 4	76°	27°	80° 9							Lluvia
”	”	1.48 p. m.	”	27°	80° 8					27°	80° 9			Clarea el cielo
”	”	2.18 p. m.	”					32° 1	90°					Clareando
”	”	3.10 p. m.	”					32°	89° 9					Semiclaro
”	”	4.54 p. m.	”	26°	79°									Cúmulus
”	”	6.06 p. m.	”	25°	77° 4									Serenándose
”	”	8.10 p. m.	”	23°	74° 3									Semiestrellado
”	29	8.04 a. m.	”	25° 4	77° 7									Cúmulus— nimbus
”	”	8.45 a. m.	”	25° 4	77° 7			29° 5	87° 2					Cúmulus— nimbus
”	”	9.17 a. m.	”											Cúmulus
”	”	9.45 a. m.	”	27°	80°	35°	97° 1							Cúmulus
”	”	11.20 a. m.	”	28° 2	83° 1									Cúmulus
”	”	12.30 p. m.	”	29°	84° 5									Pocos cúmulus
”	”	1.40 p. m.	”	30°	86°					30°	86°			Pocos cúmulus
”	”	1.55 p. m.	”			48°	118° 2	33° 8	93°					Claro
”	”	4.05 p. m.	”					38° 9	100°					Claro
”	30	7.10 a. m.	”	23° 1	82° 2			35°	95° 2			20°	68° 1	Cirrus cúmulus
”	”	8.15 a. m.	”	27° 1	81°									Cirrus
”	”	10.13 a. m.	”					33°	71° 5					Cúmulus
Diciembre . . .	1	3.43 p. m.	”	25°	77° 4					33° 5	92° 5			Lluvioso
”	3	8.45 a. m.	”					44°	111° 4					Claro
”	”	10 a. m.	”	27°	80° 8									Cúmulus—nimbus
”	”	10.55 a. m.	”	29°	84° 5									Cúmulus—viento

Observaciones Térmicas y Atmosféricas

1910 - 1911.

Mes	*Día*	*Hora*	*Lugar*	*Temperatura a la sombra*		*Id. al Sol*		*Id. del terreno al Sol*		*Máxima a la sombra*		*Mínima al aire libre*		*Estado atmosférico*
				Cent.	Farent.	Cent.	Farent.	Cent.	Farent.	Cent.	Farent.	Cent.	Farent.	
Diciembre . . .	,,	3.42 p. m.	Contamana	30° 8	87° 5					30° 8	87° 5			Cúmulus—viento
,,	,,	4 p. m.	,,			38° 9	102° 7	39°	102° 3					Claro: viento
,,	,,	5.11 p. m.	,,	30° 5	87° 3									Claro: viento
,,	3	2.25 p. m.	,,	30° 1	86° 1									Claro: viento
,,	,,	2.56 p. m.	,,	30° 1	86° 1									Claro: viento
,,	,,	3.20 p. m.	,,	30°	87° 5									Claro: viento intermitente
,,	4	1.51 p. m.	,,	30°	87° 5			44° 8	112° 5			21° 2	70° 4	Cúmulus—viento
,,	,,	4.15 p. m.	,,			44°	111° 4							Estratus — cúmulus: viento
,,	,,	4.35 p. m.	,,	30° 2	86° 8	49°	120° 1			30° 2	86° 8			Claro
,,	,,	6.15 p. m	,,	27°	80° 8									Neblina
,,	,,	8 p. m.	,,	26°	79°									Estrellado
,,	5	7.30 a. m.	,,	25° 9	78° 8									Entoldado
,,	,,	8.19 a. m.	,,			28° 1	82° 9							Cúmulus—nimbus
,,	,,	9.03 a. m.	,,	27°	80° 8			27° 8	82°					Lloviznando
,,	,,	10.35 a. m.	,,	28° 6	83° 5									Pocos cúmulus: viento
,,	,,	11.06 a. m.	,,			34°	73° 5							Cúmulus—nimbus
,,	,,	1.18 p. m.	,,	31° 1	86° 4									Cúmulus
,,	,,	1.43 p. m.	,,	31° 6	89°			41° 5	106° 7	31° 6	89°			Cúmulus—nimbus
,,	,,	2.30 p. m.	,,			42°	106° 9							Cúmulus tenues
,,	,,	3.45 p. m.	,,	30°	87° 5									Nebuloso
,,	6	7.28 a. m.	,,	25° 3	77° 8									Cúmulus—nimbus
,,	,,	2.15 p. m.	,,	24° 5	76° 2									Lloviendo
,,	,,	5.16 p. m.	,,	25°	77° 4					25°	77° 4			Lluvioso
,,	7	7.32 a. m.	,,	24° 6	76° 4							21° 4	70° 9	Nublado
,,	,,	8.33 a. m.	,,			27° 1								Lluvia intermitente
,,	,,	9.40 p. m.	,,					30°	87° 5					Nublado
,,	,,	11.04 a. m.	,,	25° 9		78° 8								Lloviznando
,,	,,	1.35 p. m.	,,	27° 5	81° 8									Cúmulus—nimbus
,,	,,	3.43 p. m.	,,			44°	111° 4							Pocos cúmulus
,,	8	1 p. m.	,,			37° 9	100° 4					22°	71° 6	Pocos cúmulus
,,	,,	1.30 p. m.	,,	31°	88°									Cúmulus
,,	,,	1.50 p. m.	,,			41° 3	107° 4			31°	88°			Cúmulus
,,	,,	2.15 p. m.	,,					38°	100° 5					Nublándose
,,	,,	2.37 p. m.	,,	27° 9	82° 5									Llovizna: viento
,,	9	7.18 a. m.	,,	22° 5										Aborregado
,,	,,	10 a. m.	,,			31° 5	88° 9							Cúmulus
,,		10.50 a. m.	,,	29°	84° 5									Cúmulus
,,	,,	1.40 p. m.	,,	32° 3	90° 2			43° 5	110° 3					Cúmulus—viento
,,	10	7.21 a. m.	,,	25° 4	78° 4							21° 4	70° 9	
,,	11	8.10 a. m.	,,	25°	77° 4							19°	66° 2	
,,	14	8.35 a. m.	,,	25°	77° 4							19°	66° 2	Clareando
,,	15	8.30 a. m.	,,	23° 2	88° 6									Niebla espesa
,,	16	10 a. m.	,,			38° 7	101° 6							Cúmulus
,,	,,	10.55 a. m.	,,					53° 5	108°					Cúmulus: sol vivos
,,	,,	3.27 p. m.	,,	31°	88°	43° 4	110° 4			31°	88°			Cúmulus
1911														
Enero	10	6.35 a. m.	Cushabatay			28°								Claro
,,	11	7.55 a. m.	,,	27°	80° 9			33°	71° 5					Nublado
,,	11	8.42 a. m.	,,			30°	87° 5							Nublado
,,	12	11.20 a. m.	Inahuaya	26° 3	79° 8									Lloviendo
,,	,,	1 p. m.	,,	28° 6	83° 8									Cúmulus
,,	,,	1.38 p. m.	,,	25° 6	78°									Lloviendo
,,	,,	2.50 p. m.	,,	30°	87° 5	39° 2	102° 5	38°	100° 3					Algunos cúmulus
,,	,,	3.55 p. m.	,,	31° 5	88° 9					31° 5	88° 9			Nublado
,,	13	8 a. m.	,,	23° 5	76° 2							22° 2	72°	Nublado

Observaciones Térmicas y Atmosféricas

- 1911 -

Mes	Día	Hora	Lugar	Temperatura a la sombra Cent.	Farent.	Id. a Sol Cent.	Farent.	Id. [illegible] Sol Cent.	Farent.	Máx. a la sombra Cent.	Farent.	[illegible] Cent.	Farent.	Estado [illegible]
Enero	13	4.10 p. m.	Iquhuaya	26° 3	79° 3					29° 6	85° 5			Lloviendo
"	"	4.52 p. m.	"	28° 8	84°									Nublado
"	14	10.17 a. m.	"	28°	82° 5									Cúmulus
"	"	10.30 a. m.	"	30°	87° 5									Cúmulus
"	"	12.30 p. m.	"	30°	87° 5									Cúmulus
"	"	12.40 p. m.	"	29° 2	85° 5									Cúmulus: [illegible]
"	"	12.50 p. m.	"	[illegible] 3	86° 3					30°	[illegible] 8			Cúmulus: [illegible]
"	"	1.43 p. m.	"			35°	95° 9	43° 6	11[illegible]					Pocos cúmulus
"	15	8.12 a. m.	"	27°	80° 9							22° 4	72° 4	Nublado
"	20	8.42 a. m.	Orellana			33°	71° 5	37°	98° 8					Cúmulus: brisa
"	"	9.13 a. m.	"			33° 1	106° 6							Nimbus
"	"	9.42 a. m.	"			31° 4	38° 7							Nimbus
"	"	10.20 a. m.	"			32°	89° 7							Nimbus—cúmulus
"	"	1.50 p. m.	"	32°	89° 7					32°	89° 7			Nimbus—cúmulus
"	21	2 p. m.	Paca	31°	88°			38° 6	101°					Cúmulus—viento
"	"	2.51 p. m.	"	32°	89° 7									Pocos cúmulus
"	"	3.40 p. m.	"	31° 8	89° 5					31° 8	89° 5			Cúmulus
"	"	4 p. m.	"			32° 9	91° 4							Cúmulus
Febrero	5	3 p. m.	Requena	29° 5	85° 3	35°	95° 2							Cúmulus
"	"	4 p. m.	"			39° 2	102° 5							Cúmulus
"	"	4.55 p. m.	"	30°	87° 5					30°	87° 5			Cúmulus
"	6	7.30 a. m.	"			24° 2	75° 5					21° 5	70° 8	Claro
"	"	8.55 a. m.	"	27°	80° 9									Claro
"	"	9.35 a. m.	"	27° 3	81° 3									Cúmulus
"	"	10.35 a. m.	"	29°	84° 4									Cúmulus
"	"	4 p. m.	"	32°	89° 7	39° 5	103° 2	42° 1	108°	32°				Cúmulus
"	7	7.10 a. m.	"			23° 2	72°					22°	71° 6	Cúmulus
"	"	8.50 a. m.	"	27°	80° 9	31°	93° 2	39°	101° 4					Claro
"	"	9.16 a. m.	"	28° 5	83° 5									Cúmulus
"	"	10.02 a. m.	"	29° 3	84° 8									Cúmulus
"	"	10.21 a. m.	"					42° 1	103° 8	31°				Pocos cúmulus
"	"	5.04 p. m.	"	31°	88°									Claro
"	"	5.16 p. m.	"	31°	88°									Cúmulus—nimbus
"	8	3.52 p. m.	"	31°	88°			39° 7	101° 9			21°	70°	Cúmulus
"	"	5.50 p. m.	"	28° 6	83° 8									Claro
Marzo	24	1.45 p. m.	Contamana	29° 9	86°	35°	95° 2	33°	100° 3	29° 9	86°			Aneblado
"	25	3 p. m.	"	26° 8	80°									Cúmulus
Abril	7	2 p. m.	"	27° 2	81°	29°	84° 5	30° 1	86° 5	27° 2	81°	21°	70°	Nublado
"	"	2.40 p. m.	"	27°	80° 9	28° 5	83° 4	29°	84° 5	27°	80° 9			Cúmulus—nimbus
"	12	8.39 a. m.	Masisea (Mont Calvario	29°	84° 5	34°	93° 4					18° 8	65° 9	[illegible] —cúmulus
"	"	10 a. m.	"	27° 4	81° 9	34° 3	94°	36° 4	97° 9					Claro
"	"	2.31 p. m.	"			35° 8	96° 6			33°	71° 5			Claro
"	14	6.15 a. m.	"									19°	66° 2	Claro
"	"	7.15 a. m.	"	23° 6	74° 8	35°	95° 2							Claro
"	15	3.14 p. m.	"	30°	87° 5	36° 3	97° 7	50° 9	122° 2	32° 9		20°	67° 1	Claro — cúmulus— nimbus
"	17	9.45 a. m.	"					39° 1	102° 4					Pocos cúmulus
"	"	10.26 a. m.	"	31° 2	88° 5	34° 6	94° 5							Pocos cúmulus

Observaciones de Altura
1910 - 1911

Mes	*Día*	*Hora*	*Lugar*	*Aneroide* Presión	Altura	*Por hervir* Cent.	Farent.	*Natural* Cent.	Farent.	*Estado atmosférico*
Junio	18	8 a. m.	Tarma		3060m.					Espesa niebla
,,	,,	10 a. m.	Ha. Florida		3025m.					
,,	30	8 a. m.	S. L. de Shuaro		761m.	99°	210°1	21°1	70°3	Cúmulus numerosos
Julio	8		Sogormo		864m.	98°4	209°	22°2	72°	Nublado
,,	11		,,		880m	98°3	207°	20°1	70°3	Cúmulus—Cirrus
,,	26	9 a. m.	Oxapampa		1840	95°3	203°	22°	71°6	Cúmulus—Cirrus
,,	29	10 a. m.	,,		1833m.	95°3	203°	16°	61°	Lluvioso
Setiembre	21	8 a. m.	Apuroquali		265m.	(90°)		25°	77°2	Neblina—estratus—cúmulus
,,	21	11 a. m.	,,		260m.	(90°)		23°	73°4	Lloviznando
Noviembre	21	8 a. m.	Contamana		108m.	100°8	213°4	22°	71°6	Claro: brisa intermitente
,,	25	9.25 a. m.	,,	748	138m.	100°9	213°8	27°5	82°	Cúmulus—nimbus: viento
,,	30	9.07 a. m.	,,	749	125m.	100°7	213°2	27°1	81°	Cirrus—cúmulus
1911										
Febrero	5	10 a. m.	Requena	755	59m.	100°3	212°6	28°4	83°5	Nublado
,,	6	7.10 a. m.	,,	755	85m.	100°4	212°8	26°	78°8	Neblina: cielo claro
,,	5	4.55 a. m.	,,	750	118m.					
,,	6	10.35 a. m.	,,	752.5	85m.					
,,	7	9.16 a. m.	,,	752,4	90m.	100°3	212°6			
,,	,,	10.02 a. m.	,,	752,4	90m.	100°4	212°8	29°3	84°8	Cúmulus (pocos)
,,	,,	10.21 a. m.	,,	752,3	92m.					
,,	,,	5.04 p. m.	,,	748	139m.					
,,	,,	5.16 p. m.	,,	748	139m.	100°3	212°6	31°	88°	Cúmulus—nimbus
,,	8	9.17 a. m.	,,	747,6	85m	100°4	212°8	27°8	82°3	Seminublado
,,	,,	5.50 p. m.	,,	749,8	114m	100°3	212°6	28°6	84°4	Arrebolado
Marzo	29	10.23 a. m	Cashiboya	751,7	101m	100°1	212°1	26°	78°8	Lloviendo
,,	,,	3.45 p. m.	,,	747,5	142m	100°2	212°3	25°1	77°5	Cesando la lluvia
,,	,,	4.25 p. m.	,,	747,5	142m	100°	211°9	25°	77°2	Nublado
Abril	1	7.16 a. m.	Huáscar	753,8	78m.	100°	211°9	23°8	74°8	Claro
,,	,,	9.35 a. m.	,,	754	70m.	100°1	212°1	26°7	80°	Nublado
,,	,,	10.50 a. m.	,,	754,1	75m.					
,,	7	7.35 a. m.	Contamana	747.6	85m.	100°2	212°3	23°	73°4	Nublado
,,	,,	10 a. m.	,,	754,7	74m.	100°2	212°3	24°5	76°2	Nimbus
,,	,,	11.05 a. m.	,,	744	81m.	100°1	212°1	26°8	80°3	Cúmulus—nimbus
,,	,,	1.40 p. m.	,,	751.8	109m.	100°	211°9	27°2	81°3	Cúmulus—nimbus
,,	8	8.32 a. m.	,,	756	60m.	100°	211°9	25°	77°2	Cúmulus
,,	,,	9.15	,,	756	60m.	100°	211°9	25°	77°2	Cúmulus
,,	,,	10.20 a. m.	,,	756	60m.	100°1	212°1	26°	78°8	Cúmulus—nimbus
,,	,,	11 a. m.	,,	755,6	65m.	100°	211°9	26°2	79°1	Cúmulus
,,	12	7 a. m.	Masisea (Monte			99°8	211°5	24°3	75°9	Pocos cúmulus
,,			Calvario)	750.5	110m.					
,,	,,	8.39 a. m.	,,	750,5	110m.	99°8	211°5	26°9	80°5	Cirrus—cúmulus
,,	,,	9.04 a. m.	,,	751	105m.	99°8	211°5	27°1	81°	Cúmulus—cirrus
,,	,,	9.27 a. m.	,,	751	105m.	99°8	211°5	27°2	81°3	Cúmulus—cirrus
,,	,,	10.24 a. m.	,,	750	120m.	99°8	211°5	27°5	81°9	Cúmulus—cirrus
,,	,,	4.42 p. m.	,,	746,1	158m.	99°7	211°3	31°1	88°3	Algunos cúmulus
,,	14	6.35 a. m.	,,	749,1	125m.	99°7	211°3	21°9	71°7	Claro
,,	,,	8.41 a. m.	,,	750	115m	99°7	211°3	28°1	82°8	Pocos cirrus
,,	15	3.14 p. m.	,,	747,3	145m	99°7	211°3	30°	87°5	Cirrus—cúmulus
,,	17	9.45 a. m.	,,	750,4	110m.	99°9	211°7	28°5	84°1	Pocos cúmulus
Agosto	26	9.27 a. m.	Ocopa			89°6		13°1		
,,	,,	6 p. m.	,,			84°4		14°		
,,	27	10.50 a. m.	,,			89°3		19°		
,,	13	8.16 a. m.	Panao			92°2		13°9		

Observaciones Sicrométricas
1910 - 1911

Mes	*Día*	*Hora*	*Lugar*	*Sicrómetro a la sombra*		*Sicrómetro al Sol*		*Estado atmosférico*
				Cent. natural	Id. mojado	Cent. natural	Id. mojado	
Junio	30	10 a. m.	S. L. de Shuaro	24°	21°3			Cúmulus—Nimbus
,,	,,	1 p. m.	,,	26°	20°			Cúmulus—nimbus
,,	,,	4 p. m.	,,	26°	20°			Cúmulus—nimbus
Julio	9	10 a. m.	Sogormo	22°	18°			Nublado
,,	11	9 a. m.	,,	20°	17°7			Cúmulus—cirrus
,,	26	9 a. m.	Oxapampa	16°	14°2			Lluvioso
,,	29	10 a. m.	,,	22°	14°2			Cúmulus—cirrus
Setiembre . . .	21	8 a. m.	Aporoquali	25°	22°			Lloviendo
,,	22	8.25 a. m.	,,	22°	21°1			Lloviendo
,,	24	11 a. m.	,,	23°	21°9			Lloviznando
Noviembre . . .	21	8 a. m.	Contamana	22°	20°			Nebuloso
,,	25	8.29 a. m.	,,	28°	24°5	39°5	27°	Cúmulus
,,	,,	10.55 a. m.	,,	31°	25°	35°2	26°	Cúmulus—nimbus
,,	,,	12.31 p. m.	,,	32°	26°1			Cúmulus
,,	,,	2.45 p. m.	,,	30°	25°5			Lluvioso
,,	26	8.25 a. m.	,,	25°2	22°8			Entoldado
,,	,,	2 p. m.	,,	30°	25°5			Lluvioso
,,	,,	3.07 p. m.	,,	29°	24°2	37°	24°8	Cumulus—nimbus: brisa
,,	27	8.50 a. m.	,,	25°3	22°7			Encapotado
,,	,,	10.05 a. m.	,,	26°8	23°	26°	23°4	Encapotado
,,	,,	10.50 a. m.	,,	24°	22°			Lluvioso
,,	28	8 a. m.	,,	23°	21°			Lloviendo
,,	,,	8.32 a. m.	,,	24°4	22°2			Clareando
,,	,,	8.10 p. m.	,,	23°5	22°1			Parte estrellado
,,	29	9.17 a. m.	,,			29°	24°5	Cúmulus: sol intermitente
,,	,,	1.40 p. m.	,,	30°	24°4			Pocos cúmulus
,,	,,	1.55 p. m.	,,			33°8	25°3	Pocos cúmulus
,,	,,	5.30 p. m.	,,			38°9	24°1	Claro
,,	30	7.10 a. m.	,,	23°1	22°4			Claro
Diciembre. . . .	3	2.25 p. m.	,,	30°8	24°			Cúmulus: viento
,,	,,	2.56 p. m.	,,			38°9	25°4	Cúmulus: viento
,,	,,	3.20 p. m.	,,	30°5	21°1			Claro
,,	,,	4.15 p. m.	,,			44°	26°	Estratus—cúmulus
,,	,,	4.35 p. m.	,,	30°2	24°2			Pocos cúmulus
,,	,,	4.45 p. m.	,,		49°	25°		Claro: brisa
,,	5	7.30 a. m.	,,	25°9	23°5			Entoldado
,,	,,	8.19 a. m.	,,			28°1	24°2	Cúmulus—nimbus
,,	,,	10.35 a. m.	,,	28°6	25°1			Pocos cúmulus
,,	,,	11.06 a. m.	,,			34°	26°6	Cúmulus—nimbus
,,	,,	1.18 p. m.	,,	31°1	26°1			Cúmulus
,,	,,	2.30 p. m.	,,			42°	27°	Tenues cúmulus
,,	7	7.32 a. m.	,,	24°6	22°6			Nublado
,,	,,	8.33 a. m.	,,			27°1	23°4	Lluvia intermitente
,,	,,	1.35 p. m.	,,	27°5	24°			Cúmulus—nimbus
,,	,,	3.42 p. m.	,,			44°	26°2	Pocos cúmulus
,,	8	1.30 p. m.	,,	31°	25°4			Cúmulus
,,	,,	1.50 p. m.	,,			41°8	26°[illegible]	Cúmulus
,,	9	10 a. m.	,,			31°5	2[illegible]	Aborregado
,,	15	8.30 a. m.	,,	23°2	22°5			Niebla espesa
,,	16	10 a. m.	,,			38°7	27°	Cúmulus
,,	,,	3.27 p. m.	,,	31°	25°6	43°4	27°3	Cúmulus
1911								
Enero	11	8.25 a. m.	Cushabatay	27°	23°5			Nublado
,,	,,	8.42 a. m.	,,			30°	24°5	Empañado
,,	12	1 p. m.	Inahuaya	26°3	24°5			Lloviendo
,,	,,	1.35 p. m.	,,	25°6	24°4			Lloviendo
,,	,,	2 p. m.	,,	28°6	25°5			Cúmulus
,,	,,	2.50 p. m.	,,	30°	25°9	39°2	26°8	Algunos cúmulus
,,	14	1.43 p. m.	,,			36°	27°	Pocos cúmulus
,,	20	8.42 p. m.	Orellana			33°	26°9	Cúmulus: brisa
,,	,,	9.18 a. m.	,,			38°1	25°9	Nimbus— cúmulus
,,	,,	9.42 a. m.	,,			31°4	25°8	Nimbus— cúmulus
,,	,,	10.20 a. m.	,,			32°8	25°8	Nimbus—cúmulus
,,	,,	4.50 p. m.	,,	32°	24°6			Cúmulus: viento.
,,	21	2 p. m.	Paca	31°	25°9	31°1	26°8	Pocos cúmulus
,,	,,	3.40 p. m.	,,	31°8	25°4			Cúmulus— nimbus
,,	,,	4 p. m.	,,			32°9	21°9	Nublado: viento
Febrero	5	5.15 p. m.	Requena	29°5	26°2	35°	28°[illegible]	Cúmulus—nimbus
,,	,,	4 p. m.	,,			39°2	28°4	Cúmulus
,,	,,	4.55 p. m.	,,	30°	26°5			Cúmulus
,,	6	7.30 p. m.	,,			24°2	24°2	Niebla, rocío— atmósfera húmeda
,,	,,	4 p. m.	,,	32°	26°5	39°5	42°1	Cúmulus
,,	7	8.50 a. m.	,,	27°	24°2	31°	26°8	C[illegible]
bru[illegible]	7	2 p. m.	Contamana	27°2	23°7	29°	23°8	Cúmulus—nimbus
,,	,,	2.40 p. m.	,,	26°9	23°8	28°8	24°2	Nimbus muy cargados
,,	12	8.39 a. m.	Masisea (Monte Calvario)	29°	23°1	34°	25°6	Cirrus—cúmulus
,,	,,	10 a. m.	,,	28°4	24°4	34°3	25°	Cúmulus
,,	14	7.15 a. m.	,,	23°6	22°2	35°	24°5	Claro
,,	15	3.14 p. m.	,,	30°	22°9	26°3	24°5	[illegible] cúmulus— nimbus
,,	17	10. 26 a. m.	,,	31°2	21°9	[illegible]6	25°3	[illegible] cúmulus



INDICE

Pág.

Pág.

(1) Como no he podido vigilar personalmente la impresión de varios tomos de esta Historia, por hallarme ausente de Lima, deploro que por omisión del encargado se hayan cometido en este tomo descuidos tan notables como trasferir el fotograbado del Padre Romaguera a la página 117 anunciando su retrato con tipo llamativo en la página 146; decir Yurimaguas por Yurinaqui, China por Aina, no variar oportunamente los epigrafos que acompañan a la numeración de las páginas, etc.

Pág.

Pág.

Pág.

Pág.

INDICE DE LOS FOTOGRABADOS Y MAPAS

FOTOGRABADOS

Pág.

Pág.

MAPAS

